OBRAS DE SAN JUAN DE ÁVILA

TOMO IV

# LIBRO DEL ESPÍRITU SANTO
# y
# LIBRO DE LA VIRGEN SANTA MARÍA

*Editorial*
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

NIHIL OBSTAT:
VALENTÍN M. SÁNCHEZ RUIZ, S. J.
*Censor.*

IMPRIMATUR:
CASIMIRO MORCILLO
*Vic. general.*

Madrid, 3 de julio 1941.

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-685-4
Depósito legal: M. 10.461-2008

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

# LIBRO DEL ESPÍRITU SANTO

## TRATADO 1.º

### Apercibimiento para la venida del Espíritu Santo.

*(Plática en una Iglesia de religiosas.)*

### 1.—*Preparémonos a recibir al Espíritu Santo.*

No tomo *tema* en esta plática que tengo de hacer, porque nuestro *tema* quiero que no sea otro más que nos apercibamos para ser morada donde el Espíritu Santo se aposente; y que pidamos con mucho ahinco al mismo Espíritu Santo que tenga por bien de venir en nosotros; pedírselo con *tema*. Y no haremos poco si nos apercibimos, como es razón, para recibir tal Huésped.

Habéis de saber, hermanos, que aunque las fiestas de Dios se pasaron cuanto a la historia, pero no se pasaron cuanto a la virtud. Bueno fuera, por cierto, para nosotros si como se pasó el tiempo en que Jesucristo padeció, también se pasara la virtud de su Pasión. ¿Qué fuera de nosotros si, como pasó mil y tantos años ha, ella no durara? Siempre dura la virtud de la Pasión hasta que el mundo se acabe. A propósito de lo de la fiesta del Espíritu Santo, que aunque pasó tantos años ha, has de hacer cuenta que el mismo efecto hará hoy el Espíritu Santo en tu alma, que hiciera en ti en el tiempo de los Apóstoles; mira si lo deseas.

¡Oh quién viera a Jesucristo para pedirle mercedes, cuando andaba en este mundo entre nosotros, padeciendo trabajos! Si cuando en el mundo estaba. echándote tú a sus pies, tienes por cierto que, según es piadoso, según su infinita caridad, no te negara las mercedes que le pidieras, ¿tú, hermano, crees esto? Cree que tan aparejado está el día de hoy, y de tan buena gana te hará las mercedes hoy, estando en el

cielo, como cuando entre nosotros estaba. Y si tú en este tiempo te aparejas para que el Espíritu Santo venga en ti, haz lo que es necesario; y dígote de su parte, que también vendrá a tu ánima dándote su gracia, como cuando a los Apóstoles apareció viviendo en el mundo.

¡Oh qué tiempo éste que hay de aquí a Pascua tan santo! Esta es Semana Santa: *Adviento del Espíritu Santo*: Este santo tiempo significa cuando los Apóstoles, después que nuestro Señor se subió al cielo, estaban esperando la promesa que les hizo, cuando le dijo (*Jn.*, 14): *Yo me voy, pero yo enviaré al Espíritu Santo que os consolará*: y os enviaré al Consolador que os consuele de la pena que tenéis de mi partida. Como ellos oyeron esta palabra, estaban esperando, los ojos puestos en el cielo, qué cosa sería. Decían ellos: «Nuestro Maestro nos dijo que nos enviaría un consolador que nos hiciese olvidar el amor que le teníamos.» Querían los Apóstoles en gran manera a nuestro Señor y Redentor Jesucristo: Él era consuelo de sus tristezas, Padre de sus necesidades, Maestro en sus ignorancias, teníanlo como a espejo en que se miraban: estaban todos colgados, transformados en su Maestro. ¿Que ha de venir otro que sea tan grande, tan poderoso, tan sabio, tan bueno, que nos haga olvidar a nuestro Maestro? ¿Quién será Este? Alzaban sus pensamientos y sus voces al cielo y decían: «Señor, deseamos os, y no os conocemos; querríamos que viniésedes, y no sabemos quién sois. Por vuestra misericordia tengáis por bien de venir y consolar nuestros corazones; VENID, SEÑOR, que estamos muy desconsolados esperando vuestra venida.»

Así estaban los santos Apóstoles del Señor en este santo tiempo; y así, hermanos, es muy gran razón que estemos nosotros, pues somos una cosa con ellos, una Iglesia, y una unión en Jesucristo. Todos aquellos que sirven a Jesucristo, que están en su servicio, todos son una misma cosa, la Iglesia de Dios, y la congregación de los cristianos (*Cant.*, 6): *Una est amica mea, una est columba mea*. Habla Dios con su Iglesia, y dice: *Una eres, amiga mía, una eres, paloma mía*. Pues así también es razón, que en este santo tiempo nos aparejemos y deseemos con los santos Apóstoles la venida del Espíritu Santo. Alcense nuestros corazones al cielo, y pidamos con lágrimas de nuestros ojos, diciendo: *¡Consolador de mi ánima, ven, consué-*

*lala!* Y en todo este tiempo no hagamos otra cosa que desear que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas.

## 2.—*Disposiciones para recibirle.*

Lo primero que conviene para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas, es que sintamos grandemente de Él, y que creamos que puede hacer mucho [bien en nuestros corazones]. Por desconsolada que esté un ánima, basta Él a consolarla; por pobre que esté, a enriquecerla; por tibia que esté, a encenderla; por flaca que esté, a esforzarla; por indevota que esté, a inflamarla en ardentísima devoción. ¿Remedio para que venga el Espíritu Santo? Sentir de Él muy magníficamente. Y así dice hablando de la grandeza del Espíritu Santo (*Eccli.*, 3, 21): *El poder de Dios es muy grande, y de solos los humildes es honrado*

Lo segundo, conviene mucho para que el Espíritu Santo tenga por bien de venir a nuestros corazones, para que no nos deseche y tenga en poco, tener deseo de recibirle y que sea nuestro convidado, un cuidado muy grande, un deseo muy firme y ansioso: ¡Oh si viniese el Espíritu Santo! ¡Oh si viniese aquel Consolador a visitar y consolar mi ánima!

Hágoos saber, hermanos, que impiden mucho los cuidados de lo que cumple a nuestro cuerpo. En esto las personas religiosas nos llevan la ventaja; porque si están en el coro, si están en el refectorio, si en el retraimiento, en todas partes están en el servicio de Dios, empleadas en cosas de su ánima, siempre alabando a Jesucristo, dándole gracias (1 *Cor.*, 10, 31), y si comen, no es para otro fin que para alabar a Dios; y si beben, lo mismo, y lo mismo en todas las operaciones humanas.

## 3.—*Dificultades del matrimonio.*

Y los casados se atreven a mucho por cierto. Piensa la mujer que se casa que no hay más sino, en amaneciendo Dios, tomar el manto y venirse al sermón, y tomar buen lugar en la Iglesia; y viene su marido a comer, y no halla la comida aderezada, descompónese y ofende a Dios. Más valiera, hermana, que antes que viniérades, dejárades la casa puesta en orden, y cuan-

do esté todo puesto, venir al sermón; aunque vengas un poco tarde no es priesa, que más te aprovechará una palabra, que por ventura todo el sermón, y con todo puedes cumplir; pero ya que no puedas, más vale que hagas lo que Dios te manda, pues te casaste.

No lo decía por esto, sino que se atreven a mucho los que se casan, porque se obligan a mucho, a mantener la casa, a mantener los hijos y hacerlos que sean virtuosos; y la mujer en criarlos, en ponerlos en buenas costumbres. Poco es esto; ¿y el cuidado del ánima, el cuidado de lo que cumple al servicio de Dios? Todo se puede hacer; pero son las cosas del mundo pegajosas y son tan malas de despegar, que por eso se tiene el hombre casado por dificultoso (con tantos cuidados) poder entender en su ánima como se debe. Mira, hermano, cómo vives; mira que no venga a querer tanto el marido a la mujer, que por hacerle regalos a ella, vengas tú o ofender a Dios como Adán: «Quiero mucho a mi mujer, téngola de dar una joya, que aunque sepa hacer lo que no debo (1), se la tengo de dar.» Y tú, mujer, no vengas a poner el amor tanto en tu marido, que por él olvides a Dios, y con el amor que tienes a tu marido olvides de hacer lo que conviene a tu ánima y lo que Dios manda.

¡Oh cuánto cuidado había de tener uno que se casa antes que se case; cuán santo había de ser el hombre, y cuán santa la mujer! Antes que se viniesen a juntar, habían de haber gastado muchos años en servicio de Dios; saber ser castos, ser humildes, ser pacientes, ser misericordiosos, guardar los mandamientos de nuestro Señor, y después casarse, para que aunque después tuviesen muchos cuidados, muchos estorbos, con una ojeada que diesen, una vuelta en su conciencia de las costumbres de antes, quedase todo apaciguado y amansado. Como un señor que tiene un criado tan bien doctrinado, témele tanto, que con sólo que el señor le mire a la cara se ponga el criado como ha de estar para servirle, que aquello sólo basta.

Pero ni el casado sabe qué cosa es ser casado, ni la casada menos sabe qué cosa es serlo; y júntanse, pónenlo entrambos de lodo. Lecciones habíades de tomar muchas. «¿Cómo, Padre, podré cumplir con entrambas cosas, con mi casa y con Dios?» Es cosa muy

---

(1) *Sepa hacer:* haga; modismo muy usado en América.

dificultosa, dice San Pablo (1 *Cor.*, 7, 33): *El que tiene mujer*, el que es casado, *anda muy* congojoso y solícito *cómo la agradará y contentará, y para esto anda muy cuidadoso en las cosas del mundo, y está repartido. Pero la mujer que no se quiere casar, y la doncella, piensa en las cosas del Señor, para ser santas en el cuerpo y en espíritu.*

## 4.—*Deseo del Espíritu Santo.*

Señoras monjas, esta fiesta se gaste en pensar cómo agradaré a mi Señor. Así como las desposadas andan con mucho cuidado de andar muy bien tocadas, de no traer nada mal puesto, que aun cuando tienen algo mal puesto, traen consigo un espejo, así las Madres monjas, las Religiosas y doncellas, han de andar muy cuidadosas, cómo no traigan nada deshonesto; han de mirarse en Jesucristo, viéndose como en un espejo, no tengan alguna mancha en la cara, no tengan algún pecado en el ánima, alguna suciedad, porque su Esposo no las deseche.

Estad, hermanos, con mucha atención y cuidado en el servicio de Jesucristo, y en la esperanza de la venida del Espíritu Santo, no entendiendo en cosas rateras ni bajas de por acá; porque la consolación del Espíritu es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo, y no se compadece con cosas de acá del mundo. Dice San Bernardo: «Delicada es la consolación divina y muy sutil, y no se da a los que admiten consolaciones humanas. Despéguese toda ánima de consuelo humano si quiere que el Espíritu Santo la consuele y esté siempre con ella. Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado.»

Venid acá: si un hombre no quiere ir a casa de otro, si no sabe que en casa de aquél es deseado, ¿qué hará el Espíritu Santo, que quiere que el hombre que lo quisiere tenga gran deseo, y también quiere que lo deseen? ¡Cuán deseado fué nuestro Redentor antes que viniese al mundo! Deseólo Adán, deseólo Noé, deseólo Abraham, Isaac, Jacob, deseáronle los Profetas y Patriarcas, todos le desearon: «Rociad cielos desde lo alto, y las nubes lluevan; ábrase la tierra y produzca al Salvador» (*Is.*, 64). Decía el Profeta Ageo (2): *De aquí a poco, poco falta, dice el Dios de los ejércitos, yo moveré el cielo, y la mar, y la tierra,*

*todo lo moveré, y entonces vendrá el Deseado de todas las gentes, y el ángel del Testamento que vosotros queréis* (*Malach.*, 3). Jesucristo en gran manera fué deseado. *¡Pluguiésete,* Señor, *que rompieses los cielos y descendieses a la faz de la tierra!* Jesucristo fué muy deseado en gran manera, y así quiere el Espíritu Santo ser deseado. Porque aquella merced cuadra bien, que antes que venga es bien deseada; y el manjar que por sí es bueno, es mal empleado en quien no tiene gana de comer. Maten una gallina o una perdiz que parece que pone gana de comer. Dice el enfermo a quien se la dan: «Quitadla allá, que tengo perdido el gusto y la gana del comer, que no me sabe bien.» Mala señal en gran manera; no tenéis gana de comer, señal de muerte es.

No vendrá el Espíritu Santo a ti si no tienes hambre de Él, si no tienes deseo de Él. Y los deseos que tienes de Dios, aposentadores son de Dios, y señal es que si tienes deseos de Dios, que presto vendrá a ti. No te canses de desearlo, que aunque te parezca que lo esperas y no viene, y aunque te parezca que lo llamas y no te responde, persevera siempre en el deseo y no te faltará. Hermano, ten confianza en Él, que aunque no viene cuando tú le llamas, Él vendrá cuando vea que te cumple. Porque debes, hermano mío, asentar en tu corazón, que si estás desconsolado y llamas al Espíritu Santo y no viene, es porque aun no tienes el deseo que conviene para recibir tal Huésped. Y si no viene, no es porque no quiere venir, no es porque lo tiene olvidado, sino para que perseveres en este deseo, y perseverando hacerte capaz de Él, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza, que de su parte te certifico, que nadie lo llama que se salga vacío de su consolación.

¡Y cómo lo dice esto el real Profeta David! (*Ps.*, 21): *El deseo de los pobres no lo menospreció Dios, oyólo el Señor.* ¿Quién es pobre? Pobre es aquel que desconfía de sí mismo, y confía en sólo Dios; pobre es aquel que desconfía de su parecer propio y fuerzas, de su hacienda, de su saber, de su poder; aquel es pobre que conoce su bajeza, su gran poquedad, que conoce ser un gusano, una podredumbre, y pone juntamente con esto su arrimo en sólo Dios, y confía que es tanta su misericordia que no le dejará vacío de su consolación. Los deseos de estos tales oye Dios.

### 5.—*Preparadle posada.*

Y mira que el Espíritu Santo no sólo se contenta con que estés ocupado en estos deseos; no cumples, hermano, con esto esperando al Espíritu Santo, mas ha de haber obras. ¿Quiéreslo ver? Mira lo que les dijeron a los Apóstoles estando suspensos mirando al cielo, cuando el Señor subió allá. Ellos estaban colgados de Él, estaban todos deseando y esperando al Espíritu Santo; estaban con grande deseo de ver al Espíritu Santo, como su Maestro se lo había alabado; estaban olvidados de sí mismos, mirando a Jesucristo nuestro Señor cuando subió al cielo. Sea Él bendito, que tan cuidadoso es de nuestro bien; que no se contentó con mirar por nosotros y tener tanto cuidado de nuestro bien; pero aun subido al cielo, tuvo tanto cuidado de los suyos, que envió dos ángeles vestidos de vestiduras blancas, y les dijeron (*Act.*, 1): *Varones de Galilea, ¿qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesucristo que visteis ahora subir al cielo, de la misma manera que lo visteis,* con tanta majestad *vendrá otra vez.* Y dijéronles que fuesen al Cenáculo, porque allí había de venir sobre ellos el Espíritu Santo. No has de estar todo el día mirando al cielo: no ha de ser todo el día rezar ni contemplar; anda, hermano mío, al Cenáculo, no estés ocupado y detenido en pensar en la presencia corporal de Cristo.

Ya os he dicho muchas veces, que la causa por que no vino el Espíritu Santo a los Apóstoles estando acá Jesucristo en este mundo, fué porque estaban ellos colgados de la presencia de su Maestro, y estaban contentos con aquello sólo; y aunque la presencia de nuestro Señor era tan santa y buena, pero estorbaba a los Apóstoles de no ser perfectos, y por eso Jesucristo se quiso ir. «Discípulos míos, mucho me queréis, mucho me amáis. Yo sé que conmigo estáis vosotros contentos; pero más os amo yo a vosotros, y para mostraros este amor, quiérome ir, porque viniendo el Espíritu Santo seáis más perfectos, subáis más altos vuestros pensamientos.» ¿No miráis en esto, que la presencia de Jesucristo hacía estorbo en alguna manera a la venida del Espíritu Santo?

Celosísimo es el Espíritu Santo (*Ex.*, 34), no penséis es así como quiera. *Ego sum Dominus tuus* dijo Dios a Moisés; para darte a ti a entender, her-

mano, que tienes puesto tu amor en el confesor, aunque bueno, y en el predicador que te da buenos consejos y consuelos, tienes puestos los ojos en él; no vendrá el Espíritu Santo hasta que quites el amor demasiado de las criaturas. El Espíritu Santo a solas quiere estar contigo.

«¡Oh Padre, que es un santo, y me guía por el camino de Dios, y me esfuerza en los trabajos!»

Más santo era Jesucristo, y aun le hizo estorbo al Espíritu Santo. El siervo de Dios, el confesor y el predicador, no te han de ser estorbo para el Espíritu Santo; hate de ser una escalera para que tú subas a Dios. El amor—aunque no sea malo—demasiado, estorba; no te haría daño si tú supieses usar de él; lo que amares en el confesor y en el predicador, sea por Dios y en Dios.

—¿En qué veré, Padre, cuándo es amor de Dios?

—Cuando mucho quieres a uno, si cuando te lo quita Dios de delante, o permite que se aparte de ti, si entonces no pudiere tanto el amor, que te perturbe el servicio de Dios, quiero decir, que no sientas tanto la partida, que te desasosiegue el corazón, y te lo traiga alborotado, de arte, que te quite tus buenos ejercicios; si esto no hay, de Dios es el amor. Una poquita de pena, cosa natural es; pero mucha, ésa no es buena. Si estas moticas hacen estorbo al Espíritu Santo, ¿qué harán los malos pensamientos deshonestos, las palabras demasiadas, y otras cosas a este modo?

¿En qué estamos? ¿Qué es menester para que el Espíritu Santo venga a nuestras ánimas? No sólo lo hemos de desear, pero hemos de aderezar la casa limpia. Y si esto hacéis cuando os ha de venir un huésped a vuestra casa, ¿cuánta más razón es que esté vuestra ánima limpia, que no tengáis malos pensamientos, ni malas palabras, ni malas obras, y que estéis adornados de las virtudes, porque el Huésped que esperáis es limpísimo en gran manera?

### 6.—*Preparadle comida.*

Mirad que más es menester que llamar al Espíritu Santo, y más es menester que aderezar la posada; es necesario que aderecéis la comida. Habéis de echar mano a la bolsa, no os ha de doler el gastar mucho

habéis de ser largo y muy liberal. Cuando tenéis un huésped, no os duele de comprar sólo lo que a él le basta, pero aun compráis para que sobre. Así es menester, hermano; esperáis a este santísimo Huésped; pues Él es tan liberalísimo para con vos, sedlo vos para con Él; echad mano a la bolsa, y no deis poquedades, dad larga limosna, dad de comer al hambriento, vestid al huérfano y a la viuda, haced oficio de padre con todos los necesitados. Mira tú que eres padre de pobres y consuelo de desconsolados. Bien hacía este oficio el santo Job, cuando decía (31): *Si comí yo, Señor, mi bocado a solas.* Y en otra parte decía: *Que era él pie al cojo, y mano al manco.*

Dale de comer al Espíritu Santo, y dale a comer tu corazón; que carne come; pero mira que es carne mortificada lo que come. ¿Qué cosa sería si le pusieses a tu convidado una ave viva? «¿Cómo?», te diría: «Quita allá, que esa ave no es para comer.» Sube ese corazón al cielo muchas veces, y suplícale te lo abrase con fuego de amor. Muerta ha de estar tu carne y manida, castigada y mortificada, adornada con ayunos y disciplinas; has de estar muerto al mundo, has de tener tu corazón guardado, en Dios tus pensamientos y deseos levantados. Hazte con estos pensamientos y ejercicios un águila caudal; no descanses hasta topar con este Santo Espíritu; no te asientes, ni pongas tus pensamientos en cosas muertas ni bajas. Mira lo que hizo la paloma que echaron del arca de Noé; echáronla fuera, fué volando, y cuando salió, ya había cesado el diluvio: había en la tierra muchos cuerpos muertos y no se quiso sentar sobre ninguno de ellos, ni descansó entre ellos, sino subióse a una oliva, cogió un ramito con el pico y volvióse con él al Arca. Así ha de hacer el ánima del cristiano, no asentarse sobre ningún cuerpo muerto, ni tus pensamientos han de estar en cosas muertas, ni perecederas, ni hediondas, mas han de estar en el cielo puestos; adonde está tu tesoro Jesucristo, allí esté todo tu corazón, y particularmente en esta fiesta.

## 7.—*Recogimiento.*

Está esta semana muy recogido para recibir el Espíritu Santo. Está con cuidado, mira aquellos criados que estaban esperando a su señor cuando viniese de

las bodas. No seas como aquellas vírgenes locas y necias; no estés dormido ni emborrachado en cosas de este mundo; mas imita a las vírgenes prudentes en el cuidado y ornato, y en tener aceite de misericordia para ti primero, teniendo mucha cuenta con tu ánima y reformación de tu corazón. Busca estos días el rincón y guárdalo. Mira a la benditísima Virgen y a los santos Apóstoles recogidos en el Cenáculo. ¿Qué harían? ¡Qué lágrimas tendrían acordándose de la Pasión de Jesucristo, acordándose de su ausencia! ¡Qué suspiros enviarían al cielo, deseando este Santo Espíritu consolador y reparador suyo! Ten todos sus deseos corregidos, los ojos mortificados y bajos, no miren alguna cosa que después tengan que llorar; porque si el ojo mira, el ojo llora. Vió David una negra vista, que más le valiera estar ciego, que no ver lo que vió; porque si el ojo se deleitó en mirar, bien lloró después, y tanto, que dicen que tenía David hechos surcos en la cara del correr de las lágrimas.

### 8.—*Eficacia de su venida.*

Y es menester celebrar esta Pascua de esta manera con mucho cuidado, pues lo que esperamos es tanto. ¿Sabéis, hermano, qué tiempo es éste? ¿Y qué pierdes si el Espíritu Santo no viene a morar a tu casa? Que ni la Encarnación de Jesucristo, que es la principal fiesta de todo el año, ni su santo Nacimiento, ni su Pasión, ni Redención, ni su Resurrección y subir al cielo te aprovechará nada, si de esta fiesta no gozas; todo aquello que Jesucristo ganó, pierdes si esto pierdes. Aunque es verdad que con la muerte de Jesucristo se abrió el cielo y se cerró el infierno, ¿pero qué te aprovechará si no recibes al Espíritu Santo? Sin gracia de Dios, mira qué te puede aprovechar lo demás; y si al Espíritu Santo recibes en tu corazón, todo te aprovechará y dará consuelo.

Este solo Espíritu Santo bastará a consolarte y dar esfuerzo a tu flaqueza, a dar alegría a tu tristeza. ¡Y cómo lo sabe Él hacer! Yo supe de uno a quien el Espíritu Santo se le quiso comunicar tantico, y como loco, salió dando voces por las calles (2). ¿Queréislo

---

(2) ¿Sería su discípulo San Juan de Dios?

ver? Miradlo por los Apóstoles, que antes que el Espíritu Santo viniese, estaban tan acobardados, tan medrosos, que no osaban salir, sino tenían la puerta del Cenáculo cerrada. Así como el Espíritu Santo vino en ellos, abren las puertas de par en par, salen por esas plazas y comienzan a predicar a Jesucristo.

Decía San Atanasio—un gran Santo, que escribió contra la herejía de los arrianos—. Este Santo, pensando los escrúpulos que algunos tenían: «Si soy bautizado, si no soy bautizado», dice él: «¿Sabes en qué lo verás? Si, como la mujer que está encinta (3) siente bullir la criatura, sientes tú bullir el Espíritu Santo.»

—Pues, Padre, yo soy hombre. Yo no soy casada. No sé qué es bullir la criatura, ¿cómo lo sentiré?

—Esta señal te doy, hermano: cuando sintieres en tu corazón un fuego encendido de caridad, un amor firme en Dios, que el Espíritu Santo fuego es: si sintieres dar saltos de cara arriba dentro de ti.

—¿Cómo es eso, Padre?

—El mismo Jesucristo lo dijo por San Juan, hablando con la Samaritana: «Quien bebiere del agua que yo tengo.»

—¿Qué condición tiene esa agua, Señor?

—*Harásele*—dice nuestro Redentor—*una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna.*» Ves aquí la señal que dió Cristo para saber cuándo ha venido el Espíritu Santo a ti: que el Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto, y Él mismo da testimonio, si tienes ahora a Jesucristo. Que dice Él en el Evangelio que se dice en la Misa (*Jn.*, 14): «*Cuando el Paráclito viniere,* cuando el Espíritu Santo viniere, *el Espíritu de verdad, que procede de mi Padre, ése dará testimonio de Mí, ése os enseñará de Mí.*» Que quiere decir, que os consolará, alumbrará, recreará y encaminará.

### 9.—*El Consolador.*

El Espíritu Santo es Consolador, hermanos. ¡Cómo sabrá consolar, pues por su grandeza se llama así, *Consolador!* ¿Qué es lo que buscamos en esta vida? ¿Tras qué andamos? Toda la vida trabajamos, no para

(3) El autor dice *preñada.*

otra cosa sino para buscar tantico consuelo, tantico contento. Pues ¿por qué no trabajamos por tener [en] nosotros un Consolador que nos consuele y que enriquezca nuestra pobreza? ¡Oh si os pudiese yo pegar la devoción con el Espíritu Santo! Pégueosla Él por su infinita misericordia.

Cuando estuvieres triste, ten por cierto que el Espíritu Santo te consolará de esa tristeza, si lo tienes en tu ánima. Dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 7, 6-7): Porque si alguno pensare quién es bastante a consolar una tristeza que tengo, un desmayo, ¿quién me favorecerá? Hay *pelea de fuera,* y *de dentro* grandísimos *temores. Pero aquel que tiene por costumbre de consolar a los que son humildes, nos ha consolado.*

El oficio del Espíritu Santo es consolar a los que están atribulados. Pregonado está este Consolador en toda la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor; pregonado y publicado está por Consolador de nuestros trabajos. El enfermo busca médico para sus enfermedades; el pleiteante busca buen abogado que le ayude, y va al juez y dícele: «Sentenciad por mí.» Pues que todos estamos tristes, tenemos necesidad de acudir a quien nos consuele nuestra tristeza. Todos estamos tristes, los malos por pecados que hemos hecho; a los justos también les pesa de sus pecados; y tienen grandísima tristeza, si han de ofender a Dios, si han de perder a Dios. Todos estamos tristes, todos hemos menester un consuelo. El Espíritu Santo tiene por oficio de consolar a todos; pidámosle tenga por bien de venir a nuestros corazones y consolarnos.

### 10.—*Vendrá por los méritos de Cristo.*

Dirá alguna ánima que se ve tan acorralada y tan medrosa, que hubiere cometido tantos pecados: «Padre, ese Espíritu Santo que decís es Dios, es un Dios Todopoderoso, Dios terrible; yo soy un gusano, una hormiga; ¿cómo querrá venir ese Espíritu Santo a mi posada tan mal aderezada? Temo que no querrá venir.»

Si miras a ti, razón tienes por cierto que no querrá venir el Espíritu Santo; ¿pero sabes qué has de hacer? Poner en medio de ti y de Él a Jesucristo y a sus merecimientos; y viendo el Espíritu Santo lo que Je-

sucristo pasó por ti, por amor de Él, luego vendrá. Después que uno se desconsoló porque tú te consolases; después que uno se entristeció porque tú te alegrases; después que uno sufrió cansancio porque tú descansases; después que uno murió porque tú vivieses, no tienes que temer, si sabes llorar tus pecados y hacer digna penitencia. ¡Bendito sea Jesucristo, y los ángeles lo bendigan, amén!

Dice nuestro Redentor (*Ps.*, 3): *Busqué quien me consolase y no lo hallé, y diéronme en manjar hiel, y cuando había sed diéronme a beber vinagre.* No halló nuestro Redentor quien lo consolase; estuvo nuestro Redentor muy lleno de tristeza, muy desconsolado; no halló consuelo ninguno; estaba con tantas tristezas de dentro y de fuera, que dijo Él mismo (*Mt.*, 26): *Tristis est anima mea usque ad mortem.* Quiere decir, que nuestro Redentor tenía tristeza de muerte. No decimos la parte superior del ánima, que ésa gozaba de Dios. No hablo sino de la parte sensitiva; en aquella parte estaba desconsoladísimo en gran manera. ¡Qué de cansancios, qué de hambre, qué de sed, qué de sudor por esos caminos! Y cuando ya se llegó el tiempo de padecer, había tanto dolor en pensarlo, que decía (*Mt.*, 26): *Padre, si posible es, no beba yo este cáliz, esta copa de amargura.* También dijo Cristo nuestro Redentor en la parte sensitiva, viendo que Dios le dejaba padecer y viendo los tormentos que pasaba (*Mt.*, 27, 46): *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* Fué tanto, hermanos míos, lo mucho que nuestro Señor pasó; fueron tantos los tormentos que pasó, los azotes, corona de espinas, las bofetadas que en su divino rostro le dieron, que dice Él mismo (*Thren.*, 1): *O vos omnes qui transitis per viam.* «Todos los que pasáis por el camino, todos los que vivís en el mundo, mirad si hay dolor como el mío.» ¡Bendito seáis Vos, Redentor mío, por siempre!

¿Qué es la causa de tantos dolores? Señor, los dolores, los tormentos, ¿no son pena de los pecados y castigo de los malos? A los que mal hacen les conviene el castigo. Vos, Señor mío, ¿qué mal fué el que hicisteis, que tantos tormentos pasasteis? ¿Por qué tantos dolores?

Dice nuestro Redentor Jesucristo: «¿Qué deben éstos?» «Señor, muchos pecados han hecho.» «Pues quiero—dice Cristo—caiga sobre Mí el castigo, porque caiga el descanso del cielo encima de ellos; la tristeza

caiga en Mí, porque la alegría caiga sobre ellos. Quiero que me den hiel a Mí, porque les den a ellos miel; denme a Mí tormentos, porque den a ellos descanso; denme a Mí la muerte, porque a ellos les den la vida.»

Ten, pues, hermano, confianza en estos merecimientos que Jesucristo tuvo. No pienses que es voz muda la que tienes en el cielo en tu defensa; los merecimientos de Jesucristo están allá abogando por ti. Ni tampoco es voz muda, si alegas para que el Espíritu Santo venga. No desconfíes, que si los merecimientos de Jesucristo tú das por ellos, te darán al Espíritu Santo. Tanto vale lo que das como lo que te dan. Si te dan a Dios, a Dios das, y aunque por la parte que es Dios, Jesucristo nuestro Redentor no padeció, pero en fin se dice haber padecido aquel que era Dios. Y por la hiel que Él bebió, estando puesto en la cruz, te darán a ti la miel del Espíritu Santo.

Llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que Él sobrevendrá en ti, sin que tú sepas cómo ni en qué manera, sin que lo sientas ni sepas por qué parte entró, y hallarlo has dentro en tu corazón aposentado; hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable y tan lleno, que te hará salir de ti. Decía el santo rey David (*Ps.*, 50): *Darás, Señor, gozo y alegría a mi oreja, y gozarse han los huesos humillados.* El corazón que estaba triste, el ánima que estaba muy congojada, recibirá alegría y gozarse ha; oirás al Espíritu Santo que te hablará en tu oreja, y te mostrará todo lo que debes hacer.

El mismo que tiene por oficio consolar, ése mismo tiene por oficio exhortar; y el mismo que te consuela, ése mismo te reprende: «¡Oh hombre cobarde, de poco ánimo, no quieras temer como niño, ten esfuerzo de varón!» El mismo Espíritu Santo que te viene a consolar, ése mismo te reprenderá, para quitar aquello que impide tu consuelo. *Paracletus,* quiere decir *Consolador.*

Y pues ves, hermano, que por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo, sintiendo de Él que vendrá a tu ánima, y será tanto consuelo para ti que nadie bastará quitártelo. Apareja tu posada, apareja la comida para este huésped, pues tan bien la merece y tantas obligaciones le tienes; hagamos muchas limosnas a los pobres; hagamos misericordia

a nuestros prójimos; abstengámonos de todo pecado y de toda falta en esta Semana Santa; tengamos nuestros sentidos muy sujetos, y todos estemos con verdadera confianza, que por su misericordia vendrá en fuego de amor, fortalecerá nuestros corazones y darnos ha sus dones.

## TRATADO 2.º

### EL ESPÍRITU DE CRISTO (1).

*Cum venerit Paracletus, quem ego mittam vobis a Patre.*

Cuando viniere el Consolador, el cual os enviaré del Padre.

*(Jn.,* 15.)

### 1.—*Salutación.*

Todos *buscan sus cosas, no las cosas de Jesucristo,* dice el Apóstol San Pablo (*Fil.,* 3), quejándose de las costumbres de los hombres. Todos buscan lo que les cumple, y no lo que le cumple a Jesucristo. Y hablando de Jesucristo, dice el mismo Apóstol (*Rom.,* 15). *Etenim Christus non sibi placuit, sed sicut scriptum est, improperia improperantium tibi ceciderunt super me.* Todos buscan lo que les cumple a ellos, y no lo que toca a Jesucristo; mas Jesucristo, olvidado de lo que le cumple a Él por acordarse de lo que nos cumple a nosotros, *non sibi placuit,* no escogió vida a contentamiento de lo exterior, antes muchas veces se cansó por esos caminos. derramó muchas lágrimas, padeció muchos denuestos, y finalmente, padeció la muerte, para que entiendan los hombres que pudiendo vivir descansadamente, olvidaba su descanso por dar descanso a los hombres.

Señor, si fuérades como nosotros, ¡cuán mal nos fuera! ¿Cuántas veces os habrá acontecido andar tras de nuestro Señor, demandándole alguna merced, im-

---

(1) El Espíritu Santo se llama «Espíritu de Cristo», porque «procede de El en cuanto Dios y porque mora en El en cuanto hombre». (AVILA, pág. 575.)

portunándole con oraciones, con lágrimas, con limosnas, con disciplinas; y después que os lo ha dado, vos como mal pagador os olvidáis de Dios? En la adversidad vais a Él, y en la prosperidad os olvidáis del Señor. Mal hecho es. Si Él fuera como nosotros, ¿qué fuera de nosotros? Ya está en los cielos, ya no le falta nada para su descanso; si estando en su prosperidad nos olvidara, ¿qué fuera de nosotros? Sea su misericordia bendita. *Fué Jesucristo al cielo*—dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 24)—*a parecer delante el acatamiento del Padre,* para ofrecerle su Pasión (*Rom.*, 8, 34) y ser nuestro abogado.

Por parte de Jesucristo bien libraremos, que recibiremos el Espíritu Santo. Señora, ¿y por vuestra parte libraremos bien? Raquel dos hijos tuvo; la Virgen benditísima dos hijos tiene, uno natural y otro adoptivo; el Hijo natural ya está en el cielo, ya está reinando; en cobro está, no tiene que pedir para Él. Resta que a los que somos hijos adoptivos nos alcancéis gracia, y los dones que son necesarios para ir donde está el natural.

## 2.—*El Espíritu Santo predicado por Cristo.*

*Cum venerit Paracletus,* etc. Estamos en Pascua del Espíritu Santo: el Espíritu Santo venga en vuestros corazones, para que tengáis buenas Pascuas.

Dice Jesucristo por San Juan: *Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré de parte del Padre, que es Espíritu de verdad, Él dará testimonio de Mí, y vosotros lo daréis también, porque* habéis sido testigos de vista, y que *desde que comencé a predicar me habéis conversado.* Aparejaos, que grandes trabajos os vendrán; echaros han de las iglesias y perseguiros han; y un solo descanso que podéis tener, que es descansar algún día que os dejasen de perseguir, aun éste os faltará, porque nunca cesarán, haciendo cuenta que en perseguiros y mataros hacen servicio a Dios. Consolaos con que es gente ignorante, que no conocen al Padre ni a Mí, y que os persiguen sin merecerlo por amor de Mí. Dígooslo antes que venga, porque cuando viniere la hora os acordéis que os dije lo próspero y lo adverso que os había de venir, y hallaréisme verdadero en lo uno y en lo otro.»

*Cuando viniere el Consolador,* etc. El Señor, ya os

he dicho algunas veces, que si dejásemos a su corazón hacer lo que quiere por nosotros, todo sería hacernos misericordia, porque a Él propio es el hacer misericordia; si castiga, como forzado castiga, y fuera de su condición (*Thren.*, 3, 33): *Non enim humiliavit ex corde suo, et abjecit filios hominum.* Cuando abate Dios a uno, no lo hace de corazón, sino como forzado; como padre que ve a su hijo ser malo, castígalo con amor, y el hijo hace que le castigue. «Dios dulce es de naturaleza—dice San Jerónimo—, mas nosotros le hacemos que nos castigue.» De aquí viene que cuando castiga, luego busca el consuelo: *Quoniam abjecit, et miserebitur secundum multitudinem misericordiarum suarum.*

¡Qué desconsuelo recibieron los Apóstoles cuando les dijo que se quería ir! (*Jn.*, 16): *Quia haec dixi vobis, tristitia implevit cor vestrum.* Amaban tanto a Jesucristo, que no tenían paciencia para oír decir: «Voime.» Pues sois tan amigo de dar consuelo, ¿qué consuelo daréis a éstos que tan desconsolados están por amor de Vos?

Dos consuelos les da: el uno (*Jn.*, 14, 28): *Si diligeretis me, gauderetis utique.* No pospongáis mi bien a vuestro contentamiento. Si me amásedes, os gozaríades porque me voy a reinar. Y porque este consuelo es de perfectos, que vivan en trabajos y tomen por consuelo que la voluntad de Dios se cumpla en ellos, dales otro consuelo que toca al provecho de ellos: «Tristes estáis porque me voy; pues yo os digo *que os cumple que yo me vaya.*» Mirad qué palabra, que es menester grandísima fe para creerla: «Yo os digo en verdad, que os conviene mi ida. Paréceos a vosotros que, yéndome yo, quedáis desamparados, y que los judíos y todos los hombres os han de perseguir. ¿Pensáis que quedáis como niños, que en apartándose la madre de ellos, los ha de comer el lobo?»

Señor, si dijérades que os cumplía a Vos, fuera bien; mas que nos cumpla a nosotros, ¿cómo es posible? *Si enim non abiero, Paracletus non veniet ad vos.* «Cúmpleos que me vaya, porque si no me fuere, el Consolador no vendrá a vosotros; y si me fuere, enviároslo he; por eso os cumple que me vaya.»

—Señor, ¿consolador por consolador, Vos no sois buen Consolador?

¡Qué hacía el Señor de decirles bienes de este Consolador, para que con su venida templasen la pena que

recibían de su ida! Enviaros he uno que ha por nombre *Consolador*; uno que os enseñará, no solamente las cosas presentes, mas aun las por venir; uno que os dirá quién Yo soy, que aun no me conocéis bien; uno que sea Espíritu, que allá dentro de vosotros os enseñe, que ni sea menester orejas para oírle, ni ojos para verle; uno que nunca os dejará, sino que estará con vosotros cuando comáis y cuando durmáis, cuando estéis en la iglesia y cuando estéis en casa; uno que será tan vuestro compañero, que nunca se apartará de vosotros. Tened ahora por bien mi ida, porque venga a vosotros este Enseñador. Todo lo que Yo os he hablado Él os lo declarará, Él será vuestro Maestro, vuestro Ayo, vuestro Consolador, para que os consoléis con Él; tened por bien que Yo me vaya.»

Grande es la dignidad del Espíritu Santo, que tuvo por predicador al mismo Jesucristo. ¿Quién predicó de Jesucristo? El Espíritu Santo por boca de los Profetas; mas al Espíritu Santo el mismo Jesucristo Dios y Hombre lo predicó por su propia boca, y dijo tantos bienes de Él porque los Apóstoles tuviesen paciencia de su ida.

—Señor, consolador por consolador, ¿no os quedaréis Vos? Contentos estamos con Vos; no hay pena que con veros no se nos quite; ¡quedaos Vos con nosotros, Señor!

No tenéis razón. Aquella humanidad de Jesucristo que veían no era tan buena como el Espíritu Santo: porque la humanidad era cosa criada, y el Espíritu Santo era Dios. La divinidad de Jesucristo no se iba, como no descendió del cielo. La divinidad tampoco subió ahora al cielo; lo que se ausentaba era el ánima y el cuerpo, y éste menor era que el Espíritu Santo. Pues no tenéis razón de decir que no se vaya para que venga Él. «Cuando este Enseñador venga, Él os dirá quién Yo soy; y cuando le hubiéredes conocido, daréis por bien empleada mi ida por haberle conocido.»

### 3.—*Quien no tiene al Espíritu Santo no es de Cristo*.

Henos aquí metidos donde yo deseaba. Tenga cada uno el gusto que quisiere; el mío harto ruin es por cierto; mas uno de los tiempos en que mi ánima está más consolada, y en que mayores mercedes espera recibir de Dios, es esta semana antes de Pascua. Lla-

madla por nombre *Semana Santa.* Por reverencia de Dios que me hagáis esta merced, y a Dios este servicio, y a vuestra ánima tan gran bien, que si en otro tiempo habéis sido los que no debíades, esta semana sirváis a Dios muy de veras; y yo os doy palabra de parte de Dios, en cuyo lugar estoy, aunque indigno, que Él os pagará el servicio que le hiciéredes. Quien de esta semana tiene parte, en todas las otras fiestas de Jesucristo la tiene; y quien de esta semana no tiene parte, ni tiene parte en su nacimiento, ni en su ayuno, ni en su oración, ni en sus azotes, ni en su muerte, ni en su Resurrección, ni en su Ascensión; no tiene parte en cuanto ha hecho ni hará, si no tiene parte en esta semana.

¿Paréceos que es de tener en mucho esta fiesta? Porque los hombres tuvieran parte en esta fiesta hizo Jesucristo nuestro Dios todo esotro que hizo: *Ut divinitatis suae tribueret nos esse participes* (2). Así lo canta la Iglesia estos días. ¿Qué es *participar de su divinidad?* Es celebrar bien esta Pascua, recibir el Espíritu Santo, que es el mismo Dios; para eso trabajó Jesucristo tanto, para que gocemos de esta santa fiesta. ¿Y qué fiesta es ésta? Fiesta del Espíritu Santo, y ¡ay de aquel que no tuviere el Espíritu Santo!

¿No me pasaré yo con vivir en mi carne, o a lo menos con vivir en mi espíritu? «No (dice San Pablo) (*Rom.*, 8, 9): *Vos autem in carne non estis, sed in spiritu. Si quis Spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* No desmaye nadie. «Vosotros—dice San Pablo—no vivís en carne, no vivís por vuestro juicio, no os regís por vuestra voluntad y apetito.» ¡Quién fuera tan dichoso predicador, que os dijera con verdad: «No vivís en carne, sino en espíritu»: *Si tamen, o si quidem,* como dice otra letra: *Si quidem Spiritus Dei habitat in vobis;* porque ciertamente el Espíritu de Dios mora con vosotros!

Porque entendáis que vuestra bienaventuranza es tener por huésped al Espíritu Santo, sabed que si alguno no tiene espíritu verdadero de Cristo, este tal no es de Cristo. Otra vez era menester decir, y otras mil veces: ¿Si no es de Cristo, cúyo será?

Todas mis riquezas, Rey mío, están en ser de Vos: con esta condición da Dios las riquezas al cristiano.

---

(2) Prefacio de la Ascensión, en cuya infraoctava se predicó este Sermón.

con que él sea de Dios (1 *Cor.*, 3, 22): *Omnia vestra sunt: sive Paulus, sive Apollo, sive Cephas, sive mundus, sive vita, sive mors, sive presentia, sive futura, omnia enim vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* No os llaméis pobres, que todas las cosas son vuestras; Pablo es vuestro, porque trabaja y padece por vosotros; Cefas, que quiere decir Pedro, es vuestro, porque también suda él, y revienta hecho esclavo. Apolo también; el otro predicador es vuestro, pues os predica; la vida es vuestra, pues la vivís para Dios; la muerte es vuestra, pues por la muerte pasáis a Dios; lo presente, lo por venir vuestro es, porque de lo presente, si usáis de ello como Dios quiere, lo por venir guardado os está: todas las cosas son vuestras, y vosotros de Cristo. De manera, que con esta condición son vuestras todas las cosas, con que vos seáis de Cristo. Si no fuéredes de Cristo, ¿cúyo seréis? (*Jn.*, 3, 36): *Qui incredulus est Filio, non videbit vitam; sed ira Dei manet super eum*; el que es incrédulo al Hijo de Dios, el que no está bien con Él, la ira de Dios queda en él.

En Adán comenzó la ira, y en Adán nacemos todos *hijos de ira*; en Jesucristo comenzó la gracia, y todos los que no estuvieren ingeridos en Jesucristo, la ira de Dios quedará sobre ellos. En Adán es el pecado, en Jesucristo es la justicia; en Adán la desgracia, en Jesucristo la gracia; en Adán el infierno, en Jesucristo el cielo. Si no eres de Cristo, si no estás bien con Cristo, la ira de Dios es sobre ti (*Eccli.*, 5, 7): *In peccatores respicit ira illius*: La justicia de Dios está mirando contra los pecadores. En cometiendo un hombre un pecado mortal, luego muere a Dios, y pone Dios los ojos en él airados. ¿Quién tendrá la mano a Dios? ¿Quién te defenderá de Él? (*Ps.*, 90). *Scapulis suis obumbrabit tibi.* —¿Quién te hará sombra, y te guardará del sol tan recio como la ira de Dios? —*Scapulis suis obumbrabit tibi.* —¿Quién te librará de Dios airado? Dios manso. ¿Quién te defenderá de Dios riguroso? Dios Cordero. Envió Dios a su Hijo para que su disciplina y castigo cayese sobre el que no debía nada, y el culpado quedase libre; para que con sus espaldas te hiciese sombra, y la justicia de Dios no te abrasase. Ponte detrás de Él, que en Él dió el ardor del sol, y sobre Él descargó la ira de Dios, y detrás de Él hay sombra; allí hallarás refrigerio.

Si no estuviere en Él ¿qué será de mí? Si el sarmiento no permaneciere en la vid, no escapará del fuego; y si tú no estuvieres en Jesucristo, no escaparás del infierno (*Jn.*, 3). *Nadie sube al cielo sino Jesucristo, que descendió del cielo.* Nadie entrará en la gloria sino el gracioso, el amado del Padre; y nadie es gracioso, ni amado, sino en Jesucristo. Quien no está arrimado a Jesucristo, condenado será para siempre.

*Quien no tiene espíritu de Cristo, no es de Él*; ¡ay de él! Quítame, Señor, cuanto hay en el cielo y en la tierra, y no me quites ser tuyo. Si tuyo soy, mandarme ha tu bondad, mandarme ha tu humildad, mandarme ha tu mansedumbre. Si no soy tuyo, mandarme ha la ira, mandarme ha la carnalidad, mandarme ha la pasión. Mirad, ¡qué señores éstos para regiros, pues ellos mismos son pasiones! ¡Mirad, cómo mandarán sin pasión!

No hay palabra tan áspera como ésta: *Qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus. Conterriti enim sunt in Syon peccatores; possedit tremor hypocritas* (*Is.*, 33). Mirad que tengo de hablar hoy con vuestros corazones, y he de poner por testigos a vosotros mismos. *Espantado se han los pecadores en Sión, temblor ha tomado a los hipócritas.* ¿De qué? *Quia qui non habet Spiritum Christi, hic non est ejus.* ¡Oh qué recia palabra! Mirad que no os desmayéis, no os desmayéis tan aína.

### 4.—*Necesario es tener el Espíritu de Cristo.*

No basta, hombre, que vivas en carne, ni basta que vivas en espíritu tuyo. No pienses que basta echar mano a la bolsa y dar limosna, si no lo haces en espíritu de Dios. Dios es Espíritu, y ama a su semejante; quiere que le adores y sirvas en espíritu. Si dentro no hay espíritu limosnero, no aprovecha dar limosna acá fuera. ¿Qué te aprovecha pasar y pasar cuentas, si dentro no ora el espíritu? *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me* (*Is.*, 29). ¿Qué sirve la sobrepelliz blanca—que significa la castidad—, si ni el espíritu ni el cuerpo tienen castidad? ¿Qué aprovecha tener las rodillas hincadas, y el alma tiesa y que no quiere humillarse a

obedecer los santos mandamientos de Dios? Menester es que le sirvan en lo de fuera y en lo de dentro.

¿Contentarse ha con eso, con que le sirvamos con el cuerpo y con el espíritu? No.—No desmaye nadie, yo os diré cuando desmayéis.—*Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo.* No te basta tu propio espíritu.

«No lo entiendo: Declaradlo.»

Que me place. No basta que un hombre viva conforme a su razón, y que tenga las pasiones refrenadas y regladas por su espíritu; no. San Juan (1, 12): *Dedit eis potestatem filios Dei fieri his, qui credunt in nomine ejus: qui non ex sanguinibus, nec ex voluntate carnis, nec ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.* ¡Oh qué bien lo habéis dicho, Aguila de Dios! Los que son hijos de Dios nacen, no de hombres, *no de sangre, no de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.* No basta, para ser hijo de Dios y subir al cielo, que haya nacido de sangre; nada sirve que seáis hijo de conde, ni de duque, ni que seáis de sangre de rey. Poco es eso. El mayor serafín que está en el cielo, si no tuviese el Espíritu de Cristo, no sería bienaventurado. No se da el cielo por linaje, *non ex sanguinibus; nec ex voluntate carnis;* no nacen de voluntad conforme a lo que quiere su carne; no nacen con voluntad afectada a la carne. Y si nace con voluntad afectada a razón, ése en la Escritura se llama varón; que quien vive conforme a la carne, no merece nombre de varón. No basta nada de eso para poseer el cielo, no basta ser hombre sólo (*Jn.*, 3): *Quod enim natum est ex carne, caro est.*

*Nemo ascendit in coelum, nisi quid descendit de coelo, filius hominis.* No basta que seas hombre, menester es que estés *en Cristo*, para que en Él subas al cielo. Si solamente eres hombre, heredarás a tu padre, mas no heredarás a Dios. No nacen de ahí los que han de subir al cielo: *Sed ex Deo nati sunt;* de Dios han de nacer.

¿Declarádmelo?

*Nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei.* Aquel es hijo verdadero de Dios, que hubiere renacido de agua y de Espíritu Santo; y si no, no entrará en el cielo. Esto es lo que dijo San Pablo: *El que no tiene espíritu de Dios, éste no es de Dios*; no teniéndolo, no serás hijo de Dios, ni te salvarás.

—Recia cosa es.

—Esperad un poco, pues que aun no he acabado. Cuántos estáis aquí a quien esta doctrina parecerá tan nueva como si no fuérades cristianos, y después de haber probado que lo dice Jesucristo, vais a vuestras casas dudando que si es verdad lo que se hubiere dicho. *Clama*—dijo Dios a Isaías (40)—: *Omnis caro foenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri: exsiccatum est foenum et cecidit flos, quia Spiritus Domini insufflavit in eo*. *Da voces,* Isaías; di *que toda carne es heno* y todo lo más honrado de la carne *es como flor de heno. Secóse el heno y cayóse la flor, porque el Espíritu de Dios sopló en él.* A voces se lo manda decir; porque estará aquí algún mozo o moza, que pensará ser gran cosa ser gentil hombre o gentil mujer, ser honrados y acatados, y tener fresca edad. Diles que se engañan, que todo eso es como florecica de heno, que en viniendo un airecito la derriba. Viene el airecito delicado del Señor, y da con todo en el suelo.

¿Habrá quien entienda esto: *toda carne es heno?* ¿Qué quiere decir carne? Dice Agustino (3), que «por carne se entiende todo el hombre, tomando la parte por el todo». No quiere decir aquí esta parte exterior, sino todo el hombre. *Da voces*; que quizá habrá algunos que, aunque no pongan su gloria en vestidos, ni en galas, ni en deleites de carne, quizá estarán más engañados que los que claramente van a su perdición. Predicad, que *todo hombre,* en la parte sensitiva y en la parte intelectiva, *es heno, y toda la gloria de él es como flor del heno.* ¿Cuál es la gloria y honra de la carne? Tomad un filósofo, que leer sus obras parece una cosa venida del cielo; hallaréis un entendimiento tan claro y tan vivo, una voluntad tan aborrecedora de vicios y amadora de las virtudes. Esa es su honra y *gloria*; eso es lo mejor que tiene el hombre; mejor es que riquezas, y mejor que honra. Pues diles *que esa gloria es como la flor del heno.*

¡Oh cuántos habrá que os parecerá tener buena cuenta delante de Dios, y cuando seáis llamados a su juicio no podréis estar en pie, *porque el soplo del Señor soplará!* Aquel juicio tan estrecho, aquel escudriñar a Jerusalén con candelas, aquel examinar no solamente los pecados, mas también las buenas obras,

---

(3) De *Civit. Dei,* lib. 12.

la limosna que disteis, el Padrenuestro y Avemaría que rezasteis, la Misa que dijisteis y oísteis, la intención de las buenas obras que hicisteis, que os parecía a vos que teníades en ellas algún refugio para la hora de la muerte. Diles *que toda carne es heno.* Día vendrá, cuando el Espíritu del Señor *sople* en esas cosas, y no podrán estar en pie. ¿Por qué no podrán estar en pie? ¿Quién te defenderá del juicio de Dios? ¿Piensas tú que te podrás defender? No te defenderá de Dios, sino el mismo Dios. *El soplo de Dios derriba la flor.* Quiere decir que si diste limosna, si perdonas la injuria, si dices y oyes Misa, no te aprovecha nada, si de ti solo sale.

—No lo entiendo.

—Pues oigan los sacerdotes y teman. Dicen los hijos de Aarón: Incensemos a Dios, que está airado, para que se amanse (*Lev.*, 10). Bien hacéis. Toman los incensarios, y ponen fuego *de por ahí,* y no del que Dios había mandado; comienzan a incensar, y no solamente no fué acepto, mas presencialmente los mató allí Dios, y los sacaron muertos con sus sobrepellices, por causa del fuego que pusieron. Habíales Dios mandado que no sacrificasen con el fuego de las casas, sino con el que Él enviase; hácenlo al revés, y reciben la pena de su delito. ¡Ay del sacerdote que sube al altar, si no lleva en su corazón el fuego de Dios! ¡Ay de aquel sacerdote que dice Misa o va a entierros con fuego de la tierra, con fuego de codicia o de voluntad, y no con fuego de amor de Dios! ¡Ay de él cuando le dirán!: «Daca, el bien que hiciste, ¿de qué corazón salió? ¿salió de corazón tuyo, o de corazón mío?» Todo lo que hallare no haber procedido de fuego de amor de Dios nuestro Señor (no vengo a disputar aquí si las obras indiferentes, o las obras moralmente buenas que no proceden de caridad como de raíz, sean meritorias) basta que todo lo que hallare hecho sin haber estado presente el Espíritu del Señor, no lo recibirá. Aunque sea hacer milagros, aunque sea derramar sangre, si no está presente el Espíritu de Jesucristo, todo es perdido. ¡Oh Virgen María, qué de gente ha de haber engañada para aquel día! *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

### 5.—*Los que rechazan la palabra de Dios.*

¿Qué sentís cuando oís esto? Tened punto. Este lugar es de Dios; desde aquí son juzgados vuestros corazones. Una representación es este juicio de lo que ha de obrar Dios en aquel día del final juicio. Dice Dios: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo.*

—Esperad, ¿no dijisteis que lo decía San Pablo?

—No es más verdad lo que predicó Dios encarnado, que lo que escribió Pablo y está aprobado por escritura canónica.

—¿No va diferencia de Dios a Pablo? ¡Y cuánta!

—Si Pablo hablara como Pablo, bien fuera. Mas Pablo pone la lengua y garganta; él pone la voz, mas la palabra, de Jesucristo es. Agustino: «Cuando uno va a sembrar, lleva una espuerta, que quizá va llena de barro, y el trigo que va en ella es muy lindo. No es el trigo de la espuerta, porque va en ella.» San Pablo, Isaías, Jeremías, ¿sabéis qué son? Espuertas de la semilla, y palabra de Dios. No tengáis en poco la semilla, si la espuerta es vil. El Concilio Tridentino (4) aprobó por canónicos todos los libros de la Biblia, excepto el tercero y cuarto de Esdras. Tan verdad es lo que Pablo dice en sus Epístolas como lo que Cristo dice en su Evangelio, pues todo lo dice un mismo Espíritu.

¿Qué sientes del día del juicio? Unos se gozarán y otros gemirán. ¿Qué sentís de esta palabra: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo?* Habrá unos que oyéndola bendecirán a Dios, porque por su misericordia confían que tienen Espíritu de Cristo; otros habrá que oyéndola, les dé mal de corazón. Especialmente algunos que oyendo decir Espíritu hacen cuenta que oyen nombrar al demonio, como los gentiles que no podían oír decir que había un Dios. Los judíos bien confiesan un Dios; mas cuando oyeron decir que este Dios tiene Hijo, el cual es igual al Padre, luego les tomó el demonio, y dijeron (*Mt.*, 26): *Este hombre blasfemado ha, que se ha hecho Hijo de Dios.* Algunos cristianos confiesan un Dios, y que tiene Hijo igual a su Padre; mas en nombrándoles el Espíritu les da mal de corazón. ¿Cómo hemos de hablar

---

(4) Sess. 4, c. 1.

sino como Dios y la Escritura habla? Espíritu se dice en la Escritura. ¡Gente tan enemiga del Espíritu, que aun no lo quieren oír nombrar! ¿De dónde nace eso? De estar el corazón maleado. ¿Qué hacéis cuando oís una palabra que os da pena y os dicen: «Dios lo dijo»? ¿Qué dijo Acab? «Miqueas nunca me profetiza cosa que me agrade.» Yo soy pregonero, soy mensajero, soy el notario, ¿qué culpa tengo yo? Dios os lo envía a decir.

La palabra dicha en el púlpito, que no revuelve al malo los humores, no se dice como palabra de Dios, ni se recibe como palabra de Dios. *Domine, Deus meus es tu, exaltabo te, et confitebor nomini tuo: quoniam fecisti mirabilia, cogitationes antiquas fideles. Amen.* (*Is.*, 25). «Señor, Dios mío eres tú, ensalzarte he.» Ensalzar la palabra de Dios es ensalzar al mismo Dios. *Yo alabaré tu nombre, porque hiciste cosas maravillosas, y los pensamientos antiguos, lo que pensaste eternalmente, pusiste por obra.* —Ea ya, decid ¿qué es? *Quia posuisti civitatem in tumulum, urbem fortem in ruinam, domum alienorum, ut non sit civitas, et in sempiternum non aedificetur: super hoc laudabit te populus fortis; civitas gentium robustarum timebit te.* «Yo te alabaré, Dios mío, porque has puesto la ciudad en montón de piedras, has alborotado aquella ciudad de malos que vivía en el corazón, que estaba reposado y arrellanado en sus pecados, la has revuelto.» No hay ruibarbo que así revuelva el estómago, como la palabra de Dios revuelve el corazón. Nadie espere ser consolado de Dios, si primero no es entristecido. Si quieres ser consolado, dolores y temores has de tener, alborotado has de estar, so pena de no ser palabra de Dios la que oíste, o de no obrar en ti como palabra de Dios, si estás en pecado. ¡Triste de mí, que me dicen (*Efes.*, 5) *que ni el fornicador, ni el avariento, ni el maldiciente han de entrar en el cielo!*

—Andad—dice el otro—, que no será tanto como dicen; que Dios es misericordioso.

Andáis buscando achaques con que, aunque no matéis la palabra de Dios, a lo menos la herís y debilitáis, como los otros labradores de la viña, que a unos mataron y a otros hirieron de los criados del señor. Aquel mata la palabra de Dios, que dice: «Quitad allá, que no quiero cuenta con eso.» Aquel la debilita, que dice: «A la vejez seré bueno.» Anda buscando achaques para no ir desconsolado del sermón. Porque no

nieguen la palabra de Dios—porque es palabra de Dios no la osan negar—, por eso le buscan achaques; porque salen del sermón desconsolados, y a cabo de poco se tornan a consolar y olvidar de lo que oyeron. *Hoc est judicium* (dice la glosa: Esta es la causa de su condenación); *quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem* (*Jn.*, 3). ¿Por qué lo hacen así? *Vino la luz al mundo,* ¡sea Dios bendito por ello! ¿Quién es la lumbre? Jesucristo; la palabra de Dios es la lumbre con que habéis de mirar vuestra ánima si está buena o mala; *y amaron los hombres más las tinieblas que la lumbre.* Dios os guarde de hombre que lo vais a llamar cuando está durmiendo porque le hace mal el dormir; y le ponéis un hacha delante sus ojos, y la apaga por dormir más a su placer.

¿Por qué aborreces la palabra de Dios? Porque te hace mal sabor al sueño que quieres dormir. Dicen os (*Mt.*, 6): *Si no perdonáredes a vuestros prójimos, ni Dios os perdonará a vosotros.* ¿Qué ha de sentir el enemistado? Dicen os (*Mt.*, 18): *Si no os tornáredes como niños, no entraréis en el reino de Dios.* ¿Qué ha de sentir el fantástico? ¿Qué sentirá el que tiene lo ajeno cuando oyere decir: «Si alguno tiene lo ajeno, el diablo lo tiene a él»? (5). ¿Qué ha de hacer? ¡Apagar la lumbre para dormir a su placer! Recuérdate, que te mata el dormir; cata que te vas a más andar al infierno. ¿Hácesete de mal dejar el pecado, y por no decir: «No es verdad la palabra de Dios», quieres apagarla y no acordarte de ella? *Amaron los hombres más las tinieblas* (que son los pecados) *que la luz.*

No así. ¿Cómo habéis de hacer cuando os desconsuela la palabra de Dios? No la olvidéis. Cuando tenéis el emplasto puesto en la llaga, no lo quitéis de la llaga, y daros ha sano. Díceos Dios una palabra que os lastima, ponedla sobre la llaga. «¡Oh que me entristece!» Entristezca, hágaos llorar, obre. «¡Oh que me da pena!» Hermano, con eso sanaréis, y veréis cuán gran consuelo os da después. Al punto que os da pena el oír: *El que no tiene el Espíritu de Cristo, este tal no es de Cristo,* pensad bien en ello, deteneos; ¿qué es lo que sentís? ¡Oh qué desmayados estáis aquí!

---

(5) San Agustín.

### 6.—*Señales de tener el Espíritu de Cristo.*

Quien no vive por el espíritu ajeno, éste no es de Cristo. No has de vivir, hermano, por tu seso, ni por tu voluntad, ni por tu juicio; por Espíritu de Cristo has de vivir, Espíritu de Cristo has de tener. ¿Qué quiere decir *Espíritu de Cristo?* Corazón de Cristo. El que no tuviere corazón de Cristo, este tal no es de Cristo. A la esposa dice Jesucristo (*Cant.*, 8): *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum; quia fortis est, ut mors, dilectio,* etc. ¡Iglesia! ¡Cristianos! herrados habéis de estar con mi hierro; sellados habéis de estar con mi sello. Yo mismo tengo de ser el sello; ablandad vuestros corazones como cera, y señaladme con él, y ponedme como señal sobre vuestro brazo.

—¿Qué queréis decir?

—Quiere decir, que los predestinados han de ser semejables a Jesucristo, como dice San Pablo (*Efes.*, 5).

—¿En qué han de ser semejables?

—*Ambulate in dilectione sicut et Christus dilexist nos.* «Dadme, Señor, vuestro corazón, y luego amaré lo que Vos amáis, aborreceré lo que Vos aborrecéis. *El que no tiene corazón de Cristo, no es de Cristo.*

—Cosa recia es.

—No es, por cierto.

¡Oh qué de sermones habéis oído, y no acabáis de entender lo que os predico y lo que os cumple!

—Desconsolados estamos, Padre.

—Así lo quiero yo, hermano, y así lo quiere Dios.

—¿Qué remedio para esto? ¿Cómo tendré consuelo? ¿Qué sé yo si estoy en gracia? ¿Qué sé yo si tengo el Espíritu de Cristo?

—¡Buenos estamos, por cierto! ¿Qué sabéis vos? Hablo con frailes, clérigos, personas recogidas y desocupadas. Si me decís de saberlo por ciencia evidente, si me habláis de artículo de fe, bien decís que no sabéis si estáis en gracia. Mas hablamos de un conocimiento por conjeturas y por señales; de un descanso y sosiego de corazón entrañable. Malaventurado de aquel—no quiero decir condenado, sino penado de aquel—que no tiene este consuelo, aquella confianza, aquel decir: «Salvarme tengo.» No hay cosa más desconsolada que el que no tiene este consuelo.

Que los mercaderes, que los negociadores, que los casados y los que están ocupados en negocios temporales, no tengan esta consolación del Espíritu Santo, no es de maravillar; mas ¡quien contrata con Dios, quien habla con Dios y Dios con él—que cuando leemos habla Dios con nosotros, y cuando oramos hablamos nosotros con Dios—; quien tiene familiaridad con Dios y vive desconsolado, grandísimo es su desconsuelo y grande es su desdicha! ¡Que subamos al altar, y metamos un terrón de azúcar en la boca, y no sintamos dulzura; que metamos un gran fuego en nuestro seno, y no sintamos calor! ¡Gran pena, gran desconsuelo! Téngase por desdichado el que de esta manera se sintiere. Si preguntásedes a una esposa: «Decid, señora, ¿qué condición tiene vuestro esposo, es dulce o es áspero?» Y os dijese: «No sé, por cierto.» ¿Quién lo sabrá? Si preguntáis a un sacerdote que trata con Dios qué condición tiene Dios y dice que no sabe, ¿a quién lo preguntaréis? *Ipse Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei* (*Rom.*, 8). El mismo Espíritu Santo, con su consuelo, con su calor, nos da testimonio y dice que somos hijos de Dios. Veis aquí cómo se conoce por conjeturas estar uno bien con Dios. ¿Estáis desconsolado? Guardadme ese desconsuelo para su tiempo: *Cuando venga el Consolador*—dice Cristo (*Jn.*, 14)—, *Él dará testimonio de Mí.* ¿Estás desconsolado? También estaban los Apóstoles desconsolados: ellos porque se les iba Jesucristo, y tú también porque se te ha ido Jesucristo por el pecado que hiciste. ¿Por qué estás triste? «Porque ofendí a Dios; porque le he sido ingrato y le he dado de bofetadas.» Está triste en hora buena; espérate un poco, que de aquí a ocho días vendrá un Consolador que te consuele. Quisiera haberos demandado albricias antes que os lo dijera.

Vais al confesor o al predicador: «Padre, consoladme.»

¿Queréis que os deje un Consolador que os consuele en vuestra casa y en vuestra cama, y que no tengáis necesidad de ir a buscar quien os consuele? El Espíritu Santo es. Mucho quiere a las viudas, mucho ama a los huérfanos, mucho a los tristes. ¿Queréis recibirlo?

### 7.—*Cristo os quiere dar su Espíritu.*

¿Estáis triste por habérseos ido Jesucristo? De parte de Jesucristo os prometo que Él venga en vuestros corazones y en vuestras entrañas; muy sin cuidado me iré esta noche a dormir, que no me toméis en mentira.

—Padre, ¿cómo consolará una tan gran llaga?

—En eso veréis que es Dios. Si el Espíritu Santo no fuera mayor que la Humanidad de Jesucristo, no pudiera consolar la tristeza que tenían por su ida, no pudiera henchir el vacío que dejó con su ausencia. Mira el desconsuelo que tenían los Apóstoles por la ausencia de la Humanidad de Cristo, que mayor es el consuelo que recibieron con el Espíritu Santo. No hay tristeza que el Espíritu Santo no consuele, por muy grave que sea.

Hermanos, este Consolador vendrá; algún aparejo es menester que hagáis para recibirlo. Quien no tiene espíritu de Dios, ¿qué hará para tenerlo? Ese es el negocio en que hemos de entender esta semana; desocupaos de negocios temporales para recibir en vuestros corazones el Espíritu de Jesucristo, porque el Espíritu Santo procede de Él en cuanto Dios, y porque mora en Él en cuanto hombre.

—Padre, ¿querrámelo dar?

—No es bien que yo os lo diga, dígaoslo quien os lo ha de dar. Estaba Jesucristo en Jerusalén una Pascua de los Tabernáculos—que caía en septiembre—, y predicaba en el templo. Y estando predicando, dale un grandísimo fervor, y comienza a encenderse y a entonarse y alzar la voz, con aquel fervor que tenía de salvar las ánimas. ¡Quién te oyera dar voces, Rey mío! Y bien te llamas *voz y clamor del Padre* (6), porque no pudo más alto hablar de lo que entonces habló cuando te engendró. ¡Quién le oyera dar voces, y le viera aquel rostro encendido! Decid, Señor, que aunque ha tanto tiempo que predicasteis, bien os oiremos; que para los de entonces y para todos los que después viniesen las dijisteis (*Jn.*, 7): *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* En el templo estaba, y en Pascua; y el postrero día de Pascua, que era más solemne que todos, decía, no como quiera, sino a grandes

(6) *Voz:* palabra, verbo.

voces: *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba. Él que cree en Mí, ríos de agua viva correrán de su estómago.*

Dároslo ha allá dentro el que tuvo por bien de predicarlo acá fuera. Hermanos, ¿por qué os morís de hambre y sed? (*Isa.*, 65): *Quare appenditis argentum non in panibus, et laborem vestrum non in saturitate?* ¿Por que traéis corazones semejantes a infierno que nunca se harta? ¿Qué angustias tenéis? Venid a Él, y Él os las remediará; si tenéis sed, Él os hartará (*Jer.*, 17): *Perdix fovit, quae non peperit.* Pone la perdiz sus huevos, pasa por el nido otra perdiz, y échase sobre los huevos ajenos; viene la que los puso, y no la deja llegar la otra; finalmente saca los perdigoncillos, y cuando pasa la madre verdadera, puso Dios tal instinto a los perdigoncillos, que dejan la madre falsa, y vanse con la verdadera. ¡Oh más que animal robador de lo ajeno, oh demonio! ¿por qué tienes empollando los huevos que puso Jesucristo? ¡Oh lujuria, oh malquerencia! ¿por qué has de tener usurpada un ánima que crió y redimió Jesucristo, que es la madre verdadera? Hijos sois de Dios, el cielo para vosotros es. Ea, pues, cristianos, redimidos por Jesucristo, oíd la voz de vuestra Madre verdadera: oíd la voz de Jesucristo, que os parió en la cruz con grandes dolores; conoce la voz de tu Madre que está llamando: *Si alguno ha sed, venga a Mí y beba.* Veníos a Mí, daros he contentamiento y hartura. Si el hombre tuviere seso dirá: «Este es mi Redentor, éste es el que dió su sangre por mí, quiero irme a Él.» Darte ha a beber su espíritu; quedarás tan harto y contento, que *saldrán de tu estómago fuentes de agua viva.* No solamente tendrás agua y contento para ti, mas también para los otros. Deseoso está Él de darnos su Espíritu, deshaciéndose está por dártelo, no tengas duda de eso, no quedará por su parte.

### 8.—*Preparación.*

¿Pues qué haré yo esta semana para estar aparejado para recibirlo? Haz lo que hicieron los santos Apóstoles. ¿Qué queréis? ¿Espíritu Santo? Sabed que no es amigo de carne. Dicen los Santos Doctores que una de las principales causas por que se fué Jesucristo nuestro Señor, fué por el grande amor que le tenían a su sagrada Humanidad. «Váyase Él—dice el Espíritu Santo—, y luego vendré yo.»

—Celoso sois, Espíritu Santo; ¿y de quién? ¿de la carne limpísima que fué concebida por Vos mismo?

Desengáñense los amancebados, desengáñense los carnales, que a ningún carnal vendrá el Espíritu Santo. La paloma que salió del arca de Noé tomó un ramito verde de oliva, y no quiso poner sus pies sobre un cuerpo muerto; limpia se volvió al arca. El cuervo, a comer carne muerta; la paloma no come carne muerta. La paloma figura es del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo no toca a carne muerta; limpia nuestros corazones de deseos carnales. Ayunad esta semana los que tuviéredes fuerzas para ello; que ya que quiera carne, ha de ser carne manida, carne enflaquecida con ayunos y penitencias.

¿Qué más? En albricias y en merced os lo demando, que barráis vuestra casa con confesión muy devotamente, que ha de venir vuestro Huésped, y no es razón que halle la casa sucia.

¿Qué más? La comida; mirad que trae gente consigo, y habéis de dar de comer a sus criados; mirad los pobres que tenéis en vuestro barrio, y dadles esta Pascua de comer. Pues Dios se da a Sí mismo, dadle vos siquiera un poco de limosna. Mirad que el primer fruto del Espíritu Santo es la caridad; dad de comer al que tuviere hambre; dad la saya a quien estuviere desnuda; dad la camisa a quien tuviere necesidad de ella; sacad de las cárceles a los encarcelados.

—No tengo de qué hacer limosna.

—Perdonad las injurias, rogad a Dios por los que os persiguen, llorad con el que llora, los males ajenos tenedlos por vuestros, que esta es verdadera misericordia.

¿Hay más? No más, sino que la casa barrida y ataviada, es menester que le roguéis que venga, no como algunos mal criados, que no teniendo la casa aderezada ni puesta la mesa, dicen: «Sí, venid a mi casa.» Aparejad primero la casa, y luego rogadle que venga: «Señor, por la sangre que derramasteis, nos enviad al Espíritu Santo que nos prometisteis.» Rezad siete veces el Avemaría y el Paternoster a los siete dones del Espíritu Santo. Díjeos poquito; esforzaos vosotros a hacer más. A lo menos de aquí a Pascua rezad esto cada día; rezad con la boca y con el espíritu; importunadle que venga, y os dará en este mundo su gracia, y os enriquecerá con sus dones divinos.

# TRATADO 3.º

## La Venida del Espíritu Santo.

*Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.*

Yo vine para que tengan vida y más abundancia.

*(Jn., 10.)*

### 1.—*La sunamita y nuestra Señora.*

Los negocios en que va la vida suelen ser muy estimados, y tratados con gran cuidado y diligencia. Solemos decir: «¡Oh Señor, que me va la vida en ello!» Todo cesa cuando decimos: «Vame la vida en esto.» En el tiempo pasado leemos, que por oraciones y ruegos del Profeta Eliseo dió Dios nuestro Señor un hijo a una buena mujer, y en saliendo el muchacho al campo murió; dióle un gran dolor de cabeza, y vínose a su casa, y murió en los brazos de su madre. Púsolo así muerto encima de la cama del Profeta Eliseo; y la buena mujer, viuda y lastimada, salió al monte Carmelo a buscar al Profeta Eliseo, y con amargura y angustia de corazón se echó a sus pies y díjole (4 *Reg.*, 4): Siervo de Dios. *Nunquid petivi filium a Domino meo? Nunquid non dixi tibi,* etc.? Muy mayor es la pena que he recibido con su muerte, que la alegría y gozo que recibí cuando me lo dieron.» Entonces mandó el Profeta a su criado que tomase su báculo y fuese donde estaba el niño muerto y le tocase con él. No se contentó la buena mujer con esto; échase otra vez a sus pies y dijo: *Vive Dios, siervo suyo, que no iré de aquí si primero no vas conmigo.* Pudo tanto el ruego importuno de esta mujer con el Profeta, que se va con ella; y llegan a su casa, y entra a la cama donde estaba el niño muerto, sube

el Profeta y encórvase todo sobre el niño difunto, junta su boca con la del niño, y ojos con ojos, y manos con manos, y cuerpo con cuerpo; al fin, juntóse todo con el niño, apocóse, encogióse el Profeta Eliseo; y vive el que estaba muerto, resucita el que estaba difunto. Tomóle el Profeta y sacóle afuera, y dalo vivo a su madre, y dícele: *En vivit filius tuus.* Cata aquí a tu hijo que vive. *Verdaderamente conozco que eres siervo de Dios y que vive el Señor en ti,* dijo la buena mujer.

¿Habrá aquí alguna madre que sepa llorar su muerto? ¿que sepa llorar e importunar algún santo Profeta? Llámase *Semen,* porque así como vos nacéis por generación de sangre, en lugar de sangre y lo que ella hace, hace acá el Espíritu Santo; y el mismo amor que la sangre pone, ese mismo pone el Espíritu Santo en el ánima adonde mora y adonde viene. Entendedme, que si viene el Espíritu Santo en vosotros, tendréis amor a vuestros prójimos, como a vuestros hermanos, y aún más. ¿Por qué? Porque más fuerte es el engrudo y liga del Espíritu Santo que el de la sangre, el cual hace solamente amar al padre y a la madre y a los hermanos y parientes.

Y por esto, puesto caso que la Virgen santa María nuestra Señora, a sólo Jesucristo nuestro Redentor tuvo, y fué su Hijo natural; pero porque fué allí derramado el Espíritu Santo abundantemente en su corazón y entrañas, ámanos en gran manera, ámanos entrañablemente. No hay comparación de esposo a esposa, ni de madre a hijo, ni de hijo a padre; más fuerte es el amor espiritual que como a hijos adoptivos nos tiene. ¿De dónde es esto? El mismo Espíritu Santo es ternura, es amor (*Jn.,* 4): *Deus charitas est.* Y como [con] tan gran abundancia y plenitud se infundió en la Virgen, no tiene que ver la viuda con ella. Las oraciones, y ruegos y lágrimas de nuestra verdadera Madre, trajeron al grande para que se hiciese chico, y el que es sobre todas las cosas se hiciese una cosa y se apocase, se encorvase y abajase, y el eterno se hiciese temporal. Esta Señora es por cuyas oraciones todo lo que se pide se alcanza del Señor.

## 2.—*El soplo de vida y el Espíritu Santo.*

*Yo vine para que tengan vida y más abundosamente la tengan.* Este Evangelio habla aquí a los Pastores; y pues no están aquí, habrémoslo de traer a nuestro propósito, que somos las ovejas.

Ya sabéis que Dios nuestro Señor nos quiere bien. Muy antiguo es el amor: al amigo viejo no le hemos de desechar. Ya sabéis cómo cuanto crió nuestro Señor Dios, todo fué para nosotros, y para nuestro servicio y provecho. Crió el cielo y la tierra, el sol y la luna, la mar y todo cuanto en ellos se mueve, estrellas, árboles, peces, animales. Señor, Dios mío, ¿para qué? Todo para servicio y regalo del hombre: «Quiero poner casa a mi hijo.» Estaba todo lo dicho criado; estaba como vacía la casa. Crió al hombre de lo más ínfimo de la tierra, y como buen ollero, desque lo tuvo formado de la tierra (*Gen.*, 2, 7): *Soplóle en la faz soplo de vida* (el hebreo dice *en las narices*). En soplando que el Señor le sopló, levantóse el hombre vivo.

*Sicut corpus sine spiritu mortuum est...* (*Rom.*, 8). Así como el cuerpo sin anhelito es muerto, así está muerta el ánima sin el Espíritu Santo. Este Espíritu Santo es ánima de nuestra ánima. Sopló Dios nuestro Señor en el primer hombre *spiraculum vitae*, resuello de vida, y luego la tuvo, y aquello fué figura de la vida espiritual. Dióle nuestro Señor Dios a Adán cuerpo, y para que aquel cuerpo tuviese vida y viviese, dióle ánima que lo vivificase; y para que aquella ánima también tuviese vida, dióle Espíritu santo, *Spiritus vitae*, dice San Pablo (*Rom.*, 8, 2); vida de mi vida, alma de mi alma. Dióle soplo de vida corporal, dióle también soplo de vida espiritual, fuéle dado Espíritu Santo.

¿Visteis nunca, que viviendo en estas dos vidas los primeros hombres, comieron y murieron; comieron y costóles la vida? Cuán bien acertado está: todo el bien de una criatura que a Dios quiere agradar, está en perder su libertad, y su querer propio, y voluntad. Fué Eva sin licencia a pasearse por el huerto; sin licencia fué, que si no fuera así, no cayera; engañóla el demonio, comió como el demonio le aconsejó, y murió el ánima, porque el pecado es pestilencia del ánima, es rejalgar para el ánima. *Aut potest aliquis*

*gustare, quod gustatum affert mortem?* (Job. 6). ¿Quién está aquí tan fuera de juicio, que comiese manjar que sabe cierto que comiéndole le había de matar? Mandáronles a nuestros primeros padres que no comiesen del árbol vedado, y certificólos nuestro Señor que luego que de él comiesen morirían; y comieron y murieron. Para manjar del cuerpo les había criado Dios en el paraíso terrenal muchos árboles; y para manjar del ánima, mandóles que del árbol prohibido no comiesen; de manera que la obediencia les dió Dios nuestro Señor para su ánima. Comiendo de los árboles que nuestro Señor había criado en el paraíso, comían los cuerpos de nuestros primeros padres, y vivían vida de ánima; manteníanse; y dejando de comer del árbol vedado, comían el fruto de la obediencia, y vivían vida espiritual. Desobedecieron al mandamiento que Dios nuestro Señor les había puesto, y murieron por la desobediencia muerte de ánima; porque quisieron hacer su voluntad, comen y mueren sus ánimas. Quedan obligados a morir corporalmente; queráis o no, corporalmente vuestro vivir es morir; daos por muertos, pues la vida no es otra cosa, sino una prolija muerte; como cuando uno está en la cárcel sentenciado a horcar, y ya no hay apelación, ni tiene remedio alguno, a este tal dadlo por muerto, pues está tan cerca de la muerte, pues no tiene remedio alguno. Murió nuestro padre Adán en el ánima, murió en el cuerpo, y todos cuantos de él venimos quedamos obligados a morir como él.

### 3.—*Todos los que antes vinieron son ladrones.*

¿Qué remedio? ¿Quién remediará esta muerte del ánima y del cuerpo? Entra el Evangelio, y dice nuestro Señor Jesucristo: *Omnes quotquot venerunt, fures sunt.* «Todos los que vinieron antes de Mí, ladrones y robadores son.»

¿Qué tal quedó el género humano? ¿Qué tales quedamos nosotros? Perdida la vida del ánima y obligados a morir corporalmente. ¿Qué tal está el que ha perdido la gracia? Está como un hombre que está condenado a muerte, que después de muerto se juntan a hacer experiencias de anatomía en él, y lo despedazan y acuchillan miembro por miembro; há-

cenle aquello porque ya está muerto. ¡Qué de crueldades hace el demonio y todos los demonios en una ánima que está sin Dios, que está muerta por el pecado! ¡Cuál lo paran, cuál lo llevan al que ha perdido su ánima, al que condenaron a muerte porque ofendió a Dios nuestro Señor! Plega a Dios que no lo probemos; pero si lo probasteis, cuando venía la tentación, luego os llevaba; cuando se os ponia un deleite delante, luego os llevaba; cuando venía la carne hacía lo mismo por una parte, y el mundo por la otra. Todos dan en aquella ánima que dejó a Dios, que volvió las espaldas a Dios por el pecado; todos la hieren y la acuchillan y hacen pedazos. Ya os dan una puñalada, por no querer vos perdonar una injuria; ya os dan otra, por tener un rencor con otro; ya os dan otra en persuadiros que robéis lo ajeno. *Todos son ladrones los que antes de Mí vinieron;* todos los que a tu ánima venian, ladrones son: *Fures erant.*

Como dicen los juristas, ladrón es el que hurta claramente en el día, en la lumbre del sol. Vínote una tentación de la carne, y aunque sabías que consintiendo en aquella suciedad perdías a Dios claramente, y lo entendías así y lo creías, que por aquello perdías a Dios y su amistad, y no obstante esto, lo cometías, este tal pensamiento, esta tal tentación es ladrón de mediodía, es ladrón que acomete en la lumbre del sol, pues que hace consentir en el pecado sabiendo que haces mal en ello, sabiendo que por aquello perdías a Dios y su amistad y gracia. Gran ceguedad y gran miseria es la tuya, sabiendo cuán gran pérdida es la que pierdes perdiendo a Dios, y lo que ganas que es infierno para siempre; por una miseria. por un deleite que en un momento se pasa, pierdes a tu Dios, y pesa más delante tus ojos una fealdad y una suciedad que Dios. Claramente escoges por mejor la maldad, y olvidas a Dios, fuente y abismo de todos los bienes; y haciendo esto dejas te de hacer fuerza, aunque no del todo, porque libremente quieres. Este es el ladrón que viene de día, y te roba tu ánima, y la deja sin Dios y llena de todos los males.

El robador que viene de noche es el más peligroso. y más de temer. Tienes un buen pensamiento, y date Dios un deseo de le seguir en algo, y dices: «¿Para qué quiero riquezas? ¿Para qué quiero fausto? ¿Para qué quiero honra vana? Quiero dejar todo esto, quiero

pasarme con poco, quiero ser pobre; no quiero tratos, no quiero trampas, no quiero oficios, no quiero nada de este mundo.» Viénete otro luego y dícete: «¡Déjate de esto! Eso es perfección, esa vida es de perfectos; sí que bien puedes mercadear, y tratar, y ser rico, y salvarte. ¿Quién te quita que no sirvas a Dios, y des limosnas, y hagas muchos bienes? Antes los bienes dan más y más aparejo para salvarse el que los tiene, que no si fuese pobre; porque la pobreza acarrea muchos males, hace distraer al hombre, andando cuidadoso de las cosas que ha menester, y faltándole las más veces. Anda, que eso no lo quiere Dios, sino que anden sus siervos alegres y riéndose. La tristeza, y el andar la cabeza baja, y traer los vestidos rotos y de mal paño, hace que seas conocido y te tengan por santo, y de esta manera caerás en algún pecado de soberbia. Más vale que andes como todos andan, que no seas singular; que te comuniques con todos, que te vistas razonablemente; más vale que antes humilde en lo de dentro, que no en lo de fuera; que aquello es lo que mira Dios, que lo de fuera poco hace al caso, antes ayuda a encubrir la santidad del corazón, y de esta manera estarás más seguro.» Todo esto trae el demonio, no para que pares en esto, que no es de sí malo, sino para de aquí llevarte poco a poco a cosas peligrosas, de donde pierdas a Dios, y así hacerte entender que no hay peligro adonde le hay. Estos son los robadores que vienen solapados debajo de buenos y razonables colores.

Otros hay más peligrosos que éstos, y que más daño hacen. Dios nos guarde de espíritus, imagen de bestias, peores que brutos animales (*Ps.*, 48): *Homo cum in honore esset non intellexit, comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* Como el hombre estuviese en honra—que lo crió Dios en ella—, no entendió lo que tenía; pecó, y comparado es a las bestias, hecho es semejante a ellas. Mas ¿qué dirá Dios nuestro Señor cuando vea que un gusanillo de un hombre tenga fantasía, cuando vea que un hombrecillo, que delante de sus ojos es tan bajo y desagradecido, qué dirá? Dijiste que eras rico, y eres pobre; dijiste que eras bueno, y eres malo. Guárdeos Dios, por quien es, de tantico viento de corazón; guárdeos Dios, hermano, de tantica presunción, de tantica fantasía, de vanagloria. ¡El cristiano! ¿de

qué? Avergonzarnos teníamos, y afrentarnos y corrernos de nosotros mismos, cuanto más tener fantasía. Como bestias vivimos, como bestias comemos, como bestias dormimos, y como bestias morimos.

### 4.—*La empresa de Cristo.*

Tuvo Dios compasión de nosotros; siquiera porque nos crió, no quiso dejar de remediarnos. ¿Y cuánto le costó, si os place, el remedio? Un pecado hizo Eva, pero bien caro costó. Vino Jesucristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, y vino el Espíritu Santo a poner remedio en esta llaga. Mira lo que crees, que el Hijo de Dios y el Espíritu Santo vinieron a la tierra para tu remedio. Y pues e ánima del hombre es semejante a Dios en *la naturaleza,* y en la *bondad* y *conocimiento* que tiene de Dios, *el ser* del ánima no se perdió; aunque el hombre muere, el ánima no se muere, siempre será; y como el Padre sea fundamento de las Personas divinas, atribúyese a Él el ser; y como aquel ser no se perdió, no vino el Padre. Perdióse el *conocimiento* del hombre, y vino el Hijo; perdióse la *bondad* del hombre, y vino el Espíritu Santo.

Vino el Hijo, porque nuestros pecados fuesen perdonados; vino el Hijo, porque se le hizo grande enojo comiendo manzana, porque comieron por haber la *sabiduría* del Hijo; porque *por el pecado*—como dice San Pablo (*Efes.*, 2)—*nacimos hijos de ira y de enojo.* No nos miraba Dios como a hijos, sino como a malos esclavos; éramos detestables delante de los ojos del Padre; vino Jesucristo al mundo, para que viniendo Él por amor de los hombres, el Padre los amase y quisiese bien, y los mirase con buenos ojos, y morase entre ellos. Esta fué la empresa de Jesucristo, que como el Padre se fué del hombre por el pecado, por su Hijo volviese la cara a él. Si vieres llorar al Niño en el portal y en el pesebre, por esto llora. Si lo vieres circuncidar, por esto le circuncidan. Si lo vieres tener hambre, por esto la tiene. Si lo vieres tener sed, por eso es. Si lo vieres amarrado a un poste y azotado, por esto es. Si lo vieres abofeteado y coronado de espinas, por esto es. Si lo vieres enclavado y muerto en la cruz, por esto es.

¡Oh Redentor mío! ¿qué te movió a padecer tanto

por amor de los hombres? ¿Por qué mercaduría andáis Vos, Señor, tan codicioso, que ni el sol que os hace sudar os estorba de día, ni el hielo de la noche os impide? Mercader celestial, ¿qué es esto que andas a buscar tan cansado? Andaba muerto de amores por nosotros. Dícese que Jacob sirvió catorce años a su suegro Labán porque le diese por mujer a Raquel, y durmió en el campo al frío y al calor, y parecíale todo poco. Callen, callen todos los amores en comparación de los de Jesucristo: todos son fríos comparados con éstos. ¡Oh Redentor mío! ¿Servisteis Vos por Raquel? Sirvió Jesucristo, trabajó Jesucristo en este mundo por otra Raquel, no catorce años, sino treinta y tres, que en todos ellos no descansó un día. ¡Oh, bendito sea tal enamorado! Andaba Jesucristo de noche y de día al frío y al aire, al calor y al estío. ¡Qué de trabajos, qué de cansancios pasó nuestro Redentor por esta su Esposa! ¡Cuántas noches se te pasaron, oh Redentor mío, de claro en claro, que no dormiste, derramando muchas lágrimas por nosotros a solas en oración, y rogando a tu Eterno Padre que perdonase a los hombres! Dice el Apóstol San Pablo (*Hebr.*, 5): *In diebus carnis suae preces suplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere a morte...* En los días de su carne, todo el tiempo que vivió en este mundo, rogaba a su Padre que nos salvase, pues Él era el que lo podía hacer. ¡Oh! Quién le tomara solo, así como estaba llorando, y le dijera: «Redentor mío, ¿por qué lloráis? ¿Qué habéis? ¿Quién es causa de esas lágrimas? ¡Oh, quién fuera tan digno de limpiarlas!» Llora Jesucristo porque tú te rías; llora porque tú descanses; llora por tu consuelo; llora en la tierra porque tú te vayas al cielo; llora por el perdón de tus pecados, y porque te llegues a Él y no le ofendas.

¿Qué es esto, Señor, que con tanta ansia buscáis? El lo dice: «Padre, no busco otra cosa ni quiero otra cosa sino que con el amor que me amáis a mí améis también a éstos.» Como si dijera: «Ya yo sé, Padre mío, que la causa por que los habéis de amar soy Yo; quiero estar en ellos, porque amándome a Mí améis a ellos.» Toda su vida se le pasó a nuestro Redentor buscando nuestro consuelo, con fatigas y cansancios, así de dentro como de fuera de su sacratísimo Cuerpo, y los trabajos y dolores le parecían pocos en comparación del deseo que tenía de nuestra

redención, y quería que se efectuase, costase lo que costase; y Él mismo lo dijo: «¿A qué pensáis que *vine al mundo* sino *a meter fuego? ¿Qué quiero sino que arda? Con un bautismo tengo de ser bautizado: ya estoy angustiado hasta que venga aquel día.*» Él era fuego, y había de ser encendido; y sabía que el Bautismo era cuando había de derramar su sangre en la cruz; y deseábalo nuestro Redentor. ¡Oh, bendígante los ángeles, Señor, por ello! No como nosotros, que a un trabajuelo que nos venga lo sentimos como si nos llegase a los ojos, y huímos de él. Y sabía Él lo que le había de costar a Él que su Padre quisiese bien a los hombres, y con todo eso lo deseaba; sabía Él que había de ser asado con fuego de tormentos en la cruz, y decía: *Ya estoy deseando que arda.* Había de ser nuestro Redentor asado en la cruz en figura de cordero de la vieja Ley. «Todo me parece poco; ya deseo el día en que tengo de remediar al hombre.» *Qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem confussione contempta,* dice San Pablo (*Hebr.*, 12). «Puesto delante de Sí el gozo, sufrió el tormento de la cruz de buena gana, menospreciando la deshonra.» Señor, ¿de qué os gozáis?

Redentor mío, ¿qué es la causa de vuestro gozo? Por ver al género humano libre de pecado, por eso se gozaba el Redentor; aunque bien veía cuán caro había de costar la medicina que había de sanar nuestra llaga; bien sabía Él, ¡los ángeles le bendigan!, que le habían de cauterizar a Él para que nosotros tuviésemos salud. ¿Sabéis cómo? ¿No habéis visto unos padres que andan por los caminos, por soles y aires, y se secan y sudan, y con pensamiento y voluntad que tienen que sus hijos sean ricos, no sienten el trabajo, y así tienen por bien de sufrir el trabajo y cansancio? ¿Y la madre que no descansa noche ni día, y trabaja, y no siente nada de todo aquello, por ver en descanso a su hija? Así nuestro Redentor Jesucristo, ¡bendito sea Él!, no sintió tanto sus trabajos; y si los sintió, en pensar que por ellos habíamos de ser librados, quitaba los ojos de sus tormentos y poníalos en pensar el remedio general que de ellos salía, y decía: «No es nada esto.»

¡Oh bendito seas, Señor mío, que porque aquella ánima sea casta, dijiste: «Denme a mí cinco mil azotes»! Teníanos a todos metidos en sus entrañas de caridad y amor. «Porque aquel alma sea caritativa,

no tengan conmigo caridad; porque aquel alma se salve y todos alcancen perdón, súbanme en una cruz. coronado de espinas, crucifíquenme, y no quede de Mí gota de sangre en todo mi cuerpo que no se derrame: denme hiel y vinagre a beber, y muera yo en la cruz.» «¿Por qué?» «Por remedio de los hombres.»

Aprenda, aprenda el cristiano, redimido por estos trabajos, a no desmayar por un trabajuelo que le viene; en asomando. luego te quejas, luego dices que no hay quien lo pueda sufrir. Pues que tanto sufrió Jesucristo, aprende de Él; y pues Él puso los ojos en tu remedio, y los quitó de los tormentos tan grandes que pasó, por Él quítalos tú de los trabajuelos, si algunos te vinieren, y ponlos en Jesucristo; y mirando por quién los pasas, rogarás que nunca se acaben; saberte han más dulces que la miel.

Fué tanto lo que alcanzó Jesucristo en sus trabajos, fué tanta la gracia que acerca de su Padre halló, que no hay hombre que baste a desagradar a Dios. queriendo él gozar de la medicina. ¡Qué grande hazaña fué alcanzar perdón para todos! ¡Qué abrazo tan suave y amoroso! ¡Qué beso de paz tan dulce! Si quieres arrepentirte, no perderás el remedio. Jesucristo puso toda la costa de aqueste negocio. Quiere Él mismo que tú quieras allegarte a Él, que ya es ganado lo que andaba perdido; ya Jesucristo dió fin a nuestra enfermedad, ya acabó Él su obra. Él mismo lo dijo: «Padre, perdonad a éstos, miradlos con ojos alegres; ya, Padre, acabé la obra que me encomendasteis (*Jn.*, 17): *Opus consummavi quod dedisti mihi, ut faciam*. La obra que me encomendasteis que hiciese ya es acabada; ya, Padre, es acabado el reparo para los hombres.

## 5.—*Pentecostés.—Las dos Leyes.*

Hermanos, con este remedio quedó remediado el entendimiento, quedó remediada la voluntad, quedó remediada la carne, quedaron remediados nuestros pecados todos.

—Padre, ¿qué remedio es ése, el que en este día de hoy ha venido?

—Este es el día, en que se acabó lo que el otro día en que se dió la Ley se comenzó; este es el día en que se dió Ley mejor; que la otra Ley se dió en ta-

blas, pero esta otra se dió en los corazones. *Dabo legem meam in visceribus eorum.* «Darles he—dice Dios por Jeremías (31)—una Ley en sus entrañas, no escrita en papel ni piedra, sino en los corazones, dándoles castidad, y humildad, y fortaleza y todas las demás virtudes.» La otra se dió en monte; allá se dió en el monte Sinaí; acá en el monte de Sión. [Allá] descendió al monte alto, y acá también al monte alto; pero con mucha más diferencia. *Sión* (1) quiere decir *atalaya,* porque dicen algunos que estaba allí una torre que edificó David, la cual sobrepujaba a Jerusalén. *Atalaya,* dando a entender, que los que han de recibir el Espíritu Santo han de estar en vela con mucho cuidado, no embarazados en otra cosa, sino esperando cuándo vendrá el Espíritu Santo; no detenidos en bajezas de acá, no ocupados en las cosas de este mundo, no en vicios, no en pecados, no en vilezas, sino muy atentos; el corazón no entrampado en cosas rateras, sino alto y levantado en fe de Jesucristo, que en Él se da este Espíritu Santo; por sus méritos viene; tened fe en este mismo Jesucristo.

En el otro monte se dió la Ley, y en la otra Ley se mandaba hacer esto, y no esto; en esta Ley nueva, se da cumplimiento para lo que en la otra se manda. No sé si me entendéis, creo que no. Cuando Dios dió la Ley en el monte, antes que se diese aparecieron tantos de relámpagos y truenos y de bocinas, que ponían grandísimo espanto y temor. Todo el monte temblaba, y hacía temblar a todos los que lo miraban. Estaban todos muy atemorizados, tanto, que dijeron a Moisés (*Ex.*, 19): *Habla tú con nosotros: no nos hable Dios.* Dióles Dios mandamientos que traían temor; porque cuando el hombre va a su corazón, y halla que no ha guardado la Ley, halla mil faltas dentro de sí y mil males. No puedes guardar la Ley que se te dió, siendo la Ley celestial, tú carnal. No hacía aquella Ley sino poner espanto, como el fuego cuando apareció Dios en el monte con aquellos truenos y relámpagos. Y aquello que pasó en el día que la Ley se dió en el monte de Sinaí fué en figura de la Ley que se dió en el monte de Sión. La Ley [vieja] pone espanto. ¿Cómo la guardaré? Pero la Ley nueva de hoy da esfuerzo para ello; que si el

(1) *Sión;* la edición de 1596, *Siná;* pero es errata.

hombre no podía ser casto, estotra Ley le da poder como lo sea; si no podía ser humilde, estotra Ley le pone fuerza para serlo; si no podía no desear la mujer ajena, ésta le da gracia para no desearla; finalmente, le da poder, le da gracia, le da esfuerzo para cumplir la Ley. Estaban con la vieja Ley los hombres tan flacos, tan temblando, veían la Ley tan rigurosa, que ponía luego en el infierno a quien no la guardaba. Y considerando esto el Apóstol San Pablo, viendo cuán sujeto estaba el hombre a aquella Ley de la carne, decía (*Rom.*, 8): *Infelix ego homo! Quis liberabit me a corpore mortis hujus?* Llamábase *desdichado: ¿quién me librará de la muerte de aqueste cuerpo?*, viéndose tan pesado y tan flaco para guardar la Ley. Pero cuando esta otra Ley vino, fortaleciólos a todos, animólos para que pudiesen cumplir la Ley.

Esta Ley que hoy se dió, es ley de Evangelio. ¿De cuál? ¿de los Evangelios que se escribieron? No, que ese evangelio no propiamente, sino secundariamente se llama evangelio. Ley evangélica y santa se dice lo que se escribió en los corazones, que aunque no hubiera letras, ni escritura, se puede bien entender y se puede cumplir; en dándosela les pegó amor de cumplirla. No fué menester mandarles ser castos, sino púsoles gana de serlo. No fué menester que dijese que no fuesen lujuriosos, sino, dándoles la Ley, quedó mortificada la carne, como el ángel que hirió el muslo a Jacob (*Gen.*, 32). No les mandó la Ley que tuviesen paciencia, pero dióles gracia y amor y voluntad, y poder de poder tener en sí todas las adversidades; esto no de palabra, no de entendimiento. *Vos estis Epistola mea.* No es menester carta para escribir la Ley; *vosotros*—dice el Apóstol San Pablo (2 *Cor.*, 3)—*sois mi Epístola*, vuestros corazones son carta; y no penséis que tiene de ser escrita con tinta, sino con el dedo, que es el Espíritu Santo, que es el que escribió la Ley en vuestros corazones, predicándola yo; el Espíritu Santo la escribía—dice San Pablo—; yo soy el ministro de lo que Él escribe.» Esta es la Ley que da caridad, y humanidad, y da todas las virtudes; y porque lo entiendan las viejecitas, esta Ley es la que hace santos, la que hace justos y la que da gracia.

Celebramos hoy cuando dió Dios la gracia al mundo. Si allá se dió la Ley en monte, acá la gracia en

monte; allá bocinas, acá bocinas; pero allá se espantaron, acá no tanto. Como a la media noche, cuando todo estaba quieto, pacífico y sosegado, suena una música muy suave que suena con muy dulce armonía, que recordándote, tomas un pavorcito y mucho consuelo; luego previno un viento, como quien dice, estad atentos.

### 6.—*El Paráclito.*

¿Qué día es éste? Día de consolación. ¿Qué día es hoy? Hoy es el día cuando el Consolador vino del cielo a la tierra. ¿Qué día es hoy, Padre? Este día es tan grande, de tanta dignidad, que quien en él no tiene parte, no la tiene en ningún otro día de Jesucristo; ya que la muerte de Jesucristo ganó perdón de pecados, pero sin la gracia que hoy se da, no te aprovecha nada. Ven acá, ¿qué te aprovecharía que gastases toda tu hacienda por tener una medicina que mucho vale, si después de habida no la quieres tomar? ¿Qué aprovecha la medicina no tomada para tu enfermedad? Quedarte has enfermo, y hacerte han que pagues la medicina. Lo que Jesucristo obró, la muerte que Jesucristo pasó, la costa que hizo, la medicina que obró para tu enfermedad, si quieres tomarla sanarás, quedarás libre del todo; si no la quieres tomar, haránte que pagues en el infierno lo que Jesucristo pasó. Si la recibes, Jesucristo quedará muy contento, y pagado de todo cuanto pasó en este mundo; pero si no quieres tener parte con este día, si no quieres recibir el Espíritu Santo, *si quis non habet Spiritum Christi, hic non est ejus* (*Rom.*, 8): Si alguno no tuviere el Espíritu de Cristo, este tal no es de Jesucristo, no se puede salvar.

Hoy es el *día séptimo* (2) de las obras de Jesucristo. Hoy es el día que *sopló en la cara del hombre* para dar la vida después de su vida, de su santa Encarnación, después de su muerte, de su Resurrección; el día de la santa Ascensión, se acabó todo lo necesario para la vida del hombre. Este es el día en que sopló al montón de tierra. Y si cuando en la creación sopló en la tierra, un ánima para el cuerpo que no tenía vida, hoy sopla y da el ánima que es la gracia; porque el ánima

(2) Alude al día séptimo de la Creación.

del hombre sin gracia, está (3) muerta. Y si cuando viene la gracia, da vida al ánima, hoy sopló Dios el montón de tierra.

—¿Cuál era, Padre?

—Los Apóstoles de Cristo. ¡Y qué tierra eran! Tal día como hoy, como Jesucristo se había ido al cielo, antes que se fuese, díjoles que les había de enviar un Consolador; ellos esperaban un día, y otro, y otro, hasta hoy; como vieron que no venía, estaban desmayados; estaban tibios y desconsolados. Como los dos que se fueron [a Emaús], estando esperando la Resurrección, decían: «¡Fuése nuestro Maestro! Decía que nos había de enviar un Consolador, y tantos días ha que le esperamos, y no viene. Vémonos sin Maestro, y sin tener quien nos consuele. ¿Qué hemos de hacer? Estamos como ovejas sin pastor, amedrentados y apretados.»

Pero en una cosa fueron cuerdos, en lo que querría que lo fuesen todos los del mundo, en no irse sin despedirse de la sacratísima Virgen María. Por grande misterio tengo quedar la Madre de Dios entre los Apóstoles, así después de la Pasión como después de la Ascensión. Si viene la tentación de la carne, si viene el mal hombre y te quiere engañar, y quiere que ensucies tu cuerpo y tu ánima, abogada tienes en la Virgen María; di con confianza: «La Madre de Dios es Madre de la limpieza; Ella es limpísima; Ella es poderosa para interceder por mí; no tengo de desechar a Jesucristo sin hablar primero a su Madre.» Ten, hermana, por averiguado que si vas a la Madre de Dios, que si te encomiendas a Ella, vendrás con consuelo y alivio de toda cuanta pena tuvieres.

Estaban, pues, los Apóstoles del Señor y los discípulos y otros buenos hombres, que serían hasta ciento veinte; estaban en el Cenáculo a una parte, y a la otra estaba la Virgen nuestra Señora y las Marías y otras santas mujeres. Estando desconsolados dijeron: «Hablemos a la Virgen, pues nos la dejó por consoladora.» Fuéronse a Ella tristes mucho, cabizbajos, y en gran manera desconsolados. Dijéronle a la Virgen cómo estaban tan sin consuelo, y cómo se tardaba el [Espíritu Santo] (4), y que ellos estaban entre sus enemigos, y que no tenían ningún arrimo: «Rogad,

(3) *Está;* la edición de 1596, *es estar.*
(4) La edición de 1596, *el Maestro.*

Virgen, a vuestro Hijo, que nos envíe el Consolador prometido.»

Sería esto a las nueve del día; a aquella hora salía la Virgen de orar. Tenía siempre por costumbre de salir tarde, ya que estaba un poco alto el sol, porque esta hora es muy aparejada para la oración; desde en amaneciendo hasta aquella hora es muy aparejado tiempo para orar, antes que el hombre se ocupe y entretenga en vanidades ni en otros cuidados del mundo, sino lo primero del día, gastadlo en el servicio de Dios. Estaba, pues, nuestra Señora orando, y salió con aquel rostro de paz, con aquel rostro de alegría, que solamente mirarlo consolaba a los tristes y desconsolados, medicinaba a los enfermos, daba grandísimo alivio a los desconfiados. Salió la sacratísima Virgen a ellos como solía, y esforzólos y díjoles: «¿Por qué tenéis poca fe en vuestro Maestro y mi Hijo? Él os consolará como lo ha prometido. ¿No sabéis, amados hijos y discípulos de mi sacratísimo Hijo, que la Ley que se dió en el monte de Siná, se dió desde a cincuenta días que subieron de Egipto? Cincuenta días ha que padeció Jesucristo mi Hijo, y os sacó del cautiverio del pecado; hoy vendrá el Espíritu Santo. ¿No sabéis que de cincuenta años era el jubileo en que los cautivos eran libres, y las cosas vendidas volvían a sus dueños, y era año de alegría y gran regocijo, año de perdón, donde se soltaban las deudas? Así a cincuenta días después de la Pasión vendrá el jubileo, vendrá el Espíritu Santo Consolador, que os remediará del cautiverio en que estáis. Dios os perdonará las deudas, no sólo a vosotros, pero a todos; porque determinado está que a la misma hora que dió Dios vida al cuerpo, que le dió Dios ánima, a esa misma hora dará ánima a nuestra ánima. A las nueve vendrá, no os desmayéis, tened confianza, que vendrá. Sentaos.»

Hízolos sentar a todos. Estaban sentados en los poyos, o hincados de rodillas, en oración; confortóles, púsoles confianza; y luego la Santísima Virgen, habiendo compasión de aquel ganadillo que le había quedado, hincóse de rodillas, alzó sus manos al cielo, y con lágrimas que salían de sus benditísimos ojos, comenzó a rogar a su amado Hijo: «¡Oh Señor mío y dulce Hijo mío, ruégoos por el amor que me tenéis, por los merecimientos vuestros, por los méritos de vuestra benditísima Pasión, tened por bien consolar a vuestros Apóstoles. Enviadles, Señor, el Consolador que

los consuele; cumplid, Señor, la palabra que en vuestro nombre les he dado, que vendría el Espíritu Santo Consolador; a estos flaquillos enviadles, Hijo mío, vuestro Espíritu Santo!»

Cosa es de contemplar ver a la Madre rogar al Hijo; ver al Hijo rogar, en cuanto hombre, al Padre; Él mismo lo dijo por su boca bendita (*Jn.*, 14): *Yo le rogaré, y Él os enviará otro Consolador. Miró Dios a Abel, y después miró a sus dones* (*Gen.*, 4). Representaríase Jesucristo, en cuanto hombre, delante del Padre, mostraríale el testimonio de nuestra Redención, mostraríale las señales de los clavos, y el costado partido de la lanzada, y diría: «Padre mío, habed compasión de aquellas ovejuelas, que en el mundo están sin pastor; están flaquillas, están tristes; enviadles, Padre mío, vuestro Espíritu, por los dolores que por ellos pasé. Ellos están esperando el Consolador que yo les dije que les había de enviar; enviádselo, Padre mío, por mi amor. *Non confundentur qui sperant in te, Domine* (*Ps.*, 36). No sean confundidos los que esperan en Ti; no les haya salido en vano su esperanza. Mira, Padre, a tal Hijo, y no le niegues lo que te pidiere; ámalos, Padre mío. Por mis merecimientos merecen ellos ser consolados; consuélalos, Padre, envíales el Espíritu Santo.» ¿Y quién cree que también no rogaría especialmente al Padre que enviase el Espíritu Santo?: «También, Señor, lo haced por amor de mi Madre que está esperando.»

*Miró Dios a Abel, y después miró sus dones.* Moviéronse las entrañas del Padre a los ruegos del Hijo; y mirando a Él, puso los ojos en la Santísima Virgen y en aquellas ovejuelas. Puso los ojos en la pobre casilla, por los merecimientos de Jesucristo, que fueron tantos, que bastaron a amansar la justicia de Dios que estaba airada contra nosotros. Y mirad con qué amor y cuán de buena gana vino el Espíritu Santo a aquellos hombres, como si viniera al mismo Jesucristo. Porque después que Cristo murió por nosotros, ya nos mira Dios con otros ojos, míranos con el amor que a su Hijo bendito.

### 7.—*En el silbito suave.*

Vino el Espíritu Santo; rómpense esos cielos; rómpese el velo del Testamento Viejo, y vimos y mostróse claro el *Sancta Sanctorum*. Ya está abierto todo;

quien quisiere entrar, abiertas tiene las puertas. Antes que Cristo muriera, cual y cual se salvaba; después mucho mayor número. Vino primero un sonido que hizo temblar el Cenáculo, para dar a entender que era fuerte. Y luego vinieron lenguas de fuego, que parecían visibles sobre las cabezas de los que allí estaban, para dar a entender que el Espíritu Santo es fuego, es ardor de corazón. Cuando vos sentís un encendimiento dentro de vos, que os arde el corazón en amor de Dios, el Espíritu Santo es; es el fuego muy leal mensajero, que está allí el Espíritu Santo. Entra, pues, el Espíritu Santo en los Apóstoles, abrázalos, consuélalos, dales un beso de paz.

—Padre, decidnos, ¿qué cosa es el Espíritu Santo?

—No hay lengua que pueda decirlo, ni oído que pueda oírlo, ni corazón que lo pueda sentir, qué cosa es aquel beso, aquel abrazo. Dice Elías que Dios le dijo (3 *Reg.*, 19): *Egredere, et sta in monte coram Domino. Et ecce Dominus transit, et spiritus grandis et fortis, subvertens montes, et conterens petras ante Dominum: non in spiritu Dominus; et post spiritum commotio, non in commotione Dominus: et post commotionem ignis, non tamen in igne Dominus; et statim venit sibilus tenuis aurae; illic Dominus.* Mandó Dios a Elías que se fuese al monte. ¿Para qué? «Elías, ¿qué viste?» Dice: «Vi un aire muy grande y fuerte que derribaba los montes, pero no venía allí el Señor.» «Pasado el viento, ¿qué vino?» «Fuego, pero no estaba allí el Señor. Pasado el fuego, venía un silbito suave; allí venía el Señor.»

¿Qué hacéis ahí, hermano? Cuán presto dejarán el río seco aquellos a quien el Espíritu Santo dice: «¿Qué haces aquí? ¿Qué haces, pecador, en ese río seco, en ese mundo ponzoñoso?» Cuán presto lo menosprecia todo, cuán poco se da por todo a la voz del Espíritu Santo, que le dice: «¿Qué haces ahí?» En el silbito venía el Espíritu Santo.

No hay quien os pueda decir este abrazo, este beso; no hay quien lo pueda explicar. ¡Es tan bueno el Espíritu Santo con aquel que lo tiene! (*Isa.*, 56): *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est cum eo.* Sed castos. ¡Oh! Dichoso a quien el Espíritu Santo viene; un espíritu se hace con Él, una misma cosa son.

—¿Qué es eso, Padre, es casamiento?

—Parece que es eso lo que Jesucristo dijo: *Erunt duo in carne una*: serán dos en una carne.

—¿Qué es eso, que Dios, que el Espíritu Santo se haga uno con el hombre?

—Darle virtud es; obrar en él virtudes; darle vestiduras, o adornarle y componerle. Todo esto es lo que resulta de la venida, lo que hace el abrazo. Pero el abrazo no se puede decir. Como un desposado que da joyas a su esposa; pero no es aquel desposorio sino señales: darle manillas en los brazos, darle zarcillos en las orejas. Así hace el Espíritu Santo, da joyas, da manillas, y ajorcas de virtudes y de buenas obras en entrambos brazos, para que el pecador, tan bien aderezado, le abrace Da también zarcillos en las orejas, pidiendo atención para obedecer a lo que al oído allá dentro le dijere; pero no es este el matrimonio. Dale los siete dones suyos. Todas estas dádivas son arras y ajuar y preparación para la venida; dones son del desposado, pero el abrazo no sé qué es.

—Padre, habéis dicho que el Espíritu Santo se hace uno con aquel en quien está; luego ¿Dios es? ¡Qué maravilla!

—¿Es mucho eso? Pues oíd (*Ps.*, 81): *Ego dixi: dii estis, et filii excelsi omnes.* El mismo Dios lo dijo. «Yo digo, dioses sois vosotros.» ¿Sabéis qué tanto? Que si el hombre tiene en sí al Espíritu Santo y habla, se dice hablar el Espíritu Santo: Lo que habláredes —dijo Cristo (*Mt.*, 10)—no tengáis cuidado de ello: *Non estis vos qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri est qui loquitur in vobis.*

San Agustín: «Lo bueno y sobrenatural, sin el Espíritu Santo no es posible conocerlo. Lo que es bueno, no es de hombre sólo.» Cuando el hombre hace una buena obra, no es de sólo el hombre. Madre tiene en la tierra, y Padre en el cielo. El libre albedrío que tú tienes, madre es, no es lo principal; otro más alto, el principio, el ser, el padre, actividad de la cosa, el Espíritu Santo es. Dice San Pablo (*Rom.*, 8): *Cuando el hombre gime, el Espíritu Santo gime.*

—¿Por qué?

—Porque es una misma cosa con el que ora.

—Luego si no son dos, una Encarnación hay.

—¡Tate! Eso tan solamente dice ser uno el Espíritu Santo y aquel donde está; no en persona, que dos personas son.

—Pues ¿por qué?

—Porque el Espíritu Santo obra como principal en

el hombre; por eso dice que el Espíritu Santo obra aquello.

—Padre, no nos dice el abrazo; todo es andar por los arrabales.

—No hay quien sepa dar cuenta de lo demás que sucedió. Bien se dice lo que los Apóstoles del Señor obraron, los milagros que hicieron, y procedieron de la venida. Bien se dice que vino el Espíritu Santo en ellos; pero el abrazo que les dió, ¡mandad perdonar! (5).

Decid, si juntasen todos los olores de cuantas cosas criadas hay en el mundo, en que hubiese algalia, almizcle, ámbar, azahar, jazmines; finalmente, todos los olores se juntasen, sin que el un olor impidiese al otro, ¡qué olor tan suave sentirías! ¡qué consolación te daría! ¡cómo confortaría tu ánima! Pues mira, todo sabor amarga, todo sabor es desabrido más que la hiel, en comparación del que el Espíritu Santo trae consigo. ¡Oh qué sabor, oh qué color, oh qué gusto, oh qué consuelo, oh qué descanso, oh qué regocijo, oh qué alegría, oh qué esfuerzo sintieron los Apóstoles cuando sintieron el silbo dentro de sus entrañas! ¡Qué contentamiento sintieron en sus ánimas, qué hartas, qué rellenas, qué abundantes estaban del Espíritu Santo! ¡Plégale a Él nos dé el soplito y el silbito!

¿Qué hacemos aquí, hermanos? ¿en qué entendemos aquí? Si aquí nos estamos no podremos medrar. ¿Qué haces aquí, pecador? ¿en qué pasas tu vida? ¿de qué bebes? Seco está ese charco, o se secará presto; esa riqueza en que confías, está seca, o se secará presto, y te dejará ella a ti, o tú a ella. ¿Qué haces aquí tú, desventurado, que tienes puesto tu amor en la otra, o la otra en ti? Seco está el charco; presto te morirás tú o se morirá ella, y veréis cuán seco del todo estaba el charco de donde pensabas que te hartabas. ¿Qué haces aquí, soberbio, fantástico? Todo eso ha de haber mal fin, acabársete tiene todo; ahora bebes, y cuando no te cates se acabará tu vida; y ¡desventurado de ti, si antes que te mueras no dejas las vanidades y locuras de esta vida! Como confías en la tierra, no tienes tus ojos en el cielo. Como no te has desarraigado de todo lo de acá, aun no te ha silbado, aun no conoces la dulzura de Dios: *Quam magna multitudo dulcedinis tuae, Domine, quam abscondisti*

---

(5) *Mandad perdonar:* perdonad por Dios.

*timentibus te!* (*Ps.*, 30). ¡Oh cuán grande es la muchedumbre de tu dulzura, la cual aparejaste a los que te temen! ¡Oh bendígante los cielos y la tierra! Y si para los que te temen tanto bien aparejaste, ¿qué harás para los que te aman? Lumbre se dice y fuego.

## 8.—*Transformación interior.*

¿Conoces a Dios, hermano? Di, ¿ha topado Dios contigo? La señal principal que Dios está en uno, es cuando menosprecia todo lo que hay en la tierra que Dios no es, y sólo trata de amar y agradar a su Dios, como bien único suyo. Y en esto verás, hermano, si el Espíritu Santo ha venido a ti, si andas con fervor, con alegría en el camino de Jesucristo. Si el Espíritu Santo te ha dicho: «¿Qué haces ahí?», bueno estás.

¡Oh qué sintieron los Apóstoles cuando el Espíritu les dijo: «¿Qué hacéis ahí?» No se puede decir, así como no se puede decir quién es Dios. ¡Qué de grandezas usó con ellos, qué mercedes tan grandes les hizo! Dióles gracias del entendimiento. ¿Qué son ni qué saben los letrados, ni filósofos del mundo, sin éstas? Cuantos teólogos hay sin gracia del Espíritu Santo, nada son. Lo principal que les dió fué que claramente conociesen lo que les cumplía en todas las operaciones humanas, que sin errar pudiesen saber: «Esto me cumple, y esto no me cumple.» Acá bien podemos nosotros conocer cuál es bueno y cuál es malo, pero no en particular. Nadie puede saber sino el Espíritu Santo cuál es mejor de esto, casado o no casado, clérigo o no clérigo, fraile o no fraile; pero aquí el Espíritu Santo alumbra, sabe particularmente cuál es mejor para ti. El Espíritu Santo es ayo de niños. ¡Y qué bien enseñado será el niño que de tal ayo saliere enseñado!

Por ventura diréis: «No habrá menester consejo en lo que ha de hacer, si tanto sabe, sino regirse por su parecer y no tomar el de nadie.»

No, que el Espíritu Santo quiere que vaya a tomar parecer de quien más sabe, y Él le dará en voluntad que lo vaya a preguntar, y le dirá lo que le ha de preguntar, y le dará gracia al otro, que responda lo que ha de responder.

El Espíritu Santo, ayo del entendimiento y ayo y gobernador de la voluntad, no te dejará pasar con cosa

mala de cuantas tu sensualidad te pidiere. Y pensarás hacer alguna cosa que no te cumpla, Él hará como no la hagas, sino al contrario de lo que pensabas hacer. Si no, preguntadlo a Jeremías (20), que porque le maltrataban algunos porque profetizaba dijo: *¿Quién me mete a mí? ¿quién me mete a mí en estas barajas? Profetízoles la verdad, y por eso me hacen muchos males. No tengo de profetizar más.* Estando en este propósito, descendió fuego del cielo y tocóle, y como le tocó, vuelve, y si antes hablaba una palabra, después hablaba cuatro.

Cuando viene fuego del cielo, cuando viene el Espíritu Santo, quita el temor que el hombre tiene; pobreza, ni deshonra, ni hambre, ni vituperios, muerte, ni tentaciones de carne, ni al mundo, ni al demonio; todo cuanto mal estas cosas le pueden hacer, no lo tiene en una picadura de mosca. *Quis nos separabit a charitate Christi?*—dice el Apóstol San Pablo (*Rom.*, 8)—. *Tribulatio, an angustia, an fames, an nuditas, an periculum, an persecutio, an gladius?* ¿Quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿Quién hay tan fuerte que nos pueda apartar de ella? ¿La tribulación, la angustia, el hambre, la desnudez, la persecución, el peligro o el cuchillo? Nada de esto nos puede apartar de ella, porque aunque parezcan muy crueles, nada nos espanta. Bien puede todo acaecernos y pasar por nosotros, pero todo no nos puede sujetar; antes cuantas cosas más graves nos acaecieren, tanto más crece nuestra caridad con la de Jesucristo, saliendo en todo lugar y en todas las cosas vencedores, ricos y honrados, no por nuestras fuerzas, no por nuestros merecimientos, sino por la ayuda y amparo de Jesucristo. Porque amándonos Él como nos ama, no consentirá que seamos vencidos; ni nosotros acordándonos de sus misericordias y grandezas, de las mercedes que de Él habemos recibido, y acordándonos de los males que nos ha quitado (aun queriendo nosotros caer en los abismos del infierno, nos ha librado con su mano y brazo poderoso), no seremos derribados por los pecados.

Y si esto os parece mucho—que son cosas livianas—esperad y veréis cosas mayores. Mayor apariencia tenían las cosas invisibles de ser temidas, que pelean fuertemente contra el ánima, que lo que puede dañar el cuerpo, y cuando a mucho se extienda, no puede más que hasta la muerte; pero ni en lo uno ni en lo

otro, no hay que temer, porque el mismo Apóstol San Pablo lo dice: *Estoy cierto, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni los poderíos, ni las cosas fuertes, ni las cosas por venir, ni la fortaleza, ni alteza, ni lo hondo, ni lo cruel, ni lo áspero de la tierra toda, ni criatura ninguna, nos puede apartar de la caridad de Jesucristo.*

—¿Quién os lo dijo, Pablo, la carne o la sangre?

—No sino el Espíritu Santo, que es fuego que quema todas estas cosas y las deshace, para que no nos puedan empecer, como a pajuelas. No es más esto delante del fuego del Espíritu Santo, que una pajita liviana echada en una grandísima hoguera. Cuando tengas el Espíritu Santo, Él mata todo lo que daña; pero si hay pajitas, señal es que no hay fuego que las queme. Si estás, hermano, sometido a tus vicios, si estás inclinado a maldades, si tienes en tu corazón pensamientos de liviandad, si tienes fantasía, todo esto estorba; y todo esto quema el Espíritu Santo cuando viene, y no hay cosa que se le resista. Cuando viene el Espíritu Santo, no basta nadie a resistirle. Ni la mozuela loca que su vida no era otra cosa sino un continuo pensamiento en cómo se vestiría, y cómo se pondría galana, y cómo se había de afeitar (6) la cara. Cuando el Espíritu Santo viene, hace que la mozuela se huelgue de andar templada en el vestido; ya escoge las lágrimas por agua maravillosa para la cara; ya tiene humildad, porque vino el Espíritu Santo. No basta a moverla el mancebete muy enhiesto con su espada al lado, muy vestido, con mucha soberbia, la pluma en la gorra. ¿No sabéis para qué se ponen aquello allí? (7). Para que sepáis, si no lo sabéis, que son locos, y para que sepáis su locura, y sus bajos pensamientos, y sus imaginaciones, y sus fantasías. Pero cuando viene el Epíritu Santo todo lo quema.

Dice Cristo (*Mt.*, 10): *¿Pensáis que vine a traer paz? No vine a traer paz, sino cuchillo.* ¿Qué es que andaba el mancebo por ahí perdido, un loquillo callejero, toda su bienaventuranza puesta en andar por las calles, mirando y deseando a la otra; y desde ha poco le veis recogido, casto, y humilde, y virtuoso? ¿Quién hace esto? El Espíritu Santo; el fuego que quema cuanto halla. Con este fuego no hay honra vana, ni

(6) *Afeitarse:* ponerse afeites.
(7) *Aquello allí:* la pluma en la gorra.

riquezas, ni prosperidades, ni deleites que el hombre desee; todo lo hace tener en poco, y tenerlo debajo de los pies. Con este fuego se quema todo lo sensual del hombre. *Vivo ego, jam non ego*: ya no yo, pero vive en mí Jesucristo—dice el Apóstol (*Gal.*, 2)—. Vivo yo en humildad, en castidad, en paciencia. *Ya no yo*: el de antes, no; no mis pasiones, no mis sensualidades, porque esto está ya muerto.» ¿Cómo es eso, Apóstol? ¿de qué manera? Vive en [mí] Jesucristo por humildad, por caridad y por gracia; y donde esta gracia llega, hace mudar al hombre al revés de como estaba; hace que el que se amaba a sí mismo, y que se tenía en mucho, diga: Sea Dios engrandecido y sea yo apocado; sea Dios servido y menospréciennme a mí; sea Dios honrado y deshónrenme a mí; glorifiquen a Dios y vituperen a mí. Al que sopló el Espíritu Santo, no quiere nada para sí, todo a honra de Dios.

### 9.—*Visión de Ezequiel.*

Cuando no había venido el Espíritu Santo, los Apóstoles estaban miedosos, temerosos, las puertas cerradas, no osaban salir por miedo no los matasen, tenían grande miedo.

Tomó Dios una vez a Ezequiel Profeta (37) en su espíritu, y llevólo en medio de un campo, donde había infinitísimos huesos de muertos; estaba una muchedumbre muy grande de ellos, y todos muy secos. Díjole: *¿Piensas que estos huesos tienen vida?* Respondió Ezequiel: *Tú, Señor, lo conoces y lo sabes todo.* Mandóle Dios: *Vaticinare de ossibus istis. Profetiza de estos huesos. —¿Y qué, Señor? —Di: Huesos secos, oíd las palabras del Señor: Yo os daré espíritu y viviréis; daros he carne, y naceros han nervios, y os haré que os cubráis de cuero, y daros he un espíritu, y viviréis. Yo*—dice Ezequiel—*hícelo así, y luego se hizo un gran movimiento, y un gran ruido, como los unos huesos se juntaron con los otros, cada uno en su lugar y en su juntura*; hicieron ruido como cuando un hueso se junta con otro; *y vi cómo vinieron sobre aquellos huesos nervios, y cómo crecía la carne; y luego un cuero fué tendido por todos ellos; y aun no tenían vida*; estábanse allí como muertos. *—Profetiza y llama al espíritu; llámalo y dirás: —Aquesto dice el Señor: De los cuatro vientos de la tierra, venid, so-*

*plad sobre estos hombres muertos y vivirán luego. Acabando de profetizar, tuvieron vida, y levantáronse y estuvieron sobre sus pies. Hízose de toda aquella gente un muy fuerte y valeroso ejército. Dijo Dios: —Estos huesos son toda la casa de Israel; porque ellos dijeron: Aruerunt ossa nostra, et periit spes nostra.* Allí estaban los Apóstoles como huesos muertos desmayados.

¿Hay aquí algunos que estando en figura de vivos, están muertos? ¿Hay aquí tan sin confianza alguno, que diga: Cómo puedo yo ser bueno? ¿Cómo es posible tener yo castidad? ¿Cómo es posible que me perdone Dios? He pecado yo tanto, que en toda mi vida no he hecho otra cosa sino ofender a Dios: ¿cómo me perdonará? ¿Quién yo para ir al cielo? ¿Quién yo para ir allá? El cielo dase a los que hacen buenas obras; yo no las he hecho ni las espero de hacer, ¿qué tengo yo con eso? Pruebo veinte veces a no pecar, y no pude sino pecar. *Jam aruerunt omnia ossa nostra, et periit spes nostra.* Ya nuestros huesos se han secado, ya se ha perdido nuestra esperanza.

¡Oh desventurado de ti, si tú tal dices! Esfuerza, hermano, que hoy es día de perdón; hoy se admiten todos; si quieren conocer sus culpas, y dolerse de ellas y confesarse, no hay más. Y tú, mancebo, ¿piensas que no puedes dejar de pecar, y que no te puedes apartar de ello? Prueba y apártate, que hoy es día de perdón; hoy se da fuerza para vencer y derribar aquello que te derribaba; hoy se dan fuerzas, si tú las quieres tomar, para vencer tus pasiones; hoy es el día en el cual prometió [Dios] de quitar el corazón de piedra, de quitar la sequedad del alma; hoy es el día en que da corazones blandos, corazones arrepentidos; hoy es el día en que dará corazones aparejados para llorar vuestros pecados y saberlos conocer; hoy es el día en que os dará un soplo, no en las orejas, no en los oídos, no en nada de lo de acá fuera, sino dentro de vuestros corazones; un soplo que os dé vida, un soplo que os dé fortaleza, un soplo que os dé castidad, un soplo que os dé humildad, un soplo que os dé caridad y amor y todas las otras virtudes, un soplo que refresque vuestras ánimas.

## 10.—*La Iglesia naciente.*

Si no, miradlo en los Apóstoles que estaban cobardes, porque se querían mucho. Viene a ellos el Espíritu Santo, entra en aquellos corazones, quítaseles aquel temor, menosprecian la carne, y la soberbia y la codicia; echan en el suelo todos los vicios; pasan por encima de ellos como vencedores de aquellos que les habían vencido y los acobardaban y ponían temor. *Levantáronse en pie como ejército poderoso*; abren las puertas que antes tenían cerradas, llenos y rellenos del Espíritu Santo, llenos de fortaleza y de caridad, y comienzan a predicar con grandísimo hervor, no doctrinas frías, sino hirvientes como fuego; aquel: «¡Bendito sea Dios!»; aquel: «No hay sino sólo un Dios, tres Personas y un solo Dios verdadero»; aquel: «Jesucristo es Hijo de Dios vivo, y está sentado a la diestra de Dios Padre, y es Juez de vivos y muertos»; aquel hablar que todos los entendían.

Había allí entonces de todas las naciones, había Parthos, Medos, de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de Asia la menor, de Frigia, de Pamphilia, de Egipto, de Libia, de Creta, de Arabia, de Roma. Todas estas naciones estaban allí, y todos los entendían; que hablaban todas las lenguas, y lo entendían todos como si hablaran la lengua de cada uno particularmente. ¿Y esto es maravilla, pues Dios lo hace? Ahora un predicador habla en romance, y cada uno le entiende en su lengua; habla una palabra que Dios le manda, y entiéndelo uno a quien aquello toca, y los otros no lo entienden. Dice un predicador: «Sed humildes.» Entiende aquella palabra el soberbio. Dice otro: «Sed casto.» Aquello entiende el lujurioso; y así hablando en un lenguaje, diferentemente.

Así que, del sonido grande que vino cuando el Espíritu Santo vino, habiéndose juntado en Jerusalén, y de que hablando en una lengua, entendiese cada uno en la suya, estaban todos espantados, y decían: *¿No son éstos de Galilea? ¿Cómo hablan tantos lenguajes?* Otros decían: *Dejadlos, que están borrachos.* Cuando oyéredes hablar alguna persona y no lo entendiéredes, tened paciencia, y no os arrojéis a juzgar de presto; mirad que el Espíritu Santo no parece (8); mi-

(8) *No parece:* no se ve con los ojos.

rad lo que hacéis, que por ventura hablará alguno lo que quiso Dios que hablase, y diréis vos que está borracho.

Así que, dijeron que estaban los Apóstoles borrachos. Levantóse entonces San Pedro, como pastor universal y como su defensor, y dijo (*Act.*, 2): *Varones de Jerusalén, escuchad mis palabras. No penséis que estamos borrachos, porque ahora no es hora de haber bebido, que es hora de tercia.* ¿Sabéis qué es esto? Lo que profetizó el Profeta Joel (2): *Effundam Spiritum meum super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri, et filiae vestrae.* Derramaré, enviaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos profetizarán y vuestras hijas; y vuestros viejos soñarán sueños, y los mancebos verán también visiones; y sobre mis siervos y criadas, enviaré mi Espíritu Santo. Varones israelíticos: a Jesucristo predicamos, varón aprobado de Dios, al cual vosotros entregasteis a la muerte con todas las señales que Dios hizo; al cual Dios resucitó y está a la diestra de su Padre; y Él hizo que el infierno no le empeciese, que no le podía empecer. Y cierto, sepa todo hombre que Jesucristo, que vosotros crucificasteis, es verdadero Hijo de Dios.

Habló San Pedro con tanto hervor, predicóles allí cómo el Espíritu Santo venía deseoso de nos consolar y remediar. Echa, pues, la red el buen pescador; aquel que antes solía pescar peces, pesca ahora ánimas; echó la red. Del primer lance pescó tres mil de aquellos que poco había que le habían dicho que estaba borracho; compungíanse y arrepentíanse de lo que habían dicho, y decían: ¡Desventurados de nosotros! ¿cómo nos hemos ahora de convertir, que somos nosotros los mismos que le crucificamos, y dijimos que soltasen a Barrabás? ¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo nos ha Dios de perdonar? Díjoles San Pedro: ¿Qué es eso? No desmaye nadie; misericordioso es Dios, y Jesucristo está lleno de misericordia; que aunque hayáis hecho eso, aunque vosotros sois los mismos que le matasteis con vuestras propias manos, está aparejado a perdonaros si os arrepentís y hacéis penitencia. Confesad vuestro pecado luego, y más tardaréis vosotros en confesaros, que Dios en perdonároslo. Ellos, como oyeron esto, dijeron que les placía; y no solamente les perdonó Dios sus pecados, pero usó de tanta misericordia con ellos, que les envió el Espíritu Santo, así como a los Apóstoles, sobre casi tres mil hom-

bres de ellos. ¿No miráis qué buena redada para la primera? ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor mío, que tan caro te costó lo que ahora tan de balde se da! Daba Dios el Espíritu Santo a quien su Majestad quería, y de balde.

A otro sermón se convirtieron cinco mil hombres; así fueron creciendo los cristianos, y se fué poblando y engrandeciendo la Iglesia de Dios, que estaba pequeña. De aquí comenzó la cristiandad que ahora tenemos. Estaban todos juntos perseverando en oración; comulgaban cada día, y vendían todas sus haciendas, y entregábanselas a los Apóstoles, y decían: «Esto es lo que vale toda mi hacienda; tomadlo, y haced de ello lo que quisiéredes.» Tanta parte tenía el que poco traía como el que mucho; todo era igual, todo era común. Hacíase entonces en la Iglesia universal lo que ahora se hace en los monasterios, que no tienen, en particular ni en común, propio, y por eso mejor librados. Así estaban los santos Apóstoles (*Act.*, 5), y los otros santos hombres y mujeres; hacían muchos milagros y maravillas; sanaban enfermos, resucitaban muertos; estaban siempre la mayor parte del tiempo orando muy alegres, llenos de gozo del Espíritu Santo, muy regocijados con el huésped (*Act.*, 3-9).

Plegue al Espíritu Santo, por los merecimientos de Jesucristo, y por aquella sangre que derramó en la Cruz por nosotros, tenga por bien venir en nuestros corazones y sanar nuestras ánimas, alumbrar nuestros entendimientos, para que conozcamos a Dios, y enderezar nuestra voluntad para solamente amarle, y olvidarse de las cosas del suelo, y sujetar nuestra carne, y darnos humildad, castidad, y caridad para con nuestros prójimos, y darnos sus siete dones, para que teniendo su gracia nos dé la gloria.

## TRATADO 4.º

### EL ESPÍRITU SANTO EN LAS ALMAS.

*Paracletus autem Spiritus Sanctus.*

El Espíritu Santo Consolador.

(*Jn.*, 14.)

### 1.—*Introducción.*

*Quien de tierra es, de tierra habla; el que viene del cielo, sobre todos es* (*Jn.*, 3), dijo San Juan Bautista a sus discípulos. Tocóles un poco de envidia, porque la gente seguía más a Jesucristo que a él; y para los apaciguar, díjoles estas palabras: «Ninguno puede tomar más de lo que del cielo le viene, de lo que del cielo le envían.» *Qui de terra est,* etc. *Tierra es el que de tierra habla.*

¿Qué hará la tierra, pues le está mandado subir al cielo? ¿Qué hará? ¿Cómo podrá subir? ¿Qué hará el hombre que le está mandado que hable cosas del cielo? Cosa es ésta imposible, cosa que de sí no la podía hacer, cosa tan imposible, como la tierra subir al cielo. *Qui de terra est, de terra loquitur.* Su hubiésemos de hablar de cosas bajas, si hubiésemos de hablar de cosas de acá abajo, daríamos buenas señas; pero hablar del Espíritu Santo, hablar de cosa tan alta, hablar de cosas del cielo, ¿qué haremos, que somos más bajos que la misma tierra? ¿Qué haremos para bien hablar? Es menester mucho la gracia del Espíritu Santo.

No en balde fué dada a los Apóstoles para hablar (*Act.*, 2): *Audivimus eos loquentes variis linguis magnalia Dei.* Fueron los bienaventurados Apóstoles llenos, y muy llenos del fuego del Espíritu Santo; fueron llenos de esta celestial gracia, para dar a entender que

nadie debe hablar ni predicar de este Santo Espíritu, sino lleno y muy lleno de este celestial don y de este santo fuego. Encendidas iban las entrañas, y llenas de gracia, que nuestro Señor envió a sus santos Apóstoles, pues hablaron las maravillas y grandezas que de Dios hablaron y dijeron, y por todo el mundo pregonaron. Vino en lenguas de fuego, para darnos a entender que han de ser las lenguas de los que hablaren cosas de Dios y sus maravillas, encendidas con fuego, encendidas con amor. No han de ser las lenguas que han de hablar cosas de Dios y sus maravillas, de agua, no de viento, no han de ser de tierra.

Venimos a oír las palabras de Dios, venimos a oír sus sermones, y venimos como a farsa, sin más amor y reverencia. Dígoos de verdad, que un grande riesgo corremos todos los que oímos sermones; gran peligro corremos, si no oímos como debemos oír; con corazón encendido, con entrañas abrasadas habíamos de venirlo a oír. Hémonos juntado a oír y hablar del Espíritu Santo; para tan gran negocio menester hemos la gracia, menester hemos el mismo Espíritu Santo, que se infunda en nuestros corazones, y los ablande y abrase con su santo fuego de divinos dones. Dice San Pablo (*Rom.*, 8) *que el Espíritu Santo ruega por nosotros con gemidos inenarrables*. La oración que no es inspirada del Espíritu Santo, poco vale; la que no se hace según Él, la que no inspira y ordena Él, de muy poco fruto es, poco aprovecha.

Dijo Cristo a sus Apóstoles (*Jn.*, 14): *Tristes estáis porque me quiero ir: el Consolador vendrá, que el Padre lo enviará en mi nombre, y Él os consolará, Él os enseñará todas las cosas, Él os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho, Él abrirá vuestros oídos para que oigáis, y vuestro entendimiento para que entendáis; enseñaros ha a orar, y enseñaros ha todo lo que hubiéredes de hacer, para que en todo acertéis*. En gran manera estamos necesitados de este Consolador, de este Doctor, de este Consejero y de este Enseñador.

¿Qué remedio? Que nos vayamos a la sacratísima Virgen. En gran manera es muy amiga del Espíritu Santo, y Él de Ella. En sus entrañas el incomprensible cupo; su alteza, su grandeza abajó, e hízose temporal siendo eterno, y el rico se hizo pobre, y el muy alto se abajó; y esto todo por obra del Espíritu Santo, por industria, orden y saber suyo. Dijo el ángel

San Gabriel a la Virgen (*Lc.*, 1): *Spiritus Sanctus superveniet in te.* «El Espíritu Santo, Señora, vendrá sobre Vos, y la virtud del muy Alto os hará sombra.» Conoce muy bien el Espíritu Santo las entrañas de la Virgen; conoce muy bien aquel su Corazón tan limpísimo, conoce muy bien aquel palacio donde tantos y tan grandes misterios obró. No hizo la Virgen, ni pensó ni habló cosa que, en un solo punto desagradase al Espíritu Santo; en todo le agradó, en todo hizo su santa voluntad; por ruegos de esta gloriosa Virgen, por gemidos y deseos y oraciones trajo al Verbo Eterno y lo metió en sus entrañas. Supliquémosla, pues tan amiga es de este Santo Espíritu, nos comunique su gracia para hablar de tan alto Huésped.

## 2.—«*Vendremos a él.*»

*Si Spiritum Sanctum accepistis credentes* (*Act.*, 19, 2). «Si recibisteis al Espíritu Santo por la fe, creyendo», dijo una vez San Pablo a unos. ¿Habéis recibido al Espíritu Santo? ¿Tenéislo en vuestras entrañas? Bienaventurada el ánima que tal ha recibido; bienaventurado el que tal Huésped ha recibido, creyendo: que por fe se da. Respondieron: *Ni sabemos si lo hay,* cuanto más haberlo recibido. No se lo habían dado; y aun quizá habrá aquí quien no lo sepa. ¡Oh si dijésedes verdad! ¿Habéislo recibido? ¿Amáislo? ¿Habéislo servido? ¿Deseáislo? ¿Tenéis gran deseo que se infunda en vuestros corazones? Ni aun sabéis si lo hay. No aprovecha nada que lo deseéis; no basta que digáis que venga, que lo queréis recibir; todo no aprovecha si no hay obras dignas y que merezcan su venida. *Factis autem negant* (*Tit.*, 1, 16). Las obras han de convenir con las palabras y con los deseos, para que este tan gran Huésped quiera venir y aposentarse en vuestra ánima.

¡Tiene tantos de predicadores el Espíritu Santo, tantos de Profetas que de Él hablaron antes que el sol fuese criado! Dice la Escritura que el Espíritu del Señor era traído sobre las aguas (*Gen.*, 1): *Et Spiritus Domini ferebatur super aquas.* Los Profetas todos vieron y contaron grandes secretos y misterios de este Santo Espíritu. Entre todos y más que todos dió tales señales Jesucristo nuestro Señor de Él, y dijo tales cosas de Él, que estaban todos espantados de oír las

maravillas que de Él dijo. Dijo Jesucristo a sus Apóstoles (*Jn.*, 14): *No tengáis pena, no estéis penados porque me voy.*

—Antes, Señor, por eso están penados. ¿Qué nuevos amores, Señor, son éstos? ¿Qué nuevas maneras de tratar con los que os aman? Vais os, y aman os más que a la lumbre de sus ojos; quereis os ir, y para consuelo de vuestra ida, decisles: «¿No tengáis pena porque me voy?» Antes por eso la tienen, y es la causa de toda su pena y de todo su desconsuelo pensar, Señor, que os habéis de ir.

—Nadie puede entender esto ni alcanzarlo, sino quien tuviere Espíritu Santo. «Consolados habéis estado conmigo; alegres habéis estado con mi presencia, enseñados con mi doctrina, fuertes con mi presencia. *Yo me voy, y rogaré a mi Padre que os envíe otro Consolador en mi nombre.* Hasta aquí Yo os he consolado; Yo me iré, y yéndome Yo, os enviaré otro Consolador, otra persona.»

—¡Oh poderoso Dios! ¿Quién es este Consolador que habéis de enviar?

—Espíritu de verdad, que morará en vosotros, que os enseñará verdades, no opiniones, no engaños.

¡Bendígante, Señor, los cielos y la tierra! No se contentó Dios Padre con darnos a su muy amado y único Hijo nuestro Señor Jesucristo, y para que muriese por nosotros, sino a Sí mismo. Dijo Jesucristo: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.* El que me ama guardará mis palabras, y mi Padre lo amará, y a Él vendremos, y morada cerca de Él haremos.

Que estudie y rumie sus palabras, y las cumpla y guarde; esto os da por señal y prenda de su amor. Y, hermano, decid, ¿cómo os va cuando oís la palabra de Cristo? ¿Holgáis os cuando os hablan de Él? ¿Alégraseos el corazón cuando le oís nombrar, cuando le predican, alaban y bendicen y glorifican en los púlpitos? Más os alegráis con invenciones, con novedades; esto oís de buena gana.

*El que guardare mi palabra, éste me ama.*

¿Cómo es eso? ¿Cómo tengo de guardar sus palabras? ¿Cómo le tengo de amar?

Habéislo de amar, y en esto mostraréis que verdaderamente le amáis, si por le amar olvidáredes, y dejáredes todo cuanto os estorbare para lo amar, y ver-

daderamente servir (*Mt.*, 5): *Si vuestro ojo derecho,* si la cosa que así la amáis como a vuestros ojos, *os escandalizare, si vuestra mano derecha,* si cualquiera otra cosa que mucho la habéis menester, os apartare de este santo propósito, *cortadla.*

—¡Cosa recia es, Padre!

—Habéis de tener una navaja tan afilada, que aunque os pongan delante padre y madre, y hermanos y parientes, y amigos, y todo cuanto así se pudiere decir, si os aparta del amor de Jesucristo, cortadlo, no lo dejéis, holladlo, pasad sobre ello; que aunque esto parece género de crueldad, es gran piedad (1). Si por el dinero, o por la hacienda, o por el pariente o amigo, o por la deshonra o por la honra, o por el favor o arrimo, o por muerte o por vida pecas, córtalo.

—¡Cosa recia! ¿Que no tengo de desear la mujer ajena? ¿Y que no solamente no tome la hacienda ajena, pero que tengo de dar la mía? ¿Y no solamente no tengo de hacer mal a nadie, pero hacer todo cuanto bien pudiere? Cosa recia y trabajosa es ésta; Señor, echad alguna azúcar; que trabajo y sudo por hacer esto, y apenas con todas mis fuerzas salgo con algo; poned algún consuelo, poned algún premio.

—Pláceme. *Mi padre le amará*; mi Padre le querrá bien—dice Jesucristo—, y el galardón que por cumplir mis palabras y guardar mis mandamientos le dará (en esto se les pagarán sus trabajos), que el Eterno Padre pondrá sus ojos sobre él, *y a él vendremos, y morada cerca de él haremos.* No será la venida de pasada, pues ha de pararse a hacer morada y mansión.

¿Quién podrá pasar por esta palabra sin dar bendiciones y alabanzas al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, que vendrá el Padre y el Hijo, y harán habitación en Él? ¿Queréis más? ¿Estáis contentos? ¿Andaréis ya echando mano de las sombras, buscando dineros, buscando honras, deesando subir y valer, y buscar oficios? ¿Queréis más? Dice San Bernardo: «¡Oh endurecidos corazones, a quien tal cuchillo no corta, y tal fuego no enciende, y tal bondad no mueve, y amansa y ablanda!» Viniendo el Hijo y el Padre (2), no te llames huérfano de aquí adelante porque el mundo no te hace honra, porque el mundo no te fa-

(1) San Jerónimo.
(2) La edición de 1596 añade: *y también el Espíritu Santo.*

vorece, porque no tienes prosperidades y riquezas de acá.

—¿Quédate más, Señor, quédate más que dar?

—*Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador.*

### 3.—*El Consolador de la ausencia de Cristo.*

La cosa que más me espanta. Estaban los discípulos esperando este Consolador; deseábanlo tanto, que no se puede decir quién era este Consolador, o qué tal era, que antes que viniese estaban los Apóstoles enamorados de Él, y tanto deseaban que viniese para verle. *Yo rogaré al Padre, y enviaros ha otro Consolador.*

—¿Qué decís, Señor? ¿Qué grandezas se os sueltan de esa boca? ¿Qué tal ha de ser el Consolador que viniendo consuele vuestra penosa ausencia? ¿que consuele, y enseñe y haga todo lo que Vos hacéis?

—¿Podréis atinar, y decir cuánto era el consuelo de Cristo con sus Apóstoles, cuánta era la alegría que con su vista y presencia tenían? En solamente mirarlo, se les quitaban cuantos trabajos tenían. No hay madre que tanto ame a sus hijos, y tanto los regale, cuanto Jesucristo amaba y regalaba a sus Apóstoles; no hay ave que tanto cure de sus hijos, y los defienda debajo de sus alas y los abrigue, como lo hacía Jesucristo con los suyos. Amábalos entrañablemente, hablaba con ellos, enseñábales, dábales mil consuelos, quitábales los desmayos, esforzábalos, hacíalos tantos bienes. Y amábanle ellos tanto a Él, que dejaron sus haciendas, sus caudales, las redes con que ganaban de comer, y los maridos a sus mujeres, y los hijos a los padres, y algunas mujeres a sus maridos. Érales tan amoroso, y su conversación tan apacible y tan llena de amor, que mil mundos que tuvieran dieran por gozar de Él una sola hora. ¡Qué asegurados, qué alegres, qué gozosos estaban con Cristo! Ricos y dichosos se pueden llamar, y sonlo, que con sus ojos veían a Jesucristo y con sus orejas oían sus santísimas palabras.

Díjoles Jesucristo el jueves de la Cena (*Jn.*, 14): *Desconsolados estáis porque os he dicho que me quiero ir.* Estaban estos bienaventurados tan contentos con Jesucristo, que les parecía que no era posible que vi-

niese cosa a sus corazones, faltando Él, que los pudiese consolar, y que no había en el mundo persona que hinchiese lo que con ausentárseles Cristo les quedaba vacío. Estaban abobados, embebidos en aquel santísimo cuerpo y presencia suya; no creían que podían ser consolados, ido Él de entre ellos. ¿Quién consolará a estos desconsolados? ¿Quién remediará tan gran pérdida? ¿Quién curará esta llaga que la ausencia de Cristo causó en los corazones de sus Apóstoles? Gran llaga de amor fué ésta, necesidad tiene de gran remedio y cura.

—Si yo me fuere, otro Consolador vendrá que os consuele.

¿Qué Consolador puede venir, que no echen menos a Jesucristo? Díceles que se quiere ir, y para templar su pena y tristeza promételes que les enviará otro Consolador.

—Y será tal, que no estéis penados por mi ida; otro Consolador tan bueno como yo, otro que os consolará y os regalará más que yo.

No otro sino Dios pudiera curar esta llaga; y és e es argumento muy grande para creer que el Espíritu Santo es Dios, porque si fuera menos que Dios, no pudiera consolar y curar la llaga que Cristo había hecho con su ausencia. Jesucristo es Dios; si el Consolador que había de enviar fuera menos que Jesucristo, no fuera Dios, y así no pudiera curar la llaga de haberse ido Cristo. Luego claro está, que habiendo de ser Consolador como Cristo dijo, el cual había de consolar a los Apóstoles de la pena que tenían porque Cristo se iba, había de ser también Dios como era Jesucristo, y poderoso para consolar como lo era Cristo. Cierto, no bastara a henchir aquel seno, sino el Espíritu Santo, que es también Dios como Jesucristo (3).

Por tanto, debéis estar muy consolados, porque si le llamáis, os socorrerá en cualquier trabajo que tuviéredes. Y si decís vos: «Levantáronme un testimonio, no sé qué dijeron de mí, perdióseme la hacienda, fuése mi marido, tengo muchos trabajos y enfermedades, murióse mi padre, faltóme mi amigo, estoy desconsolado, tengo grandes tentaciones, hallo gran sequedad en mi corazón, no sé qué me tengo, siempre ando cercado de trabajos y en peligro de muer

---

(3) *Jesucristo;* la edición de 1596, *yo.*

te», tened paciencia; no viváis desconsolados; no os dejéis caer, llamad a este Consolador, que consolaros ha, y enseñaros ha; que pues bastó a henchir y sanar y consolar la desconsolación que causó Cristo a sus Apóstoles, también os consolará a vosotros; que mayor pérdida y mayor desconsuelo fué aquél, que cuantos vos podéis tener, por grandes y penosos que sean. Coteja tu desconsuelo y llaga con la de los Apóstoles, y verás cómo el que aquélla curó y consoló siendo tan grande, tan bien y mejor consolará y curará las tuyas.

### 4.—*Su presencia en el alma.*

¿Haos venido este Consolador? ¿Haos venido este Huésped? ¿Haos venido este buen día por vuestra casa?

—Padre, no sé qué me tengo; lo que mucho me alegraba de antes, ahora me enoja; las alegrías del mundo me entristecen, los placeres me dan pena, los juegos, los pasatiempos, las alegrías y todos los deleites del mundo me hieden; todo me da fastidio.

—Si ha venido este día por vos, si habéis recibido este sentimiento en vuestro corazón, si lo habéis recibido, sabedlo agradecer al Señor, y sabedle dar gracias por ello. Quien en sí recibe este Huésped, quien recibe este Consolador, todo cuanto en el mundo florece, y todo cuanto es tenido en algo de los mundanos, hace menospreciar y tener en poco y en nada, todo da asco, todo harta, todo fastidia y da pena.

Sábele tú llamar a este Consolador, procúralo agradar y tener contento; porque quien tal Huésped tiene, no se debe descuidar en nada, porque tan gran Huésped gran cuidado requiere. Dile: «Señor, con Vos sólo estoy contento, Vos sólo bastáis a me hartar; sin Vos no quiero a nadie, y con Vos todo lo tengo; estad Vos conmigo y fáltenme todos; consoladme Vos, y desconsuéleme todo el mundo; sed Vos conmigo, y todo el resto contra mí.»

¿Dónde está la sabiduría? ¿dónde la hallaremos? En el pecho de Dios está. Pues decid: Después que se fué, quedamos huérfanos, quedamos solos, quedamos sin consejo, desarrimados. ¡Cómo quedamos! ¿Dejónos acá en su lugar a otro? Predíqueoslo el que lo sabe, por su misericordia, y déoslo Él a entender.

¡Oh mercedes grandes de Dios! ¡Oh maravillas grandes de Dios! ¡Quién os pudiese dar a entender lo que perdéis, y también os diese a entender cuán presto lo podríades ganar! Gran mal y pérdida es no conocer tal pérdida; y muy mayor pudiéndola remediar, no la remediar. Quiérete Dios bien; quiérete hacer mercedes, quiérete enviar su Santo Espíritu; quiere henchirte de sus dones y gracias, y no sé por qué pierdes tal Huésped. ¿Por qué consientes tal? ¿Por qué lo dejas pasar? ¿Por qué no te quejas? ¿Por qué no das voces?

### 5.—*Encarnación y Espirituación.*

Mas ¿cómo la diremos a esta junta que el Espíritu Santo quiere hacer, y hace con tu ánima? Encarnación no; pero es un grado que tanto junta el ánima con Dios, y un casamiento tan junto y tan pacífico, que parece mucho Encarnación, aunque por otra parte mucho diferencien. Porque la Encarnación fué una tan altísima unión del Verbo divino con su santísima Humanidad, que la subió a Sí a unidad de persona; lo cual no es acá, sino unidad de gracia; y como allí se dice Encarnación del Verbo, se dice acá *Espirituación* del Espíritu Santo.

Así como Jesucristo predicaba, así ahora el Espíritu Santo predica; así como enseñaba, así el Espíritu Santo enseña; así como Cristo consolaba, así el Espíritu Santo consuela y alegra. ¿Qué pides? ¿Qué buscas? ¿Qué quieres más? ¡Que tengas tú dentro de ti un consejero, un ayo, un administrador, uno que te guíe, que te aconseje, que te esfuerce, que te encamine, que te acompañe en todo y por todo! Finalmente, si no pierdes la gracia, andará tan a tu lado, que nada puedas hacer, decir ni pensar, que no pase por su mano y santo consejo. Seráte amigo fiel y verdadero; jamás te dejará si tú no le dejas.

Así como Cristo estando en esta vida mortal obraba grandes sanidades y misericordias en los cuerpos de los que lo habían menester y lo llamaban, así este Maestro y Consolador obra estas obras espirituales en las ánimas donde Él mora y está en unión de gracia. Sana los cojos, hace oír los sordos, da vista a los ciegos, encamina a los errados, enseña a los ignorantes, consuela a los tristes, da esfuerzo a los fla-

cos (4). Como Cristo andaba entre los hombres haciendo estas tan santas obras, y así como estas obras no las pudiera hacer si no fuera Dios, e hízolas en aquel hombre, y llamámoslas obras que hizo Dios y hombre, así estotras que hace acá el Espíritu Santo en el corazón donde mora, llamámoslas obras del Espíritu Santo con el hombre como menos principal.

¿No se llama desdichado y malaventurado quien no tiene esta unión, quien no tiene tal Huesped en su casa, quien no tiene tal consejero, quien no tiene tal guia, tal arrimo, tal ayo y consolador y conservador? Y porque no le tenéis, andáis cuales andáis desconsolados, tristes, sin ánimo, llenos de amargura, sin devoción, llenos de miserias. Decidme, ¿habéislo recibido? ¿Habéislo llamado? ¿Habéisle importunado que venga? ¿Cuántas lágrimas os cuesta? ¿Cuántos suspiros? ¿Cuántos ayunos? ¿Qué devociones habéis hecho? ¡Dios sea con vosotros! No sé cómo tenéis paciencia, ni cómo podéis vivir sin tanto bien. Mirad, todos los bienes, todas las mercedes y misericordias que Cristo vino a hacer a los hombres, todas ésas hace este Consolador en nuestras ánimas; predícate, sánate, cúrate, enséñate y hácete mil cuentos de bienes.

¿No os ha acontecido tener vuestra ánima seca, sin jugo descontenta, llena de desmayos, atribulada, desganada, y que no le parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un refresco que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace volver en ti, y te da nuevos deseos amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas. Eso es Espíritu Santo; eso es Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis tocado como de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras y deseos nuevos; que antes no hallábades tomo en cosa ninguna, todo os estorbaba, todo os enojaba; ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento, en todo os alegráis, todo os enseña. Una hierbecita, que con atención miráis os hace dar mil alabanzas a Dios nuestro Señor, y os da a conocer el Hacedor y Criador maravilloso de todas las cosas, y pone en vuestro corazón sentimien-

---

(4) Himno: *Veni, Sancte Spiritus.*

tos devotos y agradecidos al Señor Todopoderoso, y otras cosas; que si tuviésedes licencia para hablar, diríades maravillas y grandezas de lo que el Señor de todo lo criado da a conocer.

¡Oh alegre Consolador! ¡Oh soplo bienaventurado, que lleva las naos al cielo! Muy peligroso es este mar que navegamos; pero con este aire y con tal Piloto seguros iremos. ¡Cuántas naves van perdidas! ¡Cuántos contrarios vientos corren y grandes peligros! Mas en soplando este piadoso Consolador, las vuelve a puerto seguro. ¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento, y allá vuelve, al Padre y al Hijo; de allá lo espiran, y allá espira Él a sus amigos; allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere.

### 6.—*Visión de Ezequiel.*

Dijo Cristo a sus Apóstoles: *Sentaos en la ciudad.*

—¿Pues para qué, Señor? ¿No iremos a predicar? ¿Qué hemos de hacer sentados? ¿Qué nos falta?

—Antes que venga el Consolador, antes que sople este viento de Espíritu Santo, estamos sentados, estamos pesados, pesará mucho nuestra ánima, todo se le hace dificultoso, todo le parece imposible, no le parece que hay camino para el cielo, en todo halla estorbo, y anda cargado con una arroba de plomo, ¡qué digo arroba!, como con cien quintales de plomo. ¿Cómo los huesos muertos han de tener vida? ¿Cómo, estando secos, han de cubrirse de carne y resucitar? Claro está que ellos de su parte, y solos por sí, que no podrán nada; pero Dios que todo lo puede, los puede cubrir de carne, y darles espíritu de vida, y resucitarlos, y darles movimiendo y vida.

Llamó Dios al Profeta Ezequiel (37) y díjole: *Hijo de hombre: a tu parecer estos huesos que aquí ves, ¿podrán tener vida,* y ser cubiertos de carne y nervios? Respondió Ezequiel: *Señor,* eso que me preguntáis *Vos lo sabéis.* Dijo Dios: *Diles así: «Huesos secos, yo echaré sobre vosotros espíritu de vida, y os cubriré de nervios, y haré crecer carne sobre vosotros, y extenderé pellejos también sobre vosotros, y os daré vida, y sabreis que yo soy el Señor.»*

Hueso seco, duro y sin jugo ni virtud es todo hombre que está sin el Espíritu Santo; hueso muerto.

Pero después que el Profeta llamó al viento para que soplase sobre los muertos, tuvieron los huesos vida; todo se muda, lo pesado se hace liviano, y lo muerto revive. Estabas tú malo, pesado, sin fuego de caridad, muerto, y no sabías hacer a nadie una poca de misericordia, ni tenías ternura; estabas desmayado con flaqueza, sin esperanza de poder hacer cosa buena, y pesado como muerto. Estando así, dícete Dios: Hombre, no desmayes; ¿piensas que no has de poder resucitar? Esfuérzate, que más poderoso soy Yo para te salvar, y para te resucitar, y dar vida y alegrarte, que todos tus males para derribarte, perderte y entristecerte y matarte. Más bondad es la mía para hacerte bueno, que tu maldad mala para condenarte y hacerte malo.

¡Bendígante, Señor Dios Todopoderoso, los cielos y la tierra! ¡Cuántos testigos veremos en el día postrero de esto, que sus naos iban ya para se perder, iban a se hacer pedazos, estaban para se hundir, y soplándolos tu soplo fueron salvas, y llegaron con tranquilidad y seguridad al puerto! ¡Cuántos, perdida toda esperanza de vida, resucitó su Espíritu, y dió vida y deseos nuevos, y alegró y confirmó con nueva esperanza! ¿Quién hace todo esto? El Espíritu Santo, que sopló, y llevó hasta Dios sin resistir.

¿Qué más hace? ¿Quién lo dirá? ¿Quién lo podrá decir? Echan los Apóstoles en la cárcel, azótanlos, y mándanlos que no prediquen; y ellos *sálense* riendo y *gozosos*, y sintiéndose por bienaventurados *porque fueron dignos de padecer* trabajos y *afrentas por Cristo nuestro Redentor*. Si no, mira que por miedo de una mujercilla, niega y reniega San Pedro tres veces de Jesucristo, y dice (*Jn.*, 18): *No conozco tal hombre*. Y después de venido este Consolador, este soplo a su corazón, no bastan amenazas, no cárceles, no prisiones, no azotes, no la misma muerte para hacerle que dejase de predicar y confesar el santo nombre de Jesucristo. Decía San Pablo puesto en prisiones y cárceles (*Philip.*, 1): «No penséis que, porque estoy en esta cárcel preso, estoy desconsolado; hágoos saber que aquí donde estoy en esta cárcel, tengo consuelo para mí y para vosotros, y desde aquí consuelo a todos.»

Dice Jesucristo en su Santo Evangelio (*Jn.*, 4): *Quien hubiere sed, venga*. ¿Qué queréis decir, Señor? ¿Qué aguas tenéis para mata la sed a los que a Vos

vinieren? No hay aguas ni fuentes tan frescas que así maten la sed y refrigeren a los que están sedientos, como el Santo Espíritu de Cristo. Con Él se matan las ansias y sedes de este mundo, y se apagan los calores de fuego que nos encienden los deseos para amar y desear cosas de la tierra. Y por eso dice Cristo nuestro Señor: *Quien hubiere sed, venga a Mí.* Viniendo a Él, y bebiendo del agua de su Santo Espíritu, y recibiendo este Consolador y este soplo del Espíritu Santo, será harto, será consolado, será enseñado y lleno de abundancia, y guiado sin error y fuera de toda duda.

## 7.—*La escuela del Espíritu Santo.*

Dice San Bernardo que todas las cosas te enseñará; unas veces de ti a Él solo, otras veces por boca de otro hombre; te avisa, te enseña, te consuela, ayuda y esfuerza, que así lo quiere Él; que [si] hubiese muchos discípulos que quisieren ser señalados con esta doctrina, que quisiesen oír y cursar en esta escuela gozarían de este Espíritu manso, fuente de sabiduría. En esotras escuelas, aunque sea un hombre malo, puede salir letrado en su género y maneras de letras; mas en esta escuela gozarán de este Espíritu Santo y saldrán sus discípulos *ablactatos a lacte, avulsos ab uberibus* (*Is.*, 28); los que están ya destetados y apartados de los pechos de sus madres; a estos tales enseña el Espíritu Santo, con éstos se comunica, a éstos se da. Atreveos, hermanos, a destetar[os] por Dios, atreveos a apartaros de los pechos de vuestras madres, para que seáis discípulos, y enseñados en la escuela del Espíritu Santo Destetaos de vuestra voluntad, de vuestro propio parecer, salíos y apartaos de vosotros mismos, salíos de vuestro natural y de vuestros juicios.

Señor mío y Dios mío, si Vos no me sois amigo, si Vos no me ayudáis, si no me favorece vuestra poderosa mano, ¿cómo podré yo hacerlo? ¿Cómo podré desarrimarme y destetarme, y apartarme de lo de acá? Y ayudándome Vos, todo lo podré, todo lo haré; no habrá cosa que me detenga, todo lo olvidaré, todo lo menospreciaré y lo echaré de mí. Más quiero, Señor, ser penado por Vos, que alegre con el mundo; más quiero llorar que reír, pues tan gran galardón ha

prometido Jesucristo nuestro Redentor, diciendo con su preciosa boca (*Mt.*, 5): *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Al destetar suelen morir algunos niños. Unos tienen su consuelo puesto en sus hijos, otros en sus tesoros y en sus riquezas, otros en la honra, otros en los oficios y mandos, otros en favores, otros en sus mujeres y maridos; y así cada uno se apacienta y se alegra con aquello que es según su condición, y más contento le da. Déjalo todo, hermano, desteta a este tu corazón, apártale de los pechos donde tiene puesto su amor. Algunos destetados suelen volver atrás. Atrévete, hermano, y si alguna cosa te sabe bien, piérdela por nuestro Señor Dios, y di: Por vuestro amor quiero perder esta alegría, este consuelo, esto que me sabía bien, y lo otro que me da contento; todo lo que Vos, Señor y mi Dios quisiéredes que olvide, que aparte, que niegue, que haga, todo lo haré, y de todo me apartaré; ayudadme Vos, Señor mío y consuelo mío, esforzadme Vos, dadme favor.

*Accende lumen sensibus—infunde amorem cordibus,—infirma nostri corporis—virtute firmans perpeti* (5). *Alumbrad,* Señor, *con* los rayos de *vuestra lumbre* y claridad eterna, las tinieblas de *mi entendimiento*, para que pueda con claridad y certidumbre escoger a Vos sólo por bien eternal mío, y olvide y tenga en poco todas esotras cosas, pues son sombras falsas y apariencias engañosas. Y conociéndoos, *haced,* Señor y mi Dios, *que mi corazón* y toda mi voluntad *se encienda en amor* vuestro y deseo vuestro, para que a Vos sólo ame, a Vos sólo quiera, a Vos sólo me arrime, en Vos sólo ponga mis ojos, y para siempre no consintáis que sea apartado de amaros. Y porque la flaqueza de estos cuerpos estorba a que esto no se haga tan libremente como es razón, *esforzad,* Señor, *con vuestra fuerza la flaqueza de mi cuerpo,* la bajeza de mi sensualidad y habilidad, para que todo lo que hay en mí os contente y agrade, y os entienda, ame y sirva.

—Padre, pues tantos bienes he oído de este Consolador, de este Huésped, que habemos de recibir en nuestras ánimas, sepamos a qué viene, qué hace en nuestras ánimas.

---

(5) Himno: *Veni, Creator Spiritus.*

ridad, que no le pidas cosa que no te la dé; que se quite el cántaro, y te dé agua de gracia, que en tus tribulaciones sientas su ayuda.

¡Oh válgame Dios, y cuándo ha de salir a plaza este libro, en que se lea todo lo que por esta Virgen se hace y por sus oraciones! ¡Cuándo será el día que saldrá uno y dirá: «Yo tenía un pie en el infierno, y por ruego de la Virgen me libró y me perdonó Dios!» ¡Cuándo saldrá otro y dirá: «A mí me libró de tales pecados»! Otros de tales peligros de la vida; cuando viéremos que sin llamar a la Virgen, ayuda y socorre, y no solamente da lo que le piden, sino más.

### 7.—*Conclusión.*

La sujeta a la voluntad de Dios, dice: *Hágase en mí según tu voluntad. Yo esclava soy,* y para consuelo de todos. Pues si Cristo se llama *esclavo* del Padre, y la Virgen se llama *esclava,* ¿qué haces, cristiano? *Usquequo delitiis dissolveris, filia vaga? Quia creavit Dominus novum super terram: foemina circumdabit virum* (*Jer.*, 31). Ya tenemos a Dios por nuestro hermano, *carne de nuestra carne, y hueso de nuestros huesos* (*Gen.*, 2); hoy se ha engendrado. Así lo decía Moisés al pueblo. Es nuestro hermano, nuestra cabeza, nuestro amigo, y todo nuestro bien; vino acá a santificarte y quitarte todos los males. Doncella, ánima cristiana, si te has apartado de Dios, no es ésa tu tierra; tu ciudad el cielo es, el servicio de Dios; la caridad es tu guarida, el cielo es tu refugio; torna, torna a Dios, arrepiéntete y vuélvete a Dios, y Él te recibirá: ¿Hasta cuándo has de huir de Dios?

—¡Oh que no me quieren recibir!

—Sí querrán, que una cosa ha hecho Dios nueva sobre la tierra: *Virgo circumdabit virum.* ¿Quién desmaya, que aunque uno esté a la puerta del infierno, le puede y quiere Dios sacar, si el hombre se quiere ayudar con hacer lo que es en sí? ¿Para qué temes? ¿Dios no se hizo hombre para que los hombres seamos dioses por participación? Aparejado está para darte gracia y despues gloria.

## TRATADO 2.º

### MATRIMONIO DE LA VIRGEN Y SAN JOSÉ (1).

*(Predicado en la fiesta de San José.)*

*Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.*

Cómo fuese desposada María, Madre de Jesús, con José.

*(Mt., 1.)*

### 1.—*Introducción.*

Condición es de las buenas mujeres casadas encubrir las faltas de sus maridos y publicar las virtudes que tienen, deseando que todos los honren y sirvan; porque como la honra de la mujer sea el varón, el mal o bien que ella de él dice, de su misma honra lo dice, de su misma persona lo dice, pues ella y él una cosa son.

Seguros estaremos que esta sagrada esposa y Virgen María no descubrirá faltas de su esposo el Santo José; porque ni él las tenía, y aunque las tuviera, ella no las dijera; pues tenía mayor virtud que Santa Mónica bienaventurada, de la cual cuenta su hijo San Agustín, que aunque su marido la maltrataba y era de ruines costumbres, a nadie se quejaba ni descubría las faltas de su marido.

No cupo, pues, en la boca de la Virgen decir mal del Santo José; mas decir muchos bienes de él, y honrarlo, y desear que todos dijesen bien de él, y agradecerlo a quien lo dijese. Cierto es así, que si por nosotros no queda, tenemos muy cierto el favor de Jesu-

---

(1) Este Tratado se intitula en las ediciones anteriores «Del glorioso San José, Esposo de la Santísima Virgen María nuestra Señora».

cristo nuestro Señor y de su Madre bendita, para saber contar las grandezas de este bienaventurado Santo; pues así como todo lo que se dice en alabanza de la Virgen bendita, dice San Jerónimo que resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, su Hijo bendito, así todo lo que se dijere en alabanza del Santo José resulta en honra de Jesucristo nuestro Señor, que lo honró con nombre de padre, y de la Virgen Santa María, de la cual fué verdadero y castísimo esposo. El Señor querrá que su santo ayo sea honrado, y la Virgen que digamos bien de su esposo; y Él y Ella lo agradecerán, y copiosamente galardonarán. Y así porque conviene a la honra de Dios, como por ganar tal galardón, comenzaremos esta santa historia en alabanza de este glorioso santo esposo de la Virgen.

2.—*Asunto del sermón.*

Antes que del todo nos ocupemos en decir las señaladas y grandes misericordias y particulares privilegios que el Señor dió al bienaventurado San José (que cierto son tales, que bastan para poner en admiración a cielos y tierra, y para rastrear por ellos la grandeza de la bondad divinal, que sube al pobre y menesteroso a tan grande alteza de honra, como a este Santo subió); antes, pues, que nos metamos en este golfo, conviene que cumplamos con el santo Evangelio, el cual aunque breve en palabras, es copioso en sentencias, y que comprende los caminos de Dios, por donde viene y trata con los suyos, y los suyos con Él. La cual doctrina no es de estimar en poco, pues si está ignorada, andaremos errados, como gente que no acierta el camino, y camino que lleva a Dios; ¡y ay de aquel que lo errare! Tres cosas nos declara este santo Evangelio que acaecieron a estos santos desposados José y María: conviene a saber, las grandes mercedes que Dios les hizo, la tribulación y prueba en que Dios los metió, y el piadoso socorro que en el tiempo de la mayor angustia les envió.

Notad bien y sabed considerar estas tres cosas, porque en ellas se encierra lo que nos acaece, no sólo en un día, mes o año, mas en toda la vida que en este destierro vivimos. Lo primero de todo que nos acaece, es recibir misericordias de Dios; y ninguno pudo tanto madrugar a hacer a Dios algún servicio, que no hu-

biese Dios madrugado más a hacerle mercedes; y no sólo es primero en dar, mas aun en dar lo que a Él se le da. ¡Qué gran verdad dijo el rey Salomón, hablando con Dios! Todas las cosas, Señor, que tenemos y que te ofrecemos tuyas son, y lo que te damos, de tu mano lo recibimos. No se gloríe nadie de lo que hace por Dios, pues cuanto más le da, tanto más recibe, y tanto más le debe, según dice la Iglesia: «Señor, de cuya mano viene que tus fieles te sirvan digna y loablemente» (2). No puede ser visto el sol sino con lumbre del mismo sol, ni podemos agradar a Dios sino con la gracia del mismo Dios; y cuando corona y galardona nuestros merecimientos, es galardonar las mercedes que primero nos hizo. A Dios se debe la gloria de todo lo bueno; *porque de Él, y por Él, y en Él son todas las cosas; y a Él sea gloria en los siglos de los siglos. Amén* (*Rom.*, 11, 36).

Gran parte de estas misericordias cupo a estos dos bienaventurados casados, la Virgen bendita y San José, y entre ellas fueron muy grandes las que entre manos tenemos; conviene a saber, que la desposada fuese hecha verdadera Madre de Dios, y San José, hombre bajo según el mundo y oficial carpintero, fuese levantado a tanta honra de ser verdadero esposo de la Madre de Dios, y de ser llamado padre, y tomado por ayo de aquel que tiene al Eterno Padre por padre, y que es criador de cielos y tierra. Misericordias grandes, y tan grandes, que otras iguales no fueron oídas. y bastantísimas para que ellos fuesen agradecidos a Dios, y para que cantasen sus alabanzas, y con todo su corazón se alegrasen en Dios.

Mas mirad, que cuan grandes fueron estas mercedes así fué grande la tribulación que tras ellas el Señor envió, cuya costumbre es enviar hiel después de la miel, y probar a sus amigos tentándolos, como hizo a Abraham (*Gen.*, 22). Del Señor leemos que en su santo bautismo fué declarado por voz celestial por Hijo carísimo del Eterno Padre (*Mt.*, 3); mas tras este favor se siguió ser llevado al desierto a ser tentado del enemigo (*Mt.*, 4). No se engañe nadie ni se tenga por seguro, porque sea recreado del Señor con mercedes y consolaciones, ahora sean espirituales, ahora corporales. Menester es entender muy bien este negocio; y por no lo haber hecho así, han venido desastres no

(2) Colecta del Domingo 12 después de Pentecostés.

pequeños a muchos, que holgándose con lo próspero presente, dijeron lo que David (*Ps.*, 29): *Yo dije en mi abundancia: No seré movido para siempre.* Y como sucedió la tribulación, y no estaban apercibidos para ella, cayeron muy fácilmente, y perdieron lo que habían recibido; lo cual, o no se cobra, o se cobra con dificultad. Sepan todos que el lugar verdadero del gozo y descanso y prosperidades, el cielo es; y quien de estos bienes quisiere ser rico, sin temor de perderlos, desee ir allá, y procure de ir allá; mas este destierro es lugar de trabajos, es una trabada pelea (*Job*, 7, 1); es un mar de amargura y una tentación sobre la tierra; y cuando Dios da alguna consolación o prosperidad, no es para que el hombre goce de ella parando en ella, sino o porque no desmaye en las tribulaciones que tiene, o porque cobre fuerzas para vencer las que le quieren venir.

¿Para qué dan armas a un soldado, sino para que esté aparejado para la guerra? ¿Para qué dan de comer a un jumento, sino para echarle muy buena carga? Así, hermanos, pensad, y con estos mismos ojos mirad las mercedes que Dios os envía, que son o para esforzaros en la guerra que tenéis, o para avisaros que presto la habéis de tener. Porque Él es amigo de tener amigos probados, y no puede haber prueba sino con tribulación, ni pueden entrar en el cielo si no caminan por el desierto, ni celebrar Pascua de Resurrección si no pasan por Viernes Santo, que es día de Pasión.

### 3.—*Congojas de San José.*

Tornemos a nuestros Santos desposados, María y José. ¡Qué ricos, qué honrados, qué ensalzados en el acatamiento de Dios, ella con tal Hijo, y él con tal esposa, y con ser ayo del Hijo de Dios! Y tras esto viene que José vió a nuestra Señora estar encinta, por tener su seno crecido; de lo cual recibió tan grande alteración y tristeza entrañables, cual no se puede decir. ¡Oh bienaventurado varón, y de cuántas angustias es tu corazón combatido! ¡Y cómo Dios te ha lastimado en las mismas niñas de tus ojos, pues ves encinta a tu esposa, y nunca has llegado a ella, ni pensaste llegar; porque ella y tú entrambos tenéis hecho voto, de común consentimiento, de guardar virginidad por toda la vida! Estaba el santo varón como

fuera de sí, y por una parte viendo lo que veía, y por otra parte acordándose de la bondad de esta Virgen, y de las grandes señales que de sí daba para ser creída.

Sabía este santo varón que la mujer que tiene corazón deshonesto, tiene sus señales en lo de fuera, que dan testimonio de lo malo que tiene dentro de sí: pasos livianos, ojos altos, curiosos vestidos, holgarse de hablar o de oír cosas no castas, falta de devoción y de temor del Señor, amiga de regalos y de ociosidad, dejarse vencer de los deleites de gula, que son camino para vencerse de los deleites de carne, y así otras señales, que aunque la lengua de la tal mujer suene castidad, ellas como más verdaderas, por ser obras, declaran que hay deshonestidad; todas las cuales señales juntas y cada una por sí veía este glorioso Santo que faltaban en nuestra Señora, y que toda ella, y todas sus costumbres eran más contrarias a deshonestidad, que lo negro con lo blanco, y eran tan predicadoras de la limpieza virginal que en su corazón y cuerpo tenía, que daban de sí un olor como bálsamo, y eran como resplandor de aquella pureza más que angelical que en su persona tenía. Y cuando este santo varón se paraba a considerar las virtudes de ella, y su honestísima conversación, o cuando le miraba su virginal y honestísimo rostro, parecíale cosa imposible caber maldad en vaso de tan excelente bondad, y hacer traición a Dios y a su marido la que con tanta lealtad servía al uno y al otro; y por aquel rato huían las malas sospechas, y reprendíase de ellas; pedía en su corazón perdón a Dios y a su esposa, y descansaba y estaba contento.

Mas como era tiempo de tribulación y de prueba, y había determinado el Señor que este santo varón bebiese esta hiel y vinagre, tras este consuelo que recibía con estas buenas y verdaderas consideraciones, permitía que le viniesen otras contrarias a éstas, y dejábalo en su flaqueza para que fuese atormentado y fatigado con ellas. Así como cuando se paraba atentamente a considerar las virtudes y honestidad de su santa esposa se deshacía la sospecha que de lo contrario tenía, así cuando la veía encinta se le entraba la sospecha en el corazón, y desaparecían las otras consideraciones; y si no se escondían del todo, no tenían tanta fuerza, que librasen al Santo de angustia y sospecha; y así había pelea en su corazón entre unos

pensamientos y otros, diciendo unas veces: ¿Cómo es posible que María, mi esposa, de cuya bondad tanta experiencia tengo, haga traición? Y por otra parte, ¿cómo puede ser bien hecho estar encinta, y no de mí? Gemía, llamaba el socorro de Dios, y no se lo daba, porque se lo guardaba para el tiempo de la mayor necesidad; y entretanto ya veis lo que podía sentir, pues esta pasión de celos, concebidos aun con pequeña ocasión, atormenta sobre toda manera a los maridos; tanto que en el Viejo Testamento proveyó Dios de particular remedio para que el marido que tenía celos de su mujer, supiese si era culpado o no, y así descansase.

## 4.—*Castigo legal del adulterio.*

En el capítulo 5.º de los *Números* se lee que cuando este espíritu de celos trajese fatigado un hombre, que llevase su mujer al templo, y la presentase delante del sacerdote, diciendo cómo tenía celos de ella; y el sacerdote ofrecía sacrificio por ella, y luego escribía ciertas maldiciones, y lavábalas con agua, la cual agua había de beber, quisiese o no quisiese, y bebida el agua, decía el sacerdote: «Si tú no has hecho maldad a tu marido, estas maldiciones no te comprendan; mas si has sido adúltera, vengan sobre ti»; y ella respondía: «Amén, amén»; y así lo aceptaba Dios, que si estaba limpia de tal delito, ningún mal le sucedía; y si había adulterado, se le hinchaba luego el vientre, con otras claras señales, de lo cual venía a morir.

De aquí veréis cuánto atormenta esta sospecha a los maridos, y cuánto desagrada a Dios el adulterio de la mujer casada, pues para consuelo de los celos de él, y castigo del pecado de ella, daba Dios este remedio y manifiesta señal. Gravísimo pecado es delante de los ojos de Dios, y gravísima injuria hace la mujer a su marido, que siendo una cosa con él, se parte, y se hurta, y se entrega al que no lo es. Y así ninguna nación, por bárbara que sea, ha dejado este pecado sin castigo, por ser cosa impresa por instinto natural en los hombres pesarles mucho de que sus mujeres les hagan esta traición. Y por lo que ellos sienten cuando en esto les tocan, es mucha razón que se aparten con muy gran cuidado de hacer maldad con mujeres ajenas, pues entienden por lo que pasa por

ellos, o podría pasar, la grande injuria que al marido hacen, y grave dolor que le hacen pasar. Nadie tenga en poco este pecado; todos huyan de lo cometer; y no les parezca que, porque Dios no haya ordenado sacrificio para castigar al hombre adúltero como a la mujer adúltera, que por eso se deba atrever a cometerlo; porque aunque no lo castigue en los varones, mandando que los lleven al templo a examinar y manifestar su delito, mas no por eso le faltan otros muchos medios con que los castiga.

Atrevióse David, y siendo rey, a hacer maldad con la mujer ajena (2 *Reg.*, 1, 1); y aunque él procuró que su delito fuese secreto, mas no lo pudo esconder de los ojos de Dios, el cual manifestó en público lo que él había hecho en escondido, y le castigó con castigos terribles, entre los cuales fueron que su hijo Absalón se le alzase con el reino y persiguiese a su padre para le prender o matar; y cuando no lo pudo haber, mandó que le sacasen a la plaza diez mujeres que su padre tenía y debajo de unas cortinas, por hacer enojo a su padre, hizo maldad con todas diez mujeres (2 *Reg.*, 16, 22). Y cumplióse la amenaza que Dios le hizo diciendo (2 *Reg.*, 12, 12): *Tú pecaste en escondido, yo te castigaré en los ojos de este sol.* ¡Oh pecado gravísimo, que por ser tal, le parece a la divina Justicia ser término largo esperar a castigarlo en el otro mundo, y luego luego lo castiga en éste con diversos castigos, y algunas veces con que haya quien haga malas a las mujeres y a las hijas, como él hizo malas a la mujer e hijas ajenas! Y pues ésta es cosa tan aborrecible a Dios y castigada de Él, todos huyan de caer en ella, y de cosa que le parezca.

### 5.—*Contra los celos en el matrimonio.*

Y las mujeres casadas, pues tanto lastiman a sus maridos los celos, no se contenten con no hacer esta maldad, mas vivan con grande cuidado de no dar ocasión al marido para que tan amarga sospecha, y tal hiel y vinagre entre en su corazón, porque tan descuidada puede ser en dar estas ocasiones, que aunque no sea mala en pecado de deshonestidad, sea mala y peque contra la ley del matrimonio, que le obligó a no dar enojo ni turbación notable a su marido; y otra mayor que ésta no la puede dar.

Y también aviso a los maridos que no fácilmente reciban en su corazón este tirano, porque si de él se dejan vencer y llevar, vienen a grandes peligros de cuerpo y de ánima. Cierto, los celos son cosa que muchas veces el demonio procura, como cosa en que mucho gana, por ser muy dañosa a los que Dios juntó en el matrimonio. Hombres hay que ni pueden comer, ni beber, ni dormir, y se van cada día secando, y con la melancolía y tentación del demonio son tantas las sospechas que de sus mujeres tienen, y muchas veces sin causa ni ocasión, que les dan vida de galeras, y ellos la pasan peor. Hermano, ensanchad ese corazón, y entended que en ninguna manera podéis vivir en esta vida, sin que os fiéis de alguien. Porque si miráis a: «Puédenme engañar, puede ser que me acaezca esto», toda vuestra vida será una temerosa congoja; una estrechura de corazón que tanto os apriete, que os haga vivir una miserable vida, y aun hacer locuras con que se rían de vos. Claro está que saliendo de aquesta iglesia puede ser que alguno os esté aguardando y os mate, o que en el camino caiga una teja del tejado y os descalabre; mas por eso no habéis de dar lugar al temor, porque es temor loco, que nace de vuestra condición y melancolía, cuando lo tenéis sin haber justa causa para tenerlo. Y así os conviene, cuando no viéredes suficientes causas para pensar mal de vuestra mujer, tener vuestro corazón sosegado, y resistir a los vanos temores y sospechas que vuestra condición o el demonio os trae sin causa.

Si decís, ¿qué sé yo, si aunque mi mujer parece buena no lo es? Dígoos yo, que si por esta regla os habéis de regir, también podéis dudar si Fulano y Fulana son vuestros padres. Cuando viéredes, hermano, suficientes causas para sospechar mal, poned el remedio; y cuando no, ensanchad vuestro corazón, y fiad vuestros negocios de la bondad de nuestro Señor, y obedeced a su mandamiento (*Mt.*, 7), que *no queráis juzgar y no seréis juzgado*; y que tengáis por bueno al que no conocéis por malo; y no penséis que, porque vos por ventura habéis sido malo, también vuestra mujer lo es; o porque habéis conocido algunas mujeres ruines, penséis que todas lo son. Bondad tiene Dios para hacer buenos y santos, si ellos se disponen. Si vos lo hubiérades sido, y tratado con buenos, no os fuera tan difícil creer que vuestra mujer

era buena; porque ordinariamente por su corazón juzga al hombre el ajeno.

Esto que a los maridos se dice, tomadlo también las mujeres casadas, cuyos corazones, por ser más estrechos, están más aparejados a dejarse vencer de aquesta pasión. Y cuando en ellas cae es una cosa de lástima ver el tormento que ellas reciben, y que a su marido dan, como nos lo declara muy bien el Espíritu Santo, diciendo (*Eccli.*, 26): «La mujer celosa es dolor de corazón y lloro, y en ella hay azote de lengua que a todos se comunica.» Y así es verdad; que deshonra a su marido, y a las mujeres que la tienen culpa y que no se la tienen, quitando la fama a buenas mujeres sin mirar lo que dice, como fuera de seso con la pasión; mas no por eso dejará de pecar gravemente, así por la mucha pena que da a su marido, como por las malas palabras que dice de terceras personas. Grande lazo del demonio es éste, y cuanto es para él ganancioso, es perdidoso para los casados; es aflicción de ellos, perdición de su salud, dolor de corazón, tristeza continua, engaño del enemigo, y que quita la paz, que es la mejor joya del casamiento. Por lo cual con muy gran cuidado se deben guardar los casados de no dar causa ni ocasión para ello, ni admitir en su corazón semilla, de la cual nacen frutos tan perjudiciales para ánima y cuerpo.

### 6.—*Resolución de San José.*

Hémonos divertido de la historia de estos santos casados María y José, por la necesidad que tienen de aviso los otros casados; plegue al Señor que les aproveche. Tornémonos, pues, al lugar de donde salimos, que es la grande angustia que el Santo José tenía de ver encinta a su santa esposa sin haber él llegado a ella, y por otra parte considerando cómo podía caber tal maldad en vaso de bondad más que humano. Pensaba unas veces lo que la humana conjetura le declaraba por lo que veía, y otras decía entre sí: «¿Qué sé yo si Dios ha hecho alguna obra milagrosa de las que suele, sobre toda humana razón? Pues esta bendita mujer es dotada de tan excelente santidad, y por eso muy aparejada para que Dios haga en ella obras excelentes y maravillosas. Y si esto es así, yo no soy digno de estar en su compañía; y si no es así, yo no

la quiero infamar con acusarla para que la apedreen, ni llevarla al templo para que con el sacrificio de la Ley se examinase la verdad de aqueste negocio.»

«Y el medio más conveniente que en caso tan dudoso me conviene tomar es dejarla, e irme secretamente, porque nadie me pregunte el porqué; y así ni la infamaré, ni me pondré a peligro de morar con ella si no es buena, ni me atreveré a estar con ella si es tan santa, que Dios ha hecho en ella milagro de haber concebido, sin ser de mí ni de otro varón.» Esta fué la resolución del Santo José, con la cual, aunque hallaba camino para lo que había de hacer, mas no se mitigaba por esta vía su grande dolor, porque el grande y casto amor que a su esposa María tenía, infundido por Dios, y conservado y acrecentado con la conversación santa de Ella, le tenía el corazón tan hecho uno con Ella, que haberla de dejar era arrancársele las entrañas y partírsele el corazón; y así andaba lleno de dolor dentro de sí, y daba muestra de ello en el gesto de fuera; porque gran dolor o gran placer, mal se pueden disimular.

## 7.—*Tribulación de la Virgen María.*

En gran tribulación, cierto, puso Dios a este santo varón; mas no era menor la de la Virgen bendita, la cual, como por las señales que veía, entendía la turbación y causa de ella de su santo esposo, dolíale mucho el verlo penado como buena casada, y mucho más verse sospechada de cosa tan lejos y tan aborrecida de su corazón. Llamaba el socorro del cielo, suplicaba al Señor que remediase tant trabajo, y que si Él era servido que ella padeciese aquella infamia; estaba aparejada para lo hacer, y que no se quería tornar atrás de haberse ofrecido por *esclava* suya cuando concibió por Espíritu Santo, para servir en este negocio y en todos, ora fuese por buena fama, ora por mala, por vida o por muerte, por hiel o por miel; que ninguna cosa tendrá tan amada que no la pusiese debajo de los pies del Señor, y de muy buena gana, para que hiciese de ella su santo contentamiento. «No tengáis cuenta, Señor—decía la Virgen—, con mi tribulación o consolación; mas lo que os suplico es que no esté penado este santo varón por mi causa; y lo que sobre todo me duele, y cuyo remedio con todo mi

corazón os demando, es que, pues lo que tengo en mi seno es Hijo verdadero vuestro, cuya concepción fué por Espíritu Santo, y muy ajena de toda maldad, que no permitáis vos que cosa tan limpia y tan verdadera sea tenida por mala y fuera de ley, ni que el que es Hijo legítimo vuestro se piense ser hijo de hombre habido de mala parte.»

Oraba la Virgen, y muchas veces con grande angustia de corazón y abundancia grande de lágrimas, y el Señor callaba y dejaba padecer a estas dos tan santas personas; cada una de las cuales le podía decir con mucha verdad lo que está escrito (*Ps.*, 87): *Fuí ensalzado de Ti, y humillado y conturbado*; pues después de tales favores con que los había ensalzado sobre todos los cielos, los ha dejado en tal humillación, que lo uno es tormento de lo otro; y siendo llamado no responde.

### 8.—*Silencio de María.*

¡Mas quién fuera tan digno de poder entrar en aquella pobre y santa casita! Y cuando la Santísima Virgen estaba de rodillas en oración pidiendo con lágrimas remedio al Señor, se presentara delante de ella, hincadas las rodillas y con la reverencia que se debe a la que es verdadera Madre de Dios, le dijera: «Señora para siempre bendita: el remedio que deseáis, que buscáis y con tantas lágrimas pedís al Señor, en vuestras manos está, y no con muchas lágrimas, y no con mucho trabajo; pues con pocas palabras que digáis al Santo José, manifestándole el misterio grande que Dios ha obrado, dándoos a su Hijo verdadero para que haya sido engendrado de vos, no por obra de varón, sino del Espíritu Santo, él os dará crédito, por opinión de santidad que de vos tiene. Porque como sea esto verdad tan cierta, Dios le dará gracia para creerla, y él quedará sin pena, y vos y vuestro Hijo con mucha honra.» Y aunque no se tuviese por muy cierto que el Santo José lo había de creer, era cosa muy conveniente—pues pedido el remedio del cielo por vía de milagro, no venía—se tomase estotro humano, pues había conjeturas que aprovecharía; y en cosas de tanto riesgo, con que quiera (3) de esperanza, era bien tomar este medio.

---

(3) *Con que quiera:* con cualquiera manera.

Creo que respondiera la Virgen a quien esto le suplicaba lo que el Señor respondió a los hijos de Zebedeo (*Mt.*, 20): *No sabéis lo que pedís*: (*Mt.*, 16, 23): *sabéis las cosas de hombres, y no las de Dios.* Atribúleme el Señor todo lo que fuere servido, que de mi boca no saldrá misterio tan alto, así por *guardar el secreto del sacramento de tan alto Rey* (*Tob.*, 12), como por no decir cosa de que nadie pueda tomar ocasión de pensar que hay en mí tal santidad para que Dios haga conmigo cosa tan señalada, cual nunca en el mundo ha acaecido ni acaecerá. Obra suya es; y aunque yo sea *esclava,* Hijo suyo es el que he concebido: no es posible que Él olvide cosa que toque a su Hijo ni a mí, por ser esclava suya. Y pues Él reveló a Santa Isabel lo que el ángel me había dicho en secreto, y quién era el que estaba encerrado en mi vientre, y que ella y el niño que tenía en su vientre lo adorasen, Él pondrá remedio en este trabajo, y declarará esta verdad al Santo José, pues hay más necesidad que la sepa él que los otros (4). Y aunque dilate el remedio, es por probar nuestra paciencia y confianza, la cual tengo muy firme en Él, que sin que yo diga cosa que toque en mi alabanza, Él la dará a entender por la vía que Él sabe; mas mi oficio será callar, sufrir y esperar en su misericordia.

¡Oh Virgen para siempre bendita, cuán verdaderamente estáis enseñada de Dios! ¡Y con cuánta razón con vuesto ejemplo podremos acusarnos y reprendernos! Pues vos tenéis tanto peso de discreción, humildad y temor del Señor, que en tiempo de tanta necesidad calláis las mercedes, y tales mercedes de Dios; y nosotros, como vasos pequeños, que quiera que Dios nos dé a sentir, luego nos henchimos y rehenchimos, y el espíritu de la liviandad nos hace bosarlo (5) por la boca, y tras el parlarlo viene el perderlo por justo juicio de Dios.

### 9.—*Mi secreto, para mí.*

Y de San Pablo leemos que contó algunas mercedes particulares que Dios le había hecho, mas concurrían dos cosas: una el estar tan ajeno y tan lejos

(4) *Los otros:* nosotros (1596).
(5) *Bosarlo*: echarlo (rebosarlo) (antic.).

de tomar gloria vana, que su gloria era ser deshonrado y estimado por escoria de aqueste mundo; y la otra era decir aquellas cosas, porque la doctrina de Jesucristo que predicaba corría riesgo de no ser creída, si él no contara cómo Dios lo había hecho su Apóstol, y otras particulares mercedes, y el mucho trabajo que había pasado, y lealtad que había guardado en la predicación del santo Evangelio, no buscando en esto su honra, antes protestando muchas veces que lo decía forzado para que creyesen su doctrina y glorificasen a Dios, y no fuesen engañados de falsos predicadores. Esto muy bien hecho era. Y si vos me dais un corazón fundado en verdadera humildad, y que tenga por azote que mucho le duela el ser estimado, y tenga por deleite el ser despreciado, y concurra necesidad de remediar el peligro ajeno, o de pedir el consejo para que el demonio no le engañe *transfigurándose en ángel de luz* (2 *Cor.*, 11, 14), como muchas veces lo hace, en tal caso bien hecho es el declarar las mercedes de Dios, como lo hizo San Pablo.

Mas qué tienen que ver con esto los fervores de los que comienzan a servir a Dios, que movidos con liviandad—que llaman ellos deseos de aprovechar a otros—, tienen una comezón en la lengua por decir lo que sienten, y hacerse predicadores antes de tiempo; y para autorizar lo que dicen cuentan alguna merced particular que el Señor les ha hecho, y como tienen poco caudal, y lo echan fuera de su corazón, quédanse pobres, y pensando aprovechar a los otros, dáñanse a sí mismos, y después de la pérdida entienden su yerro, y no todas veces pueden cobrar lo perdido, y gimen porque no cumplieron lo que dice Isaías (24): *El secreto mío para mí,* y por experiencia conocen que quiere el Señor, que como la mujer casada debe guardar secreto a su marido de lo que pasa a solas con ella, así quiere que el ánima le guarde secreto de las particulares mercedes que de su mano recibe, si no fuere con las condiciones ya dichas.

Y aunque hay algunas personas de voluntad tan sana y tan sencilla, que aunque cuenten estas cosas, no sienten que el Señor se enoja ni les quita las mercedes que en secreto les hace, todavía la verdadera humildad pide y desea esconder la dádiva, y enmudece la lengua para que no diga cosa por la cual pueda el hombre ser en algo estimado. Para entender esto así, nos debe bastar el ejemplo de esta Santísima Vir-

gen, que como más humilde que todos, aborrecía en gran manera que por su boca saliese cosa por la cual pudiese ser estimada. Y aunque se vió en trance de tanto peligro, suplicó al Señor que, pues es todopoderoso, lo remediase por otra vía, y no le mandase decir a ella mercedes tan particulares que de su mano había recibido. Verdad es que después de subido el Señor al cielo, y después de haber predicado los sagrados Apóstoles la verdad del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, declararon a todos que aunque había consentido de haber sido estimado por hijo de José, no lo era sino de sólo el Padre Eterno, que en cuanto Dios le engendró, y en cuanto hombre, de la bendita Virgen María, que sólo le engendró por Espíritu Santo. Entonces, como cosa ya sabida y manifiesta, Ella declaró a los Apóstoles, especialmente al evangelista San Lucas, muchas particularidades de la santa Encarnación, y otros muchos misterios que Ella sabía; y aun esto no lo osara Ella decir por su gran humildad, si no fuera particularmente mandada e inspirada por Espíritu Santo, cuya obediencia se debe preferir a la humildad, pues en faltando ésta, deja de ser virtud y se torna soberbia.

### 10.—*Revelación a San José.*

Y tornando al propósito, padecía San José, y padecía la Santísima Virgen; llamaban entrambos a Dios. y dilataba el Señor el socorro para que ellos más mereciesen con la paciencia, y nosotros más nos aprovechásemos de tales ejemplos, pues sabía el Señor que nos habíamos de ver en tribulaciones. ¡Mas, oh Señor, y con cuánta razón debe tener paciencia el atribulado que invoca tu divina misericordia, y debe esperarla, aunque más y más se dilaten, pues que ni tienes corazón duro para dejar de sentir los trabajos de los tuyos, ni orejas sordas para dejar de oír sus gemidos y ruegos muy grandes! Muy gran verdad es lo que de ti, Señor, está escrito (*Ps.*, 9): *Esperen en Ti los que conocieron tu nombre, porque no has desamparado a los que te buscan.* Y porque la tardanza del remedio, que a muchos flacos es causa de desconfianza, no nos derribe, mandaste, Señor, darnos aviso contra este desmayo tan perjudicial, y mandaste que nos fuese de tu

parte dicho (*Habac.*, 3): *Si el Señor se tardare, espéralo; que viniendo vendrá, y no tardará.*

Llamaron al Señor en su tribulación nuestra Señora y José; y cuando estaban ellos más apretados, envíales el Señor su socorro, según su acostumbrada misericordia. Y estando José durmiendo, apareciòle un ángel de Dios, el cual se cree piadosamente ser San Gabriel, pues era negocio que tocaba a la Encarnación del Hijo de Dios, que a él había sido encomendado, y dícele al Santo José: *José, hijo de David, no temas de tomar a María tu mujer, porque lo que ha nacido en ella de Espíritu Santo es; y parirá un hijo, y llamarle has por nombre Jesús, porque Él hará salvo a su pueblo de los pecados de ellos.* Esto le dijo, y con tanta claridad, que el Santo José fué tan certificado de aquella verdad, que ninguna duda le quedó, chica ni grande, ni más tinieblas en su corazón; porque todo aquello huyó con el resplandor de la luz celestial, que mediante la habla del ángel del Señor obró a su entendimiento; como hacía a los santos Profetas, que les daba lumbre evidente de que aquello que les decía era verdad y no engaño.

No es impedimento para esta certidumbre acaecer esto durmiendo, pues ha dicho el mismo Dios (*Num.*, 12, 6) que *también aparece a sus Profetas durmiendo como velando.* Y así también se escribe en el libro de Job (33). Y así también lo experimentamos, pues hay muchas personas a quien acaece acostarse con ruines propósitos, y estar en mala vida, y tan mala, que a morirse durmiendo, fuera el infierno su sepultura; y es tanta la misericordia de Dios que, o por cosas que ven entre sueños, o por palabras que les son dichas, recuerdan los ojos llenos de lágrimas, y el corazón todo mudado, con entrañable arrepentimiento de sus pecados y propósito de hacer penitencia; y el haberla hecho, y el vivir bien, ha sido señal que fué de Dios lo que en el sueño les acaeció. Y si con éstos, que con tan mala conciencia se echaron a dormir, Dios obra su misericordia, dándoles tales avisos, no es mucho que creamos que hace sus misericordias con los que le sirven, declarándoles entre sueños lo que les cumple, consolándolos en sus trabajos, avisándoles de los peligros, y mil maneras de cosas que caben en su infinita bondad. Y estas cosas, cuando son de Dios, traen una satisfacción particular al ánima, y tienen una particular diferencia de los sueños que no son de Dios,

como la bienaventurada Santa Mónica decía a su hijo San Agustín que los sentía.

Mas porque puede haber en estas cosas—y muchas veces lo hay—engaño del mal ángel, y vanidad de nuestra cabeza, y obra de nuestros humores, o cosas de aquesta manera, no se debe de fiar la tal persona de cosas de sueños, sin lo comunicar con persona que le pueda dar claridad, pues aun en lo que nos acaece velando, que tiene más certidumbre, es peligroso el propio juicio, y seguro el ajeno.

San José bienaventurado no tuvo que consultar al hombre sobre su sueño, pues fué tan clara la revelación y tan llena de lumbre, que ni preguntó si era ángel de Dios o no, como Gedeón (*Jud.*, 6), ni lo dejó de conocer como los padres de Sansón (*Jud.*, 13), ni dudó como Zacarías (*Lc.*, 1), ni pidió señal como Gedeón.

## 11.—*Gozo de la Virgen y San José.*

No dudó, ni pudo dudar, por la grande evidencia de la revelación; mas recuerda tan alegre, y más que antes estaba penado, y con corazón tierno da muchas gracias a Dios porque le había librado de la huída que quería hacer, y conócese por muy indigno de haberle Dios hecho ayo de su Hijo, y esposo de la Madre de Él; y entrañablemente le dolía de no la haber conocido, y del haber sospechado, y pidiendo de ello perdón a Dios, se fué a lo pedir a la Virgen. Y mirándola ya con ojos alumbrados por lumbre del cielo, parecíale tan alta—como en la verdad lo es—, que ni se tenía por digno de estar delante de ella, y en una casa con ella; y arrojado a sus pies, regaba la tierra con lágrimas pidiendo perdón; y la Virgen se arrojó a los pies de él, rogándole se levantase, y esforzase a servir a Dios en el negocio que le había encomendado.

Reventábale al Santo José el corazón de ver tanta humildad, tanta caridad y tanta virtud en aquella Señora que por esposa le había sido dada. Y cuando consideraba que era Madre de Dios, agotábasele el juicio, salía de sí con admiración, y el corazón no le cabía en el cuerpo, y la ternura y lágrimas no le dejaban hablar, y daba alabanzas a Dios, que lo ha tomado por marido de la Virgen, y ofrecíasele por es-

clavo. Y pues San Juan Bautista, encerrado en el vientre de su madre, conoció y adoró al Hijo de Dios humanado, que estaba escondido en el virginal vientre de nuestra Señora, ¿con qué reverencia, humildad y amor adoraría el Santo José al bendito Niño Jesús, siendo informado que estaba en el vientre de nuestra Señora? ¿Cuán rico, cuán gozoso estaba el santo varón con verse diputado para servir a tal Hijo y tal Madre? ¿Y por cuán digno se tenía, y cuán chiquito se parecía para servir a tales Señores? Y como tal, pedía con grande instancia particular lumbre, prudencia y diligencia, y todas aquellas virtudes que, para conversar con Dios hecho hombre y con su Madre bendita, Dios sabía que había menester. En grande tribulación había estado; mas sin comparación fué mayor esto dulce que lo otro fué amargo. Y aunque cada vez que pensaba en aquesta merced era su gozo y agradecimiento muy grande, mas como esta vez fué la primera que tal nueva supo, y como vino sobre tribulación, que es salsa para que la prosperidad sea más sabrosa, y juntábase a esto la consolación que la Virgen tenía, de ver consolado a su esposo, [fueron muchas] las gracias tan agraciadas y alegres que daba a Dios porque después de tal tempestad había traído tal bonanza en la mar de sus corazones.

Resultaba de todo esto tanto gozo y admiración en el corazón del Santo José, que no sabía qué hacer ni decir, sino rogar a los ángeles y suplicar a la Virgen su esposa que diesen por Él alabanzas a Dios, y le alcanzasen gracia para conocer y agradecer tales mercedes, que sobrepujaban a su merecimiento. Consolábalo en este temor la sacratísima Virgen María, ofreciéndole sus oraciones, y persuadiéndole a que tuviésen entrambos confianza en la misericordia de Dios, que pues por su sola bondad los eligió para el servicio de su Hijo, les daría gracia para bien lo hacer, de manera que fuese Él glorificado y amado. Contó el uno al otro el dulce nombre de Jesús que el ángel les había dicho que pusiesen al Niño después de nacido; y fué muy particular gozo entre ellos de oír nombre tan excelente y consolativo como es *Jesús*, que quiere decir *Salvador*, y como el ángel dijo, Salvador de pecados. Y así creo que el Santo José, por gozar del bien de este nombre, se arrojó en el suelo suplicando al Niño Jesús le perdonase sus pecados, y diese gracia para no le ofender. La Virgen su esposa no pidió per-

dón, porque no pecó; mas conociendo que, por los méritos del Niño Jesús, Ella había sido libre de todo pecado, hízole reverencia, y dióle entrañables gracias, como si le hubiera perdonado todos los pecados que Ella hubiera hecho si Dios no la hubiera guardado. Este fin tienen los trabajos en que Dios pone, trocándolos en doblado placer: y así se acaba el santo Evangelio.

### 12.—*Causas de este matrimonio de parte de la Virgen.*

*Cum esset desponsata Mater Jesu, Maria, Joseph.* El ser desposada la Virgen, y para quedarse siempre Virgen, como se quedó, pone admiración, y da ocasión de inquirir qué fué lo que en esto pretendió nuestro Señor; pues sus obras, y especialmente las que obró con su santísima Madre, todas son llenas de profunda sabiduría, aunque muchas veces oculta. Mas aunque el mismo negocio por sí nos convida a inquirir las causas del desposorio de la santa Virgen, el convenir esto para rastrear algunas de las grandes virtudes y mercedes que Dios hizo a este santo varón José nos obliga, pues estamos en su día, a hablar de las causas de este santísimo desposorio, porque de allí resultará el conocimiento de la grandeza de este santo varón, que mereció ser el desposado de tan alto matrimonio y esposo de tan bienaventurada y alta Señora.

#### A) *Por lo que importaba su buen nombre.*

Muchas causas ponen los Santos por las cuales convino ser desposada la sacratísima Virgen María, así por lo que a Ella tocaba, como por lo que tocaba a su Hijo bendito. Y también para nuestro provecho convino que aquella que tan limpia y agradable era en los ojos de Dios, y que estando en la tierra, subía el olor de sus virtudes y santidad hasta la alteza del cielo, y como precioso bálsamo henchía de olor toda la corte del cielo, y deleitaba al Rey que estaba en su cama (*Cant.*, 1); ésta tan olorosa delante de Dios y sus ángeles, no convenía que tuviese fama que oliese mal delante de los hombres, pues que *del buen nombre*, especialmente la buena mujer, *debía tener cuidado*, como la Escritura lo manda (*Eccli.*, 7), de tener buena fama; no por medios vanos ni fingimientos de hipo-

cresía, mas porque con la verdad de la buena vida cobre buena fama, como la lumbre que sale del sol. Y esto, no porque con la buena vida busquemos la alabanza de los hombres, porque sería gran vanidad dejar de obrar por el contentamiento de Dios, y por su eterno galardón, y abatirnos a querer por paga de nuestras buenas obras el humo de las alabanzas humanas que de tan poco tomo es y tan poco dura.

Nunca Dios quiera que pierda el cristiano sus buenos trabajos, ni que oiga aquella justa sentencia que el Señor dará contra los vanagloriosos (*Mt.*, 6): *En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.* Muy hollada tiene el buen cristiano esta vanidad; muy lejos está de aqueste engaño; porque los ojos que miran a Dios, y le conocen por galardón de las buenas obras y buenos trabajos. no sólo no se ceban del pago que puedan dar todos los hombres, mas aun se desdeñan de pensar en ello, pareciéndoles que hacen injuria al que es galardón eterno, si mirasen en cosa tan poca. Lo que les mueve a *tener cuidado de su buena fama* es desear que Dios sea glorificado, y entender, como San Agustín dice, «que como el cristiano ha menester la buena conciencia para su provecho, ha menester la buena fama para el provecho del prójimo».

Y especialmente conviene tener este cuidado todo cristiano en lo que toca a ser tenido por hombre católico. según se lee de un santo viejo ermitaño, hombre de muy grande paciencia en sufrir injurias, y como a tal le fueron ciertas personas a probar, y le dijeron que decían de él muchas faltas y males; y callando él a todo aquello, añadieron los otros diciendo: «También dicen de ti que eres hereje.» Y entonces él, que a todo había callado, a sólo esto respondió diciendo: «No soy.» Y preguntado por qué había callado a los otros males y a éste no, pues ni tenía unos ni otros, respondió que en las otras cosas puede el hombre callar por ejercicio de la paciencia, y que en ésta no, por tocar tanto a la honra de Dios. Con lo cual concuerda San Jerónimo: No quiero que en infamia de herejía sea nadie paciente; quiere decir, que no deje de responder por su verdad y su fe, y probar que sea conocido por cristiano católico.

Este ha de ser el principal cuidado de varones y mujeres en lo que toca a la fama, y tras esto en lugar mucho cercano han de tener las personas dedicadas a Dios que profesan castidad, varones y mu-

jeres, y generalmente todas las mujeres, cuidado muy particular de que su fama tenga en esta parte tan buen olor, que ninguna mezcla tenga de malo. Ni se excuse nadie con decir: «No tengo culpa, no se me da nada que digan de mí», porque, como dicen los Santos, esto muchas veces toman las mujeres ruines por ocasión para ser malas; y aunque no lo sean, en escandalizar a los prójimos y despreciar la buena fama son culpables. Y como dice la Santa Escritura (*Prov.*, 15): *El que menosprecia su fama, cruel es.* Y aunque nadie debe fácilmente creer las muchas cosas que se suelen decir de las tales personas, pues muchas veces son testimonios muy falsos, mas pocas veces acaece que aquestas cosas se digan sin preceder alguna culpa, o a lo menos alguna inadvertencia, en la cual las tales personas no miran, y los otros sí. Por lo cual conviene que haya tan grande cuidado y recato en quitar conversaciones, y en toda la más compostura de dentro y de fuera, que por mal ojo que uno tenga, no se atreva a juzgar mal; y si se atreviere a lo decir, sea tanto el buen crédito de la otra persona, que él no halle crédito para su maldad; según San Jerónimo cuenta de una doncella llamada Asela, que por sólo la bondad de su vida mereció que en la ciudad de Roma, donde tantas pompas hay, en la cual ser humilde es tenido por miseria, los buenos digan bien de ella y los malos no osen murmurar de ella.

Y porque el Señor amaba muy particularmente a su sacratísima Madre, y había determinado de nacer de Ella, no quiso que anduviese en boca de hombres que tenía hijo sin tener marido; y quiso más que le estimasen a Él por hijo de un hombre bajo, siendo Hijo del Eterno Padre, que no tocasen la fama de su sacratísima Madre. Porque como San Ambrosio dice, «sabe el Señor que la fama de las doncellas es muy delicada; y por eso, si no es muy guardada, se puede, con cualquier vientecico y ocasión fácilmente ennegrecer y perder». Y en ninguna manera convenía que las mujeres descuidadas en mirar por su fama pudiesen excusar y solapar su poco recato con decir: «No es mucho que digan de mí, pues dijeron de la Madre de Dios.» Lejos vaya tal excusa. No hallaréis en la Virgen bendita sombra para cobijar vuestros yerros.

Perfectísimo dechado de toda virtud y de toda lim-

pieza la ha hecho Dios, y que sea mayor que la de los angeles la que en su ánima tiene: y echase de sí su conversación exterior resplandecientes rayos de tanta honestidad, que ningún hombre otra cosa pensase, ni hablase de ella sino mucho bien y alabanzas, cumpliéndose en Ella muy por entero lo que le dijo el arcángel San Gabriel (*Lc.*, 1): *Bendita eres tú entre todas las mujeres.* Porque no sólo fué bendita de Dios, mas bendita de los hombres y de las mujeres; porque todos la estimaban por persona llena de santidad, y hablaban bien de Ella, dando gloria a Dios por las buenas obras que le veían hacer. Y así está dicho en su persona (*Eccli.*, 24): *Yo como terebinto extendí mis ramas, y mis ramos son de honra y de gracia; y soy como vid que he fructificado suavidad de olor, y mis flores son fruto de honra y de honestidad.* Compárase esta Virgen sagrada al terebinto y a la vid, porque estaba dentro de sí llena de fruto, y salían de Ella ramos de buenos ejemplos, dignos de honra y de suave olor, y de toda la honestidad, hecha perfectísimo dechado de toda limpieza y buena fama, con la cual se gocen las buenas mujeres que la imitaren, y sean reprendidas, y no defendidas, las descuidadas en mirar por sí.

B) *Para que en San José tuviese guarda.*

Mucho hay que admirar de la providencia y consejo de Dios en dar al Santo José por guarda y amparo de *la fama* de la sacratísima Virgen nuestra Señora, pudiendo Él guardarla por otras muchas maneras; mas mucho más hay que admirar de otra segunda causa, por la cual Dios se lo dió por esposo; conviene a saber, para que fuese el Santo José *guarda* de la misma persona y castidad de la sacratísima Virgen nuestra Señora. De guarda se dice que proveyó el Señor cuando desde la cruz mandó a San Juan (19) que tuviese cuidado de la bendita Virgen María; y en guarda fué dado el Santo José a la misma Virgen bendita, pues fué dado por marido suyo. ¡Quién no se admirará de la alteza de tal consejo! ¡Encomendar la guarda a un hombre, de una cosa tan particularmente metida en el corazón del Señor, y guardada de Él! Si la Virgen bendita fuera de aquellas de quien la Escritura dice (*Eccli.*, 7, 26): *En tu hija pon mu-*

*cha guarda,* y en otra parte (*Eccli.*, 42) dice lo mismo de la hija que es deshonesta, parece que fuera conforme a razón dar hombre que guardase la castidad de la mujer que estaba en peligro. Mas si esta Virgen bendita no era inadvertida, sino velaba sobre sí mucho mejor que Isaías (26) y Habacuc (2), cuando cada uno de ellos decía: *Yo estoy en vela sobre mí*; y si el Señor guarda las ánimas de sus santos, como dice David (*Ps.*, 96), y si el Señor dijo a Abraham (*Gen.*, 15): *Yo seré tu guarda dondequiera que fueres*; y si tiene Dios *puestos sus ojos y corazón en esta Virgen bendita* muy mejor que en el templo de Salomón, pues él figuraba a Ella (3 *Reg.*, 9), y está el Señor tan atento a guardar esta su casa y ciudad, que ni se duerme ni se descuida un solo punto, porque la estima en más que toda criatura en tierra y cielo; muy sobrada parece la guarda del hombre para quien es tan guardada de Dios, que con mucha más razón se puede llamar Samaria, que quiere decir *guarda de Dios,* pues está mejor guardada por la Providencia divina, para que *ni le haga mal el sol de día, ni la luna de noche* (*Ps.*, 120), que la provincia de Samaria, que se llama *guarda de Dios* por tener a una parte la tierra de Judea, y a la otra la de Galilea, por las cuales partes acostumbraban a venir los enemigos. Y con todo esto, y con ser esta Virgen bendita *aquella cama del rey Salomón,* cercada de *sesenta caballeros fuertes y muy diestros en la guerra* para que la guardasen (*Cant.*, 3), que son la muchedumbre de angeles que Dios diputó para guarda de Ella, especialmente después que el verdadero *pacífico,* Jesucristo nuestro Señor, se reclinó en ella, haciéndose hombre en sus entrañas, no obstante la guarda de Dios y de tantos ángeles, y la que Ella tenía sobre sí, le da el Señor otra guarda, que es el Santo José. ¿Quién no se maravillará de la divina Providencia, que quiere tener compañeros en lo que Ella sola puede hacer, y quiere honrar a sus criaturas haciendo medio a unas, para que otras se lleguen a Él? Y lo que es mucho de maravillar, es que ayude y guarde el menor al mayor, y el menos bueno al más bueno, y que haya ovejas que, en la gracia y gloria, estén más altas que sus pastores y guardas.

Mas a todo esto deseamos saber de vos, Virgen benditísima, si estáis sentida, u os tenéis por afrentada de que siendo vos tan limpísima, y muy bastante para guardar a los otros, os pongan guarda a vos, y guarda

de ángeles y de hombre, siendo vos más limpia que todos ellos. ¡Oh limpia sobre todos los limpios, y humilde sobre todos los humildes! Y por eso más limpia, porque más humilde. Que no sois vos, Señora, de aquellas, llenas de presunción, y llenas de flaqueza, que se tienen por tan castas, que se llaman agraviadas si alguno les avisa o les pone guarda en cosa que toque a su honestidad y castidad, dejándolas, como a otro Nabucodonosor (*Dan.*, 4), comer manjares de bestias, que son deleites carnales; y conocen las miserables, aunque tarde y muy a su costa, que ni la castidad, ni la fe, ni otra virtud, se hereda de los pasados, ni se puede alcanzar ni conservar por las propias fuerzas, si aquel Señor, *de quien desciende toda dádiva buena y don perfecto* (*Jac.*, 1), no la da y no la conserva.

Y para que Él esto haga conviene que seamos humildes; pues a éstos da y conserva su gracia; y el humilde ninguna cosa confía de sí; y como San Bernardo dice: «La virgen que de verdad lo es, aun lo seguro teme, y como persona que conoce su propia flaqueza, y entiende que ha menester ajena ayuda para que Dios le dé la suya, no sólo no se tiene por agraviada de que le avisen y guarden, mas ella lo ruega cuando no lo tiene, y lo agradece mucho cuando se lo dan; y aun con todo esto no se asegura, temiendo su propia flaqueza, no le haga perder la castidad muy amada.»

Y esto pretenden los santos Concilios cuando mandan a los Obispos que tengan en el aposento donde duermen, varones religiosos y honestos que sean testigos y guarda de su castidad. Y así se lee de San Luis, hijo del rey de Sicilia, fraile menor, y Obispo de Tolosa, que tenía siempre dos religiosos consigo para este efecto. Y costumbre es de mujeres principales nunca estar solas, si no es con su propio marido; mas siempre acompañadas de mujeres, o mujer de madura edad, clara fama y antigua virtud. Y San Jerónimo dice a Santa Paula, que enseñe a su hija que nunca se aparte del lado de su madre, y que tiemble de estar sola sin ella.

Saludable consejo, especialmente para todo varón religioso y mujer religiosa, y especialmente doncellas, nunca estar a solas con hombre, sino con su confesor, y esto en el confesonario. Y quien fiare tanto de sí, que le pareciere no haber menester guarda de otros,

entienda que aunque no haya caído de aquella virtud, está caída en la miserable soberbia, en la cual, como dice David (*Ps.*, 35), *cayeron todos los que obran maldad.* Porque según es escrito (*Prov.*, 16), *antes del ensalzamiento precede humildad, y antes de la caída precede soberbia.* Y así entienda el hombre que aquello de que se ensoberbece, presto se lo quitará Dios; y el tiempo que lo tiene le aprovechará muy poco; porque la soberbia o quita los bienes o los hace poseer sin provecho.

Miremos todos a la excelente humildad de la limpísima Virgen María, que con tantas prendas de seguridad, recibe—y con hacimiento de gracias—la guarda que el Señor le dió; y entendamos que aunque el Señor tenía tan particular amor a su benditísima Madre, que bastaba a guardarla sin guarda de ángeles y guarda de hombres, quiso darle ángeles invisibles. y hombre visible, para que en casa y en caminos y en pueblo estuviese acompañada, y muy en seguro su fama y su castidad. Y de aquí se entienda, que pues quiso dar guarda a su Madre, ninguna mujer le agradará con presumir que ella sola se puede guardar; y que le desagradará mucho la que no buscare quien le avise y ayude a su castidad, y mucho más la que no agradeciere y se aprovechare de la guarda que tiene. Y si se agravia de tenerla, y responde mal y la desprecia, no hallaremos nombre para declarar tanto mal; mas el juicio de Dios y el quitar su amparo dará a entender lo que es.

### C) *Para que viviese en obediencia.*

El querer Dios que su Madre bendita fuese casada con hombre, habiéndola tomado Dios Padre por limpísima esposa, y haber de guardar perfecta virginidad en el casamiento, fué tan grande obra que [no] nos habemos de maravillar de que obra tan grande haya tenido grandes y muchas causas, y excelentes efectos; y allende de las que se han dicho, hay otra, y no de pequeña consideración. Ama el Señor a la Virgen; y deseamos dar contentamiento a quien amamos; y casóla Dios, por condescender a los deseos y peticiones de esta Virgen bendita. Mas ¿quién será tan atrevido, que ose hablar de los deseos de aquel virginal corazón, dotado de tanta profundidad y alteza de santidad, que sólo Aquel que tal la hizo, es el solo que la

puede comprender? Puede la Virgen decir con mucha razón, que (*Is.*, 55, 9) *así como los cielos son ensalzados sobre la tierra, son los caminos de su corazón muy mucho más altos que los nuestros.* ¿Qué podremos alcanzar a decir de un corazón más alto en santidad que los serafines, los que somos de corazones bajos, y aficionados a los deseos de carne, o a humos de honra, o al engaño de las riquezas, pues ordinariamente por su corazón saca el hombre el ajeno? No piense nadie, no, que los secretos de aquel virginal corazón, y el trato que con Dios tenía, sus deseos y suspiros, eran de tan poco tomo, que nuestra pequeñez los puede alcanzar. *¿Por ventura has entrado tú en los tesoros de la nieve?*, dijo el Señor a Job (38), para humillarle la presunción que parecía tener de su sabiduría. Y cierto, puso Dios mayores tesoros y más escondidos en aquel virginal corazón, más alto que el cielo, que en la nieve que se engendra debajo del cielo. No hay quien escudriñe el abismo del mar, ni nosotros presumamos de querer comprender cosa tan escondida; mas por conjeturas rastreemos algo de lo que cumple a la presente materia.

Escrito está (*Ps.*, 11, 10, 17), *que el deseo de los pobres oye Dios y el aparejo de su corazón oyó su oreja.* Y *pobre* se llama en la Escritura el que es humilde, porque ninguna cosa tiene en sí en que se arrime ni en que confíe, y toda su riqueza tiene puesta en la misericordia de Dios, y su oficio es pedirle y ser mendigo a las puertas de su misericordia. Y como sea cosa cierta haber sido la Virgen la más humilde de todas las criaturas puras que Dios crió, tenía deseos muy grandes, conforme a la grandeza de su humildad. No desea cosas grandes el que desea la honra, ni el mandar a otros; humo es, vanidad es, y cosa que a Lucifer hizo de ángel demonio (*Apoc.*, 12); aborreció la obediencia de Dios, y el humillarse a sus criaturas; deseó no ser mandado de nadie, y mandar él a todos; y esto es ponzoña tan poderosa, que lo derribó hasta el profundo de los infiernos, donde es el más bajo y más malaventurado que todos, el que deseó ser más excelente que todos. Sabía la Virgen bendita, como enseñada de Dios, cuánto desagrada a sus ojos la hinchada soberbia, y cuanto le agrada la sujeción y humildad, no solamente humillándose a Dios y sirviéndole, mas también sujetándose a los hombres por Dios. Y lo que su Hijo bendito y Señor nuestro pre-

dicó e hizo cuando grande en el mundo, se lo predicó a Ella por Espíritu Santo aun antes que fuese concebido de ella; y aquel espíritu de humildad que al Señor movió de lavar a sus discípulos los pies, que obra tanto en los corazones de los que le aman, que por honra de Él y por imitar tal ejemplo, como Él lo mandó (*Jn.*, 13), aborrecen de corazón los lugares más altos y el mandar a otros, y tienen por una muy cumplida riqueza y por gran deleite y encumbrada honra la sujeción y obediencia, no sólo a Dios, mas a todos los hombres, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 1), y aun esto les parece poco, porque mirando aquella inestimable humildad con que el Altísimo se derribó a oficio de siervo lavando los pies a personas tan bajas, paréceles que el bajarse ellos a servir y obedecer a los hombres es poca baja, y desean ser sujetos aun a las criaturas menores, y con todo cuanto pueden abajarse y desean, no piensan que hacen nada, en comparación de tan soberano ejemplo de humildad como el Señor Altísimo dió a sus siervos. Pues si esta pequeña participación del espíritu humilde de Cristo, tan amadores de sujeción y humildad hace a los suyos donde Él mora, ¿qué pensáis que obraría en el santísimo Corazón de la Virgen, pues que le fué dado en mayor abundancia, y el vaso en que se recibió fué más aparejado, y mayor sin comparación que los otros?

Mucho, Virgen Santísima, os ensalzó el Señor, y gran motivo fué para haceros mercedes el tomaros por Madre, porque conforme a la alteza de tal dignidad, había de ser la abundancia de las gracias y dones, para dignamente recibirla y usar de ella. Y así como nadie hay que tan cercana sea en la carne al Hijo de Dios como vos, pues por ser Hijo y Madre, sois una carne, así no hay persona en quien tan espiritual parentesco y unión de corazones y unidad de espíritu haya, como entre Vos y Él. En el cuerpo y en el rostro dicen algunos que se parecía la Virgen y su Hijo bendito, y que pudieran sacar al uno por el otro; mas sin ninguna comparación era mayor la semejanza en los espíritus, y el uno era imagen del otro. El Señor era toda la hermosura de la santidad junta, y cada uno de los Santos tiene parte de la semejanza de Él, conforme a los grados de la santidad de cada uno que del Señor recibió. Mas la más semejable a Él, la Virgen bendita es, pues, como San Jerónimo dice: «A los otros Santos se da la gracia por partes, mas a la

Virgen se derrama toda la plenitud de la gracia divina.»

Pues siendo esto así, oh Virgen bendita, ¿quién tendrá ojos para poder mirar en hito el muy resplandeciente sol de vuestra humildad, tan cercana a la de vuestro Hijò bendito, el cual dice que vino *a servir y no a ser servido* (*Mt.*, 20), y fué obediente a su Padre, y por su amor se sujetó a los hombres; y su prin cipal cuidado fué tener humildad, para destruir en los hombres la soberbia de Lucifer, pues su venida fué a reparar el daño que por soberbia había entrado en el mundo? Y conforme a esta humildad y obras humildes, eran. Señora, vuestros deseos y entrañables peticiones a Dios, suplicándole no os diese honras en este mundo, no mandos ni riquezas, sino sujeción, obediencia, tener a quien reverenciar y por quien ser regida en la tierra.

¡Quién, señora, fuera digno de estar escuchando vuestra ferviente oración, llena de suspiros y lágrimas, suplicando al Señor tal merced! Diría la Virgen: «Concédeme, Señor, que yo sea esclava de aquella doncella que os ha de concebir y parir y quedar siempre Virgen; que en más estimo ser su criada y esclava, que ser señora de todo el mundo. Y esta merced os pido, Señor, y os suplico me la otorguéis por quien Vos sois. Y si esta merced me negáredes, ordenad Vos, Señor, otros caminos, como yo viva en sujeción y obediencia, y no use de mi libertad.»

Señora, ¿quién os enseñó siendo moza, viviendo en el templo, cuán peligrosa cosa es para todos, especialmente para las mujeres, la libertad? ¡Qué presente tenéis en vuestra memoria el yerro de nuestra madre Eva (*Gen.*, 3), tan costoso para todo el mundo, de que se fué sola a pasear por el huerto, y de que siendo razón que tomara consejo con su marido y lo siguiera, se atrevió a darle consejo a él, y a rogarle que siguiese la voluntad de ella, comiendo de la manzana, que ella a solas y con mala libertad había comido! Y también os acordábades del triste suceso de la salida a pasearse Dina, hija de Jacob (*Gen.*, 34); el cual evitara, si fuera acompañada de su padre y hermanos, y no sola y confiada de sí. Estos y otros ejemplos de los daños que a las mujeres han venido por querer ser libres, y la doctrina del Espíritu Santo que enseña vuestro corazón, os hacía aborrecer esta peligrosa libertad, y amar de todo vuestro corazón las

ataduras de la sujeción y obediencia, que causan salud y seguridad. Con tan grande temblor decíades al Señor: «Padre y Señor mío, pues me habéis hecho esta merced, que desde chiquita me recibiesen en esta vuestra casa y templo, para que yo viviese en obediencia de la Prelada, y por vuestra gracia, me ha béis dado en el corazón tanto gusto y amor de la sujeción, que no sólo la procuro guardar con mis mayores, mas aun con todas las que en esta casa están, teniéndome yo por menor y esclava de todas, continuad, Señor, esta misericordia conmigo, y proveed cómo, si yo he de salir de esta casa, tenga a quien obedecer y servir, porque tiemblo de pensar si tengo de vivir en mi libertad, cosa que yo tanto aborrezco.»

¡Oh confusión grande para nuestra soberbia, palabras de tanta humildad! ¡Oh cuán pocos hay que deseen lo que la Virgen deseaba, y por eso pocos piden lo que Ella pide! ¡Y pluguiese a Dios no lo aborreciesen cuando Dios les ordena vida de sujeción y obediencia, y no procurasen de romper este saludable yugo, y gozar de falsa libertad, verdadera causa de su perdición! Mujeres hay que, por no tener a quien obedecer y respetar, no se quieren casar. Otras huyen de obedecer a Prelados, y aun a sus propios padres. Y el castigo justo de esta culpa es dejarlos Dios seguir la altivez de sus pensamientos, y que pierdan los grandes bienes que se siguen de la sujeción, y experimenten con miserables yerros que el bien del varón, y principalmente de la mujer, es no querer libertad. Que mejor consejo toma la Virgen en desear y pedir el lugar más bajo, donde sea mandada y regida; y tal oración como ésta, no dejará de ser agradable a aquellos ojos benditos de Dios, pues de ellos se escribe (*Ps.*, 112) que *miran las cosas humildes en el cielo y en la tierra.* Y en otra parte está escrito (*Judic.*, 9): *Los soberbios desde el principio no te agradaron; mas la oración de los humildes y mansos, siempre, Señor, te agradó.* Y así no es maravilla que esta oración tan humilde, aunque hecha en la tierra, subiese al cielo; pues está escrito (*Eccli.*, 35): *La oración del que se humilla penetra los cielos.* ¿Cómo había de negar Dios deseos de persona tan humilde, y pedidos con tanto ahinco? Esta es, pues, aquella *hierba suave* (*Eccli.*, 24), plantada en el corazón de la Virgen, *que dió suavísimo olor al Rey* celestial *estando acostado en su cama* donde Él descan-

só, que es el humilde corazón, como Él por Isaías (57) lo dijo

Concedióle, pues, su petición, dióle contentamiento y descanso; y cuando ordenó su divina Providencia que la Virgen saliese de debajo de la mano de la Prelada que en el templo tenía, púsola debajo de la mano del santo José para que le obedeciese, reverenciase y respetase con mucho cuidado; porque dárselo por marido es dárselo para que use con él de aquestos oficios. *La cabeza del varón es Jesucristo, y la cabeza de la mujer es su varón* (1 *Cor.*, 11); para que entienda el varón que ha de ser sujeto a Jesucristo, y entienda la mujer casada que ha de ser sujeta a su marido en todas las cosas que no fueren pecado, como es el cuerpo a la cabeza, y como es la Iglesia a Jesucristo; sin que sea estorbo de aquesto ser el marido alto o bajo; porque no ha de ser mirado con ojos de carne, que tienen más cuenta con las cosas de carne que con la verdad, mas con ojos cristianos, que entienden en representar el marido la persona de Cristo, y que el acatarle o desacatarle es acato o desacato hecho al mismo Señor.

D) *Para que fuese esposa de un carpintero.*

Y para que más os admiréis de la alteza del divino consejo, y cuan por otros caminos va la sabiduría de Dios que la humana prudencia, da marido a la que tenía por Esposa y la había de tomar por Madre no duque ni conde, ni rico ni rey, sino un carpintero, que tenía necesidad para se mantener de ganarlo con la azuela en la mano. ¿Quién no se admirará hasta salir de sí de cosa tan extraña, y fuera de los quicios de la humana razón? ¿Quién no dirá con San Pablo (*Rom.*, 11): *¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán sin rastro sus caminos! ¿Quién conocio el sentido del Señor? ¿Quién fué su consejero? ¿Quién le enseñó? Todas las cosas salen de Él, todas son hechas por Él, todas son conservadas por Él.*

¡Señor para siempre bendito, Dios cuya sabiduría no tiene término!: ya que determinaba vuestra voluntad de tener Madre casada, ¿por qué ordenáis casamiento tan desigual, dando a la que es Reina de los ángeles, y lo que más es, que es Madre vuestra, no a

rey ni emperador, sino a un carpintero? ¿Tan amigo sois de humildad y pobreza, no sólo amadas en el corazón, mas puestas por obras? ¿Tan dulce sonido hace en vuestras orejas y de vuestra Madre, que os llamen a Vos hijo, y a Ella esposa, de un carpintero? ¿Y que pudiendo, y con toda facilidad, Vos y vuestra Madre sagrada, oír otros títulos de grandísima honra, aborrecéis aquéllos y escogéis éstos? Cosa nueva es, ni vista ni oída en el mundo; mas con esta doctrina y ejemplo de tanta humildad, queréis, Señor, dar a entender cuán engañados van los que desean engrandecerse en la tierra, y que el abajarse en ella es camino verdadero para ser ensalzados en el cielo.

Y aunque Vos, Señor, muchas veces predicasteis esto con vuestra santísima boca, quisisteis Vos obrarlo en vuestra misma persona y de vuestra Madre bendita, para dar a entender que no es doctrina de tener en poco lo que con humildad tan extraña y puesta en obra nos encomendáis. Mas ¡ay del mundo por el gran peligro del viento de la soberbia, que nos tiene tan ciegos, que aun con tales ejemplos, aman los hombres lo alto del mundo, como si Cristo se lo hubiera mandado y lo hubiera Él buscado, y huyen con todas sus fuerzas de lo que Él y su Madre buscaron y amaron, como si en ello estuviese su mal y condenación! ¿En qué pararán, Señor, en qué pararán los que despreciando vuestros ejemplos siguen los del miserable Lucifer, que, según dice Job (41), *es rey sobre todos los hijos de la soberbia,* sino en que, pues no caminan por donde caminasteis, no vayan donde Vos fuisteis, y pues les pareció bien seguir al rey soberbio, tengan parte en el reino de eterna miseria y deshonra, que como Jeremías (20) dice, nunca será puesta en olvido?

¡Oh cuánta razón tenemos, cristianos, de con grande atención juntar nuestros espirituales sentidos, para considerar la alteza de Dios en aquesta obra de tanta humildad, la grande gana que tiene de que seamos humildes, y la grande obligación en que nos pone, pues que nos lo dice a costa de obras! Confúndanse todos los soberbios con aqueste ejemplo; avergüéncense y teman las mujeres casadas de cotejarse en su corazón con sus maridos, pareciéndoles que son más altas y honradas que ellos, y que no las merecían tener por mujeres. Y si el negocio llega a tanta desvergüenza, que en las palabras o en las obras, den a en-

tender la hinchazón pestilencial de su corazón, llórense como gente muy perdida, por verse tan lejos de la humildad de la sagrada Virgen María, que olvidada de la grande ventaja que a su marido llevaba, le respeta y acata en su corazón, le sirve y obedece con las obras de fuera. ¡Oh qué engañadas estáis las mujeres a quien esto toca, en pensar que podéis tener amistad con la Virgen casada y humilde, vosotras las casadas soberbias! Y si a la Virgen bendita parecéis mal, ¡ay de vosotras!, porque en ninguna manera parecéis bien a Dios. Ordenanza de Dios fué aquésta, para demostración de la profunda humildad de la Virgen, y para justificar la condenación de las mujeres soberbias. Pues los cielos y la tierra, y todo lo que en ellos está, dirán a voces que no hay cosa más monstruosa ni digna de mayor castigo, que humillándose el Rey de la majestad, el hombre y gusano se quede enhiesto y soberbio; y que acatando y honrando la Madre de Dios a su esposo José, como a cabeza suya y lugarteniente de Dios, se desdeñe la mujer hormiga de no hacer lo mismo con su marido. Excelentísimo ejemplo fué dado a las mujeres casadas en ser casada la bendita Madre de Dios, para que como [fué] ejemplo de doncellas que están debajo de la mano de sus padres, y de las religiosas que están debajo de la mano de sus preladas, y de las viudas que pierden marido, lo fuese también de las mujeres casadas; para que todo estado de mujeres tuviese este espejo resplandeciente en que se mirar, y fuese maestra de todas la que es dada a todas por Madre, aprendiendo de Ella lo que han de hacer y alcanzando por Ella gracia para lo cumplir; de todos es la Virgen bendita. ¡Gracias a Aquel que nos la dió!

## 13.—*Causas de este matrimonio de parte de Jesús.*

### A) *Por el buen nombre de Cristo.*

Estas y otras muchas causas hubo de aqueste bienaventurado casamiento, de parte de la Virgen sagrada; las cuales dejadas a que el Espíritu del Señor las enseñe, hablaremos de otras que de parte del Hijo de Dios se pueden considerar, no menos maravillosas para considerar, ni de menor provecho para imitar,

antes en todo mayores, como el Señor es mayor que su Madre bendita.

Fué pues, la primera causa de parte del Niño Jesús, saber que la divina Escritura, la cual tenían y leían los letrados de la Ley, no da buenas nuevas de los hijos nacidos fuera del matrimonio; fía poco de ellos, huye de darles cosas que a otros concede, y tiéneles una cierta ojeriza, como cosa hecha en pecado; y como el Señor había de predicar y conversar en aquel pueblo, gente tan achacosa para calumniar su doctrina, vida y milagros, ordenó la divina Sabiduría de no les dar ocasión ninguna que tuviese apariencia para poner tacha en el Señor ni en sus obras, y que fuese amparado de aquella infamia con la honra del matrimonio. Y pesó tanto esto en su acatamiento, que aunque pudiera el Señor descubrir quién era su Padre, y sabido. ni su Madre incurriera en deshonra por tener hijo sin ser casada, ni la apedrearan como a adúltera (*Lev.*, 20), sino honráranla como esposa de Dios; mas el que vino a pagar el pecado de soberbia, y dar ejemplo de humildad para el remedio de los soberbios, no quiso descubrir luego la alteza de su linaje por el cual tenía naturaleza divina, sino la bajeza de la humildad, llamándose ordinariamente *hijo del hombre*; aunque alguna vez se llamaba Hijo de Dios, no por ambición, sino por gloria de Dios; y porque a la salvación de los hombres convenía que creyesen de Él que era hombre y que era Dios.

B) *Para alivio de su pobreza.*

Fué la segunda causa no menos maravillosa que ésta; conviene a saber, por tener quien supliese sus necesidades y le remediase en ellas. Pudiera este Omnipotente Señor, ya que por bien de los hombres se hizo hombre, cumplir con esto con tomar un ánima impasible y un cuerpo glorioso, que ni en ella cupiese tristeza, ni en el cuerpo dolor ni otra alguna necesidad. Y no fuera esto contra razón; que era justo ser ajeno de las penas que entraron por el pecado el que no cometió pecado. Mas ya que su caridad le hizo renunciar este su derecho, y no se contentó con humillarse hasta tomar cuerpo, mas cuerpo pasible, mortal, sujeto a hambre, desnudez, frío, cansancio y

calor, y a las otras humanas necesidades a que los otros hombres son sujetos, las cuales aun sentía más que ellos, por ser más delicado que ellos; mas ya que su amor le ponía este *grave yugo* de necesidades que se pone *sobre los hijos de Adán,* que los aprieta *desde el día del nacimiento de ellos, hasta el día que se les acaba la vida* (*Eccli.*, 40, 1, 2) pudiera el Señor, ya que quería servirse de sus criaturas para mantenerse de ellas, mandar al ave que viniese a ser su manjar, y al pan y al agua y al vestido que lo mantuviesen y cobijasen, y que el mismo fuego lo viniera a calentar, sirviéndole estas y otras cosas inmediatamente como a su verdadero Señor. Mas tampoco quiso usar de aqueste modo de señorío, aunque muy justo, disimulando con la majestad por cumplir con la humildad, de la cual había de ser único maestro por palabras y obras; por lo cual no quiso servirse de estas criaturas para remedio de sus necesidades, sino que le fuesen dadas por mano de otras criaturas, como si no tuviera derecho sobre ellos.

—Señor, pues si os determináis de recibir lo que habéis menester, recibidlo de la mano de los ángeles, que son muy altos y honrados; porque el magnánimo no recibe de todos, sino de personas muy altas. —No será así, dice el Señor; no me hice ángel, sino hombre para abajarme más; de mano de hombres y no de ángeles he de recibir lo que he menester.

—Pues sea, Señor, de mano de algún duque o conde, o de un rey. —No, sino de un hombre bajo.

Pues dadle, Señor, renta con que os mantenga. —No, sino de lo que ganare con su oficio en mucho sudor de su cara. ¡Oh humildad! ¡Oh pobreza, cuán amada sois de este Señor, pues os santifica, tomándoos en su misma Persona, para después llamar *bienaventurados a los humildes y pobres de espíritu!* (*Mt.*, 5). Por lo cual convino que la Virgen bendita fuese casada, para que pues Ella no podía a solas remediar las necesidades de su Hijo bendito, tuviese esposo que la ayudase. Porque así como se escribe de Adán (*Gen.*, 2) que le dió Dios mujer *para que le ayudase,* así también no convino que la bendita Virgen estuviese sola en este ministerio, sino que se le diese varón que la ayudase y fuese semejable a Ella.

C) *Para ejemplo de humildad y obediencia.*

No es menor que éstas la tercera causa de este casamiento bendito, el cual quiso la divina ordenación que se efectuase para cumplir con los encendidos deseos del Corazón del Señor, cerca de la humildad y obediencia. El cual, sabiendo que el camino para ir al cielo v agradar a los ojos de Dios había de ser por medio contrario al corazón de Lucifer, que le perdió por soberbia, y al de los padres primeros, que cayeron en desobediencia, tuvo único cuidado de las dichas dos virtudes, con las cuales se casó sin jamás se apartar de ellas. Y porque convenía a su grandeza tener estas virtudes en grado muy alto, y la necesidad de los hombres cerca de la falta de ellas había menester poderoso ejemplo que les sanase de enfermedad tan arraigada, no se contentó el grande amador de estas virtudes de ejercitarlas en humillarse y en obedecer a Dios, como dice San Pablo (*Fil.*, 2), mas determinóse de humillarse y obedecer a hombres, para que Dios fuese glorificado en obra tan excelente, y los hombres se avergonzasen de quedarse enhiestos y desobedientes, viendo al Altísimo tan humillado y tan obediente.

De aquí nació lo que el Señor dijo en reprensión de sus Apóstoles, que deseaban mandar (*Mt.*, 20): *El Hijo de la Virgen no vino a ser servido, sino a servir.* De aquí nació el *estar entre sus discípulos como quien sirve* (*Lc.*, 12) y hacer aquella obra de que todo el cielo se admira, de lavarles el Jueves Santo sus pies, en testimonio que su Corazón entrañablemente amaba el servir y aborrecía la vanidad del mandar, y ambición de la honra y señorío; porque lo que desde la primera edad se embebe en el hombre, dura con él en la mayor edad. Y para que ninguna parte de la vida del Señor estuviese desacompañada de estas virtudes, quiso tener Madre a quien se humillase y obedeciese, guardándole el respeto y preeminencias de Madre; y no contento con esto, se abajó más, a servir, obedecer y honrar a un hombre por ayo, que tenía en lugar de padre, de menores quilates que los de la Virgen bendita; para que tanto fuese más ilustre su obediencia, cuanto la persona a quien obedecía fuese más baja, y tanto fuese ejemplo más eficaz para convidar a los hombres a ser obedientes y humildes.

y tanto fuese más justa la condenación de quien, con mal consejo, otro camino tomase más del de su Cabeza, Cristo, y a éste siguiese, amase y obedeciese; para que así seguido y obedecido, le diese aquí en este destierro gracia, y después le llevase consigo a su santa gloria.

## TRATADO 3.º

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (I).

*(Linaje espiritual de Cristo.)*

*Liber generationis Jesu Christi.*

Libro de la generación de Jesucristo.

*(Mt., I, I.)*

#### 1.—*Introducción.*

*El que tuviere sed*—dice nuestro Redentor Jesucristo por boca de su Evangelista San Juan (7, 37)—*venga, que Yo le daré a beber de una fuente de agua viva, y de balde* (*Apoc.*, 22, 17). Conténtase Jesucristo nuestro Redentor, en lugar de precio para alcanzarle, que tengamos sed y deseo de Él; no quiere más de nosotros; con sólo esto se contenta, que estemos sedientos y deseosos. Préciase y arréase Dios mucho de esto y mándase llamar en la Escritura (*Is.*, 45) *el Deseado*; porque a ninguno se da Dios, sino a aquel que le desea, y a ninguno se negó que lo deseó. ¿Pensáis que antes que viniese a encarnar y a remediar nuestras necesidades, y a hacerse hombre por nosotros, que fué poco deseado? ¡Qué de suspiros, qué de gemidos! «¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo llegará ya esta hora en la cual ha de venir el que nos tiene de remediar?» Esperad un poquito, dice Dios (*Ageo*, 2): *Adhuc modicum, et ego movebo coelum, et terram, et mare, et aridam, et veniet* DESIDERATUS *cunctis gentibus*, y vendrá el Deseado de todas las gentes.

Tengo para mí que este día se pidieron grandes albricias a los ángeles en el cielo. ¡Qué de fiestas, qué de placeres, qué de regocijos creo que hicieron! ¡Qué de corazones desconsolados y desmayados fueron consolados y esforzados con la esperanza del *Deseado*,

viendo ya llegar el tiempo en que había de venir, con el nacimiento de la que [le] había de parir! Tengo para mí que se cumplió hoy la profecía de Malaquías (3) muy a la letra espiritual y verdaderamente: *Et statim veniet ad templum suum Dominator quem vos quaeritis, et angelus testamenti quem vos vultis.* El santo templo de Dios, las entrañas de la Virgen nuestra Señora son. *Satim veniet*: presto vendrá, no tardará; luego vendrá a su templo; ya es nacida la Doncella que lo ha de parir. ¡Cuántas albricias pidieron los ángeles a los Padres del limbo! ¡Qué placeres y alegrías se hicieron en los cielos! ¡Qué de consuelos a los siervos de Dios y a los hombres santos en la tierra se dieron con esta bienaventurada nueva! Ya es nacida la Doncella de la cual ha de nacer *el Deseado de las gentes.*

—¿Pues qué a nosotros de eso? El nacimiento de la Virgen María ya es pasado; sí, que no ha de tornar ya para nosotros.

—¿Pensáis que son acabadas las misericordias de Dios? No; si somos fieles para dar gracias a Dios en esta vida por las mercedes que nos hizo con esta Niña, con esta Doncella, sentiríamos el nacimiento de la Virgen en nuestros corazones. ¡Qué de regocijos semejantes a los del cielo sentirían nuestras almas! ¿Si hay aquí alguno que ande deseoso por topar con Dios? «¡Oh Señor, que me tenéis muerto de vuestro deseo! Tantos años ha que os ando buscando, y no os puedo hallar; dádmeos ya, Señor, por quien Vos sois, a conocer. ¡Oh Señor, que mucho os deseo, y no puedo topar con Vos!» Désele por señal que la Virgen ha nacido hoy, para que así como su nacimiento de Ella entonces fué señal que se acercaba el de Jesucristo nuestro Señor, así ahora por su intercesión alcanzaremos gracia para tratar de su nacimiento.

## 2.—*Genealogía de Cristo.*

*Liber generationis,* etc. Estas palabras, son principio del Santo Evangelio que escribe el Evangelista San Mateo de la presente festividad de hoy, del Nacimiento de la Santísima Virgen María nuestra Señora.

*Comienza el libro de la generación de Jesucristo.* ¿Qué ha Dios con linaje? *Libro del linaje y genealogía*

*de Jesucristo.* ¿Qué tiene que ver linaje con Él? *Según la carne,* habéis de entender.

Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, y fulano engendró a fulano, etc. ¡Mucha cosa! Señor, ¿para qué mandáis escribir eso, si Vos mandáis por otra parte que despreciemos la carne y el linaje, y toda la honra y vanagloria? Cuanto más que si os queréis honrar de vuestro linaje, hubo en él tantos malos, que antes hay en él deshonra que honra: Manasés, que hinchió a Jerusalén de sangre de profetas y siervos de Dios, y fué grande adorador de ídolos, y a todos mataba. Pues Acab fué otro tal, y aún peor. En medio de estos dos nació un bueno, que fué el Rey Ezechías. ¿Para qué mandáis contar vuestro linaje?

Para dos cosas: Para la fe; porque estaba profetizado que el Mesías había de venir de la tribu de Judá y de la casa de David. Y porque no siendo de la tribu de Judá no podía ser de la casa de David, por eso dice: *Matán engendró a Jacob, y Jacob engendró a José, marido de la Virgen María.*

—Padre: Si no nació Jesucristo del linaje de José, pues no es hijo suyo, sino de la Virgen María; solamente fué concebido por obra del Espíritu Santo, ¿cómo se verifica, sin contar el linaje de Jesucristo, que viene de la tribu de Judá y de la casa de David, contando solamente el de José?

La respuesta es, que José y la Virgen María eran de una tribu misma, porque entonces no se casaban los de una tribu con los de otra; y así en contar el linaje de José, que *casó con la Virgen María, de la cual nació Cristo,* está claro que viene de la tribu de Judá y de la casa de David.

—¿Pues cómo se casaron una vez los de la tribu de Leví con otra tribu? Y Santa Isabel sí, que parienta era de nuestra Señora, y no era de la misma tribu. Luego no está probado que Cristo venía de la tribu de Judá, por probar que José lo era, que casó con nuestra Señora, pues que puede ser que fuese[n] de diferentes tribus. ¿Pues cómo sabremos que esto fué así?

—La respuesta está clara; que aunque algunos se casasen de una tribu con otra, teníase mucha cuenta con el de Cristo, y todos sabían quién era. Cuanto más que otro Evangelista dice (*Lc.*, 2): *Ascendit autem Joseph a Galilaea de civitate Nazareth, in Ju-*

*daeam in civitatem David, quae vocatur Bethehem; eo quod esset de domo, et familia David.* La razón es, que José y nuestra Señora eran de un mismo linaje, y que no solamente eran de una tribu, mas el parentesco cercano, que le bastó al Evangelista decir que José era de la tribu de Judá y de la casa de David, sin hacer mención de nuestra Señora, porque no se usaba entonces contar el linaje de las mujeres. Y en decir que José era esposo de nuestra Señora, está claro que Jesucristo venía de la tribu de Judá y de la casa de David.

Lo segundo porque Dios mandó contar su linaje, es para la edificación de las costumbres de todos los hombres, altos y bajos. Que aunque es gran cosa proceder de reyes, señores y Patriarcas, según cuenta el Evangelio, y éstos fueron parientes, según la carne, de Jesucristo; y a la Virgen le fué grande honra ser Madre de Dios, según la carne; mas de éstos fueron muchos malos; pero no basta tener este parentesco con Jesucristo para ser buenos, ni a Jesucristo nuestro Señor se le pegó honra ni grandeza por descender de reyes, Patriarcas ni señores, porque Él no recibió nobleza por descender de ellos; mas si antes alguna había en ellos, la recibieron de Él. Y cuanto más cercanos a este parentesco, más nobles han de ser para estar más cerca del merecimiento y mensura de los buenos. Luego cuanto más llegados al parentesco, se habían de decir que subían, y no que descendían, [a] Él, aunque es postrero en orden.

### 3.—*Sentido espiritual de esta genealogía.*

El nacimiento se ha de entender *según la carne.* Dijo una vez San Pablo en una Epístola que escribió a los de Corinto (2 *Cor.*, 3): ¿Qué medio para que se les quitase a los de Israel el velo que tienen encima de sus corazones? Mas no hay remedio, *hasta que se conviertan al verdadero Jesucristo,* Redentor y Señor nuestro. *Este velo les quedó desde que Moisés les hablaba con el velo delante de su cara, porque no viesen la claridad de ella. Cum conversus fuerit Israel ad Dominum auferetur velamen.* El Señor no es carne sino espíritu; pues *convertirse a Dios* es convertirse *al espíritu.* Esa Ley, tan llena de ceremonias, esa Ley tan obscura de fuera, que de dentro tiene tanta luz

(así como Moisés, que tenía en la cara tanta lumbre, y de fuera tenía puesto el velo con que le tapaba la cara), *convirtióse* al espíritu. No se mira lo que de fuera suena, sino los misterios que en ella están encerrados; conviértase al espíritu. ¿De qué manera? Mandaba Dios (*Deut.*, 14): No comáis puerco, comed un cordero en tal tiempo, de esta y de esta manera. Vuélvase esto a Dios, vuélvanse estas ceremonias al espíritu. ¿Cómo se entiende, qué quiere decir no comer del puerco? Que es no hacer cosa sucia así como puerco; no hacer pecados de carne, no suciedades, que son significadas por el puerco. ¿Cómo se entiende el comer del cordero? Así, así convierte eso al espíritu; entiéndelo espiritualmente. Entiéndese ese comer del cordero, y el no comer del puerco, no según suena la letra, no según la carne, sino según el espíritu.

Pues así acá. ¿Qué te movió, Señor, pues que no amas la carne antes tanto la aborreces, y tanto nos mandas huir de ella, mandarnos contar tu linaje y genealogía? *Convirtamos el linaje de la carne al del espíritu,* la generación de la carne a la generación del espíritu, y veremos qué es lo que movió al Evangelista de contarnos el linaje de Jesucristo, que es *el linaje espiritual* de Jesucristo. Eso, eso alabad, ¡pecador de mí!, a éste tened envidia, no al que desciende de Abraham, de Isaac, y de Jacob y de David, y tantos reyes y Patriarcas. No tengáis envidia de que desciende, según la carne, de tantos generosos; de estar escrito en la generación suya espiritual, esto es lo que habéis de tener en mucho, de esto habéis de hacer gran caudal, que no de ser pariente suyo, por más cercano que fuésedes. ¿No lo dijo así Jesucristo cuando una vez estaba predicando y estaba a la puerta su Madre y sus hermanos? *Ecce mater tua et fratres foris stant quaerentes te alloqui* (*Mt.*, 11). Y respondió el Señor entonces: *El que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi padre. hermano y mi madre.* Esto es lo que Dios alaba y tiene en algo. Otra vez respondió a la mujer que le dijo (*Lc.*, 11): *Bienaventurado el vientre en que anduviste, y los pechos que mamaste, mas antes bienaventurado el que oye la palabra de Dios y la guarda.* Esto es el ser hidalgo, el que es del linaje espiritual de Jesucristo.

¿Queréis ser contados con los de su generación?

Pues escuchad, que en este Evangelio se cuentan y están pintados los pasos que andan los que son de este linaje, y los que habéis de andar vos, si queréis y habéis de ser tenido por los de su generación.

### 4.—*Abraham: Desconfianza de sí, y confianza en Dios.*

¿Quién es el primero de este linaje? Abraham: no entendáis el carnal, dejad ese; pues entended por Abraham lo que entiende San Pablo (*Rom.*, 4): *Pater multarum gentium*: Abraham, padre de los creyentes; tomad, pues, en cuanto creyente. ¿Qué quiere decir el primero en ser Abraham? Que si estáis fuera de este linaje espiritual de Jesucristo, la primera piedra que habéis de poner, el primer fundamento, es la fe; que habeis de creer, que habéis de cerrar los ojos a lo que Dios os dijere, sea poco, sea mucho, sea claro, sea obscuro; básteos decirlo Dios para pensar que sin falta será así lo que Él prometiere.

Era Abraham tan viejo, estaba tan descaecido para haber de esperar de sí generación naturalmente, que no era más que un muerto, y su mujer Sara estéril aun en su mocedad, y llegábase entonces que era viejísima, marchita y descaecida en gran manera; Abraham viejo, que había cien años; Sara estéril, casi tan vieja como su marido: ¿qué os parece qué fundamentos éstos para generación? Pues estos dos son los primeros que entran en el linaje espiritual de Jesucristo. ¿Qué quiere decir que de dos viejos, que de dos flacos, que de aperreados, desmayados y de ninguna virtud y fuerzas, de descaecidos, de ellos nace Jesucristo, de ellos nace *el Hijo de bendición?* Así me parece que quiere decir: El hijo de la amistad de Dios, el que ha de estar en su amor y en su gracia, de viejos ha de nacer, de flacos, de desmayados, de desconfiados de sí mismos, de los que se apocan en sí quitada la fantasía. Que por naturaleza no vamos al cielo, sino por gracia. Aunque seas más sabio que Salomón, aunque seas más rico que Creso, aunque seas más casto que Jenócrates, no te vale todo nada. ¿Confías de lo que vales? Puedes desconfiar de tus pocas fuerzas. Conoce que eres nada, no te engrandezcas de lo que sabes, cuélgate de la misericordia de Dios, por limosna se lo pide, no por tus fuerzas y merecimientos. Di: Señor, ¿puedo alcanzarte a Ti sin Ti?

No puedo ir a Ti sin Ti; no puedo ir a Ti, si Tú no me das fuerzas para que vaya a Ti. Remédiame, ampárame Tú, que eres todo mi consuelo, todo mi remedio, toda mi defensa; en tus manos están mis fuerzas, en tus manos están mis bienaventuranzas; nadie puede remediarme sino Tú, en tus manos me pongo, Señor mío (1).

Así, pues, hemos de hacer; confesarnos por flacos. por desmayados, por estériles, por miserables; porque no sabemos, ni podemos, ni valemos, ni hemos de entrar, ni podemos por nuestra naturaleza ir al cielo. Que si estás engrandecido, y un poco contento de ti mismo, no porque sea tuyo el cielo ni la tierra, ni por tu castidad, ni por tu humildad ni paciencia, nunca entrarás en el linaje de Jesucristo. De esta manera entrarás, derribándote, apocándote, desconfiando de tus fuerzas.

Y éstos son *los bienaventurados pobres de espíritu. porque de éstos es el reino de los cielos. No quiero riquezas demasiadas*—dijo Salomón (*Prov.*, 30)—, *porque por ventura no me engrandezca con ellas y te niegue.* ¿Qué valió al fariseo, decid, su riqueza (*Lc.*, 18), pues con ella salió condenado del templo, porque confiaba en sus fuerzas? ¿No le valió más al publicano su pobreza, pues con ella *salió justificado,* porque desconfiaba de sí y de sus fuerzas? *Del pobre,* pues, *es el reino de los cielos*; del que piensa que no es nada, del que no osa parecer delante de Dios viendo su poquedad; el que dice: «Señor, no tengo ojos para parecer delante de vuestro acatamiento. ¿Cómo ha de parecer una tan profunda bajeza delante la incomprensible bondad, y delante de tan grande alteza. como la vuestra, Señor? No soy nada, ni valgo nada, ni puedo algo; Vos Señor, sois todo mi precio, mi fuerza, mi riqueza; Vos, Señor, todo mi arrimo, todo el bien de mi ánima.» De estos, pues, debilitados, de los flacos, de estos desmayados nace Jesucristo. Por bajeza se entra en su linaje.

—Señor, ¿tuvo más Abraham? —Sí, estaba muy confiado, tenía grandísima fe en Dios. No basta que os conozcáis por miserable si no estáis confiado en Dios; no basta que estéis muy desmayado de vuestras fuerzas, si no estáis confiado en Dios, si no pensáis que hay en Dios poder y misericordia para esforzaros y

(1) San Agustín.

remediaros. No basta que sintáis muy bajamente de vos mismo, sino que sintáis muy altamente de Dios.

Estaba, pues, Abraham muy flaco, muy derribado y desconfiado de sí; y muy esforzado, muy animado, muy fuerte, muy confiado de Dios. Vino Dios por allí un día, y díjole que de allí a un año tendría un hijo.

—¿Que esos viejos y debilitados han de tener hijos, Señor?

—Sí que han de tener, sí.

—¿Que esos que más parecen muertos, y están para la sepultura más que para engendrar, ahora al cabo de tantos años que viven y nunca han tenido generación, han de tener ahora hijos?

—Sí. Su mujer rióse un poquito de lo que le dijo Dios; túvolo por casi cosa de burla. *Fuí estéril en mi mocedad* cuando pudiera engendrar, *ahora sobre esto viene la vejez, ¿cómo puede ser esto, que ahora haya de concebir yo?* Dudó un poco Sara, mas el fuerte Abraham creyó sin dudar. No miró: Soy viejo, mi mujer estéril, ¿cómo ha de ser esto? Ni paró en nada eso. ¿Pues qué hizo? *Creyó luego a la palabra de Dios.* y confió firmísimamente que no habría falta en lo que Dios le decía.

A nosotros dice esto, que si te lloras por miserable, si te paras a mirar tu flaqueza, si te paras a mirar: «Treinta años ha que vivo mal; cada día propongo de vivir bien, nunca lo cumplo; hoy caigo aquí, mañana allí.» Si te paras a considerar las veces que has querido servir a Dios y nunca has acabado de salir con ello, no desmayes, sino confía mucho. Menester es aprender y saber que sin Dios no tenemos sino miserias. Y así dijo un santo monje: «Nunca acabarán tus tentaciones de darte guerra, hasta que verdaderamente conozcas de ti que eres nada, y que en sólo Dios está tu remedio, y confíes que Él te ha de remediar, y estés tan cierto de que no vales nada sin Dios, y que no te puedes conocer sin Él, como lo estarías de que no podrías, si quisieses, agotar un mar muy grande con un jarrico muy pequeño, sacando muchos jarros de él hasta venir a no dejar nada.

«¡Señor, muy malo he sido! ¿Quién podrá contar las veces que te he ofendido? ¡Qué de años he gastado en ofenderte! No podré dar cuenta de una hora bien gastada, sino de mil cuentos de abominaciones. Si no me remedias, Señor piadosísimo, perdido seré; ¿qué ha de ser de mí si me dejas?» Bueno estáis aho-

ra; ya tenéis una parte de las dos de Abraham, el desmayo de vos mismo, la desconfianza de vuestras fuerzas, la flaqueza de quien sois; bueno estáis, ¿pero habéis de desmayar por eso? No, sino habéis de tener confianza en la misericordia de Dios que levanta los caídos, que os ha de remediar, que os ha de esforzar, que os ha de traer a estado de salvación.

Hacer buenas obras menester es, y conocer vuestra flaqueza y bajeza; pero si ahí os quedáis no vale nada. ¿Qué más ha de haber que confianza? Fe viva. No hay tan cierta renta, como la de los que confían, como la de los que esperan firmemente en Dios. Confiar tenéis, hermano, que ha de traer Dios algún día, en el cual tendrá vuestra Sara un hijo; que un día vendrá, en el cual os dé Dios gracia con que se consuele vuestra ánima; que esa ánima tan mala, tan estéril, tan indevota, tan soberbia, se vuelva humilde: ella será devota y humilde a su Dios. ¡Qué regocijo suele tener el alma cuando de soberbia, se ha vuelto humilde! ¡Cuando de ciega, ve! ¡Cuando de desobediente, se ve ya obedecer a Dios! ¡Cuando de mala, se ve buena por la gracia de Dios! Dice entonces Isaías (49): *Ego sterilis et non pariens, transmigrata et captiva; et istos quis enutrivit? Ego destituta et sola; et isti ubi erant?* Cuando el alma se ve blanda, devota y limosnera, humilde, casta y limpia, dice: ¿Qué es aquésto? ¿Quién me ha dado estos hijos? ¿Quién me ha engendrado y criado estas buenas obras? ¿Qué es aquésto? La misericordia de Dios, que hace tantas mercedes al alma, que no las puede entender.

¡Oh Padre! Si me dijesen a mí los ángeles que había de venir un día en el cual tuviese un hijo que se llamase *gozo,* como le dijeron a Abraham, estaría confiado; si Dios me lo hubiese dicho, estaría y esperaría con confianza su promesa; pero nunca Dios me ha dicho nada de eso, nadie me ha hablado de su parte, no entiendo ese lenguaje, nunca he sentido en mí nada de esas cosas; no sabré dar señas de eso, ni lo entiendo. —Hermano, en vos está la falta; que de parte de Dios no la ha habido; que no ha dejado Él de enviaros mensajeros. Sí, que a hombres se dicen esas cosas, no a los ángeles. *Vobis repromissio facta est, et filis vestris,* dice el Apóstol (*Act.*, 2). A vosotros se ha dicho esta promesa, y a vuestros hijos; a vosotros se ha de comunicar Dios y enviaros

sus mensajeros y a vuestros hijos, que os avisen y os comuniquen lo que de vosotros quiere. Decid, ¿nunca os ha llamado Dios? Si sentís en vuestra ánima una mudanza del mal en bien, un mirar la vanidad de esta vida, y ver cómo todo perece; veros a vos cuán presto moriréis, y cómo se quedará acá todo; un decir: ¿Para qué quiero poner mi esperanza en cosa que tan presto se pasa? ¿Quién confía en cosa tan perecedera? ¿Quién confía en cosa que tan ligeramente se haya de acabar? Si sentís eso, de Dios es, nuestro Señor os ha llamado. ¿Pensábades vos, hermano, que eso no era de Dios? ¿En tan poco tenéis eso? ¿Qué, pensáis que sois vos bastante para pensar eso de vos mismo? Engañado vivís; sabedlo conocer, que inspiraciones son de Dios; no tenéis vos fuerzas. *Omnis qui audivit a Padre et didicit, veni ad me* (*Jn.*, 6). ¿Pensabas que era tuyo ese bien? *Todo aquel que oye y aprende del Padre viene a Mí.* Si has venido a Jesucristo, [fué] porque has oído y has sido enseñado del Padre; ninguno va a Jesucristo si primero no le llama y le lleva el Padre, mediante el hablarle en las santas inspiraciones. Esos propósitos buenos, esos deseos, esa mudanza que has hecho del mal al bien, de Dios te viene; esa palabra de Dios es. Si sientes buenos propósitos, si sientes buenos pensamientos, si anda tu corazón encendido en buenos deseos de dejar la vida mala y llegarte a Dios, y servirle y no ofenderle, ten esperanza que muy presto parirá tu ánima un hijo que se llame *gozo.*

—Padre, ¿dónde está la promesa de eso, para que haya yo confianza que no faltará la palabra de Dios? —Harto mal es eso que no lo sepamos, o que si lo sabemos que se nos olvide. Cuando te bautizaron, allí se hizo la promesa; el ser bautizado señal es que te ha llamado Dios a la gracia; cuando te tomó por hijo en el santo Bautismo, allí se te dió señal que nunca te faltaría Dios, que siempre te socorrería en todas tus necesidades, que no dejaría de hablarte y aconsejarte en tus dificultades y dudas, y enviarte ángeles y mensajeros que te hablasen de su parte, que son las inspiraciones buenas. ¿Pensáis que poco es ser cristianos?

—¿Cuándo me prometieron que me había de dar Dios hijo que se había de llamar *gozo,* que había Dios de consolar y recrear mi ánima, y socorrerla en sus necesidades? —Cuando te bautizaron. Y si no sientes

este *gozo*, y si no sientes este bien y alegría, si no te ha nacido hijo, es porque te has apartado de Dios, ¡y plegue a Él que no sea por el pecado! Pero si sientes estos remedios de la misericordia de Dios, si sientes lo que habla en tu corazón, si sabes estar atento a lo que dice, confía, espera en Él, ten firme confianza que no te faltará su promesa, pues a nadie faltó en esta vida, y nadie se quejará de Dios que no ha cumplido con él en darle el hijo que le prometió en el bautismo.

Después nace Isaac, que quiere decir *gozo, risa*: *Risum fecit mihi Dominus* (*Gen.*, 18). Decid, ¿qué es lo que nace después de haber llorado en vuestro rincón vuestros pecados? Después de bien arrepentidos ¿qué nace? Gozo y alegría. El que no sabe de llorar no sabe de bien ninguno. ¿Qué nace después de la confianza que tenéis de que os ha perdonado Dios nuestro Señor por su misericordia? Un placer que siente el ánima, que le hace salir de sí. ¿Qué nace después de haberos entristecido mucho? Mucha alegría. Más segura es la alegría que viene después de la tristeza, que el gozo que viene sin haber pasado tristeza; guardaos de él El gozo que no nace de verdadera alegría, tenedlo por sospechoso. Es ésta la condición de Dios nuestro Señor, que no quiere ser servido de dar alegría ni de consolar a nadie, sin que primero le desconsuele y entristezca. Un poquito de soberbia que tengas, que te la hagan dejar, conocerte y llorarte por miserable, te hace que goces verdaderamente de la alegría, y que sepas de bien. Pues de este llorar, de tristeza, del desconsuelo, de este desechar placeres, de este confiar en Dios nace *la risa* y *el gozo*, el hijo que pertenece al linaje de Jesucristo.

### 5.—*Pruebas de nuestra fe.*

Alguno habrá aquí que le habrá nacido; que estará muy alegre, muy gozoso, muy esforzado en Dios, que por la misericordia suya tiene confianza que está en gracia: «Bien me quiere Dios, salvarme tengo.» ¿Cuándo? No hay hombre cuerdo a caballo. No queráis tanto este hijo; no os alegréis demasiadamente con él: ¡paso!, mirad lo que hacéis, mirad que hay peligro en eso. No seas como las madres que quieren tanto a sus hijos, y juegan tanto con ellos, y regálanlos

tanto, que los hacen malos. Esperad y crecerá el hijo y veréis lo que pasa. Cuando ya era grande Isaac, y después de tantos placeres, y después de tantas alegrías como había en Abraham por el nacimiento de su hijo Isaac, cuando más seguro pensó que estaba, llamóle Dios, y díjole: *Abraham, toma tu hijo Isaac muy amado, y ve al monte que yo te enseñaré, porque quiero que allí lo mates y sacrifiques.* Tomad por ahí, ¿paréceos que es menester tiento? No diga nadie: «Bien estoy, no me falta nada, alegre estoy aho ra, bendito sea Dios.» *Exultate cum tremore* (*Ps.*, 2). Gozaos, pero con temor; tened humildad, gozaos con temor, templaos en alegría, mirad lo que hacéis, porque viene rato en que manda Dios matar al hijo. Dice Dios: «Mátame tu *gozo.*»

Iba el pobre viejo con su hijo de la mano para matarle y sacrificarle a Dios. ¡Oh Señor, que tanto has querido atribular las alegrías de este hombre, que le mandas que mate con sus mismas manos una cosa que tanto amaba! Si se lo mataran los hombres, andad, pasara; ¡pero Tú, Señor, que tanto alegraste aquella desconsolada vejez con el nacimiento de hijo tan amado, mandas ahora que le mate! Recia cosa es, Señor, por cierto, decir vuestra Majestad: *Mátame a tu hijo.* ¡Vos, que dais el gozo y la alegría en el linaje de Jesucristo nuestro Señor, dais este azote! El mismo que os dió el consuelo, el mismo que os dió la alegría, levantará dentro de vos gran tristeza y grandísimos trabajos, para que perdáis el *gozo* que Él os había dado; y el mismo que os dió el consuelo dirá: «Mátame tu *gozo.*»

¡Qué alegres iban los Apóstoles por el mar de Galilea en la navecilla cuando iba con ellos Jesucristo! ¡Qué contentos iban diciendo: «Con nosotros va Jesucristo, el mismo que crió el mar y los vientos, los cielos y la tierra; de esta manera, seguros vamos de que se mueva tempestad; pues va el Señor del mundo con nosotros, no hay de que temer!» Levántase un viento recio, y comienza a embravecer el mar, y levántanse las olas, y luego dieron voces a Cristo (*Mt.*, 8): *¡Señor, salvadnos, que perecemos!* ¡Ah, Señor, que perecemos, remediadnos! ¿No veis la tempestad, Señor? Comenzaron a temer.

¿Qué es eso, Apóstoles, tan presto os turbáis? ¡Cuán poquito duró el gozo que ahora poco ha teníades, el placer con que poco ha navegábades! Y lo que peor

es, que el mismo Cristo que con ellos iba en compañía (parecíales a ellos que iban seguros de tempestad) les revolvió la tormenta, y Él es el que mandó a las tribulaciones que se levantasen. Y aun eso es porque hay tan pocos que os sirvan, Señor; piensan ellos que es gran descanso serviros; entran con esta seguridad, van muy confiados y seguros que en vuestra compañía no se levantará la tormenta, y como les sale después al revés, dejan lo comenzado. Esta es la causa por que tenéis tan pocos amigos. ¡Qué gentil causa ésta! *Quia acceptus, eras Deo neccese fuit, ut tentatio probaret te,* dijo el ángel a Tobías (12). Porque eres agradable a Dios, porque eres amigo y siervo suyo, y tus servicios eran tan aceptos delante de su acatamiento, por eso fué cosa necesaria que la tentación te probase. Todo esto es que por ser uno siervo de Dios que por eso ha de ser tentado.

—¡Gentil favor parece ése! —Pues no lo tengáis en poco, que esto con los muy privados se hace. Cuánto de esto pasan los novicios diciendo: «Cuando yo estaba en el mundo no sentía nada de esto que ahora paso, ni aun sabía qué cosa era tentación. ¡Qué contento andaba, qué alegre! No sabía rato de pesar. Después que vine al monasterio, ¡qué de trabajos que paso! ¡Qué de tentaciones de carne y de soberbia! ¡Qué de importunidades me da el demonio para que deje lo que he comenzado! ¿Quién ha de sufrir esto?» No os espantéis, hermano, ¿qué pensáis? Eso quiere Dios; que matéis *el gozo* y el placer que tomasteis en el mundo; el alegría que traíades cuando vinisteis al monasterio, o los consuelos que habéis tenido después que vinisteis a él, quiere Dios que se los matéis. Dice Dios: *Daca el gozo, mátamelo.*

¿Sabéis cómo lo hace con el hombre? Como desposado que le muestra mucho amor su esposa, y él quiere probar si es verdadero o fingido aquel amor. Y no hace sino fingir que se va lejos tierra, y no sale del lugar donde vive; anda acechando en su ausencia, ver qué hace su esposa, si anda muy compuesta y riéndose, y de ventana en ventana, y de pasatiempo en pasatiempo; y si esto hace, luego ve que no le ama de corazón. Pero si no sale de casa, sino llorar, no se quiere vestir, sino como quiera, todo por la ausencia de su marido, luego ve su esposo que su esposa le ama.

Cuando Dios está con el ánima, ¿qué mucho que no vaya a ver toros, juegos de cañas, ni justas, ni pasearse, ni ver pasatiempos ningunos? Es tanta la dulzura que recibe de la presencia de Dios, que no es de maravillar que desprecie cuanto hay en esta vida. No hay rufián ni mala mujer, que si le diese Dios a gustar un poquito de su dulzura, no diese a los diablos cuanto acá hay, y el deleite de la mala vida que traen, y se fuesen en pos de Dios, y en sabor y gusto de los deleites de Dios. Que si Dios te da consuelos, si te visita, si está presente de continuo, ¿qué mucho que andes muy diligente, y sirvas de buena gana, y le andes mirando a la cara para ver lo que quiere mandar? Entonces ¡pocas gracias que seas bueno! Cuando Dios está ausente, cuando tienes trabajos, entonces se ve el que lo ama verdaderamente; cuando te envía tristezas y tribulaciones, cuando te envía un trabajo tras otro, entonces es de ver la constancia de los que sirven. Dice Dios: «Esperadme, esconderme he un poquito, y veré qué tal es el amor de Fulano; veamos si anda tan diligente, si anda tan contento, si deja de servirme, si tiene cuidado de los pobres como lo hacía en mi presencia.»

Va el otro, en pareciéndole que está Dios ausente, en quitándole el consuelo, en dándole un poquito de tristeza, luego se quiere ir, ya piensa que Dios le ha dejado. Dice Dios: «¿Por tan pocas cosas desfallecéis? ¿Luego os queréis ir? ¡Poco amor me tenéis vos!» Esto hacen las ánimas flacas desamoradas, los que no se saben menear sino en presencia de Dios. Mas la buena ánima más fuerte anda cuando Dios está ausente, procurando de no hacer ni caer en vileza Cuanto más apartada del socorro de Dios, más se encomienda a Él, y procura de ser fiel para cuando su Señor volviere.

## 6.—*No perdáis el parentesco con Cristo.*

¡Ah, cuántas veces anda Isaac en los cuernos del toro! Muchas veces perdéis el *gozo*; y plegue a Dios no sea por pecado, que este es el negro mal; ahí está el negro trabajo. Eso me decid que es pérdida. Decidme: ¿Estáis en Cristo? ¿No sois del linaje espiritual de Cristo? Decid, ¿cuántas noches se os han pasado pensando en esto? ¿Qué os aprovecha tener mu-

cha hacienda? ¿Qué aprovechan riquezas, linaje, hermosura, andar tan pulido que todos se espantan de miraros? ¿Qué aprovecha que todo el mundo os honre y os tenga en mucho, si no sois del linaje espiritual de Jesucristo? ¿Estáis en Cristo o no? Unos habrá que sepan responder a esta pregunta; otros habrá que no sepan responder a ella. Unos habrá que si les preguntáis si están en Cristo os respondan que no. Todo aquel que está en pecado mortal no está en Cristo. ¡Desdichado de él y de la madre que lo parió! Maldito es el pan que come, maldita el agua que bebe, maldito el sueño que duerme y malditos los pasos que anda.

Y más me espanto poderte hallar sin Cristo, y hacerte a vivir sin Él, y decir a Dios: «Idos, que no os he menester; bien me hallo sin Vos.» Esto es de espantar. Pecar, si luego te arrepientes, no es mucho; no hay que decir, no es menester hablar en ello; mas después de haber pecado, hallarte a vivir sin Cristo, eso es mucho más de maravillar. ¿Qué haces sin Cristo? Di, ¿cómo puedes vivir sin Él? ¿Qué vida es la que vives sin Cristo? ¿Qué te aprovecha que todo el mundo sea tuyo, que te favorezca el rey, la tierra. los hombres y los demonios, si a la hora de tu muerte te toma [en] mal estado? Nada de eso te escapará de tormentos y fuegos que nunca se han de acabar, que han de durar mientras Dios fuere Dios que nunca dejará de serlo. Artículo es de fe, que si mueres en una mal querencia, si en un pecado de carne, o en otro cualquiera pecado mortal, que irás sin falta al infierno. ¡Desventurado de ti, si no estás en Cristo! ¿Adónde irás sin Cristo? ¿Por qué lo haces tan mal? ¿Por qué te echas a perder? ¿Por qué eres tan cruel para ti mismo, que te quieres a ti absolutamente echar en el infierno? No te aborrezcas tanto, no te vayas a perder tan a ojos cerrados.

¿Qué quiere decir haber Dios derramado su Sangre por ti, y que no te quieras aprovechar de este bien? ¿Por qué quieres que se pierda tan gran precio como le costaste? Ya que no tienes compasión de ti mismo, ya que eres tan cruel para contigo mismo, que así te quieras destruir, hazlo ahora por Jesucristo, porque no se hayan derramado en balde sus lágrimas, porque no se haya cansado en balde, porque no le hayan azotado en balde, pues todo lo pasó por ti, porque te aprovechases del precio de su Pasión,

para que tuvieses fuerza para vencer tus pasiones, para no ofenderle.

Otros habrá que responderán a la pregunta: «Padre, no soy yo de ésos; no siento en mí pecado mortal ninguno, ni quiero mal a nadie; pero no sé qué temo, no sé qué temores me dan en este corazón, no sé si estoy bien con Jesucristo. Padre, no os lo sabré decir.» Esa es otra duda. Hermano, guardaos de tibieza, por quien Dios es. ¡Oh carcoma, y cuántas ropas tienes comidas! En diciendo: «Pestilencia anda, gente muere», en teniendo la enfermedad, en diciéndoos: «Morir tenéis, infierno hay para malos», luego veréis el temblar. ¿Qué es esto? Si no fuésemos amigos de la tibieza no tendríamos temor; pero tenéis tibieza, habéis de tener temor. Procuremos tener diligencia en este camino de Jesucristo; y pues Él nos dijo que *venía a meter fuego en la tierra,* supliquémosle nos dé de este fuego divino para que abrasemos nuestros corazones; porque, como dijo San Juan (1 *Jn.,* 4), *la perfecta caridad excluye y lanza fuera el temor y flaqueza,* para que así gocemos a Cristo en el cielo.

## TRATADO 4.º

### PRESENTACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?*

¿Qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?

(*Cant.* 8.).

### 1.—*Introducción.*

A las festividades de la sacratísima Virgen hemos de venir con corazones fervientes y muy agradecidos. Por eso dice San Buenaventura que los que hablan de nuestra Señora han de tener en sus palabras muy gran verdad y fervor: *Verdad,* porque la Virgen es enemiga de los mentirosos, y amiga de los verdaderos en sus palabras y obras. Esta Señora es la que engendró una Verdad que destruyó todas las herejías, y una luz que alumbró todas las tinieblas. *Fervor*, porque si a ésta que es verdaderamente nuestra no amamos, ¿a quién amaremos? San Bernardo dice: «No hay cosa que tanto me agrade como es hablar de esta Virgen bendita, ni que tanto me espante como considerar su grandeza.»

### 2.—*Causas de la Presentación.*

Esta Señora que ahora está tan grande en los cielos, algún tiempo fué chiquita acá en la tierra; y verdaderamente será chiquita para los que de verdad fueren ahora chiquitos en sus ojos, y se humillaren y le pidieren gracia. *Soror nostra parvula est, et ubera non habet. Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est?* (*Cant.*, 8). Nuestra hermana es chi-

quita. ¿Qué haremos para el día que la han de hablar en persona de Patriarcas y de Profetas, y de todos los hombres? Ahora se dicen estas palabras: *Nuestra hermana es chiquita, ¿cómo la ataviaremos para el día que le han de hablar?*

Hoy celebra la Santa Madre Iglesia aquella Señora que en su cántico dijo: *Ha hecho el Poderoso en mí grandes cosas.* Celebramos la fiesta de su presentación; el día en el cual sus benditos padres San Joaquín y Santa Ana, siendo esta Señora niña de tres años, la presentaron al templo para que sirviese al Altísimo Dios en compañía de las doncellas que allí servían. Había una casa, incorporada con el templo, a modo de los monasterios de ahora; allí metían las doncellas principales para que sirviesen al Señor, y fuesen enseñadas en su conocimiento y temor. Era un santo Seminario, y después que tenían edad tomaban estado de casadas. La razón por que la presentaron fué, porque como ellos eran estériles, prometieron que si Dios les daba fruto, se lo ofrecerían a Él, guardándola en todo recogimiento hasta que tomase estado de casada. Presentáronla sus padres en el templo.

¿Para qué queréis, Señor, que entre de tres años, que esté encerrada, que no ande por las calles? —Porque los que han de recibir a Dios y tratar con Él no estén descuidados, sino que sepan que se han de aparejar con mucho cuidado para lo recibir. Para dar Dios la Ley a Moisés, y para decirla al pueblo, le manda Dios que tres días antes no lleguen a sus mujeres, y otros muchos apercibimientos de santidad; ¿cuánta más razón es que se apareje aquel que ha de recibir a Dios y tratar con Él? Decidme ahora: Si hubiésedes de echar un poco de bálsamo u otro licor muy excelente en un vaso, ¿no miraríades primero si está sucio el vaso o agujereado, para que no se perdiese aquello? Pues si para hacer esto, tanto examináis el vaso, para recibir a Dios, ¿qué será razón que hagáis?

¿Para qué entra la Niña en el monasterio? —Porque ha de venir día en que ha de recibir en sus entrañas a Dios. Día ha de venir en que lo ha de tratar con sus manos, y ha de ser Madre de Él. No quiere Dios que sus cosas preciadas estén a vista de todos. Y si la que estuviera segura en su casa, y en las calles y plazas, quiere Dios que la encierren, ¿qué hará a los que somos aparejados para caer?

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que sea ejemplo a hombres y mujeres; para dar a entender que si la que estaba segura quiso Dios que se quitase de inconvenientes, que necesario es que nosotros los huyamos.

¿Para qué la encerráis, Señor? —Para que *ha de venir un día que la han de hablar,* y hase de hacer la mayor obra de Dios cuando hablen a la Virgen; y para aquel día menester es gran aparejo. ¿Y para qué la atavían? Para el día de las bodas. ¡Entrad en hora buena, Señora!

### 3.—*La Presentación.*

Llévanla sus padres de tres años, y pusiéronla en la postrera grada del altar, que tenía quince gradas por donde subían arriba; y subió con grande ligereza. Si subió por milagro o no, no se dice; piadosamente se puede creer que acaecieron tales cosas en esta Niña después que nació, que todos se maravillarían, y tendrían puestos sus ojos en ella y dirían: «¿Qué ha de ser de esta niña?» Porque de creer es que a la que crió Dios para Madre suya, siempre había de hacer grandes maravillas con ella. Sube, ofrécenla sus padres a Dios. ¡Entre mucho en hora buena! Ofrezcamos con ella nuestros corazones. La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido ni ofrecerá de pura criatura fué la Virgen. «De buena gana me la dais —dice Dios—, de buena gana la recibo.» Entra la Virgen en el monasterio, no entró llorando ni de mala gana, ni le pesaba por lo que dejaba, aunque era Niña; pero decía ella: «No vean mis ojos cosas de este mundo. Por amor de Vos esté mi boca cerrada; tenga yo silencio, pues os he de hablar a Vos; esté yo donde me manden todos, donde sirva a todos por amor de Vos.» De muy buena gana entra a servir a Dios.

Entrada en el monasterio, *¿qué haremos a nuestra hermana para el día que la han de hablar?* ¿Qué le pondremos para que se enamore Dios de ella? ¿Qué le haremos? *Si murus est, aedificemus super eum propugnacula argentea.* La misma palabra divina preguntando, responde y dice: *Si murus est, aedificemus,* etc. «Pues que es muro, edifiquemos sobre ella torres de plata.» ¿Cómo la llamáis *muro?* ¿Qué tiene que ver una Niña de tres años con muros? Los muros

son altos, anchos, duros y profundos, y más si son como los de la tierra de promisión, que decían aquellas espías que enviaron los hijos de Israel (*Deut.*, 3): *Tienen unas ciudades muy guarnecidas, unos muros hasta el cielo.* —Pues verdad dice Dios, que muro es; pues *edifiquemos sobre ella cosas que la defiendan.*

### 4.—*Altura, profundidad, anchura y longitud de la Virgen.*

*Excelsior coelo, profundior inferno, longior terra, et latior mari* (*Job*, 11). Esta chiquita de que hablamos, más alta es que el cielo, más profunda que los abismos, más ancha que la tierra. Más *alta* que el cielo en lo espiritual. A lo *mejor* decimos *más alto* y grande. Entre todas cuantas cosas Dios crió, dejada la humanidad de Jesucristo, entre todas las criaturas puras no hay otra tan excelente, y así no tan *alta*; que aunque es chiquita, es más que los ángeles, más que los serafines. ¡Bendito seas, Señor, que de nuestra generación (1) nos diste esta Niña, más alta que el cielo! Si la queréis de pensamientos, altísima; si la queréis de fundamento, profunda; si tenéis buenos ojos, paraos a mirar esta Niña, humildísima en sus ojos. En esta Virgen no hay cosa más excelente que su humildad. Ella bien conocía las grandezas que Dios hacía con ella, pero no atribuía nada para sí, ni a sus fuerzas, del bien que tenía. No hubo criatura pura que tan de veras diese la honra a Dios, como esta Virgen. Mirad si tiene buenos fundamentos. ¿Fáltale anchura? Esta Virgen es muro de todo el mundo universo, y no solamente de éste que es poco, sino de todos los hombres. Mirad cuántos fueron y se murieron, y vinieron otros y otros. Finalmente, de Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Afecto de madre, corazón de defensora tiene esta Niña para todos los hombres; mirad si ha menester ser larga para ser madre de tantos hijos. Niña, ¿de dónde tenéis vos manto para cubrirnos a todos? ¿De dónde alas para para abrigar tantos pollitos? ¡Más ancha es que la tierra! Caben en ella justos y pecadores; los pecadores son perdonados por los ruegos de ella, y los justos conservados en gracia; [cabe]

(1) *De nuestra generación:* de nuestro linaje.

quien no cabe en el cielo, más ancho que la tierra, y cielo y ángeles; que pues Dios entró en ella y cupo en ella, ¿no cabrás tú, pecador? *Sancta et inmaculata virginitas, quibus te laudibus efferam nescio, quia quem coeli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* El que no cabe en los cielos, en tus entrañas se encerró; bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen.

Bendito sea Dios, que tal Niña nos dió en muro, como dijo Jeremías (1, 18): *Yo te he dado hoy en columna de hierro y muro de metal.* Muro es, pero no es del que dice Dios que son muros fáciles, muros de vidrio. ¿Quién son éstos? ¡Plegue a Dios que no sea éste que os habla! Sacerdotes, Profetas, hombres recogidos, gran queja tengo de vosotros (*Ezeq.*, 15): *Quia non opposuistis vos murum* por la casa de Israel, para que estuviésedes *en el día de la batalla del Señor.* ¡Cosa brava! «Ando—dice Dios—buscando un hombre que se ponga entre Mí y los hombres, para que, si los quisiere castigar, esté de su parte; y porque no lo hallé, *effudi indignationem meam.*» ¿Cuándo es *el día de la batalla del Señor?* Cuando suben nuestros grandes pecados delante de su justicia. Quiere Dios que cuando está enojado con el pueblo, que sus sacerdotes le vayan a la mano, porque no derrame su enojo (2). Quéjase Dios que busca quien le vaya a la mano, y entre tantos, no halló uno. Esos son los muros de vidrio, ésos son los que no tienen justicia para nosotros: y si para defendernos nosotros no la tenemos, ¿cómo la tendremos para los otros? ¿Cómo seremos poderosos para quitar el enojo de Dios contra su pueblo?

### 5.—*Armas de la Virgen para luchar con Dios.*

No es la Virgen de esos muros quebradizos, ni de los que no pueden sufrir un golpe por la caridad de los prójimos. Niña fortísima, criada y endurecida en trabajos, buena es para muro. ¿Qué armas le pondremos para que pelee con el Señor, para que lo venza? ¡Norabuena entre la Niña en el colegio de doncellas! ¿Qué lleváis, Señora? Gran negocio lleváis, pelear con Dios, y que se amanse con los hombres; el Señor os dé armas. ¿Qué armas lleváis? ¿Son riquezas? No, que todas las dejó; y cuando grande, con sus manos tra-

(2) Véase Plática 2.ª a Sacerdotes, t. I, pág. 388.

bajaba para comer. ¿Pues qué lleváis? ¿Hermosura? Sabía ella que dice el Sabio (*Prov.*, 31) *que es engañadora la gracia y vana la hermosura*. Que no es nada de eso. ¿Pues qué lleváis para vencer? Dígalo Él (*Cant.*, 4): *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*. Has llagado mi corazón con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza. Su gran amor, su gran obediencia y virtudes herían al Señor. Los días de nuestra Señora habíamos de confesarnos y comulgarnos, y dar muchas alabanzas a nuestra Señora, en señal que en estos días nos hace Dios mercedes por sus ruegos. ¿No creéis que a los que se aparejaren estos días les hará Dios grandes mercedes pues que tanto ama a esta bendita Señora Virgen?

¿Qué le pondremos a la Niña? ¿Qué armas le daremos para que pelee con Dios, y aun para que lo venza? *Herido has mi corazón, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza*. ¡Bendito seáis Vos, Señor! ¿Tan tierno sois, que con miraros os hieren, y tan flaco que con un cabello os atan? ¿Qué nos queréis decir, Señor, sino que tenéis los brazos y el corazón aparejados para recibirnos? ¿Qué cosa más tierna, que con mirarlo es herido? Veis aquí las armas con que pelea la Virgen. ¿Qué será este ojo, no dos? *Inclina tu oreja*, dice Dios (*Ps.*, 44). No dos orejas; no es más de una. *Unum est necessarium*, un amor, una intención no mezclada. Este es el ojo de que en otra parte (*Mt.*, 6) dijo el Señor: *Si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente*. ¡Ay dolor, cuán lejos estaba el corazón de la Niña que le dijesen (*Isa.*, 1): *Tu vino se ha mezclado con agua, y tu oro se ha vuelto en escoria!* El *vino* de la Virgen, su intención es; ojo no torcido, no mezclado. No quería ella que se hiciese su voluntad, sino la de Dios. «Cúmplase vuestra voluntad; no [se haga] cuenta de mí, sino de Vos; vea yo vuestra voluntad cumplida.» Ama la Virgen a Dios, y a Sí por Dios, y el provecho de los hombres. Este era el ojo de la Virgen, ojo claro; quien a Dios ama, amará al prójimo bien. *Herido de has con uno de tus ojos*. No hay cosa con que más aina se alcance Dios que con amor; no sabe Dios defenderse del corazón que le ama; porque no quiere. No hay ballesta que tan presto hiera. ¡Niña y tanto amor! Cristo dice: *Adonde está tu tesoro, ahí está tu corazón*. Si el ojo es derecho, el cabello no es más de uno; porque si la intención es derecha a Dios, no

hay más de un pensamiento; todo se emplea en Dios. ¿Qué tal es tu tesoro? Tesoro de lodo y de carbones, si lo has puesto en la tierra, carne y vanidad, o en el viento de la honra, ¡ruin tesoro! *Donde está lo que amas, allí está tu corazón.*

¿Qué haré, Padre, que me siento a rezar, y estoy seco como un palo sin devoción? —Hermano, mirad que a lo que amáis se va vuestro corazón; poned vuestro tesoro en el cielo, y vuestro corazón se irá tras lo que amáis. Si el amor está enredado, ¿cómo tendréis el espíritu recogido?

¡La Niña, un amor! ¡Quién te viera cantar los Salmos con mayor espíritu que el mismo David que los compuso (*Ps.*, 72): *Quid mihi est in coelo?! ¿Qué tengo yo,* Señor, *en el cielo*; *y de Ti, qué quiero sobre la tierra? ¡Dios es mi ración!* Una cosa quiere Dios, que *mi ración* sea de amor puro; y porque no tenía más de un Dios, no tenía más de un amor. En Dios pensaba cuando comía y cuando hablaba, dondequiera que anduviese siempre andaba pensando en Dios. De la cual los ángeles admirados, decían (*Cant.*, 8): *Quae est ista, quae ascendit de deserto?* Señor, vergüenza me cae de decir estas palabras; mas quítese esta vergüenza con ver que ésta que tan bien oraba es carne de nuestra carne. *¿Quién es ésta que sube del desierto como varita de humo?* ¿Qué tal sería la oración de la Virgen, pues se maravillan los ángeles? *¿Quién es ésta que sube como humo?* Humo, no de leña verde, ni que hace llorar como el de las nuestras; que pedimos venganza de nuestros enemigos y cosas de tierra; ése es humo que hace llorar; no es vara que sube arriba, sino como es tierra, en la tierra se queda.

¿Pues qué tal es la de la Virgen? (*Cant.*, 3): *Ex aromatibus myrrhae.* Humo de incienso, de menjuí, y de estoraque, y de odorífera poma; tales eran los pensamientos de la Virgen. San Bernardo: «Algunos tienen acto de oración, y no vida de hombres que oran.» De todo polvo que huela bien ha de ser la oración buena; acompañada de buenas obras de caridad, de ayunos y de disciplinas. Porque ¿qué aprovecha un rato llorar, si lo demás es parlar? ¿Qué aprovecha que tengas un rato de oración de noche, si el día lo gastas en risas y vanidades? Esa vida no es de hombre que ora, porque el que verdaderamente ha de orar, hase de guardar todo el día no ofenda a Dios, y ha

de andar siempre pidiendo a Dios nuestro Señor: «¡Dadme más de vuestro conocimiento!» Porque ¿cuándo seréis rico, si no juntáis la blanca de hoy con la de mañana y de ayer, y la guardáis muy bien?

De aquí nace aprovechar tan poco los hombres en el espíritu en tanto tiempo. Y el mismo San Bernardo dice: «Más gente hallarás que de mala se torne a buena, que de buena en mejor.» Parécenos que estamos seguros con no cometer pecados mortales; despiértanos Dios para que le sirvamos, y no ha acabado de despertarnos, cuando nos tornamos a dormir y caer en nuestras flojedades. Oración tenía la Virgen, y vida conforme a ella, porque la que sale de corazón descuidado, abajo se va. Pues tiene la Virgen su pensamiento tan recogido, buena es para pelear, pues tiene armas para vencer a Dios; ahora entremos en la pelea.

### 6.—*La Virgen lucha con Dios en la oración.*

Quien quisiere ver justas y correr toros, véalo en buena hora. Quien quisiere ver grandes escuadrones de gente y derramar sangre, véalo; no parezca bien otra cosa a mis ojos sino aquella guerra: ver una Niña de tres años, de una parte, una doncella encerrada; y de otra, Dios. ¡Oh juego tan bienaventurado, y quién viera la Niña luchar con Dios, harto mejor que el Patriarca Jacob! (*Gen.*, 32). Mas éste no luchó más de una noche y con un ángel; pero hízolo cuerdamente, que para haber de luchar echó a sus mujeres, y pastores y ganado y bestias por delante; hízolos pasar el río, y él quedóse solo de la otra parte, aparejado para bien luchar. ¿Queréis vos bien orar? Echad delante de vos todo lo que os impide; decid a todos los negocios: Apartaos de mí, que voy a negociar con Dios. Y si es desacato a un rey o señor estando hablando con él volveros a otras cosas, ¿qué será estando hablando con Dios, andar con los pensamientos acá y acullá? Jacob una noche sola, y solo, luchó; luchó la Virgen, más recogido el corazón. Aparejado luchó Jacob, pero más aparejada la Virgen. Y así dice el Esposo (*Cant.*, 4): *Hortus conclusus. Huerto cerrado, esposa mía, amiga mía, huerto encerrado*; cercado el cuerpo en el monasterio, encerrados los ojos y orejas, y encerrados los pensamientos dentro de sí.

¡Quién viera la Niña levantarse de noche a obscu-

ras, y sentarse a un rinconcito, y comenzar con su corazón a combatir a Dios! (*Ex.*, 34): *Domine, si inveni gratiam in oculis tuis, dimitte eis.* Sí, que Moisés así oraba; ¿pero qué va de oración a oración? Buena la de Moisés, mejor la de la Virgen. *Señor, si hallé gracia delante de Ti,* haz esta misericordia con los hombres, remedia las almas que están perdidas. *Venga,* Señor, *el Cordero,* venga el *Deseado de las gentes.* Remédianos, Señor; venga el agua que impregna la tierra. Rogaba la Virgen al Señor que enviase a su Hijo para ser sierva de la que fuese su Madre; quería ella ser sierva, y era la Madre. ¡Quién viera qué respuesta le daba Dios!

Gusanillo eres, hormiga eres que andas por la tierra, y está la Virgen rogando por ti en el cielo: «Señor, misericordia para aquel que me llamó, y perdón para aquel que se encomendó a mí.»

¿No veis que éste ha hecho tal pecado y merece castigo? Ese es el golpe, no merece ese hombre misericordia. Esos son los golpes que la justicia de Dios da a quien se pone a rogar por otro.

¡Quién os viera replicar! ¿Qué réplica tenéis? «Señor, ¿vengo yo delante de Vos a alegar de justicia, o a pedir misericordia? Bien veo que merece castigo; mas pídoos yo misericordia, Señor: o *borradme del libro de la vida, o perdonad* a éste.» Si tuvo caridad Moisés para pedir esto a Dios, ¿no la tendrá la Virven? «Venga la maldición de la pena sobre mí, y sobre ellos vuestra bendición; yo os ofrezco mi vida y salud; castigadme a mí y perdonad a ellos; yo os ofrezco mi honra: tratadme como quisiéredes, y sed piadoso a estas piadosas entrañas.» ¿No creeré yo esto de vuestras entrañas, pues las tenéis más piadosas que las de Moisés, y pedía él esto a Dios? ¿No creeré yo, Señora, que te apiadarás de los pecadores, que te crió Dios para ellos? Mil veces ofrecía la Virgen su vida por los hombres. Si anduviésemos con la boca por el suelo por amor de ella, era poco; si la amásemos y derramásemos sangre, y perdiésemos la vida por ella, era poco. ¿Qué ofrecéis, Señora, por los hombres? ¿Vuestra Vida? Poco es: otra vida ofreció ella, que amaba mucho más que la suya. ¡Dente gracias los hombres! Sabía ella que la voluntad de Dios para que el mundo se remediase era que muriese el Hijo. «¡Que muera mi Hijo, pues que Vos, Padre, lo queréis!» ¿Qué sentirías con dolor de Madre? «Hágase,

Señor, vuestra voluntad.» ¡Qué te debemos! Quien supiere estimar qué tanto amaba la Virgen a Jesucristo, éste sabrá estimar cuánto la debemos.

Así oraba la Virgen al Señor: «Señor, si el mundo merece castigo, venga sobre mí, y haced en ellos misericordia.» San Bernardo dice: *Tepida est omnis oratio, quam non praecedit inspiratio.* Testigos hartos habrá de esto aquí; fría es toda oración cuando no la mueve inspiración del Espíritu Santo; órase fríamente cuando no viene primero el soplo del Espíritu Santo. San Pablo (*Rom.*, 8, 26): *El Espíritu pide por nosotros con gemidos que no se pueden contar.* Y otra vez San Pablo: *El Espíritu Santo, que está dentro de nosotros, nos enseña a orar.* Hácenos reventar el corazón, que muchas veces no sabe el hombre por qué llora; *pide el Espíritu Santo con gemidos que no se pueden contar,* ni el mismo que los da los entiende. No se os dé nada que no los entendáis, que aquel Dios que os los inspira los entiende, y hace que pidáis conforme a lo que Él quiere. ¡Qué tales serían, Virgen, vuestras oraciones, pues eran movidas por el Espíritu Santo!

Pues si el mismo Dios la enseñaba a orar, claro está que oiría las oraciones de la Virgen. Alcanzó con Dios más que Jacob, más que Moisés. ¿Qué pide Moisés a Dios? Señor, que tengáis las manos quedas; que no castiguéis este pueblo. En fin, por aquel tiempo ató las manos a Dios para que no castigase a su pueblo, y la Virgen átale las manos con sus oraciones para que aparte su ira y enojo de los hombres. Un hombre santo ¡qué alcanza de Dios! Si quiere quitar la hambre del mundo, dícele: «Señor, suplícoos no enviéis hambre al mundo por vuestra misericordia. Aquel que está con dolores, quitádselos, Señor, quitadle aquellas penas.» Señora, ¿qué alcanzaréis vos? «¡Señor, que quitéis los dolores!». Alcanza que reciba Él penas y dolores por los hombres. A la prisa de las oraciones de la Virgen responde Dios. Tráelo de los cielos a la tierra, entra en su vientre, ármale de unas armas y carne tan delicada, que le fatiga la hambre y la sed y el cansancio, y le punzan las espinas, dándole cinco mil y tantos azotes; ¡y Él, que tenga las manos quedas y que calle, y le hinchan de dolores y que diga Él al Padre (*Lc.*, 23): *Perdónalos, Señor!* ¿Quién puede alcanzar delante de Dios negocio tan grande? Mediante las oraciones de la Virgen. Dice Dios (*Mt.*, 15): *Mujer, grande es tu fe; hágase como tú quieres.*

*Si contra Deum fortis fuisti, quanto magis contra homines?* (*Gen.*, 23). Iba Jacob medroso de su hermano Esaú. Jacob, habéis luchado con el Señor, fuerte contra Dios, ¿cuánto más lo seréis contra vuestro hermano? Virgen, ¿quién se pondrá delante de tu poder? ¿A quién no vencerás, pues a Dios has vencido? De ahí nace que los demonios tiemblan de la Virgen, huyendo de Ella en nombrándola; es espantable su nombre contra ellos. El perseguido del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen.

### 7.—*Humildad de la Virgen.*

¿Qué os espantáis que estando con aquellas doncellas las prevaleciese a todas, y se enseñorease de ellas? La que tales lágrimas derramaba, ¿qué conversación os parece que tendrá? ¿Qué alegría mostrará en el rostro, que aun acá un hombre cuando sale de la oración en la cara se lo veréis? Esposas de Cristo, devotas de la Virgen, ninguno vió a la Virgen enojada. Y aunque no mostrase el enojo en la cara, no entendáis que se iba al rincón a enojar, que aunque disimulaba por de fuera, tenía enojo en su corazón. *Aprended de Mí*—dice el Señor (*Mt.*, 11)—*que soy manso y humilde de corazón.* Tal lo tenía la Virgen, mansa, blanda con todos, buscar el lugar postrero; ¡no sería Abadesa! Dios nos dé su gracia para que entendamos esto.

Ruegan el Hijo que sea rey, no quiere y vase huyendo; no le hallaron. ¿Por qué no queréis ser rey? ¿Podrán os por ventura engañar, o torceréis la justicia? ¿Por qué no queréis? ¿Caeréis por ventura en pecado? No. ¿Pues por qué huís de la cosa tan segura? Huye el Señor de las dignidades para darnos a entender que si el que estaba tan seguro huyó, que el malaventurado gusano huya de las ocasiones. El enfermo que hiciere del sano: «No me hará mal el sol ni el aire; bien puedo comer de lo que quisiere, que ya estoy bueno»; el enfermo que se quiere tratar como sano, presto tornará a caer, y la experiencia le dará a entender cómo era enfermo, y no sano. *Juicio durísimo*—dice Dios (*Sab.*, 6)—*será hecho a los que tienen mando,* cuanto más si se dan dineros por ello.

—Vended[me] vuestro Regimiento, vuestra Veinticuatría (3).

—¡Loco! ¿dónde están tus ojos? Ves una motica en tu viña y en tu olivar, tienes tanta cuenta en tus dineros, y en tu salud tienes tanta vigilancia que andas mirando: «Esto me dañará, estotro me aprovechará», aun en las cosas muy livianas; ¿y en lo que toca a tu ánima tanto descuido? ¡Ves una motica, y no ves un monte muy grande! Lastimera cosa es ver unos hombres tan astutos, que en cosas hay que bastan a partir un cabello, y tan necios en lo que tanto les va. ¿Qué cosa hay más necia que decir: «Tomad dineros porque me juzgue Dios con juicio duro»? Porque ¿qué es decir: «Vendedme vuestra Veinticuatría», sino en buen romance: «Toma mil ducados porque me deis con que vaya al infierno»? ¿No te contentas, ¡triste de ti!, con juicio *duro,* sino que a tu costa quieres comprar *juicio durísimo* porque tomas oficio que no mereces?

La Virgen, presecuciones pasó: pero léese de Ella que estaba alegre en las persecuciones. Una Virgen con tanta lumbre en el entendimiento, tanta fuerza en la voluntad, tanta humildad, ¿qué mal os estuviera, Virgen, que en este mundo os mostrárades, pues que tan segura estábades de caer? Llegaos que haga milagro. Hacen milagros Santos que están tan lejos de la Virgen como el cielo de la tierra: ¿por los Santos chiquitos tantos milagros, por vuestra Madre no? Sospecho que se echaba la Virgen a los pies de su Hijo, porque en esta vida no hiciese nada (4) por ella, por la grandeza de la humildad que tenía. Rogaba Ella esto a su Hijo: «No me conozcan, no haga cosa que suene a gloria ni honra.» Bien conocíais vos nuestra flaqueza, que somos amigos de nuestro daño, de lugares altos. «Dejadme que tengo de ser dechado de mucha gente que después de mí han de venir; tengo de ser dechado de casadas, viudas y doncellas, para darles ejemplo que amen el lugar postrero; aunque lo pudiera hacer a mi salvo, no quiero.» ¡La humildad de la Virgen, *la esclava del Señor!* Y así creo que la pri-

(3) *Regimiento*: cargo de regidor. *Veinticuatría*: cargo de concejal, llamado así porque eran en número de veinticuatro.

(4) *Nada:* ningún milagro.

mera sería en obedecer, y que tomaría la escoba para barrer, y siempre haría los oficios más bajos.

¡Oh, quién viera a esta Virgen cómo trataba a aquellas que tenía en su compañía? ¿Qué doncella se llegó a esta doncella que fuese desconsolada? Cuando alguna estaba desconsolada y se venía a Ella, ¿cómo rogaba a Dios? «¡Señor, remedio! No venga a mí esta desconsolada en balde.» ¿Quién se llegó a ti, que no le fuese bien de ello? No es mucho que fuese fuerte para los hombres la que lo fué con Dios, y así creo que tenía presos los corazones de todos.

## 8.—*Devoción a nuestra Señora.*

Sacada del monasterio, cásanla; casada, virgen vivió todos sus días. ¿Creéis que cuando vivía en el monasterio de las vírgenes la querrían bien? ¿Creéis que alcanzaba mercedes de Dios para ellas? De creer es, pues que estando tan lejos de nosotros, hay tantos que la quieren bien. Pregúntoos que me digáis, ¿cuántos corazones de cristianos hay ahora que pasarían muerte por la honra de la Virgen? ¡Esto es verdad! ¿Qué es eso? ¿Cómo queremos tanto a la Virgen? ¿Cómo hay tanta gente que la ama y que tiene a María escrita en su corazón? Señora, si pudieron tus virtudes prender el corazón de Dios, ¡qué mucho que prendan el de los hombres! Tu cuello torre es (*Cant.*, 4): *Turris David, mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium.* ¿Quién es la cabeza? Cristo. ¿Quién es el cuerpo? La Iglesia. ¿El cuello, quién? La que traba con sus oraciones el cuerpo con la cabeza, medianera entre Dios y los hombres, más alta que nadie; y cerca de Dios en bondad y alteza, y cerca de nosotros por misericordia; más alta que nadie, pero más baja que todos en sus ojos. El cuello de la Virgen torre es (*Cant.*, 7): *Collum tuum sicut turris eburnea.* En este cuello *mil escudos penden,* donde se arman los fuertes, y a ella se acogen los flacos.

¡Qué cosa, y cosa! ¡Cuántas doncellas ha habido que les rogaba el mundo con casamientos ricos y estados, y prevaleció tanto en ellas el amor de la Virgen, que lo desecharon todo y dijeron: «Por amor de la Virgen yo prometo a Dios y a Ella virginidad»! (*Ps.*, 44): *Adducentur Regi virgines post eam.* ¡En hora buena Ella fué Virgen, y en hora buena entró en el

monasterio! *Serán traídas al Rey muchas vírgenes después de Ella,* por amor de Ella, por querer seguir su virginidad. Quien tiene guerra con su carne, sepa que en ella *se arman los fuertes,* y vénzala con el amor de la Virgen.

Si sois flacos para ayunar sus vigilias, que os hagáis fuerza. ¡Cuántos mártires por el esfuerzo de esta mártir fueron mártires, acordándose del sufrimiento que ella tuvo ante la Cruz, y decían: «Quiero tener paciencia en mi trabajo, pues que esta Virgen tanta tuvo en los suyos»! ¡Cuántas madres se consolaron en la pérdida de sus hijos, acordándose del Hijo que esta Virgen vió morir ante sus ojos! ¡Y cuántos pobres se consolaron en su pobreza y trabajos! ¡Cuántos perdonaron sus injurias porque la Virgen perdonó a quien mataba a su Hijo! Para sufrir y perdonar y ser vírgenes hay ejemplo en la Virgen.

Señora, ¿y los flacos no hallaremos algún remedio en vos para nuestra flaqueza? Si la carne te tienta, llama a María. ¡Bendito sea Dios! ¿No habéis mirado esta maravilla; un hombre y una mujer, que tienen tal virtud, que mientras más los amáis, sois más casto? ¿Quién pegó castidad en el corazón de un hombre, amando mucho a una mujer? Pues veis aquí una Virgen que, mientras más un hombre se enamora de ella, será más casto. Dió Dios una carne a Jesucristo y a la Virgen (que toda es una) virginal, que basta para santificar otras carnes. La mujer que se enamora de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la remás de Él se enamorare, más casta.

Unico remedio contra las tentaciones de la carne, recibir con limpieza el Cuerpo de Jesucristo. Decirme habéis: los flacos, y personas que reciben mucho al Señor, ¿por qué no son castos? Porque no reciben bien el Cuerpo de Jesucristo; porque si bien lo recibiesen no dejarían de tener limpieza. De Adán nos vino la suciedad de su carne; pues más limpia es la carne de Jesucristo, que sucia la de Adán; y si bien la recibiésemos, más nos limpiaría que nos ensució la otra, sino que la recibamos mal.

¿Qué haré, que soy tentado de la carne? —Ten a la Virgen por abogada, que huele a incienso muy bien, que *en las plazas derramó su olor* (*Cant.*, 1). La Virgen huele a mirra que mata los gusanos; que es significada por la castidad, que mata los gusanos de la suciedad; porque si fueres devoto de Ella, sentirás

deshacerse las tentaciones, *como la cera delante del fuego* (*Ps.*, 67, 3). Llama a la Virgen y dile: «Señora, porque os hago servicio, yo pelearé con amor contra amor; contra el amor de mi mala carne, con el vuestro.»

Y la Virgen tiene armas para flacos y tentados de desesperación. San Bernardo: «En todas tus necesidades y trabajos llama a María, que si contra Dios pudo, ¿no podrá contra tus enemigos? Y si caminas por el mar tempestuoso de este mundo, mira al norte, mira a María; aquel solo no la llame, que la llamó en sus necesidades de todo corazón, y no le socorrió.»

¿Pensáis que es ser devotos de la Virgen, cuando nombran a María, quitaros el bonete no más? Más hondas raíces ha de tener su devoción, que así dícese de esta Señora (*Eccli.*, 24): *In electis meis mitte radices*; ¿qué raíces? Una gran devoción de corazón con la Virgen; y quien ésta no tiene, no descanse hasta que la halle. Una de las señales de los que se han de salvar es tener gran devoción a la Virgen. *En mis escogidos,* Madre, *echa raíces.* ¿Cómo alcanzaré esta devoción? ¿Cómo sus padres que eran tan estériles, la alcanzaron a Ella de Dios? Tan estéril es vuestro corazón, como sus padres lo eran para alcanzar tal Hija. ¿Pues cómo la hubieron? Con ayunos y lágrimas, y oraciones, y guardando muy bien la Ley de Dios; y en pago de esto les dió Dios a María. ¿Qué haré para tener devoción con la Virgen? ¿No le tenéis devoción? Harto mal tenéis; harto bien os falta; más querría estar sin pellejo, que sin devoción de María. *En mis escogidos echa raíces.*

¿Qué haré para alcanzar eso? Que deis limosnas. Que cuando veis una hija de vuestro vecino, que por necesidad se ha de perder, que digáis: «Quiero meter esta doncella monja o casarla por amor de la Virgen. Quiero ayunarle los sábados, sus vigilias, a pan y agua, o como pudiéredes; quiero rezar este Rosario por su amor. Que tal es el amor de esta Señora, que aunque derraméis la sangre, es bien empleado por Ella.»

### 9.—*La Virgen, medianera.*

Ten delante del Padre a su Hijo, y delante del Hijo a su Madre. Ofrece el Hijo al Padre, y di: «Señor, ofrézcoos lo que me disteis; por sus llagas habed, Se-

ñor, compasión de mí.» Si tuvieres devoción en aquellas llagas, y la ofrecieres a su Padre con fe que te ha de oír, gran bien tienes. Porque si no te aprovechares de Jesucristo y de sus trabajos, contárseos ha a gran ingratitud; que los beneficios hechos a los desagradecidos, por perdidos se cuentan. Dios murió por ti, y no lo sientes, y no te aprovechas de ello; tanto es de tu parte como si no muriera; antes será para gran daño tuyo, que te serán demandados sus trabajos muy terriblemente; sino decir: «Padre, mucho te debo, por tu Hijo me haz esta merced.»

Así como el Padre nos dió grandísimo don en darnos a su bendito Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos dió gran don en darnos a su bendita Madre por abogada nuestra. Sí, que cuando Él dijo a San Juan al pie de la cruz (*Jn.*, 19): *Ve ahí a tu Madre,* en nombre de todos dijo; allí entramos todos los cristianos. Danos Dios a su Madre por Madre; agradezcámoselo, y agradézcanselo los ángeles. Si esto hiciéredes, si pusiéredes al Hijo delante del Padre, y a la Madre delante del Hijo, gran señal tenéis de salvación.

¿Qué haré por la Virgen? Muchos bienes me ha dado Dios por Ella; ¿qué haré por Ella? ¿Acuérdaseos de aquellas bodas cuando faltó el vino, que dijo la Virgen a su Hijo: «Hijo, *no tienen vino,* compasión tengo de ellos»? Díjole nuestro Redentor: *Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?* —¡Bien lo entiendo! —¡Vase a los que servían las bodas (*Jn.*, 2): *Quodcunque dixerit vobis, facite.* «Todo lo que os dijere mi Hijo hacedlo.» ¡Qué breve sermón, mas muy compendioso! Aquí predicó tanto como Isaías, San Pablo y San Lucas, y todos los Apóstoles y Profetas: *Nunc, filii, audite me* (*Prov.*, 8). Oídme lo que os quiero decir; quizá de la boca de la Madre se imprimirá en vuestros corazones: «*Todo lo que mi Hijo os dijere hacedlo*», y así el mayor servicio que le podéis hacer, es hacer lo que manda su Hijo. «Señora, por vuestro amor perdono esta injuria.» ¿Tenéis amor malo a mujer? «Quiero apartarme de ella por vos. Quiero callar, silencio quiero tener por amor de vos; aquello que más me duele hacerlo o dejarlo de hacer, ofrecerlo por la Virgen.» Que quererla bien y no imitarla poco aprovecha. Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes; porque Ella es el dechado de quien hemos de sacarlas; y haciendo esto nos alcanzará gracia y después gloria.

## TRATADO 5.º

### VISITACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Verba Sapientium, quasi clavi in altum defixi.*

Las palabras de los sabios, como clavos hincados en alto.

*(Eccl.,* 12, 11.)

### 1.—*Salutación.*

Cosa es de maravillar que siendo las palabras cosa de tan poco tomo y tan livianas, pues son aire herido, tengan tanto tomo, que sean clavos y muy hincados. Livianas en substancia, mas de tomo son en el mal que hacen si son malas, o en el bien si son buenas. *Ex verbis tuis justificaveris,* etc. (*Mt.,* 12, 37). *Vita et mors in manibus linguae* (*Prov.,* 18, 21). Veces hay que se pierde una casa, pueblo o ciudad por una lengua mala; y con la lengua mala podéis quitar a uno la hacienda, honra y vida; y sobre todo, ¡ay de aquel que quita a su prójimo a Dios con mal consejo y persuasión!

No son vuestras palabras, Virgen, de esa manera, sino *Verba sapientis.* Palabras de la Virgen trajeron a Dios para Ella cuando por el *Ecce ancilla* encarnó Dios en Ella; y por sus palabras vino Dios a nosotros. Si no, mirad en la Visitación de Elisabeth, que hablando Ella, recibió el niño aceleración de libre albedrío, y recibió la gracia, ¡como quien no dice nada! Entonces conoció a Cristo, y se gozó, y lo adoró, y recibió la gracia, y fué limpio del pecado original; que cuando del vientre salió, santo salió, y por eso se celebra su nacimiento; y así son suyas aquellas palabras (*Isa.,* 49): *Ab utero vocabit me, et de ventre matris meae recordatus est nominis mei.* ¿Cuál es

vuestro nombre? *Joannes, gratia,* y ésa se le dió por la habla de la Virgen.

Si tan provechosas y fuertes son vuestras palabras, Señora, que con ellas se da gracia, *recordare Virgo mater, cum steteris ante Deum, ut loquaris pro nobis bona, et avertas indignationem suam a nobis.* Si, estando en la tierra, desciende el Espíritu Santo en el niño hablando la Virgen, mucho mejor descenderá rogándoselo Ella desde el cielo do está. Si el gran pregonero de Cristo, San Juan, primero que salga a predicar toma la bendición y salutación de la Virgen, ¿cómo osaré yo enseñar, si no habla Ella por nosotros en el cielo? Eliseo, aunque Profeta, no se siente devoto para profetizar, si no le traen uno que le cante (4 *Reg.*, 3), ¿cómo yo predicaré si no oigo esta gran cantora, que cantó el suavísimo canto de la *Magnificat?* Visitadnos, Señora, con vuestra intercesión; hablad por nos a Dios, para que yo hable bien de Dios, y los hombres oigan y sean alumbrados por merced vuestra.

## 2.—*María, la más parecida a Cristo.*

El ejemplo de todos los hombres que se han salvado y salvarán, Cristo es, y así se llamó Él (*Jn.*, 8): *lux mundi,* y por consiguiente, sol. Y cuanto uno está más cercano a Él en santidad, tanto más participa de su luz, y tanto más claro nos enseña el camino para Dios. Y como entre todos los cercanos a Él, ninguno haya tanto como su Madre, nadie como Ella nos enseña las virtudes con que le hemos de agradar. Y quien bien mirare la vida de la Virgen, verá en Ella una grandísima semejanza de la de su Hijo nuestro Señor: porque convenía que así como ningún parentesco hay tan cercano como entre madre e hijo, y se suelen parecer mucho en el rostro, y particularmente fué esto entre nuestra Señora y su Hijo, así convino que en lo espiritual ningún parentesco ni semejanza hubiese tan grande entre hombre y Cristo, ni entre ángeles y Cristo, como entre esta Madre y su Hijo: *Multae filiae congregaverunt sibi divitias: tu supergressa es universas* (*Prov.*, 31); y estas *hijas* son todas las hijas de la Iglesia no sólo desde el principio del mundo hasta el fin en la tierra, mas todas las hijas de la Iglesia del cielo, que es una con la

de la tierra, y tiene una cabeza, que es Cristo (1 *Cor.*, 11). Señora la llaman en el cielo, y ventaja le conocen aun los serafines en el amor y en la gracia. Ninguna conjunción con Dios tan grande después de la unión personal, como ser Madre; y ninguna conjunción tan grande en la gracia como entre esta Madre y su benditísimo Hijo. Que aquel *Benedicta tu in mulieribus* (*Lc.*, 1) que le dijo el ángel del cielo, y el que le dijo hoy Elisabeth, mujer de la tierra, esto nos dice: que tiene bendición sobre ángeles y hombres, y más gracia que ellos, y por consiguiente, más gloria.

Mirad bien y veréis que, si Cristo virgen, la Madre virgen; y antes que Él lo predicase que era mejor virginidad que casamiento (*Mt.*, 19), ya Ella lo había propuesto y aun prometido. Él predicó pobreza, Ella la obra, dando por Dios lo que le dieron los Reyes. ¡Qué de veces predicó el Señor humildad y caridad, y cuántas veces lo obró primero la Virgen, como enseñada de Aquel que en su vientre estaba! Mucho nos maravillamos ver que el Señor lavó a sus discípulos los pies, que nos da a entender humildad y caridad; y es aquello una admirable obra que Cristo al fin de su vida quiso hacer para ejemplo nuestro; mas mirad el lucero que vino primero que el sol, y veréis su profunda humildad y caridad en visitar hoy a Santa Elisabeth.

### 3.—*Humildad de María.*

Y así como para ver cuán grande humildad fué la del Hijo de Dios en abajarse, dice San Juan primero cuánta era su alteza: *Cum omnia tradidisset ei Pater in manus* (*Jn.*, 13), así para saber bien ponderar la humildad de Ella, mirad primero cuán alta es Ella. Señora, ¿no os acordáis a quién lleváis en vuestro vientre encerrado, que es tal que, por ser Vos su Madre, sois la más alta criatura de la tierra y del cielo; y es razón que Vos a nadie, y todos os sirvan a Vos? Aun si fuera antes de haber concebido tal Hijo, que os da a Vos nombre sobre todo nombre que a criatura pura se debe, que es ser llamada Madre de Dios, no fuera tanta la humildad con que os abajáis, porque no fuera tanta la alteza que teníades; mas siendo Vos, Señora, tan alta, y ensalzada con título de tanta grandeza, haceros Vos pequeña con la humildad, es cosa, después de la humildad

de vuestro Hijo, la más alta de todas, porque Vos que os abajáis sois la más alta de todas.

La Escritura dice (*Eccli.*, 25): *Odit Dominus pauperem superbum*; porque para eso le da Dios la pobreza, porque descienda de la soberbia y se humille; y no lo haciendo, es su fealdad más aborrecible, porque es soberbio sin ocasión, y no con ocasión. Como la soberbia de éste es más abominable, así la humildad del rico es más amable; porque como el otro tenía ocasión de ser humilde y fué soberbio, así éste la tenía de ser soberbio y es humilde. No es mucho, no, que nosotros nos humillemos, pues tenemos tantas pobrezas que nos convidan a ello; mas en la Virgen, donde todo es limpio, blanco más que la nieve, sin ninguna mancha de pecado, allí tanta humildad, es cosa digna de grande admiración, con la cual se hizo amable a Dios y lo atrajo a sí; palabras son de la Virgen (*Lc.*, 1): *Quia respexit humilitatem.* Ahora sea como el original dice, *parvitatem,* ahora como los santos latinos lo exponen, por virtud de humildad, todo viene a una. Y es cosa de ponderar que ni alega fe, ni esperanza, ni caridad, que son las mayores de las virtudes, sino *respexit humilitatem*; porque aunque ésta no es mayor, es fundamento, y es causa de conservación de las otras. A los humildes da gracia el Señor, y si la da a ellos muestra quererlos bien; de manera que el perder uno la gracia, señal es de haber perdido la humildad. *Non veniat mihi pes superbiae; et manus peccatoris non moveat me* (*Ps.*, 35). Si no tienes aquel mal *pie,* no temas esta mala *mano. Ibi ceciderunt omnes qui operantur iniquitatem.* Y no sólo en perder la gracia *gratum faciente,* mas en perder el *gusto de gracia.* Y así esta regla tenía San Bernardo, que cuando le faltaba la devoción decía: *Superbia inventa est in me, et declinavit Dominus in ira a servo suo,* etc.

Y lo que es mucho de mirar, que ama tanto Dios que el hombre sea humilde, que aunque sea trueque de permitirle caídas, le permite caer porque sea humilde: *Punit Deus latentem superbiam manifesta libidine,* dice San Agustín. Y vese en Nabucodonosor, porque por la soberbia fué echado de entre los hombres a morar con las bestias; y así anduvo siete años, hasta que conoció y adoró a Dios, y dijo que a quien Él quiere dar el reino, de aquél es, y se retractó de lo que había dicho, que en la fortaleza de su brazo

había edificado a Babilonia. ¡Oh cuán de verdad se cumple esto en los soberbios, que les quita Dios lo que les había dado, porque no conocían ni agradecían que Él se lo había dado, y permíteles caer en pecados, no humanos, sino bestiales, hasta que los desatina y hace desconfiar de su saber y fuerzas, y díceles (*Dan.*, 4): *Septem tempora mutabuntur super te!* ¡Oh, qué de cosas pasan en aquellos *siete tiempos* hasta que uno se humilla a Dios y a los hombres por Él! ¡Qué de golpes, tentaciones, caídas, hasta que caiga la soberbia; y entonces el hombre está apto para ser levantado, y para ayudar a levantar a otros. Ejemplo en San Pedro.

Y no sólo la humildad alcanza y conserva la gracia, mas es señal que da a entender que está allí la gracia; como al que no la tiene, la soberbia es señal de la ausencia de ella (*Eccli.*, 10, 15): *Initium omnis peccati, superbia, et qui tenuerit illam, adimplebitur maledictis.* Dice la glosa: *Vitiis.* No suelen andar solos los grandes, ni tampoco la soberbia anda sola, y así la humildad no se halla sola. *Evidentissimum electorum signum humilitas, et reprobatorum superbia,* dice San Gregorio.

Y esto se nos da claro a entender en que la Virgen, concibiendo al Hijo de Dios, luego hace acto de humildad en ir a ver y servir a la que era menor. ¡Oh cosa maravillosa, que el lleno de Dios se humille más a servir a su prójimo, y se desprecie más en sus ojos, y cuanto Dios más le alza, más se abaja! Hechura es ésta del cielo, que en la tierra no se usa esto; mas la Virgen hízolo como enseñada de Dios, y debémonos mucho maravillar de ello, mas no contarlo entre aquellas obras que dice San Gregorio *quae sunt admiranda, non imitanda*; que si la humildad del Hijo nos manda que la imitemos, también la de la Madre. Imitemos todos la humildad de la Virgen, pues es espejo de todos. «Mirad—dice San Jerónimo—a la que amáis, y honremos con la imitación a la que honramos con reverencia.» «Aprenda—dice San Ambrosio—la doncella de servir a las viejas, de honrarlas y estimarlas; porque es mucha razón que cuanto la doncella es más limpia, sea más humilde. Y así pueden y deben aprender los mayores a aprovechar y humillarse a los menores.» *Subiecti omni humanae creaturae propter Deum, omnes invicem humilitatem insinuantes,* dice San Pedro (1 *Petr.*, 2); que si este

consejo se tomase no habría los males que hay. De la soberbia todos los males, de la humildad todos los bienes. *Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde, et invenietis requiem* (*Mt.*, 11). Por el contrario, los desasosiegos de la soberbia vienen, por vengar, por cumplir con fausto vano. Desdichado del soberbio que pierde a Dios y pierde el descanso.

Quien a Dios tiene, en la humildad se conoce, como el grano de peso a lo hondo se va, el vano nada a lo alto del agua; y el árbol lleno de fruto, encorvado está hacia abajo con el peso; el de hojas solas, enhiesto y lozano está. No creáis haber santidad sin humildad, ni aunque seáis subido al tercero cielo como San Pablo (2 *Cor.*, 12), si no os tenéis por digno de infierno en cuanto es de vuestra parte; que por falta de esto está el mundo lleno de herejes, teniéndose en más que los Santos pasados y que toda la Iglesia. ¡Oh caso para espantar, que una gente tan profana y carnal se tenga en más que tantos Santos de vida tan sobrehumana, que son como ángeles en comparación de unas bestias! (1). «No deja—dice San Agustín—de creer uno a otro en las cosas de Dios, sino porque se tiene por mejor que él.» Pues ¿quién se osa cotejar ahora con los Santos pasados, pues las piedras dan voces cuánta diferencia va? Y pues aquéllos fueron más amigos, a aquéllos reveló Dios sus secretos; que cada uno descubre su corazón a su amigo mejor que a quien no lo es (*Jn.*, 15): *Vos autem dixi amicos*, etc. Y en los negocios de Dios poca parte es ingenio, ni estudio, ni lenguas, sino el magisterio de Dios; y esto mejor lo ha dicho Dios a su Iglesia, y a Santos, vírgenes, mártires, y de grandísima vida, que a una gente perdida; porque si conocimiento de Dios hay en la tierra, éste tienen los amigos de Él. Mas es tanta la ceguedad de la soberbia, que no deja ver aun lo más claro. No está allí Dios, cuyo espíritu es *humilde y manso*; mas el espíritu del soberbio Lucifer y rey de soberbios.

Quien quisiere tener alguna conjetura de que tiene a Dios, sea humilde e imite a la Virgen, que siendo encinta por obra de Dios va a visitar a la que lo está por obra de un hombre. No va a parlar, no va por callejear, no va por enseñar sus vestidos y hermosura,

---

(1) Alude a Lutero y sus partidarios.

sino a servir a la vieja y embarazada; que a esto han de ser las visitas y entrada. No contó nuevas, no dijo mal de ausentes, sino servía de obra, y [daba] edificación de palabra, aprovechando a la madre y al hijo. Acordaos de esto, señoras; cuando fuéredes a visitaros, sanas o enfermas, sea para edificación, no para traer más pecados.

### 4.—*Visita a Santa Isabel.*

¡Oh dichosa persona a quien, Señora, visitás! ¡Oh cuán de verdad dirá: *Visitatio tua custodivit spiritum meum* (*Job*, 10). Pues que de nuevo lo da, no es mucho que lo guarde. ¡Oh dichosa la casa donde entras a visitarla! ¿Qué bien habrá, que no le traigas contigo, pues llevas contigo a Dios? Nunca la Virgen andaba sola, todas las virtudes la acompañaban, que la hermoseaban mejor que todo el oro. Acompañábanla los ángeles como a su Reina y Señora; mas mirad a quién lleva en su vientre, y veréis cuán rica y acompañada va, para sí, y para darlo a la casa donde entra. ¿Qué bien no dará la que lleva a Dios en sí?

Y para que supiesen los hombres católicos, y se confundan los herejes, que es cosa provechosa la intercesión de los Santos, y que por sus ruegos nos hace Dios bienes, quiso Dios que se diese el espíritu de gracia al niño, por hablar la Virgen, y se diese el espíritu de profecía a la madre. Porque, decidme, ¿quién dijo a Santa Elisabeth que aquella Señora era *bendita*, lo mismo que el ángel la dijo? ¿Quién le enseñó que era *Mater Domini mei?* ¿Quién le dijo: *Beata quae credidisti*, pues fueron cosas que pasaron entre el ángel y la Virgen? Díjoselas Dios; y pudiera decírselas antes que la Virgen viniera, para que la fuera la vieja a visitar, o la saliera a recibir; y no fué servido porque no entendiéramos esta verdad, sino aguarda que la Virgen entrase y saludase a la vieja para que diga: *Ut facta est vox salutationis tuae*. Por la habla, por el medio de la Virgen les vino este bien; y así parece cuán provechosa nos es su intercesión y el encomendarnos a Ella, y con cuánta razón la debemos suplicar nos visite.

### 5.—*Para que visite nuestra casa.*

¡Oh casa dichosa donde, Señora, visitas! Y otra vez lo diré (*Sap.*, 7): *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* San Andrés y otro discípulo preguntaron a vuestro Hijo bendito (*Jn.*, 1): *Ubi habitas?* Señora, preguntámoos a Vos vuestros indignos siervos: «¿Dónde visitáis? ¿Cómo se llama la casa? ¿Qué señas tiene? ¿Qué haremos para traeros a nuestra casa, para que nos consoléis, y se alegre nuestro niño y se alumbre nuestro corazón?» La casa donde visita la Virgen es casa de Zacarías, y saluda a Elisabeth. Zacarías quiere decir *el que se acuerda de Dios.* Bienaventurado hombre que de Dios se acuerda, pues le sabe la Virgen la casa. Acordarse de Dios ¿qué será? que pues tan gran bien es, no debe de ser cosa de muchos. La memoria de Dios, dice San Jerónimo: *Expellit omne peccatum.* La memoria de Dios consuela en las tribulaciones (*Ps.*, 41): *Ad me ipsum anima mea conturbata est, propterea memor ero tui.* De manera, que quien peca no se acuerda de Dios de esta manera, para que la Virgen venga a su casa. Y esto declara David cuando dice (*Ps.*, 118): *Memor fui mandatorum tuorum ad faciendum ea.* Acordarse de Dios es acordarse de sus mandamientos, es ponerlos por obra; y así el que olvida los mandamientos, olvida a Dios, y el que no los guarda, aquél los olvida aunque los sepa de memoria. Esta, pues, es la causa por qué no somos visitados de la Virgen, el no guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia; pues los unos y los otros son necesarios. Y esto declara Dios por el Profeta Oseas (4): *Quia oblita est legis Dei, obliviscar et ego filiorum suorum.* ¡Ay de quien de Dios y su Ley se olvida! ¡Qué amenazado está que le será pagado en la misma moneda, que se olvidará Dios de él, ¡como quien no dice nada! De aquí viene llamar y no ser oídos; porque (*Prov.*, 28): *Qui obturat aurem suam ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis. Numquid oblivisci potest mulier*, etc. *Populus vero meus oblitus est mei, diebus innumeris* (*Jerem.*, 2. 32). Con cuánta razón se queja Dios (*Ps.*, 30, 13): *Oblivioni datus sum tamquam mortus a corde.* Harto nos encomendó Él: «Acordaos de mí.» Y para esto se quedó acá en el sacramento del Altar; mas no aprovecha; que a Él y a sus beneficios hemos olvidado. Olvidado

tenemos a Dios y a su Ley, y por eso no somos visitados de la Virgen, que ella así lo siente, pues lo dice (*Jn.*, 2): *Quodcumque dixerit vobis, facite.*

¡Oh consejo tan de Madre, y tal Madre! *Quodcumque dixerit,* etc. Así, así se torna la tristeza en alegría, *el agua en vino,* haciendo todo lo que el Señor nos manda; así es visitada Elisabeth, que quiere decir *hartura de mi Dios,* que es la buena voluntad con que Dios se harta y el hombre se harta; que aunque la casa se llama de *quien de Dios se acuerda,* la visitada es la mujer encinta. El *acordarse* de Dios más pertenece al entendimiento que se acuerda de Dios y piensa en Él; más la *hartura* a la voluntad, en la cual está el amor. El entendimiento, el varón; la voluntad, la mujer, y ésta es la visitada y bendita, *sicut vitis abundans, in lateribus domus tuae* (*Ps.*, 127). A éste le ganó la Virgen gozo para sus buenos propósitos, que de pocos se hagan muchos, de chicos mayores, y se ofrezcan más a Dios, que le adoren y reverencien.

Viene, en fin, con Ella la bendición de Dios, como en otro tiempo bendijo Dios a Obededón porque recibió en su casa el Arca de Dios; y fué tanto lo que Dios le dió, que David, con codicia de aquellos bienes, trajo a su casa el Arca de Dios. ¡Oh si supiésemos qué bienes tiene quien a la Virgen tiene! Desearíamos y procuraríamos traerla a nuestra casa, para ser más y más benditos de Dios. Y aquel tiene a la Virgen, que tiene a su Hijo o lo quiere tener; el que está en gracia le tiene. Y quien gime sus pecados y los confiesa también le tendrá; que no sólo la Virgen es Madre de los justos, mas también abogada para alcanzar perdón al pecador. Ella es la que cuando Dios está enojado, y viene a matar el necio y malo de Naval (1 *Reg.*, 25), sale al camino, y con su palabra, y echada a los pies de David, y ofreciéndole dones, le amansa. Mejor lo hace esto, cierto, que la otra Abigail, y mejores dones tiene que le presentar que la otra; porque aquélla ofrecióle tantos panes; mas la Virgen tráele a la memoria que le dió carne humana, que le trajo en su vientre, que le dió leche. ¿Qué maravilla, que pues Cristo es tan agradecido aun a un jarro de agua que dan por Él, que lo sea a quien le dió no sólo agua, sino la carne, y lo que hubo menester para vivir, vestir y lo demás necesario? ¿Paga a quien da por amor de Él, y no a quien le da a Él? Y de aquí nace que alcance que se amanse Dios.

¡Oh quién te viese, Virgen, abogar por los pecadores, y decir que nos perdone Dios, que no sabemos lo que hacemos! Y si no es oída, es porque no la oímos en el sermón que nos predica: *Quodcumque dixerit vobis, facite.* Si Ella está rogando por mí arrodillada delante de Dios, yo estoy enhiesto en mi voluntad, duro con malquerencia, abominable con deshonestidades. Había de estar la lengua orando, está murmurando. Es impedida la oración de Ella por nuestros pecados. Ayudemos a la Virgen con nuestra penitencia, y sentiremos el provecho de su Visitación; diremos: *Unde mihi?* Seámosle agradecidos, y Ella dará gracias a Dios por los bienes que nos hace, estará con nosotros hasta que nuestro Niño nazca, ayudando a los buenos propósitos para que vengan en obra, y tengan vida eterna.

## TRATADO 6.º

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (II).

*Quae est ista quae progreditur quasi aurora?*

¿Quién es ésta que se levanta como la mañana?

*(Cant.,* 6.)

### 1.—*¿Quién es ésta?*

Dicen que un ignorante puede preguntar más que responder un sabio; y si la pregunta del ignorante pone en aprieto al sabio, ¿qué hará la del sabio al ignorante? Preguntó una vez el Señor a sus Apóstoles que le dijesen quién era Él (*Mt.*, 16). Pregunta, por cierto, bien dificultosa aun para los ángeles, cuanto más para gente que había gastado su vida más en ejercitar el oficio de la pesca, que no en predicar teología. Y aunque la hubieran predicado, es gran verdad lo que el mismo Señor dijo (*Mt.*, 11): *Que ninguno conoció al Hijo sino el Padre, y a quien el Padre lo quiere revelar.* Y porque al mundo importaba la salvación saber los hombres quién es Jesucristo, y ellos no lo podían saber, proveyó el Eterno Padre de lo decir por boca del Apóstol San Pedro, diciendo (*Mt.*, 16): *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo.*

¡Gran pregunta! ¿quién es Jesucristo? Y después de ésta, es gran pregunta ¿quién es su bendita Madre? Es tan grande esta Niña que hoy nace, que pone en gran admiración a los hombres y a los ángeles, y así como admirados preguntan: *¿Quién es ésta que nace como el alba que amanece, hermosa como la luna. escogida como el sol, terrible y espantable como escuadrón de gente bien ordenada?* ¿Quién será tan atrevi-

do a responder a lo que los ángeles preguntan con admiración? Cuanto más sabiendo nosotros tan poco, que siendo preguntados de una hormiguita o de un gusanillo, aun no sabemos decir todo lo que en ellos hay. ¡Señor benditísimo! Vuestro Eterno Padre declaró por boca de San Pedro quién érades Vos. Mirad cuánto bien se sigue al mundo de que conozcamos quién es vuestra benditísima Madre que hoy nace. Porque conoceros a Vos, es conocer nuestro Redentor y nuestro remedio; y conocerla a Ella es conocer el camino para gozar de Vos y de vuestra redención. Confesámoos, Señor, que no somos suficientes para conocer ni hablar la menor parte de las grandes riquezas que en vuestra Madre pusisteis; tomad, pues, la mano, pues que sois su Hijo y queréis honrar a vuestra santísima Madre, y sois su Criador y su Dios, que la criasteis y dotasteis de todas las gracias que tiene, y por eso la conocéis muy bien, y la daréis a conocer como hemos menester.

*Quae est ista quae progreditur*, etc. Estando un día el Profeta David en contemplación de las obras de Dios, con aquella lumbre que Dios para ello da, y sin la cual no se pueden bien conocer, fué tan admirado de la grandeza de ellas, que salió con esta voz y dijo (*Ps.*, 138): *Maravillosas son, Señor, tus obras, y mi ánima las conocerá mucho.* Dichoso aquel cuya ánima conociere esta obra de Dios que entre manos tenemos, esta sacratísima Niña, en la cual no hay cosa de mano ajena, mas toda hecha por mano de Dios, y por eso toda llena de maravillas, *vaso admirable, obra del muy Alto,* como el Eclesiástico (43, 2) dice. Chiquita es en sus ojos, mas la dignidad y grandeza suya, a todo lo criado excede con grande ventaja. «Más alta es que el cielo—dice San Agustín—ésta que queremos alabar; más profunda es que el abismo; más ancha es que el mar, y su longura es mayor que de oriente a occidente.» Maravíllanse de Ella los hombres y los ángeles; *viéronla las hijas de Sión, y llamáronla bienaventurada, y las reinas la han alabado* (Cf. *Prov.*, 31, 28); porque así los ángeles que *atalayan* a Dios en el cielo faz a faz, como las ánimas muy santas que hay en la tierra, todos le conocen ventaja, y se postran delante su acatamiento, y confiesan ser insuficientes para conocer la grandeza de esta pequeña, y preguntan, si hubiere quien les responda: *¿Quién es ésta que sale del vientre de su madre como alba que nace, hermosa como luna?*

No seamos nosotros tan atrevidos a quererles decir a los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan, y con preguntar nos enseñan; y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan: *¿Quién es Esta, que sale como alba, hermosa como luna?* De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es *alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado.*

## 2.—*Nace como el alba.*

¿Por qué *alba,* benditísima Niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Vos cuando nacéis del vientre de vuestra madre no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al rey Faraón y a los suyos en el mar Bermejo (*Ex.,* 14); y en Vos, que nacéis *como alba,* ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver con Vos. ¡Oh Niña bendita, cuán segura estáis Vos de que os cierren la puerta del cielo con aquella palabra que San Juan dijo (*Apoc.,* 21): *¡Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad,* toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande! ¡Señora, Señora! A nosotros dice aquesta palabra, y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos, hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado [sin él], sino Vos, escogida particularmente por la divina bondad para que por honra suya no cayese pecado en Vos, mas toda fuésedes limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob (*Gen.,* 32, 29), recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos. Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, las cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con Vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fué libre sino sola Vos.

Salís *como alba* y ponéis en espanto a los que no os conocen, dais alegría a los que os miran. Porque ver un cuerpo que nunca fué rebelde a su ánima, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre a la razón, y una razón y voluntad siempre sujetas a Dios, son obra nueva, hasta hoy vista en nadie, ni después de Vos sino en vuestro sacratísimo Hijo. Con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en veros nacer *con lumbre de alba*, pues ven en Vos una santidad que ni hubo semejable en lo pasado, ni la tendrá en lo por venir. Demos alabanzas a Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta Virgen sagrada es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia y con lumbre de Dios.

### 3.—*Hermosa como la luna.*

Ya es razón que hablemos de cómo es *hermosa así como luna*: es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es *blancura de la eterna luz*, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fué cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor. Es la luna blanca, y la Virgen es purísima; es la luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en el servicio de nuestro Señor que ninguna criatura; la luna es la más baja de todos los planetas, y la Virgen la más humilde que hay en el cielo ni en la tierra. Y así como la luna aunque unas veces parece con poca lumbre, y otras no parece, y otras parece llena, y en la verdad nunca tiene menos lumbre una vez que otra, sino siempre está llena, sino que, porque no parece a los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen sagrada todo el bien y lumbre que tiene, de Jesucristo nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de aquéstas; mas Ella siempre tenía su ánima convertida y atenta a Dios, el lucidísimo sol,

y con grandísimo fervor y amor y elevación de entendimiento y voluntad hacía todas sus obras, chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual os confesamos, Señora, que sois *hermosa como la luna,* y mil cuentos de veces muy más hermosa, pues que en comparación de vuestra benditísima ánima y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osará parecer; y son excedidos de Vos los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados.

### 4.—*Escogida como el sol.*

Y no para la santidad de la Virgen en ser *como alba* y ser *como luna.* ¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad! Mas esta Señora cumplió lo que está escrito (*Prov.*, 4), que *la senda del justo es como luz que nace hasta el perfecto día.* ¡Oh qué cuidado! ¡Oh qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de lumbre de *alba* a lumbre de *luna* que es mayor, y después a lumbre de *sol* que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser *escogida así como sol.* Nombre es éste que se pone su sacratísimo Hijo, porque Él es la fuente de toda luz espiritual en el cielo y en la tierra, como este sol es fuente de lumbre para todo el mundo; mas quien le dió ser parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol, pues la dió a sus Santos Apóstoles, a los cuales dijo (*Mt.*, 5): *Vosotros sois luces del mundo.* Sol que procede del Sol es aquesta Niña sagrada, y *la mujer vestida del sol,* que San Juan vió en su Apocalipsis (12). Lumbre y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la *lumbre* que a esta Niña bendita fué concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios, y para todo lo que convenía para le servir!

De Abigail se cuenta (1 *Reg.*, 25) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: «Virgen prudentísima. ¿adónde vas?» La prudencia de las otras podémosla medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al

Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues *el fuego* de amor que Dios *vino a encender en la tierra* no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta Niña, pues sin comparación amó más al Señor que a sí misma; y su vida toda fué una lumbre, un fuego bastantísimo a mover a los que la miraren a servir al Señor. «Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María—canta la Iglesia—, cuya vida excelente a todas las Iglesias alumbra.» De manera que aunque el DÍA *de nuestra salud, y tiempo aceptable al Señor* (2 *Cor.*, 6) es desde que Él mismo encarnó y nació en este mundo, y en comparación de Él, esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen *mañana,* mas mirando la excelencia de su vida, también a su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (*Eccli.*, 26): *Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer.* «Quitad—dice San Bernardo—el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quitad a la Virgen, y todo quedará en obscuridad de pecados.» Bendito sea nuestro Dios que nos quiso alegrar con el nacimiento de esta santísima Niña, tan llena de luz, que de *alba* procede a *luna,* y de luna a *sol*; dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su eficacísima intercesión y oración.

### 5.—*Terrible a los demonios.*

¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba aquesta Niña bendita, pues es comparada con la lumbre del sol, que es fuente de toda luz? Aun queda más; porque para ser una Niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer el santo agradamiento de Dios, mas que tenga fuerzas para lo cumplir y poner en obra. Poco aprovecha a muchos que sepan los mandamientos de Dios, que son el camino para el cielo, si no los ponen en obra. Causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (*Mt.*, 19): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes* que el que ni la sabe ni la cumple. Lejos de esta Virgen está esto; ferventísimo amor tuvo, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni tra-

bajo, dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Tomólo a pechos, y como persona determinada de morir o vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella; y de esto la alaban los ángeles, que es *terrible* y espantable a los demonios y a los pecados *como escuadrón de gente ordenada.*

Dulcísima es esta Niña para los hombres, blandísima y sujetísima a Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos; porque el fuerte amor que a Dios tenía la hacía aborrecerlos tanto como dijo David (*Ps.*, 96): *Los que amáis a Dios, aborreced el mal.* Tenía, pues, la Virgen un magnánimo corazón, lleno de fortaleza del cielo, con que hollaba *al león y al dragón* (*Ps.*, 90, 13), que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias (1); y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban *derretidos así como cera* (*Ps.*, 67, 3). Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, ¿con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán, y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito (*Gen.*, 3), que *había de quebrantar la cabeza al demonio,* no sólo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno?

### 6.—*¿Hay aquí alguno en pecado mortal?*

¿No veis qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de aquesta benditísima Niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar a Dios que tal crió, y darle gracias porque nos dió tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona!: «Celebremos con alegría el nacimiento de aquesta sacratísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo nuestro Señor»; confesados y comulgados, y todos en estado de gracia, y alegres con el testimonio de la

---

(1) Véase el AUDI, FILIA, caps. 17-29.

buena conciencia, y con la viva esperanza de ver a esta Señora en el cielo, y gozarnos para siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebramos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las habemos de celebrar y tratar; y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente Niña (que tiene luz de *alba,* de *luna* y de *sol,* que siempre es *victoriosa de sus enemigos*) el que está en la triste obscuridad de la noche de pecado mortal; en la cual, como hombre que vive sin lumbre, ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene lumbre de gracia para conocer y amar a su Dios ni a sus prójimos; pues según está escrito: *El que anda en la noche no sabe para dónde va* (*Jn.*, 12, 35). ¡Oh Señor, y si está aquí alguno que está fuera de vuestra gracia y lumbre, y vive en obscuridad de pecado mortal, ora sea si está con propósito de cometerlo, o porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: «¿Quién es esta Virgen que nace?», admirados de su gran lumbre y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande e indecible mal de pecado mortal, mirarlo han, y espantados de su obscuridad, cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: «¿Quién es esta ánima tan ajena de lumbre del cielo, y tan obscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que, siendo criada a imagen de Dios, ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?»

¡Oh qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (*Thren.*, 4): *Que los nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no son conocidos quién eran.* ¿Cómo conocerá Dios y sus ángeles, quiero decir, cómo *aprobará* lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? «Hermoso te crié yo—dice Dios—, ¿cómo tan miserablemente te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado a ensuciar?» *Apartaos de mí*—dice el Señor (*Ps.*, 6)—*todos los que obráis maldad*; porque no os conozco. Y aunque sean doncellas, y tengan apariencia de buenas obras, si carecen

de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quien fueren, tengan lo que tuvieren, quieran o no quieran, oír tienen esta terrible palabra de Dios (*Lc.*, 13): *No os conozco, apartaos de Mí.*

¡Oh hermano mío, quienquiera que seas, a quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tan de tomo, por unos bienes falsos, o placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te entre en provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo nuestro Señor (*Mt.*, 16): *¿Qué trueco puede el hombre dar en lugar de su ánima?* Y si por tu ánima que pierdes no te pueden dar igual trueco, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, ¿qué es lo que te dan en trueco porque pierdas a Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de Él en la gloria, y puedas vivir en su enemistad, y tan lejos de gozar de Él como si no hubiese Dios sino para castigarte? Un hombre hace sentimiento y echa menos cuando pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas menos perder a tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios, bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo, si lo osas decir. ¡Oh Bien infinito, y Bien tan grande, que no hay cosa que se pueda igualar con Vos; porque sois tal, que quien a Vos sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien a Vos no tiene, ¡ay de él, ay de él, ay de él! que malaventurado es a boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra y en el cielo hay! Esta, hermano, es obscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan un chanflón (2) y dicen que es ducado de a diez, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te huelgas de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan a Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la reina Dido se mató porque se fué Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba; y quéja-

(2) *Chanflón:* moneda antigua de dos cuartos.

se él después de sí mismo diciendo: «¡Y sufría yo, Señor, con ojos secos ser apartado de Vos, vida mía, Dios mío!» Lloraba porque se había apartado un ánima de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado a Dios de su ánima, la cual queda más fea, pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el ánima sale de él.

## 7.—*¡Acude a la Medianera!*

Hermano, si tu desdicha ha llegado a tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, o por desearlo tomar, o por una malquerencia o murmuración, o por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la lumbre del cielo, gime tu mal, y da muchas gracias a la divina bondad que te dejó llegar a este día, y venir a la iglesia a celebrar día del Nacimiento de esta benditísima Niña, que no sólo tiene lumbre de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para Sí misma, mas aun también para ti. El alba, en medio está de la noche y del sol; y esta Virgen bendita medianera es entre los pecadores que viven en noche, y entre Jesucristo nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María. Hermano, no desesperes. ¿Quieres ser curado? ¿Quieres sanar de estas heridas mortales? Si quieres, no me respondas (*Jn.*, 5): *No tengo hombre.* Un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso a riesgo de muerte su vida por ti. Y a éste que es *carne de tu carne y hueso de tus huesos le puso el Padre en sus manos todas las cosas,* como Él mismo lo dijo (*Mt.*, 11, 27); y a éste hizo Juez tuyo, y *tiene las llaves de la muerte y del infierno* (*Apoc*, 1, 18), y de la vida y del cielo; porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de Él, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dió la vida por ti. Juzgado fué de Poncio Pilato, y por eso es constituído por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (*Jn.*, 5, 22): *El Padre, no juzga a ninguno, porque todo el juicio dió al Hijo.* Da gracias a Dios por haberte

dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que *sabe de enfermedades* (*Is.*, 53, 3), y que *fué tentado para* con la experiencia *aprender a ser piadoso* (*Hebr.*, 2, 17) y en todo tal cual lo ha menester y lo podía desear la humana flaqueza.

Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar a Caín (*Gen.*, 4) y a Judas (*Mt.*, 26) y otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo, dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor, con darnos por abogada a esta Virgen bendita que hoy nace; cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta *alba* muy alegre. Y si las enfermedades de pecados te traen cansado, atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y anímate y pide misericordia a esta nueva abogada y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte a Jesucristo, porque no sólo es hombre, hermano tuyo, sino Omnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate a esta Virgen sagrada, mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: «Si hallares en Ella alguna cosa áspera, alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas.» Mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en lumbre, mas como *luna* perfecta y hermosa, llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce a los que andan de noche para que no se pierdan, y poco a poco vengan a la lumbre del sol. Y como la luna es el planeta, entre los siete, el más cercano a nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que [a] ninguna pura criatura en la tierra ni en el cielo tan presto le tocan nuestras miserias como a su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la Iglesia *Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está diputada por Dios para socorro de atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volver-

las hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovéchate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

## 8.—*¡Ya es hora de caminar!*

El alba nace, ella misma da voces con la lumbre que trae, y dice: Ya es tiempo de caminar, ¡levantad los dormidos! Los gallos cantan, y las otras aves también; y la Virgen está desde el cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, que despiertes del sueño del pecado, y que andes en la lumbre de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios también lo que dijo por boca de San Pablo (*Efes.*, 5): *Levántate tu que duermes, despierta de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo.* Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo, los ángeles de la misma manera; los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes a tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas a Dios y ganes para siempre el reino del cielo? ¿Qué respondes? ¡Recuerda, que duermes!

¡Oh Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embebecido y embriagado en un falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! A los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles (3) la palabra de Dios delante de los ojos para recordarlos que es luz verdadera para despertar los dormidos. así como si les dijese: «Infierno hay para siempre donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo que te dan aquí los pecados; el cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra; enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con Él que esté bien contigo, si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados.» ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz a los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan

---

(3) *Sin que valga ponerles;* la edición de 1596, *que si uno les pone.*

sus ojos de la lumbre; y ni quieren procurar ni oír las palabras de Dios, por no tener quien les haga mal sabor a sus dañadas voluntades. Y otros, más endurecidos, quieren mal a la verdad y a quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la lumbre que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado e infierno, y pésales tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrían que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese. Viven en tinieblas; y *todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir a ella*—dice San Juan (3, 20)—*porque no parezcan sus grandes maldades.* ¡Oh engañados hombres y desdichados! Tomad otro consejo, que ése no os puede valer. Ha dicho el Hijo de Dios (*Lc.*, 12): *Las cosas que predicasteis en tinieblas, serán predicadas sobre los tejados*; y tiene ordenado que todas *las obras de la noche,* que son los pecados, salgan a la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la lumbre de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? *Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo*; que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar.

### 9.—*No lo dejes para adelante.*

¿Por ventura habrá aquí alguno a quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa; mas oírla ha, y no la tomará (4), esperando que acabará ciertos negocios, o que gozará primero de su gusto (como ellos dicen), y dormirá todo este tiempo, y después recordará. Hombre, ¿quién te hizo a ti dios, que quieres el oficio de Dios, pues que dijo nuestro Señor (*Act.*, 1): *No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder?* ¿Qué sabes tú si llegarás a ese tiempo que te prometes? No tienes certidumbre que llegarás a la noche, ¿y aventuras tu salvación sobre la incertidumbre

---

(4) *Tomará;* la edición de 1596, *amará.*

de vida? Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio, que estando cautivo en poder de turcos, con muy mal tratamiento, y a peligro cada día de perder la cabeza, responda a quien luego le quiere rescatar: «No quiero salir tan presto, hasta de aquí a dos o tres años, no por otro fin sino por estar aficionado a alguna mala mujer, o cosa semejante a ésta»?

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen o en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego a quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman a quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: «Llamábasme Tú, Señor, y decíasme: «Levanta que duermes, y sal de entre los »muertos.» Mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. «Espérame un poco, ahora »me levantaré.» Mas aquel *poco* ¡cuán largo era! y aquel *ahora* nunca venía; y así dilatando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí.» De esto se queja San Agustín; y si Dios te da lumbre, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir a nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: «Tronaste, Señor, desde arriba con una voz grande, y dijiste: *Hágase la luz.* Y fué hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en que había estado acostado, y espantéme y dije: «¡Ay, ay de aquella ceguedad cuando no »te conocía; ay de aquel tiempo cuando no te ama»ba! Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde »te conocí, hermosura tan nueva.» No sientes ahora el mal en que estás, como el loco, ni el que tiene modorra; mas si Dios te diese salud, darás unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste estando sin seso. Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su ánima, es si dice de corazón: «Pésame, Señor, de cuán tarde os he conocido.» ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo habrás; y si lo hubieres, será con mayor

trabajo; porque la mala costumbre que habías alcanzado, y los pecados que hicieres de aquí allá, te pondrán en mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buen aparejo; brama en tu corazón y di: «¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Ahítome de comer a la continua un manjar, aunque sea bueno, ¿y aun no estoy ahito de ofender a Dios, tantos años ha comiendo, no manjar, sino verdadera ponzoña? Si no pongo fin a mis males, ¡ay de mí, que (*Job*, 17) *el infierno es mi casa!* Y si algún día los tengo de dejar y llegarme a Dios, ¿por qué no será luego, pues el remedio es más cierto, y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos puercos, que aun de lo que a ellos les sobra yo no me harto (*Lc.*, 15, 18). *Levantarme quiero, e irme a mi Padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo.*

### 10.—*La gracia preveniente, favor de María.*

Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu ánima, entiende que te ha amanecido el alba, que es el aparejo para venir a estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te aparejes a recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad. No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el aparejarse para que Dios lo ponga; dádiva es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos *corazón arrepentido y humillado* (*Ps.*, 50) y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición menea el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos a Dios, y temer al que antes tenía en poco (*Cant.*, 5): *Mi amado*—dice la Esposa—*metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, o mis entrañas temblaron cuando me tocó.* No es cosa fría lo que se siente en el corazón del hombre a quien Dios ha tocado; hácele temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y tórnalo tan

blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder.

Y éste es el don que nos alcanza esta bendita Niña, que nace *como el alba*; y, según hemos dicho, es medianera entre la obscuridad de la noche y la lumbre del sol. ¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido medianera para que salgan de la obscuridad de la noche y cobren la lumbre de gracia! ¿Quién nos dirá qué de ánimas perdidas gana Dios mediante esta Niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva desayudó al primero Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta Niña es criada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y a recoger las ánimas por quien Él derramó su sangre. *Él murió por todos,* como dice San Pablo (2 *Cor*., 5), y Ella es el *alba, luna* y *sol* que nace *para todos*; y aquel sólo no gozará de ella que se quiere meter, huyendo de su lumbre, en las cuevas hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen sagrada, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oírte, ni tus oraciones y servicios saldrán en balde.

### 11.—*Contra la desconfianza.*

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar ánimas de pecados. Y escrito está en Job (36): *El te librará de la boca angosta, y del pozo que no tiene suelo.* Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación; no se estreche tu corazón con la desconfianza por la muchedumbre de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (*Ps.*, 68): *No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí.* Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo, por angosto que sea, y aunque no tenga suelo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios le tenga que no baje más, el pecar no tiene suelo ni fundamento donde parar.

No me alegues que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres aprovechar, que todos tus pecados para te condenar. Ni me digas: «¿Cómo, Padre, enmendaré mi vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo?» Que escrito está (*Isa.*, 10): *Que echando aceite en el yugo, se podrece el yugo*; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se deshará ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí, y como carga pesada, te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más fuerte que tú, tampoco desmayes, porque escrito está (*Is.*, 49, 24, 25): *¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo—dice Dios*—que aunque esto no sea posible a fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo *la cautividad será libertada de la mano del fuerte*; *y lo que asió y prendió el robusto le será quitado.* No tengas, hermano, tú esas congojas; que una Niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en Sí misma, mas en las ánimas de los pecadores. Nacida te es hoy para tu consuelo y remedio; ponla por intercesora entre Dios y tú; gime tus culpas y pecados, y vete a Ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará.

### 12.—*Haz progresos en la virtud.*

Y si Dios tanta merced te hace, que después de tu mala vida y obscuridad, te nazca lumbre de alba, no pares ahí, imita a la Virgen que creció de luz en luz; y tras la del alba, tras tus buenos principios, crece en lumbre de luna, para que tu vida pasada, que fué ejemplo de obscuridad y causa que otros pecasen, sea ya lumbre para traer al servicio de Dios a los que están en tinieblas, y consideran cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas a servir a Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente. Mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que, si puede tener mucho, tenga poco, y si puede emplear su dinero donde le gane ciento, no se contenta con cincuenta. Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes

verdaderos y eternos; pues aquéllos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por henchir sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un solo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer.

Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y chicos trabajos, caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven a Dios con fervor, y ponen el hacha a la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca a su aprovechamiento, y se contentan con una vida floja que solamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos muy a la continua en pecados veniales graves (5), que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue; y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del cielo, ni los dulces frutos del amor divinal, el cual hace los trabajos que por Él se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo. Que no mintió quien dijo: «Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los reyes.» Y si llorar por Dios excede a los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar con Dios?

Hermano, pasa adelante; no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios. Porque así como hallaste a la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de la obscuridad de la noche a la lumbre del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó. Y dichoso serás tú si algún día vinieres a tanta bienaventuranza en aques-

---

(5) Cuáles sean éstos, véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, n. 6.

ta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, más también seas semejable a la lumbre del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divinal. Entonces te deleitaras en imitar a Jesucristo nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima Ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor, y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de Él; y de allí pasarás a ser espantable a tus enemigos, y experimentarás en ti lo que dijo David (*Ps.*, 118): *Aborrecido he la maldad, y abomínádola he, y amado tu Ley.* Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para si ama a Dios verdaderamente. Como cuando le convidan con manjar desabrido, y que su estómago le abomina y alanza de sí; de esta manera su ánima *abomina* y *aborrece* el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan; porque el *aborrecimiento* verdadero de ellos muerte suya es. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún pecado, alza luego los ojos a esta Virgen sagrada, pidiéndola te alcance salud para tu paladar estragado, y que aquello te sepa bien que a Dios sabe bien, y mal lo que a Él sabe mal. Porque aunque es mujer, es Mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (*Prov.*, 31): *¿Quién hallará mujer fuerte?* Mas cuando le fué revelado que había de nacer esta que nos ha hoy nacido, díjole en persona de Dios (*Cant.*, 4): *Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes.*

### 13.—*Plegaria a la Virgen.*

¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! Él es la cabeza, y la cosa más cercana a Él es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad, y mucho más, que *la torre de David,* en espiritual alteza. De Vos están colgados *mil escudos, y todo género de armas para* que peleen *los fuertes,* y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en vuestra vida mirare, hallará las armas que ha menester para pe-

lear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y no se casan, los mayores y los menores. Ni hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que *no vino a llamar justos, sino a pecadores a penitencia* (*Mt.*, 9, 13).

A Vos, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón de ellos. A Vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón; para que Vos, [que] como otra Rebeca (*Gen.*, 24) y muy mejor que ella, sabéis, muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo bendito; guiséis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que teniéndoos a Vos por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando a las nuestras que los hacen, sino a las vuestras que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima. gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria.

# TRATADO 7.º

## PURIFICACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

### (*Ofrecimiento de nuestro Primogénito.*)

*Sanctifica mihi omne primogenitum, tam de hominibus quam de jumentis; mea sunt enim omnia.*

Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.

(*Ex.*, 13.)

### 1.—*Salutación.*

Comencemos el sermón por donde comenzamos la Misa: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui* (*Ps.*, 47). Habemos, Señor, recibido tu misericordia en medio de tu templo. Este es el hacimiento de gracias que hace hoy la santa Madre Iglesia a Dios por haber enviado hoy su Hijo al templo. Orígenes dice que uno de los nombres con que es llamado Jesucristo es *Misericordia*; y así, decir que Dios es *Padre de las Misericordias,* es decir que es Padre de Jesucristo. Hoy fué presentado al templo el Señor del templo, y por manos de otro más verdadero templo, que fué la Virgen; y pues en ella lo recibimos y por Ella, roguémosle que, mediante sus oraciones, ahora lo recibamos.

### 2.—*Fiesta de la Presentación.*

*Sanctifica mihi...* «Ofréceme—dice Dios—todos los primogénitos, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.» San Gregorio dice que

no se puede edificar moralidad sin contar primero la historia. Y así habéis de saber que hoy, cuando menos, concurren tres fiestas, las cuales son Purificación, Presentación, Candelaria o fiesta de Simeón. La Presentación, que es la mayor, fué cuando no queriendo Faraón soltar al pueblo de Israel de Egipto, aunque Dios le había castigado con nueve plagas o azotes, matóle Dios en una noche todos los primogénitos, desde el primogénito del rey hasta el primogénito de un esclavo (*Ex.*, 13); y entonces dejóles Faraón salir a sacrificar, y así dijo Dios: «Pues para libraros maté yo los primogénitos de Egipto, justa cosa es que, en reconocimiento de esta merced, me ofrezcáis a mí todos vuestros primogénitos. Los primogénitos de una tribu, que es la de Leví, serán míos para siempre (*Lev.*, 27); los demás redimirlos habéis por cinco siclos cada uno.» Y si fuesen animales sucios, como perros, o los habían de matar, o trocarles por otros *(ut ibi dicit): Omne primogenitum asini mutabis ove.* Y esto se llamaba *Presentación*; la cual se hacía en los cuarenta días después del nacimiento; y así dice el Evangelio (*Lc.*, 2): *Postquam impleti sunt dies Purificationis Mariae*; la glosa interlineal dice, y refiérese a nuestra Señora, según nosotros en nuestro texto decimos, o como quiere la misma glosa a Jesucristo, no porque en ella hubiese que purificar, sino para denotar lo que mandaba la Ley; como si dijese: los cuarenta dias que la Ley mandaba para la purificación.

### 3.—*Fiesta de la Purificación.*

La segunda fiesta se llama Purificación, la cual es por los pecados que la mujer hiciere en el embarazo, en la concepción y en el parto: en la concepción del niño, en superfluos deleites; en el embarazo, antojadiza, regalada; después del parto, descontentadizas, rencillosas, enojosas. Por tanto, mandaba Dios que por estos y otros semejantes pecados, que si pariese hijo, hasta cuarenta días no entrase en el templo; y si hija, ochenta; y a los cuarenta días llevase un cordero si fuese rica, o un par de tórtolas o palomas si fuese pobre. Pero por esta parte, libre era la Virgen; porque particular cuidado tuvo Moisés de sacarla cuando dijo (*Ex.*, 13): *La mujer que hubiere concebido de varón*; para dar a entender que había de ve-

nir la Virgen, que no concebiría de varón, sino de Espíritu Santo; pero quiso cumplir la ley como verdadera obediente a la ley para dar ejemplo de obediencia.

### 4.—*Fiesta de la Candelaria.*

La tercera fiesta es del Santo viejo Simeón, el cual deseaba y pedía al Señor que enviase la salud que había prometido a todo el pueblo. Para lo cual habéis de imaginar que tal día como ayer, teniendo la Virgen aparejada su ofrenda, salió del portal de Belén y de do había parido; porque no era lícito salir del lugar donde pariese hasta el día de la Purificación o Presentación; y compró un par de tórtolas o palominos como pobre (*Lc.*, 2), porque el oro que los reyes le habían dado, ya lo había, como misericordiosa, expendido a pobres. Y ayer tarde vino a Jerusalén; y esta noche dormiría en casa de algún amigo o pariente. Y tal como esta mañana viene al templo con su Niño en los brazos, y amanece con su sol, más claro que éste, en el templo. Y había un hombre *justo y temeroso*, porque no puede ser justo sin temer (*Eccli.*, 1, 28): *Qui sine timore est, non potest justificari.* Porque el que no tiene temor, presto caerá. El que dice: «Aunque vaya allí, no caeré; aunque vaya a tal casa, no me acaecerá nada», presto caerá. Y por tanto dice el Sabio (*Prov.*, 28): *Beatus vir, qui semper est pavidus.* «Bienaventurado el varón que está siempre temeroso.» Y antes había dicho (*Prov.*, 14): *Sapiens fugit, et declinat a malo: stultus confidit, et transilit.* «El sabio huye y apártase del mal, y el necio cae.» Y así el Santo viejo, como era justo, temía.

*Et expectaba redemptionem.* No puede haber mayor señal para ver si este buen viejo era santo y bueno, que desear el bien común. Dice San Ambrosio: Era justo porque deseaba el bien del pueblo. Decía: «¿Pensáis que tengo de ver tanto bien? ¿que tengo yo de ver con mis ojos al Señor? ¿que vea yo la libertad del pueblo? ¡Oh Señor, si Vos sois servido, no me llevéis hasta que yo con mis ojos vea tanto bien!» Este era viejo; que no nos consta ser sacerdote, y tan deseoso del bien común. Padres sacerdotes: si hubiera ahora muchos Simeones, ¡qué bienaventurados fuéramos! Qué confusión para nosotros, que nos contentamos con decir Misa, ¡y qué de paso! ¡y qué de pri-

sa! ¡sin amor sin agradecimiento! Bienaventurado el que cuando tuviere a Cristo en sus manos sintiere lo que este viejo Simeón. Que el sacerdote tan limpio ha de ser, que no ha de llevar pecados que llorar en el altar, sino los pecados del pueblo; porque, según San Agustín dice, el pecado mortal no es pecado de cristiano. ¿cuánto menos lo será de sacerdote? Y así se quejaba Dios por Malaquías diciendo (*Malach.*, 2): *¿Porque me hinches mi altar de gemidos?* Lo cual se puede entender de dos maneras. La una, de las quejas que tienen vuestros prójimos de vosotros, padres sacerdotes, las viudas pobres. La segunda se puede entender: ¿Por qué hacéis pecados que tenéis después que gemir en mi altar? Decid, aunque veis las necesidades de la Iglesia, ¿cuántas lágrimas os cuestan? ¿Cuántos gemidos rogando a Dios que la remedie?

Cuando Urías fué llamado de la guerra por David, y lo envió a dormir con su mujer y dijo (2 *Reg.*, 12): *Arca Dei manet in papilionibus.* «El Arca del Señor queda en los casares, y mi señor Joab peleando contra mis enemigos, ¿y que duerma con mi mujer? ¡Por la salud de tu ánima, no haré tal cosa!» Mirad qué respuesta de un hombre casado. Y aun por no haber muchos Urías, anda el mundo como anda. Este, por estar el Arca en el campo peleando contra sus enemigos no quiso llegar a su mujer propia, y habrá ahora muchos que deseen llegar a las ajenas.

Pues porque el Santo Simeón deseaba este bien común, por eso era justo; y así como Dios se lo había prometido se lo cumplió, porque vino *in spiritu in templum.* No quiere decir que vino en espíritu, y no en cuerpo, sino movido por Espíritu Santo. No como vienen muchos, a parlar, a reír, o movidos por otras vanidades.

*Et accepit eum in ulnas,* etc. ¡Qué pensáis qué regocijo tendría cuando viese tal merced, y tan deseada, cumplida, y viese en sus brazos el bien del mundo! Comiénzase a hacer niño con el niño, que es Cristo. *Renovarse ha como la del águila tu juventud* (*Ps.*, 102). Si en el deseo de este Santo te ocupases, o con él vinieses con espíritu al templo, la Virgen te daría su Hijo en los brazos como a éste; y pues es tan dadivosa, pidámosle a su Hijo, que dárnoslo ha. *En las manos* lo tomó; porque no le recibió por palabra. sino por obra. Aquel recibe la gracia del Señor *en sus manos,* que la pone por obra. ¿Veis cómo se rego-

cija el buen viejo teniendo a Dios en sus manos? Pues ¿cómo puede un sacerdote ofender a Dios teniendo a Dios en sus manos? ¡Oh quién con trompetas dijese aquel (*Dan.*, 3) *Benedicite, Sacerdotes Domini, Domino!* ¡Cómo no nos deshacemos de alegría cuando vemos a Dios en nuestras manos! *Derretídose ha mi ánima después que me habló mi Amado*—dijo la Esposa (*Cant.*, 5)—. ¿Cómo nos atrevemos a le ofender, y no decimos como José de su amo (*Gen.*, 39): *¿Cómo podré yo ofender al que todas las cosas de su casa me tiene entregadas?* ¿Con qué ojos le vemos, pues así le ofendemos puesto en nuestras manos? ¿Sabéis de adónde viene no sentir lo que este Santo viejo? Por no haber con lágrimas procurado y demandado esta venida, como éste la pidió. ¡Oh qué pena debe haber para el mal sacerdote en el infierno! San Basilio dice que a la muerte del buen sacerdote muchos ángeles bajan del cielo por su ánima, y a la muerte del malo muchos demonios vienen por su ánima.

Bendijo a Dios, y dice: *Nunc dimitis.* Con razón, por cierto; porque quien a Dios recibe, ni tiene más que pedir, ni que desear.

## 5.—«*Mías son todas las cosas.*»

*Santifica mihi,* etc. Echad mano a las bolsas. ¿Traéis bolsas? Día es hoy de dar y ofrecer a Dios mucho, pues tanto demanda: *Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.*

—Espantóme, Señor, cómo a gente tan pobre y tan avarienta como nosotros, le pedís tanto. Señor, si yo fuese tan largo como la Virgen, daría todo lo que me pedís; pero pobre y avariento ¿cómo lo podré dar? Pues en esa palabra me demandáis que os dé todas las cosas. *Dame tu primogénito,* que es tu primer amor.

—Ponen dos maneras de amor los filósofos (1), uno de concupiscencia, y otro de amistad. El de amistad te pide Dios, pues en Él está bien empleado. ¿Para qué quieres riquezas? Para comer y vestir. ¿Y para qué quieres comer y vestir? Di la verdad, que no es

(1) 1.ª 2ae q. 26, a. 4.

sino porque te quieres bien. Pues ese amor propio, el cual es causa de todos los otros amores, ése es *tu primogénito*, el cual Dios te pide. Dame el amor de tu ánima, el cual es causa de todos los otros, y fin y paradero de ellos. Dame acá la fuerza de tu ánima; veamos si me amas de veras. ¿Qué hay que no haga un hombre por amarse a sí mismo? A las Indias va; ni teme mar, ni trabajos, ni muerte. Dame acá tu primer amor.

—Bien parece, Rey mío, que tenéis ojos de lince, que penetráis lo secreto de mi corazón; bien parece que habéis escudriñado todos los rincones y secreto de mi corazón, pues en sola esa palabra me pedís cuanto tengo, mi vida, mi ánima y mi cuerpo.

—Dame ese primer amor, porque es mío.

—Pues, Señor, si es vuestro no puedo hacer otra cosa; por fuerza os lo tengo de dar.

—No lo quiero por fuerza ni por temor, sino dame tu amor, y dámelo por amor.

—¿Señor, a un hombre tan miserable y tan necesitado pedís tanto? En verdad que habéis de enseñar títulos de cómo es vuestro, si queréis llevar vuestra herencia; si no, alzarémonos con ella.

—Pues sea el primer título. Poned de una parte en una balanza un enojo de Dios, y de otra parte en otra balanza todos los tormentos que se puedan imaginar, y toda muerte cruel. Mirad qué tal Señor es Dios, que antes habéis de elegir todos los tormentos y muerte, que no hacer un enojo a Dios; mortal pecado se entiende.

—Recia ley es ésa.

—Decía Elías a la vieja de Sarepta (3 *Reg.*, 17): «*Haz para mí primero* de esa harina y aceite *una torta, y después para ti y para tu hijo.*» ¿Habéislo entendido? Que primero habéis de cumplir con Dios, que con vuestra honra, que con vuestra hacienda, que con vos mismo. Haya para Dios y falte para vos.

—Palabra recia y dura.

—No es recia ni dura, sino tú eres recio, duro y flaco para cumplirla.

—Muéstrame título

*Mea enim sunt omnia* (*Ex.*, 13). Llevad vuestro niño delante de Dios, y pareceros ha cosa justa llevar el niño a *Jerusalén*, que quiere decir *vista de paz*. Dichosa ánima, de la cual se dijere con razón lo del Evangelio: *Tulerunt puerum*: Llevaron el niño a Jerusa-

lén. Cuando os pareciere recia ley, llevad vuestro niño, que es vuestro espíritu, a Jerusalén, *a vista de paz,* y veréis cómo es cosa justa; llevad vuestro niño a considerar quién es Dios, a considerar su hermosura, su bondad, y hallaréis que Majestad infinita demanda reverencia infinita; la bondad investigable todo tu amor pide.

Si entendiésedes estos títulos, todos veríades que todo se le debe. Mandáis cuando estáis malo matar una gallina: ¿para qué la mandáis matar?

—Para vivir yo, porque es mía.

—Pues si os parece cosa justa matar vos un animal para vivir vos porque es vuestro, más sois vos de Dios que es el animal vuestro; pues luego aunque muriésedes vos por su contentamiento, con justo título os pedía la vida. Matar vos por vuestro contentamiento vuestro animal, aunque no tengáis necesidad de él, no es pecado; porque por ser vuestro os debe la muerte. Siendo vos más de Dios que el animal vuestro, más verdaderamente le debéis la muerte, y padecer cuantos tormentos se os ofrecieren por Él, y amarle sobre todas las cosas. ¿Qué os parece que piensa un corazón de carne cuando oye decir que es menester padecer trabajos por no desagradar a Dios? Pésale de tal mandamiento y ordenación de Dios, y viene a menospreciar lo que el Señor le manda.

*Santifícame todo primogenito.* Señor, aunque bastaba ese título que habéis mostrado, si fuéramos los que habíamos de ser, pero somos muy avarientos. Mirad si tenéis otro título.

Sea el segundo título: Porque yo maté al demonio y a sus primogénitos, que son los pecados; porque yo maté tus pecados, por los cuales estuvieras en el infierno para siempre jamás; yo te saqué de allá, y te puse en el camino del cielo. ¡Si entendieses cuánto debes a Dios por no te haber dado la muerte cuando tenías grandes pecados! ¿Sabes cuánto le debes? Que tanto infiernos merecías, cuantos pecados has hecho; y si considerases que tanto es no te dar el infierno mereciéndolo, como sacarte de él estando allá; si una vez de allá te hubieran sacado, ¿qué te pareciera recia ley, aunque te mandara los mayores trabajos del mundo?

—Mostrad otro título, Señor, si lo tenéis.

—*Qui habet aures audiendi, audiat* (*Mt.*, 13). Si por matar los primogénitos le debo y me demanda este

amor, por el modo con que los mató, ¿qué le deberé? Si por matar los primogénitos tanto le debo, por matar a su Primogénito y mayorazgo, adorado de los ángeles, amado como a Sí mismo, unigénito suyo, ¿qué no te deberé, Rey mío? ¿Qué ley me parecerá recia? Pues más te debo por el modo con que me redimiste, que por el remedio que me diste.

*Quid retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi?* (*Ps.*, 115). Él me sacó del infierno, y mató mis pecados, y para ello mató a su mayorazgo. *¿Qué te daré en recompensa,* Dios mío? Mi vida no es nada, porque aunque se ayuntasen todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y todas te las diesen, más me diste Tú en darme a mí la tuya, que te daría en dártelas yo todas. Pues ¿qué te daré, Señor, pues tan poca cosa es mi vida en recompensa de la tuya?

¡Oh bienaventurada viuda (*Mc.*, 12, 43), que por mirar Dios a tu corazón, ofreciste más que todos!

—¿Qué es? ¿Que debemos a Dios ayunos, limosnas injurias?

### 6.—*El primogénito de las bestias.*

*Praebe mihi cor tuum*: démosle el corazón, que con eso se contenta más que con todo. ¿Decíroslo he? No sé si lo diga; habéisme de perdonar, y rogar a Dios que os dé a entender esto, y quite de entre cristianos tan gran oprobio. Dice Dios: *Santifícame todo mayorazgo, así de hombres como de bestias.* ¡Daca el mayorazgo de tu bestia, que es la sensualidad! ¿y no hay hombre que se lo quiera dar? Hijo de tu bestia son los apetitos sensuales y pasiones naturales. Pues si dijésedes a un amigo por quien hubiésedes puesto la vida: «Matad un perrillo por mí», y no lo hiciese, ¿qué sentiríades? Mal amigo es, por cierto, el que no mata una bestia por un su amigo. ¡Oh Señor, bendito seas Tú para siempre, que no me demandas, en recompensa de la muerte de tu Unigénito, sino que mate yo mi bestia, y yo no lo hago! Una bestia tienes, hombre, un apetito de gula, ira, envidia, que aunque sea pecado por parte de la razón, también lo es por parte de la sensualidad. Dice Dios: «En recompensa de que maté yo a mi Hijo por ti, mata tú esta bestia por mí. ¡Oh Señor, que es una bestia que la he mucho menester! —No te pido—dice Dios—bestia provechosa, sino perjudicial y dañosa para ti; una bestia que te ha de

acocear, morder y matar. Mata esa bestia, que son los regalos de la carne, porque si no los matares morirás, un pasatiempo malo en vuestra carne, un deleite de la sensualidad, porque si no, matarte ha a ti.» San Pablo (*Rom.*, 8): *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis.* Si viviéredes conforme a los apetitos de la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los apetitos de la carne, viviréis. Si tu bestia vive, muerto estás, a Dios has perdido, y los demonios poseen tu ánima. ¿Quién no matará su bestia, pues Dios por nosotros entregó a la muerte su Mayorazgo?

—¡Oh Señor, soy muy piadoso; no puedo matar nada, no tengo corazón para ello!

—No dice Dios que lo mates tú, sino que lo des al sacerdote que lo mate, y derrame la sangre, con el cuchillo. Por tanto, si hay aquí alguno que tenga bestia, démela, y matársela he.

Si hay alguno que tenga bestia de carne, darla acá, y matarla he con el cuchillo de la palabra de Dios: *Qui in carne vivunt, Deo placere non possunt!* (*Rom.*, 8). Dice San Pablo que los que según la carne viven, no pueden agradar a Dios. ¿Para qué queréis vivir, si no habéis de agradar a Dios, pues más vale agradar a Dios con muerte y trabajos, que vivir, con cuantos bienes hay, en su desgracia? Traéis bestia de malquerencia: mostrarla acá, y matarla he (*Mt.*, 6): *Si non dimiseritis hominibus peccata sua, nec Pater vester dimittet delicta vestra.* «Si no perdonáredes las injurias, ni vuestro Padre perdonará vuestros pecados.» Y en otra parte dice (*Lc.*, 6, 36): *Perdonad, y perdonaros han.* Si alguno trae lo ajeno, San Agustín dice *que no se perdona el pecado, si no se restituye lo tomado.*

—Padre, si con todo eso soy tan codicioso que no quiero dar mi bestia a Dios, ¿qué le daré? ¿Qué remedio tengo, si no quiero dar mi mayorazgo? Porque no sé lo que querrá hacer Dios de mí; no sé si me ha de mandar perder hacienda, honra y vida.

—Pues mirad cómo os engañáis, que el perder por Dios, ganar es. *Qui amat animam suam perdet eam* (*Jn.*, 12). *El que ama su ánima perderla ha, y el que perdiere su ánima por Mí, hallarla ha en la bienaventuranza*; que el perder por Dios ganar es; y el no perder por Dios perder es. ¿De eso os espantáis? Sí, que juego hay que se llama el ganapierde. Todo cuanto guardas para ti, lo pierdes; y cuanto pierdes por Je-

sucristo, lo tienes guardado; que la piedra preciosa en el arca, aunque no la veáis, más guardada está que en la mano. San Pablo (1 *Cor.*, 3, 22): *Omnia vestra sunt, sive Apollo, sive Cephas, sive Paulus, sive praesentia, sive futura; vos autem Christi, Christus autem Dei.* «Todas las cosas son vuestras—sirviendo a Dios—, ora sea Pablo, ora sea Cefas, todo lo presente y por venir; y Jesucristo es vuestro, con que seáis vosotros de Jesucristo. Si sois de Jesucristo, todo es vuestro; si no, no tenéis nada.» ¿Qué podéis perder? ¿Vida? San Bernardo dice que la vida sin Jesucristo, infierno es. ¿Qué podéis decir, que es vuestro? ¿Honra? ¿Cómo llamaré mío lo que me echa al infierno? Hermano, si os dais vosotros a Dios, todo es vuestro; si no, no tenéis nada. Démosle luego honra, hacienda, dineros, vida; que el dársela es no para perderla, sino para que nos la guarde. San Pablo dice (2 *Tim.*, 1): [*Scio cui*] *credidi, et certus sum, quia potens est depositum meum servare usque ad illum diem.* «Bien sé de quién me confío, que cierto estoy que me tiene guardado cuanto le he dado para aquel día.» Cuanto le diéredes lo tendréis guardado, y cuanto no le diéredes perderéis. ¿Cómo no os consuelan los trabajos y necesidades, aunque tuviésedes vida de galera, pues la tenéis guardada *para aquel día?* ¿Cómo no hacéis buen rostro a las injurias e infamias, pues tal cosa os tiene aparejada?

### 7.—*María ofrece su Primogénito.*

¿Qué hará uno que no se atreve a dar su mayorazgo a Dios, y no osa decir a Dios: «Señor, no quiero vivir a mi contento, sino al vuestro»? Andad acá con la Virgen María al templo.

—Señora, ¿adónde vais?

—Al templo.

—¿A qué?

—A presentar a Dios su Mayorazgo y mío, el cual Él me dió.

—¡Quién viera aquel relicario de Dios, y con cuánta humildad lo ofrece! *Quia fecit mihi magna, qui potens est.* «Señor, este Niño os ofrezco; vuestro es, pues de Vos es eternalmente engendrado; y mío, porque por Vos, para remedio de los pecadores, me fué dado, ¡a Vos sea la gloria! Vuestro es, yo os lo ofrezco.» La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido, y más agra-

dable a los ojos del Padre, fué la que la Virgen ofreció hoy; y si *miró Dios a Abel y a sus dones* (*Gen.*, 4), ¿cómo no mirará mejor a la Virgen y a su cordero e Hijo que ofrecía? «Padre, yo os ofrezco a vuestro Hijo.» Padres sacerdotes, aprended de la Virgen cómo habéis de ofrecer al Padre su Hijo: «Yo os ofrezco vuestro Hijo para vuestro servicio, para que os agrade, y para el provecho de los pobres, para que les predique, enseñe, para que trabaje por ellos y muera por ellos.» ¡Oh qué ejemplo para las madres que tenéis hijos! Ofreced vuestros hijos al templo. El que más amaba que a sus entrañas, al Padre le ofrece para su honra del Padre; y así la ensalzó sobre los coros de los ángeles a la Virgen, pues le ofreció la mejor ofrenda.

Y pues, Señora, ¿de nosotros no os acordáis? Sí por cierto. ¡Oh cuánto debemos a la Virgen! ¡Cuánto te costaría decir: «Ofrézcoos, Padre, este Niño para que padezca por los hombres; sea azotado; escupido, muerto por ellos, para que con su muerte ellos vivan en la eternidad vuestra para siempre jamás»!

## TRATADO 8.º

### SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Flere cum flentibus, gaudere cum gaudentibus.*

Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran.

*(Rom., 12.)*

### 1.—*El Sábado Santo, la Soledad de María.*

Dice el Apóstol San Pablo: La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan.* Cosa usada entre los que se aman, ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis a alguno mucho, y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene.

El presente día es dispuesto para acompañar a la sacratísima Virgen María nuestra Señora en sus dolores y trabajos; la devoción de este día es atribuída a Ella, y no le costó poco. Por cierto, digno de reprensión sería el hijo que viendo a su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella, y le ayudase a llorar sus trabajos; cuanto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos causa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Duélente, Señor, no tus pecados, sino los míos; afligístete, cansástete, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos. Porque Jesucristo no tenía pecado, ni por qué padecer de su parte, no debía nada de sí. Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen muerto por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba a llorar a su hijo, ¿qué tanto le pesaría?

No sé qué mala ventura es ésta; ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo; en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó. Ya no hay nada de esto, sino en pasando el viernes, ¡alto!, ya es Pascua. ¡Sus!, a entender en lo que habemos de comer, en lo que habemos de vestir. ¡Qué gentil celebrar de pasión, por cierto! ¿Y así se había de hacer ello? No os dura la devoción de estos santísimos días un momento. Gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la Viuda y sola, y cada uno en su rinconcillo ayudarle a llorar y a estar allí con Ella, pues sois la causa de sus dolores. Celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fué hoy lastimada en gran manera.

## 2.—*Por qué son afligidos Jesús y María.*

*Cui comparabo te?* (*Thren.*, 2). *¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, virgen hija de Sión? Grande es, así como el mar, tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina?* Cantólo el Profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando a la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros, viendo a la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias; que de Ella también se dijo en figura: *¿A quién te compararé,* etc.?

Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David se había parado a contar el pueblo; castigaba Dios a ellos, no por lo que habían hecho, o por mejor decir, a él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa, por lo que él había pecado, púsose en disputa con Dios y díjole: *Ego sum qui peccavi; isti, qui oves sunt, quid fecerunt? Vertatur manus tua contra me,* etc. Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te tengo ofendido, yo soy el que merezco el castigo; que éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no tienen hecho por que padezcan tanto mal; vuélvase, Señor, tu mano

airada contra mí; ejecuta, Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos.

Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la sacratísima Virgen su Madre, y que no nos pongamos nosotros delante: ¡Señor! ¿qué es esto? ¿Qué os han hecho esta oveja y su cordero? Los inocentísimos, los limpios, los sin pecado, los justos, ¿qué culpa tienen? Estas ovejas, inocentísimas son, que no hicieron por qué; nosotros somos los traidores que os ofendimos, nosotros los que pecamos; vuélvase vuestra ira contra nosotros. ¡Cosa grave, por cierto!

Van a prender a Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de Sí (*Jn.*, 18): *¡No toquéis a estos mis hermanos!* ¿Mandáis que no toquen a los siervos? ¿Qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandáis que dejen a los culpados; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres a los esclavos; llevan a Jesucristo, y dejan al malhechor en casa. ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia! ¡Que no se ponga el cristiano en medio y diga: «¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase vuestra espada contra mí, ejecutad en mí la ira de vuestra justicia, que yo soy el que merezco el castigo. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué así matáis a vuestro Mayorazgo, y así atormentáis a vuestra sierva María?»

### 3.—*Jesús paga la deuda de nuestras culpas.*

La respuesta de Jesucristo clara está; la de la Virgen María nuestra Señora no está tan clara. *Disciplina pacis nostrae super eum; cujus livore sanati sumus* (*Is.*, 53). Cayó sobre Él el castigo, por el cual fué adquirida la paz entre Dios y nosotros. No estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese. Cayó sobre Él la ira del castigo, porque nosotros fuésemos remediados.

¡No sabe pregonar ese pregonero! Si le preguntáis a Pilato, deciros ha (*Jn.*, 19): *Ego nullam invenio in eo causam.* Por eso murió, porque fué su voluntad de salvar a los hombres; de esta manera no hubo *causa*, no hubo quien lo constriñese a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo. Si pregona el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato a Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y

por alborotador y malhechor», no sabe lo que dice. Que no tenía Pilato poder ninguno sobre Él; que *de arriba viene* (*Jn.*, 19): *Non haberes potestatem adversum me ullam,* dijo Jesucristo al mismo Pilato. ¿Pues por qué muere? *Propter scetera populi mei percussi eum* (*Is.*, 53). Eso sí, «por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo», dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno.

Pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo; luego ¿qué justicia es ésta, Señor, que castigáis al justo por los pecadores? ¿que muera el inocente por los culpables? Señor, parece que hay escrúpulo en vuestra justicia, pues castigáis al que no tiene culpa, y dejáis ir libres a los que hicieron el mal.

Si lo quiso Él, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, si nos amó tanto hasta perder la vida por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: «Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno a Jesucristo su Hijo, porque amó a los hombres. Quien a tantos y tales ama, que tal haya.» ¿Por qué moristeis, Señor? —Por el amor que te tuve. —¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo haber hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te paró tal, hasta morir desnudo en una cruz? —El amor y caridad que tuve a los hombres. —¿Por qué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas. —El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es.

### 4.—*María, la más santa y la más afligida.*

¿Pero qué tiene que ver con eso la Virgen María nuestra Señora? ¿Por qué tan afligida? ¿Por qué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy? ¿No está escrito (*Deut.*. 22): *Si encontráredes en el campo algún nido de pájaros y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no lleguéis a la madre?* ¿No mandaba Dios en el Exodo: *No cuezas el cabrito en la leche de su madre?* (*Deut.*, 14): *Ne coxeris haedum in lacte matris suae?* Señor, ¿tenéis cuidado de las aves? ¿tenéis cuidado de los animales? (1 *Cor.*, 9): *Nunquid de bobus cura est Deo?* ¿Qué es esto, Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una cruz, sino matar

también a la Madre? ¿Por qué se cuece Jesucristo en lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado esta en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego de amor, que en su benditísimo Corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la cruz; y si lo queréis cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su sacratísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh bendita sea vuestra misericordia, Señor! Y ¿qué os ha hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradaros, y en esto gastó su tiempo? ¿Qué os hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentaros? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual aun pensamiento el más pequeño del mundo nunca jamás hubo, de que Vos, Señor, os ofendiésedes, que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpísima, en quien nunca hubo pecado? ¿Por qué la habéis tanto afligido el día de hoy, Señor?

*Multae filiae congregaverunt sibi divitias, sed tu supergressa es universas* (*Prov.*, 31). Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, a todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado a Jesucristo en gran manera; tanto, que dejaban riquezas, y honras, y ser esposas de reyes, y todo lo que en el mundo florece, y tras lo que los hombres andan perdidos por haberlo; pero a todos lleváis Vos, Señora, la ventaja. Vos, más santa que todas las santas; más amasteis a Jesucristo Vos sola, que todas cuantas dejaron el mundo y su atuendo, por seguir a Él y por amarle; nadie se iguala con Vos. *Muchas hijas allegaron riquezas*; *pero Vos, Señora, muchas más que todas.*

Dos cosas pelean hoy, Señora; veamos cuál va delante: vuestra santidad, vuestros dolores; vuestra privanza, vuestras angustias. Vos la más santa que todas, y la más lastimada; la más querida, la más angustiada; la más alta, y la más abajada. Dos cosas andan hoy a porfía: ¿cuál, Señora, de las dos que hemos dicho va adelante? Señor, ¡y cuán caro vendéis a esta Santísima Virgen vuestra privanza! Si mucho la amasteis y quisisteis, mucho la afligisteis;

si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; a la medida del amor que le tuvisteis, fué el dolor que ha pasado.

### 5.—*Dolor incomparable de María.*

*¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? ¿Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina?* ¡Oh bendito seas Tú, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjugue sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones: no hay quien acompañe su soledad, quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti.

Estaba la madre de Tobías el mozo esperándolo, cuando su padre lo había enviado a la ciudad de Ragés; y como se tardaba tanto, no podía reposar, pensando qué sería de él, si era muerto o vivo, si le acaecería algo. Y dice la Santa Escritura (*Tob.*, 10) que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía a los caminos, *et plorabat lachrymis irremediabilibus,* y decía: *¡Ay de mí, hijo mío! ¿y por qué te enviamos a peregrinar por esos caminos? Lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿a qué te enviamos de nosotros?* Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote a ti no se nos hacía nada. *Omnia simul in te uno habentes.* En ti solo teníamos todas las cosas.

¡Oh Virgen bendita! Y quién te preguntase: ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Que era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Él uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; Él solo te era todas las cosas; con sólo Él estabas, Señora, contenta; y ninguna cosa echabas menos, teniéndolo a Él; y con Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por cielos y tierra.

Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar, cuan do viese obscurecerse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantársele el sagrado pecho tan apriesa con las ansias de la muerte, la Madre que tal vió ¿qué

haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas.

*¿A quien te compararé?* Mandó Dios a Abraham que subiese al monte y sacrificase a su hijo Isaac; pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón, y dióle un carnero que sacrificase (*Gen.*, 22). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; mas la Virgen nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; mas a la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó.

*¿A quién te compararé, hija de Sión?* ¿Compararte he, quizá, con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y guardáronla viva hasta el cabo, porque sintiese mayor dolor de ver la muerte de sus hijos? No, que si morían, tenía la madre licencia de consolarlos y de esforzarlos; consentíanle que estuviese allí, animándolos y ayudándolos a bien morir; pero la Virgen nuestra Señora aun no le daban lugar, ni le dejaban ver de cerca a su Hijo Jesucristo; porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no le daban lugar de consolarle. Allá alababan a los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por lo cual se consolaba la madre: acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y mandamientos de Dios.

En gran manera fué hoy afligida; no hay para Ella consuelo en la tierra, no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad. *Grande es así como el mar tu quebrantamiento.* No bastaría decir como fuente, sino como mar; porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Hacéis ahora mundo de nuevo? Mirad, hoy lo veréis. Como cuando al principio del mundo crió la luz, así le veréis hacer fuego de nuevo. Y como allá manda llegar todas las aguas a un lugar y llamólas *mar,* así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar: toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza, y la caridad, júntense en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona alguna; y júntense también todos los dolores, las angustia , las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámese *María. Ne vocetis me Noemi*

*(id est pulchram); sed vocate me mara (id est amaram), quia amaritudine valde replevit me omnipotens* (*Rut.*, 1, 20). «No me llaméis ya Noemi—dice la Virgen—, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre, no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente; porque entré llena, y salgo vacía.» Así salió la Virgen nuestra Señora, como adelante oiréis.

### 6.—*Por qué aflige Dios a María.*

*Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina?* ¿Qué hizo esta Virgen, Señor, por que la habéis amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció, por que así la afligisteis? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? —Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a cobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar a cobrar. ¡Negra manzana y negros deleites! ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han cobrado.

¿Qué hizo esta oveja bendita, por qué, Señor, la habéis angustiado? —Decid: Si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus trabajos, y a las viudas? Ahora todas tienen consuelo; porque si a la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: «Pues más trabajada fué mi Señora la Virgen María.» Si la casada perdiere algún hijo que mucho quería, mirando a la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar qué lastimada fué este día, se consuele y esfuerce, y diga: «Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María; mayor fué su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío.» Pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy a la Virgen, para que tú saques consuelo y provecho. Por tu amor atormenta hoy a la Madre y al Hijo; sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer; sábete aprovechar. No hayan ahora padecido Madre e Hijo tormentos tan grandes en balde; en balde sería, si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

### 7.—*La Pasión de Cristo en el Corazón de María.*

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo. Este día es diputado para contemplar los dolores de la Virgen. Tenga vuestro corazón sentimiento—todos los días de vuestra vida—el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo; y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María nuestra Señora. No se os olvide, en viniendo el sábado, de tener memoria particularísima —sin que falte día—de los dolores que la Virgen María pasó.

¿*Quién medicinará tus angustias?* ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu Corazón, tan grande la angustia. Si supiésedes conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No habéis visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene a un hijo? Como una vaca a un becerrillo, que se dejará matar por él; ¡allegádselo a quitar! Aun se ha visto una gallina morir por sus pollitos, porque ellos no recibiesen daño. Pues pensad ahora en la Virgen que amaría a Jesucristo como a Hijo, y amábalo como a Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delante de Él; creo que no osaba alzar los ojos del suelo. Pues ¡con qué amor le trataba cuando Niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí tengo que mientras el Niño dormía, que estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá hay remisión en el amor que a sus hijos tienen, por mucho que los amen; aquí no hay tasa, sino que la Virgen amaba a Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplaba; y esto era mucho, y así no es decible ni se puede tasar; no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Oh bendito seáis Vos, Señor, que fuistes servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la

atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban a Jesucristo en el cuerpo era una lanzada que atravesaba el Corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el Corazón de esta Virgen! ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el Corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el Corazón de la santa Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal Corazón! Pintáisla con siete cuchillos, ¡con setecientos la habíades de pintar! No tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas; no tienen cuenta las estrellas del cielo, con los dolores de la Virgen María.

*¿A quién te compararé?* ¡Oh Virgen Santísima!, ¿cuál estaba tu Corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, *entrando las aguas* (1) *de los tormentos hasta lo interior de tu Corazón* (*Ps.*, 68, 2). Subido han las ondas tempestuosas de las aguas hasta zabullir tu Corazón; menester fué ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh gran lástima, Madre, que al que adoraba por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias! ¡Oh lastimado Corazón, que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como a malhechor, y decirle tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por los ojos! Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo.

### 8.—*En la muerte de Cristo.*

Alzó los ojos la primera madre Eva para ver el árbol de que Dios le había mandado que no comiese. Alzó los ojos la Virgen a Jesucristo en la cruz. Más lastimó a la Virgen ver cual estaba Jesucristo, que

(1) *Las aguas:* en las aguas (1596).

agradó y deleitó ver a la primera mujer el árbol que le estaba vedado que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver a Jesucristo; alzaba los ojos a mirarlo; era tanto el dolor que recibía de verlo que tanto padecía, que cuan presto alzaba los ojos, tan presto los bajaba, no pudiendolo sufrir. Decía al Eterno Padre: «Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres. Cese ya tu justicia; no castigues a tus esclavos, pues así has castigado a tu Mayorazgo, porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fué el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi Corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo.»

*¿A quién te compararé?* Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu Corazón de verle agonizar con la muerte, aquellas ansias mortales? Muere el Hijo: ¡cuál quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la cruz; queda lastimadísima la Madre en la tierra. Veis las balanzas; en bajándose la una, se alza la otra; el Hijo alto, la Madre baja; muere el uno en la cruz, y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella.

¿Qué sentiría la compañía? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué de lástimas harían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer a Jesucristo! Aflígense en gran manera de ver medio muerta a la Madre. La Virgen sacratísima comienza a decir tantas lástimas, que quebraba el corazón a cuantos la oían: «¡Oh Señor, Tú muerto en la cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro es este Corazón, que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste; mucho más pensé, Señor, que te amaba. ¿Porque qué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No tuvieras por bien llevarme contigo?» ¿Qué haría la pobrecita compañía en ver a la Virgen hacer tales lástimas? Pues responderíanle al mismo tono; el dolor de sus corazones menearía sus lenguas para mostrar el dolor por las palabras que sus ánimas tenían allá dentro.

### 9.—*La lanzada.*

Quedáronse allí María Magdalena, y San Juan y las Marías con la Virgen. Era ya tarde, hora de Vísperas, ya la gente se había ido y no sabían qué hacerse; ellos eran flacos, la cruz estaba muy alta, los clavos muy gruesos, no tenían herramienta para sacarlos, para poder bajar el cuerpo.

Estando en esto, ven venir a la gente de la justicia de Pilato, que venían a quebrar las piernas a los crucificados, porque era así costumbre para acabarlos de matar. Piensa qué sentirían. Pues cómo, ¿no basta cuál lo habéis tratado? ¿No bastan los tormentos pasados, sin de nuevo quebrar el Corazón de la Madre? ¡Con qué ruegos les rogarían a todos aquellos ministros de la justicia! Diría la Virgen: «¡No le quebréis a mi Hijo las piernas, por amor de Dios! Si lo hacéis por atormentarlo más, ya no sentirá nada; si por acabarlo ya de matar, ya está muerto. Si no os doléis de Él, habed compasión de mí; quebraréis las piernas del muerto que ya no siente, quebrantaréis mi corazón, que aun está vivo, aunque traspasado, para sentir tanto dolor.» ¿Ellos qué harían? ¿Qué se ha de pensar de gente tan cruel? En lugar de condescender a las peticiones de esta bienaventurada Virgen, diríanle: «¡Quitad allá!» Oiríanla y desviaríanla con desprecio. Pero tanto les rogó, tanto les importunó, que puso Dios en sus corazones que no le quebrasen las piernas.

*¿A quién te compararé?* Entonces uno de aquéllos, a quien llamaban Longinos (no fué ciego, que dicen por ahí no sé qué conseja; es burla), tomó una lanza, y dió una lanzada por encima de su Madre a Jesucristo en el lado derecho, *y luego comenzó a salir sangre y agua* (*Jn.*, 1). Ya está cumplido lo de acullá; que de una costilla del lado de Adán hizo Dios a Eva. Del costado de Jesucristo sacan la Iglesia. ¿No veis el rescate de nuestra redención? ¿No veis ahí el agua (2) con que fueron lavados nuestros pecados, y la sangre con que se satisfizo a la justicia de Dios? Veis ahí el cielo abierto, que hasta aquella hora había estado cerrado por el pecado de Adán. Y[a] han abierto la ventana del arca de Noé, por la cual todos los que entra-

---

(2) *El agua;* la edición de 1596, *la sangre.*

ron fueron salvos. Ya el querubín, que estaba a la puerta del paraíso terrenal, es ido; la espada que allí estaba, ya la han quitado; el fuego que allí ardía, ya es apagado; ya han dado fin a los trabajos de Jesucristo; ya acabó la obra, a la cual fué enviado del Padre, que era a redimir a los hombres, y a quitarlos de la servidumbre del pecado. Mas los trabajos de la Virgen aun ahora comienzan. ¿Qué os parece que sentiría de ver romper así tan cruelmente aquella carne virginal salida de sus entrañas? Hacen todos planto de nuevo viendo partir el Corazón de Jesucristo en aquel cuerpo tan atormentado y lastimado.

## 10.—*Descendimiento.*

Estando así todos, ven venir a José, *el cual era discípulo de Jesucristo, pero hasta allí había estado encubierto por miedo de los judíos, y había ido a Pilato, y pedídole el cuerpo de Jesucristo* (*Jn.*, 1), porque no le podían quitar de la cruz sin su licencia. Hizo su cuenta: «¿Qué me pueden hacer? ¿Matarme? ¿Quitarme la vida y la hacienda? Todo es poco; ya no es tiempo de disimular más; ahora en las adversidades es menester mostrarse los hombres ser del bando de aquellos a quien aman.»

Vase a Pilato, pide el cuerpo de Jesucristo. Respondió Pilato: ¿Ya es muerto? Espantóse de que tan presto fuese muerto. «¿Es muerto, preguntáis? Bien parece que no sabéis cuán delicado era; bastaba el menor dolor de cuantos padeció a quitarle la vida, si la divinidad no lo sustentara. ¿No sabes tú lo que padeció en la columna cuando a puros azotes le desollaron aquel tierno y bienaventurado cuerpo? Bien parece que no sabes tú lo que padeció llevando la cruz sobre sus delicados hombros, y después cuando lo pusieron en ella; que no te maravillaras de cuán presto era muerto.» En fin, concedióle Pilato lo que pedía, y dióle licencia que lo quitase de la cruz para enterrarle.

Fué el buen hombre, y compró una sábana de un lienzo muy bueno; compró mirra, compró acíbar para ungir el cuerpo como entonces lo tenían de costumbre; trajo un par de escaleras, y finalmente, todo lo demás que era menester para enterrar al Señor. Vino con él un buen hombre, fariseo, amigo de Jesucristo, al cual llamaban Nicodemus; toman algunos buenos hombres

que les ayudasen, y viénense al lugar donde estaba la Virgen acompañando a su Hijo bendito. Esto era viernes en la tarde, poco más de las cuatro, porque Jesucristo estuvo tres horas vivo en la cruz.

Pues como vieron venir así aquella gente, temióse la Virgen no fuese otra cosa. Díjole San Juan: «No temáis, Señora; a esta gente yo la conozco, no vienen a hacer mal, antes son amigos de Jesucristo vuestro Hijo, y deben de venir a consolaros y ver si habéis menester algo.» Llegando los buenos hombres, con muy buena crianza y con mucha vergüenza dícenle: «Señora, si hasta ahora no os habemos servido y acompañado en este vuestro trabajo tan grande, perdonadnos; hémoslo hecho como pusilánimes en no haber arriesgado las vidas y las haciendas por confesar a vuestro Hijo; harto arrepentidos estamos de ello; de aquí adelante nos enmendaremos. Ved, Señora, al presente qué mandáis hagamos; nosotros venimos a dar sepultura a vuestro Hijo y maestro nuestro, y para ello traemos aquí todas las cosas necesarias; por eso, dadnos, Señora, licencia.»

Agradecióles la Virgen su buen comedimiento, y a Dios porque así había proveído de quien le ayudase a enterrar su Hijo unigénito. Alleguémonos todos ahora a ver cómo pasa esto. No es razón que el cristiano se halle ausente al entierro de Jesucristo. Quienquiera se llega a la cama de uno que se quiere morir; cuanto más que nosotros somos los que ganamos, y sacaremos grande provecho, si con devoción y atención miráremos lo que allí se hizo. Ahora mirad cómo pasó.

Era la cruz muy grande, de quince pies en largo; ¿habéislos medido ya en vuestra cámara? ¡Bendito seáis Vos, Señor, que tan delicados hombros llevaron tal peso! Estaba la cruz puesta en una peña, hecho un agujero de dos o tres palmos de hondo. Ponen la una escalera delante, y la otra por la otra parte; suben unos a desenclavar los brazos, otros a sustentar el cuerpo. Los clavos eran muy gruesos, y quitábanlos con mucho trabajo, por no acabar de rasgar las manos. Leído he en un autor que le arrodearon una soga por los pechos y por debajo de los brazos cuando le crucificaron para que se sustentase el cuerpo; porque se rasgaran las manos, si en solas ellas estuviera el cuerpo sustentado. Los golpes que sonaban daban en el Corazón de la Virgen, y representá-

bansele a los que le daban cuando lo crucificaban. Al fin, desclavados los brazos, abrazóse Nicodemus con el cuerpo ensangrentado. Quitan poco a poco el clavo de los pies, el cual era grueso más que los otros, y estaba muy apretado.

### 11.—*Llanto de María.*

Llégase la Virgen para tomar a Jesucristo en sus brazos; con el dolor no podía reposar; ni descansar en pie, ni descansar asentada: «¡Dádmelo acá!» «¡Oh Señora! ¿Sabéis lo que pedís? Mirad que no descansaréis con eso, antes se doblará vuestro dolor.» Toman el cuerpo y pónenselo en sus brazos; toma San Juan de la cabeza y la Magdalena de los pies; comienzan todos a llorar con tanto sentimiento, de ver por una parte aquel bendito cuerpo tan atormentado, por otra parte de ver las lástimas que la Santísima Virgen hacía. ¡Oh gran dolor! *¿A quién te compararé?*

Comienza la Virgen de allegarle las manos a la cabeza, y topaba con las espinas que le habían quedado hincadas al quitar de la corona; todos los cabellos llenos de sangre. No hacía sino rodear aquel cuerpo; no se hartaba de mirarlo, y por otra parte desfallecía del gran dolor; tómale las manos, las ve hechas pedazos; pone los ojos en el rostro de su Hijo, abre aquella boca y comienza de hablar; quebraba el corazón al que la oía: «¿Qué es aquesto, Señor? ¡Hijo mío, Dios mío y consuelo mío! ¿cómo me has dejado, sabiendo que tanto te amo? ¿Para qué me has guardado para tanto dolor? ¿Este es el cuerpo que yo tan tiernamente trataba y envolvía? ¿Quién, Señor, te ha parado tal? ¿Qué corazón bastó a hacerte tanto mal? ¡Oh beldad de Dios escupida! ¡Oh hermosura tan afeada! ¡Oh lumbrera del cielo obscurecida! ¡Oh rostro que alegras en el cielo a los bienaventurados!, ¿y quién te ha desfigurado de tal manera? ¡Oh lengua que a tantos consolaste, que a nadie supiste decir mala palabra!, ¿dónde estás que no me respondes? ¿Cómo *se ha tornado mi arpa en lloro, y mi música en lágrimas?* (*Job*, 30, 31).

Comienza San Juan: «¡Oh Maestro mío! ¿A quién iré de aquí adelante con mis dudas? ¿Quién, Señor,

me aconsejará? ¿quién me consolará? Anoche tuve mi cabeza reclinada sobre tu pecho: ahora, Señor, está la tuya sobre el mío.» La Magdalena también decía: «Señor misericordioso, ¿quién me favorecerá? ¿Quién tornará por mí cuando el fariseo murmurare de mí? Tú, Señor, tornaste por mí cuando mi hermana me decía que por qué no le ayudaba; Tú respondiste por mí. ¿Cómo dices que te amo, pues soy viva viendo mi alegría muerta?» Era lástima de oír a esta buena mujer, y entretanto bañaba los pies de Jesucristo con lágrimas de sus ojos. Llora la Madre, lloran cuantos están presentes, lloran allí los ángeles: que para mí tengo que tomaron cuerpos para venir al enterramiento de Jesucristo. Y no va fuera de razón creer que es así, pues tomaron cuerpos para hacer otras cosas de menos calidad. Así que de creer es que los tomarían para venir a llorar juntamente con la Madre la muerte del Mayorazgo de Dios, y para hallarse en su enterramiento. ¡Qué llanto se haría! ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor! ¡Qué hiciera si viéramos con nuestros propios ojos lo que allí pasaba!

Decía la Madre: *Nec fortitudo lapidum fortitudo mea, nec caro mea aenea est* (*Job*, 6). Ni yo tengo fortaleza de piedras, ni mi carne es de metal. Pensad que fué el más tierno Corazón el suyo de cuantos ha habido en el mundo, y de Ella se dice (*Job*, 31): *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa et mecum.* De ver a un pobre lloraba: desde el principio crió Dios conmigo el ser compasiva, el ser misericordiosa; la ternura de mi Corazón desde el vientre de mi madre salió conmigo. Esto se dice de la Virgen en persona de Job. El Corazón más tierno del mundo fué el suyo; y si de ver un pobre llora, ¿qué haría de ver padecer a su Santísimo Hijo, de verlo muerto en sus brazos, y tan atormentado como estaba? Era tan tierna, que si viera padecer algún mal, o algún trabajo a los mismos que crucificaron a su Hijo y trataron tan cruelmente, se doliera de ellos. Pues decidme, ¿qué os parece que sentiría de ver padecer tanto a su único Hijo, y tal Hijo? Consuélate, cristiana mujer, y hombre, que estás en trabajos; sábete que tienes una Madre en los cielos, que se duele de tus fatigas más que tú mismo te dueles, y así procura Ella de remediarlas. El mayor

dolor de cuantos hay en el mundo, en el Corazón más tierno, ¿qué os parece que sentirá?

Aquí se cumple el *Ecce ancilla Domini* del día de la Anunciación; que San Agustín dice que el mismo día que encarnó, ese día murió. Cotejad, Señora, día con día, templad la alegría del uno con la tristeza del otro. Acordaos, Señora, de la alegría que sintió vuestra ánima cuando el ángel os dijo que habíades de parir al Hijo de Dios que venía a remediar al mundo perdido, que habíades de ser Madre de Dios quedando Virgen, para que no desmaye vuestro corazón con lo que ahora tenéis delante de vuestros benditos ojos. Acordaos, Señora, de la alegría de aquel día, para que no desfallezcáis en los trabajos de éste. Aquí viene, Señora, *Ecce ancilla Domini,* aquí viene el conformaros con la voluntad de Dios; alzad, Señora, los ojos al Eterno Padre, y conformaos con su voluntad para sufrir estas angustias, como allí os conformasteis con la misma para aceptar lo que el Angel de su parte os decía:

«Padre de misericordia—decía la Virgen—, *veis aquí vuestra esclava, cúmplase en mí vuestra voluntad.* Este Hijo me disteis; con grande alegría lo recibí; veislo, ahí os lo torno; Vos me lo disteis, Vos me lo quitáis, cúmplase vuestra santísima voluntad; *esclava* soy para todo lo que vuestra Majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté: *Engrandezca mi ánima al Señor y gócese mi espíritu en Dios mi salud*: el día de mi tristeza y dolores suplico que la recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres.

«¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! que por amor de vosotros ha pasado mi Corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión. Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi ánima lo ha sentido; bien empleado vaya, aunque ha pasado tantos trabajos, porque vosotros recibáis el fruto de ellos y alcancéis perdón de Dios.»

¡Oh Señora, bendita seáis Vos, que tantos trabajos padecéis por los hombres, y tan poco os lo agradecemos!

«Yo los perdono, Señor, por la parte (3) que me cabe de los trabajos que os he visto padecer por amor

(3) *Por la parte;* la edición de 1596, *no por la parte.*

de ellos; perdonadlos, Señor, hacedles bien, consoladlos en sus tribulaciones, socorredlos en sus necesidades, ayudadlos en sus trabajos, oídlos, Señor, cuando os llamaren; alegradlos, hacedles bien por mí, Señor.»

El *Ecce ancilla,* aquí se cumplió bien, el conformarse con la voluntad de Dios. ¡Oh dechado de madres! Perdonad; no esperéis que os vengan a rogar. ¿No veis a esta Señora, Madre bendita, cuán de buena gana perdonó la muerte de su bendito Hijo, y estando aún corriendo sangre fresca, recién muerto; y no espera que le vengan a rogar, antes Ella ruega por los que le habían dado la muerte, y por los que habían sido causa de ella?

## 12.—*Entierro de Cristo.*

Era, pues, ya tarde; llega San Juan: «Señora, tened por bien que enterremos luego a vuestro Hijo y mi Maestro, porque se llega ya la Pascua. Cesen vuestras lástimas; poned fin, Señora, ya a vuestras lágrimas; acabad, Señora mía, tanto dolor; que no hay corazón que sufra poderos oír, que de dolor no esté quebrantado y traspasado.» Sacan la sábana, comienzan de cubrir el cuerpo, después de lo haber ungido ¡Oh, qué haría después de haberlo cubierto!: «¡Oh Pontífice sumo y verdadero, que ya habéis entrado en el *Sancta Sanctorum* (*Hebr.*, 5), *hallado para eterna redención de los hombres, ganado no por sangre de animales, sino por la vuestra propia!* Claridad obscurecida, ¿quién os ha tornado trabajo mío, siendo en quien está todo mi descanso? Vos érades el que me alegrábades, ¿quién os ha tornado, tristeza mía? En sólo mirar vuestra bendita y resplandeciente cara solía desechar todos mis trabajos; mas en miraros ahora, todos mis dolores se doblan. ¿Qué trueque ha sido éste tan grande? A Vos os cubren con mortaja, a mi Corazón cubren de dolor.»

Tomó el sudario con sus propias manos, y púsolo en su cabeza, y envolvióla muy bien en él, y dióle besos de paz. Tenía aquella cara bienaventurada toda llena de sangre de su bendito Hijo; ¡qué buen arrebol, y cómo le parecería!

Veo yo aquí cómo llevarían a Cristo; unos sustentarían el cuerpo, otros las piernas, otros la cabeza. No con más pompa de ésta, no más andas, ni más

lutos, no más hachas, ni más soberbia. ¡Cuál va el Señor de los cielos y la tierra! ¡Oh corazones no de carne, mas de mármol, pues estáis enteros, que no os quebrantáis oyendo y considerando estas cosas! Llegan al sepulcro. ¿Qué diría la Virgen? «¡Oh sepulcro, que te dan a ti lo que yo parí! ¡Quítanmelo a mí por dártelo a ti! ¡Oh quién fuera tú!» Ponen dentro al Señor, echan luego la piedra sobre la puerta del sepulcro, cúbrese el Corazón de la Madre. ¡Oh qué llanto tan nuevo comenzaría aquí! ¡Qué retorcer de manos! ¡Qué afilarse el rostro, y desfigurarse del gran dolor y angustia! «¿Adónde iré—diría—que más descanso tenga? ¿Qué más quiero yo, que estar tan cerca de donde está todo mi bien sepultado? Aquí será mi estancia; ésta será mi consolación.»

En fin; llégase San Juan y suplícale que se fuesen ya, que era tarde. Comienzan a irse poco a poco. Envió la Magdalena por luto y por tocas para la viuda. Entonces Nicodemus pidió licencia a la Virgen para irse por otro camino antes que lo viese alguno, porque no les viniese algún mal. Fuéronse los buenos hombres, quédase la Virgen con su compañía. En esto llega el atavío de la viuda, pónenle su manto negro y sus tocas negras.

### 13.—*La vuelta al Cenáculo.*

*Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est ut vidua Domina gentium* (*Thren.*, 2). Un poco antes lloró esto Jeremías: «¡Cómo está sola la ciudad! ¡Cómo está triste la que tan alegremente vivía en esta vida con su Hijo! Está hecha así como viuda la Señora de las gentes; la libre vuelta es tributaria.» Comienzan a irse hacia el aposento; iba la Virgen casi por fuerza; el cuerpo se iba alejando del sepulcro. Pasa por do estaba la santa cruz; híncase de rodillas, adórala; enternecióse con ella en gran manera. Esta Señora fué la primera que adoró la cruz do Jesucristo nuestro Señor murió. Llévanla al cenáculo donde el mismo Jesucristo celebró la noche pasada la Pascua ¡Cuáles irían por las calles! Algunas buenas mujeres que conocerían a la sacratísima Virgen, que sabían cómo Jesucristo nuestro Señor era Santo, que ya el hecho era público, y sabían cómo sin culpa lo habían muerto por envidia que tenían de

Él; y dirían aquellas buenas mujeres, que viesen a la Santísima Virgen ir tan sola, tan triste y tan angustiada: «¡Oh lastimada mujer! Sola y desamparada, ¿qué harás? ¿Con quién te consolarás? ¿A quién contarás tus lástimas? ¿Qué corazón te bastará a no desfallecer, habiendo perdido tal Hijo, y habiéndole con tus propios ojos visto padecer tantos tormentos y tan sin culpa? Nadie se quejó de Ti, antes todos dicen mil bienes; ¿quién te hizo tanto mal? El Señor Dios te consuele y esfuerce, y te dé paciencia.»

Así, pues, llegaron a la casa, y entonces quedóse San Juan a la puerta para despedir la gente, y agradecerles su buen comedimiento. Díjoles: «Señores, el Señor por quien habéis hecho esto, os lo pague, y os depare siempre quien en vuestros trabajos os ayude y favorezca. Ya veis, señores, cuán penada viene esta Señora; déjenla sola llorar su dolor, pues no hay en la tierra consuelo para Ella.»

Entra la Virgen en el aposento donde la noche antes había cenado. ¡Qué renovar de lágrimas habría allí! «¡Oh Hijo y Señor mío, compañía mía, ¿dónde quedas? ¡Es posible que vengo yo, dejándote a ti sepultado! ¡Anoche estabas aquí con tus discípulos, y ahora te dejo debajo de la tierra! ¿Qué va, Señor mío, de esta hora a la de ayer a estas horas? ¿Dónde iré que te halle? ¿Adónde iré que me alegre, faltándome Tú? ¡Cuánto más consuelo sintiera mi ánima estando allá acompañándote, que en estar aquí apartada de tu presencia!»

### 14.—*La Virgen recoge a los Apóstoles.*

Llama a San Juan: «Di, hijo mío, ¿adónde están mis hijos? ¿vuestros hermanos, dónde están? Los racimos de mi corazón, los pedazos de mis entrañas, ¿adónde están? Traédmelos acá.»

—Dejad eso, Señora; harto tenemos ahora en que entender con el muerto; dejad ahora los vivos.

—No—dijo la Virgen—, baste mi dolor, no añadáis dolor a dolor; bástenme mis angustias: trédmelos, que no descansaré hasta que vea los discípulos de mi Hijo.

—Que no digáis eso, Señora, ¿quién ha de osar venir? Todos huímos cuando le prendieron; Pedro lo negó. Que no querrán venir de vergüenza.

—No me digáis tal; traédmelos, que yo les prometo perdón de mi Hijo.

Fué San Juan hacia la fuente de Siloé; a uno hallaba en una cueva, a otro en otra. Párase a escuchar; oyó voces de hombre que estaba lamentando: «¡Oh traidor, cobarde, cambiador (4), fementido! ¿Y así habías de huir y dejar a tu Maestro en las manos de sus enemigos? ¡Oh mal hombre!» Llega San Juan: «No más, no más, hermano, anda acá que nuestra Madre la Virgen te llama.» Llega y dícenle: «Quita allá, no me digas eso, ¿y parecer había yo delante de gentes, cuanto más delante de la Madre de mi Maestro? Hombre que tuvo cara para huir, ¿quieres que la tenga ahora para parecer?»—«Calla, hermano, que perdonarte ha: ¿no conoces ya su misericordia? Tu Madre ha prometido de alcanzarte perdón; anda acá, no hayas vergüenza.»

Pasa más adelante: oyó que hacían gran llanto en una cueva; paróse a escuchar, y en la voz conoció que era San Pedro. «¡Oh canas traidoras, mal empleadas!—estaba diciendo—. ¡Oh pecador fementido, cobarde, mentiroso! ¿Y así habías de negar a tu Maestro? ¿Tres años de conversación tan estrecha, que ni una hora nunca de ti me aparté, tantos favores me diste, tanto amor me mostraste, y yo juré que no te conocía ni sabía quién eras? ¿Pusiéronte cuchillo, mal hombre, a la garganta? ¿estaban los tormentos aparejados delante, para si no querías negar a tu Maestro? ¿acometióte algún esforzado hombre, hubo algún grande ejército? ¿Una voz de una esclavilla te hizo temblar? ¡Oh mal hombre! ¿y qué hiciste?»—«No más—dice San Juan—, anda acá, hermano, que nuestra Madre te llama.»—«Vete de ahí, ¿qué dices? No mientes tal; aquí acabaré los días de mi vida con esta lengua que dijo que no lo conocía; aquí la castigaré en pena de su mal hablar; estos ojos se harán fuentes de lágrimas, estas manos serán sayones, y yo tomaré venganza de mí mismo. Yo hice el mal, yo lo pagaré; andad con Dios, hermano, dejadme llorar mi pecado.»—«Anda acá, Pedro, no digas tal; ¿tan poca confianza tienes de nuestro Maestro? ¿Por qué dices eso? ¿No sabes cuán blando es y cuán amoroso? Anda acá, que su Madre, y nuestra, te llama; hazte

(4) *Cambiador:* San Mateo.

ahora amigo con Ella, y luego te alcanzará perdón. Anda, vamos, no hayas vergüenza.»

Busca más: hallólos todos; vanse para el Cenáculo, hallan a la Virgen, llegan todos la boca por el suelo: «Señora, he aquí los malos, los cobardes: todos huímos y le dejamos; sola Vos, Señora, no huísteis; todos perdimos la fidelidad; Vos, Señora, no la perdisteis; alcanzadnos perdón, Señora.» Júntanse allí todos: toda la noche y el día era pensar cómo le crucificaron; su plática no era otra. Decía San Juan que lo vió todo: «¡Oh hermanos, si le viérades en la columna, si en la coronación de espinas, si le viérades con tanto trabajo llevar la cruz sobre sus benditos hombros pregonándole por traidor, con cuánta deshonra, con cuánto cansancio; si lo viérades en la cruz, perdido el color de su bendita cara, las lágrimas en aquellos ojos, su cabeza corriendo sangre, sus pies y sus manos hechos también fuentes, y dar con tan gran trabajo el ánima al Padre!»

Así pasaron la noche, así pasemos nosotros acompañando y consolando a la Virgen y llorando con Ella tanto dolor como por nuestra causa le vino; y esta Señora, que tan afligida es hoy en la tierra, nos pagará rogando por nosotros en el cielo cuando la llamáremos. Consolarnos ha en nuestras tristezas, y socorrernos ha en nuestros trabajos y necesidades, y nos alcanzará la gracia y después gloria.

## TRATADO 9.º

### FESTIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE LAS NIEVES.

*(Rogativas para pedir lluvia.)*

> *Quis loquetur potentias Domini, auditas faciet omnes laudes ejus?*
>
> ¿Quién hablará los poderíos del Señor y hará que se oigan todas sus alabanzas?
>
> *(Ps.,* 105.)

### 1.—*Una mujercita ensalza a la Madre de Jesús.*

Gloria es de una castidad ser combatida y no vencida. Más clara parece una paciencia mientras más cosas pesadas y fuera de razón son contra ella, y ella está en pie. Y con el mal que os hacen a vos se perfecciona el amor que tenéis al prójimo por Dios, queriendo bien a quien os hace mal; y así parece el arte de Dios, que por ocasión del que mal quería quitarte la virtud, se te acreciente, y se esclarezca más. Y así pasa en el Señor, que por ocasión de nuestra maldad se ilustra su bondad, pues tanto se demuestra uno ser bueno, cuanto más perdona. Y así San Pablo dice: *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus,* etc. (*Rom.,* 5). Y así parece su poder más fuerte mientras más obra grandezas en cosas flacas. Y por eso dijo San Pablo (2 *Cor.,* 12, 9): *Virtus in infirmitate perficitur.* Porque mientras es más perseguido, encarcelado y no lo podían derribar, tanto más excelente parece la virtud de Cristo, que lo tiene en pie contra tantos.

Este fué el modo con que Dios quiso enseñar su poder, obrando sus victorias contra el pecado, muerte y demonio, no con fiar más de potencia, sino de flaque-

za; mediante azotes y muerte obró las mayores hazañas que nunca había obrado (1 *Cor.*, 1): *Infirma mundi elegit.* Y así venció y reinó por medio de hombres flacos y pobres; sin humana ciencia convirtió al mundo, para que tanto más se parezca la gloria de su grandeza, cuanto más obra por instrumentos flacos, *y se admiren todos de sus potencias, y cuenten sus alabanzas,* como dice David (*Ps.*, 105).

No sin propósito; porque se nos ha cantado un Evangelio, pequeño en palabras, muy provechoso y grande en cantidad; que encierra en sí la suma de todo lo que nos conviene hacer para ser bienaventurados; y [si] pensamos cómo esto vino por ocasión de una persona baja, con la cual Dios obró grandeza, admirados diremos: *Quis loquetur potentias Domini.*

Predicaba el Señor a mucha gente de diversas maneras, mujeres y varones, ricos y pobres, sabios y sin letras, altos y bajos; y acaecía que aquellos mayores, que era razón que más gustasen de su doctrina y lo pusiesen en obra, no sólo no lo hacían, mas lo contrario. Porque aquel milagro que el Señor hizo, de sanar un hombre ciego, sordo y endemoniado, por lo cual era razón que conociesen y reverenciasen al Señor que lo hizo, entendiéronlo tan mal, que siendo hecho por virtud de Dios, lo atribuyeron al espíritu malo, y dijeron que porque el Señor tenía amistad con *Belcebú, príncipe de los demonios,* tenía poder para alanzar los demonios (*Mt.*, 9, 34). ¡Oh justos juicios de Dios, que los que parece que ven, están ciegos, y los más cercanos a Dios en tratar su Ley y sus sacrificios, que moraban en su templo, que enseñaban a los otros, estaban más lejos de Él, y gustaban menos de Él y lo tenían en menos! Hinchábales su soberbia, e impedíales la vista espiritual, como un hombre que tiene tan hinchada la cara que le impide el ver corporal. De los cuales confiesa San Agustín que era un tiempo, diciendo: *Facies mea inflammata erat, et non poterat verum videre.* Huye de éstos la lumbre y gracia de Dios, porque *con humildes y sencillos es su conversación* (*Prov.*, 3, 32), y por justo juicio suyo, hace lo que dijo (*Jn.*, 9): *Yo en juicio vine a este mundo para que los que no ven vean, y los que ven sean hechos ciegos.* Él, a alumbrar vino a todos; mas el que piensa que sabe, y no se rinde a las palabras de Dios como un niño a su maestro, huye de la luz del Señor, porque él mismo con su soberbia lo alanza de sí.

Estando, pues (1), aquellos fariseos y mayores blasfemando del Señor y del milagro que había hecho, fué hecha la mano del Señor sobre una mujercita que estaba oyendo el sermón; mujer pobre—quizá tenía el manto roto—y de las comunes del pueblo. Oía con simplicidad, con deseo de aprovecharse, con reverencia del Señor y de su palabra, y gustó de la doctrina del Señor, y recibió tanta lumbre del Espíritu Santo para conocer quién era Aquel que en hábito humilde estaba predicando a toda aquella gente, cuán grande era su alteza y cuánto se abajaba a conversar con hombres y ser su maestro; y en fin, tales cosas se le dieron a entender a esta mujer, y tanta reverencia y amor tuvo al Señor, que pospuesto todo temor, y olvidada de que era mujer, y estaba entre tanta gente, y sin tener respeto a los mayores que blasfemaban de Cristo, con fe entera, con amor verdadero y determinación de morir, si menester fuera, por amor del Señor, *levanta* y entona *la voz* para dar a entender de cuán grande afecto de corazón le salía. Dijo al Señor aquellas bienaventuradas palabras en alabanza de Él y de su sacratísima Madre, por las cuales se canta este Evangelio en esta fiesta. Palabras dignas de admiración y que nos convidan a imitación suya. Oigamos lo que la mujer dice, aprendamos de ella a alabar a la sacratísima Virgen diciendo (*Lc.*, 11): *¡Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste!*

## 2.—*María, proclamada Madre de Dios.*

*¿Quién contará*, Señor, *tu poder,* que por vaso tan flaco has obrado cosa tan fuerte, y en un suelo de arena *has edificado una casa, que* ni ha miedo *ni a lluvias, ni* a *vientos* (*Mt.*, 7); y desechándote los otros de sí, ella te recibió en su pecho, con determinación de sufrir por ti y por tu Madre todo el mal que le quisieren hacer? ¡Oh mujer! Dinos, por Dios, ¿qué cosas viste en este Señor, que así te encendieron el corazón, sin poder disimular lo que sentías? ¿Quién te enseñó a honrar y alabar a su Madre con palabras, a las cuales toda la Iglesia católica después ha seguido? Comenzaste este cantar de las alabanzas de la

---

(1) *Pues;* la edición de 1596, *después.*

sacratísima Madre de Dios, y comenzaste a cumplir y sacar verdadera la profecía de la Virgen, en la cual dijo (*Lc.*, 1): *Bienaventurada me llamarán todas las generaciones*. Mucho has hecho, mujer, y mucho te lo debemos agradecer nosotros, de alabar al Señor en ti, o a ti en el Señor. Porque si el ángel San Gabriel llamó a quien tú alabas *bendita entre las mujeres*, aquello fué a solas, y no tenía a quién temer por decirlo. Elisabeth también la alabó, y *con grande voz* como tú; mas en su casa estaba, y sin miedo de nadie; mas en ti ha obrado Dios nuestro Señor tan gran maravilla, que antes que el Espíritu Santo hubiera venido con aquella virtud que echando (2) fuera todo temor, hizo a los Apóstoles y a los mártires confesar quién era Cristo y su santísima Madre delante de los chicos y delante de los grandes, tú, mujer flaca, tomas la mano, y haces ahora lo que ellos hicieron después. Una mujer eres, y flaca, mas figura tienes de mucha gente, y muy esforzada; porque por ti es representada la Iglesia congregada de diversidad de gentes en una fe y un bautismo.

Con determinado corazón confiesa ser *bienaventurada* la sacratísima Virgen María, y *haber concebido y dado leche* al verdadero Hijo de Dios; y si lo trajo en su vientre y le dió leche, verdadera Madre suya es, y Él es verdadero hombre; cortando la cabeza a los herejes, que decían que tuvo cuerpo fantástico y no natural. Madre es la Virgen, de Dios verdadero; y aunque no Madre de Dios en cuanto Dios, sino de Dios en cuanto hombre, dos naturalezas y una persona. Hijo es de Dios e Hijo de la Virgen María; mas no es dos hijos, sino uno, y por eso Ella es Madre del que es Dios y hombre. ¿Quién contará qué dignidad es aquésta? ¿Quién declarará la sentencia que esta mujer dijo?: *El vientre que te trajo y los pechos que mamaste*; dignidad sobre todas las dignidades, nombre sobre todo nombre, que en cielos y tierra a pura criatura puede convenir. ¿Queréis honrar a la Virgen? Llamadla Madre de Dios humanado; porque quien esto le dice, honra le da sobre toda honra; y no será sin galardón, porque Ella es muy agradecida, y ama a quien le ama y honra a quien le honra.

---

(2) La edic. 1596: había venido con aquella virtud que ha echado fuera...

### 3.—*María, digna Madre de Dios.*

Mas hay aquí mucho que advertir, y es, que siendo el Señor tan honrador de su santa Madre, ejemplo de todos los buenos hijos en reverencia, amor y obediencia, del cual se escribe (*Lc.*, 2) que *era súbdito a ella,* ¿por qué no agradeció a esta buena mujer las alabanzas que dijo a su Madre? Por que, pues, la mujer extraña confesaba a su madre, ¿por qué no le respondió al mismo tono, y dijo: «Dices gran verdad en lo que dices y entiendes. y aun mucho más bienaventurada es de lo que dices y entiendes»? ¡Oh Señor, y qué secretos son vuestros caminos, cuán profunda vuestra sabiduría, que pareciendo que negáis concedéis, y en todo nos enseñáis! Bienaventurada llamas —dice el Señor—a mi Madre porque me trajo en su vientre y me mantuvo a sus pechos; mas yo te digo que *son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.*

Alabado seáis, Señor, por tales palabras; y gracias damos a la mujercita, por ocasión de la que tal doctrina nos diste, que de tanta ceguedad nos libra, si queremos recibir tu lumbre: «Mujer: la que alabas merece ser alabada, y mucho más de lo que tú piensas; y porque tú no sabes alabarla por lo que ella principalmente lo debe ser, yo te enseño. Y otra causa hay de su mayor bienaventuranza, que por lo que tú la llamas bienaventurada. Tú hablas al modo común, que viendo a un hijo muy bueno, suele llamar a su madre *bienaventurada*, porque lo engendró y dió su leche. Mas esa alabanza, en los ojos de Dios, cosa es de muy poco valor; y si mi Madre no tuviera virtudes con que me concibiera en su ánima, hiciera y *guardara la palabra de Dios,* poco le aprovechara ser Madre mía según la carne, si no fuera según el espíritu.»

Toda criatura se desengañe, que pues por parentesco tan cercano como es ser Madre, y tener Hijo tan grande como es Dios humanado, no basta para hacer una mujer bienaventurada, menos bastarán otros linajes ni otras cosas, si no hubiera parentesco espiritual con Cristo redentor nuestro, que consiste en fe verdadera y obediencia de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. Y porque vió el Señor que muchos habían de ser engañados por poner en estima el linaje,

y otros por hacer algunas buenas obras, sin tener obediencia a sus santos mandamientos, cada vez que le tocaban en negocio de parentesco luego apelaba al del espíritu: *Aquí está tu madre y tus hermanos,* le dijeron una vez estando predicando (*Lc.*, 11); y tendió Él la mano hacia sus discípulos, y dijo: *¿Quién es mi madre y mis hermanos?* (Llamaban entonces a los parientes hermanos.) *Quien hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, aquél es mi hermano y mi madre.* ¡Oh ceguedad de los hijos de Adán! ¿Y por qué no miramos cuán honrosa y cuán dichosa cosa es emparentar con Rey tan alto, y de parentesco tan cercano como es ser madre, hermano y hermana? ¿Por ventura, en comparación de este linaje real y divino, no es asco el linaje de la carne todo entero, aunque sea linaje real?

¿Qué tanto bien está encerrado en oír la palabra de Dios y guardarla, que si uno hiciese esto, sería más bienaventurado que la Madre de Dios fué, si no tuviera más que ser Madre de Dios? Mas ninguno lo es, ni será, tanto como Ella, porque ninguno fué Madre de Él, según la carne, como Ella, ni según el espíritu tanto como Ella. ¡Oh Madre verdaderamente bienaventurada, que con ánima y cuerpo engendrasteis a Dios humanado! Y de tal manera sois Madre según la carne, que os dió Dios tales gracias para que seáis digna Madre. Y así como no hay cosa tan conjunta a Él según la carne, como Vos, así tampoco la hay según el ánima. Y por esto el darle carne, el darle la leche, el defenderlo del frío abrigándolo en vuestros brazos, y sirviéndole con oficio de Madre hasta la menor cosa que le hacíades, era hecho con tanto amor y tanta gracia, que era preciosísimo delante de los ojos de Dios, y en cada cosa, por baja que fuese, le ofrecíades vuestras entrañas, aparejada a dar la vida por Él. ¡Quién contará, hermanos, lo mucho que el Hijo de Dios recibió de su sacratísima Madre, pues recibió el ser hombre, por ser concebido (3) de Ella, y el ser mantenido en su vientre, y fuera de él; de manera que aquella sacratísima vida, con cuyos trabajos y muerte fuimos redimidos, podemos decir que fué *carne de la Virgen,* pues que Ella se la dió y le mantuvo!

---

(3) *Cocebido;* la edición de 1596, *recibido.*

### 4.—*La Virgen nos da a Dios amansado.*

¡Oh Señora, y qué te debemos! ¡Y cuán mal te lo agradecemos, y peor servimos! Que por un guisado que nos dan a la mesa, solemos dar gracias a quien lo guisó; no tanto por la dádiva, cuanto por el amor y cuidado con que lo aderezaron para nosotros; ¿y cómo no agradecemos a la Virgen que tal manjar tan bien guisado nos dió? ¿Sabéis qué nos dió? No menos que a Dios. ¿Sabéis cómo nos le dió? Humanado; y con Él en las manos nos está convidando (*Prov.*, 9): *¡Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo aguado!* ¿Quién podía sufrir la justicia de Dios antes que se entrase en las entrañas de la Virgen, y de ellas saliese humanado a tratar con nosotros? ¿Que era Dios entonces sino *vino puro,* que no había quien lo sufriese? ¿Qué cosa es después de humanado sino *vino templado,* que temblando primero de Él los muy altos, se llegaron después a Él los niños, y los abrazaba y los bendecía, *y riñó con sus discípulos* (*Mr.*, 10, 14) porque no dejaban llegar los niños a Él? Pan fortísimo es Dios, y muy [des]proporcionado a la flaqueza de nuestros muy flacos estómagos; mas el pan que el niño no puede comer, cómelo la madre y conviértelo en leche, y así lo puede el niño comer. Y tal nos da la sacratísima Virgen a Dios, pues nos lo dió niño, puesto en un pesebre, manso y humilde, para que ninguno que quiera ser remediado, tema de llegarse a Él; pues Él convida y llama a los pecadores que se lleguen a Él, diciendo que vino por ellos y murio por ellos.

¿Quién nos tiene, que no digamos a voces lo que dijo la mujercita: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste?* ¿Por qué no sentimos en nuestro corazón cuán grande y dulce es Cristo, y agradecemos y servimos a su sacratísima Madre por el bien que nos hizo en nos le dar? ¿Por qué tan tibios en sus alabanzas, en ayunar sus fiestas, en oír sus Misas y comulgar en ellas, en imitar sus virtudes, en alegrársenos el corazón y en ablandársenos, en oyendo su dulcísimo nombre de la Virgen María? ¿Por qué tenemos dureza para negar al pobre que nos dice: «Dadme limosna por amor de la Virgen María»?

5.—*¿Quiénes gozan del fruto de María y quiénes no?*

Bienaventurada mujer, que sentiste quién era Jesucristo en ti y para ti; bienaventurada mujer, que creíste ser Jesucristo redentor nuestro, y gozaste de su redención. Nosotros, por nuestros pecados, contentámonos con creer con una fe muerta lo que tú creíste, y muchos de nosotros no gozamos de lo que tú gozaste. Tu creíste y amaste; *oíste la palabra de Dios, y guardástela*; y aun dicen algunos que aquesta mujer fué Santa Marcela. Mas nosotros estamos lejos de *oír* y *guardar la palabra de Dios* como ella; confesamos a Jesucristo por redentor de pecados, y estamos cautivos en los pecados; llamamos a Dios nuestro Padre, y por la mala vida somos hijos del demonio; y habiéndonos Cristo ganado perdón de nuestros pecados, fuerza para ser buenos, adopción de hijos de Dios, gracia para agradarle y cumplir sus santos mandamientos, gloria para siempre en el cielo, hay muchos que se están sin recibir cosa ninguna de aquéstas, como si Jesucristo no hubiera venido, ni traído nada de aquesto.

Creo cierto que el hombre que ha sentido en su corazón amargo dolor por haber ofendido a Dios, y ha hecho una verdadera y sencilla confesión, y que ha satisfecho a Dios y a sus prójimos conforme al consejo de su prudente confesor, y se ha dado tan buena maña con la gracia de nuestro Señor, que aunque no tenga evidencia clara que sus pecados le son perdonados, y que es recibido por hijo de Dios (que en esta vida no se puede tener sin particular privilegio), mas a lo menos tiene alegría de corazón, una mudanza de propósitos, de malos en buenos, una confianza nueva en Dios, un amor entrañable con Él y con sus prójimos, un grande aborrecimiento de pecados, y cosas que quien las recibe las sabe, que le hacen conjeturar que le ha sacado Dios del infierno y lo ha puesto en camino del cielo por los merecimientos y sangre de Jesucristo, Hijo de la Virgen María. ¿Cómo podrá éste, viéndose tan remediado por el Hijo de la Virgen, dejar de decir con entrañas y lengua: *Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste?* Si por comer del fruto de un árbol parece que lo agradezco al árbol y lo bendigo, y con comer de aquel fruto escapas de una ponzoña mortal, ¿cuántas veces dirías: «¡Bendito Dios que crió aquel árbol!»?

No es invención ésta mía, figurado está muchos años ha en el pueblo de Betulia, que viéndose libre de la muerte por medio de la Santa Judith (13) le dijeron: *Benedicta filia tu a Domino; et: non recedet laus tua de ore hominum.* Por Señora tienen a la Virgen María, y por muy obligados a su servicio, los que han recibido la vida por el fruto de su vientre, que es Jesucristo; *no se aparta de su corazón la memoria de Ella, ni de su boca la alabanza de Ella*; y unas veces a solas como el arcángel San Gabriel y Santa Elisabeth la bendicen; y si es menester la bendecirán delante de toda la infidelidad, aunque les cueste la vida. Mas los que no gozan del fruto de su vientre, no viven con la vida que trajo, ni reciben el perdón, ni su gracia, éstos no la alaban, o si la alaban no la aman, y si la aman no es de verdad. Porque aquel de verdad la ama, que oye y guarda sus palabras: ¿Queréislo oír dicho en su persona? (*Eccli.*, 24): *Transite ad me omnes, qui concupiscitis me et a generationibus meis adimplemini*; que es: *Pasad a mí*, imitadme, que es *ser llenos de sus generaciones*; mas de sus virtudes, esto es lo que ella nos pide, que imitemos su castidad y humildad.

*Et nunc filii audite me; beati qui custodiunt vias meas, et observant ad postes ostii mei* (*Prov.*, 8): No piense nadie privar con Ella sino por el camino que Ella privó con Dios. Ella *guardó la palabra del Señor*; sigamos nosotros a Ella por sus caminos, y entonces seremos bienaventurados, y hollando las puertas de su misericordia seremos oídos; que llamarla y ofender a Dios y a Ella; ya no es cosa que cumple. *El que llamare el nombre del Señor será salvo* (*Rom.*, 10, 13); más en otra parte dice (2 *Tim.*, 2, 19): *Discedat ab iniquitate omnis qui invocat nomen Domini.* Así ha de ser: *Omnis qui invocat nomen Domini.* Y a los que llaman al Señor, *in veritate,* está Él cerca y también Ella. ¿Queréislo ver? Mirad la fiesta, que hoy celebramos, de las Nieves.

### 6.—*El prodigio de la nevada, esperanza de lluvia.*

Aquellos dos romanos, Patricio y su mujer, eran buenos cristianos; y como no tenían hijos, no tenían codicia de este mundo; con bondad de vida juntaron oraciones, hacían limosnas, y fueron oídos de nuestra

Señora, y Ella fué oída de su Hijo, y llovió nieve en tiempo de agosto. Calor hace ahora; mas no es tan ajeno ahora el llover agua, como nieve en tiempo de agosto. ¡Oh Virgen siempre bendita! ¿Para qué escogisteis este milagro en señal que queríades ser heredera de aquestas dos buenas personas? Para dar a entender la blancura de su virginidad, la pureza de su vida, que se significa por lo blanco. —¿Para qué nieve en tiempo de agosto? —Para darnos esperanza, y que si fuere de nosotros fielmente llamada, nos alcanzará agua que temple el calor de la tierra para dar fruto. No queda por Ella, no; no le falta cosa alguna para buena abogada; mucho puede con Dios; mucho nos quiere. Madre es de Dios; mucho derecho es el de la madre con el hijo. Y Madre es de nosotros, y mucha es la ternura del corazón maternal para con nosotros. No está olvidada de que al pie de la cruz le encomendó su Hijo a los cristianos en persona de San Juan, diciendo (*Jn.*, 19): *Ecce filius tuus.* No hace su oficio flojamente, ni tiene descuido en lo que Dios le encomendó. Con humildad le ruega, con perseverancia le suplica, y Ella suele amansar los enojos de Él estando en el cielo, la que lo acallaba en la tierra cuando siendo Niño lloraba. Muy bien sabe representarle los servicios que le hizo entonces, pidiéndole que nos haga mercedes a nosotros por Ella; y pues Dios recibió tanto, y Él es tan agradecido, no dejará de la oír.

### 7.—*La tecuites y María.*

Acordaos de aquella mujer tecuites (4), a la cual dijo Joab (2 *Reg.*, 14): *Lugere te simula*; y mirad cómo abogó delante de David por Absalón, que había muerto a su hermano, y alcanzó lo que pidió. Dice el texto que esto hizo Joab porque entendió que el corazón del rey estaba vuelto, y ablandado para con Absalón; y dice la glosa que lo oía suspirar por su hijo. Pecado hemos contra los mandamientos de Dios, mas su paternal corazón se compadece de nos, pues murió por nos; y aunque nos azota, siempre va forzado a lo hacer. Primero le duele a Él que a nosotros, y forzado de nuestros pecados nos castiga. Que Él querría más hacernos mercedes: *Proprium est illi mise-*

(4) *Tecuites:* natural de Tecua.

*reri*; mas nosotros, como San Jerónimo dice: *clementem Dominum in amaritudinem vertimus.* Y como la Virgen le conoce las entrañas de su misericordia, y que *non continet in ira misericordias suas,* llégase a Él; y no ha menester fingir que llora; que en sus entrañas tiene, aun estando en el cielo, entrañable compasión de nosotros. Porque San Bernardo dice: Tiene la Virgen compasión de los hombres, y con corazón de Madre dice al Señor:

«Yo, Señor, tuve dos hijos y riñeron en el campo, y mató el uno al otro. Ya, Señor, sabéis que Yo soy Madre vuestra, y Madre de los cristianos; ellos por sus pecados mataron a Vos delante de mis ojos en el campo del Calvario; por las travesuras de ellos fuisteis Vos crucificado con grande dolor vuestro y mío; víos morir, y túveos en mis brazos muerto, y cuantas heridas Vos en vuestro cuerpo tuvisteis, tantos cuchillos tuve yo en mi corazón. Vos, Señor, y no otro, sabéis lo que vuestra muerte me costó y adónde me llegó; y si no fuera por ayudarme Vos milagrosamente a que no muriera, yo no pudiera sufrir el peso de tanto dolor, pues otras personas mueren de menores angustias. Vos, Hijo mío, gustasteis dolores y tristezas de muerte muchas veces, porque si no fuera por el conforte sobrenatural de vuestra divinidad, muchas veces muriérades, y para más padecer no moríades. Y ordenasteis Vos que yo también no muriese, no porque faltase dolor de compasión que bastase a matarme, mas porque queríades Vos que yo más y más padeciese por Vos y con Vos. Acordaos, Señor, acordaos de lo que allí pasé viéndoos morir por los pecados de los hijos que me disteis. Consoladme de los dolores que en la muerte vuestra yo pasé, con que no mueran estotros hijos míos, que por vuestra grande bondad tomasteis por hermanos. No vea yo que, habiendo Vos muerto por ellos, Vos los azotéis y aflijáis, porque será dolor sobre dolor; mas para aliviarme aquél, haced bien a éstos, y por ellos ofrezco vuestra Pasión y mi compasión.»

¡Oh Virgen para siempre bendita! ¡Oh Madre de misericordia! ¡Oh abogada sapientísima y eficacísima! ¡Cuántas veces con estas y semejantes razones habéis amansado a vuestro Hijo bendito! Y cuando Él decía como a Moisés (*Ex.*, 23): *Dimitte me, ut irascatur furor meus*, Vos le habéis suplicado por nos, y le habéis tenido las manos, y hecho que torne su

espada a su vaina, y que no nos castigue. ¡Cuántas veces fuéramos ya destruídos, si no fuera por Vos! Si no, díganlo las historias de que habrá trescientos años que estaba Dios para destruirnos con tres lanzas, de hambre, pestilencia y guerra, y fuisteis Vos poderosa de lo amansar; y presentasteis al Señor a Santo Domingo y a San Francisco, para que predicasen penitencia, con que vuestra justicia fuese aplacada, y así lo fué de esta vez, que nos excusasteis de perdición. Y vemos, y por aquí sacamos, que otras muchas también lo habréis hecho.

### 8.—*La Virgen no alcanza lluvia porque ora sola.*

¿Qué es esto, Señora, que siendo llamada por unos buenos casados en Roma, enviasteis nieve en tiempo de agosto, y otras veces habéis alcanzado misericordia, y ahora no la alcanzáis? Cierto es que la pedís, y vemos que no la alcanzáis; ¿qué secreto, por qué no llueve Dios, por qué no oye a su Madre? Porque: *Non est bonum foeminam esse solam*, como *non est bonum hominem esse solum* (*Gen.*, 2). Crió Dios la mujer para que ayudase al hombre; y cierto, lo cumplió muy mal la primera mujer, pues tan mal ayudó a su marido, que le hizo pecar. Mas nuestra bendita mujer fué criada para que ayudase al segundo Adán, Cristo, a restaurar lo que el primer hombre y mujer echaron a perder. *Cum eo eram cuncta componens* (*Prov.*, 6) se dice en persona de Ella. Y si San Pablo dice (2 *Tim.*, 4), que los predicadores y sacerdotes *coadjutores Dei sumus*, ¿cuánto más lo será la Virgen María, dando carne para la redención, y oraciones eficacísimas para que se efectúe en nosotros lo ganado en la redención? *No es bien que el varón*, Cristo, *esté solo*; haya quien le ruegue por nos, le amanse en el tiempo de su ira, causada por nuestros pecados; y así lo hace la Virgen.

—¿Pues por qué no ahora?

—Porque *no es razón que Ella esté sola.*

—¿Cómo sola? ¿No está acompañada de ángeles?

—Sí, por cierto; mas digo *sola* en el rogar y pedir misericordia.

—¿Pues cómo? ¿Y no la ayudan los ángeles y santos?

—Sí, también.

—¿Pues cómo *sola?*

—Porque *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te.* Si la Pasión del mismo Señor no te aprovecha si tú no te dispones, ¿qué te maravillas que la oración de la Virgen no te aproveche si no te dispones con penitencia, con orar, con buen obrar?

*Sola,* Señora, te dejamos orar, y cuando tú amansas, nosotros enojamos (*Eccli.,* 34): *Unus orans, et alter maledicens; unus edificans, et alter destruens, quid proficit illis labor?* Si ella está orando por mí, que había de estar llorando mis pecados, [y] estoy pecando, ¿cómo ha de ser Ella oída? *Destruyo* yo lo que Ella *edifica*; Ella está *bendiciendo,* yo *blasfemando,* murmurando y ofendiendo; son oídas más mis malas palabras y malas obras para ser castigadas, que la oración de la Virgen es bastante para ser oída. Y viene esto a tanto, que alguna vez dice Dios (*Jer.,* 7): *Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumas pro eis laudem, quia non exaudiam te.* ¿Qué aprovecha hacer procesiones, andar con los pies buenos pasos, si nos estamos en nuestros males antiguos de nuestros pecados? Estos son los que habíamos de llorar, éstos nos habían de doler mucho más que la falta de cosas temporales. ¡Malos esclavos, y no hijos, que sentimos nuestro azote, y no la ofensa de nuestro buen Padre! Bien entiende Dios esto, bien lo sabe decir: *Quaeritis me non propter lucem quam vidistis.* Y como dice San Agustín en persona de Él: *Quaerite me propter me.* No sabéis este lenguaje, sino aquel del cual está escrito (*Oseas,* 7): *Super triticum et vinum ruminabant, et ego erudivi eos, et confortavi brachia eorum, et in me cogitaverunt malitiam,* etc. Vuestras penas son: «No tenemos trigo.» Y los suspiros que en vuestras camas dais por esto son; *et ad Dominum non revertebantur.* ¿Cómo te vuelves a Dios, si tienes lo ajeno, si estás en mal estado, si hablas mal? Esto es por que no es oída la Virgen de Dios, ni nosotros de Ella, por qué no llueve.

Tres años estuvo sin llover porque el rey Saúl quebrantó su juramento, que habían hecho los pasados a los gabaonitas (2 *Reyes,* 21), y quebrantólo por buen celo. ¿Qué, por ahí vais, Señor? Tarde lloveréis, porque más que una vez quebrantamos juramentos, y más de diez juramentos, con mentira. ¿Por qué no llueve la gracia sobre nosotros? Por nuestros pecados, que no los quitamos; que si hubiésemos enmendádonos, ya

habría Dios consolándonos (*Jer.*, 18): *Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo, agam et ego poenitentiam.*

9.—*Por culpa del pecador somos castigados.*

¿Qué os diré?, que es tanta nuestra desvergüenza como en tiempos pasados, cuando de enojado Elías contra los que ofendían a Dios, rogó a Dios que no lloviese, y así lo hizo Dios (3 *Reg.*, 18). «¿Qué decís, Elías?» «Señor, que no llováis!» Mas porque no penséis que lo hacía esto por venganza o malquerencia o por espíritu propio: *Vivit Dominus in cujus conspectu,* y como dice el original: *In cujus facie steti.* No fué antojo el decir: «¡No llováis!», sino cosa que dijo, habiendo estado en el acatamiento de Dios, en la alteza de su oración comunicando con Dios; de allí sacó este celo de la honra de Él, con que dijo: «Señor, no llováis.» Grave cosa es haber ofendido a Dios; cuando más bien nos hace, más ofendido. ¿Qué aprovecha que Dios hubiese abierto las manos de su misericordia, si por eso no dejaste de jurar, mentir, hacer mal? *Et non dixerunt in corde suo: Metuamus Dominum Deum nostrum, qui dat nobis pluviam temporaneam et serotinam in tempore suo, plenitudinem annuae mesis custodientem nobis* (*Jer.*, 5). ¿Cesaron los males? No. ¿Pues qué hiciste? Lo que hicieron aquéllos. ¿Qué? *Saturavit eos, et moechati sunt, et in domo meretricis luxuriabantur. Numquid super his non visitabo, et in gente tali.* etc. Veis aquí, hermanos, qué ha provocado a ira los ojos de Dios, y por qué pide Elías que no llueva; porque si ha de dañar a vuestra ánima la abundancia, más vale que Dios no nos la dé. ¿Queréis que Dios llueva su gracia? Quitemos los pecados públicos y secretos, y cada uno mire su conciencia, y quite lo malo que en ella hubiere; y quien está descuidado de esto, aquél es por quien Dios no la envía.

Estaban en gran tempestad los marineros que llevaban a Jonás, y lloraban *y llamaban a sus dioses*; y no eran ellos por quien se levantó la tempestad, mas aquel que *estaba en lo más bajo durmiendo y roncando.* Van a él; levántanlo del sueño; y: *¿Cómo, ahora es tiempo de dormir* estando para hundirnos? *Llama a tu Dios,* como nosotros hacemos. *si por ventura nos remedie.* Levántase, y conoce que por sus pecados

se levantó la tempestad, y confiésalo y pide penitencia y que le echen en la mar, porque él pecó; muera él, no se ahoguen ellos por él; y con el arrepentimiento de este culpado y su penitencia en el vientre de la ballena, y los otros librados de muerte, luego vino bonanza. ¡Oh hermanos, y cuántos Jonás habrá en este pueblo, que les haya Dios mandado algo y no lo hayan hecho; que hayan quebrantado su mandamiento, y han levantado ellos tempestad, no de agua, sino de seca; y estamos todos afligidos, y por ventura aquel por cuyo pecado viene esto, descuidado y durmiendo, está en su pecado, que ni llora, ni lo confiesa, ni hace penitencia, y es causa que azote Dios a los otros! ¿Qué duermes, hombre pecador? ¿Ahora es tiempo de pecar? ¿Ahora es tiempo de no hacer penitencia? Por aquel viene la tempestad, que huye de Dios y se está durmiendo. Si pecaste, levántate del pecado; llama a Dios, pide perdón, di lo que dijo David (2 *Reg.*, 24): *Yo, Señor, soy el que pequé; éstas, ovejas son.* ¿No te mueve a compasión ver niños inocentes, buenas y santas personas que padezcan por ti? ¿No será mejor que digas: «Yo soy el que pequé, echadme en el mar»?

Todos temamos no sea cada uno aquel por quien Dios azota. Y aunque no te conozcas estar ahora en pecado mortal, quizá lo has hecho, y no está hecha bien la penitencia de él; y como San Agustín dice, castiga Dios a los malos porque pecaron, y a los buenos porque no los corrigieron. ¿Quién osará decir: No he hecho por qué merezca ser castigado? Si el pecador duerme, despiértele su hermano. Ya le despertamos desde aquí, y le decimos: *Levántate y ora al Señor.* Mas si esto no basta, usen los mayores de su oficio, y examinen qué pecados hay, y quítenlos; no se echen sobre sí pecados ajenos, y no les diga Dios (*Num.*, 25): *Suspendite coram me Principes populi.* Cada uno como pudiere mire por su ánima y la de su prójimo; quitemos pecados, que así como Elías oró y no llovió, porque había pecados, quitemos nosotros los pecados y lloverá el Señor. Entonces es la oración eficaz, cuando se quitan pecados. Demos limosnas, hagamos buenas obras, ayudemos a la Virgen; que si experimentamos la justicia de Dios en nos castigar, experimentaremos su misericordia en ser oídos y consolados; alcanzaremos lo que nos cumple para la eterna salud.

# TRATADO 10

## ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (I).

## *(Amorosos deseos del Corazón de la Virgen.)*

*Te assumam, et regnabis super omnia quae desiderat anima tua, et eris rex super Israel.*

Levantarte he, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu alma, y serás rey en Israel.

(3 *Reg.*, 11.)

### 1.—*Introducción.*

#### A.—*Jeroboán elevado al reino de Israel.*

La fuente de toda la lumbre es el sol, y de la mar nacen los ríos; y el sumo Bien que estas cosas crió es autor y dador de todos los bienes; y sin Él, ni aun el más chico se puede alcanzar. Él da el cielo y la gracia para merecerlo; Él da los reinos de la tierra a los que los tienen, y los pasa de unos a otros, según su santa voluntad; y por no conocer esto Nabucodonosor, le fué quitado su reino, y anduvo siete años en los campos como bestia salvaje, hasta que la misericordia de Dios lo miró, y lo hizo alzar sus ojos al cielo, *dándole conocimiento de que el Señor es Rey de los reyes, y los reparte y quita según su voluntad* (*Dan.*, 4). El castigo del soberbio e ingrato es privarle de los bienes que Dios graciosamente le había dado. Y el remedio de este mal es hacer de ello penitencia, y entender que del cielo, y no de sí mismo, le vino el bien que tenía.

Y conforme a esta misericordia, dice Dios en las

palabras del tema a un hombre particular y común: *Yo te tomaré, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima, y serás rey de Israel,* para que entendiese que el reino que había de alcanzar ni le venía por su industria ni por su fortaleza; mas porque el supremo Señor de los reyes y reinos quería dividir el reino de las doce tribus de Israel, y dejando dos a los descendientes del rey David, les quería quitar las diez y darlas a este hombre que se llamaba Jeroboán, porque reinase sobre ellas; en castigo de los pecados que hizo el rey Salomón agradeciendo tan mal los bienes que Dios le había hecho, y viniendo a tan gran ceguedad, que habiéndole dado Dios muy abundante sabiduría, y héchole merced de que edificase templo para el verdadero Dios y Señor, *fué maleado su corazón con el demasiado amor de mujeres*; y por darles contentamiento, puso ídolos en el mismo templo que había edificado al Señor, y les hincó las rodillas, y miserablemente los adoró (3 *Reg.*, 11). Y si no fuera por amor de su padre David (*l. c.*, v. 12), cuyos servicios el Señor tuvo presentes, perdiera el reino entero Salomón con todos sus descendientes: mas no lo hizo así Dios, por cumplir lo que primero había dicho (*Ps.*, 104): *Yo soy Dios, que hago misericordia a los que me aman, y a mil generaciones de los que de ellos descienden.* De manera, que por amor de él le dejó dos tribus, y por cumplir con su justicia le quitó las diez, y las dió a Jeroboán, diciéndole el Profeta las palabras dichas arriba ya declaradas, y amonestándole que si guardase los mandamientos de Dios a semejanza del rey David, que Él sería con él, y le haría mercedes como hizo a David.

### B.—*Peligros del señorío terreno.*

Mas, oh humana miseria y flaqueza de los hijos de Adán, que como gente de poco seso y cabeza desvanecida, viendose puesto[s] en lugar alto y de prosperidad, pierden el poco seso que tenían, embriagados con el falso vino del mandar, de las riquezas y placeres; y como su virtud fué puesta en peligros y pruebas, desfalleció; como una chiquita candela, que estando guardada en casa, da lumbre; y sacada y puesta a los vientos, se apaga. Cosa más usada ha sido en el mundo, así entre étnicos como entre cristianos, los lugares altos hacer muchas veces a los buenos malos, y

ninguna o pocas, de los malos buenos, en lugar de ejercitar la virtud primero alcanzada, y que sea perfecta para que entre las muchas ocasiones que hay de perderla no se pierda; porque querer de nuevo alcanzar la virtud entre ocasiones, que aun la alcanzada se pierde, no es cosa de hombres prudentes pensar de salir con ello.

Testigos son de esto el rey Saúl y el rey Salomón, que fueron escogidos por Dios por la virtud que en ellos había cuando eran personas particulares, y fueron reprobados de Dios por los pecados que hicieron con las ocasiones que la dignidad real tiene anejas. Y entre ellos se puede contar este Jeroboán, de quien vamos hablando, del cual la Escritura no cuenta culpa alguna antes que fuese elegido de Dios, y debemos presumir que tenía virtudes, pues Dios lo eligió; y fué tan malo después que reinó, que hizo idolatrar a todo su reino, y les puso ídolos a los cuales fuesen, para que olvidasen el templo de Dios al cual solían ir, y no adorasen al verdadero Dios al cual solían adorar; y como lo pensó así lo hizo (3 *Reg.*, 12). Porque la idolatría duró en Israel hasta que el rey Salmanasar los llevó cautivos.

¿Quién hay que tenga un poco de seso, y que del todo no esté engañado con la exterior sobrefaz de los señoríos y reinos? ¿Quién no temerá de poseerlos, viendo que los que Dios escogió por ser buenos, pararon en mal por no usar bien de la dignidad y alteza que para su salvación Dios les había dado? Hombres ha habido étnicos, así como Rómulo y Diocleciano, siendo infieles, que el primero, siendo convidado que reinase sobre Roma, lo desechó cuanto pudo; y Diocleciano siendo emperador de ella, dejó el imperio, y eligió vida baja de hombre particular; y por mucho que le rogaron, nunca se pudo acabar con él que tornase a tomar el imperio dejado, ni dejase su suerte y vida pobre que había tomado.

Mas ¿para qué habemos menester traer ejemplos de hombres que no fueron cristianos, pues Jesucristo nuestro Señor, cuyas palabras mandó el Eterno Padre que oyésemos (*Mt.*, 7), se ofreció a (1) la cruz de su voluntad propia, y huyó de ser rey siendo buscado de la gente para que reinase? (*Jn.*, 6). Bien seguro estaba el Señor, pues es impecable, de usar mal de aquel rei-

(1) *a:* la edición de 1596, *en.*

no pequeño, aunque lo tomara, pues administra Dios el reino del cielo, y de la tierra, y debajo de la tierra, de todo lo cual es Señor. Mas huyó del reino el que con seguridad lo podía tener, para dar a entender que ninguno de sus cristianos sea tan atrevido, que deje de temer que pueda errar y pecar por su mucha flaqueza, viéndose en lugar tan lleno de peligros, que para que le creyésemos y temiésemos el Señor huyó de él.

Esta sabiduría, contraria es a la del mundo engañado, que piensa que en los mayores peligros hay seguridad; y si tiene una dignidad y señorío, procura otro y otro si puede; y embriagado con la falsa y momentánea dulcedumbre de lo visible, ni advierte ni se le da nada por peligros y caídas; ni teme la estrechísima cuenta que se ha de tomar a los que tienen mandos, según Dios lo ha testificado y avisado diciendo (*Sab.*, 6): *Juicio durísimo será hecho en los que presiden.* Entonces, aunque tarde, y con grave dolor y sin fruto, conocerán lo que aquí no quisieron, y sabrán que los montes más altos son combatidos con mayores vientos, y son más heridos con rayo del cielo que los lugares más bajos; y que el lugar más alto, como San Gregorio dice, es tempestad del ánima, y que se debe de huir en cuanto fuere posible. Y ya que se haya de poseer, ha de ser con dolor y gran temor, y solícito cuidado para evitar los muchos peligros que con dificultad perdonan aun a los avisados, y gravemente derriban a los descuidados y negligentes; como acaeció al miserable Jeroboán, por no estar tan fundado en la virtud como era razón, ni tener aquella verdadera estima de lo que es precioso y de lo que es vil, para estimar y desear lo uno, y tener en poco lo otro. Que por ventura, si él no estimara en mucho la alteza del reinar con lo que a ello es anejo, recatárase de ello, y aunque lo poseyera tuviéralo en poco, y así no viniera a perder por ello la fe y obediencia de Dios. Lo cual se saca de las palabras del tema, que Dios le mandó decir: *Reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima*; que quiere decir, *deseos visibles* conformes a esta vida animal y sensitiva que vivimos.

C.—*Ventajas de los deseos celestiales (Ps., 64).*

Porque si fueran *deseos* del Espíritu Santo, *espirituales,* y de cosas sólidas que estuvieran arraigadas

en su corazón, aunque *reinara en lo que deseaba,* no por eso se perdiera, mas antes se mejorara; pues cuanto mayor abundancia de cosas buenas ejercitase tanto a un hombre irá mejor, y el cumplimiento de sus deseos es mayor gracia y seguridad. Y estos son los que a boca llena son llamados *bienaventurados* por el Profeta David, cuando dice (*Ps.*, 64, 5): *Bienaventurado el que elegiste y tomaste, porque morará en tus palacios.* Y agradeciendo a Dios en persona de todos ellos esta gran merced de *tomarlos Dios para sí,* cuidando de ellos, guiándolos y haciendo que todas las cosas se le tornen en bien y en medios convenientes para reinar en el cielo, dijo (*Ps.*, 88, 15): *La misericordia y verdad irán delante tu faz. ¡Bienaventurado el pueblo que sabe la interior alegría! Señor, en la lumbre de tu rostro andarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán ensalzados; porque la virtud de ellos Tú eres, y en tu buen contentamiento será nuestra flaqueza ensalzada; porque nuestro amparo del Señor es, y el Santo de Israel nuestro Rey.* ¿Qué comparación puede haber entre los elegidos de Dios para bienes temporales, aunque sean reinos e imperios? Pues lo más alto de ellos es una pura bajeza en comparación de los grandes bienes para los cuales Dios escogió a los buenos cristianos, con los cuales *ab aeterno* usó Dios de misericordia ordenándolos para la gloria del cielo; y lo que misericordiosamente propuso de dar antes de los tiempos, con mucha verdad lo cumplió en su tiempo, criándolos, *llamándolos, justificándolos* y engrandeciéndolos (*Rom.*, 8, 30). Y aunque no gozan de los temporales pasatiempos y corporales deleites, que son verdadera ponzoña, *saben* por experiencia *la interior alegría* que harta el corazón, que nace de Dios, y de la guarda de sus santos mandamientos, de la buena esperanza de ir a reinar con Él.

Estos parecen de fuera tristes, de dentro trabajados, y andan de dentro siempre gozosos. Mas los mundanos muy al revés; que de fuera parecen gozosos, ricos y descansados, y traen su corazón despedazado con cuidados, atormentado con aflicciones, sediento por tener más, y carcomido de tristeza, y faltándoles tanto lo que tienen como lo que no tienen. Rígense éstos por su propia prudencia, tienen su confianza en su brazo, no los toma el Señor para sí, y así todo se les torna en mal: pues *la planta que el celestial Pa-*

*dre no plantó,* quieran o no quieran *ha de ser arrancada* (*Mt.*, 15, 12). Mas de estotros dice David que *andan sus caminos* y ordenan su vida *en la lumbre del Señor.* Y aunque mirando a sí mismos, hallan por qué llorar, mirando a la bondad divinal, en la cual confían que son amados, y que si ellos desean a Dios son ellos deseados de Dios, destierran de sí toda desconfianza y aflicción de vana tristeza, y no sólo se gozan, mas *se regocijan todo el día,* que quiere decir, en todo lo que les acaece, y esto no en su nombre, mas *en el de Dios*; entendiendo que no de ellos, sino de la gran misericordia de Él les vienen estas mercedes, y que el ser ensalzados de ser hijos de hombres a ser hijos de Dios, esperando la herencia del cielo, y viviendo de manera que la merezcan, les viene toda esta alteza por ser participantes de los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, que es verdadera *justicia* y causador de ella en todos los que son justos; los cuales confiesan que la gloria de todo lo bueno que tienen es de Dios, y que no en los propios merecimientos, mas *en el buen contentamiento de Dios, la fuerza y fortaleza de ellos será ensalzada* a que puedan vencer al pecado, y al demonio y al mundo, y que pasen por el trance de la muerte y no queden muertos, mas les sirva de puente para pasar a la inmortalidad. Dan a Dios gloria de todo aquesto, y sonle agradecidos a estas mercedes, conociendo que la raíz de todas ellas es *haberlos tomado para sí la bondad del inmenso Dios y Rey nuestro.*

## 2.—*María, elegida para el reino celestial.*

No se espante nadie del largo preámbulo que habemos hecho antes de entrar en las alabanzas de la sacratísima Virgen María Madre de Dios; pues para cosa tan alta cualquiera escalera y número de escalones son bajos y pocos.

¿Quién podrá contar el inefable amor con que Dios dice a la Virgen: *Yo te tomaré?* ¿Y quién podrá contar la grandeza del reino para el cual hoy la toma? Y tampoco sabremos decir la pureza, y excelencia y grandeza de las cosas que deseaba el ánima de esta sacratísima Virgen. Ella dice (*Eccli.*, 24) que desde *ab initio, et ante saecula* fué criada. Porque aunque en el ser real, fué en el tiempo criada, mas en la men-

te divina en todo tiempo lo fué. Y aunque también lo fué todo lo demás que Dios crió en tiempo, mas esta Señora fué antepuesta a todas en ser más amada, y elegida para mayor dignidad y para mayores bienes; y por eso se llama *la primera engendrada ante toda criatura*; porque en los ojos y corazón de Dios es la más dotada de gracias que todo lo restante de lo criado. Y de aquel inefable fuego de amor con que la Virgen fué amada, resultó el ser criada y reservada de todo pecado, y vivir tal vida, que, con la gracia del Señor, mereció subir hoy al cielo, y reinar con mayor excelencia que ninguna pura criatura ni ángel, según lo canta la Santa Iglesia, diciendo: *Ensalzada es la santa Madre de Dios sobre todos los coros de los ángeles a los celestiales reinos.*

Lejos está de nosotros saber hablar de cosa tan alta. Los ángeles y santos que fueron presentes a la solemne fiesta de hoy, en que fué puesta sobre la cabeza de la Virgen sagrada la riquísima corona de Reina de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, sabrían decir algo, y Dios que la galardonó y honró, lo sabrá decir todo. Mas nosotros en este destierro, con nuestra corta vista, muy poco podemos ver; y aun de lo que entendiéremos, menos podemos decir.

### 3.—*Visión de Ezequiel: Acciones: hábitos: corazón.*

Y no es maravilla que de cosa tan distante, como es lo que pasa en el cielo, no sepamos hablar, pues aun de los deseos que tenía, aun viviendo en esta tierra el ánima de la Virgen, no sabremos dar cuenta. ¡Oh qué va de los deseos del ánima de Jeroboán a los deseos del ánima de la sacratísima Virgen nuestra Señora! Gran diferencia hay entre el corazón de los hijos de Adán, que se quedan en su propia miseria, al corazón purísimo de esta Señora, al cual no tocó el pecado de Adán, y fué tan tomado de la gracia del Espíritu Santo, que más se puede llamar divino que humano. Gran negocio es conocer el corazón del hombre, el cual, según Dios da testimonio (*Jer.*, 17, 9), es tan *torcido* y de tantos senos y revueltas, que el mismo hombre no las puede enteramente conocer, *y sólo Aquel que lo crió lo conoce.*

En el Profeta Ezequiel (8, 3), leemos que le mandó Dios en su visión que entrase *en el templo,* y vie-

se las maldades e idolatrías que se cometían; y vistas aquéllas, le mandaba entrar *más adentro*, y veía otras mayores; y al cabo de muchas y muy abominables, mandóle *cavar en una pared*, y por allí vió estar cierto número de gente *vueltas las espaldas al templo, y las faces a los ídolos*, adorándolos y ofreciéndoles incienso; y aquella maldad es allí notada por la mayor de todas las otras. Y en ella se nos declara la gran maldad de nuestro corazón, del cual nacen las *fornicaciones y los hurtos y pensamientos malos* (*Mt.*, 15, 19). Hace uno una mala *obra*, que sale a lo de fuera; aquello es hacer maldad en el *atrio exterior* que vió Ezequiel. Mas entrando más adentro, y mirando de qué raíz procedió esta mala obra, hallaremos *un vicio* de fornicación *interior*, o de malquerencia, u otro semejable, el cual hizo salir afuera la mala obra conforme a esta mala raíz. Y si *cavamos* más *en la pared* de nuestro corazón, hallaremos que esta fornicación o malquerencia interior tiene por causa el amor propio, el cual *vuelve las espaldas a Dios, y la faz a las cosas temporales*, amándolas para sí mismo más que al mismo Dios.

Mala cosa es el deleitarse un hombre en la obra mala, mas muy peor es volver a Dios las espaldas y decirle (*Job*, 21, 14): *¡No os quiero!* Y así con justa justicia, en el lugar donde es castigado el pecado, que es el infierno, se da al hombre pena de sentido porque se deleitó en las criaturas, y dásele pena de daño, que pierda a Dios para siempre, porque viviendo en esta vida, *volvió las espaldas a Dios*, despreciando el bien infinito. Estas son las obras, éstos los deseos, esto lo que pasa en el ánima del pecador deseando cosas malas o vanas; [que] reinar en lo malo, verdadera malaventuranza es, y en lo vano verdadero peligro: y tal lo fué para Jeroboán, pues por reinar en aquello vino a ser esclavo del pecado y del demonio, y causa que innumerable gente ofendiese a Dios y fuese al infierno.

¡Oh Virgen para siempre bendita! ¡Cuán seguro estará quien viere vuestra sacratísima ánima, de ver en ella deseo de cosa mala, deseo de cosa vana, ni en toda vuestra vida cosa que tenga rastro ni olor de cosa de aquéstas! Había muy bien leído esta prudentísima Virgen que el rey David había deseado en un tiempo beber un jarro de agua de un aljibe que estaba a la puerta de Belén (2 *Reg.*, 23); y dando cuenta de ello

a sus caballeros, fueron ellos con gran peligro de la vida, pasando por el ejército de los filisteos, para poder coger el agua, y trajéronsela a su rey para que la bebiese como deseaba; mas él no quiso beber, mas derramóla en la tierra, ofreciéndola a Dios; porque le pareció que no era razón de beber agua de tanto peligro, pues se habían puesto en aventura de perder la vida por la traer. Este recatamiento había aprendido la Virgen de la Escritura divina; mas muy mejor se lo había enseñado el Espíritu Santo, dándole a entender que aunque las cosas y reinos temporales de sí no sean malas, mas que la posesión y uso de ellos es lleno de mucho peligro, y que a muchos ha costado la vida del ánima; y que quien bien la quiere guardar, se debe apartar aun de lo lícito, si es peligroso, por no caer en lo ilícito, que es dañoso y mortífero. Y de poseer a amar, hay muy poca distancia; lo uno porque somos inclinados a estas cosas visibles; y lo otro porque con la presencia y uso se entran poco a poco en el corazón; y cuanto ellas ocupan, tanto pierden a Dios y su presencia.

Y conforme a esta doctrina, se gobernó la Virgen de manera que huyó de toda pompa de riquezas y prosperidades, y de todo lo que las ánimas de los mundanos desean, temiendo no le fuesen aquestas cosas algún impedimento para que el fuego de su ánima, que en el altar de su corazón ardía en honra de Dios, no se le entibiase, o le estorbase, por muy poco que fuese, de darse toda y con todas sus fuerzas al que más que a sí amaba. Y así sus *obras* fueron santas para glorificar al que la crió; y éstas salían de excelentísimas *virtudes* que en su ánima tenía, en comparación de las cuales las obras, aunque buenas eran pequeñas; y *quien cavare más en el Corazón de la Virgen,* hallará en lo más dentro de él un mar abundantísimo de gracia y *amor*, del cual salían las virtudes así como ríos. Allí no había *espaldas vueltas a Dios y ojos al mundo*. mas totalmente muerto el amor al mundo, y todo él despreciado y estimado en nada en los ojos de la Virgen, y sólo el Bien sumo mirado, estimado, amado y preciado de ella sobre todas las cosas, diciendo con mucha verdad (*Lc.*, 1): *Mi ánima engrandece al Señor,* tan engrandecido, que todas las cosas tiene por nada en comparación de Él. Y que después que lo ha *engrandecido* con todas sus fuerzas, y fuerzas dadas por el Espíritu Santo, cree

de Él, que en comparación de lo que merece ser alabado y preciado y amado, es nada o poco lo que ella le sirve y le engrandece.

¡Oh purísimo Corazón! ¡Oh amor, verdaderamente amor, que haces olvidar el interés y provecho de aquesta sacratísima Virgen, y que aun ni a Sí misma vuelva los ojos, por no apartarlos un solo momento de la hermosura divina, y que por amarle a Él primeramente, no ame Ella a nadie, ni aun a Sí misma, sino a Dios en todas las cosas, y a Sí misma por amor de Él!

### 4.—*La Virgen deseaba a sólo Dios.*

Este era su ejercicio: *mirar* y *amar* al Señor Dios suyo, y decirle con mayor verdad que nadie lo dijo, lo que está escrito (*Ps.*, 26): *¡A Ti dijo mi corazón; Mi faz te ha buscado; tu faz, Señor, buscaré!* De corazón, y no de sola lengua, dice la Virgen a su Criador: *¡Mi faz te ha buscado!* ¡Oh prudentísima Virgen!, que todo el cuidado que las vanas mujeres ponen en ataviar la faz con colores y diversas unciones para parecer bien y ser vistas de unos hombres, que los ojos que miran, y la faz que es mirada estarán presto en la sepultura llenos de mal olor y de fealdad, la Virgen sagrada con mejor consejo trocó este cuidado en ataviar la faz de su ánima, que es su conciencia, con diversidad de virtudes, y con la unción blanda del Espíritu Santo, que cumplió muy por entero lo que dijo David (*Ps.*, 44), *que la hermosura de esta Reina toda es en lo de dentro, donde miran los ojos de Dios. Las vírgenes locas no fueron conocidas de Dios* (*Mt.*, 25), porque no llevaban *la unción del óleo* de la santísima gracia *en los vasos* de la conciencia y hermoseadas con otras obras de caridad. Y porque así como por *la faz* conocemos a uno, y la conciencia no buena no es agradable a los ojos de Dios, dícese que Dios *no conoce* a la tal persona, porque *no aprueba* la tal conciencia, de la cual está ausente la hermosura de la celestial gracia.

Y como el cuidado de la Virgen era uno, como San Pablo lo manda (1 *Cor.*, 7), y ayudado muy particularmente del favor del Espíritu Santo, salió también con el negocio, que paró la faz de su ánima tan hermosa, que *no tuvo mancha ni arruga*; y halló tanta gracia delante de los ojos de Dios, que se holgase

Dios de mirar su faz y oír su voz. Palabras de Él son dichas a Ella (*Cant.*, 2): *Enséñame tu faz, y suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce y tu cara muy hermosa.* ¡Dichosa Virgen, que tan buen orden llevó, primero en hermosear su conciencia, que en hablar con la lengua! Porque los que primero presumen de hablar que de bien obrar, *antes de la luz se levantan* (*Ps.*, 126, 2) y no son testigos de vista del camino de Dios que enseñan a otros; y por eso no agradan a Dios, ni escaparán de aquella terrible amenaza que dijo Dios al pecador (*Ps.*, 49, 16): *¿Por qué tú hablas mis justicias, y tomas mi Ley en tu boca?* Esta Señora, con la hermosura de su faz, dice que buscaba a Dios, porque así con el pensamiento recogido como con las obras buenas, que son hermosura del ánima, buscaba y llamaba a la puerta de Dios, teniendo su intención toda tan fijada en Él y tan convertida en Él, que ahora comiese o bebiese, u otra cosa hiciese, *todo*—como dice San Pablo (1 *Cor.*, 10)—*lo hacía en gloria de Dios*, sin tomar de ella propia gloria, mas verdaderamente buscando en todo la gloria y contentamiento de Dios.

## 5.—*Sólo deseaba amar a Dios.*

Este era el cuidado; esta faz era la de la Virgen, con que dice que *buscaba*; y añade lo que buscaba diciendo: *Tu faz, Señor, buscaré.* No hace aquí mención la Virgen sagrada de los *pies* de Dios, ni de las *manos* de Dios, sino de la *faz* de Dios, y ésta es la que Ella buscaba. Porque aunque muchas veces se postraba a los *pies* de Dios, que son su justicia, debajo de los cuales nos postramos los pecadores pidiendo perdón de nuestros pecados, y Ella, considerando los que pudiera hacer si Dios no la guardara, y esta consideración le causaba un gran temor, que sirve de reverenciar a Dios; y también otras veces consideraba las obras de los merecimientos, y por ellas como por escalera subía al conocimiento de Dios, y como muy agradecida a las *manos* de la liberalidad divina, con perfecto conocimiento de las grandes mercedes que Dios le había hecho. y por ellas cantaba con perfecta humildad (*Lc.*, 1): *Hizo en mí grandes cosas el que es poderoso y su nombre santo*; mas aunque esto algunas veces usaba, y andaba estas estaciones

de los *pies* a las *manos,* mas su principal y casi continuo ejercicio era buscar la benditísima y hermosísima *faz* del Señor.

Justamente se debe a Dios el agradecimiento de todas las misericordias generales y particulares, y no quiere que ninguna, por pequeña que sea, quede sin ser conocida y agradecida; porque lo que así queda, por perdido se puede tener. Y para darnos a entender esto, después de haber hartado el Señor en el monte aquella muchedumbre de gente *con cinco panes y dos peces* (*Jn.*, 6), mandó que se recogiesen los mendrugos que habían sobrado, aunque fuesen pequeños, porque no pereciesen. Esto así es; mas cuando un amor es muy perfecto, que llega a hacer perfecta unión entre el que ama y es amado, y los hace, como San Pablo dice (1 *Cor.*, 6, 17), *ser un espíritu,* éste conoce que su amado no le pide tanto el agradecimiento de las mercedes que le hace, cuanto verdadero amor que más y más le junte con Él. Claro está que de lo que hace un buen marido por su mujer, no tanto le pide agradecimiento, cuanto amor de mujer leal. Porque si un filósofo dijo a un su amigo: «No me des gracias de lo que hago por ti, porque no parezca que tú y yo somos dos», pues el verdadero amigo es «otro yo», y ninguno quiere que le den gracias por lo que hace en su casa propia; mucho mejor un marido guardará esto en su propia mujer, con la cual es una misma cosa; y muy mucho mejor lo guardó Dios con su sacratísima Madre, pues en la dignidad era Madre y Esposa, y por el perfectísimo amor que entre ellos había, Él tenía a Ella por cosa muy suya; y las mercedes que le hacía, como en tal cosa las hacía; y Ella tenía a Él tan abrazado con tan grande amor de su corazón, que lo amaba cien mil veces más que a Sí misma.

Y como sabía que esto quería Dios de Ella, no curaba de detenerse en beso de pies, ni en consideración de las criaturas; porque aunque para los imperfectos es buena escalera para subir al Criador, mas los ejercitados en el ejercicio del perfecto amor, por rodeo lo tienen, y de un vuelo se ponen derechamente en contemplación y amor del Bien sumo, que es Dios; y enamóranse de Él tan de verdad, que buscan la faz de Él, y olvidados de su propio interés, quieren ser todos enteros para Dios más que para sí. Y encendidos con el fuego del divino amor se

ofrecen cada momento a sí mismos y todas sus cosas. como abrasados holocaustos, para que Dios haga de ellos su buen contentamiento en tribulación o prosperidad, vida o muerte, en este mundo y en el otro; y su deseo sólo es nunca ofender[le] y en todas las cosas y en todo tiempo agradarle. Y si esto pasa en muchos amadores de Dios, si esto pasa en los ángeles del cielo, ¿quién contará la grandeza del divinal amor que en el virginal corazón de la sagrada Madre de Dios había, que la encendía y suavemente abrasaba, deseando su ánima con mayor deseo, ofreciéndose en suavísimo holocausto a la voluntad y honra de Dios. y tanto con mayor suavidad, cuanto su corazón estaba más desocupado de todo amor de criaturas —como mandó Dios que el altar de los holocaustos estuviese—y su ánima muy dispuesta para recibir en sí el fuego del amor celestial que le fué enviado del cielo, y *su bendito Hijo quiso que se encendiese en la tierra* (*Lc.*, 12, 49) aunque le costase la vida?

Estos eran *los deseos* que el ánima de la Virgen sagrada deseaba, *sobre los cuales le dice Dios que le hará reinar* (3 *Reg.*, 11). Porque si mucho desea reverenciar, agradecer, servir y amar al Señor, todo le fué concedido, y con tanta ventaja sobre todo lo criado, como lo tiene la Reina en señorío sobre sus vasallos todos.

### 6.—*Deseaba la suprema gloria de Dios.*

Mas ¿qué haremos con este virginal Corazón, que aunque sirve a Dios y le agrada más que todo el restante del universo, no se contentan sus deseos con tan grandes servicios? Mas en comparación del amor que a Dios tiene, todo le parece pequeña cosa para servir al Inmenso Bien, y amarlo de todo corazón sobre toda medida. Y por eso deseaba con entrañables deseos que todo lo que Dios crió en los cielos y en la tierra conociese, reverenciase, obedeciese y amase a Dios de todo su corazón, y los convidaba muchas veces, desde el más alto serafín hasta la hormiguita y hierbecita del campo, que todos *juntamente engrandeciesen a Dios con ella, y ensalzasen el nombre de Él en concordia* (*Ps.*, 33, 4). Todo lo tomaba la Virgen por leña, lo alto y lo bajo, para cebar y mantener el benignísimo y gastador fuego del amor divinal que

ardía en su corazón. Y para remedio del desmayo y corporal flaqueza que estos deseos encendidos causaban en ella, decía muchas veces lo que antes que Ella naciese fué dicho en su persona (*Cant.*, 2): *¡Sustentadme con flores, cercadme con manzanas, que estoy enferma de amor!* (*Cant.*, 8). *Fortísima cosa es, más que la muerte, el amor perfecto de Dios*; y así, con el continuo pensamiento que hace tener en el Amado, y el abrasado amor y deseo de ver a Dios, consume la carne y gasta las medulas, y mata el amor de todas las otras cosas, que de tal manera se enseñorea de la dichosa persona donde Él está, que la enflaquece y enferma, hiere, prende y cautiva, para que toda se emplee en el bien y hermosura infinita que merece ser amado con inefable amor.

El alivio que se toma para este gran fuego es ver el amor de Dios, oír y acordarse que hay gente que tiene *deseos* de servir a Dios, que son *flores*; y gente que de verdad le sirve con *obras*, significadas por las *manzanas*. Esta era la epítima (2), el aire fresco que la sagrada Virgen tomaba para remedio de las ansias amorosas de su Corazón; y con acordarse de los servicios que a Dios nuestro Señor le son hechos en la tierra, y principalmente en el cielo, y que de todo recibe Dios gloria, o por vía de justicia o por vía de misericordia, tenía fuerzas para defenderse de *la muerte*, que muchas veces *su fuerte amor* le causara. Y también se entiende de aquesto lo que Dios le promete, que *reinaría sobre todas las cosas que deseaba su ánima* porque, aunque en esta vida, la levantaba muchas veces sobre Sí misma al conocimiento de los servicios que se hacían a Dios en el cielo y tierra. porque bebiendo de aquel agua se remediase su sed.

### 7.—*Deseaba ver a Dios cara a cara.*

¿Quién será tan atrevido, Virgen sagrada, que ose pasar más adelante aquesta empresa de conocer y declarar qué cosas son las que *deseaba vuestra ánima, sobre todas las cuales os promete Dios que habéis de reinar?* El Señor pregunta a Job (38, 22): *¿Has entrado, por ventura, en los tesoros de la nieve?* Para

---

(2) *Epítima:* confortativo.

darle a entender que no presumiese de sabio, pues aun de aquella cosa tan pequeña entre las obras de Dios, aun no sabría dar buena razón. «¿Pues cómo la daré yo—dice San Agustín—pobre de ingenio, hablando de la sacratísima Virgen María, que si todos los miembros de todos los hombres se convirtiesen en lenguas, aun no serían suficientes ni bastantes para la alabar?» Y si San Agustín, y otros altos gigantes en las cosas de Dios, se hallan tan pequeños enanos en las alabanzas de esta tan alta Señora para siempre bendita, ¿qué debo yo de sentir en hablar de ella, pues soy enano en comparación de todos los Santos y sabios? Menester es, Señora, suplicaros para el fin de este discurso, como para el principio, nos alcancéis el favor del Espíritu Santo, que os hizo tan santa y tan alta, para que el que puso en vuestro corazón tan gran fuego de amor, que saltan de él centellas de vivos y grandes *deseos* muy mejor que del Profeta Daniel (10, 11); que este mismo Espíritu Santo nos enseñe, ya que no todos vuestros *deseos,* mas alguna parte de ellos, para que a gloria de Dios que os los dió, cumplamos con el oficio del hablar en vuestra santísima fiesta. Señora, ¿quién [soy] yo para *entender en los tesoros de la nieve,* que son las inestimables e innumerables riquezas de la santidad y pureza, más blanca que nieve, de vuestro corazón? Mas dame mucha confianza que el Señor bueno envió comida a Elías, su Profeta leal, por medio de un cuervo negro (3 *Reg.,* 17, 6). Mirad, Señora, a esta gente congregada y devota en el día de vuestra alegría y ensalzamiento, y dadles el conocimiento de los *deseos* de vuestro Corazón, sin mirar la indignidad de mi lengua que los ha de hablar.

Decidnos, Señora para siempre bendita, ¿no están satisfechos los *deseos* de vuestro Corazón con que desde que fuisteis concebida hasta que de esta vida salisteis, en ninguna cosa, chica ni grande, enojasteis a Dios? En todo le agradasteis con mayor agradamiento que hubo ni habrá. Señora, ¿y los servicios que a Dios humanado hicisteis, dándole carne humana formada de vuestra purísima sangre, trayéndole nueve meses en vuestras entrañas, pariéndole, y sirviéndole cuando chico y cuando grande, esto, Señora. ¿no satisface a los deseos de vuestro Corazón? Y si todo faltase, ¿no bastaba aquella obra, mayor que todas las que hicisteis, más digna de loor que ningu-

na lengua puede contar, cuando *estando al pie de la Cruz de vuestro Hijo bendito* (*Jn.*, 19), amasteis tanto al mundo, que por remedio de él, ofrecisteis en vuestro Corazón la muerte de vuestro benditísimo Hijo, obedeciendo como *esclava* a la voluntad del Señor cuando os lo quiso quitar, como cuando en la Encarnación fué servido de dároslo?

Y si con todo esto se juntan los servicios hechos a Dios por todos los hombres desde el principio del mundo, y que serán hasta el fin de él, ¿qué amor hay que con esto no se contente? Y si se junta con esto los servicios y alabanzas de los ángeles, y de todos los que se han de salvar, que han de dar a Dios en el cielo, no parece que hay cosa más que *desear* para quien a Dios ama. Y si esto, Señora, no basta, mucha razón tenemos de avergonzarnos, de que nuestro amor es tan flaco y tan corto, que con un no sé qué, que hacemos o que sufrimos, nos contentamos, sin tener vivos *deseos* de hacer más y más por nuestro Señor, y que todos le sirvan y alaben.

¡Oh! dice la Virgen, que todos los servicios que todas las criaturas celestiales y terrenales hacen y pueden hacer al altísimo Dios, son una pequeña arenita, en comparación de la grandeza del cielo; todos los servicios que se pueden hacer, son una gran poquedad para lo que merece el que es Bien sin medida. No hay proporción de finito a infinito; y por eso los deseos de mi Corazón no se contentan con todo lo que las criaturas le pueden dar. Y a quien le parece que esto no es así, será porque tiene peso falso; y por tener poco amor en la balanza, le parece que pesa mucho lo que hace por Dios puesto en otra. Si *reinar tengo sobre todo lo que desea mi ánima,* mayores bienes tengo de ver que tiene Dios, que todo lo que el cielo y tierra le puede dar.

¡Albricias, albricias, Corazón virginal, en el cual cupo Dios, y por eso no le hinche la poquedad de las criaturas! ¡Albricias, que os manda decir el Señor: *Yo te tomaré,* Madre mía, y *reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima.* Y quien dijo *todas* ninguna sacó. Y si vuestro deseo, como la Escritura dice (*Ex.*, 33, 19), *es todo el Bien,* ya es venido el día en que veáis *todo el Bien,* y se os descubra *la faz del Señor que buscáis,* la cual en esta vida *tienen cubierta con sus alas los dos serafines* (*Is.*, 6, 2), aun cuando habla el Señor con los Profetas amigos suyos.

Él se os enseñará, y os dará el *deseo* de vuestro amorosísimo Corazón.

¿Quién contará esto? ¿Quién dirá que es ver a Dios claramente, retablo de hermosura infinita, piélago inmenso de infinitísimas perfecciones? El cual, siendo claramente visto, roba los corazones de los que lo ven, y los enciende en tan grande fuego de amor, cual no se puede decir, y en cuya comparación el mayor de la tierra parece tibieza. Porque, como dice Isaías (31, 9): *El fuego de Dios está en Sión, y el horno en Jerusalén*; dando a entender que lo que excede el fuego de un gran horno a otro fuego pequeño, excede el amor de Dios que resulta de verle en el cielo, significado por *Jerusalén*, al que acá se le puede tener en la tierra, por grande que sea, significado por *Sión*.

Esta faz hermosísima es la que enciende en amor a los serafines, y a todos los que la ven engendra en ellos unos *deseos* tan vivos, una sed tan entrañable de que tenga bien, gloria, poderío, sabiduría, y por decirlo en una palabra, *desean* con indecible deseo que tenga Dios infinitos bienes; y como todo lo criado sea finito, hacen tan poco caso de ello, que no les apaga su sed, causada de la vista de su hermosísima faz. Y si el altísimo Dios no les cumpliese este deseo, ellos quedarían con grande angustia.

Mas en el cielo *enjuga las lágrimas de los ojos de los suyos, y destierra el dolor y el llanto* (*Apoc.*, 21, 4), y todo lo que pueda dar pena; no hay lugar de tormento ninguno, ni falta de cumplimiento de la santa sed de los que allá van; porque Dios se la quita con darles a beber de aquel *río resplandeciente como cristal,* que San Juan vió en su Apocalipsis (22, 1), *que procede de la silla de Dios y del Cordero,* y va por *aquellas plazas* de oro fino de Jerusalén, *cuyo ímpetu alegra toda aquella ciudad de Dios* (*Ps.*, 45, 5), porque como dice David (*Ps.*, 35), *les da Dios a beber con el río de su deleite.* ¿Cómo estarán sedientos los que, por vaso, tienen un río, y lo que beben es *deleite de Dios?* ¡Oh inmensa bondad tuya, Señor, que Tú los hieres con las saetas de tu amor que salen de tu hermosísima cara, con que, olvidados de sí mismos, te desean infinitos bienes, v Tú mismo los sanas de aquella herida, y les quitas la hambre y sed que Tú les causaste! Y si tu faz despertó en ellos tales deseos, la misma faz tuya les da el cumplimiento

de ellos, y los acallas sin que tengan más que desear, como la madre al niño que toma a sus pechos.

Viendo a Dios, según habemos dicho, le desean infinito bien, y esta es la hambre y la sed; y viendo al mismo Dios, ven que tiene tantos bienes de sabiduría, fortaleza, bondad, hermosura, gozo y bienaventurada vida, que ni tuvo principio, ni tendrá fin; ni puede crecer más, por ser infinito, ni descrecer un solo cabello por ser omnipotente; y como se hallan en él todo lo que deseaban, y mucho más, quedan contentos y recontentos; y cuanto fué la grandeza del deseo, tanto es el gozo causado por el cumplimiento de él.

### 8.—*Hoy lo goza en el cielo.*

Quien lleva el vaso más capaz del amor, más se goza del bien de Dios. Y si quien más pequeño lo lleva es tanto el gozo, que no cabe de placer en sí mismo, porque ama a Dios, sin comparación más que a sí mismo, ¿qué os parece qué tal será el gozo de esta Virgen y Madre que hoy sube al cielo, y ve claramente la faz del Señor que ella buscaba, pues el vaso de su amor y del deseo causado de la vista de Dios es más capaz que el de todos los hombres puros y de todos los espíritus bienaventurados?

*Alegraos con Jerusalén* (*Is.*, 66. 10), que es la sagrada María, *y gozaos todos los que la amáis*, porque hoy la ha vestido el Señor con excelentísima gloria, *viniendo sobre ella como arroyo de paz, y poderosísimo río*, con grandes ondas de dulcísima miel. A Dios buscó, a Dios ha hallado; y sin temor de perderle, mientras Dios fuere Dios, para siempre *engrandecerá su ánima al Señor, y se regocijará su espíritu en Dios, salud suya* (*Lc.*, 1). Deseó el bien de Dios, y renunció su provecho, y halló a Dios; y asimismo esle dado Dios para que se goce de los bienes de Él, y le ha dado bienes para que se goce, para gloria y contentamiento de Dios; y de todas partes está cercada de la dulcedumbre de Dios, engolfada en el abismo de la bienaventuranza de Él, transformada en Él más que ninguna criatura y por eso hecha Reina y Señora de todo lo criado. Con mucha razón canta la Iglesia: «Subida es María al cielo, gózanse los ángeles y bendicen al Señor»; y con grande razón nos dice otra

vez: «María Virgen es subida al cielo: gozaos, porque para siempre reina con Cristo».

Virgen para siempre bendita, muy alegres estamos vuestros muy indignos siervos de que tan grande hayáis sido en servir al Señor, y Él tan copioso en misericordia para os galardonar, y de que vuestros deseos sean cumplidos de ver a Dios faz a faz. Descansad, Señora, y, como dice Isaías (54, 2), *ensanchad el lugar de vuestro aposento,* que es vuestro Corazón, porque mucho es lo que Dios os ha dado, *y no os lo quitará para siempre* (*Lc.*, 10, 42). ¿Quédaos, Señora, más que *desear?*

### 9.—*Deseaba y obtuvo la gloria de su cuerpo.*

¿Quédaos algo más *sobre que reine vuestra ánima?* Y aunque parezca ignorancia esta pregunta, no lo es. Porque juntó Dios el cuerpo y el ánima de cualquier humana persona con un tan íntimo lazo de amor, [que] (3) aunque el ánima esté fuera del cuerpo, y esté en el cielo gozando de Dios, tiene un natural deseo de verse junta con el cuerpo para darle vida como antes hacía; mayormente sabiendo que su cuerpo no ha de tener en el cielo las pesadumbres e imperfecciones de acá, ni le ha de ser impedimento, sino instrumento hermoso, sutil, incorruptible y ligero, y tal cual conviene para ánima que goza de Dios. Y si las ánimas bienaventuradas desean tener sus propios cuerpos consigo para que sean participantes en la gloria, pues lo fueron en las buenas obras, ¿con cuánta más fuerza desearía el ánima de la Virgen sagrada tener en el cielo consigo su santísimo cuerpo, pues que tan lealmente le ayudó a servir a Dios estando en aquesta vida, sin tener movimiento ni inclinación mala, como los cuerpos de los otros Santos?

Es, por cierto, cosa muy justa que pues, en cuerpo y en ánima, fué la Virgen bendita silla de Dios, y por muy particular manera, que ya que se partió esta silla en dos partes el día de su sagrada muerte, que luego al tercero día torne Dios a juntar su silla y santísima Arca, para que vean todos los que en el cielo estuvieren aquella santísima carne, de la cual el Verbo

---

(3) [*Que*]; la edición de 1596, *y*.

divino tomó carne humana, y que esté tan resplandeciente, que baste a alumbrar todo el cielo, y henchir de nueva gloria a todos los que allá están. Y así es de creer que lo pidieron los ángeles, y que Dios lo concedió, y que toda la Virgen entera *está reinando en el cielo sobre todas las cosas que desea su ánima*: y una de ellas era, según habemos dicho, tener consigo su benditísimo cuerpo, descansando para siempre bienaventurada.

10.—*Desea y pide nuestra salvación.*

¡Bendita entre las mujeres, y sobre ángeles y hombres! Dadnos licencia para os preguntar si son cumplidos todos vuestros *deseos,* pues que parece que sobre vuestra gloria ni hay más que tener, ni qué desear; y que podréis decir con grande verdad (*Ps.*, 22): *El Señor me apacienta*; *ninguna cosa me faltará*; *colocado me ha en lugar de su pasto, y muy abundoso.*

«Gran verdad es—dice la Virgen—que en lo que a mí toca, no tengo más que desear; porque *he entrado en el gozo del Señor* (*Mt.*, 25, 21), más dentro y con mayor abundancia que ninguna pura criatura entró, ni que nadie puede decir. Mas tengo hijos en el mundo, la salvación de los cuales deseo con muy amoroso y natural corazón. Y aunque no puedo tomar pasión o penas de sus trabajos y males, porque con el gozo del cielo no se compadece pena ninguna, mas no he perdido la compasión de ellos, ni el deseo de su salvación que tenía en el mundo, antes se me ha acrecentado, porque el Señor me ha acrecentado la caridad. Este cuidado tendré hasta que el mundo se acabe; este oficio haré, ser fiel abogada de los negocios de ellos delante del trono de Dios; y cuando lo viere enojado con ellos, pondréme delante, y si fuere menester hincaré mis rodillas, y echaréme a sus pies, y traeréle a la memoria los servicios que Él me dió gracia que yo le hiciese, y Él recibió de muy buena gana, y haré todo aquello que una amorosísima madre hace con sus hijos, sin cansarme ni enfadarme de abogar por justos y pecadores.»

### 11.—*Padre y Madre tenemos en el cielo.*

¿Oís esto, cristiano? ¡Dichosos nosotros, por cierto, que tenemos a Dios por Padre, y a su sagrada Madre por Madre! Y si queremos mirar en ello, nos es dada hoy una gran confianza para nos salvar, pues ha subido de la tierra al cielo una Señora, que tanto puede con Dios como Madre con Hijo, y que es muy más piadosa para con nosotros que ninguna madre lo ha sido ni será con los propios hijos que engendró y parió.

¿Quién contará las grandes misericordias que están en aquellas palabras dulcísimas que por tu meliflua boca dijiste (*Mt.*, 23, 9): *No queráis llamar padre sobre la tierra, porque uno es el Padre vuestro que está en los cielos?* No porque Tú, Señor, vedas que llamemos y honremos por padres a los que según el cuerpo nos engendraron, antes lo has mandado en tu cuarto mandamiento, y es cosa muy agradable en tus ojos, como dice San Pablo (*Colos.*, 3, 20). Mas quieres descubrirnos el secreto del corazón de tu Padre, que nosotros no sabíamos, y tanto nos importaba saber; y es que el paternal amor que nos tiene excede tanto al que nos tienen nuestros padres que nos engendraron, que así como en comparación de Dios, ninguno merece ser llamado santo, ni bueno, ni alto, porque Él es sólo el Santo, Señor, altísimo (4) y bueno, que obscurece con su Bondad la bondad de las criaturas, porque les lleva ventaja infinita, así los que nos engendraron, por mucho amor que nos tengan, no hinchen este nombre de padre, ni merecen tenerlo, sino Dios, cuyo amor y cuidado para con nosotros justísimamente merece este nombre, y lo hinche y cumple de todo su significado, haciendo altísimamente el oficio de padre. Bendecímoste, Señor, por misericordia tan llena de gracia, raíz y causa de muchos y diversos bienes que de esta misericordia proceden, que como verdadero Padre nos haces en este mundo y en el venidero.

Y también te bendecimos porque nos diste a tu santísima Madre por Madre; que como es la cosa más conjunta contigo en el parentesco de la carne, así lo es en el fuego de la caridad. Y como un hierro echado en el fuego está todo lleno de él, que parece que

(4) *Himno Gloria in excelsis Deo.*

es el mismo fuego, así esta Virgen bendita, echada en el horno del divino amor, sale toda tan llena de él, y tan semejable a él, que es tan verdadera Madre del pueblo cristiano, que en comparación de Ella las madres no merecen nombre de madres.

¿Quién habrá que nos despierte del sueño del pecado, si en él está, y que no se anime a proseguir las buenas obras que ha comenzado, con tener favor de tan potentísimo Padre, y regalos de Madre tan piadosa? Comencemos nuevo partido para alcanzar la gloria del cielo. Parémonos a considerar cuán grande parte será de nuestra bienaventuranza verla en el cielo, y agradecerle todos los favores y misericordias que nos hizo para ir allá. Entendamos muy de verdad que, con el grande amor que nos tiene, desea que vayamos donde Ella está, y que para esto está muy aparejada para socorrer a cualquiera persona en cualquier tiempo y negocio en que la llamare. Riquísima es, para todos tiene; los pecadores alcanzan por ella perdón, los justos más gracia, los ángeles gloria, y el Hijo de Dios tiene de ella carne humana, y la Beatísima Trinidad gran gloria, por ser hechura suya. Y es tanta su liberalidad para dar, cuanta su riqueza para poder dar.

### 12.—*Exhortación final*

¿Qué resta, sino que hagamos lo que está escrito (*Prov.*, 1): *No dejes, hijo, la ley de tu Madre?* Y Ella misma nos dice (*Prov.* 8): *Bienaventurados los que guardan mis caminos.* Y si la amamos, imitémosla; si por madre la tenemos, obedezcámosla. Y lo que nos manda es (*Jn.*, 2, 5) que *hagamos todo aquello que su Hijo bendito nos manda.* Porque el camino por do ella ganó lo que tiene, la obediencia de Dios fué, y si ésta no tuviera, ninguna cosa le aprovechara ser Madre de Dios según la carne; y (*Mt.*, 12, 50) *toda persona que guardare la santa voluntad de Dios, será madre de Dios* según el espíritu. Y de que haya muchas madres de éstas no tiene envidia la Virgen y Madre, antes lo desea y lo procura; y Ella, como principal de todas, nos es dada por ejemplo, para que imitando su humildad, mansedumbre, limpieza y caridad, y todos los otros caminos que ella anduvo en obediencia de Dios, y siendo ayudados de ella, no sólo con sus ejemplos, mas con sus ferventísimas oraciones delante

del trono de la misericordia de Dios, se nos comunique tal gracia, que en el día de nuestra muerte nos sea dicho de parte de Dios: *Yo te tomaré, y reinarás sobre todas las cosas que desea tu ánima*, gozando en compañía de esta santísima Virgen en la sempiterna gloria del cielo. Amén.

## TRATADO 11

### Asunción de la Santísima Virgen María (II).

*(La Virgen, mártir de amor.)*

*Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?*

¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de regalos, recostada sobre su Amado?

(*Cant.*, 8.)

### 1.—*Para la Virgen, hoy se acabó el padecer.*

No hay término que no llegue, en las cosas que son medidas por tiempo. No se alegre el malo en los placeres y prosperidades que tiene, porque presto vendrá un día por su casa, en que le quiten de la boca la embriaguez de sus vicios, y se dé contra él aquella dura y justa sentencia (*Apoc.*, 18, 7): *Cuanto se glorificó en sus deleites, tanto le dad de tormento y lloro. Pasáronse los siete años de la fertilidad* que hubo en Egipto, y *sucedieron otros siete de* mayor *esterilidad* que la pasada fertilidad (*Gen.*, 41, 53). Y por unos deleites y pecados breves que *en siete días* se gozan —que significan toda esta vida—, les sucede *no siete años solos* de grandes tormentos, mas siete mil cuentos de años, y mientras Dios fuere Dios. Era temporal esta vida; vino su término, y vino tras ella la muerte, que no tendrá fin. No se alegren los que en este mundo tienen prosperidad; *no lleguen su corazón a las riquezas, aunque les vengan* (*Ps.*, 61, 11); *no se alegren cuando compran,* no lloren cuando pierden hacienda; *usen de este mundo como si no usasen*; *porque se pasa,* y muy presto, *la figura de este mundo,*

como dice San Pablo (1 *Cor.*, 7). *Y los varones de las riquezas durmieron el sueño* de la muerte, la cual quieran o no quieran ha de venir, *y ninguna cosa de ellas hallaron en sus manos,* como dice David (*Ps.*, 75, 6). No tiene por qué gloriarse el malo ni el vano, porque él dijo, de lo que aquí le daba placer, es más amargo sin comparación que el deleite que recibieron.

Si gozaros queréis, yo os diré lo que para ello habéis de hacer. A vosotros digo, que *os tenéis por extranjeros* en este mundo (1 *Petr.*, 2, 11), y habéis puesto vuestro cuidado en tener tal vida, que tengáis con razón esperanza de gozar de la otra. Alégrense los que guardan los mandamientos de Dios, porque los servicios su término tienen, el galardón para siempre será. Consolaos los que lloráis vuestros pecados, y los que lleváis a cuestas la penosa cruz de la penitencia y mortificación de vuestras pasiones, y sois obedientes a Dios en los trabajos que Él os envía, y no le dais por ellos quejas como los mundanos, mas gracias como buenos cristianos, porque todas estas cosas temporales son, y su fin tienen, y *obrarán* después *en vosotros eterno peso de gloria* (2 *Cor.*, 4, 17).

Alegraos, alegraos los que de veras amáis al Señor, por cuyo amor tenéis la morada de esta vida por penoso destierro, y por ser leales al amor del Señor, en ninguna cosa os queréis aquí consolar, mas como casta tórtola tenéis el gemido por canto, y *os habéis sentado sobre los ríos de Babilonia* (*Ps.*, 136, 1), despreciando todo lo que en el mundo florece, porque se pasa como agua de río, y vuestro oficio es *llorar, acordándoos de aquella* celestial *Sión,* en la cual Dios es visto con grandísimo y eterno gozo, no por velo, sino faz a faz claramente. No desmayéis en vuestros trabajos, porque jurado ha el Señor de *quitar la copa del amargor de vuestra boca* (*Is.*, 51, 22), y daros eternas consolaciones. Y día vendrá—y cierto vendrá, y presto vendrá—en que Dios os dé el deseo de vuestro corazón, y abrirá vuestra cárcel, y romperá las cadenas de vuestra mortalidad, *y pondrá en vuestra boca un cantar nuevo* (*Ps.*, 39, 4), *y sacrificaréis a Dios* en el cielo *sacrificio de alabanza perpetua* (*Ps.*, 115, 17).

Sabed bien considerar el presente día y solemnísima fiesta, en el cual se llegó el término tan deseado y tan pedido por la sacratísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, y gozándoos de tan grande bien como a ella le vino, pues hoy entró en la ciudad

celestial con tanta fiesta y regocijo, que pone en admiración a los ángeles, y espantados de que en este miserable desierto hubiese tan preciosa reliquia, y que con tanta honra y pompa fuese subida a la alteza del cielo, y constituída por Señora de los que están allá y de los de acá. preguntan diciendo (*Cant.*, 8): *¿Quién es ésta que sube del desierto, abundante en regalos, arrimada sobre su Amado?*

Gócense, pues, los buenos hijos de la libertad de su bendita Madre, y esperen ellos que, a semejanza de Ella, les vendrá el día de su libertad, en que libres de la corrupción de esta vida, gocen con Ella en el cielo del don de incorrupción perpetua, de cumplida gloria, y de la alegre vista de Dios; y entiendan que esta Virgen bendita no sólo nos es dada para ejemplo de nuestra vida, a la cual sigamos e imitemos en sus virtudes, mas también tenemos en Ella ejemplo y motivo para esperar que, si fuéremos acá por el camino que Ella fué, aunque no tan aprisa ni con tanta santidad, iremos donde Ella fué, aunque menores en gloria.

Estemos, pues, muy atentos, y no perdamos de vista a esta Señora tan acertada en sus caminos, y tan verdadera estrella y guía de los que en este peligroso mar navegamos. Y pues que en otras fiestas, desde que fué concebida en el vientre de su madre, hay mucho que mirar y que aprender y con que consolarnos, tenemos obligación el día de hoy a decir algo de ésta, que no tiene menos provechos que cualquiera de las otras. Y comencemos por aquí.

## 2.—*Martirio de la Virgen desterrada.*

Señor, amando a vuestra benditísima Madre con amor tan grande cual conviene amarla tal Hijo como Vos sois, y ser amada tal Madre como Ella es, ¿qué fué vuestro consejo, que aunque justo en sí, fué para Ella penoso, que subiendo Vos rico y próspero, acompañado de ángeles y ánimas santas a reinar en el cielo, sentado *a la diestra del Padre, donde hay deleites para siempre jamás* (*Ps.*, 15, 11), dejasteis a esta Señora en el destierro de la tierra, donde aunque por vuestra gracia Ella tuviese vida muy ajena de todo pecado, mas por estar ausente de Vos, le había de ser un penoso destierro? ¿Quién, Señor, entenderá vues-

tros caminos? ¿Quién dijera que pidiérades más trabajos a esta Virgen bendita, que los que pasó al pie de la cruz viéndoos morir en ella con graves dolores? Vos, Señor, sois el sol y Ella la luna; y pues que Ella se eclipsó cuando Vos os eclipsasteis, ¿por qué cuando vais lleno de lumbre y de gloria, no participa Ella también de lo que Vos en tanta abundancia? La sombra sigue al cuerpo, y la Virgen a Vos, y de Vos está colgada como fidelísima sierva. ¿Por qué—pues en el tiempo de vuestra tribulación Ella os acompañó y siguió—, por qué os vais al cielo con mucha prosperidad, y la dejáis a Ella en la tierra?

Ya veo, hermanos, que me estáis respondiendo lo que Dios dijo por el Profeta Isaías (55, 9): *Cuanto son ensalzados los cielos sobre la tierra, tanto mis caminos exceden a los vuestros.* Así, Señor, lo creemos; todos son justos, llenos de sabiduría y de bondad; y alabándolos por tales, los deseamos, pues los queremos entender para vuestra gloria y nuestra edificación. Mas es primero de advertir, que por mucho que despabilemos nuestros ojos para considerar cuán grande fué el martirio que esta Virgen sagrada pasó todo el tiempo que vivió en este destierro, desde el día que su benditísimo Hijo y Señor subió a la ciudad soberana, hasta el día de hoy, en el cual Ella alcanzó lo que deseaba siendo llevada allá, no podremos entender aun la menor parte de su penoso martirio.

### 3.—*El amor fué su verdugo.*

El amor le causaba deseo de ver a su Dios faz a faz. Tanto cuanto el amor es mayor, el deseo es más crecido y su dilación más penosa; y si hubiere quien pueda pesar el gran peso del amor que la Virgen tenía, aquél podrá saber sus encendidos deseos dónde llegaban, y cuánto le atormentaba la dilación de cumplirse.

¡Oh Virgen gloriosa, que de una misma fuente os nace lo dulce y amargo, lo que os hace a Dios agradable y lo que os martiriza! El amor, y grandísimo amor, que sobrepuja todo conocimiento, que a Dios tuvisteis, éste os hace alta, y agradable y bienaventurada en su acatamiento; y este mismo, a la medida de su grandeza, os atormenta como gran sayón. Aquel *cuchillo* que el santo viejo Simeón os profeti-

zó que había de traspasar vuestro corazón (*Lc.*, 2), cuando visteis a vuestro Hijo crucificado y morir en la cruz, fué figura al vivo. Mas si no hubiera en vuestro corazón *cuchillo de amor,* con que vuestra sacratísima ánima estaba dulcemente herida hasta lo más íntimo de ella, poco os atormentara el ver padecer a quien mucho no amábades. Este, este vivísimo amor os hacía cuidar lo que convenía a vuestro sacratísimo Hijo; éste, temer no le viniese algún mal; éste, llorar cuando le vino, y sentir dolores de muerte en su muerte. Y cuando al humano juicio parecía que este amor os hubiese de dar descanso, gozando en el cielo del que tanto amasteis viviendo en la tierra, comience de nuevo, por consejo de Dios, a atormentaros como de antes, y que dure el tormento por toda la vida, y aun que vaya creciendo mientras más creciere la vida.

Por experiencia tenemos, que los amigos de Dios que se hallaron presentes a la muerte del Señor y se compadecieron de ella, se contentó Dios con aquel martirio de compasión interior que allí pasaron y padecieron, sin consentir que mano de sayón exterior atormentase a los que el interior amor tan gravemente martirizó. Mas según veo, Señora, Vos, la que más allí padecisteis, os tornan a dar a beber el cáliz de amargura de la ausencia de vuestro benditísimo Hijo, más penoso para Vos, que la muerte que os pudieran dar los sayones crueles.

Tenía esta Virgen grandísima lumbre en su entendimiento, para conocer y poner en su lugar los beneficios que Dios le había hecho; tenía muy tierna voluntad para agradecerlos y considerarlos muchas veces; y soplando a la continua en leña tan aparejada para encender fuego, engendrábase en su Corazón una llama de amor que la abrasaba, y hacía desear con todas sus fuerzas ver ya aquel que tan singulares mercedes le había hecho. Y si hay hombres que, acordándose que Dios les ha perdonado los pecados que han hecho, ni se pueden contener de lágrimas tiernas, ni cesan de amar al que tanta misericordia les hizo, y el Señor dice (*Lc.*, 7, 43), que a quien más pecados les son perdonados, más amor tiene a su perdonador, ¿qué sentiría aquella Virgen bendita cuando se acordase de tan grande beneficio, recibido de la mano piadosa de Dios, que ni en su Concepción ni en toda su vida cayó en Ella pecado? Por-

que muy bien sabía que es mayor merced dar Dios la inocencia, no dejando caer en pecado, que al caído darle perdón. Y por esto todos los pecados que allí pudiera haber hecho, y que otros hacían, ponía a cuenta de deuda propia, y agradecía a Dios como si los hubiera cometido y fuera perdonada, y aun mucho más según habemos dicho. ¿Qué os diré? ¿Qué amor obraba en su corazón el agradecimiento de la gracia y santidad que había recibido? Que como humilde y fiel sierva, por todo ello *engrandecía su ánima a Dios* (*Lc.*, 1, 46) y no a Sí misma.

Pues cuando pensase la inefable y nunca oída merced que Dios le había hecho en tomarla por Madre, sería tanto el amor que de Ella se enseñorease, que le causase desmayo y falta de fuerzas, y le hiciese decir muy de corazón lo que está en los Cantares (2, 5): *Que de amor estoy enferma.* Sus grados tiene el amor; hiere, y ata, y es insaciable. Herido está el corazón del amor de Dios cuando se enseñorea tanto del hombre, que a todos los otros amores éste sobrepuja, y cumple lo que el Señor en el Evangelio pidió (*Mt.*, 10, 37): *El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí*; y (*Lc.*, 14, 26): *Si alguno viene a Mí, y no aborrece padre y madre, mujer, hijos y hermanos, y aun a sí mismo, no puede ser discípulo mío.* La ley de la Bondad divinal pide, y con mucha justicia, que así como ella es en Sí cosa infinita, así sea preciada de hombres y ángeles sobre todas las cosas, de manera que le haga decir con San Pablo (*Rom.*, 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? Ni tribulación, ni angustia, ni hambre, ni desnudez, ni peligro, ni persecución, ni espada* que mate; *mas en todas estas cosas sobrepujamos por amor de Aquel que nos amó. Porque cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni las cosas presentes ni las por venir, ni fortaleza ni alteza ni lo profundo, ni otra criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios, que está en Jesucristo nuestro Señor.*

### 4.—*Saetas de amor entre Dios y la Virgen.*

¿Qué saeta tan fuerte, ni con tanta violencia puede herir a un cuerpo, como este amor que Dios infunde en el corazón hiere al ánima hasta lo más íntimo

de ella? Herida es que da salud; y quien esta llaga no tiene, mal sano está. Y aunque tiene nombre de herida, dulcísima cosa es. Y sin ira, tira esta saeta el Señor, y sin enojo la recibe su criatura, antes se precia de ella en los Cantares (2, 5) diciendo: *Herida estoy con amor.* Dichosa herida para la criatura, pues el mismo Dios, Omnipotente e insuperable, no se defiende de aquesta saeta, si hubiese quien se la tirase, según Él da testimonio, diciendo (*Cant.*, 4, 9): *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con uno de tus ojos, y con un cabello de tu cabeza.* ¿Quién contará los misterios del amor que entre Dios y la Virgen pasaban, hiriendo Él a Ella con la contemplación de su hermosura y de su bondad, y Ella a Él con amarlo y pensar en Él con grandísima fidelidad? Porque *el ojo derecho*, el amor de Dios es; y *el un cabello de la cabeza*, el continuo pensamiento en el mismo Dios es.

De donde parece que no sólo la bendita Madre de Dios estaba herida con el amor, y amor fuerte e insuperable, con el cual estaba determinada de morir antes mil muertes, que hacer a Dios una ofensa, chica ni grande; mas también tenía su pensamiento tan puesto en Dios, que nunca le ponía en olvido. Bendito sea Dios para siempre, que hubiese en la tierra quien con amorosa y continua memoria de Dios hiciese contrapeso a los muchos que, recibiendo cada hora y momento mercedes de Dios, se les pasan por alto los días y las horas sin se acordar del que nunca de ellos se olvida; y si se acuerdan, es una memoria seca y desamorada; porque aquélla es la verdadera, que así se acuerda de Dios y de sus mandamientos, que hace que se pongan en obra. Y por aquellos tales se queja el Señor, diciendo por Jeremías (2, 32): *¿Por ventura puédese olvidar la doncella de la faja con que ciñe sus pechos? Mas mi pueblo hame puesto en olvido días sin cuento.*

¡Oh Doncella, honra de todo el pueblo de Dios, cuán mayor cuenta teníades Vos de traer siempre rodeado a Dios a vuestro corazón, que ninguna doncella tuvo cuidado de su faja ni de su atavío! Aquéllas, por tener cuidado de la vanidad, y bien parecer a los hombres, se descuidan de tener a Dios en su corazón; mas Vos, Señora, cuyo propósito siempre fué despreciar todo lo perecedero, y buscar la hermosura de las virtudes que agradan los ojos de Dios, todo vuestro pensamiento, orando o no orando, y en todo

tiempo, lugar y honra, estaba atento a Dios, cumpliendo y sobrepujando lo que dijo el Profeta David (*Ps.*, 18, 15): *El pensamiento de mi corazón está siempre delante de Ti.* Pareciaos, Virgen bendita, gran traición acordarse de Vos siempre Dios, y Vos olvidarle un solo momento, trayendo santa competencia con Él, y aprendiendo de lo que Él hacía con Vos para hacer Vos lo mismo con Él. Amábaos Él con amor liberal, sin respeto de propio interés; porque lejos está de la infinita riqueza de Dios vender a nadie su amor, ni esperar provecho, pues que su bien ni puede crecer ni disminuir. Vos, Señora, con aquel corazón liberal, magnánimo y no interesado, semejable en su manera al de Dios y recibido de la mano de Él, teníades puesta en olvido a Vos misma, y dábades a Dios un amor desinteresado y una memoria continua, para que se verificasen de Vos, mejor que de nadie, aquellas palabras de los Cantares (2, 16): *Mi Amado a mí y yo a Él,* que más contienen afecto de ánima que cumplimiento de sentencia (1); pues que ni dicen qué es vuestro Amado [para Vos, ni qué sois Vos para Él]. Mas no diciendo en particular lo que es el uno al otro, se da a entender que es tanto, que no se puede decir. Todas las cosas, Señora, os es Dios; y todas las que una criatura puede ser para Él, Vos lo sois; el mayor contentamiento que la pura criatura le puede dar, Vos se lo dais. Razón tuvo, por cierto, el Espíritu Santo en no declarar cosa particular en aquellas palabras; porque fuera decir poco de lo mucho, y las cosas altas mejor se declaran en las honrar con silencio, que con decir la menor parte de sus excelencias.

### 5.—*Dulcísima guerra.—Dureza de nuestro corazón ante el amor divino.*

¿Quién contará esta guerra tan dulce, tan sin enojo, entre Dios y la Virgen bendita, en la cual la hermosura de Él hiere a Ella, y la de Ella hiere a Él, presa y atada con aquellas prisiones, de cuya fortaleza Él se gloría diciendo (*Os.*, 11): *Yo los traeré a Mí en las cuerdas de Adán, y en las prisiones del amor?* Entendiendo por lo primero los beneficios naturales

(1) *Cumplimiento de sentencia:* sentido completo.

que hace a los hombres, y por lo segundo los que son sobre naturaleza.

Y si miráis lo que vale cualquier beneficio de Dios, aunque sea el menor de ellos, y principalmente el amor de su divino corazón con que nos lo da, ninguno hay tan chico que no sea bastante de sí a prender al hombre, y atarlo con Dios por amor, y ofrecerle todo servicio. Y si uno sólo es bastante para hacer esto, ¡qué presos de amor nos debían tener tantos y tan grandes como Dios nos ha hecho a los hombres, y cada momento nos hace! Mírese un hombre mismo a sí, mire el cielo y mire la tierra, y vea que todo es leña de beneficios para encender en el hombre el fuego del divino amor, y todos son tan fortísimas *cuerdas* para amorosamente atarle con la santa voluntad de Dios y su Ley, que le hagan amar la atadura de la salud, que es la obediencia de Dios, y aborrecer la mala soltura de la propia voluntad, causadora de que en el infierno aten al hombre que aquí la siguió, de pies y de manos, donde esté preso, cautivo de los demonios, y sea su esclavo el que aquí no quiso sujetarse a Dios para vencer demonio y pecado. ¿Quién bastará a maravillarse de tan gran enfermedad de los hijos de Adán, que con tantos emplastos llenos de eficacia y blandura, no cobran salud, pues con todos ellos, y gozando de ellos, y holgándose de recibir los dones de Dios, no levantan sus ojos a considerar que es mucha razón de ser amado y servido un bienhechor tan continuo, que ningún momento deja de serlo, y tan copioso, que ninguno basta a contar la innumerable copia de sus mercedes, y tan piadoso, que por sólo amor y bondad hace lo que hace, deseando que los hombres, provocados con los beneficios que de su mano reciben, le amasen, y tuviesen disposición para recibir lo que Él desea darles, que es a Sí mismo? ¡Oh lamentable ceguedad y traición de una esposa que, enviándole su esposo muchas y hermosas joyas para que a la continua se acuerde él y no se le enfríe, antes más y más se encienda en su amor con las muchas y preciosas dádivas, torna ella esto tan al revés, que aficionándose a las joyas, huelga tanto con ellas, que por ellas olvida a su esposo que las envió para incentivos de amorosa memoria!

Y si estos beneficios de naturaleza debían bastar para prender a los hombres en el amor del Señor,

¿qué os diré de la fuerza que habían de tener en nuestros corazones los beneficios que sobre toda orden de naturaleza recibimos? Si en darme Dios el ánima y cuerpo que tengo me obliga a amarle y servirle con ello, ¿en qué obligación me pone darse Dios a Sí mismo a muerte de cruz, por remediar lo que primero me había dado y yo lo había perdido por mis pecados? Si por lo que me da para mantenimiento y regalo de este miserable cuerpo le debo amor, ¿que será por la gracia, y por sus Sacramentos que son causa de ella, que para que mi ánima sane y se esfuerce en el camino de Dios ordenó que le costase su vida? Por beneficio natural me hizo señor de este mundo, y por sobrenatural me hizo heredero del cielo. Mercedes son éstas tanto mayores que las naturales, que sin ninguna proporción les exceden. Y por eso la divina Escritura (*Os.*, 11) llama a las primeras *cuerdas,* y a las segundas *prisiones*; las primeras *convidan*, las segundas parece que *fuerzan.* Porque ¿quién se defenderá de la violenta saeta de Dios, y saeta sin pecado, y quitadora de nuestros pecados, que es Jesucristo puesto en la cruz, bastante para herirnos de amor por sólo ponerse en ella, aunque fuera sin pena ninguna? Mas para que más fuertemente nos hiera, y del todo parezca saeta, le son puestos clavos en las extremidades de sus pies y manos, porque, palo con hierro, sea tan fuerte saeta tirada de la mano de Dios, que *no haya quien se defienda del calor de su amor* (*Ps.*, 18, 7), ni arma ni acero que le resistan (2).

Mas ¡ay de nos! que es mayor nuestra dureza que la del hierro y de las piedras, y hacemos salir en balde las invenciones que la sabiduría de Dios busca para remediar nuestra mala soltura; y siendo Él invencible, omnipotente, parece que le vencemos en la guerra continua que entre Él y nosotros hay, haciéndonos Él beneficios, provocándonos a su amor, y nosotros con gran desvergüenza recibimos lo que nos da, y negámosle nuestro amor y nuestra obediencia. Dejemos de hablar de esto, porque es triste materia y digna de lloro, y no viene bien para la fiesta alegre que entre manos tenemos. Porque como la Escritura dice (*Eccli.*, 22, 6) que *en el tiempo del lloro es la música cosa importuna* y fuera de tiempo, así también

---

(2) Véase el Tratado del Amor de Dios, pág. 21.

en el tiempo de la alegría es el lloro cosa importuna.

Convirtamos nuestra habla a la dulcísima Virgen y recibirá nuestro corazón consuelo de ver cuán bien obraban en ella *la prisión* que pretendían los beneficios de Dios; el cual la tenía, según habemos dicho, tan herida con su amor, que él era ley de su corazón, y puesto en el mejor lugar de su ánima; y le tenía el pensamiento tan atado con él, que no le dejaba que se olvidase ni un solo momento. Puede un herido pensar en otras cosas, para que con aquella diversión olvide el dolor que le da su herida; mas quien tiene *atado* su pensamiento continuo con lo que le hirió y su herida, ¿qué remedio le queda, pues no puede huir de lo que le causa el dolor?

*Herida* y *presa* estaba la Virgen del amor divinal, más que ninguna criatura; y *herido* y *preso* tenía a su Señor y su Dios, más que ninguna criatura. Ni el Señor ni Ella querían resistir a las heridas y prisiones de amor, antes se daban de muy buena gana tan sujetos al señorío del que obraba en ellos cuanto quería. Salvo que en Dios no podía obrar pena, y toda caía sobre la Virgen bendita; porque Él es del todo impasible, y Ella muy aparejada a padecer martirio de amor.

### 6.—*Amor inconsolable de María.*

Y lo que es mucho de mirar, que guardaba esta Virgen tanta lealtad al amor de Dios que toda la había poseído, que tenía por género de traición contra el amor del Señor tomar consolación en alguna cosa que no fuese Dios. Había leído lo que dice David (*Ps.*, 76, 3): *No quiso mi ánima ser consolada.* Y cumplíalo muy mejor que él; y decía a las consolaciones que aquí podía tomar (aunque sin pecado) lo que Job (16, 2) a sus amigos: *¡Consoladores sois pesados vosotros!* Porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal consolarse en las criaturas, que no por remedio de la herida amorosa de su corazón. Y mientras no estaba en el cielo viendo y poseyendo al Señor que la hirió, vivía una vida de martirio, siéndole todas las cosas de este destierro muy llenas de cruz. Y así, no gozaba de lo que acá podía gozar, ni alcanzaba la subida al cielo que deseaba. Y a semejanza de Job (7, 15), que decía: *Mi ánima ha escogido estar colgada,* estaba la Virgen entre el cielo y la

tierra, colgada de donde estaba el deseo de su corazón.

De manera que su vida era un puro tormento, y ni descansaba con llorar, ni le daban lo que deseaba; y así decía con ansias de su corazón, mayores que las del Profeta David (*Ps.*, 41, 2): *¡Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a Ti, Dios! Hubo sed mi ánima de Dios, fuente viva: ¿cuándo vendré y pareceré delante de la faz de Dios?* Y porque estuviésemos ciertos que mientras no estaba presente a su Dios, al cual deseaba, no se inclinaba a tomar otra alguna consolación, decláranos luego cuál era su ocupación y ejercicio, diciendo: *Fuéronme mis lágrimas pan de noche y día, mientras me dicen: ¿Dónde está tu Dios?* Derramaba lágrimas por su largo destierro, diciendo con David (*Ps.*, 119, 5): *¡Ay de mí, porque mi morada en este destierro se ha prolongado! Vivido he con los moradores de Cedar, y mucho tiempo ha sido mi ánima moradora de esta tierra* (*Job*, 7, 2): *Como desea el jornalero el fin de su trabajo, y el siervo cansado la sombra donde repose; así yo*—decía la Virgen—*he tenido meses vacíos, y he contado trabajosas noches para mí.* No vivió la Virgen ni un solo momento sin ganar nuevos merecimientos, y de esta manera nunca vivió *meses vacíos*; mas para lo que Ella deseaba, que era ver a Dios en el cielo, tenía por *cosa vacía* el tiempo; y contábalo por *noches trabajosas* mientras no alcanzaba lo que deseaba. No se maraville nadie de que la Virgen bendita dijese con suspiros salidos de su corazón: *¡Ay de mí, porque mi morada se ha prolongado!* Porque no es pequeña causa de dolor para quien tiene perfecto amor del Señor, vivir *en la tiera de Cedar*, significada por este mundo, lugar en el cual es Dios ofendido. Y como la bendita Virgen tenía el amor de Dios tan sin medida, del cual nacía la viveza de los espirituales sentidos, olíanle peor los pecados que en el mundo se hacían y amargábanle más que ninguna cosa corporal, por hedionda y desabrida que sea, ni que pueda dar desabrimiento a los corporales sentidos.

### 7.—*Impetu de su corazón.*

Y juntando en uno el desabrimiento que lo que pasaba en la tiera le daba, que la convidaba a huir de tal lugar, y por otra parte el deseo de la presencia

de Dios en el cielo, era tan grande el ímpetu de su Corazón a lo alto, que muchas veces alzaba los ojos al cielo donde estaba su tesoro, con arroyos de lágrimas que de ellos salían, suspirando decía lo que dijo David (*Ps.*, 83, 2) y mucho mejor: *¡Cuán amadas son de mí tus moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima desea, y con el grande deseo se desmaya por estar en los palacios del Señor.*

No piense nadie que este deseo tan encendido de esta Madre bendita por ver a su Hijo bendito en el cielo era causado de naturaleza, como otras madres suelen desear la presencia de sus hijos. Porque aunque el amor natural no estaba en Ella perdido, pues no es contrario a la gracia; mas era tanto el sobrenatural con que a su Hijo amaba en cuanto hombre, y muy más sin comparación en cuanto Dios, que sobrepujaba al amor natural y a los deseos de todas las madres de ver a sus hijos, como excede un fuego tan grande como todo el mundo al de una pequeña centella. *Espíritu* era de Dios el que meneaba su corazón para estos deseos, y *le hacía pedir* el cumplimiento de ellos *con gemidos que no se pueden contar* (*Rom.*, 8, 26). No hay en el corazón de la Virgen cosa que no fuese cubierta con oro, y oro fino, pues lo había así en el arca del Testamento, que era figura de Ella: porque era amor sólo sobrenatural, o el amor natural tan rodeado y cercado de la gracia del Señor, que en lo uno y en lo otro era movida por el Espíritu Santo. Y como Ella entendía venirle del cielo aquesta moción y soplo divino que la soplaba y encendía los deseos de ver a su Dios, soltaba la rienda a su Corazón para que con todas sus fuerzas lo desease, pues su intento era obedecer y agradar a Dios en todas las cosas.

### 8.—*Por qué dejó Dios a la Virgen en la tierra.*

¡Quién no se admirará de ver en cosa tan amada de Dios paso de tan grave tribulación que la hacía desmayar, y que la mirasen los ojos de Dios, y la dejasen padecer tantos años! Y lo que más de admirar es, que Él mismo le encendía más y más los deseos, y ni le daba lo que deseaba, ni le quitaba lo que le atormentaba. ¡Incomprensibles son vuestros caminos, Señor! *Sobre la mar andáis, y,* como decía David (*Ps.*, 76, 20), *vuestras pisadas no son conocidas.*

Profunda es vuestra sabiduría; y grande misericordía recibiremos si nos dais a entender, o siquiera rastrear, por qué tal Hijo a tal Madre le dilata tan justos deseos, siéndole esta dilación causa de tan grandes tormentos. Una cosa, hermanos, tened por averiguada: que obra tan particular, en persona tan calificada no tiene causas livianas, sino muy importantes, si hay lumbre del cielo para las mirar. Miró en esto el Señor al mayor provecho de su sacratísima Madre; miró al provecho de la Iglesia que entonces había, y también a los que después habíamos de nacer en ella hasta que el mundo se acabe.

A) *Para acrecentar sus méritos.*

Determinado tenía Dios *ab aeterno* el alteza de la gloria que había de dar a su sacratísima Madre. Y para cumplir con su justicia, quiso que fuese por medio de grandes servicios que Ella hiciese, y grandes trabajos que padeciese. Y aunque la predestinación suya fué de balde, y para gloria de la divina bondad. los medios de Ella quiso que fuesen costosos, y muy costosos, proporcionados con la grandeza de la gloria que la había de dar. No tenga nadie a Dios por cruel en ordenar que la vida de la Virgen antes de la Pasión fuese un puro martirio, y después de la Pasión también. Amor fué, y no malquerencia; y como el Padre de Él le trató, siendo su Hijo amantísimo, así Él trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su Corazón benditísimo, que en la tierra sabemos que padeció; pues está escrito (2 *Tim.*, 2, 12) que *seremos juntamente glorificados con Cristo, si juntamente padeciéremos con Él.* Y quien más padeciere, más glorificado; porque Él es *dechado,* así en santidad, como en padecer trabajos, *al cual quiso el Padre Eterno que fuésemos conformes* en la tierra y en el cielo *los hombres que* en la tierra *escogió* (*Rom.*, 8, 29). Por lo cual nadie se queje de ser tratado como Jesucristo lo fué de su Padre, y su Madre sagrada lo fué de su Hijo; mayormente si se considera *cuán poco es todo el trabajo que acá se puede padecer, en comparación de la gloria que será revelada* (*Rom.*, 8, 18) en los que aquí llevaren su cruz, en imitación y

obediencia de Cristo nuestro Señor, según dice San Pablo (2 *Cor.*, 4, 17): *La tribulación que en este mundo se pasa,* aunque parece muy larga y pesada, a la verdad es *de un momento, y de poco peso, y obrará en el cielo eterno peso de gloria.* Mas para tener de esto verdadera estimación conviene oír lo que luego dice: *Contemplando nosotros, no las cosas que se ven, mas las que no se ven; porque las cosas que se ven temporales son, y las que no se ven son eternas.* Abre, Señor, nuestros ojos para que consideremos maravillas de la gloria, que (1 *Cor.*, 2, 9) *ni ojo vió, ni oreja oyó, ni corazón pensó, ni lengua puede decir; la cual tienes aparejada* para los que en esta tierra de frialdad pusieren en Ti el amor de su corazón como Tú lo mandas. Si aquello que allí está, si lo medio (3), si una partecica, si la gloria de un día sólo se pudiese ver, pareceríanos que la comprábamos muy barato a trueco de estar en tormentos desde ahora hasta el día postrero.

No penséis, no, que queriendo Dios tanto a su Madre, le vendiese tan caro lo que era de poco valor; ni que la atribulara, si no fuera a trueco de darle un eterno descanso, que sin comparación excede a los trabajos que acá pasó. Amóla el Señor de verdad, y el amor verdadero no tiene tanta cuenta con regalar al amado como con darle lo que le cumple; atribula en lo poco, y que presto se acaba, por tener ocasión de regalar en lo mucho, que no tiene fin. De manera que el martirio que la Virgen pasó con la dilación de ver a su Hijo, penoso le fué, mas muy provechoso. Y [a]sí *la esperanza que se dilata y aflige al ánima* tiene por contrapeso que mientras más se dilata el bien, más le dan de él, y con mayor honra lo recibe. Porque mayor gloria es recibir galardón en pago de los buenos trabajos, que no recibirlo de balde; y mayor bien es la virtud de la obediencia y amor que en la paciencia se ejercita, por lo cual el hombre es hecho justo, que el descanso que pierde por ejercitarse en estos buenos trabajos. Pretendió, pues, el Señor con su sacratísima Madre su mayor merecimiento y gloria, y por eso la trabajaba según hemos dicho.

---

(3) *Lo medio:* la mitad.

B) *Para prepararla a la fiesta de hoy.*

Quiso también aparejarla para el gran día de esta fiesta, en el cual había de entrar con excelentísima gloria a ver y gozar de la hermosa vista de la beatísima Trinidad; lo cual es tan grande bien, que años, y millares de años, que uno gastase en aparejarse para este bien, haría muy poco. Para oír el sonido de la bocina y las voces formadas en el aire por ministerio de ángeles (*Ex.*, 19, 10) mandó Dios a Moisés que [se preparase el pueblo.] Para llegarse a ver al Señor en la zarza, [mandóle,] en señal de la pureza interior que había de tener, *que se descalzase los zapatos.* Y antes de la entrada de la tierra de promisión mandó Dios a Josué (5, 2) *que circuncide su pueblo.* Y la reina Esther (4, 16) se apareja con ayunos y oraciones para entrar delante del rey Asuero a abogar por el pueblo de Dios. Y [si] para éstas, y aun para otras cosas mucho menores, se nos pide aparejo, ¿quién será aquel que piense que para la mayor de todas no es menester grande y muy grande? Y grandísimo negocio es, un hombre nacido en la tierra subir a poseer el reino del cielo. Dichoso día, y hora, es aquella en que, desatado de las prisiones de esta mortalidad, es subido a ver la hermosísima cara de Dios, y a gozar de Él sin temor de para siempre perderlo. ¡Oh hermanos! Dios nos dé a entender que la vida que aquí nos da no es para otro intento, sino para que en este momento de tiempo (que aunque parezca largo, en fin, no es más que esto) nos aparejemos para alcanzar pureza de ánima para gozar del que es todo puro, y no para oír trompetas, ni voces de ángeles, sino al mismo Criador de los ángeles, Bien infinito. Aquella tierra, sin duda, es la verdadera tierra de promisión, y los que han de entrar en ella, circuncidados de sus pasiones y enemigos de su propia voluntad han de ser; y los que quisieren parecer graciosos delante del verdadero rey Asuero, Jesucristo nuestro Señor, con ayunos y oraciones y otras buenas obras se han de aparejar. No os maravilléis, pues, que Dios apareje a su Madre para este dichoso día, en el cual fué subida a los cielos a comenzar un gozo y gloria que nunca, mientras Dios fuere Dios, le será quitado; porque tan grande bien como le fué dado, gran aparejo pedía; y tan preciosa corona, después de gran victoria se había de dar;

y quiso que ganase la victoria con grande trabajo, para que tanto más honroso y sabroso le fuese, cuanto más le había costado.

Mas ya que el Señor quiso que su Madre bendita se aparejase para ver a Dios en el cielo, es cosa digna de preguntar qué aparejo había de ser éste, pues ni tenía pecados que llorar, ni descargos de conciencia con que cumplir, ni había menester que le dijesen misas, ni en otra cosa había entendido en toda su vida sino en aparejarse para este día tan grande. Gran cosa, Señor, debe de ser lo que dais en el cielo; particularmente lo que aparejado teníades para vuestra Santísima Madre, pues a la que tan aparejada estaría, le pedís más aparejo, como el bien que le habéis de dar excede al que habéis de dar a los otros. La mayor virtud, que a Dios más agrada, y sin la cual ninguna le agrada, y ninguna es viva ni de provecho, es la virtud del amor. Y ésta, que es reina de las virtudes, como el oro entre los metales, es la que convenía que más arraigada estuviese en la Virgen bendita, que excede a toda pura criatura como reina a vasallos; y en esto se ejercitó más por toda su vida, y ésta fué su compañera continua; y *como en la vida se amaron, hicieron lo mismo en la hora de la muerte* (2 *Reg.*, 1, 23) y en el tiempo del aparejo para bien morir.

Amor fué el aparejo de esta Virgen bendita, el cual hacía desear con nuevos deseos estar junta con quien amaba. Porque efecto es del amor verdadero querer vivir junto con aquel a quien ama; y no tanto por el propio interés y descanso—como algunos malos pueden desear gozar de Dios y de sus bienes, movidos por el propio amor—, cuanto porque viendo de más cerca, y con luz clara, la presencia de Dios, tanto con mayores fuerzas le glorificase y amase. Y para este fin quería lo que tenía, y lo que esperaba y deseaba. Con el cual amor y deseo, la que estaba aparejada se aparejaba mejor, y se le ensanchaba más el Corazón para que en Ella cupiese más gloria, y tanto más sabrosa le fuese aquella divina comida en el cielo, cuanto hubiese precedido mayor hambre y sed en la tierra, conforme a la promesa del Señor (*Mt.*, 5, 6): *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*

### C) *Para consuelo de la Iglesia naciente.*

Por éstas, pues, y otras muchas causas tocantes al provecho de esta muy amada Madre de Dios, que Él sabe, e ignoramos nosotros, quiso que Ella quedase en este destierro, y fuese martirizada con el deseo del cielo, para que con la mayor dilación allegase mayores riquezas, y se hiciese apta para sentarse en silla de gloria, enseñoreándose y reinando sobre toda criatura.

Ahora oíd cuánto provecho se siguió de su quedada acá para los cristianos que entonces vivían, y cuánto daño les fuera, habiéndoseles subido al cielo el Sol de justicia, lumbre del día, que fuera también con Él su Madre sagrada, lumbre que alumbra en la obscura noche, que en este mundo es tan continua.

¿Quién confortara a los Apóstoles de la tristeza y flaqueza que les quedó cuando vieron que su Maestro, y todo su arrimo, se había subido al cielo muy acompañado de servidores y amigos, y se quedaban ellos en este miserable destierro y entre miserables y crueles enemigos? Cierto desmayaran, y ni aun por diez días esperaran. Confortados con la habla, fe y oración de esta benditísima Virgen, con la eficacia que sus palabras tenían para con los hombres y sus oraciones con Dios, [se la] ponía a ellos para esperar y recibir el socorro del cielo, y con su oración se lo alcanzaba y traía.

¿Quién contará el deseo que daba a los que se convertían a la fe de Jesucristo bendito, de ver a la Madre del Hijo que era su Redentor y su Dios? Adoraban, alababan al Hijo, gozaban de sus trabajos y redención; y como gente agradecida deseaban ver y agradecer el árbol que tal fruto dió, y echábanle mil cuentos de bendiciones. Porque si los de Betulia agradecieron a Judith (13, 23) la libertad que por su medio alcanzaron, y el beneficio que hizo Esther (8, 17) a su pueblo no pasó sin ser agradecido, y lo uno y lo otro era temporal, ¿qué agradecimiento, qué cantares y loores darían los cristianos a aquella Señora, por cuyo medio fué descabezado Holofernes, y Amán ahorcado, que representan al demonio y al pecado, *cuya cabeza quebrantó la Virgen* (*Gen.*, 3, 15) y cuya muerte causó engendrando la Vida, y fueron libres los presos, y resucitados los muertos por la muerte de Cristo nuestro Señor? Y juntándose con este agra-

decimiento y amor que a la Virgen cobraban, el soplo del Espíritu Santo, Jesucristo, que como honrador de su Madre, les inspiraba y movía a que la honrasen y deseasen ver y servir, y conociesen que por Ella habían gozado del fruto de la vida, y que de Ella, como *de muy alto monte, fué cortada la piedra,* que es Él, *que quebrantó la estatua de la idolatría* (*Dan.*, 3); no puedo pensar sino que era tanto el concurso de los cristianos a ver esta preciosa arca de Dios, que lo trajo encerrado en Sí misma, que los caminos para su casa iban llenos de gente, y no sólo los de la ciudad de Jerusalén, mas de fuera de ella, *corriendo* los unos y los otros movidos por el Espíritu Santo, y provocados de fuera *con* el dulcísimo *olor de sus ungüentos* (*Cant.*, 1, 3) que era la odorífera fama de sus virtudes, el grande amor con que recibía a los que iban a Ella, su grande misericordia que a ninguno desechaba, y aquella gran maravilla y milagro, y altísima dignidad, de que era verdadera Madre de Dios.

¿Quién dirá de cuán buena gana, cuán llenos de confianza y devoción iban a Ella, así por deseo de verla, como por ser enseñados en sus dudas, confortados en sus trabajos y aprovechados en todo lo que convenía a sus ánimas? Cumplíase muy de verdad lo que muchos años antes había profetizado Isaías (2, 3), viendo en espíritu el grande concurso de gente que había de ir a oír la palabra de Dios, y ver obras maravillosas de Jesucristo nuestro Señor, y después de su muerte, de los que habían de ir a ver a su Madre sagrada y gozar de su doctrina y de los Apóstoles: *Andad acá, decían unos a otros, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y andaremos en las sendas de Él; porque de Sión saldrá la Ley, y la palabra de Dios de Jerusalén.* Como fué profetizado, así fué cumplido, pues vinieron a ver al Señor, *monte* más alto en santidad y en dignidad que todos los Santos; y después venían a ver *la casa del Dios de Jacob,* que era la Virgen sagrada, templo santo de Jesucristo, para *ser enseñados de los caminos* de los mandamientos de Dios, y *las sendas* de sus consejos; que para lo uno y lo otro, y para todas cuantas necesidades traían, les daba suficiente consejo y remedio la prudentísima y santísima Madre.

### D) *Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión, comulgar.*

Mas si a duras penas os podemos decir el gran deseo y devoción con que todos a Ella venían, ¿cuánto menos os podemos declarar la buena gracia y las encendidas entrañas de su caridad con que Ella los recibía? San Pablo dice que *daba leche* y regalaba *a sus hijos pequeños* (1 *Cor.*, 3, 2), y que (1 *Cor.*, 9, 22) *para ganar a todos se hacía todas las cosas a todos;* ¿cuánto más verdaderamente haría el oficio de madre esta Virgen sagrada, pues sin ninguna comparación les tenía mayor caridad que San Pablo? ¿Con qué ojos miraba la Virgen bendita aquella gente convertida a la fe de su Hijo, que a Ella venía, pues había amado tan de corazón la salvación de sus ánimas y gracia del Señor que por el santo Bautismo habían recibido, que porque ellos tuviesen el bien que tenían y viviesen en gracia delante de los ojos de Dios, Ella ofreció a la muerte de cruz a su Hijo unigénito? Y por eso sus entrañas santísimas se henchían de consolación, viendo que el fruto de la Pasión de su benditísimo Hijo no salía en balde, pues por el mérito de ella tanta gente se convertía a Él. Y parecíale que acoger y regalar, enseñar y esforzar a los que a Ella venían, era recoger la sangre de su Hijo bendito, que delante los ojos de Ella se había derramado por ellos. Alababa a la divina Bondad, daba gracias por los bienes hechos a ellos, y salían de sus ojos lágrimas dulces, sacadas de la ternura de su Corazón, y ningún trabajo le parecía pesado, y ninguna hora era fuera de hora, para recoger aquel ganado que entendía que el Señor le enviaba para que lo apacentase en la gracia del Señor.

Muy bien supo el Señor lo que hizo en dejar tal Madre en la tierra, y muy bien se cumplió lo que estaba escrito de la buena mujer (*Prov.*, 31, 11), que *confió en ella el corazón de su marido.* Porque lo que su esposo e Hijo Jesucristo había ganado en el monte Calvario, derramando su sangre, Ella lo guardaba y cuidaba y procuraba de acrecentar como hacienda de sus entrañas, por cuyo bien tales y tantas prendas tenía metidas. ¡Dichosas ovejas que tal pastora tenían, y tal pasto recibían por medio de ella! Pastora, no jornalera que buscase su propio interés (*Jn.*, 10, 12), pues que amaba tanto a las ovejas, que después

de haber dado por la vida de ellas la vida de su amantísimo Hijo, diera de muy buena gana su vida propia, si necesidad de ella tuvieran. ¡Oh qué ejemplo para los que tienen cargo de ánimas! Del cual pueden aprender la saludable ciencia del regimiento de ánimas, la paciencia para sufrir los trabajos que en apacentarlas se ofrecen. Y no sólo será su maestra que los enseñe, mas si fuere con devoción de ellos llamada, les alcanzará fuerzas y lumbre para hacer bien el oficio.

Este, pues, era el ejercicio de la Santísima Virgen después de subido al cielo su Hijo y Señor; enseñar a los del pueblo, y también a sus maestros, aunque fuesen los Apóstoles, los cuales aprendieron de Ella muchas cosas que ignoraban, y los santos Evangelistas escribieron cosas que de Ella supieron (4). Y aunque esto es mucho de maravillar, mucho más es que aun los ángeles podían aprender de Ella cosas que, por haber sido Ella testigo de vista, y saber todas las particularidades, daba mejor razón de ellas que ellos. Y pues San Pablo dice (*Efes.*, 3, 10) que *los principados y potestades del cielo aprendieron de la Iglesia* lo que no sabían, mucho mejor lo harían de esta Virgen sagrada, pues es la persona más principal de todo el cuerpo de la Iglesia, y más que todos enseñada por Dios.

Este ejercicio ya dicho, de caridad con los hombres, del cual Dios recibía servicio, le era algún consuelo para que la pena de su destierro no la matase. Y también se ejercitaba en visitar los santos lugares donde su Hijo bendito comenzó, medió y acabó su sagrada Pasión, los cuales Ella regaba con copia de lágrimas, trayendo a su memoria lo que en todos aquellos lugares su Hijo había padecido, y lo que en muchos de ellos Ella con sus propios ojos le vió padecer. Enseñaba en esto su amor maternal para con su Hijo; dolíale la memoria de lo que allí había pasado; daba inefables gracias a Dios por el gran bien que al mundo había venido y había de venir mediante el precioso precio de su sagrada Pasión, y suplicábale no fuese en balde tanto trabajo, y derramamiento de sangre tan preciosísima. En lo cual fué hecha ejemplo de los cristianos para que procurasen

(4) Sobre todo, San Lucas al contar los misterios de la santa Infancia.

de visitar aquellos santos lugares; y no fué en balde su ejemplo, que desde entonces hasta el fin del mundo no faltará gente, de cerca y de lejos, que con devoto corazón vaya a besar la tierra donde el Señor puso sus pies, y derramar lágrimas en el lugar donde Él padeció y derramó la sangre por ellos.

¡Maestra del mundo hablando; maestra obrando; madre regalando, y abogando delante del acatamiento de Dios! ¡Oh Virgen y Madre para siempre bendita, y qué te debemos! ¡Y qué dolor es no conocer tus grandes beneficios, y ni te los agradecer, ni servir! Suplicámoste nos alcances gracia de tu benditísimo Hijo para serte siquiera en algo hijos leales, e imitadores de tu mucha caridad y lealtad con que Tú nos eres madre, y muy piadosa.

Con estos dos ejercicios ya dichos, uno de la caridad de los prójimos, y otro de la compasión a Jesucristo su Hijo y su Dios, se juntaba otro tercero que también tenía, y era el recibir el Cuerpo sagrado de su Hijo bendito, consagrado por las palabras que Él ordenó. Decíale misa su bienaventurado hijo y capellán el Evangelista San Juan, y comulgaba él, y comulgaba Ella; ¡y dichoso aquel que merecía ser acólito, y servir en aquella misa, y poner el paño a la Señora que recibía al Señor! ¡Oh, si se nos pegase algo, oyendo comunión tan devota, de lo mucho que a la Virgen le sobraba! ¡Qué reverencia tendría aquella humildísima ánima, que mirándose a sí misma, no se tenía por digna de un poco de pan que comía, ni de hollar la tierra sobre que andaba! Y ¡con qué agradecimiento y amor recibiría el Cuerpo de su santísimo Hijo, pues por ser hombre era una carne con Ella, y por ser Dios era Ella un espíritu con Él, y de lo uno y de lo otro resultaba un amor inseparable e inefable, que juntaba a Dios y a Ella, y la convertía cada día más y más en aquel Señor que tomaba! Y más que otro ejercicio ninguno, la esforzaba a pasar su destierro, pues que tenía presente y recibía en sus entrañas al deseado de su Corazón. Y aunque no le viese faz a faz, como lo deseaba y esperaba ver en el cielo, mas Él, como piadoso Hijo y Señor, se le enseñaba en el Sacramento, ya como cuando nació de su vientre sagrado, ya como cuando lo tenía en los brazos dándole leche; y así según la diversidad de estados en que en esta vida lo había visto, según Ella lo deseaba por entonces ver.

Y para que los cristianos no olvidásemos aquel gran negocio de la comunión de la Virgen, y nos aprovechásemos de ella, dura hasta hoy el lugar de la dicha capilla, y también el de la celda donde moraba la bendita Señora. Todo lo cual es en el sacro Cenáculo donde el Señor instituyó este inefable misterio; y a tiempos hay un olor en aquella celda, según dicen los que allí han estado, que no tiene que ver con los olores de acá, sino como celestial cosa. Y para gozar de la consolación y conforte que da a los que lo huelen, va al dicho lugar mucha gente, no sólo de la ciudad de Jerusalén, mas aun de los pueblos de alrededor.

E) *Para que, a su ejemplo, pasemos trabajos.*

Ya entiendo vuestros suspiros, y por ellos saco vuestro corazón: que teniendo por bienaventurados a los que eran vivos en aquel tiempo, y gozaban de la visitación y consolación de la Virgen, lloráis vosotros vuestra suerte, porque no fuisteis en aquellos tiempos para gozar de lo que aquéllos gozaron. Sea Dios para siempre bendito, porque dió a aquéllos que gozasen de la presencia tan provechosa y deleitosa de la Madre de Dios; y también sea bendito, porque ya que nosotros no lo vimos, lo creemos, y entramos en el número de los que dijo el Señor (*Jn.*, 20, 29): *¡Bienaventurados los que no me vieron y creyeron!* Despabilemos bien nuestros ojos, y aprovechémonos de la lumbre de la fe que Dios nos ha dado; y si no nos hallamos presentes a tanto bien con los cuerpos, hallémonos presentes con el espíritu, trayendo a la memoria aquellos dichosos tiempos en que la Virgen, como un resplandeciente sol, alumbraba y calentaba la tierra. Y si miramos con atención las causas de su estada en la tierra, y nos sabemos aprovechar de ellas, por ventura ganaremos más que algunos de los que entonces la comunicaban; pues es notorio que ha habido muchos en la Iglesia que no viendo a Jesucristo nuestro Señor en la carne, ni oyendo sus sermones, ni viendo sus milagros, se dieron tan buen recaudo, que mediante la fe y el amor, se aprovecharon más de Él, y fueron más santos, que muchos de los que gozaron de su corporal presencia.

Entendamos cierto, que no sólo dejó nuestro Señor

a su benditísima Madre en la tierra porque creciese el mérito de Ella y por el provecho de los que entonces vivían, mas también por el de aquellos que habían de nacer mientras el mundo durase. Aprovechémonos de la ordenación divinal, que pudiendo dar a la Virgen la gloria del cielo por los trabajos que había padecido, quiso que pasase más, para que a costa de Ella fuésemos nosotros desengañados de que, queriendo regalos acá, no podemos esperar gloria allá. Y por decirnos esto con mayor eficacia, y para que muy de verdad lo creyésemos y obrásemos, quiso Dios que nos fuese dicho, no sólo por palabras, mas con trabajos y muerte de Jesucristo y de su sacratísima Madre. Los más amados de Dios ellos son; y si con algunos se hubiera de dispensar de que sin trabajos fueran al cielo, con ellos fuera razón que lo fuera. Mas pues vemos que no les fué quitada esta ley, antes fué con ellos guardada con mayor rigor, y cuanto más amados, tanto más trabajados, ninguna excusa y causa de ignorancia queda a los que son menos amados, para pensar que si no hacen fuerza a sí mismos, y si no son cuidadosos de la guarda de los mandamientos de Dios y vigilantes en la oración, pidiendo socorro, pacientes en los trabajos, y llevando cada uno la cruz que el Señor le pone, con la obediencia debida, no piense entrar en el cielo. Y entender esto y ponerlo por obra es grande ganancia que se nos sigue de la quedada de la Virgen en la tierra, habiendo subido su Hijo al cielo. Y por ventura, nos será mayor provecho, que si entonces gozáremos de su presencia. Mucho ha hecho quien de verdad ha entendido lo que dijo San Pablo (*Act.*, 14, 21), que *por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de los cielos*. Y que (2 *Tim.*, 2, 5) *no será coronado sino quien peleare legítimamente.*

### F) *Y nos preparemos a una santa muerte.*

También podemos aprovecharnos de que el Señor quiso aparejar con nuevo aparejo a su Santísima Madre para el día que había de entrar en el cielo; de lo cual entendamos que, si a Ella, estando tan bien aparejada, la aparejan más y más, ¿cuánta más razón es que los que estamos mal aparejados procuremos disposición conveniente para que el día de nuestra muerte podamos estar en pie en el juicio de

Dios, y oír sentencia en nuestro favor de la boca del Juez Soberano? El cual muchas veces, y a muchos, como piadosísimo Padre, Él mismo los apareja de su mano para bien morir, y aun algunas veces sin que ellos lo entiendan. ¿Nunca habéis visto venir a un hombre una nueva gana de confesar generalmente, de mirar sus libros y cuentas, de pagar lo que debe, perdonar y pedir perdón, y hacer aprisa todo lo que haría si le dijesen que se quiere morir, y acabado de hacerlo, o poco después, cae enfermo en la cama del mal de la muerte, o viénele otro acaecimiento que le quita la vida? Y entonces dice que por todo el mundo, y otros mil mundos, no quisiera haber dejado de hacer lo que ha hecho; y entiende que lo que hizo no nació de él, sino que fué inspiración piadosa de Dios, con que le quiso prevenir para que antes de su juicio hiciese justicia y tuviese que responder en el día de la estrecha cuenta.

Otros veréis que están en pecado mortal de malquerencia, o de mal amor, endurecidos; y ordena Dios medios, y muéveles las voluntades para que salgan del cautiverio del demonio, y se pongan en estado de gracia; y a cabo de poco, viene la muerte por ellos. Y otros vemos ser buenas personas, y no tienen estos peligros de mal estado; y sienten en su corazón un nuevo deseo de recoger más su vida, de usar más el ejercicio de la oración, de dar más limosnas, hacer más penitencia, recibir más a menudo los santos Sacramentos de la Confesión y Comunión, y subírseles su corazón y deseos a la gloria del cielo; y a cabo de cuatro o cinco meses que duran en esto, llámalos el Señor para sí, y ellos van de muy buena gana, confiando en Él, que pues los mejoró y dispuso para morir, les será favorable en aquella hora terrible, y les pagará en el cielo lo bueno que acá hicieron con la gracia de Él.

Todo esto, hermanos, nos quiere decir que el paso de la muerte es tal, que para no ser de ella tragados, conviene a los malos y a los buenos aparejarse, cada uno según su manera, teniendo la conciencia tan a punto para partir, que si cada noche el Señor dijese: «Venme a dar cuenta de cómo has vivido», no diga el hombre: «Dadme, Señor, mas larga vida para enmendar, y para hacer esto y esto, que había de estar hecho.» Y también nos conviene saber que aquella gloria que deseamos, no recibe sino hombres vir-

tuosos, y que por guardar la obediencia de Dios huellan su voluntad propia, y en el vencimiento de sí mismos hacen hazañas; y así puros y limpios, son hechos dignos de morar en el cielo, donde *no entrará cosa manchada*, porque *las plazas de él son oro limpio* (*Apoc.*, 31, 21) y el Señor de él es la pureza, y los justos moran ante su faz. Mas *las tinieblas* y la impuridad *no tienen participación con la* divinal *lumbre* y pureza (2 *Cor.*, 6, 14).

G) *Y la imitemos en amar lo celestial.*

Y ya que cobremos ánimo para nos aparejar para el día que salgamos de este mundo, tomando ejemplo en que la sacratísima Virgen lo hizo, así procuremos de la imitar, y no sólo en aparejarnos, mas en la calidad del aparejo. Porque, por nuestros grandes pecados y demasiada tibieza, hay tan pocos que tengan esta vida por penoso destierro, y suspiren y lloren deseando salir de ella, y ver a Dios en el cielo, que, cierto, la Virgen bendita tiene pocos discípulos que la imiten en esto. En aquellos tiempos sí había: *Lo uno*, por la abundancia de la gracia que Dios llovía en los corazones de ellos, que les ponía asco de lo que florecía en la tierra, y les levantaban los corazones al deseo de los bienes eternos donde estaba su deseo y su corazón; y *lo otro* ayudábales mucho a subir hacia arriba las continuas persecuciones, el tomarles la hacienda, el desterrarlos a diversas partes, y esperando cada día el martirio; de manera que aunque quisieran no podían gozar de este mundo. Y juntándose con el no poder el no querer, navegaban hacia el cielo con mucha ligereza con velas y remos, deseando cada día ser sueltos de cárcel tan penosa, y gozar de la libertad y herencia de los hijos de Dios en el cielo.
Estos imitaban a la Virgen bendita, la cual y ellos pedían con grande instancia lo que el Señor les enseñó, diciendo: ¡Señor, *venga tu reino!* Mas nosotros pedímoslo con la boca, y como gente que está sin la gracia del Señor, o tiene poca, y como gente que está avecindada en aqueste mundo, y tiene aquí el asiento de sus honras, riquezas y placeres, tienen los estómagos hartos, y ni desean salir de aquí, y aun tomarían por partido de que esta vida fuese más larga. ¡Miserable estado de gente! ¡Miserables tales tiempos, en que los hombres de buena gana renuncian y se quieren

pasar sin unos bienes tan grandes como hay en el cielo! El menor de los cuales vale más que todos los de acá juntos; y son tales, que porque los hombres gozásemos de ellos, el Hijo de Dios padeció muerte, y muerte de cruz.

¿Qué mayor señal de que la mujer casada ha vivido mal en ausencia de su marido, que no desear que venga, ni aun que le mienten su venida? Terrible palabra para la mala mujer: «Vuestro marido viene y está informado de las traiciones que le habéis hecho, sin que las podáis negar.» Y dulce es a la mujer buena pensar y hablar en la venida de su marido, y más dulce verle entrar por su casa, bien informado de la lealtad que su mujer ha guardado en ausencia de él. Tales han de ser los cristianos, pues han de decir con verdad de su corazón lo que con la vida rezan y piden: ¡Señor, *venga tu* reino! Y de éstos era San Pablo, cuando decía (2 *Tim.*, 4, 7): *Buena pelea he peleado, mi carrera he acabado, la fidelidad he guardado; en lo demás aparejada me está una corona de justicia, la cual me dará en aquel día el Señor, que es justo Juez; y no solamente la dará* (5) *a mí, mas a todos aquellos que aman su advenimiento.* Y así da testimonio San Pablo, que entre los cristianos hay hombres perfectos en la caridad, que echan fuera todo servil temor, desarraigados del amor de las cosas presentes, movidos por el Espíritu Santo a desear la vista de Dios, y como hijos desean ver a su Padre, y como esposa leal a su esposo; y considerando que desde que fueron criados, cada día y cada momento han recibido muchas mercedes de la piadosa mano de Dios, y que antes que ellos naciesen les tenía aparejada la gloria, y para que la alcanzasen se hizo hombre y perdió por ellos la vida, *desean ser sueltos* (*Filip.*, 1, 23) de aquesta cárcel para ver y gozar de la presencia de Aquel de cuyos bienes y mercedes han gozado en la tierra. Y ayúdales mucho a este deseo el miserable estado de esta vida muy penosa para ellos, no tanto por los trabajos que en ella hay, porque éstos con la grande fuerza del amor nada o poco los sienten, mas porque mientras viven en la carne pueden pecar y perder la gracia de su Señor, y desean huir cien mil cuentos de leguas del lugar donde tanto mal les puede venir, que enojen a Dios y pierdan su gracia; y así

(5) *Dará;* la edición de 1596, *declara.*

aborreciendo esto y amando aquello, desean, suspiran y lloran por verse en aquella ciudad soberana.

Estos provechos, pues, ya dichos, y otros, se siguieron al mundo de la estada de la Virgen acá, los cuales Ella, como enseñada de Dios, muy bien conocía, y refrigeraban el fuego de sus encendidos deseos de subir al cielo; y aunque del todo no se los quitaban, ayudábanle a que sin morir los pudiese llevar.

### 9.—*Enferma de amor.*

Mas cuando vino el tiempo que la divina Providencia tenía ordenado que la bendita Virgen subiese a los cielos, fué tan encendido su corazón a desear lo que deseaba con mayores ansias, que ni con el fruto que a los presentes hacía, ni a los por venir había de hacer, ni con visitar los santos lugares, ni con recibir el Cuerpo de su santísimo Hijo, que solía ser su mayor consuelo, ya no descansaba; y su vida era tal, que ya naturalmente no podía durar, y con la gran fuerza del amor de su ánima enflaqueciéronsele las fuerzas del cuerpo, y fué menester, como enferma, echarse en la cama, según a otros suele también acaecer. Y viéndose tan vencida del amor y deseo de Dios, sin tener fuerzas para vivir ni sufrir aquel peso de amor, que era más fuerte que la muerte, pues por cumplir con él deseaba morir, enviaba a Dios nuevos gemidos, suficientes para provocar al Señor a misericordia. Y decíale (*Ps.*, 141, 8): «*Saca, Señor, de esta cárcel a mi ánima para alabar tu nombre. ¿Y* (*Ps.*, 12, 1) *hasta cuándo, Señor, me has de olvidar? ¿Hasta cuándo vuelves la cara de mí? Enséñame tu faz* (*Cant.*, 2) y seré contenta; porque sin ella cada día y cada momento estoy muriendo con deseo de Ti.»

Y no se contentaba esta Virgen bendita con suplicar a Dios por el cumplimiento de sus deseos; mas con su grande humildad y deseo de ser ayudada por todos, rogaba a los ángeles y a todas las ánimas bienaventuradas que en el cielo estaban, que se compadeciesen de su trabajo y fuesen intercesores por Ella delante el acatamiento de Dios; y pues que le veían faz a faz, *le dijesen que estaba* vencida y *enferma de su amor,* y que sólo su remedio consistía en verlo. ¿Qué os diré? Tal prisa se daba a rogar a los que en el cielo moraban, que movidos de compasión de Ella, y

de la justicia de lo que pedía, y de la dignidad de su persona, y también por el deseo que tenían de verla en el cielo, se postraban todos con profunda humildad delante el acatamiento de Dios, y le suplicaban diciendo:

### 10.—*Los bienaventurados la reclaman.*

«Omnipotentísimo y misericordiosísimo Señor, sea vuestra misericordia servido de oír los gemidos de la casta tórtola que os engendró. Pues Vos dijisteis que son *bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados* (*Mt.*, 5, 5), y ninguna cosa la puede consolar sino verse con Vos en el cielo, dadle esta consolación, pues todas las otras ha dejado por Vos. Ninguna razón lleva que dos personas tan conjuntas en carne y espíritu estén tan distantes, una en el cielo y otra en la tierra. Acuérdese vuestra Majestad del celo del rey David vuestro siervo, cuando dijo (2 *Reg.*, 7, 2): *El arca de Dios está debajo de pieles, y yo vivo en casa de cedro*; y no permitáis que estando Vos en la gloria, la santísima Arca, que os tuvo encerrado en sí misma, esté debajo de las pieles de mortalidad. Sansón comió del dulce panal que halló, y dió parte de él a su madre (*Judic*, 14, 9); Salomón mandó poner una silla a su madre y sentóla cerca de sí (3 *Reg.*, 2, 19). Mayor es vuestra majestad que la del uno y otro; excededles en dar descanso y honra a la que os engendró. Descanse ya vuestra benditísima Madre, pues desde que la criasteis otra cosa no sabe sino serviros, y trabajar por Vos con humildad de esclava y amor verdadero de Madre. Y pues os ha acompañado, Señor, en vuestros trabajos, acompáñeos en vuestros placeres. Mirad, Señor, cómo está postrada delante vuestros pies gimiendo y llorando, y su profundísima humildad con que nos pide que intercedamos por Ella, con tan ferviente y continua oración, que aunque sus servicios no mereciesen lo que pide, ni se tuviese respeto a quien es, merecía *la importunidad de su oración*, y *el llamar a la puerta de su buen amigo*, que *se levantase*, y le abra la puerta, *y le dé todos los panes que ha menester* (*Lc.*, 11), según vuestra Majestad lo dijo en el mundo. Oídla, Señor, y *poned sus lágrimas en vuestro acatamiento* (*Ps.*, 55, 9), porque Ella nunca cerró su orejas a vuestra ley, ni las cerró

al clamor del pobre: mas, según está escrito (*Prov.*, 31, 20), *su mano extendió al pobre,* y mucho más su corazón, en el cual nunca hubo maldad, y por eso debe ser oída, según dice David.

»También desea toda esta vuestra corte tener consigo a su Reina; porque reino sin reina, y casa sin la señora de casa, parece que no está perfecto, pues le falta persona tan principal. Y pues lo es tanto, que bastará con su vista a darnos nueva alegría y a honrar todo el cielo, no nos privéis de tanto bien, pues debe bastar a la tierra el tiempo que de Ella ha gozado; y no tendrá razón si se agraviare de que se le quiten delante, pues Ella es tan llena de misericordia, y tan valerosa delante vuestra Majestad, que aunque la subáis al cielo, su piadoso Corazón no olvidará a los que están en la tierra, ni dejará de hacer el oficio de madre abogando por ellos delante del trono de vuestra misericordia, ni Vos, Señor, dejareis de oírla, ni de hacer mercedes al mundo por Ella.

- »Suplicamos a vuestra misericordia que como en tiempos pasados mirasteis las lágrimas del rey Ezequías, y oísteis su oración, y mandasteis a vuestro profeta Isaías diciendo (4 *Reg.*, 20, 5): *Di a Ezequías, capitán de mi pueblo: Yo he visto tus lágrimas, y he oído tu oración; no morirás, y yo te añado quince años más de vida,* que así ahora mirando las lágrimas y oyendo la oración de nuestra Reina y Señora, mandes a uno de nosotros que le vaya a dar la buena nueva del cumplimiento de su deseo, no de que viva quince años de vida, que ya los ha vivido con harto trabajo en ausencia vuestra; mas según la grandeza de vuestra bondad y el grande amor que os tiene y le tenéis, dadle, Señor, que se le acabe la vida mortal, y que en este cielo viva con Vos para siempre.»

### 11.—*Mensaje del cielo.*

¿Qué había de responder el Señor a suplicaciones tan justas, y que tocaban a su sacratísima Madre, cuya honra y descanso Él más que ninguno desea y procura, y cuya oración le es más agradable que la de hombres y ángeles, sino conceder de muy buena gana lo que se le pedía, y mandar que todos se aparejen para la solemnísima fiesta que a su Madre quiere hacer, y que descendiese del cielo algún espíritu bienaventu-

rado de aquéllos, a dar esta buena nueva a la sacratísima Virgen?

Aunque no sepamos quién fué el mensajero, sabemos que cada uno del cielo deseaba ser; y a lo que parece, convenía que fuese el arcángel San Gabriel, por ser más conocido de esta sacratísima Virgen. Poco tardaría de andar el camino; y entrando en el aposento de la Virgen, hincaría sus rodillas en tierra con su acostumbrada y debida humildad, y diría: «Yo, Reina y Señora, soy Gabriel, vuestro siervo, que por mandado de Dios os traje en años pasados la alegre nueva de que el Hijo de Dios *había amado la hermosura de vuestra ánima* (*Ps.*, 44, 12) y os había escogido por Madre, y quería descender del cielo a la tierra a reposar y tomar carne de vuestras entrañas. Ahora me envía el mismo Señor, y os manda decir que pues descendió del cielo a la tierra, y Vos le disteis muy apacible morada, que Él os quiere llevar de la tierra al cielo, y daros par de Sí la mejor morada que a nadie se dió ni dará. Esta es, Señora, mi embajada; decidme, ¿qué respondéis?»

Fué tanta la alegría de la Virgen de ver tal mensajero y oír tal embajada, que de gozo se le regalaba el corazón, y primero derramó muchas lágrimas que hablase palabra; y cuando habló, ¿qué había de responder, sino las palabras que tenía en uso para decir en todos sus acaecimientos tristes y alegres? Cuando encarnó en Ella el Hijo de Dios, lo que respondió fué (*Lc.*, 1): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y esto diría también al pie de la cruz; y esto mismo respondería ahora a San Gabriel, y con hacimiento de gracias diría (*Ps.*, 115, 16): *Desatado has, Señor, mis cadenas; a Ti sacrificaré sacrificio de alabanza.*

12.—*Alarma en la tierra.—Despedida.*

Tórnase luego el arcángel al cielo, y divúlgase luego en la tierra que el Señor quería llevar consigo a su Madre bendita; y hubo tan gran movimiento y sentimiento en los cristianos, cual en ninguna muerte de persona querida ni grande en este mundo lo ha habido. Porque esta Virgen era más querida que padre y que madre, y más estimada que reina, y era todas las cosas para los cristianos; y por fuerza el sentimiento de lo que perdían había de ser conforme a la pérdida,

pues nadie había que pudiese suplir el lugar que Ella dejaba vacío. Viérades ir y venir gente de nuevo al aposento de esta Madre común, y con amargas lágrimas de sus ojos, más que con palabras, le manifestaban la pena que su ausencia les daba; representábanle la necesidad que de Ella tenían; suplicábanle no desamparase a sus hijuelos, que con sus oraciones había engendrado, y con su doctrina y ejemplo había criado; y si se quería ir de este mundo, que los llevase consigo, porque no osaban quedar sin Ella entre tantos peligros, ni podrían sufrir la ausencia de tan amantísima Madre.

No oía la Virgen sagrada estas cosas sin gran compasión; y con aquella ternura de corazón de que Dios la dotó, se condolía con ellos, y lloraba con ellos, y les prometía que, aunque según el cuerpo se apartaba de ellos, no los olvidaría en su Corazón, y que mientras viviesen les sería fiel abogada, y que la llamasen en sus necesidades, y que cierto sentirían que tenía cuidado de ellos y de ellas; y que pues esta vida tan presto se pasa, se esperasen un poco, y perseverasen en la fe y buena vida que habían comenzado, y que presto irían ellos donde Ella iba, y estarían todos juntos sin se apartar para siempre jamás.

Vinieron también los Apóstoles que entonces eran vivos, como dice San Dionsio, y Ella les daría cuenta de la merced que Dios le quería hacer; lo cual ellos no oirían sin lágrimas, por el amor tierno que le tenían. De algunas santas personas leemos que cuando se querían morir dejaban algunos particulares avisos, como por herencia, a los que presentes estaban, para que sirviesen mejor a nuestro Señor; y no es de creer que los que allí estaban, pues la habían tenido por maestra en la vida, le dejasen de suplicar que también lo fuese en la muerte, dejándoles alguna palabra que les fuese recordación de Ella y aviso para mejor servir al Señor. Mas ¡qué les diría la Virgen bendita, sino como humilde, que guardasen lo que el Señor les mandó! Y si, importunada a que más en particular dijese con qué cosas Ella se había hallado mejor, respondería que para el cuerpo con virginidad, y para el ánima con humildad y mansedumbre, que halla gracia delante de Dios y los hombres, y entrañable amor y misericordia con todos los prójimos, aun hasta rogar a Dios por los que estaban crucificando a su Hijo delante sus ojos.

## 13.—*Desciende Cristo en busca de su Madre.*

Allegábase ya el dichoso día 15 de agosto, y enflaquecíasele su sagrado cuerpo cada día más, y crecíale a su ánima esfuerzo con la alegría de la buena nueva de que presto había de ver a su Dios. Y cuando vino la hora determinada del Señor para hacer esta grande hazaña de galardonar a su Madre conforme a su grande magnificencia y a los servicios que de Ella había recibido, suena en el cielo una voz, que el Señor quiere descender a la tierra a traer consigo a su benditísima Madre, y que manda que la acompañe su corte, y que regocije cada uno la fiesta lo mejor que pudiere; porque toda la honra que a su Madre hicieren, la recibe Él como hecha a sí mismo. ¡Oh cuán alegres y cuán de fiesta están todos, y el Hijo de la Virgen más! Y Él y ellos descienden del cielo, y entran en el aposento donde estaba echada la que en sus entrañas dió aposento agradable a su Dios. Y pues que en la muerte de otras santas personas se lee haber venido ángeles o santos, y haber olor suavísimo que le incitaba y confortaba el corazón de los que presentes estaban, claro está que daría el Señor señal de su bendita presencia y de tan bienaventurada compañía como venía con Él, y que todos los que presentes estaban sentirían grandísimo consuelo en sus corazones, y tendrían por cierto que era causado de la presencia de los que del cielo venían.

No sabemos si el Señor allí se mostró claramente, o si los ángeles y santos tomaron cuerpo para ser vistos, o si hubo música corporal de que gozasen las orejas de la Virgen y los que presentes estaban. Mas como muchos de estos favores ha hecho el Señor a personas menos amadas, no es fuera de razón creer que los mismos o mayores hizo con su Madre, más amada que todos. A cuya muerte fué mucha razón que Él mismo en persona, y no por tercero, se hallase presente, para que en saliendo del cuerpo su preciosísima ánima, la reclinase en sus brazos, sin fiarla de nadie, pues que fué servido que Ella con tanto dolor estuviese presente en aquella hora terrible cuando Él expiró en la cruz, y que después de descendido de ella, fuese recibido en los brazos de la Madre, y lavado con lágrimas de Ella. No tenía el Señor olvidado este servicio, pues que de otros menores se acuerda para los galardonar en la

muerte, y Él mismo la visita, consuela y esfuerza, haciendo en todo su oficio de Hijo muy obediente y amoroso.

### 14.—*Dulcísima muerte.*

Y cuando ya vino el punto que aquella dichosa ánima saliera de su virginal cuerpo, entonces su Hijo bendito dijo aquello que mucho antes estaba profetizado para esta hora (*Cant.*, 4, 8): *Ven del Líbano, Esposa mía, y serás coronada* (*Cant.*, 5, 1): *Ven a mi huerto, hermana mía, Esposa* (*Cant.*, 2, 10): *Levántate, y date prisa, paloma mía, hermosa mía; que ya ha pasado el invierno* de los trabajos, *ya han venido las flores* del alegre verano de la gloria que te está aparejada: *vente a Mí,* que yo te recibiré en mi humanidad que de ti recibí, y en mi divinidad con que te crié, y te tendré siempre conmigo, haciéndote bienaventurada para siempre jamás. A esta dulcísima voz y convite, que sería la postrera que en esta vida la Virgen oyó, respondería su acostumbrada palabra: *He aquí la sierva del Señor; hágase en mí,* etc.

Y porque en vida y en muerte le fué su Hijo maestro y dechado a quien Ella miraba, y le oyó decir cuando en la cruz expiró (*Lc.*, 23): *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,* las cuales palabras Ella tenía guardadas en su corazón para la hora en que estaba, dijo con gran humildad y perfectísimo amor: Hijo mío, *en vuestras manos encomiendo mi espíritu.* Y tras esta palabra sale aquella benditísima ánima de la morada de su cuerpo, tan libre de dolor cuanto de pecado. No quiso el Señor que cuando Él nació tuviese dolores de parto, ni de muerte cuando Ella renació para la gloria. ¿Mas quién contará el apretado y dulcísimo abrazo que Cristo dió a aquella benditísima ánima, y el gozo que Ella sintió de ver claramente la humanidad y divinidad de su Hijo, con que fueron cumplidos todos sus deseos, y enjutas sus lágrimas, como el niño que tomándole la madre en su pecho cesa de llorar, y no tiene más que desear, pues recibe leche del pecho de la madre?

### 15.—*Sube al cielo.*

¡Oh quién viera aquella hermosísima ánima, hermoseada con hermosura de gloria, más blanca que la

nieve, más resplandeciente que el sol, la más pura y limpia de cuantas Dios ha criado y criará, después de la de su benditísimo Hijo! Y tengo para mí, que pues Dios quiso que San Antón viese el ánima de San Pablo, primer ermitaño, más blanca que la nieve, subir al cielo acompañada de los ángeles, que también sería servido de enseñar a muchos de los que allí estaban presentes, y aun a los ausentes, la hermosura del ánima de su santísima Madre, y la gloria de que gozaba, y la grande honra que le era hecha en aquella solemnísima subida a los cielos.

*Arrimada,* pues, la Virgen bendita *a su amado* Hijo y Señor, *llena de indecibles deleites,* comienzan todos a caminar hacia el cielo con tanto regocijo, con tan acordada música, con tan suaves aleluyas, con aquel *Sancta Immaculata Virginitas, quibus te laudibus,* etc., que cantarían en honra de la Virgen sagrada, aquel «Gloria sea a Ti, Señor, que naciste de esta Virgen»; cantando en honra de Él y de Ella, no a cuatro, sino a cuatro mil y más voces, con otros cantares tan sentidos, tan alegres y concertados, como convenía a la fiesta y grandeza de las personas de quien se cantaban, y que bastaran a que si un hombre las oyera, fuera de su dulcedumbre tan absorto, que no pudiendo sufrir tal peso de dulcedumbre, el ánima se saliera del cuerpo y se subiera al cielo con tal compañía.

## 16.—*¡Madre mía, Madre mía!*

Eliseo vió subir al profeta Elías en un carro de fuego hacia el cielo, y sintiendo mucho írsele su maestro, decía a grandes voces (4 *Reg.,* 2, 12): *¡Padre mío, padre mío, carro y guía de Israel!* San Antón se quejaba del ánima de San Pablo, y decía: «¿Por qué te subes al cielo sin primero despedirte de mí?» Y San Lorenzo se quejaba de San Sixto, Papa, porque yendo a morir por Cristo, no le llevaba consigo para el mismo efecto. ¿Qué haremos nosotros en el día de hoy? ¿Gozarémonos porque la Virgen va llena de gloria y de alegría, o lloraremos porque nosotros nos quedamos acá?

¡Oh Virgen prudentísima! ¿Dónde vas como alba muy resplandeciente, toda hermosa y suave, hermosa como la luna, escogida como el sol, paloma hermosa, lavada con leche, a la cual cercaban los lirios de los valles, y las flores y las rosas, acompañada de ánimas

santas y ángeles bienventurados, y en los brazos de tu Hijo? ¿Dónde vas, prudentísima Virgen, y dónde nos dejas? ¿Qué haremos los indignos hijuelos tuyos sino correr tras ti; y viéndote subir al cielo, decir con voces de nuestro corazón: «¡Madre mía, Madre mía, carro que sustenta a los pecadores pesados, y guía de los buenos!» Elías movido por las voces de su discípulo, le echó su capa, con lo cual Eliseo pudo pasar por el río Jordán sin ahogarse ni aun mojarse. Muevan os a Vos, Señora, nuestros gemidos y nuestra necesidad y soledad, y echad en nuestros corazones vuestra memoria, vuestra devoción y obediencia, con lo cual vistamos nuestra desnudez, y favorecidos con Vos, pasemos por el peligroso río de este mundo sin ser ahogados con los pecadores que hay en él.

Vos, Señora, subís a sentaros en el resplandeciente trono de gloria que vuestro Hijo bendito desde *ab aeterno* os tiene aparejado a su mano derecha, donde experimentaréis con gran dulcedumbre que *hay* grandes y limpios *deleites en la mano derecha de Dios,* no por años tasados, mas *hasta el fin,* como lo dice la Escritura (*Ps.*, 15, 11). También beberéis de aquel *río claro como cristal que sale de la silla de Dios y del Cordero* (*Apoc.*, 21), que es la excelentísima divinidad y sagrada humanidad, que con su vista alegra y harta toda aquella santa ciudad de Jerusalén, la del cielo, cuyas ondas a Vos, Señora, más que a otra ninguna envisten y hartan y hacen bienaventurada, sin que tengáis más que pedir ni que deesar.

Gracias, y muchas gracias a la divina Bondad damos vuestros pequeñuelos hijos, gozándonos mucho de vuestro tan cumplido bien, que también podemos llamar nuestro, pues sois Vos nuestra Madre; y mirando esto, celebramos el día de vuestra partida con alegría y regocijo. Mas con todo eso no podemos dejar de sentir soledad y desabrigo viéndonos tan llenos de necesidades, y nuestra Madre tan lejos de nos. Suplicamos os, Virgen bendita, que en ninguna manera nos pongáis en olvido; mas pues podéis con Dios todo lo que queréis, haced limosna a los pobres que quedamos acá. Y como de vuestro Hijo bendito se escribe (*Ps.*, 67, 19) que *subiendo a lo alto dió dones a los hombres,* así Vos, Señora, pues subís a lo alto tan semejable con Él en la gloria, parecedle también en esto, que le pidáis mercedes para los que quedamos acá; y sean muchas, porque lo piden así nuestras necesi-

dades, en todas las cuales habemos de recurrir a Vos como a amantísima Madre.

Haced Vos, Senora, que alcancemos lo que a Dios pedimos; y cuando algún servicio os ofreciéremos, recibidlo de buena gana; dadnos lo que os rogamos; excusad lo que tememos, porque después de Dios Vos sois esperanza única de los pecadores, y por Vos esperamos el perdón de nuestros pecados y el favor para todo bien, y en Vos está la esperanza de los galardones que en el cielo esperamos. «¡Oh Madre santa y santísima! Socorred, Señora, a los miserables, confortad a los flacos de corazón, consolad y regalad a los llorosos, orad por el pueblo, interceded por el devoto linaje de las mujeres. Todos, Señora, chicos y grandes, que celebraren vuestra santísima festividad, y de Vos se acordaren y de corazón os llamaren, sientan vuestro socorro y alivio» (6), alcanzando lo que os pidieren.

¡Oh bendita, que hallaste gracia engendradora de la vida! Madre de la salud, humildemente te suplicamos que por ti nos reciba el que por ti fué dado a nosotros. Excuse tu santidad e integridad acerca de Él las culpas de nuestra corrupción; y tu humildad, agradable a Dios, nos alcance perdón de nuestra soberbia; tu copiosa caridad cobije la muchedumbre de nuestros pecados, y tu gloriosa fecundidad nos haga a nosotros fecundos de merecimientos. Señora nuestra, medianera nuestra, reconcílianos con tu Hijo bendito, alcánzanos de Él gracia para que, salidos de este destierro, nos lleve donde gocemos de su santísima gloria.

---

(6) Del Brev. Romano.

## TRATADO 12 (1)

### NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA (III).

*(Como la Aurora.)*

Tema: *Quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens?*

(*Cant.*, 6.)

### 1.—*¿Quién es ésta?*

Las palabras del tema son una pregunta admirativa que los ángeles hicieron cuando vieron a esta santa Virgen salir del vientre de la santa vieja Ana, madre suya.

Maravilláronse los ángeles de ver cosa tan nueva, y de que del vientre estéril salía tal fruto de bendición, que parecía no cosa de este mundo, sino heredad del cielo. Viendo su hermosura, su donaire, su dorada cara, sus resplandecientes ojos y, sobre todo, la hermosura de su ánima que era ya santa antes que nacida, y espantados que en este mundo hubiese tal cosa, dicen: *Quae est ista?*, etc. ¿Quién es ésta que sale como graciosa mañana? ¿Quién es ésta que no nace en noche de pecado, ni fué concebida en él, sino que así resplandece como alba sin nubes algunas, y como sol de mediodía? ¿Quién es ésta que aun no es del todo nacida, y ya nos hace maravillar, y nos pone en espanto, de lo que ahora en su semblante vemos muy más de lo que después ha de ser? ¿Quién es ésta, cuya vista alegra, cuyo mirar consuela y cuyo nombre esfuerza?

---

(1) Tomamos este Tratado de la Edic. Apostolado de la Prensa, 1927. Trat. 4, pág. 1.755.

¿Quién es ésta, para nos tan alegre y benigna; y para otros, como son los demonios, tan terrible y espantosa, que en oyendo su nombre parece caen sobre ellos saetas que no las pueden sufrir, sino huyen, atemorizados de él? ¿Quién es ésta a quien Dios tantos bienes ha hecho, y muy más le tiene guardados? ¿Quién es ésta, preguntan los ángeles?

¡Gran cosa es, Señor, esta Niña; chiquita parece, y muy grande debe ser! Grandes son sus hechos, pues que los ángeles se espantan y admiran de ella, y no pueden comprender el abismo de sus excelencias. Que de ella es escrito (*Ps.*, 17, 11): *Ascendit super cherubin et volavit super pennas ventorum.* Y pues así es que los ángeles se admiran y no la comprenden, ¿qué haremos nosotros pobres? ¿O qué es lo que nuestras torpes lenguas pueden decir de sus alabanzas, cuando las muy elegantes son insuficientes en decir de ella?

Oíd lo que dice aquella elegante lengua de San Agustín (3): *Quid dicam de te pauper ingenio, cum de te; quidquid dixero, minor laus sit, quam dignitas tua mereret?* Alibi: *Quid nos tantilli, quid actione pusilli in laudibus Mariae referemus, cum omnium nostrum membra si in linguas verterentur, eam laudare nullus suficeret?* (Item Hieronimus): *Ad quid aquae pusillum mari addam, ad quid modicum lapillum monti adjiciam?* Et alibi: *Ut verum fatear, quidquid humanis dici potest verbis, minus a laude coeli est, quoniam divinis et angelicis est excellentius praedicata et laudata praeconiis, a prophetis quidem praenuncianta, a patriarchis, figuris et enigmatibus praesignata, ab Evangelistis exhibita et demonstrata, ab angelis venerabiliter salutata.*

¿Quién pondrá lengua en alabar aquella a quien tantos grandes se pusieron a alabar, y, sobre todo, el grande sobre todos los grandes, Dios? Que suyas son estas palabras: *Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es; et tota pulchra es amica mea, et macula non est in te.* ¡Oh, bienaventurada niña! ¿Y qué haremos nosotros, perplejos que tememos alabarte, siendo como somos poco, e indignos? Y por otra parte

---

(3) Estas palabras que el Beato Juan de Avila cita de San Agustín, están tomadas del Sermón 208 del Apéndice *in festo Asumptionis B. M.*, que no es del Santo, sino atribuído a San Fulgencio, obispo de Chartres. (Nota del P. Miguélez.)

somos obligados a alabarte y decir *Bienaventurada*, como tú lo profetizaste (*Lc.*, 1, 48): *Beatam me dicent*, etc., y a darte gracias por los grandes bienes que de ti y por ti nos vienen, y esperamos que nos den. Así, y por eso, tomando el consejo de San Jerónimo, que dice: *Et si ad hoc nemo invenitur idoneus, votis tum omnibus cesare non debet quilibet peccator a laudibus Mariae*, etc. ¿Cómo hemos de estar y poder pasar sin alabar a quien tanto debemos, y a quien todas las criaturas alaban? No dejaremos por cierto; que mañana es la Virgen, según nuestro tema dice: «Y en la *mañana* (4) alegré todas las cosas.» Se alegran los hombres, se esfuerzan los caminantes, las avecicas cantan; ¿quién estará triste, por pecador que sea, que naciendo esta clara mañana y dorada alba, no cante, no se alegre, no alabe al que la crió? Cantaremos, por cierto, y alabaremos, aunque indignos, a esta Virgen y a quien la crió, que es el mismo a quien ella parió. Y digamos: «¡En hora buena sea nacida el alba, y bendito sea el que crió tan hermosa alba; honrada y servida sea tal alba!»

## 2.—*Propiedades del alba.*

*¿Quién es ésta que nace como alba?* Gran pregunta es, por cierto, ésta: *¿Quién es ésta?*, así por *quien* lo pregunta, que son los ángeles, y lo que aquellos preguntan, muy grande debe ser; y no todos bastarán a responderles; así *por quien* se pregunta, que es la más excelente de todas las criaturas que Dios crió y criará; así por la pregunta que es *¿quién?*; que es cosa dificultosa saber decir *el que es*. Y, por tanto, antes nos ocuparemos en entender lo que los ángeles dijeron de ella, que no en decirles nosotros a ellos quién es ella.

Pregunten allá al que la crió que les diga quién es ella, que nosotros no sabremos. Nace como *mañana*. ¿Por qué como mañana? No sin muchas causas (5); porque parece en muchas cosas esta sacratísima niña, que tal día como hoy nació, al alba.

---

(4) En el sentido de alba o aurora, o principio del día. (Nota del P. Miguélez.)

(5) *In diluculo corruit Jerico;* Josué, 6.—Nota del Beato, sin duda para explanar el texto en el Sermón.

Y por no ser prolijo, tomemos tres condiciones del alba, en las cuales nuestra Señora le parece. Es la primera que es *nunciatrix et genitrix diei*. La segunda, que es *genitrix roris*; la tercera, que *odit tenebras*. Estas tres propiedades tiene la mañana. Y las mismas esta clara alba que hoy nació.

3.—*Es mensajera del sol.*

Tiene la primera, porque fué mensajera de aquel luciente sol, que fué el nacimiento del sol de justicia, Jesucristo nuestro Redentor. No solamente fué mensajera, mas aun *madre* por parecer en todo al alba, que dicen ser madre del sol. Aportónos aquel día saludable, día de perdón, día de descanso, cuando su bendito Hijo anduvo por este mundo: todo aquel tiempo fué día, porque día es todo el tiempo que el sol anda sobre la tierra. Que como Él fuese sol y luz, como y según Él lo dice (*Jn.*, 9, 5): *Quandiu sum in mundo, lux sum mundi*, síguese que era día todo aquel tiempo que Jesucristo causó con su presencia.

¡Oh día bienaventurado, y tan deseado de muchos patriarcas y profetas, y que sólo viéndolo en espíritu les daba grande gozo, según lo dice el mismo Redentor! (*Jn.*, 8, 59): *Abraham exultavit ut videret diem meum, vidit et gravisus est*. Gozóse, y gozáronse los profetas en este día de salud, de alegría, de gracia; *el cual hizo el Señor para que nos alegremos en él*. Pues para tal *día* como éste de la encarnación de Dios, tal *mañana* se requiere como la bienaventurada Virgen. Que si aquel día es día de salud, ella es alba saludable; si día de misericordia, ella es madre de misericordia; si día de gracia, ella es madre de gracia.

¿Veis qué bien concuerda el alba con el día? Y esto es lo que San Bernardo dice: *Sicut aurora valde rutilans in mundum progressa es, o Maria! quando veri solis splendorem tantae sanctitatis jubar praecurristi, ut vere diem salutis, diem propiciationis, diem quam fecit Dominus a tanta claritate immutari dignum fuerit*. Hubo tanta santidad en ti, benditísima Virgen, que fuiste digna mañana de tal día. ¡Oh bienaventurada Virgen! De ti es escrito (2 *Reg.*, 23): *Sicut lux aurorae, oriente sole, mane absque nubibus rutilat*. Así es, Señora, vuestra luz como luz de alba que resplandece, cuando el sol nace sin nubes.

Sin nubes salió el sol de Vos, cuando concebisteis y paristeis a Cristo Redentor nuestro sin pecado y sin dolor, que fué el sol; empero, no os quemó, según estaba figurado por Daniel (2, 34), que vió *una piedra cortada de monte sin manos.* Que aunque Cristo, Dios nuestro, de vuestro vientre saliese hecho hombre, el cual es dicho piedra en la Escritura, empero en nacer hombre *no hubo mano* de hombre, sino todo fué del Espíritu Santo y vuestro. Sois, pues, Señora, con mucha razón *alba,* porque sois mensajera y madre del sol.

## 4.—*Es madre del rocío.*

Parecéis, Señora, más *alba,* porque así como al alba cae el *rocío* en los campos, y queda húmeda la tierra, y se templa el calor, y se conservan las hierbas en su frescor; así en vos, Señora, llovió y cayó aquel bienaventurado *rocío,* el cual con gracia humedece nuestras sequedades, hace fructificar nuestras ánimas. Y esto, no quitándoos a Vos la verdura de la virginidad, que aunque fué vuestro fruto, no os quitó la flor. Que en Vos sola el fruto es flor, y la flor fruto. *Sicut scriptum est* (*Eccli.*, 23, 23). *Flores mei fructus* (*Cant.*, 2, 1). *Et ego flos campis.* Luego flor y fruto es en Vos uno.

¿Queréis figura que Cristo descendió en el alba? Leed en los Números (11, 9) y hallaréis que al alba descendía el maná a los hijos de Israel. ¡Oh bendita Virgen! que por Vos se dijo; que por Vos y en Vos, nos envió el Padre Eterno a su bendito Hijo, y nos lo envía cada día para justificación nuestra. Por Vos y en Vos, que sois *mañana,* nos bendice Dios (según es escrito) figurado en la lucha del ángel con Jacob, que fué bendito a la mañana (*Gen.*, 32, 26): *Dimitte me, jam aurora ascendit,* dijo Jacob; *quasi dicat:* Dame ya tu bendición, que ya nace esta bienaventurada Virgen.

¿Queréis otro bien que vino en la mañana? Que Faraón y todo su ejército fué ahogado en el mar, a la mañana. ¿Qué fué esto, sino que los demonios y pecados se ahogan en las aguas de las lágrimas que el pecador echa, cuando esta mañana nace en su alma? ¡Oh bienaventurada [hora], en la cual nace esta sagrada alba, y cuán dichosa es!

¡Oh señores!, ¿qué haríamos para que así como

tal día como hoy nació esta alba en el mundo, así naciese hoy en vuestros corazones? ¡Ay de nosotros, si no la tenemos! ¿Quién nos librará de la ira del Omnipotente? Sí la tiene, y armada para herirnos por nuestros pecados; ¿quién hará a Dios que meta la espada de su justicia, la cual nuestros grandes pecados le han hecho sacar de la vaina? ¿A quién llamaremos en nuestras tribulaciones, si a ésta tenemos enojada? ¡Oh desventurado de aquel que enemigo está con ella! Y ¿qué le aprovecha cuanto tiene y vale, y come y bebe y anda? Plegue a Dios, señores, que ninguno haya aquí que enojada tenga a esta Señora y que mal esté con ella.

5.—*Es enemiga de las tinieblas.*

Y más: ¿queréis ver si estáis mal o bien con ella? Mirad la tercera condición del alba, que es ser enemiga de las tinieblas. Ya sabéis que estas tinieblas son aquellas de las cuales es escrito (*Prov.*, 4, 19): *Via impiorum tenebrosa*; y (*Jn.*, 3, 19) *dilexerunt homines magis tenebras quam lucem.* En buen romance: «los pecados, éstos son los que nuestra Señora aborrece sobre todas las cosas». ¿Y sabéis qué tanto? Que ninguno, por servidor suyo que sea, por romerial (6) que ande en su servicio, por más Avemarías que rece, por más candelas que queme en su honra, si en pecado está [...] en ninguna manera lo quiere ver, ni recibe servicio de él; sino que lo aborrece y lo tiene por enemigo. No penséis, señores, que os digo esto por espantaros y que no es verdad. Gran mal es, mas verdad es. Ella misma lo dice, porque mejor lo creáis y no os engañéis. Leed Proverbios (8, 13); el cual capítulo la santa Iglesia (¿dice?) de la sagrada Virgen. Oíd: *Arrogantiam et superbiam, et viam pravam et os bilingüe detestor.* Pues mire cada uno su conciencia; y si en lujuria está, haga cuenta que está maldito de nuestra Señora; si tienes lo ajeno a tu prójimo, maldito estás de ella; si andas en

(6) Romerial. Aunque el Diccionario no trae esta palabra, se origina, sin duda, de la palabra «romeria». Y según la emplea el Beato, confirma el refrán de «que quien anda en muchas romerías, tarde o nunca se santifica» (Nota del P. Miguélez.)

soberbias y en vanidades, en decir mal, si tienes *dos lenguas*, maldito estás de aquellos benditos labios. La lengua que Dios te dió, no es sino para decir bien y alabar a Dios. Si dices [mal], dos lenguas tienes.

¡Oh malaventurado el pecado, que basta para que aquella paloma sin hiel, aquella que no sabe sino ser misericordiosa, la hace airarse y querernos mal! Ea, pues, señores; por amor de esta Señora (pues nos preciamos de ser sus devotos), por estar bien con ella, salgamos de pecados; examinemos nuestras conciencias. El que está mal con su prójimo, reconcíliese con él; el carnal, deje el cebo de la lujuria, porque no esté enemigo de esta Señora. ¡Oh desventurado y digno de ser llorado el que en pecado está, pues está en ira con nuestra Señora! ¿Y cómo os sabe bien lo que coméis? ¿Y cómo podéis dormir? ¿Cómo podéis andar, estando descomulgados de esta Señora? ¡Ay! Os maldijera un provisor u Obispo y temiérades; ¿y no teméis la maldición y enojo de nuestra Señora?

Llamad a esta Señora, pedidle perdón de vuestros pecados; besadle aquellos benditos pies; decid que de aquí adelante queréis enmendaros y hacedlo así y estaréis amigos con ella. Ella quiere vuestra amistad (*Prov.*, 8, 31). *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Muévaos el amor con que os ruega que vayáis a ella (*Ecli.*, 24. 26): *Venite ad me omnes qui concupiscitis me, et a generationibus meis adimplemini. Pasad vos*, los que estáis de la parte del demonio; los que estáis en pecado, dejadlos; que con ellos no podréis pasar a mí. Y dejados los pecados, *henchíos de mis generaciones*; que quiere decir, según mis ejemplos, mis virtudes. Que ésta es, señores, muy buena devoción de la Virgen, seguir sus virtudes; que por amor de ella, uno procure ser casto, otro de ser misericordioso. Y especialmente conviene esto a las mujeres, que la sigan en ser honestas, calladas, no muy ataviadas, ni llenas de dijes, que es una cosa que parece mal a nuestra Señora. Y ésta es la buena devoción; y mientras uno no fuere bueno de dentro, no piense que, por no sé qué devociones que tenga, que aplacará a nuestra Señora. Porque es *alba*; y en ser luz, es enemiga de las tinieblas de pecados.

## 6.—*Exhortación y plegaria.*

Pues ea, señores (*Rom.*, 13, 12): *abjiciamus opera tenebrarum et induamur arma lucis.* Para que cuando rezáremos Avemarías, no nos vuelva la cara y diga: Andad, que es lujuria; andad, que tenéis lo ajeno; andad, que queréis mal al prójimo. Cueste lo que costare, hermanos, aunque se nos haga de mal, todo se debe posponer por alcanzar la amistad de nuestra Señora, por ser sus hijos, y ella nuestra Madre, porque nos oiga en nuestras tribulaciones, porque hable a Dios por nosotros.

¡Oh bienaventurado otra vez y mil veces, quien bien con ella estuviese, aunque todo lo otro le falte! Y malaventurado el que, por una nonada de pecado, quiere estar mal con ella, aunque todos los bienes tenga! Quien a ella tiene, *tiene la vida,* como ella dice (*Prov.*, 8, 35); quien la tiene, *tiene salud* y alegría; tiene más que decir se puede.

¡Oh bendita Madre de Dios! ¡Cuán bien empleado es cualquier trabajo por vos y por veros a la diestra de vuestro Hijo! ¿Qué trabajo, Señora, no tomaremos? Pienso de verdad, que una gran parte de la gloria de los bienaventurados es ver a la serenísima Madre de Dios en el cielo. ¿Qué haremos, Señora. para veros? ¿En qué os serviremos? Si en dejar nuestros pecados os hacemos servicio, que de parte de cuantos aquí estamos digo que lo dejamos; que nos pesa de corazón de haberlos hecho; que no los queremos más cometer, antes servir a Dios y a vos solamente, Señora. Aquel postrero día os veamos en vuestra silla, y os vayamos a besar las manos llenas de jacintos; y estaremos viendo cuán hermosa sois, [cuán] deleitable para amar, cuán alegre para consolar, cuán suave para gozar. Tan en tanto, Señora, nuestro oficio será pensar en vos, hablar de vos, seguiros a vos en vuestra vida, y mirar cómo hacíades, y así hacer nosotros. Bendeciros ha nuestra boca, engrandeceros ha nuestro corazón; gastarnos hemos todos en vuestro servicio hasta que vayamos adonde vos, Señora, estáis, que es la gloria. *Ad quam nos perducat.* Amén.

## TRATADO 13 (1)

### ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN MARÍA (II).

(*Cristo es el piadoso samaritano.*)

*Curam illius habe, et cum reddiero reddam tibi.*

(*Lc.*, 10, 35.)

### 1.—*Excelencias de la Virgen Madre.*

Cosa es muy usada acerca de los que tratan el arte de aparar oro y plata y otros metales, que para hacer el ámbar fino, el cual se hace de mixtión de oro y plata, es menester vaso muy excelente y que no tenga polvo alguno, ni color, ni humor, ni esté en lugar adonde algún viento le dé. De otra manera, nunca se juntará el oro y la plata, de la cual mezcla se hace el dicho ámbar. El ámbar es cosa muy excelente, en el cual el oro pierde de alguna manera algo de su resplandor, y templa su color fino; y la plata se esclarece muy más con la mixtión del oro, que ella por sí sería clara; y este tal ámbar fino es el que trae a sí las pajitas del suelo por su excelencia, y por eso requiere tanta guarda el vaso donde se ha de hacer.

Ahora vamos al espíritu. El sapientísimo artífice Dios tenía ordenado *ab aeterno* de hacer un ámbar fino, en el cual se juntase oro de divinidad y plata de humanidad; y saliese un ámbar, Cristo, que atrajese a sí las pajas, quiero decir, los pecadores, vanos como pajas, y los hiciese justos. Y así había de ser esta unión de divinidad y humanidad, que el oro de la divinidad templase su resplandor, y la plata de hu-

(1) Edic. 1927, pág. 1.931.

manidad alcanzase más resplandor que ella tenía. Y así fué que, estando Dios sin ser hombre, era tanto su resplandor que no bastaban ojos humanos a verlo; y así se lee que cuando Moisés estaba con Él en el monte de Sinaí, suplicó que le enseñase su gesto: *Domine, inquit* (*Gen.*, 33, 13), *si inveni gratiam in occulis tuis, ostende mihi faciem tuam.* ¡Poco pedía! No hay, por cierto, más que desear ni pedir. Respondió nuestro Señor: «No puedes verme, que es tanto mi resplandor y es tan excelente mi luz, que no puede ser vista de hombre: *non videbit me homo et vivet.* Y San Juan (1, 18): *Nemo vidit Deum unquam.*

Señor; pues ¿qué remedio para veros? Que se junte con ese oro resplandeciente, plata, que no es tan alto metal, y templará algo de su resplandor, y así podremos veros. Y así lo ordenó Dios y lo mandó decir por sus profetas, que había de hacer esta gran maravilla, este milagro de milagros, que habría de ser un Cristo Dios Hombre.

Mas no se hizo este ámbar hasta que fué fabricado y salió al mundo el excelentísimo vaso en que se hiciese, que fué la sacratísima Virgen María. Ella fué en cuyo vientre se juntó divinidad y humanidad; Ella es de la cual es escrito (*Eccli.*, 43, 2): *Vas admirabile, opus Excelsi.* Y de verdad admirable, pues que en él cupo el que en el cielo y tierra no cabe: *Coelum et terram ego impleo* (*Jer.*, 23, 24), y cupo en el vientre de la limpísima Virgen. ¡Oh vientre santo, vientre puro, vientre no mancillado, no tocado! ¡Ni hay en ti polvo de vanagloria, ni tierra de deseos de cosas de este mundo, ni amor de deseos de carne, ni viento de soberbia; vaso hecho por mano de Dios, en el cual se remiró más Dios que en todas las cosas que hizo! Y así, otro lugar no hubo, ni entre los ángeles ni serafines del cielo, ni en toda la tierra, adonde mejor ni tan bien, Dios se aposentase, como en el vientre de la Virgen. ¿Quién dirá las grandezas de vuestro limpio vientre, Señora, que enmudecen de hablar de él los muy sabios? Allá, Salomón, viendo en espíritu de profecía esta gran maravilla, dijo: *Quis scrutabi secreta ventris?* (2). ¿Quién alcanzara a decirlo? Sólo aquel, por cierto, que os hizo, y anduvo en vuestras entrañas.

---

(2) Sospechamos que alude a Prov. 20, 27 *investigat omnia secreta ventris.*

Decid, Señor, *fruto bendito* de Virgen; decid Vos qué tal es este vientre en que anduvisteis; ¿a quién os parece, Señor, que se debe comparar? Oíd lo que dice en los Cantares (7, 2): *Venter tuus sicut acervus tritici, vallatus liliis.*

Señor, ¿qué es esto? ¿qué quiere decir? ¿Por qué *montón?* ¿y por qué *de trigo?* ¿Qué es eso? ¿qué quiere decir *cercado de lirios? Montón,* porque es lo bajo ancho y va hasta arriba ensangostado. Como el arca de Noé, que fué figurada a esta excelentísima Arca de Dios, era abajo ancha, y arriba angosta de un codo (*Gen.,* 6, 16). ¿Qué quiere esto decir, sino que lo profundo de esta Virgen fué ancho, fué capacísimo, que fué su humildad, en la cual cupo ser Madre de Dios y llamarse Ella esclava; y desde este fundamento sube hasta acabarse en un codo de arriba, que es Dios? Esto, pues, quiere decir *montón.* ¿Y por qué *de trigo?* Con mucha razón, porque nos trajo el trigo con que nos mantuviésemos. A Aquél que comían los ángeles solos, trájolo esta Virgen, y lo coció en su vientre con fuego de amor, y nos lo dió a comer. Por eso es *montón de trigo.* Tiene fruto, mas este fruto *cercado de lirios;* que quiere decir virginidad, pureza. Pues está cercado el fruto del trigo con lirios, quiere decir que tiene fruto y es virgen: *virga Aaron floribus et fructibus* (*Ex.,* 17, 8). Pues luego, con mucha razón habéis, Señor, dicho: *Acerbus tritici.* Y mirad si ella misma no dice otro tanto: *Flores mei, fructus honoris* (*Eccli.,* 24, 23).

Leemos en los Cantares (2, 1) adonde dice *Cristo: Ego flos campi.* Porque así como el campo produce flores sin ser arado ni sembrado por hombre, sino con la influencia del cielo y del sol, así la Virgen produjo esta flor, que es Cristo, por sólo influencia del Espíritu Santo. Veis, pues, quién es su flor: Cristo. ¿Pues quién su fruto? *Benedictus fructus ventris tui, Jesus* Pues luego flor y fruto, todo junto; Virgen y madre, todo en una. ¡Oh bienaventurada Virgen! ¿Qué más te podemos honrar que diciéndote *Virgen* y *Madre de Dios?* Porque si *santa* te llamamos, muchas lo han sido, aunque no tanto: si *Virgen,* otro que tal; si *humilde...,* ¿qué más? En lo que no tienes compañía ni tendrás, en lo que excedes, es en ser madre de tal Hijo, y con esto, ser Virgen. ¡Oh *bienaventurada tú* y el vientre tuyo, que tal bien nos trajo, y en el cual se fabricó el ámbar excelente, Cristo, que

refregado en la cruz de su Pasión, atrajo y cada día trae a nosotros pecadores, que somos pajas (*Jn.*, 12 32): *Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.* Y con mucha razón. ¿Qué corazón, aunque de piedra sea, no se encendería en servir y amar a Cristo, Dios nuestro, viendo lo que por nosotros pasó? Y, por tanto, Señora, pues tanto bien por Vos nos vino, nosotros nos conocemos obligados a serviros y honraros toda nuestra vida.

¿Y quién, Señora, no os servirá viéndose por Vos librado muchas veces de los infiernos? Por cierto, aunque otra cosa no hubiere que nos convidase a ser buenos y a no pecar, sino haceros servicio, Señora, era mucha razón que así lo hiciésemos; y por honra vuestra proponemos Señora, de aquí adelante de enmendar nuestras vidas. Mas, porque no lo podremos hacer sin gracia y Vos sois Madre de ella, suplicámoste humildemente nos la queráis alcanzar: y para más obligaros, ofrezcamos la salutación angélicamente pía. Ave María.

Buenas nuevas, señores: alégrense nuestros corazones e hínchense de gozo nuestras almas, que la que es Madre de Dios, es Madre nuestra: y la que los ángeles se tienen por dichosos en servir se deleita en estar con nosotros (*Prov.*, 8, 31). *Deliciae meae*... Y no sin causa, Señora: lo uno, por la vuestra gran misericordia, Señora; lo otro, porque por *los hijos de los hombres* sois Vos Madre del Redentor de los hombres. Y por eso, como San Agustín dice, en alguna manera estáis vos obligada a socorrernos; mas, mucho más nosotros, a serviros. Acordaos, Señora, de que nuestro Redentor vuestro bendito Hijo, nos tiene encomendados a vuestras manos, y os dijo cuando de este mundo se partió las palabras de nuestro tema: *Curam illius habe (scilicet peccatoris) en cum rediero, reddam tibi.* Y pues sois pagada, no por eso dejaréis el cuidado de nosotros: porque con esa intención os coronó que fueseis abogada nuestra, y con esa confianza os osamos pedir gracia para el presente sermón.

### 2.—*Ocasión de la parábola del samaritano.*

Para declaración de estas palabras, y para que veáis a qué propósito y cómo las practica aquel gran maestro, Cristo, os quiero decir la letra de este santo Evan-

gelio, el cual es una respuesta que nuestro Señor dió a un doctor de la Ley que le preguntó quién se puede decir *prójimo*, para que seamos obligados a amarle como nos está mandado: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*. Habíale antes preguntado (*Mt.*, 22, 36) que *cual es el mayor mandamiento* de toda la Ley; y aunque al principio se movió a preguntarle más por tentarle que por aprender; empero, oyendo aquellas saludables palabras de Jesucristo Redentor nuestro, se convenció y mereció que le dijese: *Non longe es a Regno Dei*, como San Marcos (12, 34) dice. Donde parece que tanto provecho trae el habla y comunicación de los abismos de Dios, que aunque el hombre se llegue a ellos frío y tibio, y no con tan buen propósito como era razón, empero oyendo y conversándolos nos mudamos en bien. Especialmente es esto verdad, y acaece muchas veces, en el bien obrar; que muchas veces tenemos una pereza, una mala gana de hacer una buena obra, y cuando la comenzamos envíanos Dios devoción y buenos propósitos; y por eso ninguno, aunque tibio se sienta, aunque pesado, deje de hacer buenas obras, porque es Dios tan misericordioso, que quien a Él se llega no le deja frío ni hambriento. Los que se dan muchas veces a la oración, experimenten esto y verán cuán gran verdad es; que se llegan hambrientos a la mesa de Dios y se van hartos.

Preguntóle, pues, este fariseo a nuestro Redentor: *Quid faciam et vitam aeternam possidebo?* A lo cual respondió: *Diliges dominum Deum tuum ex toto corde tuo, ex tota anima tua, ex tota mente tua et ex omnibus viribus tuis: hcc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: diliges proximum tuum sicut te ipsum; in his duobus mandatis universa lex pendet et profetae* (*Mt.*, 22).

Por eso, señores, los que no sois letrados, no penséis que por eso no podéis ir al paraíso; estudiad estos dos mandamientos, y cuando los hubiereis cumplido, haced cuenta que habéis cumplido todo lo que manda la Ley y los profetas, y los Evangelios, y los Apóstoles, y cuanto os amonestan infinitos libros que escritos hay. Amad a Dios más que a vos, y a vuestro prójimo como a vos mismo: que si vos deseáis ir al cielo, deseéis que él vaya; si deseáis que Dios os perdone, desead que también le perdone a él. Y regla general os doy; mirad lo que quisierais que con vos se hiciese y cómo os tratasen los otros, y si errabais con-

tra algún prójimo, querríais que os perdonase, y haced así a vuestro prójimo y así lo amaréis más.

### 3.—*Quién es nuestro prójimo.*

Es duda: *¿Quién es este prójimo* a quien tanto debemos, y por quien tanto quiere Dios que hagamos, y que tanto nos lo encomienda, y que tanto nos amenaza si no lo hacemos, que tiene puesto por ley y mandato pregonar en sus cortes que, ni más ni menos de como lo hiciéramos con nuestros prójimos, así lo hará Él con nosotros? Por eso, si deseáis, señores, saber cómo os ha de ir con Dios cuando le pidáis algo, cuando le hayáis menester, si habrá misericordia de vosotros, si os oirá, mirad cómo lo hacéis con vuestros prójimos; si procuráis ayudarlos en sus tribulaciones, si los consoláis, si les dais, si procuráis por la salvación de sus ánimas; y con la medida que midiereis, así os medirá Dios. Por eso hinche bien las manos del prójimo, y henchirá ciento tanto Dios las vuestras.

Y pues tanto va en esta cosa del prójimo, razón es saber quién es. Y esto le preguntó a nuestro Señor este doctor de la Ley: *Et quis est meus proximus?* Y aun creo que algunos de vosotros no lo debéis de saber, y será bien que lo sepáis.

Dice el Evangelista que nuestro Señor miró hacia el cielo, dando a entender que cuando queramos obrar o hablar pidamos del cielo ayuda. Y dijo: ¿Quieres saber quién es tu prójimo? Oíd una cosa que acaeció, y en ella veréis quién es prójimo. *Homo quidam descendit ab Hierusalem* (dígase la letra).

Y bien claro creo que habéis visto, señores, cómo la *proximidad* no está solamente en el parentesco, ni en la vecindad, ni en que [me] quieran bien, ni en ser de una ley, ni en ser de una religión; sino que todo aquel a quien podemos hacer bien o nos puede hacer, todo aquél es nuestro prójimo; y todo aquel que puede ser particionero en la bienaventuranza con nosotros (como todos los teólogos dicen), todo el tal es nuestro prójimo. De donde se sigue que el moro, el judío, el hereje, el árabe es nuestro prójimo; porque le podemos hacer bien y él a nosotros, y porque puede convertirse y gozar de Dios con nosotros. Asimismo se sigue que las ánimas del purgatorio son prójimos nuestros, porque les podemos hacer bien ahora, y ellas

a nosotros cuando vayan al paraíso. Asimismo se sigue que los ángeles son prójimos nuestros, y todos los que en el paraíso están, porque nos hacen bien y son capaces de bienaventuranza.

Sólo los demonios, y los que están en el infierno no son prójimos, porque ya quiere Dios que en ninguna manera puedan gozar de Él ni ser participantes en su gloria; y por eso no quiere que les deseemos bien, sino antes nos gozaremos de sus penas, aunque sean nuestros padres y nuestros hermanos; y es muy justo, pues fueron traidores a Dios, y no quisieron en este mundo enmendarse, como muchos hacen ahora. Veis aquí la letra del Santo Evangelio de hoy.

### 4.—*Adán desciende de Jerusalén a Jericó.*

Ahora démosle otra vuelta, según el sentido alegórico y quizá después otra según el moral. *Quidam homo descendebat...* Quién sea este hombre que no se contentó con estar en el monte de Jerusalén, sino quiso descender a los valles de Jericó, a todos es manifiesto que fué el primer hombre criado, Adán, al cual puso Dios en Jerusalén, que quiere decir *visión de paz*; y para ir allá dióle *visión*, que quiere decir conocimiento; porque fué el mayor letrado de los que ha habido; que fué criado en su entendimiento el conocimiento de todas las cosas. Pues las había de regir todas. y les puso nombre a todas, menester era que las conociese. Dióle asimismo *visión alta*, que quiere decir *de Dios*, porque tuvo excelentísimo conocimiento de Dios; porque aunque no viese a Dios intuitivamente, porque esto ningún hombre en cuerpo mortal viviendo pudo ver; vióle, empero, con muy excelente manera de vista, más que ahora muchos contemplativos le vean. Y esta vista era *pacífica* por el don de la justicia original que tenía, con el cual era tan señor de sí, y tenía tanto mando sobre este mozo de nuestro cuerpo y de las potencias sensitivas, que le obedecían *ad nutum*. Que si él quisiera contemplar, no se quejaba el cuerpo; si quería hacer una buena obra, no tenía dentro de sí quien pelease contra él porque no lo hiciese, como ahora nosotros tenemos.

No se contentó Adán con lo que tenía, no lo conoció, quiso probar qué había abajo, y descendió a Jericó, que quiere decir *luna*, por la cual se significa la

mudanza del pecado y del mundo (*Eccli.*, 27, 12): *Quia stultus sicut luna mutatur. Scriptum est enim* (*Tren.*, 1, 8): *Peccatum peccavit Hierusalem, ideo instabilis facta est.* Descendió y comió del pomo que su mujer le dió, y cayó. Y mirad el engaño; que ellos pensaban que subían; a lo menos Eva pensó que habría de subir tanto como Dios; y fué hecha ella y él iguales a los brutos animales (*Ps.*, 48, 13): *Homo cum in honore esset non intellexit.*

5.—*Róbanle y déjanle medio muerto.*

Asenle los ladrones, los robadores de las ánimas, que son los demonios, *expoliaverunt eum* de los bienes gratuitos de gracia, que fué el mayor bien que le pudieron quitar: la amistad de Dios. Quitáronle la justicia original, y quitada la paz, toda la parte quedó en guerra y dejónos en guerra.

Siéntelo quien trabaja por ser bueno. De donde nos viene que si queremos rezar, no quiere la carne y la pereza; y si queremos darnos a Dios y dejar las cosas de este mundo, no podemos; sino que así, aunque no queremos, nos deleitamos en ellas. ¿De dónde nos viene esta inclinación tan grande a ser mundanos, a ser malos, que parece que no hay trabajo en ello, y si queremos ser buenos se nos hace de mal, como quien va cuesta arriba, y como agua que la hacen tornar por la canal arriba? De falta de la justicia original que Adán perdió.

Y bastara que le despojaran; mas aun hiriéronlo; que lo que no le pudieron quitar, le dejaron más llagado. Estos son los bienes naturales, por los cuales el hombre es hombre. No los puede perder, aunque al infierno vaya; mas *hiérenlos* muy bien heridos. Que al entendimiento hirieron con ignorancia y ceguedad; a la voluntad con deseos de cosas de acá dañosas, y con hastío de las buenas; a la memoria hiriéronla con llagas de cosas terrenas; que no haya placer de acordarse del cielo ni de cosas que le aprovechan, sino de vanidades, de las injusticias, de lo do acá abajo. Hirieron la parte sensitiva con aquel *fomes peccati*, que es aún gran llaga; que lo sentía bien San Pablo cuando decía (*Rom.*, 7, 21, 22): *Invenio aliam legem*; este que en otra parte llama tirano y *lex membrorum.* Mas, quien no siente esta guerra, tiene mala paz (*Mt.*, 10,

34): *Non veni pacem mittere in terram, sed gladium.* Veis aquí los males del ánima en que cayó.

Dejo de contar lo del cuerpo, las hambres, las enfermedades y trabajos, ser engendrados en pecado, naciendo llorar, con dolor de nuestras madres, vivir y morir con lloros y temores. ¡Oh cuánto bien estabais Adán en Jerusalén, sin que subierais a Jericó! ¡Ni nosotros lo supiéramos!

Veis aquí cuál quedó Adán—y tras él todo el mundo—del pecado: tendido en el suelo; amando cosas de tierra, y herido de llagas de pecados *desde la planta del pie* (*Is.*, 1, 6): *Omne caput languidum et omne cor maerens.*

### 6.—*La Ley vieja no le puede curar.*

Acaeció que pasase par de este llagado un sacerdote y un levita; y aunque entrambos le vieron, ninguno le remedió. ¿Quién es el sacerdote, sino la Ley vieja, que principalmente consistía en sacrificios y ceremonias? ¿Quién es el levita, sino los Profetas? Pasó, pues, la Ley vieja, y vió al herido, porque conoció sus llagas y dió conocimiento del mal en que el mundo estaba por el pecado; mas no pudo remediarlo, porque según San Pablo dijo (*Gal.*, 3, 11): *Ex operibus legis non justificabitur ommis caro* (*Jn.*, 1, 17): *Lex per Moysem data est, gratia per Jesum Christum.* No dió la Ley gracia *ex opere operato.* Mostraba los pecados, y por ésto dice el Evangelio que miró al llagado, mas no le remediaba, porque no daba gracia. Pasaron los Profetas y también vieron los pecados y los males, mas no podían dar gracia, y por eso ni remedio; y así también descendía por el mismo camino el sacerdote y el levita, como el herido, según el Evangelio dice, porque todos los que debajo la Ley y profetas estaban, descendían al limbo y estaban en pecado original.

### 7.—*Jesús, el piadoso samaritano.*

Hasta que vino aquel verdadero samaritano Cristo, que quiere decir *guarda*, e hizo medicina para este herido. No dice el texto que descendió por el mismo camino del herido, sino haciendo camino, vino al he-

rido: *Et videns eum, misericordia motus est; quia in eo nullum invenit meritum* (dice San Agustín). *Et appropinquans, alligavit vulnera ejus.* Allegóse, tomando carne semejante a la nuestra pecadora, llegóse conversando con heridas de pecados: *Et appropinquans*; tanto, que le reprendían los fariseos: *Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis*; ya en casa de un publicano, ya en casa de un cambiador, ya con la Magdalena, ya con la adúltera, y al fin, con los ladrones. Así había de ser, que el que venía para curarnos, no tuviese asco de nuestras llagas. Allegóse por sacramentos.

¿Qué es *atando las llagas*, sino darnos mandamientos que nos aprieten los pecados, y no muy apretados, porque hace mal *(jugum meum suave est)*, ni muy flojo, porque atadura floja no es algo *(sint lumbi vestri praecincti)*? Ató sus llagas diciéndole que no pecase, que se apartase y que se hiciese fuerza para resistir los pecados; y para las llagas que ya tenía *echóle óleo y vino*. En el óleo se significa la misericordia; en el vino, justicia; porque es justo que, pues más acepta fué a Dios la pasión de su unigénito Hijo, que fueron nuestros pecados ofensivos, y más [bien] mereció ella que mal nuestros pecados, que nos sean perdonados por ella. Y por eso decía San Pablo (2 *Tim.*, 4, 8) que esperaba *corona de justicia*, no de justicia de obras, sino de la Pasión de Cristo nuestro Redentor, lo cual se nos comunica por fe y buenas obras. Pues luego echó en nuestros pecados *óleo y vino*; y tomó al enfermo, *alias*, herido, y púsolo sobre su caballo.

El caballo del ánima es el cuerpo. Ponerlo luego Cristo sobre su caballo fué ponerlo sobre su cuerpo; lo cual se puede entender en muchas maneras: o que tomó los pecados de él para pagarlos en su cuerpo, como cuando dicen «sobre mi cabeza os tomo», que se obligan a pagar por quien toman; o sobre su cuerpo, porque dándole fe, lo incorpora en su cuerpo y lo hace su miembro; y así llevólo *ad stabulum*, que es la Iglesia; y porque es donde descansan los viadores de este mundo.

Curóle él un día; quiere decir, mientras acá estuvo presencialmente. Y otro día *(post resurrectionem)*, queriéndose ir al cielo, dijo al principal de la Iglesia que es San Pedro: *Pasce oves meas... curam illius habe*, que es todo uno y asimismo a todos los prelados. Y

dióles *dos denarios*; que quiere decir dos Testamentos con que lo curen. Que si fuere menester hacer más, o darles muy buen ejemplo, y otra cualquier cosa, que lo hagan; que cuando Él venga a juzgar o el día de la muerte del tal prelado o prójimo que tuvo cargo del enfermo, que Él lo pagará.

¡Veis cuán proveído dejó este bendito Samaritano al mundo enfermo! Pues pregunta ahora el mismo Cristo: ¿Quién fué prójimo de este enfermo? ¿La Ley vieja, los Profetas o el Samaritano?

Por cierto, Señor, muy clara está la respuesta: que Vos, Samaritano bendito, sois nuestro prójimo y el que os doléis de nuestros males, que curáis nuestras llagas; y si por vos no hubiese sido, ya nuestras ánimas estarían ardiendo en los infiernos. Tú, Señor, eres nuestro prójimo.

Pues, *vade et tu fac similiter: quia exemplum dedi vobis ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis*, etcétera.

De todo este Evangelio, no me parecieron tan bien otras palabras como las de nuestro tema: *Tened cuidado de ese enfermo, que cuando yo torne, lo pagaré.*

### 8.—*«Cuando yo vuelva.» Deseos de que vuelva Jesús.*

Es grande el cuidado que Dios nuestro Señor de nosotros enfermos tiene, que nos cura y manda a otros que nos curen, y paga Él a quien curase a su prójimo. *Cuando Yo volviere*, dice el benignísimo Señor, *Yo pagaré.* Voime ahora, que cumple así, mas Yo vendré presto y lo pagaré.

*«Voime.»* ¡Oh benditísimo y dulcísimo Señor! ¿Dónde vais? ¿Y dónde nos dejáis? ¿Cómo, Señor, podemos oír con paciencia decir que os vais y que tornaréis presto? ¡Oh Señor, y cuán largo es el tiempo que no os vemos, en que no estamos con Vos, en que estamos acá apartados de Vos, bien nuestro, y reposo nuestro! Este *presto* que decís que volveréis, ¡cuán tarde es para quien os ama, para quien no tiene otro deseo sino de Vos, ni querría ver, ni oír, ni hablar a nadie sino a Vos! Y veros tan lejos, allá, tan apartado, es el tormento intolerable, sin estar con Aquel a quien sobre todas las cosas ama. Y por eso, Señor, quien bien os quiere, muy aborrecida tiene esta vida, y su mayor deseo es cuando ya se acabase y os viese:

*Cupio dissolvi et esse cum Christo,* decía San Pablo (*Filip.,* 1, 23).

Mas, ¡oh señores! ¡y qué poco deseo tenemos nosotros de este día! ¿Y cómo estamos contentos en este destierro, estando tan lejos de nuestro bien? Holgamos, reímos, aconsejamos, comemos bien, ataviámonos mejor, pensamos que tenemos algo en este mundo, y que es aquí nuestra tierra; y de verdad que estamos desterrados, y por mesones y ventas, y no habíamos de hacer cuenta sino que estamos en una cárcel por nuestros pecados, y debíamos siempre rogar a Dios nos quebrantase ya estas cadenas, con que está el alma atada en este cuerpo, para que libre pudiese ver y holgarse con su Dios. Mas como no le amamos, no se nos da nada no verle; como no le deseamos, no nos da pena el estar en este destierro. ¡Oh desventurados de nosotros, que estamos veinte y treinta años, y cuarenta, y sesenta, y más, sin ver a quien nos hizo, a quien murió por amor de nosotros, a quien nos mantiene, a quien nos guarda, Aquel de quien un solo momento no hay que no nos haga mercedes, y grandes mercedes! ¿No iríamos ya a besarle las manos por las mercedes que nos ha hecho, a darle gracias, darle mil alabanzas por el amor que nos tiene, y las buenas obras que nos ha hecho? ¡Oh triste el día y la hora en que a nuestro Dios y a nuestro bien no veamos, y por esto, triste, se debe llorar!; y así nos lo manifestó Cristo (*Mt.,* 5, 5): *Beati qui lugent.*

### 9.—*Ten cuidado de ti.*

Mas es menester paciencia y aparejarnos continuamente para este día, para que en viniendo a llamarnos, vayamos de buena gana con Él. Tan en tanto, miremos qué nos mandó cuando se fué; hagámoslo de muy buena gana por mandárnoslo Él. *Curam illius habe.* Nos mandó cuando se fué: *Ten cuidado de ese enfermo.* ¿De cuál, Señor? De ese enfermo que ha caído en poder de ladrones, ahora seas tú, ahora tu prójimo.

Pues será nuestro sermón de cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestros prójimos, porque cuando venga nuestro Señor nos lo pague.

Ten cuidado de ti, dice nuestro Señor. Paréceme que lo hace nuestro Señor en esto como Padre mise-

ricordioso que mucho ama a sus hijos, y siempre les anda amonestando que sean buenos, que miren por sí, que no curen de cosas de mancebos, sino que miren por su honra, y cúyos hijos son. Así hace nuestro Dios. Ten cuidado de ti.

### 10.—*Modera los cuidados terrenos.*

Mas, mirad, señores: ¿no habéis oído lo que dice allá un poeta:

*pectora duas non admittentia curas*

y que (*Mt.*, 6, 24) *nemo potest duobus dominis servire*, dice Cristo? Para tener cuidado principal de nosotros conviene que no lo tengamos de otras cosas en que tanto no nos va como en nosotros, y éstas son las cosas de este mundo. Oíd al mismo Señor, que aquí nos dice que tengamos cuidado de nosotros; como en otra parte dice (*Lc.*, 21, 24) que no tengamos cuidado de este mundo: *Nolite, inquit, gravare corda vestra crapula et ebrietate, nec curis hujus saeculi.* Y en otra parte (*Mt.*, 6, 25): *Nolite solliciti esse animae vestrae quid manducetis.* De manera que para tener cuidado de nosotros... (y no tengáis, señores, este consejo en poco, que de verdad creo que una de las principales causas de nuestro descuido y de los grandes males en que están nuestras ánimas, y especialmente en este mal, es que no se nos da nada que estén malos, y por los muchos cuidados de este mundo).

¿Qué es la causa por que el hombre no puede rezar un *paternoster* con atención, sino que comienza uno y acaba otro, sino porque tiene mil cuidados que le llevan el corazón? ¿Por qué no da limosnas a un pobre? Porque los trabajos no le dejan acordarse de sí. ¿Por qué no guarda lo que Dios le manda? Porque con sus negocios no se acuerda de Dios, ni de sus mandamientos. ¿Por qué deja andar su ánima muerta, y hecho casa de diablos un mes y otro y otro? Porque no le dejan mirarlo los cuidados. Ya toma un negocio, ya otro. Y lo mejor es (o lo más malo) que piensa: «Desde ahora, en acabando éste, tendré reposo y entenderé en mi alma», y nunca viene este tiempo en que le dejen cuidados, sino hecho esclavo de ellos, que ni un momento no le dejan entender en lo que le cumple, sino el alma muerta y desventurada,

desnuda, pobre y triste, y el cuerpo andar y trabajar, y hablar; y ya entiende en una heredad, y ya en otra, ya en otro negocio, ya en otra rabia, que nunca descansa.

¡Oh desventurada gente! ¿Y tú, hermano, dónde estás? ¿Has ya acabado los negocios de tu alma? Di, ¿has dado ya cuenta buena? ¿Cómo no tienes cuidado de ti? *¿Qué te aprovecha que todo el mundo ganes, si pierdes tu alma?* (*Mt.*, 16, 26). Está queda un poco; reposa algún rato en el día, y entiende en ti; no seas como *vitulae esca indocta diligere trituram*. Mira que es vanidad eso en que andas: cata que andas vendido y engañado. ¿Qué buscas? ¿Tras qué andas? ¿Buscas reposo? Créeme que no le hallarás. ¿Buscas que no tengas falta? Créeme que siempre te ha de faltar, porque cumplir una necesidad es principio de otra. Echa de ti esta carga, por Dios, conténtate con poco; si pudieres, trae sayo de buen paño; si no, sea de ruin; si puedes comer y beber, bien; si no, sea como quiera. No puedes tener bienes sobrados, sino ten para pasar este camino, que no es aquí tu tierra. Mira lo de este mundo: el tener o no tener, el bien vestir o no vestir, el ser honrado o deshonrado, hágote saber que delante de Dios no pesa un pelo: ni es el hombre mejor por tener esto que parece algo, ni por no tenerlo; sino que estamos realmente engañados, de día y de noche trabajando por haber lo que después de habido, no nos hace un pelito mejores. Cata que al mejor tiempo te echará de sí este mundo y te hallarás burlado, y no cumplirá contigo lo que te prometió; y entonces no tendrás remedio. Ahora, pues, conténtate en pasar como quiera por él, y sea el principal cuidado el mirar tu alma. Cúrate, que estás enfermo, según las palabras de nuestro tema: *curam illius habe...*

### 11.—*Cura tu cuerpo refrenándolo.*

Ahora veamos cómo hemos de tener cuidado de nosotros y de nuestro cuerpo, y luego de nuestra ánima, y luego de nuestro prójimo. A nuestro cuerpo, señores, es bien que lo tratemos como a enfermo; que lo es por el pecado original. Allí enfermó, y así siempre desea cosas dañosas, y aborrece las que le cumplen, como quien tiene el apetito dañado. ¿Qué veréis a un cuerpo, sino desear hartarse bien de comer

y beber, y dormir mucho, y holgar mucho; no pasar frío, ni calor, ni cansancio, no rezar mucho ni ayunar, no castidad, sino antes lujuria, como enfermo que para cumplir su apetito pospone el alma? ¿Qué le puede hacer lo que come? Dígoos de verdad, señores, si a este cuerpo miráis, que por cumplir una cosa cualquiera, os echará redondamente en aquellos fuegos infernales. ¡Oh malaventurado cuerpo!, que porque tú huelgas por cumplir tus apetitos, por no querer ayunar, por no pasar una poca de pena en ser casto, echas a un ánima en tormentos eternos, que duran cuanto durare Dios en los cielos! ¡Oh ceguedad grande, soltar la rienda a este enfermo! No así ¡por Dios!, sino lo que le ha de hacer mal, quitárselo, aunque lo pida y desee; y lo que le ha de hacer provecho, hacer que lo tome, aunque le pese; que después, el día del juicio, él os lo agradecerá si aquí así lo hiciereis con él. Mas si ahora lo dejáis a él hacer, entonces os maldecirá, porque no le curasteis como era razón.

¿Queréis ver figura de cómo lo habéis de hacer con este enfermo? Oíd: Mandaba Dios en la Ley levítica (*Lev.*, 5 8) que si alguno sacrificase tortolilla, *que no le cortase toda la cabeza,* sino que la matase y *la volviese la cabeza hacia el cuerpo,* de manera que estuviese muerta y no apartada del cuerpo. Veis aquí cómo habéis de hacer los que queréis ser tortolillas, que significan a los que hacen en este mundo penitencia, y lloran por haber visto perdido a su esposo Cristo. *Matad la carne*; quiere decir: No vivas según ella quiere; y no mande ella, sino obedezca; azótala hasta que no viva, mortifícala como San Pablo dice (*Col.*, 3, 5): *Mortificate membra vestra quae sunt super terram.* Mas mirad, *no la apartes del cuerpo,* y no la eches del todo de ti; no la apartes de tu alma, quiere decir, no te mates, sino dale lo que ha menester solamente para vivir el alma; que sierva suya es la carne y caballo en que anda. Y así como sería cosa monstruosa ver a un caballero andar gimiendo, y de día y de noche muriendo, por contentarle y por regalarle, no curando de su persona propia, así lo es que un hombre ande calentando a su cuerpo, y se olvide de lo que él es; que su ánima quita el freno a su caballo y échaselo a él, y dice al caballo que rija a él y que haga todo lo que el cuerpo manda. Si manda trabajar para tragar, que trabaje;

si le manda lujuriar, que lujurie; si le manda quebrantar ayunos, que los quebrante; de manera que ya no traes tú del freno a tu cuerpo, sino él a ti.

¡Oh cosa para llorar! ¡Oh cosa monstruosa, que una cosa tan vil se enseñoree de una cosa tan excelente! ¡Remedio, por Dios, señores! Y tened al cuerpo por quien es, y a vuestra ánima por quien es; quitad el freno de la mano del cuerpo, que os llevará derechos al infierno; y tomadlo vosotros y hacedlo andar a raya, dándole lo que le cumple y no más, aunque lo pida y lo desee; y así lo curaréis bien, y él bien curado, y quitados tantos cuidados como el amor de este cuerpo y de este mundo os da, entended en curar vuestra ánima que está enferma.

### 12.—*Cura tu alma.*

¡Desventurada de ella, triste, desconsolada, con enfermedades mortales! ¿Y no quieres remediarla ni darla una sed de agua? No sé si me creeréis en deciros que estáis enfermos, viéndoos como os veis sanos y buenos; y pensáis que esto es una conseja que con sólo oírla, no es menester más. ¿Creéis que estáis enfermos? Decid: ¿estáis en algún pecado? ¿Habéis descendido de Jerusalén a Jericó, que quiere decir del estado de gracia a pecado? Pues creed, como creéis en Dios, que estáis enfermos y que os han llagado los demonios, que son los ladrones.

*Domine, sana animam meam, quia peccavi tibi* (*Ps*. 40, 5), dijo uno que sintió el mal del alma. Y pocos creo yo que hay aquí que no hayan pecado alguna vez mortalmente, en palabra, deseo, o en obra; y por eso pocos habrá que no estén enfermos. Y si me decís que os habéis curado confesándoos y llorando vuestros pecados, y restituyendo a vuestros prójimos lo que debíais, dígoos de verdad que se hace pocas veces bien y como se debe hacer; y puesto que se haya hecho, quizás has pecado después acá; y puesto que no, dígote de verdad que no sé si te han sido perdonados tus pecados. Aunque más hayas hecho, hayas llorado más lágrimas que hay en el mar; no sé si estás perdonado, ni nadie lo puede saber; por eso no se tenga nadie por sano, y procure de cuidarse, y salir de manos de estos ladrones robadores, que nos han herido y dejado *medio muertos,* como el Evange-

lio dice. *Medio muertos*, porque dejan el ánima muerta, que es la una parte y la principal del hombre, aunque el cuerpo quede vivo.

¡Oh qué cosa es ver a un hombre en pecado! Dígoos en verdad que es monstruo: y si ver pudiéramos el ánima, nos espantaríamos de su fealdad y desventura. Es cosa maravillosa ver una cosa que parece viva y está muerta; ver hablar, comer, beber como vivo, y estar el desventurado muerto; verle reír, y está un paso no más del infierno; verle de fuera vestido y de dentro desnudo; verle blanco de fuera y negro de dentro; y hermoso de fuera, puesta la figura del diablo encima de sí: verle que parece que no anda nadie con él, y anda con compañía de millares de demonios que nunca se apartan de él. ¡Oh malaventurada la tal ánima que en pecado está!

¿Y por qué no se llora? Llóranse los muertos del cuerpo, la pérdida de hacienda y las destrucciones de ciudades; ¿y por qué no una ánima que vale más que todos los cuerpos juntos? Cuya pérdida, como San Agustín dice, es mayor que la pérdida de las cosas corporales, o más grande. ¡Que la que fué hecha para ser cosa de Dios sea de diablos! ¡Remedio, por Dios, señores! Curaos como Cristo os dice; curaos y decid a Dios: *Domine, miserere mei, sana animam meam*. Luego os echará óleo de esperanza, y vino de temor; y venid al mesón del samaritano, que es la Iglesia, reposo de viadores: y confesaos muchas veces. Que dos monedas han dado al principal de la posada, que es el sacerdote, con que os cura, que son dos *claves* de potestad y ciencia. Y luego guardaos de pecar; y así *tenéis cuidado de vosotros*, según nuestro tema.

### 13.—*No olvides a tu prójimo.*

Mas no os olvidéis del prójimo, al cual también habréis de curar: cuerpo, por limosna; y ánima, por buen ejemplo y consejo. Mirad a San Pablo (*Rom.*, 9, 3): *Volebam esse anathema pro fratribus meis*. Y así no veréis vuestro reposo, vuestra consolación, vuestro provecho, sino la salud de las ánimas de vuestros prójimos: que el Señor lo pagará bien pagado. Y oíd a San Gregorio: *Nullum sacrificium aceptabilius quam zelum animarum*. Y él lo pagará aquí por gracia y después por la gloria.

# TRATADO 14 (1)

## Festividad de Todos los Santos.

### *(Predestinación de los Santos.)*

*Quos praedestinavit, hos et vocavit, et quos vocavit hos et glorificavit. Quid ergo dicemus ad haec? Si Deus pro nobis, quis contra nos?*

(*Rom.*, 8.)

### 1.—*La predestinación es inmutable.*

Para bien hablar de las cosas de Dios es menester espíritu de Dios: y para que caiga en nuestras entrañas, humillémonos a nuestra Señora y digámosla el Ave María.

*Quos praedestinavit,* etc. La gracia del Espíritu Santo sea con vuestras mercedes. Las palabras que tomé para nuestro sermón son de la carta que el Apóstol envió a los romanos; están a los ocho capítulos de ella. En romance suenan: *A los que predestinó,* etc.

Este oficio de predicar no es tan fácil como pensáis y pensamos. Hablar un hombre bien de Dios, muy difícil cosa es. Decía el Profeta David: *Quis narrabit potestatem Domini? Quis loquetur potentias Domini?* Espantábase del gran poder de Dios y de sus grandezas: ¿quién las podrá entender y contar? Y el Profeta Isaías, cuando pensaba que había entendido, cuando pensó mucho de la ira de Dios, cuando pensó que había conocido a Dios, decía: *Quis iram Domini intelligit?* ¿Quién entenderá la ira del Señor? Y entre todas sus obras, muy dificultosa cosa es de entender una de que Él más usa, que es la misericordia; y tanto más, cuanto más usa de ella que de la

(1) Edic. 1927, pág. 1.949.

ira y de la justicia, como decía el Profeta: *Misericordia ejus super omnia opera ejus.*

Pues si aquellos Santos alumbrados por Dios no sabían hablar de su ira y de sus potencias, ¿cómo hablará un hombrecillo como yo, de una cosa que tanto excede, como es de lo que hemos de hablar hoy, que es de la misericordia que usa Dios con los Santos bienaventurados que están en el cielo, y estuvieron aquí donde nosotros estamos? Que de esto hemos hoy de hablar, que hoy celebramos el día de todos los Santos.

Cuando dijese Santos, no entendáis solamente San Pedro, San Pablo y San Juan y otros así; mas entendamos todos los que están en el cielo, todos los que están en gracia; que hoy es el día de todos los Santos, hoy es el día que se nos muestra la misericordia de Dios con los que Él quiso llevar a gozar para siempre de Él; hoy es el día que se nos da a nosotros esperanzas para ir a caballo para siempre con ellos.

¡Quién viese la fiesta que hoy hacen en el cielo!; por cierto que de antes lo deseara hoy saber: qué es la misericordia que hace Dios con los que allá están y ha de usar con los que allá hemos de ir, entrando allá.

*Quos praedestinavit,* etc. ¡Cuán bien que lo dice San Pablo en estas palabras, y en cuán breve suma! *A los que predestinó, llamó Jesucristo.* ¿Pensaréis ahora que me he de meter yo en cuestiones de la predestinación? Que dicen algunos que se desconsuelan en oírla, y así dicen que por eso no se ha de hablar de predestinación; que así lo dice San Agustín, que por eso no hablaba muchas veces en ella.

¿Qué cosa es predestinación? Claro que todos lo entendéis. No es otra cosa sino que desde que Dios es Dios tiene amor a ciertas criaturas, con querer hacerles participantes de su gozo, de su ser y bondad, y tener propósito desde que Él fué, que ciertos hombres y ángeles se sentasen a su mesa a comer su manjar. Esto es predestinación. Una escritura en el pecho de Dios de dar su gloria a fulano y a fulano. «Aunque no les debo nada, sino por mi bondad, llamarlos he cuando sea tiempo.» Pues, ¿por qué nos ha de desconsolar habernos tenido Dios amor desde que es Dios, y propósito de hacernos tan gran merced?

Y es tan cierta esta merced, y tan firme este pro-

pósito, que en ninguna manera puede faltar; aunque se levanten lluvias y vientos, y la tierra y el infierno, es imposible que falte uno de los que Dios tiene asentados en su pecho para salvarlos. *Las ánimas de los Santos estan en las manos del Señor*; tráelos Dios tan guardados, que los tiene siempre en su mano; ¡mira cómo se le han de perder! Dice Dios por el Profeta: *Ego nutritius eorum; in humeris meis portabo faetas, et in sinu meo agnos. Yo seré su ayo de ellos;* yo los traeré siempre en mis manos; *las preñadas,* como buen pastor *traeré a cuestas;* porque llevó a cuestas nuestros pecados, pagando por ellos; y tráenos *en su seno,* porque nos tiene tan guardados. Asentad en vuestros corazones que, a quien Dios tuvo proposito de salvar, que por acá o por allá, vaya o venga, El lo ha de salvar.

2.—*Por qué permite Dios que pequen los predestinados.*

Pues diréis: «Padre, si es tan cierto ese propósito, ¿cómo se le caen muchas de las manos? ¿cómo se le quiebran y se pierden?»

Digo que cierto está que muchos de los que están en el cielo estuvieron en pecados veniales. Sólo Aquel que es Hombre y Dios, y nuestra Señora, de quien creemos que no lo tuvo, estuvieron sin él. Mas fuera de ellos, si todos los Santos dijeren, dice San Juan (1 *Jn.,* 1): *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* Y si hablamos de pecados mortales, ¿cuántos hay allí que estuvieron en pecados mortales, y muy grandes, y muchos, y lo más de la vida? Luego ¿cómo o por qué consiente Dios que se le caigan de sus manos y de su seno? Para que se manifieste más su bondad. Otras muchas causas hay; mas ésta es la principal; para que mientras más fuere tu maldad, más se manifieste la bondad de Dios en perdonarte y hacerte tan grandes mercedes. Como algunas veces permite Dios que seas perseguido y que te hagan mal, y que mientras más mal te hacen, más se parece tu bondad haciendoles bien; así, para que se vea cuán bueno es Dios, que siendo tú malo, usa de tanta bondad contigo, que te limpia y te perdona (que no puede tanto tu maldad que no lo venza su bondad), permite que caigas.

Ve Dios que está un ánima enferma, que está hinchada; que muy pocos hay que andan el camino del Señor que no tengan acá dentro un repizco de soberbia, un poco de hinchazón, un poco de fariseo, un poco de «Bueno soy, no hago tan malas obras como aquél». Pocos hay que no lo tengan. Así decía San Juan que lo que más desde niño procuró era no tener corazón soberbio. ¿Tenéis allá ese viento? Enfermo estáis; menester es cura, aunque sea recia. Permite Dios que os caigáis de la mano y de su seno, y que os quebréis. ¿Quién hizo decir a San Pedro: *Si todos te negaren, yo moriré contigo?* Un poco de hinchazón. Permite Dios que caiga, para que conozca que todo le viene de la mano del Señor. ¿Por qué permitió a la Magdalena estar envuelta en tanta muchedumbre de pecados? Para que se manifieste a nosotros que no pueden ser tantos que impidan su bondad; antes allí muestra más su amor. Como cuando le abofeteaban, allí estaba más hirviente su amor para salvarlos.

Andáis vos muy flojo en el servicio de Dios y en el camino del cielo, que os hace decir: «Pocos pecados tengo, no he menester yo tanto como otros; pocos pecados me han perdonado, por eso amo poco.» Enfermo estáis, es menester cura, aunque sea recia. Porque no se puede dar mayor pena en esta vida que caer en pecado, permite Dios que caigáis en pecado, para que conozcáis claramente cuán bueno es Dios, para que conozcáis cuán de veras es Dios poderoso para *levantar al pobre del polvo y al mendigo del estiércol; para sentarlos en las sillas con los Santos bienaventurados.* Andáis flojo; es menester que os dé Dios una espolada para que os levantéis diligente y más cauto. No os duele cuando cae en pecado vuestro prójimo, antes lo menospreciáis. Permite Dios que caigáis, para que sepáis después tener misericordia de él. Predicaba tanto esto San Pablo, que le levantaron un testimonio: *Que pues que nuestros pecados mostraban la bondad de Dios, que era bien que pecásemos.* Dice él: Tate, yo no digo tal; sino que no desespere nadie por los pecados pasados; mas no que peque. Da esfuerzo a los pecadores para no desesperar, no licencia para pecar.

Cáense de las manos de Dios, porque ellos se quieren caer, y ordena Dios que sea para su bien, y que en ello se muestre su bondad. Déjate Dios caer para

que seas curado. Él lo dice por el Profeta Miqueas: *Gaude, filia Sion, egredieris de civitate, habitabis in regione, et ad medium Babilonis, et ibi liberaberis ab omnibus inimicis tuis. Saldrás de la ciudad*; estás en gracia; estás en la guarda y dentro de los muros de Dios; caes en un pecado, quédate aún un deseo de salir de él y no ofender más a Dios; quédante aún tus oraciones y devociones, y oír tu misa de buena gana. Aun estás en la región del rededor de la ciudad; estás cerca de la gracia. Mas deja Dios más la mano, y vienes hasta la confusión, que eso es Babilonia; hasta que vienes a espantarte y confundirte a ti mismo, hasta andar tu casa al revés, que la razón ande abajo y la carne ande encima; que donde quiere la ira, allí vayas tú; donde quiere la soberbia, allí vayas; hasta traer un freno de bestia en la boca, y regirte una bestia. Y hay en eso confusión de Babilonia. Te librará Dios de tus enemigos; ahí te saca de los pecados. Aunque muy grandes sean, mayor es su misericordia. No desmayes; que aunque sean infinitos, infinita es su misericordia. Y de ahí te sacará. ¿Y para qué, sino para justificarte y engrandecerte en su reino? Aunque estés tan lleno de pecados que no quede cosa buena en ti; aunque estés tan llagado de pies a cabeza, como erizo lleno de madroños; para que cantes de veras: *Me eripuisti; tribulationes multas et malas, et ex omnibus liberasti me, et de abyso eduxisti me* (*Sal.*, 70).

### 3.—*Llamamiento de los predestinados.*

*Quos praedestinavit, hos et vocavit.* A los que predestinó llamó. *Llamarles* Dios, es traerlos a su conocimiento y convertirlos a Él. Uno de tal padre o tal madre; otro e otros; uno de aquí, otro de allí; otro de los moros, otro de los judíos. Que si es de los que Dios tiene predestinados, aunque esté allá en los fines de la tierra, y no haya hombres, enviará Dios un ángel que le predique y le dé su conocimiento, y le alumbre con la fe de Jesucristo su Hijo, y lo bautice. Aunque sea el más obstinado judío, *le quitará Dios el corazón de piedra y le dará corazón de carne,* para que le crea y se convierta.

Y es cosa de notar con cuánta sabiduría, con qué manera, con qué arte, y por cuánta diferencia da

Dios a cada uno de éstos los remedios para que alcancen aquel fin, para lo que los tiene predestinados. A uno pobre; y a otro da riquezas para que sean medio que con ellas se salve; a otros quita el hijo; a otro da enfermedades; a uno lleva para que oiga a un predicador; a otro lo quita para que no lo oiga a aquél, porque le aprovecha más el otro. Y todos son medios para salvarle. Uno es hombre, otro mujer; uno blanco, otro negro; y llámalos Dios más particularmente a aquéllos que a otros; que aunque dos estén a este sermón, el uno sale con buen propósito, y el otro se queda tan entero como antes en sus pecados; otro sale con propósito de ser bueno y perseverar en ello, porque Dios le ayuda y le llama con más eficacia que al otro; y por eso no es este llamamiento como el que dice: *Multi sunt vocati, pauci vero electi.* Y el que no persevera no tiene de qué quejarse; que lo que Dios le ayuda, basta para perseverar en el bien, si él quiere.

Luego el *llamar Dios,* es convertirte a Él. ¿Qué tenías? Y es de tanta fuerza, que aunque tuvieses el corazón de hierro y fueses de piedra, responderías a Dios si eres de ellos. No salva Dios a nadie por fuerza; mas ordena Él que tú *quieras* hacer con que te salves, queriendo. Llámalos Dios y límpialos, y justifícalos para engrandecerlos, para usar con ellos de misericordia.

## 4.—*Trato que Dios les da en el cielo.*

Pluguiese a Él que nos hiciese misericordia, que nos diese a entender lo que usa con ellos en el cielo, que mucho haría para nuestro bien. ¡Si Dios abriese nuestros ojos para que creyésemos que Dios es verdaderamente bueno, y que nos ama, y el bien que nos tiene aparejado! Aunque para el que no tiene conocimiento de esto, es bueno el temor; mas para quien conoce el amor que nos tiene, mucho bien le es pensar en ello, para ser bueno, a quien tanto le ama.

¿Qué tenéis, Señor, para dar a estos vuestros amados? ¿Quién lo sabrá decir? Un alabar a Dios para siempre, desde que entraron en el cielo; un ser sin falta, un descanso sin trabajo, un gozo sin pesar, una vida sin muerte, un deleite no sucio.

¿Qué es lo que tenéis? *Beati pauperes spiritu, quo-*

*niam ipsorum est regnum caelorum*. Es *un reino* donde han de reinar y ser reyes; no de reino que se acaba, sino de reino para siempre. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram*. Darles ha también una *tierra*.

Pues, ¿por qué ya le llamáis *cielo* y ya *tierra?* Llámase tierra, porque no será como los bienes de acá, que ya los tiene el hombre, y ya no tiene nada; mas darles ha un bien que será firme como la tierra; que así como no se mueve, así ellos no lo perderán. Bien que no es oro sino el que crió el oro; no deleite sucio sino deleite celestial.

¿Cómo se llama más? *Beati pacifici, quoniam fili Dei vocabuntur*. Llamarse han *hijos de Dios*, estarán entre los hijos de Dios, en compañía de los ángeles y con Dios. Acá se llaman hijos de Dios que no han heredado. Allá serán hijos de Dios que habrán heredado.

*Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. También les darán *ver a Dios*. Denle gracias los ángeles para siempre jamás; que hemos de ver a Dios como Él es, y gozar de Dios, aquel piélago de infinitas perfecciones, aquel retablo y dechado donde sale todo el bien. Que hemos de comer el manjar que es el mismo Dios, como a su mesa, y que al cabo de cientos de años, estaremos tan hambrientos de comerlo, como el primer día. Manjar que nunca dará fastidio, porque siempre hay sabor nuevo, y cosas nuevas que ver; qué es piélago de infinitas perfecciones, escondrijo de escondidos secretos, que nadie puede comprender lo que en Él hay, porque es infinito. ¡Que hemos de comer a su mesa misma, y su propio manjar, y oír la música que oyen sus mismas orejas! ¡A gozarnos del gozo que Él goza! ¿Qué es el manjar que come Dios? Verse a Sí y conocerse a Sí; y ésta es la gloria suya y su gozo. Pues esto han de tener los Santos; luego han de comer de su mismo manjar; y oyen su música, que es ver aquella bendita esencia, simplicísima y en concordancia con tres personas. Ver tantas perfecciones y una misma cosa, ésta es la música que han de oír sus orejas y gozarse en su gozo donde está.

*Intra in gaudium Domini tui*. Siervo fiel, porque te puse sobre pocas cosas, y fuiste fiel, entra en el gozo de tu Señor. Como si el rey estuviese en su sala, y llamase a un esclavito de la cocina, y le dijese: Ven acá, entra en la sala de tu señor a sentarte a su

mesa, y a oír su música, y a gozarte de lo que él goza; entra en el gozo que se goza tu señor.

¿Cómo se llama? *Beati misericordes.* Llámase *misericordia*, que se da a los que usan de misericordia; y es misericordia que excede a toda misericordia.

*Beati qui lugent:* llámase *consolación,* que se da a los que en esta vida fueron desconsolados; halago para los afligidos. Por eso decía San Bernardo: «Bienaventuradas lágrimas que han de limpiar las manos de Dios.» Luego, pues que tal consolación y tal regalo esperamos, no se nos hagan recios los trabajos de esta vida. ¡Qué regalos, qué ánimos, qué acallamientos, qué arrullos hará Dios! Ea, no se corra nadie; que tal es el Señor. Dícelo Él por Isaías (66, 12): *Ad ubera portabimini et super genua blandientur vobis, quia sicut mater blanditur ita ego consolabor vos et in Hierusalem consolabimini. Videbitis et gaudebit cor vestrum et osa vestra quasi herba germinabunt,* etc. Digo que no se corra nadie; que os traerá Dios como niños en los brazos a sus pechos; que jugará con vosotros sobre las rodillas como hace la madre a su hijo; que os tendrá jugando y brincando sobre sus rodillas.

—¡No digáis tanto que no se crea!

*Vosotros lo veréis,* dice Dios y no otros. *Vosotros lo veréis y os gozaréis, y Yo os consolaré.*

¡Bendito seáis Vos, Señor, que sois nuestro consuelo! Pues que así es, no quiero placer en esta vida, no quiero halagos, por tenerlos en la otra; no quiero deleite sucio, por no perder aquel tan limpio y casto; no quiero consolación tan breve y vana, pues voy a aquella que es mi Dios, descanso de nuestros trabajos, fuerza de nuestra flaqueza, esperanza de nuestras caídas, gozo de nuestro pesar! ¡Ya faltan palabras con que decirlo! Es ello tanto, que no se puede decir, ni aun imaginar con entendimiento.

También en este Evangelio se llama una corona que tiene Dios para el que viene a Él. Si vieseis, señoras Madres, las coronas, las sillas que Dios os tiene, ¡de cuán buena gana sufriríais el trabajo de la religión y cuán alegres estaríais! Pues una niña que la llevan a ver a su padre, ¡qué alegre va! ¿por qué las que van a ver a su Padre celestial han de ir, sino con mucho esfuerzo y alegría? Si supiereis, hermanas, las coronas que Dios os tiene cuando vayáis allá, ¡con cuánto placer iríais por el camino del Señor!

¿Cómo se llama lo que Dios tiene en el cielo? ¿Qué

es? Si mucho importunáis, deciros he que ese mismo es su nombre: *¿Qué es esto?* No tiene nombre, sino un *¿qué es esto? Dabo eis manna absconditum, quod memo scit nomen ejus, nisi qui accipiet.* Daréles un maná escondido que no tiene nombre, sino *¿Qué es esto?* Llovió Dios a los hijos de Israel una cosa, la cual era como culantro blanco, y espantados dijeron: *Manhu? ¿Qué es esto?* Ese es su nombre.

### 5.—*La predestinación es gratuita.*

Diréis: «Padre, ¿qué le dimos nosotros, pues que tanto nos ha de dar?» ¿Y qué le dieron los que allá están, pues tanto les dió?

Diréis: «Caro les costó: que a unos descabezaron, y a otros crucificaron, y a otros peinaron con peine de hierro, y a otros quemaron y a otros desollaron vivos.» ¡Oh hermano! Que eso de Dios es; que el morir por Dios, el quererlo, de Dios fué dado; y el poderlo pasar, efecto es de la predestinación; parte es del bien que Dios les tenía; que por eso se lo dió, porque quiso que fuesen allá.

Diréis: —Dispusiéronse ellos a la gracia para ello. —También eso es don de Dios. —Usaron bien del libre albedrío. —Dice San Agustín: No hurgues tanto para buscar a Dios de tu cosecha; que no hallarás qué darle, sino pecados. *Quid habes quod non accepisti?* Todo lo bueno es de Dios; no tienes de ti sino el faltar, el caer y el pecar. *¿Por qué te dió Dios la gracia?* Porque te quiso salvar. ¿Por qué te quiso salvar? Porque quiso. ¿Por qué quiso? No hay que ir más adelante.

Otros dicen: «Porque yo hice lo que era en mí.»

No; tate. Anoche leía en San Agustín: *De praedestinatione Sanctorum,* que aun de las excelentes cosas que dijo sobre el por qué me salvó, añade: «Porque me quiso salvar y guardar y ganar, no por lo que yo hice; no quiero yo fiar mi salvación de cosa tan flaca como yo, sino ponerla en Dios; porque Dios es mi guiador, y me lleva por la mano. No tenemos Dios ciego, ni olvidadizo, sino Dios que tiene gran cuidado; hincados tiene Dios los ojos en los suyos: *Firmabo, inquit, super te occulos meos.*

Es Dios muy celador de su honra. Tiene un hombre una mujer; ámala tanto, que no quiere que le

llegue nadie a ella. Ama Dios tanto su honra, que no quiere que nadie le toque en ella. No te atribuyas a ti la honra de tu salvación. Él es nuestra guía, Él es báculo de nuestra flaqueza, Él es la firmeza de nuestra esperanza. ¿En quién pones tu fuerza? ¿En ti? En viento confías. Desconfía de ti, y pon la confianza en Dios. Digan otros: Por lo que yo hice. Di tú: *Salvum me fecit, quia ipse voluit me.* Salvóme porque Él me quiso salvar.»

6.—*Prendas de nuestra predestinación.*

Diréis: Pues, Padre, ¿cómo sabré que soy uno de ellos? Que si de ellos soy, dadlo por hecho, no he menester sino dejarme estar así.

—Ahí está el punto. ¡Oh si me mandase Dios que dijese a todos cuantos estáis aquí, que nos hemos de salvar! Pluguiese a su misericordia que fuese así. Grandes señales tenemos de Dios para ello; que pues Dios nos pudiera criar entre turcos, y nos crió entre cristianos; y nos pudiera dejar como a otros cristianos, perdidos, y no nos dejó; y nos dió gracia para que recibiésemos su gracia en el Santo Sacramento, y oír más de su parte: el *ego te absolvo*; yo te desato de tus pecados, y nos dió gracia que nos llegásemos a su mesa; grandes prendas tenemos de Jesucristo para creerlo.

Todo cristiano lo debe creer. Que no hemos de creer que es Jesucristo tan infiel, que nos dé beso de paz con su gracia y nos tenga armada zancadilla para después condenarnos. No lo hemos de creer de Él, pues que somos suyos, que Él nos ganó en la cruz. Porque quiso Dios salvarnos, y estaban en medio nuestros pecados, que impedían, vino Él a tierra; y pudo tanto su pasión, sin comparación más que nuestros pecados. Púsose en medio de los hombres y Dios; y quitó con su amor que donde más mal le hacían, allí estaba más hirviente para salvarlos; y pagando Él, pudo más su paga para agradar a Dios y alcanzar perdón, que nuestros pecados para impedirlo. Y así, venciendo lo mayor a lo menor, quedó el amor para los hombres, quitados los pecados que impedían; y en pago de haberlos librado, dijo Dios: Yo se los doy a Jesucristo por suyos. Como si el rey dijese a su hijo: Porque habéis rogado por estos que estaban

condenados, yo os hago merced de ellos. Y así dijo Dios: Porque los ganasteis, yo os doy a fulano, y a fulana, y a fulana, y a fulana. Mas ¡qué bienaventurados fulanos éstos! Así lo dijo Él: *Tuyos eran y tú me los diste para que ninguno perezca.*

Tengámonos, luego, por esclavos de Jesucristo y sirvámosle como criados suyos; pues Él nos ganó. Que merced suya somos (*Is.*, 3): *Ideo dispertiam ei et fortium dividet spolia, pro eo,* etc. Daréle muchos que serán despojo de fuertes, despojo de los demonios, cuyos eran, y en cuyo poder estábamos condenados al infierno.

Luego, a los que predestinó, llamó; y a los que llamó, limpió, y justificó; y a los que justificó, engrandeció. *Quid, ergo, dicemus ad haec?* ¿Qué diremos a estas cosas? Si Dios es de nuestra parte, si Dios es nuestra guarda, ¿quién será contra nosotros? Si Dios nos quiere salvar, ¿quién osará condenarnos? ¿Quién osará levantarse contra nosotros? ¿Qué diremos a estas cosas, sino que sea Él bendito para siempre jamás, y que cuando nos llamare que le respondamos, y recibamos su gracia, y nos esforcemos a seguirle hasta su gloria? *Ad quam nos perducat.* Amén.

# LECCIONES SOBRE LA PRIMERA CANÓNICA DE SAN JUAN

## CAPITULO 1.º

### V. 1.

*Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus, quod perspeximus...*

El intento de escribir el Evangelio San Juan, fué declararnos la divinidad de Cristo por causa de los herejes que la negaban; y así quiso, como águila, mirar al sol de hito en hito. De la cual águila decía Job (39, 27): *Numquid ad praeceptum tuum elevabitur aquila, et in altissimis ponet nidum suum?* San Juan era esta águila, elevada sobre sí mismo. Y así ahora también comienza en esta Epístola por la Divinidad, diciendo: *Quod fuit ab initio...*

Harta alegría es para nosotros tener un amigo antiguo, el cual era *ab initio*. Dice Salomón (*Eccli.*, 9, 15): «Procura tener un amigo viejo, y confía de él cuando se añejare, como el vino.» La amistad, al principio del amor, comienza a hervir como el vino, y al mejor tiempo falta; pero cuando el amigo es viejo y dura, confía en él. Tenemos, pues, dice San Juan, a un Dios, el cual nos ama *ab initio*. Porque no nos puede amar Dios en principio de tiempo; porque si en el amor de Dios hubiese novedad, ya se mudaría. y no sería Dios. ¡Qué alegres nuevas decir que este amigo es *ab initio!*

---

(1) El año 1546, los Condes de Feria D. Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa y D.ª Ana Ponce de León, llevaron consigo al M. Avila a la villa de Zafra en Extremadura. Allí leía el Maestro cada día una de estas lecciones en el Monasterio de Santa Catalina. (Véase Fr. de Granada. *Vida,* P. 3.ª, c. 4, § 3.) Tomamos el texto de Montaña, t. IV, pág. 499...

Y ¿qué tal es el amigo? Dice Aquel que es *Imagen de Dios invisible* (*Colos.*, 1, 15), es Imagen sacada al natural, en la cual se sacó e imprimió toda la perfección del Padre (*Jn.*, 9, 14): *Philippe, qui videt me, videt et Patrem;* porque no puede ser visto el Hijo, sin que se vea el Padre. Y así, quien ve la bondad, la paciencia y las demás virtudes y los milagros que Jesucristo hizo, ve al Padre. Porque los mismos que Jesucristo hizo, hiciera el Padre si encarnara; porque no son dos bondades, sino una; y así, lo mismo obrara.

Esta *Palabra* eterna se hizo temporal. Si hubiese predicadores que esto predicasen, no habría necesidad de predicar otra cosa. Por ventura, ¿no se encierran todas las cosas en Dios? Luego, predicar a Dios encarnado, sería predicar todas las cosas; porque, como decía San Francisco: «¡Oh Dios y todas las cosas: *Deus meus et omnia!*» Y Bartholomaeus: *Theologia est nimis lata et nimis brevis*, porque en Dios todas las cosas criadas se incluyen. Y así decimos: *Mi Dios es agua, cielo,* etc., y negáis: *Dios no es agua, no es tierra*. Pues ¿por qué *afirmamos* estas cosas de Dios? Porque no pudiera dar virtud y perfección a estas cosas, si no las tuviera en Sí. Y así, decir que *es agua* es decir que tiene la perfección del agua; porque, si el agua da refrigerio, cuánto más lo dará Él, el cual es *vena de aguas vivas*, según lo llamó el Profeta (*Jer.*, 17, 13); y asimismo de las otras cosas y criaturas; de esta manera se verifican todos estos atributos.

Pero ¿cómo *negamos* todas estas cosas de Dios? Porque en esencia ninguna cosa es de éstas, sino en virtud y perfección. Y así dice David (*Ps.*, 30, 4): *Petra mea et refugium meum*. Y donde nosotros decimos *Petra,* dice el griego *Fortitudo*. Luego, llamar David a su Dios *Piedra,* es decir que, lo que a las otras cosas es su fortaleza, a él lo es Dios. Pero porque no es cosa tan baja en esencia como piedra, por eso decimos no ser piedra, y negamos los demás atributos.

Mas ¿cómo dice Dionisio no ser bondad ni justicia, lo cual es cosa más dificultosa? Digo que dice esto, porque no hay acá especie, la cual claramente le pueda representar, antes digo, ser imposible, hasta que allí le veamos *cara a cara*. Aunque hubo herejes que dijeron que ni aun en el cielo le hemos de ver *rostro*

*a rostro*; pero yo más creo a San Juan, el cual dice (1 *Jn.*, 3, 2) que *le veremos según es.* Luego, como no hay aquí especie para representar a Dios como Él es, de aquí viene que cuando oímos decir *bondad*, formamos especie de la bondad, pero no formamos noticia de Dios; de suerte, que afirmamos de Dios que es cosa como bondad, pero no formamos especie de Él.

¿Para qué es todo esto? Si me preguntáis qué cosa es Dios, diréis: *Una cosa que no podemos entender qué es.* Ni es tierra, ni es cielo, etc. Esta es aquella *obscuridad* donde entró Moisés a hablar a Dios (*Ex.*, 20, 21) y se quedaron fuera los viejos. Porque, cuando una ánima ha venido a dejar todas las especies creadas, y queda en la obscuridad el entendimiento, y apagan las velas, entonces, si le preguntan qué es Dios, responderá: «No sé.» Entonces esta tal ánima está en lo fino de entender a Dios y hablar a Dios. ¿No murió Rachel cuando nació Benjamín? Nació Benjamín, que quiere decir *hijo de la mano derecha,* y murió Rachel, que quiere decir: *Videns Deum,* o *Videns principium*; porque, cuando muere en vos el entender a Dios, nacerá *el hijo de la mano derecha,* y el crecimiento de la mente delante de Dios, que es amarle con voluntad. Sabéis amar al que no sabéis entender. No lo puedo decir más claro, porque es cosa que se puede sentir y no decir. Quédese el paje con la hacha en la antesala, antes de donde está el rey, y entre allá el caballero; quédese vuestro entendimiento fuera, pues no puede entender, y entre la voluntad a amarle, pues le puede amar; y no rastreéis por cosas criadas, porque no lo podéis entender. Y así dice Ricardo que, donde no puede entrar el entendimiento a entender, puede entrar la voluntad a amar.

Pues luego, si esta *Palabra* encarnada se os predicase, y no por lengua de carne, sino de espíritu y gracia, más suficiente sería para mover vuestros corazones, que si os predicasen todas las cosas. Con ésta haríamos temer más que con el infierno; con ésta consolaríamos más que con el cielo. Ved aquí lo que Dios quiso que se predicase con el Evangelio, que se diesen estas nuevas alegres al mundo, que tanto nos amó que se transformó en uno de nosotros. ¿Por ventura visteis nunca amar tanto marido a mujer que, por amor de ella, se transformase e hiciese de hombre mujer? Pues ved aquí nuestro buen Dios

*qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de coelo, et homo factus est.*

Esto encarece San Juan en lo que se sigue: *Quod vidimus et perpeximus,* lo que vimos y miramos atentamente, como en espejo.

Y ¿cómo lo vieron? (*Lc.*, 10, 23): *Beati oculi qui vident quae vos videtis!* Decía el Padre: Mi Hijo os envío; allá sabedle mirar.

*Et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae.* Verbo de vida, que nuestras propias manos palparon. No solamente es *Palabra de vida* en Sí, sino también por la cual los que viven, tienen vida, y los muertos la reciben, según dice el Señor (*Jn.*, 5, 25): *Ecce venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei, et qui audierint vivent.* Y he ahí, que llega el tiempo. y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la oyeren, vivirán. Dádmelo vos que tenga orejas para oír esta palabra: que, aunque esté muerto de cualquier pecado, verdaderamente vivirá, porque más poderosa es su palabra para dar vida, que el pecado para dar muerte.

## V. 2.

*Quod vidimus,* dice San Juan, con el cual conforma San Lucas, haber dicho Cristo a los Apóstoles (*Act.*, 1, 8): *Eritis mihi testes in omni Judaea et Samaria et usque ad ultimum terrae.* Me seréis testigos en toda la Judea, Samaria y hasta los confines de la tierra. Testigos dignos de fe. Si por dicho de solo Moisés, que dijo que le había visto (y hase de entender con ojos de ánima, porque con ojos de cuerpo no puede ser visto; y aunque San Agustín dice haber visto Moisés la esencia de Dios, que otros no lo admiten), y da testimonio, le creen todos los judíos, ¿cuánto más son dignos de fe doce testigos que afirman haberle visto y oído y tocado con sus manos?

Esta *Palabra de vida* estaba escondida en el seno del Padre; y ahora temporalmente, tomando carne humana, apareció entre nosotros. y anda por los templos, por los púlpitos. ¿Habéis oído decir a David (*Ps.*, 79, 4): *Domine, ostende nobis faciem tuam, et salvi erimus?* Señor. muéstranos tu rostro y seremos salvos. Como si dijera: Señor. tenéis la cara vuelta allá a los ángeles, y las espaldas a los hombres, como dijo

él a Moisés (*Ex.*, 33, 23): *Verás mis espaldas, porque mi cara no la podrás ver.* Pues *Muéstranos ahora tu cara,* Señor, que es esta Palabra encarnada.

Pero, para verlo bien, pide primero David: *Domine Deus virtutum, converte nos: ostende faciam tuam, et salvi erimus.* Señor Dios de las virtudes, conviértenos; muestra tu faz y seremos salvos. Porque ¿qué aprovecha mirarte Dios y volverse a ti, si Tú no te vuelves a él? ¿Dónde estarán luego los ojos, si las espaldas tienes vueltas a Dios? San Agustín dice: *Vae illis qui diligunt nutus tuos praeter te!* ¡Ay de quienes aman tus criaturas más que a ti! ¡Que hay hombres que tengan siempre los ojos puestos en la sombra, y no en la verdad! ¿Miras la sombra del sol, y no el sol? Alza los ojos y mira que, *si quod miraris est umbra, cuanto magis erit illud cujus umbram miraris?* Si te admira la sombra, ¿cuánto más te debe admirar la realidad? Dice David (*Ps.*, 4, 3): *Filii hominum, usquequo gravi corde? Ut qui diligitis vanitatem, et quaeritis mendacium?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis ciegos de corazón? ¿Y por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? ¡Quién tuviera ahora el espíritu del que dijo esto para encarecer este mal tan grande!

Decía Amós (3): *Pon tus ojos en una mujer que la ama su marido, y ella pone los ojos en su enamorado: Sic filii Israel: ego amo illos, et ipsi diligunt vinaria uvarum.* Así que yo amo a los hijos de Israel, y ellos aman los toneles de vino. ¡Oh hijos de los hombres! ¿Por qué amáis los dineros, las honras, los deleites más que a Dios? Envíaos Dios la cosa para que os holguéis con ella, y vos dejáis a Dios por las cosas que os envía. Quejaos, Señor: ¿os sabréis quejar? Déjanme por granillos. Granillos son los ángeles, y granillos los querubines, y granillos todas las criaturas en comparación de Dios. Luego ¿por qué dejáis a Dios por ellas?

Atanasio *de Incarnatione* sobre aquel paso (*Ex.*, 32, 1): *Fac deos qui praecedant nos; nam hunc Moisen nescimus ubi sit.* Querían Dios visible—dice—. *Haznos dioses que nos guíen; porque a Moisés no le veían.* Así, los hombres aman los dineros, y la hacienda, y las otras cosas visibles, y de las invisibles no se les da nada. Y ¡qué engaño tan grande, que por lo visible dejan a Dios invisible!

Dice Dios: Pues por cosas visibles me dejan, y no

quieren sino Dios visible, Yo tomaré carne humana. y apareceré visible para que me amen, y «para que, conociendo visiblemente a Dios, sean arrebatados al amor de las cosas invisibles» (2).

Pues ya que un hombre ama tanto las cosas visibles, y no ama a Dios visible, ¿qué pena merece? San Pablo la pone diciendo (1 *Cor.*, 16, 22): *Qui Dominum Jesum non diligit anathema sit.* Quien no ama a nuestro Señor Jesús, que sea anatema. ¡Qué terrible pena! Burlaos, si os atrevéis, de ella. Luego roguemos con Jeremías cada día (*Tren.*, 5, 21): *Converte nos, Domine, ad te, et convertemur.*

V. 3.

*Quod vidimus et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societas nostra si cum Patre et cum Filio ejus Jesu Christo.* Lo que hemos visto y oído, os anunciamos, para que estéis en sociedad con nosotros, como nosotros con el Padre y su Hijo Jesucristo.

Diréis: «Bienaventurados, hombres, pues para vosotros fué tanto bien y para nuestra compañía.» Si esto conocieran los hombres, ¡oh y cómo se tendrían! No tendrían en nada las miserias que padecen. Hermanos, compañeros somos de los Apóstoles y de todos los santos, cuantos han sido y fueron desde el principio del mundo.

Diréis: «Señor, no tengo quien bien me quiera.» Y mentís; porque hay una *compañía*, la cual llamamos Iglesia, en la cual todos los bienes son comunes. Tal es la virtud de la amistad de ellos, que, teniendo cada uno su bien, es común para todos; y, teniendo cada uno su merecimiento particular, es común para todos. ¿No decimos: *Pater noster*, *danos* esto y esto? Por eso decimos: *Padre nuestro,* porque para todos pedimos. El buen cristiano no pide cosa particular para sí. sino todas las cosas para todos. ¡Oh quién predicase a los cristianos como a los indios que no han conocido a Dios! Y así os habrán de predicar. ¿Sabéis qué cosa es caridad? Dígalo San Pablo (*Efes.*, 4, 15): *Veritatem autem facientes in caritate, crescamus.* El verdadero crecimiento del ánima es en la caridad. Ni

---

(2) Prefacio de Navidad.

por consolaciones espirituales, ni por revelaciones, ni por oración, ni por mucho padecer, habéis de pensar que crecéis, si no veis mejorar en vos el amor de Dios y del prójimo.

Esta *compañía* en la Escritura tiene diversos nombres, para denotar su grande excelencia, como a Dios nombramos por diversos nombres, para denotar su gran bondad y perfección. Llámase *ciudad* (*Ps.*, 86, 1): *Fundamenta ejus in montibus sanctis* (*Ps.*, 121, 3): *Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum: in concordia.* Sus fundamentos descansan en los montes santos. Jerusalén edificada como ciudad, y cuya participación es en paz; en concordia, porque han de concordar la genealogía y la verdad. Digamos en qué conviene la *ciudad* y la *Iglesia.* No se llama ciudad por las casas, sino por los ciudadanos. Así la Iglesia, no por las piedras, sino por los fieles. Tiene *fundamentos,* que son los Apóstoles, en *los montes santos,* que son los Profetas. Tiene muro de fortaleza (*Is.*, 26, 1): *Urbs fortitudinis nostrae Sion: Salvator ponetur in ea murus et antemurale.* Es el *Salvador muro y barbacana,* por la gran perfección y amparo con que guarda a los suyos.

Llámase *castrorum acies* (*Cant.*, 6, 3). *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* Ejército terrible, ejército bien ordenado. No es la gente de esta *compañía* tímida, sino gente de guerra. Tiene capitán, que es Jesucristo: *Judaea et Jerusalem, nolite timere: cras egrediemini, et Dominus erit vobiscum.* Judea y Jerusalén, no temáis: mañana saldréis, y con vosotros será el Señor.

Llámase *templo,* porque en cada uno de ellos mora el Señor, no solamente en el alma, mas también en el cuerpo. Del alma, San Pablo lo dice (1 *Cor.*, 3, 17): *Templum sanctum Dei, quod estis vos.* Del cuerpo, el mismo San Pablo (1 *Cor.*, 6, 19): *An nescitis quia corpora vestra templum sunt Spiritus Sancti?* ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo? Mora en el alma infundiendo virtudes; y vive en el cuerpo mortificando las pasiones, y usa Dios como quiere de aquel cuerpo, como tú de tu casa. Tienes muchas piezas para diversos usos, como sala para dormir, cocina para cocer. Y como en el templo de Salomón había lugar para ofrecer incienso, y lugar para sacrificar, así en el templo de cada uno mora Dios en el alma, infundiendo virtudes como incienso

y en el cuerpo, mortificando las pasiones, que son los animales que se le sacrifican. Y así como vos queréis casa limpia, así (*Ps.*, 92, 5) *Domun tuam decet sanctitudo, Domine*, etc. ¡Oh Señor, tu casa reclama santidad!

Llamase también esta *compañía, cuerpo*, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 12, 27): *Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro.* La razón, porque así como pasa en un cuerpo, así tambien en esta *compañía*; y como no hay cuerpo sin cabeza, la cabeza de esta compañía es Cristo (*Colos.*, 1, 18): *Ipsum dedit caput Ecclesiae.* Dióse a Sí mismo por cabeza de la Iglesia.

Otro nombre tiene esta *compañía* general, que comprende todos éstos, que es *Iglesia*, el cual quiere decir congregación; porque toda esta congregación recibe gracia por Jesucristo. Apuntamos arriba esta autoridad (*Efes.*, 4, 15): *Veritatem autem facientes in caritate, crescamus in illo (prosequitur usque in finem; vide textum).* Conforme a la cabeza, que es Cristo, dije que nunca *crece* la Iglesia sino *en caridad*, y que nadie, ni por profecías, ni por don de lenguas, ni por otra gracia ha de crecer. Como ninguno puede entrar a servir a Dios sino por Jesucristo, así nadie puede crecer más sino por Jesucristo.

Está *trabado* este cuerpo de la Iglesia como *con junturas* y nervios, según en la autoridad se dice: *Ex quo totum corpus compactum et connexum per omnem juncturam subministrationis...* Y así como por los nervios o junturas pasan los espíritus vitales y se reparten a los miembros, así también en este cuerpo místico. Y así como todo el cuerpo juntamente crece, según se sigue en la misma autoridad: *Augmentum corporis facit in aedificationem sui in caritate.* Dice *caritate*, porque mediante ésta, crece este *cuerpo místico* o *compañía.*

¡Cuántas veces habéis rezado el *Credo*, y llegando a aquel paso *Et Sanctorum communionem*, por ventura no lo habéis entendido! ¿Qué *comunión* es ésa? *Compañía.* Y ¿qué compañía? Como la del cuerpo; que el mal de un miembro es de todos. Y está un hombre tamañazo echado en la cama; y porque le duele un dedo o pie, dice que todo está malo. ¡Oh cuán pocos son los que tienen parte en esta *compañía*, que los males y bienes tienen comunes! ¡Qué linda gente! ¡Qué lindo reino! ¿Qué sería de ver una ciudad, en

la cual de esta manera viviesen los hombres, que cada uno, olvidado de su propio interés, buscase las cosas que conviene para su prójimo, como se hace en el cielo, del cual dice David (*Ps.*, 86, 7): *Sicut laetantium omnium habitatio est in te!* ¡Morada hay en ti como de cuantos se regocijan! A esto vino el Hijo de Dios del cielo, a trasplantar esta caridad del cielo a la tierra, y salió con ello. *Credo Sanctorum communionem.* De suerte que, cuando alguno pide, para todos pide; cuando está malo, a todos los de la *compañía* les duele la cabeza. ¿No habéis oído «compañía de pérdida y ganancia»? Pues ésta es. No sé si os he consolado o desconsolado.

Pero, diréisme: En esta compañía, ¿entra el que está en pecado mortal? Acaece alguno que estuvo mucho tiempo en gracia, caer en un pecado mortal, en el cual no sabe si está: ¿qué hará este tal? Este es de esta *compañía*. Lo que ha de hacer es rogar con David: *Domine Deus meus, illumina tenebras meas, nequando dicat inimicus meus: Praevalui adversus eum. (Id est, illo nesciente.)* Señor, Dios mío; alumbra mis tinieblas, para que nunca diga mi enemigo: Prevalecido he contra él (ignorándolo él). No se vaya alabando y diga: «¡Cómo le engañé sin que lo entendiese!» Por tanto, necesidad tenemos de oración, y nuestra vida es peligrosa sin ella; porque, como dice San Pablo: *Qui autem judicat me Deus est; id est.* Quien sabe el que yo soy, y me conoce a mí, Dios es.

Pero ¿cuál es el malaventurado y desdichado que se ve estar en pecado mortal, y come de la mesa de Dios, ve con los ojos que Dios le dió, y habla con la lengua que le dió, y pisa su tierra, y no sale del pecado mortal en que está, como un amancebado o que tiene hacienda ajena? Este tal no le llaméis hombre, sino bestia; este tal, ¿será de la *compañía* de la Iglesia?

Hubo un error antiguo de los donatistas, que, si los Prelados no tenían gracia, no valía nada lo que hacían; y de la misma manera decían los luteranos, que el Papa, si estaba en pecado mortal, no valía nada lo que hacía. Pero estuviera en gran manera incierta la Iglesia si hubiera de estar atada a saber si el ministro estaba en gracia, o no, para hacer lo que su oficio demandaba; y *cuanto a esto,* de esta compañía son todos los ministros que están en pecado mortal. Cuanto a si sean de esta compañía, textos hay que parece que dicen que sí, y textos hay que pare-

cen decir que no. Error fué también de Lutero, que todo aquel que no estaba en gracia, no era de la Iglesia. Pero, entendido como él lo entiende, miente. Porque el Señor dice: *Simile est regnum coelorum sagenae missae in mare.* Semejante es el Reino de los cielos a una red arrojada al mar. Y no entiende allı por *Reino de los cielos* la gloria, sino la Iglesia; porque, como dice San Juan (*Apoc.*, 21, 27): *En la ciudad* del cielo *ninguna cosa sucia ha de entrar.* Luego los malos parte son de la Iglesia.

Texto que parece que no, es aquello: *Credo sanctam Ecclesiam*: como los pecadores no sean *santos,* luego no parecen ser de la Iglesia.

Respondo concordando que, si tomamos Iglesia propiamente, *et pro famosiori significato, id est, pro Ecclesia viva, ut proprie accipitur,* significado por lo principal, esto es, por Iglesia *viva,* como propiamente se toma—como hombre se toma por hombre vivo, y no muerto—; en este sentido, los pecadores no son propiamente de la Iglesia; pero, si se toma impropiamente este nombre Iglesia, cuanto a algo, que es tener fe, son de la Iglesia. Santo Tomás (P. 3, q. 8), trata esta materia, y dice que el miembro seco tiene algo de vida, como en los paralíticos, aunque no tenga tal vida cual tuviera si estuviera entero. Tal es el pecador, el cual tiene algo de vida, porque tiene esta unción del Señor, que es creer, la cual no tienen los infieles; mas no tiene vida entera, porque más es lo que le falta, pues le falta la caridad, la cual es mayor que no la fe; y así, no totalmente ni propiamente es de la Iglesia, pero es en alguna manera cuanto a algo. Porque diferencia va del pecador al hereje, el cual más lejos está de esta *compañía* que no el pecador.

Pero ¿qué tales son éstos que son propiamente de la Iglesia? ¿Tienen solamente fe? *Sponsa dicit* (*Cant.*, 4, 1). *Capilli tui sicut grex tonsarum, quae ascenderunt de lavacro, omnes gemellis foetibus, et sterilis non est in eis.* Son tus cabellos como hatajo de ovejas que suben del lavadero; todas de dos en dos dan a luz, sin que entre ellas haya estéril alguna. Todas dan a luz de dos en dos. Estériles son las ánimas de los cristianos pecadores, que tienen fe para obrar y no obran. Y qué es lo que la fe ha de obrar, San Pablo dice (*Gal.*, 5, 6): *Fides quae per dilectionem operatur.* La fe que obra por amor. Estos son los *dos corderillos* o fruto de su vientre de los buenos. *Paratum cor*

*meum, Deus, paratum cor meum.* Aparejado para amar a Dios, y aparejado para amar al prójimo. Estas son las dos vestiduras que decía Salomón que tenían todos los de esta compañía (*Prov.*, 31, 21): *Omnes domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* Todos sus servidores vestidos llevan dobles. *Doblada vestidura,* es doblado amor; de Dios y del prójimo. Estas son las obras de la fe. Y aun dice San Ambrosio: *Opus fidei est dilectio.* Si la obra de la fe es amor, ¿cómo no amara el pecador, si no tuviese la fe cautiva? Hay hombres que tienen la fe *presa* y *cautiva,* que no la dejan obrar; de los cuales dice San Pablo (*Rom.*, 1, 18) que *veritatem Dei in injustitia detinent.* Porque el que cree que por un pecado mortal merece perpetuo infierno, si no tuviera *atada* la fe, antes muriera que pecara.

Esta es la maldición con la cual es maldita la mujer estéril. —Pues ¿por qué maldecís [Señor] a la mujer, si vos no le dais el fruto de su vientre, pues no puede concebir? —No maldigo a la mujer estéril—dirá Dios—sino al ánima estéril de la esterilidad que tenemos dicha. ¿Qué pena merece este tal? La propia pena que merece, es ser apartada de Dios, y que no influya Dios, como cabeza, en su ánima gracia ni virtudes. ¿Y qué tan gran pena es apartarse de Dios? *Augustinus: Nihil magis timendum est homini christiano quam separari a corpore Christi.* Nada más tremendo al cristiano, que separarse del cuerpo de Cristo. Porque, así como al miembro cortado no comunica la cabeza su virtud, así ni tampoco Dios al que está apartado de Él; mas al que está junto con Él con amistad, sí.

Y para esto da Dios una señal en el ánima, por la cual se conoce si son de esta *congregación* o no; o si estáis en su amistad o en pecado. Porque, así como el Bautismo y el Sacramento de la Orden imprimen carácter en el ánima, así la amistad de Dios imprime una forma que es su gracia, la cual es certísima señal de su amistad; porque acá de fuera no la hay ninguna así cierta (*Lc.*, 17, 20). *Regnum Dei (ait Dominus) non veniet cum observatione, nec dicent: Ecce illic, aut ecce hic; sed regnum Dei intra vos est.* No en señales exteriores, como pensaban los fariseos, sino en el corazón. No en esta obra o en aquella, no en mucho rezar ni en mucho comulgar, ni por dar limosnas, se sigue de cierto que está un hombre en

Dios, sino porque tiene su gracia, la cual le hace tener limpio su corazón. Porque todas estas otras son señales exteriores. Menester es señal adentro; que el Reino de Dios *al tesoro escondido* lo compara el Señor (*Mt.*, 13, 44), y muchos piensan que están en gracia, y no lo están; y también al contrario, algunos piensan que no lo están, y estánlo.

—Padre, que soy bautizado, y creo la fe de Jesucristo, y me confieso, y no quiero mal a nadie; luego, ¿por qué no estoy en gracia?

Concluyamos, que las señales exteriores no son suficientes señales para que con ellas conozcamos quién está en gracia o no; porque todas estas cosas que hace un hombre con gracia, las puede otro hacer sin ella. Pero la señal de dentro, que es la misma gracia, cuyos efectos son templanza y simplicidad interior, y amor de prójimos, y humildad, no la puede imitar quien no está en gracia. Y así, si el corazón no agrada a Dios, ¿qué aprovecha quererlo agradar con obras?

—¿En qué veré si mi corazón agrada a Dios?

—*Si quis spiritum Christi non habet, hic non est ejus.* Quien no tiene el espíritu de Cristo, no es de Cristo. La razón, porque así como esta *compañía* es un cuerpo, así tiene un espíritu y una vida, y así ha de tener un ánima que les dé vida; porque de otra manera diríamos ser monstruo, si dijésemos que la cabeza es de hombre y los miembros de animales. Pues en la Iglesia la cabeza es Cristo, diríamos ser monstrua, si se sufriese los miembros tener otro espíritu sino el de Cristo. De donde es que todos los justos que hubo desde el principio del mundo hasta el fin, tuvieron y tenían este mismo espíritu. Este espíritu se reparte por todos los miembros, y este cuerpo no tiene otra vida sino ésta; y quien este espíritu no tiene, no es miembro de este cuerpo.

¿Queréis verdaderamente una muestra de esta unidad de espíritu que tiene esta Iglesia? En viéndose dos [católicos], aunque sea uno de Indias y otro de Alemania, se conciertan y se hablan y se aman como si siempre se hubiesen tratado; y es la causa, porque tienen un mismo espíritu. Y por el contrario, aunque sea tu hermano, si estás diferente con él, aun no le puedes hablar ni mirar a los ojos, por falta de la unidad de este espíritu. El que tiene este espíritu de Dios, todo su bien y deseo es hablar de Dios; pero

el malo, el mayor tormento que le podéis dar, es hablarle de Dios. Los de una tierra, en viéndose, se hablan; así también los buenos, pero los malos, no.

«¿En qué veré, Señor, si tengo este espíritu?»—Duelos tiene el enfermo cuando dice: *Señor, tomadme el pulso, y ved si tengo calentura.* Señal es de ruin disposición; que el sano no pregunta eso. Dado caso que hay muchos escrupulosos, pero otros muchos hay que no quieren mudar sus condiciones, y andan desasosegados, preguntando: Si tengo suficiente contrición de mis pecados, si me basta esto. Y estos tales más pecan por malicia que por ignorancia. Llamad de verdad a Dios, que Él os responderá; que más consolación recibiréis con la seguridad de estar bien con Dios, que en las consolaciones del mundo.

—Padre, ¿qué es *espíritu de Cristo,* para que conozca si lo tengo o no? —Mira si tienes la condición de Cristo. Y ¿cuál fué la condición de Cristo? Para con el Padre, gran obediencia y reverencia; y para con los prójimos, grandísimo amor. Del Padre Él dijo (*Jn.*, 5, 30): *Non possum a me ipso facere quidquam.* De la obediencia, ¿qué mayor obediencia puede ser que estando en aquella agonía, la más dolorosa que se vió, sudando sangre de la representación de los dolores, dijese (*Mt.*, 26, 39): *Non sicut ego volo, sed sicut tu.* No como yo quiero, sino como Tú. Obediente al Padre y amador de los prójimos, muriendo y padeciendo por ellos, y diciendo: «Váyales bien a ellos, y cuésteme a Mí la vida y mi sangre.» Mira luego si tienes esta condición, porque cristiano quiere decir hombre que sigue el rastro y pisadas de Cristo. Y ¿qué mayor reverencia también para el Padre que decir (*Jn.*, 8, 49): *Non ego quaero gloriam meam, sed honorifico Patrem meum?* Mira luego si tienes esta condición, así en reverenciar al Padre como en amar a los prójimos, que dicho tiene (*Jn.*, 13, 35): *In hoc cognoscent homines quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.* En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos; si os amáis unos a otros.

—¿Qué haré, Padre, para tener este espíritu? —Demandadlo a Aquel que lo puede dar, que así te lo mostró por San Lucas (11, 13): *Si vos quum sitis mali,* etc. ¿Qué más bien quiere un hombre que, teniendo este espíritu de Cristo, viva en Cristo y tenga así el rostro de Cristo?

—Pues veamos; creciendo el cuerpo crecen también

juntamente los miembros todos. ¿Si será así en la Iglesia que, creciendo uno, crezcamos todos? Cierto doctor dijo que no; pero yo más creo a la Iglesia que dice: *Credo communionem sanctorum.* Si a uno va bien, a todos va bien; si crece uno cada día más en el servicio de Dios, hoy más que mañana, luego, haciendo cada día oración por todos, más acepta será su oración hoy que ayer, siendo de mayor amigo de Dios hecha. Luego, rezando por todos, más eficaz será la oración que hace hoy por todos; y así aprovecha más a todos, y les cabrá más parte a cada uno de la oración que este tal hace. De esta manera, creciendo cada uno, todos crecen; y, aprovechando uno todos aprovechan. También, creciendo uno, crecemos por la hermandad que todos tenemos, de la cual se sigue alegrarnos todos del bien de uno: como, cuando un hombre viene de las Indias, todos sus hermanos se alegran del bien de éste. Y así dice San Pablo (1 *Cor.*, 12, 26): *Si gaudet unum membrum, cetera congaudent.* Si un miembro goza, gozan los demás. Luego, la gente de esta Iglesia es gente que se favorece, y hace uno mucho por otro.

No solamente dice San Juan: *Ut societas vestra sit cum Deo Patre*, que vuestra sociedad sea con Dios Padre, pero también: *Cum Filio suo.* Parece que espanta oír decir que un hombrecillo tenga *compañía* con el Padre y con el Hijo. ¿En qué consiste esta *compañía?* En bondad, y descanso, y gloria. En bondad hemos de ser compañeros para que lo seamos en gloria. Y aun dijo Dios (*Gen.*, 1, 26): *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* ¿De qué manera? Que así como hay en Dios entendimiento y voluntad, y otro tercero que sale de aquí, que es bondad, así en el ánima hay entendimiento, que representa al Padre, noticia que representa al Hijo, y memoria, que representa al Espíritu Santo. Y así como una potencia no puede ser apartada de las otras, así de la Trinidad las Personas. Pero esta *compañía* o similitud no es totalmente semejante, porque ésta tiene el que está en el infierno; luego, no por las potencias, sino por los actos de ellas es esta semejanza. Porque sobre la semejanza natural ya dicha, que representa a Dios, tiene el diablo en el pecador puesta otra de malas costumbres, la cual estraga el valor de la otra. Esta imagen de los actos u *obras* perfecciona la otra, que es la de las *potencias*; y ésta es la

de que habla aquí San Juan, diciendo: *Ut societas vestra*, etc.

—Pero ¿cómo podré imitar al Padre? —Dice San Pablo: *Spoliantes vos veterem hominem, induimini eum qui renovatur de die in diem ejus qui creavit eum*. Despojándoos del hombre viejo, vestíos al que se renueva de día en día, de Aquel que le crió. *Hombre viejo* es hombre flaco, y que está ya para acabarse. Así el pecado está cerca de ser castigado *in judicio; quod prope interitum est, et antiquatum senescit* (*Hebr.*, 8, 13). En el juicio; próximo a la muerte, y anticuado, envejece. La bondad es fuerte. —También se llama el pecado *viejo*, porque la maldad más vieja es en nosotros que la bondad; pues en pecados fuimos concebidos, y en el vientre fuimos hechos hijos de ira. Luego renovado *de die in diem*; porque no juntamente luego perviene hasta la imagen del que lo crió, sino creciendo de virtud en virtud cada día un poco *secundum imaginem ejus qui creavit illum*. Y esto se llama estar en gracia.

Algunos dijeron que el estar en gracia era ser acepto a Dios, y no que se infunde hábito de gracias sin virtudes; pero el Concilio Tridentino dice: *Quicumque dixerit quod in justificatione impii non infundatur gratia et caritas et ceterae virtutes, anathema sit*. Si alguno dijere que en la justificación del impío no se le infunde la gracia, la caridad y demás virtudes, sea anatema. No hay pintor que así pinte una imagen, como Dios una ánima. Pónele primero una ropa, la más preciosa que se puede imaginar, en tanto que le dice el Esposo a ella (*Cant.*, 6, 12): *Revertere, revertere, Sunamitis*; *revertere, revertere ut intueamur te*. Y en esta otra parte (*Cant.*, 4, 7): *Pulcra es, amica mea; et macula non est in te*. Dicen los teólogos que es como si un esposo diese a su esposa una vestidura, y le dijese: «Mientras guardáredes esta vestidura, yo os amaré.» Y así dice Dios. Y por eso, de los que conocen el valor de la gracia, dice Salomón que dicen (*Sap.*, 7, 9): *Neque comparavi illi omnem lapidem pretiosum; quoniam omne aurum in comparatione illius arena est exigua*. Así que no comparé con él las piedras preciosas; porque comparado a él el oro, resulta simple arenilla. Y esta gracia no es hábito que inclina a obrar, sino sirve para hermosear el ánima y hacerla agradable a Dios. Por eso de ella nacen otros hábitos de virtudes, los cuales in-

clinan el ánima a obrar. Y no es ésta pequeña dádiva de Dios, pues que ni rey, ni Papa, ni otra persona alguna la puede dar, ni puede dar virtudes a un hombre para que sea bueno, dado caso que pueda dar vestiduras con que pueda hermosear el cuerpo. Y así, la gracia, de sólo Dios se ha de alcanzar; porque como no pueden navegar al cielo con viento de tierra, así, ni con condiciones ni obras de tierra puede el hombre agradar a Dios; y así, es necesaria la gracia, para que le agrade.

Donde veréis el error de muchos que dicen: «En mi mano está ser bueno.» No es negocio de tierra, sino del cielo; y así, el Concilio Tridentino juzga por anatema a cualquiera que dijere que el pecador, después que haya caído en el pecado, pueda levantarse sin ayuda y gracia del Señor.

Lo segundo, yerran otros que luego desmayan porque les dicen esto. Y porque sepáis la verdad, mirad que no se deleita Dios sobre hijos inútiles, ni le aplacen, como dice la Escritura, como ni tú en tener un hijo bellaco, borracho. Luego hemos de ser imitadores, como dice San Pablo, de Jesucristo. Imita luego a Jesucristo y sus costumbres, y serás su hijo; porque como por esencia no puedes ser hijo, resta que lo seas por imitación. Luego, si has de ser por imitación hijo, no bastan tus fuerzas, sino de Dios han de venir.

—Padre, pues, ¿cómo lo seré? ¿No me dará gracia para serlo? —¿Queréis que os lo jure? Sí dará; y pedidle gracia, que Él os dará. Pero pensáis que, por reñir a ratos con vosotros mismos, y por lloraros, y por veros tan llenos de cuidados, que ya el que más se llena de cuidados, se tiene por más honrado. Para cosas de tierra, grandes cuidados; pero para el cielo, ningunos. ¿Cómo podéis con el menor de los cuidados cumplir el mayor de los negocios? Desembarazaos y pedid, que escrito está (*Mt.*, 26, 41): *Vigilate et orate.* ¡Proseguid, importunad!

De esta gracia nace la caridad y las virtudes morales; y es tan hermosa el ánima que, si se viese, de sí misma se enamoraría; y son tales las virtudes que de ella nacen, que dice Santo Tomás: *Quod non sunt res creatae sed increatae.* Y creed que del amor de Dios nacen estas cosas, y así viene de día en día un ánima a perfeccionarse tanto, que llega a ser imagen de Aquel que la creó. Los que os holgáis de ver

imágenes de Flandes, holgaos más en ver imágenes de Dios; porque, como dice San Pablo: *Ibi non est Scytha nec barbarus, sed omnia in omnibus Christus.* No hay allí escita, ni bárbaro, sino que Cristo es todo en todos. Jesucristo es hermosura de esta imagen, y así no es visaje de tierra, ni gracia de tierra, sino de cielo, lo que se encierra en Cristo. Y esto es lo que dice aquí San Juan: *Ut societas nostra sit cum Deo Patre et Christo.* Como en sí es Él bondad, misericordia y paz, así es en nosotros estas virtudes.

## V. 4.

Tenemos también *compañía* con Dios en *el gozar* y en el descanso; y con razón, porque razón es que quien es semejante a Dios en costumbres, sea también en la gloria, según dice el Evangelio (*Mt.*, 25, 21): *Euge serve bone; intra in gaudium Domini tui.* Entra tú a gozarte con el mismo que es tu Señor; a comer sus mismos manjares (*Lc.*, 22, 29): *Ego dispono vobis...* No debajo de la mesa, sino a una mesa misma estemos Dios y nosotros: y que diga el bueno: «Acá no quiero comer del manjar del pecado, porque estoy convidado a la mesa de Dios: y entretanto bástame esta esperanza de decir: Convidado estoy, para nunca pecar.»

—Pero ¿cómo será esto? —Dios es bienaventurado por amarse y conocerse; así tú no serás bienaventurado por amar ni ver a serafín, o ángel, o criatura alguna, sino a Dios; de suerte que se haga un engrudo indisoluble cuando vieres a Dios, para no deshacer aquel abracijo: *Ut societas nostra sit cum Christo.* Cuanto a la humanidad, según dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29): *Conformes fieri imagini Filii sui, ut sit ipse primogenitus in multis fratribus.* Que nos conformemos a la imagen de su Hijo, y sea el primogénito de todos los hermanos.

—Pero ¿cómo seré semejante a Cristo? —Si hemos de ser semejantes a la Divinidad, también seremos semejantes al ánima de Cristo, porque ella fué la más semejante a la Divinidad. Lo segundo, porque si la Divinidad no padeció, y no podemos ser semejantes a la Divinidad en el padecer trabajos, lo seamos a la Humanidad de Cristo que los padeció. Pero hay muchos que quieren ser semejantes a la Divinidad

en el gozar, y no a la Humanidad en el padecer. Pero quien quisiere ser semejante en el gozar, menester es que lo sea en el padecer. Si quieres ser semejante a la Divinidad, toma la cruz: y la razón; porque el ánima de Cristo no es bienaventurada en sí, sino en el Verbo; pues lo mismo las nuestras. Y de aquí es que dice la Esposa en los Cantares (*Cant.*, 8, 1): *Quis det fratrem meum sugentem ubera matris meae.* Quien me diera a mi hermano amamantado a los pechos de mi madre. Luego, si fuéramos semejantes en obras a Cristo, serémoslo también en la gloria; porque la misma gloria tendremos, aunque Él mayor. *Haec vobis dico ut gaudium vestrum plenum sit.* ¿Quieres tener *gozo lleno?* Gózate en cosas espirituales, y ten este gozo por tuyo; porque el gozo de las cosas corporales no será lleno, porque es menor la cosa que gozas, que tú que la gozas; pero el gozo de las cosas espirituales es mayor que tú, y por tanto, puede henchir tus senos.

V. 5.

*Haec est annuntiatio quam audivimus ab eo et annuntiamus vobis, quoniam Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae.* Esta es la noticia que hemos oído de Él mismo, y os lo anunciamos; que Dios es Luz y en Él no hay tinieblas. —Para andar en *compañía* con Dios no hemos de andar en tinieblas, porque *Dios es luz* clara. Luz unas veces se distingue contra error: otras, con opinión o dubitación; así, la esencia de Dios no tiene dudas, ni errores, ni opiniones, sino una verdad tan clara que, cuando nos veamos en el otro mundo, nos reprenderemos, diciendo: ¿Por qué no anduvimos en sus caminos, y no me contenté con los juicios de Dios? Que ahora cada cual reprende a Dios, y dice: ¿Por qué se hace esto, y no lo otro? Como la lumbre tiene calor y limpieza, así Dios tiene amor y limpieza; y esto no es accidente en Él, como en nosotros, sino substancia; que no puede dejar de ser estas cosas. ¿Qué sería ver un ángel que fuese todo amor? ¿Pues cuánto más será ver un Dios infinito todo amor, y que sea infinito amor? ¡Bendito sea tal Dios! Amén.

*Et tenebrae in eo non sunt ullae.*—Los sabios tienen tinieblas privativas y positivas; y los ángeles

tienen tinieblas o ignorancia privativa, aunque no positiva—la cual no es culpable—; porque algo revela Dios a un ángel, que no revela a otro; donde dice Santo Tomás, *quod multi angeli habebant mysteriorum gratiam*. Que muchos ángeles tenían la gracia de los misterios.

Pero diréisme: Las tinieblas en el entendimiento están, y no en la voluntad, porque las tinieblas privación son de la luz, y la luz en el entendimiento se pone: luego ¿por qué al que no tiene amor, le llamáis estar en tinieblas, si tiene conocimiento en el entendimiento? —Digo que se dice *estar en tinieblas* el que está sin amor, porque llámase *estar en tinieblas,* y no tener lumbre, al que no tiene los efectos de la luz, como son calor, claridad y demás; y así se llama estar en tinieblas al que no tiene amor.

*Haec est annuntiatio quam audivimus ab eo, quia ipse est lux, et tenebrae in eo non sunt ullae.—Metaphorice* se dice que Dios es luz, como que es manjar o león, porque, mediante la luz corporal, se manifiestan las cosas. San Pablo añadió: *Omne quod manifestat lumen est.* (No se ha de leer *omne quod manifestatur,* como está en el texto.) Porque, mediante el conocimiento que de Dios viene, se conocen todas las cosas, lo que valen, y las que le agradan y desagradan. Y así se dice Dios «luz nuestra». Y en Sí mismo es luz, porque, mediante Sí mismo, ve y conoce perfectísimamente todas las cosas que se pueden conocer.

—¿Por qué se dice por propio de Dios que es luz? —Porque *en Él no hay tiniebla ninguna,* como en los hombres, a los cuales el pecado los puso en tinieblas. Y aunque en los ángeles no hay estas tinieblas, haylas de ignorancia; que el ángel más alto algo ignora, que se puede saber. Y también, así los hombres como los ángeles, no tienen lumbre por su esencia, como Dios, si no es comunicada de Dios; y así, más propiamente se diría Dios luz en ellos, que no ser ellos luz.

Dos maneras hay de luz en nosotros. Una es natural, que manifiesta los males y bienes de la ley natural; y otra sobrenatural, que manifiesta en particular la voluntad de Dios; y esta es la gracia, que sin ella, en ninguna manera puede saber uno qué quiere Dios que crea ni haga en particular; conviene a saber, cómo ha de usar de la vida, de la hacienda,

de la honra; lo cual enseña la gracia y espíritu de Dios (*Jn.*, 6, 45): *Et erunt omnes docibiles Dei.* Enseñará Dios a todos.

V. 6.

*Si dixerimus quoniam societatem habemus,* etc.—Por una de dos maneras se puede decir uno estar en tinieblas para que le impidan de no tener *compañía* con Dios: o por tener en el entendimiento algún error con la fe, o carecer de la fe, o por tener en la voluntad algún pecado. Y aunque sepa que lo tal es pecado, dícese tiniebla, porque aquel conocimiento del pecador es conocimiento muerto, así como el conocimiento y fe que de Dios tiene, no merece nombre de fe o conocimiento *simpliciter,* en absoluto, sino fe muerta.

V. 7.

*Et sanguis Domini nostri Jesu Christi.*—San Juan sólo usa de este vocablo, *lavar,* por el perdonar, lo que la Escritura llama justificar y redimir. Allí *peccata* tómase por todo pecado, así mortal como venial, del cual nos lava la Sangre de Cristo nuestro Señor. Porque aunque algunos digan que el venial no se ha de llamar *simpliciter* pecado (3), de la Escritura se colige que se llama así; como aparece en la oración del *Pater noster,* que es oración de hijos, en los cuales no hay sino pecados veniales, y dice en ella *nuestras deudas* (*Mt.*, 6, 12), lo que otro Evangelista (*Lc.*, 11, 4) le llama *pecados.* La Santísima Trinidad nos lava *autoritativamente*; la sangre de nuestro Señor Jesucristo, *meritoriamente*; la gracia, *formalmente*; y ninguna otra cosa nos puede lavar nuestros pecados y manchas *meritoriamente,* sino la sangre de Jesucristo, la cual, de justicia, nos lava. Poco aprovecharán limosnas, ni lágrimas, ni ayunos, ni otra sangre, si esta de Jesucristo no interviene. *Si te lavares con salitre y hierba mora,* con que blanquean en los batanes los paños, *poco te aprovechará,* dice Dios (*Jer.*, 2, 22). Está profetizado por Zacarías (13, 1), que

---

(3) Véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, número 2.

habían de venir tiempos donde estuviese *una fuente para la manchada y el pecador*, que son el pecado original, el cual se hereda con la mancha, y también el actual. Esta fuente es la sangre de Jesucristo, abierta a todos, que a ninguno desecha.

No procuró David limpiarse del adulterio y homicidio con los sacrificios de la Ley; en esta fuente pide ser lavado, diciendo (*Ps.*, 50, 9): *Asperges me, Domine, hyssopo, et mundabor; lavabis me*, etc. Me rociarás, Señor, con el hisopo, y seré limpio: me lavarás y quedaré más blanco que la nieve. El hisopo era el culantrillo puesto en un palo de cedro, y atado con una hebra de grana; el cual mojaban en sangre y agua para rociar al leproso, y quedaba luego limpio. El culantrillo, ¿cuál es esta hierba? Es la carne de Jesucristo (*Is.*, 40, 6): *Quia omnis caro fenum:* Está en la Cruz atada con amor; y mojada en Sangre suya; lava con ella los que se rocían estando leprosos por el pecado, el cual remedio pedía David.

## V. 8.

*Si dixerimus quoniam peccatum*, etc.—Añadió esto, porque el aparejo que Dios quiere en nosotros para lavar nuestros pecados, es conocimiento de ellos; mas si éste falta, mentimos, y no nos lavará Dios. Hubo algunos que dijeron que venía el hombre a estado que no podía ya pecar, y erraron. No ha habido puro humano, excepto nuestra Señora, en quien no haya habido pecado, como parece por este lugar, y por lo que dice Salomón (3 *Reg.*, 8. 46) en la oración que hizo a Dios después de hecho el Templo, y otros lugares. Otros hubo que dijeron, como Lutero, que en todo pecamos, y aun en el mismo amor de Dios, porque no es de todo corazón, como se manda, lo cual no puede ser en esta vida, por el *fomes peccati*; los cuales también erraron; porque por las mismas palabras que Dios demanda el amor, dice David que lo confesará (*Ps.*, 9, 2): *Confitebor tibi, Domine, in toto corde meo*; lo cual cumplía como decía. Tiene Dios su tasa de amor, y hasta qué tanto obliga el amor so pena de pecado mortal, y hasta donde a pecado venial; y queda algo sin obligación de ningún pecado; y así hay muchos que en algunas obras ningún pecado hacen. La obligación del amor de Dios

sin distraimiento, como lo tienen los bienaventurados, nace de parte de la grandeza y beneficios de Dios; mas templóse esta obligación por la fragilidad e impotencia humana, y quedó tasada por la sabiduría divina.

V. 9.

*Si confiteamur peccata nostra,* etc.—Si conociésemos que somos pecadores; que éste es el aparejo que Dios quiere, el cual mandó a Jeremías dar voces a su pueblo para que se volviesen a él, que él les perdonaría, porque es santo. Porque la santidad verdadera no desprecia a los pecadores que se conocen, como hace la fingida. Y así ha de hacer el confesor, como hizo Judas con su nuera Tamar, cuando la quería quemar por estar encinta (*Gen.,* 38, 26): *Justior me est.* Excusóla conociéndose por culpado. Aquí el *confesar* no se toma solamente por la confesión sacramental, mas entiéndese de la detestación y arrepentimiento que se ha de tener del pecado, sin lo cual no perdona Dios la culpa. Mas esta confesión no ha de ser fingida, con sola la boca o golpe de pechos, diciendo: «Pequé», sino con el corazón quebrantado; porque lo demás es confesión mentirosa; pues se muestra otra cosa de fuera, así con la palabra como con la obra, de lo que tiene el corazón. De lo cual se queja Dios por Jeremías, diciendo que Israel se convertirá a él en mentira y no de corazón. Pues Dios espíritu es, y tales quiere los adoradores que le adoren y se lleguen a él en espíritu y verdad.

No hay por qué poner en cuestión si es menester, juntamente con el arrepentimiento, propósito de apartarse del pecado; porque donde Dios manda el arrepentimiento, manda convertirse a Él, que es propósito de dejar el pecado y seguirlo a él; ni puede estar el arrepentimiento, *propter Deum summe dilectum,* considerando a Dios amado sobre todo, sin proponer de dejar el pecado.

Hará alguno dificultad si el pecado que cometió, aunque Dios se lo perdone si le dará vergüenza cuando se publique el día del Juicio. Escrúpulo es de persona imperfecta en la fe; que antes le será materia de alegría o regocijo, viendo cómo sus pecados están muertos, sin fuerza contra él, por la virtud divina; como hicieron los hebreos cuando vieron a los gita-

nos ahogados a la orilla del mar bermejo; los cuales alegres alababan a Dios, y decían (*Ex.*, 15, 1): *Cantemus Domino*. Cómo haya Dios de quitar esta vergüenza, creed vos que Él sabrá cómo, y que querrá, porque así lo tiene prometido por Isaías, y basta (*Deut.*, 32, 2): *Fidelis est et justus*. Dice que es *fiel* para nos perdonar, porque lo tiene así prometido; y siendo *fiel*, no puede faltar en su palabra; que ésta es la que hizo a los santos, a unos perder las vidas, y a otros las haciendas y compañía de sus padres y parientes, y a otros a sus propios deseos y deleites. Quien no está confiado de Dios acerca de la palabra que Dios le tiene dada, falto está en la fe; y así lo está *el solícito de qué comerá, qué beberá* (*Lc.*, 12, 22), qué hará en esto, cómo saldrá con estotro; pues en todo tiene Dios prometido al justo buen suceso (*Is.*, 3, 10): *Dicite justo quia bene*. Que todo se hará bien. Y también está falto el dudoso: «¿Cómo me juzgará Dios? ¿Si me condenará o me dará por libre? ¿Cómo se habrá conmigo en el otro mundo?» Porque de aquella manera se habrá allá como se ha acá su palabra con vos. Si su palabra acá os absuelve, tened por cierto que allá también os absolverá; y si aquí una palabra suya os condena, no esperéis que os deje de condenar Él allá. Por eso, condenándoos acá alguna palabra suya, no digáis: «Dios es misericordioso»; porque así os dé el cielo, que, haciéndolo misericordioso, lo hacéis mentiroso; pues tiene prometido al que mal viviere el infierno. Ved vos cómo os habéis con su palabra, que de esa manera os habéis con Él. Por eso engañáisos si decís que le amáis y no amáis sus mandamientos; que si con algunos de éstos estáis mal, no estáis bien con Dios, que es simplicísimo y justo; y tal tiene el corazón cual la palabra. Parece que no hace a propósito de perdonar ser justo, antes de castigar. Si dijera por qué es misericordoso, muy a propósito hace, como más abajo lo declara el mismo San Juan en el segundo capítulo.

## CAPITULO 2.º

### V. 1, 2.

*Filioli mei, haec scribo vobis,* etc., *advocatum habemus apud Patrem Jesum Christu justum, et ipse est propitiatio pro peccatis nostris.*

En esto se asegura mucho el perdón de nuestros pecados y nuestra amistad y compañía con Dios y la entrada en el cielo. Porque la *justicia* con que hemos de parecer ante él, no es nuestra, sino de Jesucristo su Hijo, cuyo valor es infinito, para que por igualdad quede Dios [pagado] de nuestras ofensas; y de este modo no nos quede miedo ninguno de la entrada en el cielo. Y así concurren en nuestra redención, misericordia y justicia: *misericordia,* en darnos Dios su Hijo para que *se hiciese justicia nuestra* (1 *Cor.,* 1, 30), y sacrificio por nuestros pecados, santidad nuestra; y *justicia,* en perdonarnos los pecados por aquel sacrificio, y agradarse de nosotros por aquella justicia y santidad. Y por eso dice David (*Ps.,* 24, 10) que *todos los caminos del Señor son misericordia, y verdad* y justicia. Primero la misericordia, porque de ella nació la justicia; porque si en sola la misericordia estribara nuestra redención, ni Dios quedara bastantemente pagado de la ofensa, ni el hombre pareciera estar bien confiado ni seguro en su justificación. Mas ahora bastantísimamente quedó Dios pagado, y de sobra, porque se castigó el pecado más aún de lo que merecía (si un infinito es mayor que otro), y el hombre, como a cosa que tiene derecho, está confiadísimo del premio que a la justicia se debe, porque Dios la ha hecho suya como si del propio hombre fuera.

### V. 3.

*Et in hoc scimus quoniam cognoscimus eum.*—Había dicho arriba San Juan que *Dios es luz,* y que el que

no anda en luz, no tiene compañía con Él. Explica ahora qué cosa sea andar en luz, o conocerla por conocimiento vivo y que mueve a obrar. Y dice que *en esto conoceremos o sabremos*; que es manera de hablar de la Escritura, al conocimiento cierto llamarle saber, aunque no sea evidencia que conocemos a Dios.

V. 4.

Estamos en su luz, si guardamos sus mandamientos; porque *qui dicit se nosse Deum, et mandata ejus non custodit, mendax est.* Quien dice conocer a Dios, y no guarda sus mandamientos, mentiroso es. No se engañe ninguno, por bueno que parezca, y por constante que esté en algunas cosas de virtud o devoción; si no cumple los mandamientos de Dios, en uno sólo que falte, miente si dijere que conoce a Dios de este conocimiento que San Juan habla.

V. 5.

*Qui autem servat verbum ejus.*—Porque algunos podrían cumplir el *cuerpo* de los mandamientos, sin tener *el alma* de ellos, que es la caridad, o amor de Dios y del prójimo; lo cual todo no aprovecha, *quia caro non prodest quidquam (Jn.,* 6, 64); dice San Juan de qué manera ha de ser este cumplimiento de los mandamientos de Dios para que se diga *conocer a Dios.* Y es, estando en caridad perfecta; porque poco aprovecharía tener la fe de Dios sin conocer dioses ajenos, y no jurar en vano, y santificar las fiestas, y honrar a sus padres, y todo lo demás, y no codiciar mujeres ni cosas ajenas, si falta la caridad. Aprovecharán las tales obras de la Ley para evitar los pecados que de quebrantarlos se habían de seguir, mas ninguna de aquéllas es agradable delante de Dios. Aunque decir que las tales obras conformes a los preceptos, porque no son por amor de Dios, son pecados, está condenado en el Concilio Tridentino; y también decir que servir a Dios, o hacer bien, por amor del premio o temor de la pena, sea pecado, aunque no es de valor alguno para la vida eterna.

Dice San Juan: *Charitas Dei perfecta est*; no en respecto de la caridad que tienen los incipientes o pro-

ficientes, que no es perfecta; porque esta manera de caridad perfecta no se requiere en todos los que *están en luz* y guardan los mandamientos de Dios, sino llámase en respecto de aquello que en ninguna manera agrada a Dios: la cual caridad le agrada, y cuanto a esto es perfecta, *quia ei nihil deest.* Porque nada le falta.

Aunque la caridad, considerada en sí, tiene sus grados; porque en algunos está sin excluir todos los pecados veniales (1), antes de propósito y deliberación los hacen, aunque no sin pena y remordimiento—por que si sin ningún remordimiento viniese en las tales personas, era de presumir que no tenían caridad—; como es el hombre que, con amar a Dios sobre todas las cosas, todavía ama su hacienda, su honra, sus hijos y persona, pero esto *infra Deum,* menos que a Dios; que si el amor de Dios le obligase a ir contra algo de aquello que ama, iría por no perder el de Dios. Y en este tal es la caridad imperfecta, y está en estado muy peligroso, y no será maravilloso caer de él pronto, si no tiene cuidado de aprovechar y mortificar el amor de las criaturas. Y para los tales no aprovechan los remedios contra los pecados veniales que po nen en la cartilla. del *Pater noster*, y agua bendita. Porque, como el pecado venial se haya de perdonar por el movimiento y hervor de la caridad de Dios, aunque tomen el agua bendita y digan el *Pater noster,* si no tienen el movimiento de la caridad de Dios, no aprovecha para tal efecto; mas si tuviese el tal hervor o levantamiento, perdonársele han. Porque aquellas cosas de si no son ordenadas contra el pecado venial, sino en cuanto mueven el alma a levantar el afecto a Dios, y aborrecimiento del pecado, por lo cual se perdona. Pues, como el pecado venial se opone derechamente al hervor de la caridad, no se ha de perdonar sino por el hervor de ella. Ni tampoco se perdonan por cada levantamiento de la caridad todos los pecados veniales, sino en aquella parte o de la manera que a nuestro Señor le es quisto.

Otros cometen los pecados veniales de flaqueza, y no de deliberación o voluntad. Y estos son pecados de santos; porque no se dice santo porque no peque, mas porque tiene deseo de no pecar; y en éstos es

---

(1) Véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, número 6.

muy fácil el perdón, pues lo procuran luego. Y el mejor remedio contra los pecados veniales es la frecuente confesión de ellos. Porque, aunque uno dijo que no eran materia de la confesión, engañóse, que sí son; aunque no son materia necesaria como los mortales. Además, si no fuesen materia de confesión, seguiríase que el que confiesa los veniales solos, no recibe el Sacramento de la Penitencia; porque, aunque concurra la forma de la absolución, falta materia; que es gran inconveniente, y no digno de admitir.

Los pecados veniales no se perdonan al que está en pecado mortal, aunque haga penitencia por ellos y se arrepienta. Mas uno ha querido decir que se perdonan aun en el infierno; pero mejor dice Santo Tomás que son perdonados por el hervor de la caridad al cual se opone. Pues como el que está en pecado mortal, no haya caridad, menos podrá haber hervor de ella: luego no se le puede perdonar. Si queréis no faltar en el camino del Señor, no consintáis vuestra ánima andar sin espuela por camino tan largo. Esta es, o amor de aprovechar en servir a Dios, o temor de faltar y de las penas del infierno (*Apoc.*, 3, 15): *Utinam calidus aut frigidus esses: sed quoniam tepidus es, incipiam te evomere de ore meo*. Ojalá fueras caliente, o frío; más siendo tibio empezaré a vomitarte de mi boca. Señal es de faltar la tibieza, como de vomitar. ¿Queréis que Dios no os vomite ni eche de sí? Dadle el manjar caliente o frío; porque, si en vos falta el amor o temor y estáis tibio, dejaros ha, porque le habéis vos dejado.

*In hoc scimus quoniam in ipso sumus*.—¿En qué sabemos que estamos en Dios? ¡En qué! Dice San Juan: En esto que os tengo dicho, en que guardemos su palabra, porque entonces *in hoc caritas Dei perfecta est*. ni en otras devociones ni invenciones que la sabiduría humana ha inventado para estar en Dios dejando el cumplimiento de su palabra. Notablemente las palabras de San Juan tiran al corazón, y a reformar y sanar el mismo corazón, que sin caridad no puede tener sanidad; porque no basta dejar un vicio u otro, si no queda el corazón limpio de todo pecado y aficionado a Dios. Acontece dejar uno un pecado de carne, o de jugador, por un sermón; mas no por eso se sigue que ya estará su alma bien con Dios, que consiste en cobrar un nuevo amor a Dios sobre todas las cosas (*Gal.*, 5, 6): *In Christo autem nec circumcisio*

*nec praeputium, sed nova creatura*; *de qua Joannes* (*Jn.*, 3, 7): *Oportet denuo nasci.* Mas en Cristo no valen la circuncisión, ni el prepucio; sino criatura nueva: de ella dijo San Juan: Conviene renacer, y estar en Él, y no en cosa ninguna del mundo; que con nuestro amor, a ninguna cosa del mundo sirvamos tanto como a Dios, que esto es *estar con Dios* con el corazón, que está más donde ama, que donde anima.

Y esta morada o habitación en Dios, con dos partes que tiene nuestra ánima la hemos de hacer: con el entendimiento y voluntad. Con el entendimiento, creyendo en Dios, y confiándonos de Él, y esperando en sólo Él. Muchos son los dolores y desmayos que al hombre cercan. Pues ¿dónde irá que los huya todos? No hay otro lugar sino Dios, que lo defenderá de tan fuerte enemigo (*Ps.*, 90, 9): *Altissimum posuisti refugium tuum: non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tibi*; *cadent a latere tuo mille.* Altísimo pusiste tu refugio: no te alcanzará el mal, ni el azote se te aproximará; sino que a tu lado caerán a millares. ¡Oh qué seguro está el que se ha venido a guarecer en Dios! Ni se le acercará mal ni le herirá azote. ¡Ver que tanta gente vive desmayada y afligida, y derribada de las tentaciones, a su diestra y siniestra; mas Él siempre permanece en pie, porque se ha sabido bien valer!

La otra parte con que el hombre se ha de poner en Dios, es el amor; porque aunque las obras por temor, siendo de otra manera buenas, no sean malas, como tenemos dicho, si no incluyesen propósito de no hacerlas, ni tal pena no se recreciese; mas no son de valor ninguno delante de Dios. Ni es bueno el atrevimiento que algunos toman en la misericordia de Dios para no ponerse con Él por temor, dejando de estar en las cosas del mundo con Él; porque no saben si tendrán lugar de penitencia y de volverse a Dios; y ya que lo tuviesen cierto, ¿no es gran maldad, de la bondad de Dios que le convida a amarle, tomar ocasión a menospreciarle? Por cierto, no sería buena la mujer que, con la confianza que tiene en la bondad de su marido, osara cometer adulterio; ni el hijo que osa enojar a su padre es bueno, antes es grandísima maldad. Porque así como la mayor bondad es sacar bien de mal ajeno, como lo hace Dios, así la mayor maldad es sacar mal del bien ajeno.

V. 6.

*Qui dicit se in Christo manere.*—¿Queréis saber si estáis en luz? ¿Queréis tener compañía con Dios? ¿Queréis guardar su palabra, y que la caridad sea perfecta en vos, y, finalmente, estar en Jesucristo? *Es menester andar como anduvo Él.* Esta es la resolución y regla certísima de estar en Dios, si andamos como anduvo Jesucristo. Mirad el acuerdo de Dios. Hizo al hombre a su imagen y semejanza, amador de lo que Dios amaba, y le pareció bien. Procuró la serpiente de obscurecer la imagen, y juntar con ella su propia imagen y condición; y así lo hizo, que quedó el hombre hecho bestia, paciendo hierbas. Quiere ahora reformar esta imagen Dios y tornarla a su primera institución; y por acuerdo de la Santísima Trinidad vino el Hijo, que es imagen del Padre, como lo dice San Pablo (*Colos.*, 1, 15), al mundo, para que, imprimiendo en nosotros su propia imagen, quede impresa la propia del Padre, y así volvamos a ser la imagen de Dios que éramos (*Rom.*, 8, 29): *Nam quos praescivit, et predestinavit conformes fieri imagini Filii sui.* A los que previó, y predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo. A esto vino el Hijo de Dios al mundo, para que, imitándole, fuésemos imagen de Dios, fuésemos adonde Él volvió, que es de donde primero había venido, como verdaderas imágenes suyas. ¡Oh gran merced que Dios a los hombres hizo! Si un rey quisiese tomar por siervos suyos unos esclavillos, y porque son bozales y sin crianza, enviase a su hijo a su tierra de ellos, para enseñársela, ¿no sería digno de ser tenido en mucho?

En dos cosas debemos de imitar a Cristo: en lo que predicó y en lo que obró; que así obremos y conversemos en el mundo como él, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 3, 16). Porque ¿cuál gracia es que mereciéndolo nos den de bofetadas? La gracia consiste en que no mereciéndolas, nos las den y lo suframos; porque a esto somos llamados, a imitación de Jesucristo, que *siendo maldecido, no maldecía* (1 *Petr.*, 2, 23). No queremos obligar a todos a la pobreza, a la peregrinación, y predicación, y tormentos de Jesucristo, sino a sus virtudes, a su humildad, obediencia, amor del Padre y de los prójimos, menosprecio del mundo, y confianza en Dios, como nuestro Redentor tuvo; y si no

en aquel grado, pero en alguno. Y en lo demás de la pobreza exterior y menosprecio y tormentos, tenga cada uno según viere que cumple para la conservación y aumento de lo interior; porque todo lo exterior se ordena a lo interior, como las hojas para la fruta. Y de esta manera el que tuviere casa y familia, tendrá aquella hacienda que ha menester para ello; vestirse ha de la manera que conviene a persona que su voluntad es de agradar a Dios y no al mundo; socorrerá a los pobres pudiendo, y aprovechará a los prójimos en lo que pudiere; cuando se le ofreciere a él injuria, súfrala, como lo hizo Jesucristo. Y si se pudiere sustentar sin propia hacienda, no la tendrá, por más desocuparse al servicio de nuestro Señor. Y esto es andar como anduvo Jesucristo. *Qui michi ministrat, me sequatur* (*Jn.*, 12, 26). Seguir e imitar dice. Hemos también de andar, como el Señor, de palabra, que fué lo mismo que obra, pues (*Act.*, 1, 1) *caepit facere et docere* comenzó a obrar y enseñar, como él mismo lo dijo por San Marcos (8, 34): *Qui dixit ad omnes: Qui vult venire pos me abneget semetipsum et tollat crucem suam.* El cual a todos dijo: Quien quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz; no lo limitó a solos los Apóstoles, sino *dixit ad omnes*. Pues si no vamos a Jesucristo, no iremos adonde Él fué; y como no hay otro lugar de Iglesia sino aquél, quedarnos hemos en nuestra miseria. Y así fué figurado nuestro Salvador en *la columna de fuego* que iba delante de los judíos sacados de Egipto, que caminaban a la tierra de promisión (*Ex.*, 13, 22); la cual andaba cuando habían de andar y paraba cuando habían de parar. Y de esta manera es la guía Jesucristo de los que caminan para el cielo.

V. 7. 8.

*Charissimi, non mandatum.* Es muy usada el habla del amor en San Juan; pues aun de él se dice que siendo ya viejo lo llevaban en una silla a la iglesia a predicar, y en el camino donde paraban, luego decía: Hijuelos, amaos unos a otros. Y preguntado por qué encargaba esto, respondía: que porque era el mandamiento de nuestro Señor (*Jn.*, 15, 12): *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem.* Dice ahora aquí, que no les escribe mandamiento nuevo del que les ha

predicado y oyeron cuando recibieron la fe, que es del amor, sino viejo, y el mismo que otras veces le habían oído. *Iterum mandatum novum.* Mas otra vez les repite y renueva aquel mismo mandamiento, que aunque es viejo, cuanto al tiempo de la notificación de él, porque ya lo habían oído, mas es nuevo en sí; porque es *mandamiento nuevo,* como el Señor dijo (*Jn.,* 13, 34). Y así llámale ahora nuevo, porque habla del mandamiento en sí.

Mas hay dificultad, cómo se puede llamar mandamiento nuevo el de amor de los prójimos, pues fué dado a los judíos. Dícese que es nuevo, cuanto a la manera del cumplirlo, como lo cumplió nuestro Señor Jesucristo—y por eso quiso que lo cumpliésemos—, que fué desinteresadamente, negándose y sufriendo todos los tormentos que sus enemigos en él quisiesen hacer, con otras innumerables penas que a ellos se juntaron por nosotros, a lo cual en su manera nos obliga. Pues mandamiento de amor de esta manera, nuevo es, nunca notificado ni a gentiles ni a judíos. Que si alguno lo entendió antes de Cristo en esta forma, no era por razón del mandamiento, ni por lo que sonaba, sino por se lo enseñar y revelar así Dios interiormente.

*Quod verum est et in ipso et in vobis.* El cual fué cumplido en el Redentor nuestro y en vosotros. Que esto es *ser verdad* el mandamiento; tener su cumplimiento y verificación. Y es manera de hablar de San Juan, como llama al mal de la voluntad, tinieblas, y al bien de ella luz. Y aunque el mandamiento sea *en sí* verdadero, [aunque] no haya quien lo cumpla; empero no parece tener entero cumplimiento ni perfección hasta ser cumplido; porque su fuerza y apetito llega hasta el cumplimiento; así como el ánima racional, verdadera ánima es apartada, mas no parece tener su perfección y cumplimiento hasta que se junte al cuerpo para el cual se ordena.

Y de esta manera nuestro Señor Jesucristo, por la fe y doctrina del Evangelio que fundó, no solamente no destruyó la Ley de los judíos, mas dióle su cumplimiento; que no lo pudo tener sino con su venida (*Mt.,* 5, 17): *Non veni solvere legem sed adimplere; et jota unum aut unus apex non preterivit a lege.* No vine a quitar, sino a cumplir la ley; de la cual no se suprimirá jota, ni ápice. Y esto es lo que dijo San Pablo (*Rom.,* 3, 28): *Arbitramur enim hominem justificari per fidem, sine operibus legis.* (*Et paulo in ferius*):

*Legem ergo destruimus per fidem? Absit, sed legem statuimus.* Creemos justificarse el hombre por la fe, sin las obras de la Ley; y después: ¿Destruímos, pues, la Ley por la fe? De ningún modo, sino que la establecemos. De manera que quiere San Pablo que la fe y doctrina del Evangelio no solamente no pelee contra la Ley, mas que le dé cumplimiento y firmeza, que sin ellas no podía tener. Y el griego dice en lugar de *statuimas, stabilimus.*

Tenía la Ley cosas morales y ceremoniales; las ceremoniales no eran por sí, ni hacían al hombre mejor ni peor: como es, que no comiese carne de puerco, que no sembrase en su heredad diversas semillas, que no vistiese de vestidura hecha de lino y lana (que tenía de estos preceptos seiscientos y sesenta); los cuales eran para significar y entender por ellos las cosas morales que les eran mandadas. Los mandamientos morales ordenaban al hombre a bien vivir. Pero ni los morales, ni los ceremoniales menos, pudieran tener cumplimiento hasta la venida de Jesucristo, y hasta ser dada su fe y gracia; porque no había fuerza para el cumplimiento de la Ley en toda la ley; solamente había miedo, o amor de premio, que no era bastante ni agradable a Dios; y así estaba la Ley como edificio sin fundamento para se caer, y como con puntales. Dióle cumplimiento la fe y gracia de nuestro Señor Jesucristo, y así quedó firme y cumplida. Y porque lo ceremonial no era de valor alguno en sí, que era la corteza, venida la gracia, cesó; porque en ella se sustenta lo moral mejor que no en lo ceremonial. Y por cuanto quedó lo que significaba, y lo que de ella se pretendía, firme y con cumplimiento, dícese que la fe da cumplimiento a toda la Ley.

*Quia tenebrae transierunt.*—Ya pasaron las tinieblas, que fueron las ceremonias de la Ley, en las cuales está encubierta y escondida la verdadera luz, que es Jesucristo.

## V. 9.

*Qui dicit se in luce esse.* El que dice estar en luz.—Y por tanto, como no sea esta obra de luz para su hermano, lo será de tinieblas; porque quien lo aborrece, aunque más se parezca que anda en luz, en tinieblas anda. Es cosa muy miserable, venida ya la

luz al mundo, andar aún en tinieblas; y así lo son los pecados de los cristianos. Y esto es lo que con gran sentimiento decía Marta (*Jn.*, 11, 39): *Quatriduanus est; jam fetet.* Hiede mucho el hombre que ha *cuatro días* que está *muerto*. Que es ley *de naturaleza, de escritura* y *de gracia,* y *de particulares inspiraciones* de Dios.

V. 10 y 11.

*Qui diligit fratrem suum,* este tal está en luz. Y mirad que es menester hacerle bien; porque no basta no quererle mal.

*Et scandalum in eo non est.* Teniendo amor del prójimo, ha echado el hombre de sí un tropezadero, donde tropieza ofendiendo a Dios. Porque si queréis mirar en eso, hallaréis que los más pecados que cometéis son de falta de amor del prójimo; de ahí viene la envidia, el murmurar, el juzgar, el no compadecerse de él, y el no le favorecer en sus necesidades con lo que podéis.

Tiene dicho San Juan, aquí en este capítulo (V. 6), que *el que está en Dios ha de andar como anduvo Jesucristo*; lo cual Él mismo también dijo (*Jn.*, 10, 27): *Et oves meae vocem meam audiunt, et me sequuntur (ergo qui non sequuntur me, non sunt oves meae).* Mis ovejas oyen mi voz y me siguen; los que no me siguen no son ovejas mías. La cual palabra podría en algunos causar gran desmayo, cotejando sus fuerzas con la alteza de lo que es seguir a Cristo; y porque tal desmayo nace de la prudencia de la carne y no de la doctrina del Salvador, sería bien remediarlo.

*La prudencia de la carne*—dice San Pablo (*Rom.* 8, 7)—*inimica est Deo, legi ipsius Dei non est subjecta, nec enim potest.* La prudencia de la carne es enemiga de Dios; es el sentido o sentimiento que la carne misma tiene de las cosas que desea; porque aquello es su saber, ni se extiende a más de a querer y procurar riquezas y deleites del cuerpo: aquel apetito es, pues, de la carne. Aqueste sentimiento del alma hacia ello, y el acuerdo e industria que en lo conseguir pone, se dice *prudencia de la carne*; porque todo el saber del alma, cuanto aquella parte, sirve a lo que la carne quiere.

Y también se podrá decir *prudencia de la carne* el

deseo que tiene la razón de la bienaventuranza no fortificada por gracia, y consejo que para ello toma la misma razón no alumbrada por fe y conocimiento vivo. De manera que entender el consejo de Dios de la manera que la razón desmedida lo quiere entender, y querría que se entendiese, es prudencia de la carne. Y aunque el hombre no viva ni obre según los deseos del sentido, sino de la parte racional; mas por cuanto allí no hay más que hombre desnudo, llámase carne, conforme le suele la Escritura llamar (*Ez.*, 21, 5): *Ut sciat omnis caro, id est omnis homo* San Pablo (1 *Cor.*, 2, 14): *Animalis homo non percipit... Animalem hominem vocat.* Hombre animal le llama, como dice Teofilato.

De esta prudencia de la carne se sigue en el hombre, si conforme a ella vive, murmurar contra Dios, como hicieron los judíos en el desierto (*Núm.*, 14, 11). *Murmurar,* no se toma allí por decir mal, que eso se dice *detraer*; sino por *quejarse.* Quejábanse mucho los judíos de Moisés, porque los había sacado para tantos trabajos. Y cuando vinieron los doce capitanes de ver la tierra de promisión, oyendo de ellos que las ciudades eran de fuertes muros, y los habitadores muy grandes, sentóse cada uno a la puerta de su tienda a llorar y quejarse de Moisés, porque los había sacado, olvidados del poder que tenía de parte de Dios, del que tanto se habían aprovechado. Esto hace en los hombres *la prudencia de la carne.* cuando le dicen que ha de imitar a Jesucristo en las virtudes, porque les parece ciudad con muro hasta el cielo, y los enemigos como gigantes. Era la ley de Moisés tan áspera y dura de llevar, que en el primer Concilio que tuvieron los Apóstoles dijo San Pedro (*Act.*, 15, 10): *¿Para qué procuráis que guardemos la Ley y nos carguemos de carga que ni nosotros ni nuestros padres no la pudieron llevar?* Y esto era tener Moisés *las manos muy pesadas* (*Ex.*, 17, 12). Pues si la Ley del Evangelio añade carga sobre aquélla, por demandar limpieza de corazón, y lo mismo el imitar a Jesucristo, ¿quién podrá sobre esa carga? Y que añada sobre la Ley vieja, dice nuestro Señor (*Mt.*, 5, 38): *Oísteis que está dicho: Dentem pro dente; ego autem dico vobis, non resistere malo; ego autem dico, omnino non iurare.* Diente por diente; pero yo os digo que no resistáis al malo, y que absolutamente no juréis. Donde añade a la Ley, y pasa adelante a

cosa más dificultosa, que es a la limpieza del corazón. Está alejada *la prudencia de la carne* de Dios. y de aquí viene a no creer que se ha de entender así. y que son *consejos* aquéllos, y que le bastan los diez mandamientos, así mal entendidos a su modo, y decir mal de los predicadores, o a desmayar y desconfiar de poder seguir a Jesucristo y de salvarse.

No hay duda sino que grande cosa pide Jesucristo para que vayamos al cielo y le agrademos; pide imitación de sus virtudes, limpieza de corazón; pide cumplimiento de una Ley santísima y purísima, a la cual aborrece y repugna nuestro corazón; porque el pecado a quien se sujetó lo ha hecho contrario del corazón de Dios. ¿Qué cosa más contraria al mancebo carnal, que la castidad y al avariento dejar la codicia, y al soberbio sufrir la bofetada? Pues todo esto pide Dios, so pena de no agradarle; y que no sólo lo cumpláis por fuera, sino en el corazón, por amor de Él. Así ha de estar la castidad, el menosprecio de la hacienda y de la honra.

Mas mirad que el que os ha espantado, Él mismo os asegura; el que os hiere, os cura. Por vuestra flaqueza no neguéis la verdad de Dios; conoced que sois flaco e inhábil para lo que Dios os manda, mas por eso no dejéis de confesar que lo manda Dios y pide del hombre, porque el mismo que os obliga a tal cosa, Él os ayuda para ello. Que no sois vos el que lo habéis de hacer, sino Dios en vos, por los merecimientos de Jesucristo, su Hijo, de cuyo espíritu nos da, para que podamos andar por el camino que Él anduvo; no a las parejas, corriendo *con* Él, mas andando tras Él, porque es Dios y *tiene el Espíritu Santo sin medida* (*Jn.*, 3, 34; 1, 14...) que procede de Él. *Et vidimus eum plenum gratiae et veritatis. Et de plenitudine ejus omnes nos accepimus, et gratiam pro gratia,* (*valde*) *Quia lex data est per Moysen.* Y lo vimos lleno de gracia y de verdad; y de su plenitud todos hemos recibido, gracia por gracia. Porque Moisés nos dió la Ley, mas Jesucristo, la gracia. He aquí el remedio contra vuestra flaqueza. El mismo que os dice: *qui michi ministrat me sequatur...*, os dice (*Mt.*, 11, 28): *Omnes, qui laboratis et onerati estis venite ad me, et ego reficiam vos.* Quien me sirve, sígame: Venid a mí los que estáis trabajados y abrumados, que yo os aliviaré. No se asiente en vuestro juicio que vuestras fuerzas son las que pueden guardar *los caminos duros* que dice David

(*Ps.*, 16, 4): *Ego custodivi vias duras,* ni que pueden vencer tan fuertes enemigos. Como el hombre tiene fuerzas y favores de Dios, gracia suya, hecha a vos por los merecimientos de Jesucristo, nuestro Redentor, ya que conozcáis que es fuerza de Dios, no os engañéis pensando que os ha sido comunicada por vuestra justicia, por vuestros merecimientos, sino por los de Jesucristo; que *ya no fuera gracia si por vuestras obras se os diera* (*Rom.*, 11, 6). De lo cual avisa mucho Dios a los judíos, queriendo entrar en la tierra de promisión (*Deut.*, 7, 5): que no piensen que por sus obras les entrega Dios *la tierra de promisión*; que se acuerden cuán mal lo han hecho desde que salieron de Egipto y cómo lo provocaron a ira. Por eso vos no penséis, habiendo de entrar—o entrado—en la tierra de promisión, que es la paz de los perfectos, o en la celestial Jerusalén, que por haber bien servido a Dios, después que os sacó del pecado, habéis merecido la perfección y el cielo, y que no se apartase Dios de vos; que innumerables veces le habéis provocado a ira, y a dejaros sin su misericordia, si por Jesucristo no os hubiera guardado.

## V. 12.

*Scribo vobis, filioli, quoniam remittuntur vobis peccata propter nomen ejus.* Os escribo, hijitos míos, que vuestros pecados son perdonados en méritos de su nombre.—Son altas las cosas que aquí ha dicho San Juan; y por parecerle que no convenían a todos, dice él que sí, que a todos dice aquello mismo; y escríbeles por qué les son perdonados todos sus pecados: *propter nomen ejus,* que es de nuestro Señor. Y esto se puede entender, o por el nombre del Hijo en cuanto hombre, o del Padre; y si del Padre en dos maneras: o el *nomen* quiere decir *fama; ut* (*Prov.*, 22, 1) *melius est nomen bonum quam divitiae multae,* y entonces quiere decir hacer Dios algo por *su nombre,* por su fama y *honra*; como pedía Moisés a Dios, que no perdiese su pueblo *por su nombre*; porque parecía poner nota en la fama de Dios acerca de los infieles ver que al pueblo sacado de Egipto no lo había defendido ni llevado donde le había prometido por no haber podido; y así hace Dios muchas cosas con su pueblo, que merecía recios castigos,

*propter nomen suum.* O quiere decir, y se toma *nomen,* por la grandeza, santidad y bondad y limpieza de Dios, y de esta manera decimos: *Santificado sea el tu nombre,* y de tal manera, Señor, se hable y se sienta de ti, como Tú mereces, conociéndote y confesándote y amándote como a poderosísimo y santísimo y bonísimo por esencia infinitamente. Otras veces se toma *el nombre* de Dios por el Hijo. Porque *el nombre* es por donde se da a conocer cualquiera; y Dios es conocido por su Hijo. Porque así como la definición notifica a la cosa definida, así el Hijo, que es *Verbum Patris et lux,* manifiesta al mismo Padre. Quiere, luego, decir que Dios perdona los pecados, no por nuestros merecimientos, sino *por su nombre,* conviene a saber, por *su gloria* y honra, por *su* poder y *bondad* y santidad y *por los merecimientos de su Hijo.*

Pero resta una dificultad: cómo perdone Dios *por* los merecimientos de su Hijo, no habiendo en Dios cosas que una sea causa de otra, por su infinita simplicidad y perfección, lo cual denota el *propter.* A esto se responde que así es verdad; que en Dios no hay cosa que esté colgada una de otra, ni dependiente; porque ya en Dios habría algo que fuese *prius et posterius*; que absolutamente todo lo que hay en Dios, no es sino su esencia simplicísima, de infinita perfección, que igualmente contiene en sí todas las cosas cuanto al conocerlas y amarlas y obrarlas. Y así, aunque de la lumbre del sol se sigue el calor, y la lumbre es causa del calor; mas en Dios no es causa que produzca el calor el producir la lumbre. Y así aunque en Dios una cosa no sea causa que Dios haga o quiera otra, mas es gran verdad que Dios quiere que en las criaturas haya orden, y que una sea causa de otra. *Non vult hoc propter hoc, sed vult hoc esse propter hoc.* De esta manera decimos que *en Dios* no es causa de querer salvar los hombres y llevarlos al cielo la muerte de Cristo su Hijo; mas ordenó Él que *en nosotros* el perdonarnos los pecados y salvarnos, estuviese colgado de los méritos de su Hijo; aunque como digo, en Sí, absolutamente, sin causa, eligió Dios y amó hombres para el cielo; y así dijo nuestro Señor a sus discípulos (*Jn.,* 16, 27): *Ipse Pater amat vos* (*Lc.,* 12, 32): *Pusille grex, complacuit Patri dare vobis regnum.* El mismo Padre os ama. Plugo al Padre, grey pequeña, daros el reino. Gran falta es de las personas que están descarnadas y flo-

jas, decir: ¡Si me tiene Dios perdonados mis pecados! Cuando en vos veis cuidado de servir a nuestro Señor y mudanza en vuestra vida, ¿por qué no habéis de pensar que os ha perdonado Dios, y que os ama y está de vuestra parte? No porque de ello tengáis evidencia ni aun tanta certidumbre como de la fe, mas muy gran seguridad y confianza; que aunque resta temor, no desconsuela, pues es para os solicitar y no dejar aflojar. Y por eso, más se consuela el alma que con él se halla, pues ve en sí don de Dios, que es aquel santo temor. Quitad esa sospecha, como dice Job (15, 21): no es Dios como el hombre, *qui cum pax sit, insidias meditatur*. Está predicando San Pedro este paso de la remisión de los pecados, y dijo (*Act.*, 10, 43): *Omnes prophetae testimonium perhibent, remissionem peccatorum*... Que son perdonados los pecados a los que piden perdón. por Jesucristo; y aparejándose a ello, *cayó luego el Espíritu Santo sobre los que lo oían.*

V. 13.

*Scribo vobis, patres, quoniam cognovitis eum, qui ab initio est.*—Porque *in principio erat Verbum.* Os escribo, padres, que conocisteis al que es desde el principio; por cuyo conocimiento viven los hombres. Viene bien a los ancianos de días el conocimiento maduro y asentado del Señor. Porque ya los tales más parece emplearse en el conocimiento quieto de Dios. que en resistir a los enemigos. Pues así como los viejos en las fuerzas del cuerpo están debilitados, así están los enemigos espirituales, si bien han peleado de mozos.

*Scribo vobis adolescentes, quoniam vicistis malignum.* Al demonio y al mundo, que hablan por una misma boca; pues tienen un mismo espíritu. Y a éste vencen los mancebos, porque donde carga más la batalla es en los días de la juventud, y así el propio oficio del mancebo es pelear y vencer.

V. 14

*Scribo vobis, infantes, quoniam cognovistis Patrem.* Torna a repetir lo dicho, para encarecer el afecto y amor con que les escribe. Ni es prolijidad, cuando tal

provecho se pretende; aunque a algunos les parece que decir una cosa dos veces, lo es. Habla así de los niños, porque es propio de los niños hacerles conocer a su padre y nombrarlo por nombre de padre; y así habían de hacer a los niños, enseñarles que tienen un Padre celestial en quien han de poner su confianza, y al cual han de llamar más rico y poderoso que ninguno de los hombres.

*Scripsi vobis patres.*—A los viejos conviene mucho la prudencia, para que sepan para sí y para los mozos. Dice el Sabio (*Eccli.*, 25, 4): *Tres species odivit anima mea et aggravor valde animae ipsorum; pauperem superbum, et divitem mendacem, et senem fatum et insensatum.* Tres cosas detesta mi alma, que agrava harto a la de ellos: al pobre soberbio; al rico embustero; y al viejo insensato y necio. Porque todos éstos son muy incorregibles y desordenados. Humilla Dios al pobre con quitarle los bienes, y es ensoberbecido aún. El rico, que tiene quitada la ocasión de adular y mentir, que mienta, es cosa muy mala. Y el viejo que del discurso de su vida no haya cogido sabiduría, sino que todavía esté simple y sin entender el mal y el bien, es cosa muy fea. El viejo, aunque de mozo se descuide y se pierda, a la vejez, si se da prisa, puede cobrar lo que perdió; como el caminante que en la mañana anduvo poco y durmió la siesta; mas tal prisa se puede dar a la tarde, que cobre lo perdido. Ha de llorar el viejo las faltas de la mocedad, como hizo San Jerónimo, que a la vejez se apartó al yermo a llorar las faltas de la juventud si es que en verdad las tuvo. Y llorándolas David, decía (*Ps.*, 24, 7): *Delicta juventutis meae ne memineris.*

*Scripsi vobis, juvenes, quoniam fortes estis.*—¡Qué bien parecen los mancebos fuertes contra los vicios. y cuán mal dejarse vencer de ellos! Muy flaco es el mancebo que no sufre una palabra, y de quienquiera toma venganza. Pues ¡qué fácilmente es vencido del vicio de la ira! ¡Oh qué engaño, pensar él que vence y es tenido por fuerte si a otro hiere o mata, y es él vencido o muerto! ¡Oh qué tiempo pierden los mancebos, si lo pierden! Que en la vejez no pueden pelear contra los vicios, o no tan bien. ¡Cómo se embriagan de la dulzura de este mundo! De los cuales dice la Escritura (*Is.*, 5, 22): *Vae, qui fortes estis ad bibendum vinum!* Toda la gloria y deleite de la carne es

vino; y como falta el sabor del vino espiritual, anda el alma muerta de sed y hambre, y desea beber de ese vino ponzoñoso de la carne. Que el estómago muerto de hambre comerá hojas de rábanos y cortezas de pan; y el alma que no conoce a Dios, ni Dios es su manjar, muerta de hambre, echa mano de los manjares malos de la tierra. *Babilonia tiene un vaso, y da a beber y emborracha,* dice Jeremías (51, 7). ¿Qué es *Babilonia* sino *la carne* que de su dulzura da de beber a los hombres?

## V. 15.

*Nolite diligere mundum, nec ea, quae in mundo sunt.*—Es tema del bienaventurado San Juan, que tengamos mucho miramiento dónde ponemos nuestro corazón. Y así dice el Sabio (*Prov.*, 4, 23): *Omni studio custodi cor tuum, quoniam ex ipso vita procedit.* Así como la vida corporal consiste en tener el corazón vivo, porque en muriendo el corazón muere el cuerpo; así el corazón del alma es el amor; adonde no hay amor, muerta está el alma, porque en lo que consiste la vida, eso es el corazón. Decía Hugo de San Víctor: *Anima mea, vita mea amor tuus.* Dícenos el Sabio: *Con toda guarda, guarda tu corazón*; *tu amor,* quiere decir; y que tal recaudo pongamos en él, que le echemos llave sobre llave y guarda sobre guarda: que lo guardemos con siete guardas. Como si un hombre tuviese en un vaso un poco de bálsamo, ¡con qué cuidado guardaría el vaso, porque no se le vertiese o se le quebrase! Pues sábete que si de tu alma derramas el amor, que estás perdido y muerto; porque no tienes más vida de cuanto tienes amor. Es conclusión que todas las cosas son hechas por amor. San Dionisio dice: *Omnia quaecumque agunt, propter amorem agunt.* Todo lo que obra, lo hace por amor... ¡Qué fuerza puso Dios en el amor! Todas las cosas que hacen las criaturas racionales e irracionales, las hacen por amor. Pregúntese cada uno a sí mismo: cuando habla, ¿por qué habla, por qué come, por qué hace esto o lo otro? Por amor. Y aun cuando queréis mal, os movéis por amor de vos mismo, por sosegar y pacificar ese amor que os tenéis. El animal, ¿por qué come y bebe? Por el amor que se tiene a sí. Y cuando camina, ¿por qué aguija? Por amor que se

tiene, que no le den. ¿Y por qué, para descansar una piedra, si está en alto se baja a lo bajo? Porque tiene su amor a lugar bajo. San Agustín decía: *Amor meus, pondus meum; quocumque feror, amore feror.* Mi amor es mi peso; doquiera que voy por amor voy «Mi peso» no cosa pesada, sino la inclinación de la cosa, llama su peso. Pues éste es el amor. Del fuego, su peso es subir arriba; como en la piedra su peso le hace bajar abajo, que es aquella inclinación que tiende a bajar. Todas las criaturas se mueven y [obran] por amor.

Luego mucho va en tener cuenta con el amor, pues él es causa de todo movimiento; menester es mirar quién guía la danza, porque así andará todo el corro.

Y por eso San Juan encomienda tanto que miremos nuestro amor dónde le ponemos; y por eso nos anunció que Dios *nos amó desde el principio*, y que fué tanto, que se hizo hombre, y que podemos *tener compañía con el Padre y con Jesucristo*, que es con la Divinidad y Humanidad de Jesucristo. Díjonos cómo *Dios era luz*, y cómo, para servirle, hemos de *andar en luz*, y cómo hemos de *guardar su palabra*. Y porque Él es los mandamientos abreviados, para tener compañía con Dios, es menester tenerlo, y amar lo que Él ama. No despreciéis el amor, pues tan gran bien os puede hacer. Y si amáis lo que Dios aborrece, ¡que Él no lo permita!, catad que hay una ponzoña, que si la coméis, moriréis. No queráis amar al mundo ni a las cosas que en el mundo son: *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo.* Si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en él. ¿No es razón que paguemos bien pagado al que tal aviso nos da? Y quizá nos encontramos con la ponzoña y no la conocemos. Si estuviese un jarrico de vidrio de agua muy clara en vuestra casa, y quien bebiese de aquella agua muriese, y vos sintieseis gran gana de beber, y no supieseis la ponzoña de aquel agua; si alguno os avisase, ¿no le deberíais mucho? Avísanos San Juan: *No queráis [amar] al mundo; si alguno ama al mundo, no está la caridad del Padre en Él.* El Padre Eterno es nombre y palabra de consuelo. El que ama al mundo ha perdido la amistad del Padre, porque el amor del mundo echa fuera el de Dios (*Jac.*, 4, 4): *Adulteri, nescitis quod amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo vo-*

*luerit amicus esse hujus saeculi, inimicus Dei constituitur.* Adúlteros, ¿ignoráis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Todo el que quiera ser amigo del siglo, enemigo es de Dios. ¿Por qué los llama Santiago adúlteros? Porque el mismo amor al mundo es adulterio; porque ponéis el amor de Cristo en el mundo, y por el mismo hecho, estáis constituídos enemigos de Dios. Y porque el Señor sabía que esto lo habían de oír muchas orejas y pocos corazones, lo dijo tantas veces. Dijo el Señor a sus discípulos el Jueves de la Cena (*Jn.*, 15, 18): *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret; quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus.* Si el mundo os odia, recordad que a mí me odió primero. Si del mundo fuérais, amaría el mundo lo suyo; mas como no sois del mundo, sino que yo os saqué del mundo, por eso mismo os aborrece el mundo. *Porque no sois del mundo,* como cosa extraña os aborrecerán. Nuestro Señor y sus discípulos *no eran del mundo*; y en aquella oración que escribe San Juan que hizo a su Padre, tan solemnísima, dijo (*Jn.*, 17, 9): *Ego pro eis rogo; non pro mundo rogo, sed pro his quos dedisti mihi; quia tui sunt. Et mea omnia tua sunt, et tua mea sunt, et clarificatus sum in eis.* Yo ruego por ellos; no por el mundo, sino por los que me has dado; porque son tuyos. Y todo lo mío tuyo es, y lo tuyo, mío, y soy glorificado en ellos. Y por el mismo San Juan (14, 16) dice: *Et ego rogabo Patrem, et alium Paracletum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis, quem mundus non potest accipere, quia non vidit eum, nec scit eum; vos autem cognoscetis eum, quia apud vos manebit.* Rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, que permanezca siempre con vosotros; Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir; porque ni lo vió, ni le conoce; pero vosotros sí le conoceréis, porque estará con vosotros. *No puede el mundo recibir el Espíritu Santo,* porque Dios y el mundo son enemigos capitales. Tan largamente se ha probado esto, tantas veces nos lo ha dicho Dios que plegue a Dios que sea de los hombres creído, y no sirva solamente de acusador en el Juicio. ¿En qué copa está aquesta agua? Y si la bebo, moriré. ¿No será razón te prevengas con conocer esta ponzoña?

—¿Cómo decís que el mundo es esta ponzoña, y

que no amemos al mundo, ni las cosas que están en el mundo? ¿No lo crió Dios? ¿no crió la tierra, el agua? ¿no hizo los árboles y animales? ¿no hizo el sol y la luna, y dice en el Génesis (1, 31): *Vidit cuncta quae fecerat, et erant valde bona?* Y el cielo, y tierra, y hombres, ¿son malos? No. Pues ¿qué es esto que dice San Juan que no amemos el mundo ni las cosas que están en él y que nos diga Dios: «Si este mundo amáis, mi amor habéis perdido»? ¿Cómo es esto? Pues quien a Dios ama, todas sus cosas ama, hasta un gatillo y perrillo, porque Él lo crió. Porque acá decís: «Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can.» Pues si Dios crió el mundo, ¿por qué no lo tengo de amar, por ser cosa de Dios? ¿Por qué tan grande entredicho en amar lo que Dios hizo, pues si bien queréis a una persona, aun la ropa que se viste queréis bien, y una prenda suya, por ser suya, la queréis bien? Los teólogos preguntan si la caridad se extiende a amar las cosas irracionales y sin sentido: parece que sí. Si bien queremos a uno, cualquiera cosa suya queremos bien. Si amo a Dios, amo sus cosas con el mismo amor.

Lo irracional no se ama *con el mismo amor* que se ama a Dios y las criaturas que son capaces de Dios. El amor de la caridad no se extiende sino a los seres que son capaces de gozar de Dios. De aquí se saca que de las criaturas racionales tan solamente los demonios y dañados no se han de amar con este amor; pero que todos los ángeles y santos y hombres, fieles e infieles, se han de amar con tal amor. Los infieles, porque están en potencia de ser fieles; los malos cristianos que están en pecado mortal, porque pueden salir de él y venir a estado de gracia. Unos gozan de gracia, como son bienaventurados y buenos cristianos; y otros pueden gozar, como infieles y malos cristianos; sólo los demonios y condenados salen de esta compañía.

Las criaturas irracionales no son capaces de ser amadas con este amor de caridad; mas tales cosas, como son los cielos, agua y tierra, animales y árboles, secundariamente se pueden amar, no por ellos, sino porque resplandece en ellos la gloria de Dios, que está en ellos; y así decís: «Bendito sea Dios, que crió tal árbol.» Y de quien bien queréis, aun la ropa que trae vestida le amáis, según que le es provechosa a aquel que bien queréis. Con amor de caridad amáis

al prójimo para que goce de Dios; y amáis la hacienda en cuanto aprovecha para servir a Dios. No se ama la piedra para bien de la piedra, ni el sol para bien del sol, sino para gloria de Dios. «¡Bendito sea Dios que les crió!» De manera que si el amor que tengo a la criatura, racional o irracional, es amor de Dios en ella, más que de la criatura, ese es honrosísimo amor. Ya se han visto personas tan enamoradas de Dios, que por su amor abrazaban las piedras y los árboles y hierbas, porque las crió Dios. Mientras más quieren a Dios, más quieren lo que Él crió. No se llama eso amar las criaturas por sí, sino un retorno, unos rayos, reflejos que salen del amor de Dios.

—Decid: si es bueno el amor del mundo y de las criaturas, ¿por qué lo condena tanto San Juan?

*El mundo* unas veces se toma en la Escritura Sagrada por esto que Dios crió; y de esta manera decía San Juan (1, 10): *Mundus per ipsum factus est*; que es el sol y el cielo y la tierra y animales. Y quien está debajo del sol y anda en la tierra, está en *el mundo*. Y según esto, las monjas y frailes y clérigos y beatas están en *el mundo*, porque viven en *el mundo*; y en los monasterios tierra y aire y piedras hay. Y este mundo, de que hemos dicho, no es malo, del cual no dijo San Juan, como vimos, que no podía recibir el Espíritu Santo, sino hablaba de un mundo que [no] es capaz de recibir a Dios. Quiere decir, que hay hombres que no pueden recibir el Espíritu Santo; y así dijo el Señor a sus discípulos (*Jn.*, 17, 14, 16): *Vosotros no sois del mundo, como Yo no soy del mundo.* —¿Cómo, Señor? ¡Vos y vuestros discípulos no estáis en el mundo? —Sí: no quiero decir eso.

Ahí está el punto y ahí ha de haber el aviso para guardarnos. Hágoos saber que este *mundo*, que nuestro Señor dice, ni se ve con los ojos, ni se toca con las manos, ni se huele con las narices; no es cosa visible, ni se oye con las orejas; en conclusión, no se puede entender ni saber con sentidos corporales.

—Pues ¿qué es ese mundo? ¿es aire? No debe ser nada.

—Ese es su nombre, que quien no tiene el Espíritu de Dios, es aire y en nada se vuelve. ¿Sabéis qué es este *mundo?* Un desorden en el amor. Amar al mundo y a sus cosas *por ellos mismos*. Que si vos ama-

seis a este mundo, que es lo que Dios crió, como quiere Dios que se ame, en Él y por Él, no hacéis mal.

—¿Pues qué no tengo de amar del mundo? ¿Y cómo tengo de haberme con él?

—Declárelo San Juan, porque tenga más autoridad: *No queráis [amar] al mundo ni a las cosas que en el mundo son; porque si alguno ama al mundo, el amistad del Padre no está con él.*

## V. 16.

*Quoniam omne, quod est in mundo concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae.* Porque todas las cosas que están en el mundo son concupiscencia de la carne y concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Este es el mundo malo: he aquí el agua de solimán; helo aquí el vaso de la ponzoña: *Concupiscencia de la carne, y codicia de los ojos, y soberbia de la vida.* Ved aquí el peligro de que os habéis de santiguar.

—Todo esto yo lo tengo en mí.

—Pues ése es el mundo malo, que dentro de vos está. Pues qué, ¿pensabais que eran las paredes? Quien tiene estas tres condiciones o alguna de ellas, este tal está en el mundo, aunque sea monja encerrada o fraile cartujo. Todos los cristianos habían de estar fuera de este mal mundo. El que no tuviere alguna de estas dolencias, sepa que éste no está en el mundo, aunque sea seglar; y la monja o fraile, clérigo o beata, que tuviere algo de esto, a boca llena le digo que está metido en el mundo. En el tiempo de San Pablo, decía él mismo de los cristianos que estaban puestos por espectáculos de todos (1 *Cor.*, 4, 9): *Spectaculum facti sumus...* Echannos a las bestias, trátannos mal, somos hechos terreros del mundo y de los hombres: Dios nos mira de arriba y sus ángeles.

—Parece, San Pablo, que decís palabras ociosas. ¿Mundo y hombres no es todo uno?

—Dice San Ambrosio, que llama San Pablo a los infieles mundo, y a los cristianos hombres. Ahora, como hay en la cristiandad tantos malos cristianos, llámanse los malos mundo; los que viven en los monasterios y los de la iglesia no habían de estar ni vivir en este mundo; si viven en este mundo o no,

allá se verá. Este es el mundo malo, enemigo de Dios. estas tres codicias. Guardaos de una cosa que tenéis dentro de vos; no me dicen: «Guardaos de la mujer, guardaos de la hacienda». sino: «Guardaos de vos mismo.» Codicia de la carne, y codicia de los ojos, y soberbia de la vida, en vos mismo está; y por eso de vos mismo os habéis de guardar. Todo el mal y todos los pecados que un hombre puede hacer, dentro de sí están: *Sanguisugae duae sunt filiae.* Dos hijas tiene la sanguijuela. ¿Qué es *codicia de carne?* De ahí el mal; porque sabemos no se usa otra cosa, sino buscar los hombres descanso, y huir trabajo Esto es lo que trae el mundo en peso: procurar descansar, y huir de trabajar. De aquí es el procurar las camas blandas, las vestiduras delicadas, el comer espléndidamente; todo el negocio va a parar en dar contentamiento al cuerpo, tomar placer y huir trabajos.

¿Qué es *codicia de los ojos?* ¿Los ojos no son carne? —Sí. —¿Pues para qué será menester decir codicia de los ojos, pues se entiende en codicia de la carne?

Verdad es; mas porque hay mirar que no para en el mirar, sino tira a otra cosa que tiene por fin, dijo *codicia de los ojos* distinto de la codicia de la carne. Porque el que se deleita en el mirar, y allí para, en deleitar los ojos o la carne, *codicia de carne* tiene; mas porque hay mirar que toma deleite en otra cosa más que en mirar, por esto dijo *codicia de ojos.* Mira un mozo liviano una mujer hermosa, ídolo de mozos (¡qué baratos se venden los mozos al diablo por un mirar codiciando!); ¿deléitase en mirar? *Codicia de carne.* ¿Tiene un hombre muchos dineros, y no en oro ni en plata, sino en chanflones (2) negros, y deléitase en mirarlos, no por hermosos, pues son feos, sino por el fin, que son muchos dineros y valen mucho, y finalmente, huélgase mucho con codicia de tener bienes del siglo? Este no se llama deleite de la carne. sino *codicia de dineros,* que es distinta de la carne y del mirar que es codicia de la carne. «No me deleito del mirar los dineros, porque son dineros, sino porque son míos.» Vais a las viñas o a vuestras piezas y holgáisos de mirar aquellos sarmientos secos y aquellos terrones. ¿Por qué os holgáis? Porque son vues-

(2) *Chanflones:* moneda antigua de dos cuartos.

tras las viñas. Esa es codicia de los ojos, que se reduce *ad bonum utile,* que se ama por otra cosa. El deleite ámase por sí mismo; porque deleite y bien honesto ámanse por sí. El dinero y la hacienda ¿por qué lo amáis? Dicen los teólogos que *appetitur propter aliud. Concupiscencia de los ojos* es codiciar *bienes provechosos*; y porque se suele mirar con gran deleite, llamó San Juan codicia de ojos: bien pudiera decir codicia de acá dentro, de hacienda, codicia de provecho.

¿Y *soberbia de vida,* fausto de vida, qué es? ¡Aun si no lo supieseis qué es fausto de vida! Las amas que os acompañan, los trajes de vestidos, y las invenciones demasiadas, las muchas camas de arreo, los tapices, los muchos mozos y caballos, deseos de valer y mandar, soberbia de vida es.

He aquí los siete pecados mortales. Haced dos cabezas; que las sanguijuelas tienen dos hijas, que dicen: *¡Daca, daca!* Dice San Pablo (2 *Tim.*, 3, 1): *In novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines seipsos amantes* (dice la Glosa interlinear: *Raíz de todos los males*) *cupidi, elati, superbi. blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti, sine afectione, sine pace, criminatores, incontinentes.* En los últimos días vendrán tiempos peligrosos, porque habrá hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, desobedientes a sus padres, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, calumniadores, incontinentes. Pero puso la raíz, *amadores de sí mismos:* El hombre hase de amar a sí, porque es cosa de Dios: si come, porque quiere Dios que viva; y si anda vestido así, porque quiere Dios que ande así. ¿Por qué come una madre que quiere criar a su hijo? Pues come buena comida, por tener buena leche. Así el buen cristiano todo lo que hiciere, hágalo por Dios. Las dos hijas que dicen de la sanguijuela, llamadas: *Affer, affer!,* son *soberbia de vida,* y *soberbia de carne*: como ser estimado entre las gentes, ser en el primer lugar, y descansar. «Honra y descanso»; a esto se reduce. Huir de ser deshonrados y huir de trabajos constituye soberbia. Envidia: de ella dice San Gregorio: «Ahoga a la madre y morirse ha la hija.» Acuérdate de Jesucristo, y dile: «Señor, pues Vos fuisteis deshonrado, no se me dé nada de serlo yo; Vos tuvisteis trabajos, vengan a mí en hora buena.» En estas dos condiciones del

mundo nacen todos los siete pecados mortales. Porque de la codicia de la carne sale la lujuria, gula y pereza, que son tres pecados mortales. La ira nace de cualquiera hija de éstas, o de soberbia de vida: porque me quitan la honra o porque me tocan en la carne, por eso me enojo. La avaricia es como el mercurio, porque toma la virtud de la planta con quien se junta; los dineros o hacienda, o son para soberbia de vida o para regalos de carne. He aquí todos los siete pecados mortales encerrados en *soberbia de vida* y *regalos de carne.*

Quien esto ama, no es de Dios; el que fuere de Dios ha de estar fuera de esto. En lugar de soberbia de vida ha de tener humildad.

—No quiero ser estimado en el mundo sino porque soy Corregidor. Es menester tener honra por el oficio que tengo, y no porque yo la quiero; porque si me abatiese, no me tendrían en nada y sería la justicia menospreciada.

—Decidme: si en una comida como tres gallinas, habiéndolas menester para servir a Dios y no por mí, que verdaderamente si me pudiese pasar sin comer, no comería, ¿es esto comer demasiado? Dice San Agustín: «Si en comer manjares más viles estuviese el abstinencia, manjar más vil comen las bestias que los hombres, y más abstinentes serían. Más abstinencia hace el que come gallinas por Dios, que el que ayuna a pan y agua por su voluntad; porque lo que coméis es haberlo menester para vuestra vida.

Dice el padre: «Si yo mando a mis hijos que me honren, no es por mí, que yo deseo no tengo de ser honrado; y pluguiese a Dios permitir, pues yo he sido mal hijo para con Él, que fuese yo deshonrado y maltratado. No quiero, pues, ser honrado, sino por provecho de mis hijos, que verdaderamente yo no amo la honra.»

¿Por qué coméis? «Porque Dios me manda que coma; que si Él no me lo mandase, no comería.» Eso no es gula. ¿Por qué os vestís ricamente? «Porque quiere mi marido, por le contentar.» Bueno es eso; no se ofende Dios. ¿Por qué os vestís con traje talar? «Porque soy sacerdote y por honra del sacerdocio, y porque mandan los Cánones que ande así vestido; que si no fuese esto, de sayal andaría vestido.» Mirad el fin por que se hace; que conforme a él será la obra. Si me caso y busco sucesión para servir a

Dios, y visto, y comò, y descanso para el mismo servicio de Dios, no es cosa de mi voluntad, sino de la santa voluntad de Dios; y no merece nombre de cosa del mundo. sino de cumplimiento de la voluntad de Dios. A los malos, si les preguntáis por qué os vestís, por qué coméis, dirán: «Por parecer bien y por mi apetito.» Y por eso comen demasiado, porque su intento no es Dios, sino codicia de carne. ¿Qué ha de salir de ese mundo? Infierno.

—Dura cosa es eso que nos decís.

—Pues más duras son las penas del infierno, y por no las pagar, sufrid acá esta purga; que, aunque parece muy amarga y recia, cura.

*Todo lo que hay en el mundo es codicia de carne. y codicia de ojos, y soberbia de vida,* o fausto de vida. lo cual, no se compadece con Dios. Luego con mucha razón el verdadero cristiano ha de ser enemigo de estas tres cosas, por las cuales es entendido el mundo; *y quienquiera que le amare, no está la caridad del Padre en él.* Estas son las *tres lanzas* (2 *Reg.*, 18, 14) con que el capitán Joab mató a Absalón, que perseguía a su padre David. Que como fuese un día huyendo del dicho capitán Joab, revolviéronsele los cabellos a una encina, y allí lo atravesó su enemigo. El que anda en desobediencia de Dios, tiene los cabellos largos, que son los deseos, los cuales se le revuelven a encina, que es árbol que da manjar para puercos; y, revueltos los deseos en cosas sucias, que son el manjar de puercos, llega el mundo con estas tres lanzas, y mátalo: *codicia de carne, codicia de ojos, soberbia de vida.* Lo contrario a esto es deseo de trabajos, pobreza y humildad. Decía San Pablo (*Gal*, 6, 14): *Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi; per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo.* Lejos de mí gloriarme, sino en la cruz de Cristo, por quien para mí crucificado está el mundo, y yo para él. He aquí la muerte del mundo. ¿Cuál será vivo al mundo? Aquel en quien viven estas tres cosas o alguna de ellas. Cuando San Pablo decía aquello no tenía que ver en él codicia de carne, ni de hacienda, ni fausto de vida, el cual decía (*Colos.*, 3, 3): *Vos mortui estis.* Estáis muertos.

Entendamos en esta verdad, en dar alguna doctrina para nuestro provecho acerca del engaño que tienen algunas personas, diciendo que pueden tener algunos regalos y alguna codicia y honra. No niego, sino que

algunas veces es menester que los hombres procuren esto; mas hase de mirar el cómo y el fin.

El Padre bien puede procurar ser honrado de sus hijos, porque sus hijos no sean mal criados y no pierdan la reverencia que le deben por ser padre; y lo mismo el juez, si lo hace, por tener autoridad, y que la justicia no sea menospreciada, sino tenida en más. Y en tal caso es bien que lo procuren ellos. Y así no toda manera de honra, ni de codicia, ni de regalo de la carne es mala; que si un hombre para la conservación de su vida ha menester comer buenos manjares, muy justo es que los coma. Mas mirad que ha de ser por aquel fin y no por gula; que si los coméis por gula, aunque los hayáis menester, ya es pecado. Si vos tenéis el corazón tan desasido de la gula y tan limpio de la honra, que no la queréis, ni os holgáis con ella por vos, antes la aborrecéis, y si la tomáis es por el bien de vuestros hijos, porque no sean mal criados; bien la podéis tomar, que ésa no es honra. sino caridad; pues por ella la tomáis y decís dentro de vos: «Por lo que toca a mí, pluguiese a Dios que ellos fuesen verdugos de mí, porque desobedecí a mi Dios.» Pesarnos ha con la honra en lo que nos toca y holgarnos por el provecho de los prójimos que de ella les viene. Lo mismo ha de ser en la carne. Ha de tener el cristiano tan quitado de sí tomar descanso en lo que toca a él, que no haya cosa que de más mala gana tome; y tanto, que si Dios le dejase en su mano, él no tomaría nada. Estáis malo: ¿por qué os curáis? «Porque me parece que ofenderé a Dios si no me curo.» A eso obediencia de Dios lo llamo yo. que no regalo de carne. ¿Por qué coméis? «Porque quiere Dios que coma y que me vista.» Llamadle obediencia de Dios. Tal nombre tiene el arte, cual es el fin porque se hace. Si tenéis el corazón limpio y sin afecto de carne, que no lo tomaríais aquello si Dios no lo ordenase y quisiera, no se llama eso acto de carne, sino acto de obediencia.

Por el contrario, tema el hombre que hace una buena obra porque le honren; que da limosna porque le tengan por bueno, y ayuna por lo mismo. ¿Llamarse ha esto ayuno? No.

Catad que no comió más de una vez. ¿Qué le falta para ayuno?

—Lo más; el cuerpo tiene de ayuno, y llamas de vanagloria. Dijo Aristóteles: «Quien hurta para adul-

terar, más es adúltero que ladrón.» Y como es en lo malo, es en lo bueno. ¿Yo codicio hacienda, y la busco para mantener a mis hijos, y los caso para que sirvan a Dios? Esa no es codicia, sino obediencia de Dios. Dadme que el intento de granjear y negociar sea limpio; que el ir a ferias con este intento llamadle ir a iglesias. Mirad el fin con que negociáis, con que camináis, si es mundo o si es contrario a mundo.

Ahora estamos en el golfo mayor de la mar, donde se anegan por engaño los hombres, o se libran por verdadero conocimiento; y quien aquí acertare, bienaventurado es en la tierra. Ved aquí la cobertura con que muchos cubren sus males. En las cosas claramente malas y que son de sí malas, cada uno se condena a sí mismo; mas hay cosas que pensáis que son buenas, y delante del juicio de Dios no lo son. Dadme una mujer que tiene muchos vestidos, demasiados, que solamente los trae por vanidad; ésta no es menester libro que la condene, que la soga lleva arrastrando. San Gregorio dice: «Ninguno busca vestiduras preciosas si no es por gloria vana.» Tiene un hombre muchos mozos, una mujer trae muchas amas. ¿Por qué las traéis? —Porque me honren. —Claro está que eso, es malo, que es mundo. —No lo hago por ese intento. —Pues ¿por qué lo hacéis? —Porque conviene a mi estado; soy justicia y es menester que me teman. —Bien está eso. Mas el engaño que ahi puede haber es por pareceros que es por ese fin, y ser de mundo.

Y ya que no lo sea de mundo en sí, tomáis más de lo que es menester para el fin, y excedéis en los medios; que aunque el fin sea bueno, podéis errar en los medios. «¿No es bueno el que está enfermo desear la salud?» Sí; mas tanta cañafístola podéis tomar, o ruibarbo, que os muráis; que aunque tengáis deseo de sanar, si el medio es desordenado, podéis morir. ¿Para qué tomáis ese regalo? «Para conservar mi vida.» Mirad, no os engañéis. Aquí *pendent leges et prophetae* (*Mt.*, 22, 40) en saber tomar un buen medio para este buen fin. ¿Para qué tanto vestido, tantas galas? «Para mi estado, por no escandalizar, si me abajase de él.» Los hombres de ahora cincuenta años, hombres eran como vos, y no sé si diga mejores; y eran casados como vos, y había condes, y caballeros, y jueces, y tenían estados. Pues ¿cómo se pa-

saban con tan pocos vestidos y trajes? Dice Santo Tomás que estado es una manera de vivir que tiene obligación perpetua de vivir así en ella. Si esas demasías en los trajes fuesen necesarias al estado, callaría. Mas no lo son; que con lo que gastáis vos un día en ropas, gastaban en un año en otro tiempo. Lo mismo digo de los señores; y en aquel tiempo condes había y duques, y no gastaban en dos años lo que ahora se gasta en vanidades en un día. Si llamáis estado el uso: «Hago esto porque se usa», que es la mayor cobertura que tenéis, no es palabra esa de cristianos. Mas dado caso que lo digáis, si cuando Dios os tomare cuenta por qué gastasteis tantos dineros en vanidades, padeciendo los pobres tantas necesidades, ¿se os admitirá en el juicio ese descargo? ¡Señor, usábase, y todos hacían así! En cosa que es mala, alegar el uso, mala excusa es; para quien se ha de nivelar por palabra de Dios, muy mal descargo le será el uso. ¿Cómo? ¿y el mandamiento de Dios, que es recto, hase de nivelar por uso de hombres torcidos? Si fuera ley humana, sufriérase pasar por el uso, si se usara en contrario de ello. Si se usase de no guardar el día de San Lorenzo, o de no ayunar las cuatro Témporas, el uso quitaría el pecado al que no ayunó; porque es de derecho humano, el cual el grande uso quita. Mas en lo que toca al derecho divino o natural, dice el capítulo final *de consuetudine,* que tanto los pecados son más graves, cuanto *diutius infelicem animam detinent alligatam.* Mientras más vieja es la enfermedad, más mala es, más incurable. Y por eso el uso contra palabra de Dios peor es cuanto más usado. Por cierto que andaría buena la escuela de Dios que se rigiese por el uso de los malos discípulos. Y que se tuerza la regla con lo torcido que se ha de reglar no es bueno, sino que lo torcido se enderece con la regla. Que así lo dijo Él (*Mt.,* 23, 8): *No queráis a nadie llamar sobre la tierra maestro, que uno es* [el] *vuestro, que es Jesucristo,* y no hay más de Él; que los maestros de por acá son debajo de Él para enseñar lo que este Maestro enseña (como, en una palabra (3) hay un maestro que da orden, y debajo de éste están los oficiales menores), no maestros por sí, sino para explicar lo que este verdadero Maestro les mostró.

---

(3) *Palabra:* debe decir *obra* o cosa semejante.

Si el uso, pues. no puede prescribir contra lo que Dios mandó, ¿recibiros ha Dios esta excusa: Usase? Una cosa me espanta, ver a los hombres tan torpes en esto, y por otra parte tan delgados, que partirán un cabello. Ellos mismos se dejan engañar. Tiene un señor una bula para comer carne la Cuaresma y los días de pescado con necesidad; tiene aquel señor un médico que por dineros bailará; y como el médico está acostumbrado a contentar a su señor, con la menor cosita del mundo le dice que bien puede comer carne, y verdaderamente le parece a él que acierta. Tiene un señor un letrado o confesor y dícele: «Querría hacer esto, mas con buena conciencia.» Viene el letrado y revuelve leyes y libros, y viene a hallar que se puede hacer con buena conciencia lo que el señor quiere. ¿Quién le engaña a este letrado? La voluntad que tiene de contentar a su señor. Y por eso ni los aficionados, ni los que tienen pasión, son buenos para jueces; que muchas veces dice el entendimiento que es verdad lo que no es, porque la voluntad lo quiere.

¿Por qué coméis tanto? «Helo menester.» Miradlo bien.

¿Por qué demandáis tantas reverencias a vuestros criados? Mirad que quizá podéis pasar sin ellas y alcanzar el fin que deseáis con menos medios. Porque como tienen el deseo de ser estimados o regalones, hácense entender que lo han menester para su vivir; y que aquella honra que buscan, que la han menester para su estado; pero todo ello no es sino el negro deseo que tienen de contentar y ser estimados. Entonces seréis buen juez de vos mismo, cuando acá de dentro no tenéis deseo de aquello que habéis de juzgar.

Excusáis vuestras vanidades con el «se usa»; lo cual bastaría para ser avergonzado todo hombre que se fundase en eso. ¿Paréceos que estáis bien excusada con el uso del traje que inventó una mala mujer por contentar a su amigo? Que lo más probable es ser así, que de allí haya traído origen y que el aprobar de vuestra obra sea el pecado de la otra. ¿Queréis tomar por excusa de vuestro yerro el pecado mortal que la otra hizo? ¿En la escuela de Dios y en su casa los locos han de poner reglas? Si me dijérades que lo había usado San Pedro o San Pablo, tomáralo por excusa; o si me dijérades: «Esto

usó San Luis, Rey de Francia, conformárame con ello.» Lo que los tales usaron a ojos cerrados lo podéis usar. Mas que lo inventado por el diablo lo haya de aprobar Dios, eso es imposible. ¿Y hay hombres que con esta necedad están asegurados?

¿De dónde pensáis que está el mundo perdido, sino por este fausto de la vida, y por esta soberbia y vanidad? De aquí viene que ni podéis manteneros, ni podéis casar vuestros hijos; una hija se os pierde, otra metéis por fuerza en un monasterio; metéisla en cárcel. Y de aquí viene que como el hijo ve que el padre no le puede ayudar, se va por ahí perdido. Otros por no atreverse a mantener estas locuras no se osan casar; otros por cumplirlas hacen mil pecados mortales. De aquí resulta que falta siempre para rescatar cautivos; muchos, por no ser rescatados, reniegan la fe. Empleáis lo que en esto falta en esto otro. ¿Por qué tanto para gastar en el mundo? Porque pide una mujer un vestido y otro, y por tener el marido paz con ella, dáselo; mas para cumplir aquéllo ha de engañar a otro, o ha de hacer algún pecado mortal; éstos son los efectos que hace la soberbia de vida. Quitad lo que tenéis demasiado para vivir y vivid con razón.

*Curam carnis ne feceritis in desideriis* (*Rom.*, 13, 14). No escuchéis los deseos de la carne. ¿Para qué tanto colchón en la cama? ¿No os podéis pasar sin tanto colchón? ¿No podéis pasar sin comer tanto? Descanso de carne y soberbia de vida.

Pues ¿qué dirán de mí, si no traigo tantas amas, y tengo tantas sayas? En verdad que muchos dirán muy bien. ¿Y qué palabra de cristiano es: Qué dirán de mí? *Curam habe de bono nomine* (*Eccli.*, 41, 15). Ten cuidado de tener buena fama; de no hacer cosas que por ellas os tengan por malo; para que así como de ver un árbol hermoso y con fruta alaban a Dios que lo crió, así digan: Bendito sea Dios, que tan virtuoso te hizo. El pecar deshonra a los hombres, que no el traerse llanamente y dejar las vanidades. *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in coelis est* (*Mt.*, 5, 16). De tal modo brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. No nos encomienda aquí Jesucristo la buena fama por los atavíos, sino por las virtudes, por las

cuales es glorificado Dios en vos. *Gloria del Padre* es la bondad del hijo, y gloria de Dios es la bondad en el cristiano. Procura de ser bueno, siquiera porque no pierda Dios esta honra.

Dice San Crisóstomo sobre esto: «En el servir a Dios no habéis de tener tanto cuidado para que otros alaben a Dios por vos, como vos particularmente de servirle; que la misma buena obra dará luz, aunque no queráis.» Poned aquí una hacha encendida; que, aunque vos no queráis, no deja de alumbrar. Sed vos bueno, sin mirar que os tengan por tal, que la virtud dará lumbre. No siendo la cosa que hacéis mala, ¿qué dirán? «Fulana es mujer cuerda, que puede traer muchas galas y muchas amas, y se pasa sin ellas.» «Fulano puede traer muchos criados, y se pasa con pocos; de bueno lo hace.»

—Decidme han de mezquino.

—Gastad vos lo que gastabais en vanidades en servicio de Dios, y no os dirán mezquino. Sed liberal en dar limosnas, en casar huérfanas, en rescatar cautivos; vean que lo que gastabais en vanidades lo conmutáis en servicio de Dios, y verán que no es mezquindad, sino verdadera largueza.

—Tenerme han en poco; que está el mundo tal, que tiene a los virtuosos en poco.

—Sufridlo por amor de Cristo; que a Él lo tuvieron en menos de lo que a vos os pudieren tener. Cuanto más, que si algunos os tuvieren en poco, otros dirán bien. Porque también murmuran de los que andan locamente vestidos; y si murmurasen de vos, serán los malos, que a ellos les parece mal eso. Que a los buenos y a Dios bien les parece; las locuras parecen mal a Dios y a los cuerdos. Sí, que más son de vuestra parte que de la de los locos. Si fuereis cuerdo, dirá mal de vos un loco y un necio; pero bien Dios, y el cuerdo y el sabio. De esta mala vanidad que en los hombres hay, se hacen mil pecados mortales. No lo tengáis en poco; que esta es la causa de muchos pecados, unos clara y otros solapadamente. De aquí viene, que por lo mucho que se gasta en este fausto, no hay para casar la hija, y hácese mala mujer.

—Padre, ¿es pecado mortal tener tanto fausto?

—Si no es pecado mortal, de lance en lance se viene a hacer un pecado mortal y muchos. De aquí viene, que se verifican contratos malos por salir con esta vanidad; que, aunque ella en sí no es pecado mortal,

mas por sustentarla, se cometen muchos. Muy bien lo dijo Isaías (5, 18) con grande amenaza: *Vae, qui trahitis iniquitatem in vinculis vanitatis!* ¿Púdose decir más claro debajo de *vae: ¡Ay de vosotros que traéis la maldad en las cuerdas de la vanidad!?* Esas cuerdas son de vanidad, y si ello en sí no es pecado grave, mirad que lo que arrastra son pecados mortales. Si os guardarais de la cuerda de la vanidad, no arrastraríais la maldad.

Todavía decís: ¿Qué van en eso?

¿Nunca oísteis decir: «Sentáronse fulano y zutano a jugar un real y viniéronse a matar»? Andad, que jugar un real no es pecado mortal, pero sí es gravísimo pecado mortal matarse. Irse un mozo a pasear por las calles no es pecado mortal; mas ¿qué se sigue de ahí? Que vea lo vedado y lo codicie y cometa un pecado mortal.

Ya que esas ocasiones y vanidades no sean pecados mortales, ¿no veis que son graves pecados veniales? No sembréis árbol en vuestra casa que, creciendo poco a poco, venga por tiempo a dar fruto de que muráis No busquéis honra, antes la cortad; y si Dios os la da. no se os pegue el corazón a ella. Hombre hay casado que dice: «Así Dios me ayude, que cuando me honran o estiman, me pesa.»

Aquel casto José, cuando su ama lo requirió de amores (o de dolores), respondióle (*Gen.*, 39, 8): *Toda su casa y hacienda me ha puesto mi señor en la mano; mas no le haré yo esa afrenta tan grande, que le tome su mujer.* Todo cuanto quisiereis os tiene Dios puesto en vuestras manos; su casa y hacienda, este mundo y lo que está en él. Mas la mujer, que es la honra, ¡no se la toméis! Y cuando quiso Lucifer alzarse a Dios con esta mujer, mirad en qué paró. Cantaron los ángeles (*Lc.*, 2, 14): *Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus!* ¿Quieres tú quitar la gloria que a Dios se debe? Quien hurta lo que no es suyo, pierde lo que es suyo; quítante a ti la paz y la gloria. Quien quiere honra, que pierda la honra y el provecho. Nuestro Señor dijo a los fariseos que le llamaban samaritano, que quiere decir hereje y endemoniado (*Jn.*, 8, 50): *Ego gloriam meam non quaero.* «No busco mi honra.» Pues si vos, Señor, no buscáis la honra, en cuya comparación los ángeles y arcángeles son gusanos, ¿por qué andan tras ella los hombres? El mismo San Juan dice (*Jn.*, 7, 18): *Qui a semetipso loquitur, gloriam*

*propriam quaerit; qui autem quaerit gloriam ejus qui misit eum, hic verax est, et injustitia in illo non est.* Por hablar de sí, busca su gloria: mas quien busca la gloria del que le envió, es veraz y no injusto. Cuantas veces decís: «Hago esto por mi honra», la quitáis a Dios. Si la tomareis ha de ser por honra de Dios y provecho de los prójimos. Sí, que bien [se] sabía algunas veces San Pablo alabar, cuando dijo que *fué llevado hasta el tercer cielo y que había visto secretos de Dios* (2 *Cor.*, 12, 4). Y otra vez dijo que *había trabajado más que todos* los Apóstoles (1 *Cor.*, 15, 10). Pero no buscaba en esto su honra, sino habíalo menester la flaqueza de los cristianos que entonces eran; y por eso no es aquello honra, sino servicio de Dios. El fausto de vuestra vida ha de ser tal, que sea para honra de Dios y provecho de los prójimos; que de otra manera, grave ofensa hacéis a Dios, que le quitáis a su mujer. Para esto no pueden dar licencia ángeles ni hombres, sin grave pecado.

*Quae non est ex patre, sed ex mundo est.*—No es del Padre ninguna de las concupiscencias de que ha hablado; no nace del Padre, sino del diablo, cuyo es hijo aquel que ama alguna cosa de aquellas que están en el mundo. Son propios términos de este Evangelista estos ablativos: *Ex Patre, ex Deo, et nobis, ex mundo.* Y quiere decir: «No es el tal del bando del Padre, sino del mundo.» De manera que todas las veces que oyereis decir *codicia de carne, codicia de ojos y soberbia de vida,* sentenciadlo por *del mundo, no del Padre*; porque el espíritu de Dios induce, al contrario, a humildad, a mortificación de carne y a huir la avaricia y codicia de los bienes temporales. Dios y mundo, bandos son contrarios.

## V. 17.

*Et mundus transit et concupiscentia ejus.* Parecióle a nuestro Señor, por San Juan, que con decirles a los hombres que no amasen el mundo ni las cosas que están en él, porque perderían la amistad del Padre, no habían de dejarlo por amar, y habían de decir: «Bien veo que es malo amar al mundo; mas sábeme bien *codicia de carne*; háceme buen gusto *codicia de dineros*; dame contento ser estimado y tenido en mucho; soy aficionado *a honra,* y no vale uno más de

lo que se tiene.» *Quien esto ama, no es del Padre.* Bastaba esta palabra para un cristiano, para no querer al mundo, aunque no le pusieran, por contrapeso de perder tal amistad, las penas del infierno; mas porque sabía Dios que había corazones que no se habían de mover con aquello, pasa adelante, y dice: ¿Sabéis qué mal tiene el mundo para que lo aborrezcáis? *Et mundus transit et concupiscentia ejus.* Porque pasa el mundo y su concupiscencia. No pongáis vuestro corazón en el mundo, que se pasa. *Mundo,* se toma aquí, por este mundo visible; no pongáis vuestro amor en las paredes, que se han de caer. ¡Qué bueno es esto para los que tienen puesto su amor en las cosas curiosas! San Juan (*Apoc.*, 21, 5) escribe que oyó decir al Cordero: *Ecce nova facio omnia.* Que vió *el cielo nuevo y tierra nueva.* David dice (*Ps.*, 101, 27): *Ipsi peribunt, tu autem permanes; et omnes sicut vestimentum veterascent.* Perecerán ellos, mas tú permaneces; y todos como vestimentos envejecerán. He aquí lo que dijo San Juan, que vió *el cielo* nuevo *y la tierra nueva*; entiéndese, que después del juicio, queda cielo y tierra y aire todo purificado. Y esto apunta San Pablo (*Rom.*, 8, 22): *Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et parturit usque adhuc: non solum autem illa, sed et nos ipsi, primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei exspectantes, redemptionem corporis nostri: ipsi enim salvi facti sumus.* Somos comendadores de espera. Cuando el rey casa un hijo, da a sus esclavos librea. Así *toda criatura gime* y está esperando esta renovación. Andan todas las cosas como de parto; la tierra anda ya cansada de dar fruto y producir plantas. El sol y el aire tienen en deseo de estar renovados. *No solamente estas criaturas, mas también nosotros gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo.* Atrás dice San Pablo en el mismo capítulo: *Nam expectatio creaturae revelationem filiorum Dei exspectat.* Mejorando Dios a sus hijos, dará librea a sus siervos. El cielo no ande, mas descanse; a la tierra, agua y aire, quítense las impuridades; esté la tierra luciente; no dé más fruto, porque no tendrán los hijos de Dios necesidad de comer. Por honra de los hijos mejorará los criados. Por eso dice San Juan, que vió *cielos nuevos y tierra nueva.* Si las codicias del mundo no las queréis dejar, porque no son de parte de Dios, *mirad que el mundo se pasa y sus*

*concupiscencias*; catad aquel deseo de la carne que *se pasa*; la codicia de los dineros *se pasa*; la soberbia de la vida *se pasa* y va de camino. «Avísoos—dice San Juan—de cómo todo se pasa», para que huyáis de ello y lo dejéis, pues ha de ser por fuerza.

*Qui autem facit voluntatem Dei, manet in aeternum.* Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre. No era menester que esto se dijese por muchas palabras, viendo lo que vemos. ¡Cuántos habrán andado por esta tierra por donde nosotros andamos! ¿Qué fué de ellos? Ya pasaron. ¡Qué cosa ver hervores de cortes, justas, torneos, invenciones, faustos y atavíos! Espera un poquito, ¿qué se hicieron? ¿No tuvo razón el rey Jerjes, que teniendo un campo de hombres de un cuento, subióse a un monte y paróse a mirar aquella multitud de gente, y comenzó a llorar? «¿Por qué lloráis, rey?» «Porque me llaman rey de tanta multitud de gente, y soy rey de polvo, porque de aquí a tantos años no habrá ninguno de éstos.» *Fallax gratia, et vana est fortitudo, et pulchritudo; mulier tinens Deum ipsa laudabitur* (*Prov.*, 31, 30). «Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Dios, ésa será loada», dice la Sabiduría.

¿Qué dirán los malos en el infierno? Y plega a Dios que lo entendamos y escarmentemos en cabeza ajena (*Sab.*, 5, 8): *Quid nobis profuit superbia vitae? Aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa.* Pasaron todas aquellas cosas, como saeta tirada al blanco, que no sabemos qué camino llevó, porque no dejó señal (*Sab.*, 5, 13): *Sic nos nati, continuo desivimus esse, et virtutis nullum signum valuimus ostendere; in malignitate nostra consumpti sumus; talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* ¡Malaventurados! ¿Quién os hiciera entender eso, mientras vivisteis acá! ¡Si lo creyérades, cuando acá os lo predicaban!... Unos le llamaron al mundo *sueño*, y otros *la ampollita que hace el agua,* que luego se deshace; y si otra cosa en el mundo hallareis más breve, comparadlo a ella.

Vana es la buena gracia, pero engañosa: *Fallax gratia.* Guardaos de ella; catad que es vuestro enemigo, aunque tiene apariencias de amigo. Dios nos libre; que con ser vano el mundo, es engañoso. Dice Jeremías (51, 7) del cáliz de Babilonia: *Calix aureus inebrians omnes gentes.* El cáliz bueno parece, que

está dorado; mas mirad, que emborracha todas las gentes. La vanidad del mundo cosa buena nos parece; el valer y ser estimado, cosa de gusto; la codicia de la carne, sabrosa: la codicia del dinero, buen rostro nos muestra; hermosa cosa nos parece el mundo. Pues mirad que os engaña; catad que emborracha. Es engañoso; pareceros ha hermosura por de fuera, y tiene de dentro fealdad. ¡Dios os guarde de su engaño! Viene un vuestro amigo a deshora y da a la puerta: «¡Abrid aquí!» «¿Quién sois?» «¿No me conocéis? Fulano, vuestro amigo soy.» Vais, abrísle, entra vuestro amigo, y tras él vuestro enemigo y tómaos descuidado y daos de puñaladas. ¿Habéis visto vuestros mercaderes malos, que muestran buena muestra y después dan mal paño? Mostráis buen vino, y daisme después ponzoña que me mate. Así el mundo con nosotros tiene unos halagos que parece que es nuestro amigo, y es para con aquéllos darnos ponzoña. ¡Qué halagos trae la carne, cuando nos quiere engañar! ¡Qué contentamiento nos promete la codicia del dinero! ¡Qué apacible se hace la honra, que parece que reluce a los hombres! Si cuando estos enemigos diesen a la puerta, mirásedes vos quién viene tras ellos, no los dejaríades entrar; porque conoceríades que viene con esa apariencia de amigo vuestro enemigo a mataros. El hombre naturalmente desea descanso. Engañámonos; tomamos el paño malo por la muestra buena. Convídaos el mundo con vuestro apetito, con aquello que vos codiciáis; abrís la puerta; cuando no catáis, daos de puñaladas y mátaos.

Dios usa al revés del mundo con nosotros; el mundo tiene los principios sabrosos y los dejos amargos; nuestro Señor tiene los principios amargos y los dejos sabrosísimos, y de gran perpetuidad y descanso. ¿Qué nos dice el Señor? Primero *toma la cruz, y sígueme* (*Mt.*, 16, 24); sufre la tentación por amor de mí, sufre los trabajos; que el fin de ellos será la gloria. Sufre aquella muestra trabajosa que la virtud tiene consigo, que después será muy gran deleite aun en esta vida. Que si os ejercitáis en virtudes y cumplís la Ley de Dios, ¡daros ha tanto contentamiento! Vendrá tiempo que os será más deleite trabajar, sufrir injurias y necesidades, que a los malos cumplir sus deseos.

Tenéis aquí un peso con dos balanzas iguales; ¡no lleguéis a ellas, dejadlas pesar! No tienen los hombres paciencia para dejarlas pesar; sino antes que vean

cuál balanza pesa más, echan mano de la cosa deleitable. Dejad pesar ese peso, no tengáis esa balanza: *Amor meus, pondus meum; quocumque feror, amore feror (Augustinus).* Vuestro amor es vuestro peso; adondequiera que va vuestro amor, allá sois llevada; el deleite os lleva. ¿No diréis: «Quiero ver lo que me lleva, quiero ver lo que me dais»? ¡No echéis mano a la balanza! No tenéis paciencia para hacer esto. Ponéis vuestro corazón en *la codicia de la carne* o en *el fausto de la vida.* No miráis el amargura que eso os trae, porque no tenéis paciencia para pesarlo con la virtud. Como el mundo tiene los principios sabrosos, de ahí viene que le siguen mucha gente. Vendrán los dejos, y allí veréis el llorar, el arrepentir y el conocer cómo iban engañados.

No solamente el mundo es vano, mas engañoso; porque, siendo amargo, dice que es deleitable; siendo breve, dice que es largo; y siendo sombra, dice que es cuerpo; y siendo nada, dice que es mucho. ¡Y el negro mal es que lo creemos! ¿Quién hará entender a un mancebo, que no piensa morir en mil años, que la vida es breve? ¿Quién le hará entender a un avariento que aquello que ama no es nada? ¿Y quién hará conocer a un fantástico, que es aire su fantasía y su honra? Están tan satisfechos de sus carnalidades y vanidades, tienen sus leyes tan canonizadas, que no habrá entendimiento humano que otra cosa les haga entender. Está el mundo tan engañado, que para hacerle entender que van errados, ha de ser por gracia de Dios. Y así como Dios hace señalada merced a un hombre que perdió el juicio, en volvérselo; así la hace señaladísima al hombre que le da a entender lo poco en que debe ser tenido el mundo. Y esto no se puede hacer, si Dios no entra en el corazón y da lumbre para leer este libro.

*El mundo se pasa y sus codicias.* Recio amenaza el Profeta Joel (1, 5) a los que aman al mundo: *Expergiscimini et ululate, ebrii, qui bibitis vinum in dulcedine; quia ablatum est vinum de ore vestro.* Quitaros han esas carnalidades, quitaros han esas vanidades, esos dineros; y quitado ese vino de la boca, vendrá otro, del cual dice la Sagrada Escritura (*Deut.*, 32, 33): *Fel draconum, vinum eorum.* Hiel de dragones es su vino.

*Pues el que hace la voluntad de Dios, éste permanecerá para siempre.* ¡Los deseos de grandes memo-

rias! Mirad; aquí el mundo es *codicia de la carne, y codicia de ojos, y soberbia de vida.* Decidme: ¿un hombre que va al infierno, que vivió acá en estas codicias, tendrálas allá? Sí; que con las codicias que acá murió, con ésas estará en el infierno. Allá tiene deseo de pecar como acá tuvo; mas no le dejan poner en el efecto sus codicias. Como en el bueno duran sus virtudes que acá tuvo; que si acá fué manso, serlo ha en el cielo; acá casto, también allá; acá humilde y sujeto, allá también. Los malos que acá pecaron, aunque murieron, no perdieron la concupiscencia del pecar; aunque para los efectos del pecar no les dan lugar. Y esta es grandísima pena y castigo para esos que siempre están pecando y deseando desordenadamente; que si se les quitara la concupiscencia del pecar, menos tormento les fuera; mas siempre están pecando y el mismo pecado es pena de su pecado, aunque no tienen otra nueva pena de sentido, porque están fuera del estado del desmerecer. Mas *quien hace la voluntad de Dios* deléitase en la castidad, deléitase en la modestia, en la humildad y el trabajo, y el deleite de la virtud permanece para siempre. Y si algo se pierde, es la fe; en lugar de ella sucede otra mejor cosa, que es ver a Dios: *Qui autem facit voluntatem Dei, manet in aeternum.*

En aquel juicio general se asentará Dios en su silla, en el pleito que se trata entre Dios y el mundo. En él ahora es deshonrada y tenida en poco la virtud y estimado el vicio; que aca, si uno hace lo que debe, luego mofan de él; y los malos parientes deshonran al pariente que perdona la injuria, y no la vengó. Dará el Señor la sentencia en favor de la virtud, y condenará lo que los mundanos hacen. El mundo perecerá, y será deshonrado, abatido y despreciado; los buenos serán favorecidos y estimados y tenidos en mucho (*Rom.*, 10, 8): *Prope est verbum in ore tuo.* ¿Queréis agradar y contentar a Dios, y que el día del juicio seáis de los escogidos? Guardad sus mandamientos, guardadle su condición, haced su voluntad, no busquéis devociones extranjeras.

—¿Y los trabajos que me vienen?

—Recibidlos con paciencia; que así hizo Job (1, 21): *Sicut Domino placuit,* así se hizo

—¿Qué? ¿Los trabajos envía Dios?

—Sí, y él sabe por qué. Él lo dice por el Profeta Oseas (*Amós*, 3, 6): *Si est malum in civitate, quod*

*ego non fecerim?* ¿Qué pena hay en la ciudad que yo no haya mandado? El mal es en dos maneras: mal de culpa, y mal de pena. La pena no es mala; que buena cosa es que un juez ahorque a uno que lo merece; buena cosa es que un padre castigue a su hijo. Castíganos el Señor, porque seamos buenos. No solamente hemos de hacer los mandamientos de Dios. mas también sufrir los trabajos que nos envía; que no basta lo uno sin lo otro. Bien dijo esto San Pedro (1 *Petr.*, 4, 19): *Itaque hi, qui patiuntur secundum voluntatem Dei, fideli Creatori commendent animas suas in benefactis.* Así que aquellos que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus ánimas con buenas obras al Criador. Uno sin otro no aprovecha nada. Si el Señor se quiere servir de mí con trabajos. *sea el nombre del Señor bendito.*

El mundo, *soberbia de vida.* ¿Qué le es su contrario? Amar deshonra. El mundo, *codicia de carne*; su contrario, amor de trabajos.

—¿Cómo? ¿tengo yo deseo de ser deshonrado, y deseo de pasar trabajos, y de ser pobre? ¿tengo totalmente de ser contrario al mundo?

—Deciros he lo que basta de necesidad, y lo que debéis hacer para más perfección. Bástale a un cristiano para se salvar, no amar *la codicia* de la carne y de los dineros: «No quiero honra; porque no como de ese manjar; ni quiero regalos de carne.

—¿Basta esto?

—Basta. Mas si queréis amar a Dios perfectamente. habéis de pasar de ahí. Dice San Pablo (*Gal.*, 5, 24), que *los que son de Cristo concrucifican su carne con los vicios y concupiscencias.* Después que Cristo vino al mundo trocáronse las lanzas. Él fué por nosotros crucificado; nosotros hemos de ser crucificados por Él. Pudiéndonos Cristo redimir sin trabajos, murió por nosotros: pudiéndonos curar con medicinas, nos curó a costa de su sangre preciosa. Oíd a San Bernardo: «Dulces son las afrentas del Crucificado al que las conoce.» Esto, Señor, me mueva a que más os ame, y padezca por vos trabajos; ver que, pudiéndome rescatar *sin trabajos,* los quisistes recibir tantos, y tales, y tan grandes. Este es, Señor mío, purísimo amor que me tuvisteis, porque estaba mejor para mí. Mueve tanto el corazón este amor que Cristo nos tuvo, que hace a los verdaderos cristianos desear padecer por Él *muchos trabajos*; y danle tormento y desconsuelo los re-

galos y vanidades del mundo. Cava tanto el corazón pensar que Dios *sin trabajo* nos pudo redimir y no quiso, que hace a muchos, que siéndole puesto delante el trabajo y el descanso, y siendo éste lícito, escojan el trabajo; y si Dios les manda que tomen el descanso, les es muy gran tormento. Vanse a querer la deshonra, huélganse con ser menospreciados y desean padecer hambre y sed. Y dice el buen cristiano: «Quiero responder a mi Señor en el tono que me habla. De esta manera me amó; puro amor le hizo padecer; quiero yo en retorno hacer por Él lo que Él hizo por mí.» Si Dios dijese a uno: «No trabajes, no te fatigues, que yo te llevaré al cielo sin trabajos», él, verdaderamente agradecido, podría decir: ¡Señor, vergüenza tengo de lo que me decís! ¡Que seáis Vos tan mal tratado, tan lleno de trabajos, y que yo no tenga necesidades! ¡No me lo mandéis, que es gran desconsuelo para mí; nunca tal haré!

Que vaya el Emperador a la guerra con una pica al hombro, y descalzo, y corriendo sangre, sudando y cansado, y que diga a un caballero: «Pero vos cabalgad en una mula, y vestíos, y comed muy bien, y regalaos, y veníos conmigo a mi lado.» En verdad que si aquel caballero tiene vergüenza, que se afrente gravemente de esto, y le sean más pena aquellos regalos, que si fuera como va el Emperador; y así dirá: ¡No me lo mandéis, Señor, que es gran afrenta y dolor para mí! «Habéislo de hacer, que lo manda el Emperador.» Dice Dios: «Sígueme.» Si éste tiene hacienda, honra, vive sin trabajos y sin afrenta, tendrá gran dolor de ver a Cristo a su lado pobre y ser él rico, de ver a Cristo con trabajos y él con descanso, de ver a Cristo con una cruz a cuestas, descalzo y corriendo sangre, y él a su placer. En verdad que el cristiano que esto siente, tendrá gran dolor de ver que no puede ir como va su Señor. Y de aquí nace que, como deben consolar al caballero que va regalado con el Emperador, diciéndole: «Tened paciencia, haced lo que el Emperador os manda, aunque os parezca cosa recia, que, yendo él con tanto trabajo, vayáis vos tan regalado; haceos desplacer a vos por contentar a él»; así habíamos entre cristianos de consolar al rico y consolar al honrado: «Tened paciencia, catad que quiere Dios que os honren.» ¡Oh qué cosa recia, que vea yo a mi Señor sudar gotas de sangre, vivir en tantos trabajos y con una cruz a cuestas, y que vaya yo muy

harto y muy regalado! ¿Quién lo podrá sufrir? Señor, si me dais estas riquezas, con pena las recibo; mas por cumplir lo que mandáis las tomo. ¿Yo honrado y alabado, y Vos pregonado por Jerusalén como malhechor? ¡Y yo sin dolor, ni enfermedad, ni trabajo, ni hambre, y Vos lleno de dolores y trabajos, hambre y sed y cansancio!

Esto ha de hacer el cristiano. Como el mundano tiene deseo de ser regalado, honrado y de tener dineros. así el cristiano ha de tener deseo de ser deshonrado, de ser pobre y pasar trabajos. Y si como Dios quiere que coma, si quisiera que dijese mis pecados públicamente, yo los diría, porque me tuviesen en poco, como mi Señor fué deshonrado. Dice Dios por Jeremías (18, 8): *Si poenitentiam egerit gens illa a malo suo quod locutus sum adversus eam, agam et ego poenitentiam super malo quod cogitavi ut facerem ei.* Si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, me arrepentiría de lo dicho contra ella, y de lo que tenía pensado hacerle. Si Dios os dijere: «Al infierno te quiero llevar» (si esto os dijeren en nombre de Dios, no lo creáis que Dios diga esto, antes creed que es el diablo, que no son palabras de Dios, para quien le sirve); mas pongamos por caso que Dios lo dijese y te mandase ir al infierno. ¿Qué dirías? «Sea enhorabuena.»

En el infierno hay dos cosas: culpa y pena. Y porque en el infierno hay culpa, ninguno va allá por la voluntad de Dios, sino por sus malas obras. Como un buen juez que ahorca al malo, que no quisiera que hiciera aquel mal ni que en él se ejecutara la justicia. Pongamos caso que uno murió en pecado mortal; fuése al infierno; mas Dios no quiere que vaya allá. Sus pecados lo llevaron. Santo Tomás (4) dice que hemos de querer la voluntad de Dios.

Dios quiere que si muere vuestro padre, le lloréis, y hacéis bien; mas en cuanto toca a que lo quiso Dios holgáisos; en lo tocante a que era vuestro, pésaos porque murió.

Quémase una casa a vuestro prójimo. Lloráis con los que lloran, reís con los que ríen. —Andad, que Dios lo hizo, holgaos de eso. ¡Qué gentil caridad! Sí, que un padre azota un hijo, y no quiere que los otros hijos se rían, antes se huelga él que lloren como aquél.

---

(4) 2.ª 2.ªᵉ, q. 10, 4; q. a, 10.

—¿Pues no me tengo de conformar con la voluntad de Dios?

—Sí; mas no es toda una regla, voluntad de Dios y de hombre. Dice San Agustín que puede Dios, con voluntad buena querer una cosa, y querer vos lo mismo que Él quiere y no conformaros con su voluntad. Y puede haber conformidad *in volito* (en lo querido) y no *in modo volendi* (en el modo de querer). Dice un padre a un hijo: «Ve a los segadores a llevarles de comer.» «Y vos, padre, ¿qué queréis hacer?» «Estarme aquí en esto pegado.» Dice el hijo: «Yo también quiero lo que vos queréis.» Eso no es hacer su voluntad, antes es chufa, o lo que es lo mismo, burla. Ha de quere el hijo lo que su padre desea que el hijo quiera. La verdadera obediencia es que vos queráis lo que Dios quiere que vos también queráis. Aun diciendo Dios: «Yo quiero que vuestro padre se muera y quiero que se queme aquella casa de vuestro vecino; no habéis de buscar vos que vuestro padre se muera ni que se queme la casa del otro, antes habéis de sentir trabajo y llorarlo.» Otra regla es razón que tenga Dios con nosotros. Tenedla en vuestro querer y no querer, que sea la voluntad de Dios.

Y de aquí conoceréis cuán sin pecado tenía Jesucristo aquella guerra con su sensibilidad, repugnando la muerte.

—Pues si Cristo tenía guerra, tenía repugnancia; y habiendo repugnancia, por lo menos habrá pecado venial.

—Es falsísimo; antes la misma razón mandaba a la sensibilidad que sintiese aquella agonía y que se entristeciese, sabiendo nuestro Señor que había de haber herejes que dijesen que los trabajos que Cristo había padecido no le habían dolido. Diría el Señor: «Para que veáis, herejes, que los trabajos verdaderamente los siento, quiero dejar a mi sensibilidad que sienta lo que otro hombre humano podría sentir»; y aún más, por haber sido más delicado. Y eso es lo que dice (*Mt.*, 26, 29): *Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz*. Esta no es desobediencia al Padre, antes conformidad en *el modo de querer* y no *en la cosa querida*: *in modo volendi*, y no *in volito*. Esta repugnancia que tuvo la sensación de Cristo, no sólo fué sin pecado, mas con virtud. Causa acá la sensibilidad guerra; estaros deteniendo en aquella sensualidad. ¿Come Eva, y no come Adán? ¿No consiente la

razón? No hay pecado mortal, hasta que coma Adán y diga la razón: «Soy contento.» Aquel *detenerse, sin consentir* en el pecado o tentación que el demonio trae, es pecado venial. Como en Cristo no hay cosa mala; la sensibilidad tenía obediencia a querer lo que la razón quisiese.

Nuestro querer no es así. Una regla es del querer de Dios, otra es la regla de nuestro querer: «Yo no querría que se muriese mi padre.» Llévanle a una mujer a su marido a ahorcar: llora, y no peca en ello. ¿Por qué lloráis? «Porque ahorcan a mi marido.» ¿Por qué no queréis lo que Dios quiere? «Porque no quiere Dios que yo lo quiera.» ¿Sabéis cuándo pecaría la mujer? Cuando le pesase mirando la misma justicia que se hace. Si dijese: «¡Pluguiera a Dios que no hubiera justicia para castigar los culpados!» Habéis más de estimar el bien público, que el bien vuestro particular, vuestro trabajo o pérdida; lo cual bien podéis hacer. Ley general es que sea amada la Justicia. Cumplís ambas leyes: una del llorar con los que lloran, otra conformaros con la voluntad de Dios. Si Dios echa a uno en el infierno y dice uno: «Pésame, porque Dios hace justicia», peca. Mátanle a la otra el marido; si mira su mal particular: «Pésame por la falta que me hace; mas considerando que lo hizo Dios, alábole, y digo que se cumpla su voluntad.» ¿Cumple con esto? Sí; no es obligada a decir: «Huélgome con este mal, porque es enviado de Dios»; sino: «Duélome de este trabajo, mas cúmplase la voluntad de Dios.» De esta manera cumplís con la ley particular, porque sois obligado a sentir y llorar el mal del prójimo como el vuestro; y cumplís con esta otra ley, que se haga la voluntad de Dios, de la cual dice San Juan que *quien la hace permanece para siempre.*

## V. 18.

*Filioli, novissima hora est. Et sicut audistis, quoniam antichristus venit, et antichristi multi facti sunt; unde scimus quia novissima hora est.* Es la hora última, hijitos míos. Y como oísteis que viene el anticristo, muchos se hicieron anticristos; por eso nos consta ser la hora postrera.

El intento de San Juan, en lo que hemos visto, ha sido persuadir y engrandecer este bien tan grande,

que es *tener compañía con Dios*. Ha dicho cómo para tener esta compañía hemos de *andar en luz*; hemos de *guardar los mandamientos de Dios*; hemos de *amar nuestros hermanos*; porque quien no los ama, ni está en luz, ni tiene compañía de Dios. *No hemos de amar al mundo*, so pena de perder la amistad de Dios. Para firmeza de esto mismo y dejarnos fundados mejor en esta *compañía de Dios*, avísanos ahora de algunas cosas que nos pueden quitar la compañía y amistad de Dios, diciendo: *Filioli, novissima hora est. Hijitos míos, ya es la hora postrera. Y así como el anticristo viene, y ahora son muchos anticristos, de ahí sabemos que es la postrera hora. Estos, de nosotros salieron, mas no eran de nosotros.* Anticristo quiere decir contra Cristo *(anti* en griego quiere decir *contra)*; y aquel *antichristus venit*, es de presente y no de pretérito (lo que no es del Evangelista (5): *Venimus cum muneribus*, que es pretérito). Dice pues: *Oísteis que viene el anticristo.* Por ser cosa tan cierta dice San Juan que *viene*; que quiere decir *vendrá*; pero es tan cierta como si ya estuviera presente. Pues de ése os habéis de guardar. ¿Quién no se guardará del contrario de Cristo? Pues aquellos nacidos que lo hayan de ver.

El anticristo es un hombre que está profetizado que ha de venir, malísimo sobre toda maldad; en el cual, así como en un Hombre-Dios, Jesucristo nuestro Señor, fué infundida toda la gracia, así en este malignísimo hombre infundirá el demonio toda la maldad. Dice San Juan (3, 34) de Cristo nuestro Redentor que *le dió Dios la gracia sin medida*; y por eso fué el que más agradó a Dios, porque no tuvo medida su gracia. Y así este diablo del anticristo será un hombre verdadero, mas endemoniado, en quien el demonio más derramó toda su maldad en hacer milagros y en contradecir a nuestro Señor Jesucristo, y hacer que no le sigan, y para esto perseguir y hacer muchas crueldades a los que siguieren al divino Maestro. Este tomará por empresa decir mal de Cristo, y alzar guerra contra todo el que invocare su Nombre. Dice el profeta Daniel (7, 21) que le fué dado al anticristo poder para combatir contra los santos y vencerlos. Aquí *santos* quiere decir cristianos. Así como un cáliz es *santo*,

---

(5) *Lo que no es*: no así el texto del Evangelista.

porque es dedicado a Dios, de esta manera se dicen todos los que tienen la fe, *santos*, aunque no sean justos.

Este anticristo matará muchos cristianos que no querrán negar la fe, y otros muchos la negarán, y serán hechos de su bando no pocos, letrados y no letrados. A unos dará dineros, a otros estados y honras por atraerlos a sí; y si con todas estas dádivas no aprovechare, pondrálos en grandes tormentos y matará muy muchos. Sobre esto no os diré cosa de poca autoridad de las que hay por ahí escritas, sino cosas sacadas de la Escritura. San Pablo dice (2 *Tesal.*, 2, 9), hablando de este anticristo: *Cujus est adventus secundum operationem Satanae omni virtute et signis et prodigiis mendacibus, et in omni seditione iniquitatis his qui pereunt, eo quod charitatem veritatis non receperunt.* Cuya venida será según operación de Satán en toda eficacia, signos y prodigios falsos, en toda inicua sedición a quienes perecen sin recibir el bien amoroso de la verdad. La venida de éste dice San Pablo que será, *según la obra de Satanás, en toda virtud, y en todo poder y milagros, por virtud del diablo.* Hará levantar los muertos, porque el diablo se meterá en los cuerpos, y harán, y hablarán, y dirán que lo hacen, en virtud del mismo anticristo. *Y en prodigios.* Prodigio es milagro que mucho espanta, que es más que milagro común. Milagros espantosísimos y mentirosos, y en toda manera de engaño. Mirad lo que ahí está encerrado. Y porque estuviesen apercibidos, amonéstalos en principio de este capítulo: *Ruégoos, hermanos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, y por nuestra congregación en Él, que no os mováis presto de vuestro sentido, ni os espantéis. Neque per spiritum, neque per sermonem, neque per epistolam tamquam per nos missam, quasi instet dies Domini.* No se engañe nadie con decir: *Ya viene el Juicio.* No se engañe nadie, que no vendrá tan presto; porque primero que venga, *se descubrirá aquel hijo de maldad, hijo de perdición, aquel que se levanta y contradice sobre todo lo que es Dios.* Así como la Iglesia cristiana, que fué fundada con muy gran persecución de los cristianos, y que en diciendo: ¡Soy cristiano!, decían: ¡Daca la cabeza!; también al fin de la Iglesia ha de haber muy grandes persecuciones y muchos mártires. De este modo ha de ser la Iglesia probada al fin como lo fué al principio. Bien creo yo que para tan gran guerra y persecución, no está la

Iglesia esforzada; y así, creo que caerá muchísima gente.

Hará el enemigo muy repetidos milagros. ¿Qué se le dará al diablo tomar un cuerpo fantástico? Y hará levantar a vuestro padre, porque lo dejará Dios hacer lo que pueda. Y ahora por esas tierras andan diablos en figura de hombres familiares. Dará guerra a letrados con argumentos, y hara caer a muchos; ¿qué hará la demás gente? Será el anticristo un hombre soberbísimo: *Ita ut in templo Dei sedeat, ostendens se tamquam sit Deus.* De modo que se siente en el templo de Dios, mostrándose como Dios.

Dice San Juan: *Et nunc multi antichristi facti sunt.* Muchos son hechos anticristos. ¡Más me espanta eso! Estos son anticristos, como miembros de aquel que, como cabeza de ellos, es el más principal. Ninguno es bueno, si no recibe virtud de la cabeza, que es Cristo, porque Cristo es *caput Ecclesiae* (*Efes.*, 5, 23). Y así el diablo es cabeza de los malos, del cual dice Job: *Diabolus et rex super omnes filios superbiae.* El diablo y los malos es un cuerpo, del cual el diablo es cabeza. Y el malo, como más llegado a la cabeza, es más principal de sus miembros y participa más de él. Incitará a los miembros del diablo a error y mal, así como Cristo, por el contrario, incita a sus miembros a bondad y virtud.

Dice San Juan: *Filioli, novissima hora est.* ¿No veis qué larga hora? Pues verdad es lo que dijo San Juan, que aquel tiempo, que ha mil quinientos y tantos años, era la hora postrera. Y la santa Madre Iglesia le llama al tiempo que Cristo encarnó, *la tarde*: *Venit ad vitae vesperam.* (En la víspera de la vida llegó.) Y en el Génesis (49, 1) se cuenta que, cuando Jacob se quiso morir, llamó a sus hijos: *Congregamini, ut annuntiem quae ventura sunt vobis in diebus novissimis* (v. 10). *Non auferetur sceptrum de Juda, nec dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est.* Congregaos para anunciaros yo las cosas que en los postreros días vendrán. No saldrá el cetro de Judá, ni el poder de su muslo hasta que venga el Mesías. Llamó Jacob *postreros días*, cuando nuestro Señor vino al mundo. Y San Pablo dice (1 *Cor.*, 10, 11): *Haec omnia in figura contingebant illis; scripta sunt autem ad correctionem nostram, in quos fines saeculorum devenerunt.* Todo les acaecía en figura; y todo fué escrito para corrección nuestra y para quienes vino

el fin de los siglos. Llama San Pablo a su tiempo *fin de los siglos*. Y en otra parte llama San Pablo el tiempo en que Cristo encarnó *novissima hora*, y San Juan dice aquí en esto: *Sabemos que es postrera hora*, porque hay muchos anticristos.

Y San Pablo: *No os engañe nadie diciendo que viene el día del Señor. Non retinetis, quod, quum adhuc essem apud vos, haec dicebam vobis? Et nunc quid detineat scitis*. Cosa que San Pablo les había dicho en secreto, no lo sabemos; mas podémoslo adivinar, que les diría que se detendría la venida del anticristo, para que se poblasen las sillas del cielo. Porque si luego viniera el día del juicio, no hubiera tanta gente que se salvara. Sea lo que fuere: *nam mysterium iam operatur iniquitatis*. El misterio de la maldad ya obra. *Misterio*, significa secreto. Quiere decir: «Ya hay mensajeros que obran lo que ha de obrar el anticristo.» En nuestros tiempos hay de éstos que, con tormentos y engaños, hacen a los hombres que nieguen a Cristo. El oficio del anticristo será apartar a los hombres cristianos de la Iglesia con tormentos y engaños. Pues ahora hay hombres que hacen eso, mensajeros tiene ahora. Esto decía San Pablo por su tiempo, que desde la primitiva Iglesia hubo herejes que, con sus falsas doctrinas, procuraron de apartar la gente del camino de la verdad. En creciendo la buena simiente, luego creció la mala hierba. Y ahora hay muchos rastros de aquéllos que, con engaños y falsos argumentos, quieren apartar a los cristianos del camino de Dios. Desde el principio de la Iglesia hasta el fin, hay anticristos; mas llámase aquel *antonomastice* anticristo, *contra Cristo*, y los otros *secundum quid*, como miembros de Él.

Hay otra manera de anticristos (por ventura habrá muchos que no me lo creerán), que no es decir herejía contra Cristo, ni perseguir a los cristianos para que en Él no crean, sino es cuando un hombre en su corazón es contrario a Cristo. San Agustín dice: *Omnis, qui non diligit Deum, antichristus est; foris sis, intus sis*. Tanto me da que estés en la Iglesia o fuera de ella; que como te falte el amor de Dios, anticristo eres. Que aunque seas bautizado, y vayas a la iglesia, y tomes agua bendita, y oigas Misa, si no tienes amor de Dios, anticristo eres. Decidle esto por vuestra vida a alguno, que en verdad que se enoje. Y por ventura os llevará delante el Alcalde. ¿Amas algún pecado mor-

tal? Anticristo eres, *contra Cristo.* San Jerónimo dice (está en el *Decreto*): «Muchos se engañan pensando que es negar a Cristo contradecir su Ley. Cristo no sólo es verdad, mas es humildad, castidad, paciencia, templanza, fortaleza y justicia. Todas las veces que niegas una virtud de éstas, niegas a Cristo. La virtud es negada por el pecado; todas las veces que ofendes a Dios, niegas a Cristo. Porque Cristo no sólo es verdad, mas bondad; luego tantas veces negáis a Cristo, cuantos pecados mortales hacéis. Y pues negáis a Cristo, *anticristo* os podemos llamar. Lo mismo dice Orígenes sobre San Mateo (cap. 24). De éstos dice San Pablo (*Tit.*, 1, 16): *Confitentes se nosse Deum, factis autem negant.* Confiesan a Dios, pero lo niegan con los hechos. Dice San Gregorio: «Advierte que también hay impiedad en las obras, como en los errores.» El negar a Cristo es cosa de impiedad; y no sólo con la falsedad negamos a Cristo, mas con la maldad. San Pablo dijo: *Confiesan conocer a Dios, y niéganlo en los hechos.* Y de ahí sacaron los doctores llamar *anticristo* a boca llena al que ofende a Dios. San Pablo (*Rom.*, 8, 9): *Qui non habet spiritum Christi, hic non est ejus.* Su espíritu es la gracia, que obedece a Dios. El que no tiene este corazón de Cristo, no es de Cristo. Será, como Él mismo dice (*Lc.*, 11, 23): *Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum, dispergit.* Quien no está conmigo, contra mí está: quien conmigo no allega, desparrama. Ese es el nombre del anticristo o que confiesa la fe de Cristo. Bien está, en eso no sois contra Cristo. Cristo no sólo es verdad, mas bondad; pues negáis la bondad, contra Cristo sois. Si no negáis a Cristo con las palabras, lo negáis con las obras. Veis esto probado por palabras de Dios.

Y si la maldad del hombre pasare adelante induciendo otros para ser malos, ¿qué le falta a éste para verdadero anticristo, que ni cree en Cristo, ni quiere que los otros crean? Lo mismo haces tú, que ni quieres ser bueno, ni que los otros lo sean. El hereje no cree la fe, y procura que los otros no crean la verdad: y el que ama la maldad, no quiere la bondad, e induce a otros para que no la amen. Un mal hombre que persigue a una mujer para que sea mala, o una mala mujer que aconseja a otra que ofenda a Dios; el otro que aconseja a su pariente que no perdone la injuria, todos tienen oficio de anticristo,

por la parte de la bondad; porque tantas veces perseguís a Cristo, cuantas hacéis que otro peque. Si dice Dios que *el no coger con Él es derramar*; si el no andar a buscar gente que sirva a Dios es derramar, ¿cómo le llamaréis al derramar la gente que Dios tiene allegada? Gravísimo pecado, y que se ha de pedir de él estrecha cuenta. Dice Gersón: «Uno de los pecados de que en este mundo no se hace penitencia, y ya que se hace, mal hecha, es ser causa que otros pequen. Porque mi pecado, arrepiéntome de él y enmiéndome; mas el pecado que yo hice en hacer pecar a otro, ni me acuerdo de él, ni me arrepiento, ni hago caso de él.» Mirad no os vayáis al infierno cargados del pecado de otros. Si habéis echado almas en el infierno y murió alguno (que vos hicisteis pecar) primero que vos, está allá dando gritos. pidiendo justicia a Dios sobre vos; y es menester que vos deis gritos contra aquellos gritos, pidiendo a Dios misericordia.

Andáis *a derramar* la hacienda de Cristo. Quiere uno confesarse y recogerse, y venís vos y murmuráis de él, y decís que lo hace por no sé qué, y ponéisle nombres; deja de hacer lo que querría, ¿paréceos que tenéis con qué pagar aquel daño? Habéis echado a perder lo que Dios compró con su sangre, contrario a Cristo sois; os llaman a boca llena anticristo, contrarios fines tenéis vos y Cristo. Por haber gente que murmure y contradiga a los que siguen a Cristo, están muchos contrarios al bando de Cristo. Cosa recia es que haya esto entre cristianos.

Dice el Esposo en los Cantares (*Cant.*, 2, 2): *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* Como el lirio entre espinas, así mi amiga entre las hijas. Dice San Agustín: «Mirad que dice *entre las hijas*, y no entre las extrañas.» El buen cristiano ha de ser *como rosa entre las espinas*, ha de ser amigo de Cristo *entre las hijas*, que son los cristianos; de los cuales, aunque sea combatido de todas partes, ha de considerar que es *rosa entre espinas* y que le han de picar de una parte y de otra. *Ecce amaritudo mea amarissima* (*Is.*, 38, 17). He ahí que mi amargura es amarguísima. ¡Que entre gente que trae paz, haya guerra! San Bernardo: *Amara fuit Ecclesia in persequutione martyrum*; y más con la persecución de herejes. El tirano dice: «Muera éste, porque confiesa a Dios.» Mas el hereje, que con su herejía hace enten-

der que no se ofende Dios, más amarga está la Iglesia con la persecución de los herejes; y mucho más en la falsa paz de los cristianos; allí es la Iglesia más amarga. Persígueme un tirano; ya veo que me ha de hacer mal, y huyo de él. Predica un hereje, díceme la Iglesia que no lo crea. Mas del que está en la Iglesia como yo, y conversa como yo, y profesamos una fe, y me dice: «Mira qué nuevas santidades; dejacs de esas hipocresías; haced lo que los otros hacen.» ¿Qué respenderé al tal, que es cristiano como yo? Cuando tocó la mujer que padecía el flujo de sangre a nuestro Señor en la fimbria de la vestidura, iba mucha gente con nuestro Señor; y dice el Señor a San Pedro (*Lc.*, 8, 45): *Quis teligit me?* ¿Quién me tocó? Respondió San Pedro: *Vides Domine, quia turbae te comprimunt, et dicis: Quis me teligit?* Señor, ves que las gentes te aprietan, y preguntas ¿quién me tocó? Estos malos cristianos son los que *aprietan* el cuerpo de Cristo. ¿Cuál es el cuerpo de Jesucristo? Los que están en gracia (1 *Cor.*, 12, 27): *Vos autem estis corpus Christi.* ¿Sabéis de qué sirven esos otros? De *apremiar* el cuerpo de Jesucristo. Porque los que no tienen más fe, que son espinas.

Mayores fuerzas son menester para servir a Dios entre cristianos malos, que entre infieles. Perdona uno una injuria, dícenle cobarde y malaventurado. ¡Cuántos mozos no dirían palabras deshonestas ni jurarían, si no fuese porque otros les corren y afrentan! ¿Por qué no vestís bajamente? «Porque no murmuren de mí.» Está profetizado: *Es la hora postrera; hay muchos anticristos, y va obrando la hora postrera.* Señor, si ahora mil y quinientos y tantos años se dijo con verdad que era la hora postrera, ¿qué será en nuestros tiempos, donde están los que no pueden creer que se ha de acabar el mundo?

Dijo una vez un predicador una necedad (que a veces decimos muchas), que había de durar el mundo cuarenta mil años. Muchas señales hay para creer que será presto. No es profecía lo que digo; que quien esto profetizare, sin dar parte al Obispo o al Papa, está excomulgado (6). Dice Jeremías (6, 17) de nosotros, los predicadores, que somos atalayas que estamos en alto. Está el pueblo durmiendo y el atalaya velando. Mas si las atalayas son ciegas o se duermen,

(6) Ahora no hay tal excomunión.

¿cómo dirán al pueblo cuando viene el enemigo: «¡Alarma, alarma!»? Pues dice Dios: *Si stetissent in consilio meo, et nota fecissent populo meo verba mea, avertissent utique eos a via sua mala et a cogitationibus suis pessimis.* Si en mi consejo anduvieran y predicasen al pueblo mis palabras, le apartarían del mal camino y de pésimos pensamientos. Por Ezequiel (3, 17) dice asimismo Dios: *Speculatorem te possui in Israel.* Si el pueblo se muere, no sea, predicador ni Prelado, por tu causa; avísale tú cuando viene el enemigo. ¡Oh pobres de nosotros, predicadores y Prelados, que vemos menos de las cosas de Dios, que la otra gente; somos atalayas ciegas, en codicias de dineros, y de cosas de tierra, y de mundo; no somos de los que dice San Pablo (*Fil.*, 3, 20): *Nuestra conversación es en los cielos*; en las virtudes, que son las que llevan al cielo. No penséis, quiere decir, que siempre andemos pensando en el cielo; sino que siempre obremos virtudes para el cielo; no vilezas, no bajezas de mundo. Si hubiese buenos predicadores y Prelados, ya habríamos dicho: «¡Alarma, alarma!» Que ensayasen su vida para pelear con los enemigos; para que si en nuestro tiempo viniese el anticristo, que no nos tomase desapercibidos: y para que si viniere en tiempo de nuestros hijos o nietos, que ésos hubiesen aprendido de vosotros, y cuando viniese, estuviesen en vela. No están aquí Prelados a quien toca esto; mas aprovechará para mí, y para rogar a Dios que nos dé lumbre, para que sepamos ser atalayas.

Tengo por señal que vendrá presto el anticristo, ver la grande priesa que en la India hay a descubrir tierra y convertir gente. San Mateo (24, 14) dice: *Et praedicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consummatio.* Quiere decir, que hasta que en todo el mundo se oiga la nueva del Evangelio, no vendrá el fin. Si en cuarenta años venideros descubren en las Indias lo que se ha descubierto cuarenta años ha (digo, otro tanto), paréceme que no habrá que descubrir más. Van los hombres con codicia de dineros a descubrir tierra, y hace Dios su negocio. Es maravilla la priesa que en las Indias se han dado a convertir gentes. Por acá, en Oriente y en el Occidente, ya se ha oído la fama del Evangelio.

Otra señal que pone San Pablo (2 *Tim.*, 3, 1): *In*

*novissimis diebus instabunt tempora periculosa, et erunt homines seipsos amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemi, parentibus non obedientes, ingrati, scelesti.* Estarán unos tiempos, para salvarse los hombres en los postreros días, peligrosos. ¿Cuándo estuvo tan combatida la castidad con desvergüenza de mujeres? ¿Cuándo hubo tanta deshonestidad en los trajes? ¿Cuándo estuvieron los mancebos tan deshonestos como ahora? ¿Era ahora cincuenta años así, que andaban los mozos jugando con las mujeres de treinta años, y no había deshonestidad ni bellaquería? ¿Cuándo los tiempos tan peligrosos? ¿Cuándo la bondad tan contradicha? ¿Sabéis en qué hemos creído nosotros? En unas devociones de fuera, en un rezar, en un ir más veces a la iglesia. Pues ¿sabéis cuán poco vale eso sin esotro? ¿Quiero encaminar este joven en servicio de Dios? Murmuran esos otros mozos. *Los tiempos peligrosos* son éstos. ¿Quiero servir a Dios? Persíguenme. «¡Anda, tanto confesar y comulgar! Fulana hacía así, y paró en la Inquisición.» No fué allá, por cierto, por confesar y comulgar, sino porque lo hacía mal hecho. No erró nadie por ser devoto y recogido.

*Erunt homines seipsos amantes.* Y serán los hombres amantes de sí mismos. ¿Cuándo lo fueron más que ahora? Los regalados de nuestros tiempos en fin del mundo se vieron. Todo cuanto aquí dice San Pablo, es cumplido. *Cupidi.* Van los hombres tras las codicias tres mil leguas; pasan mar, tierras y peligros grandísimos. *Elati.* ¿Cuándo mayor hinchazón de corazón que ahora? Y todo lo que nos dice San Pablo a la letra está cumplido.

La más principal sospecha y conjetura que tengo, es la venida de Lutero. Que así como antes de la venida de Cristo vino el precursor San Juan, como aposentador, así me parece que debe ser éste el mensajero del anticristo. San Pablo dice: *Nisi venerit discesio primum.* No vendrá el juicio hasta que venga la disensión. Disensión es cuando unos soldados se amotinan con su capitán. El griego dice *apostasia.* Un fraile que deja sus hábitos, hace disensión, que se aparta de su cabeza. *Tras esto*—dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 27)—*viene el juicio.* Decidme: desde que hay Iglesia, aunque ha habido muchos herejes, ¿ha ninguno predicado ni seguido tanta apostasía como este Lutero? Herejes ha habido; el capitán de todos fué Arrio; su guerra y cuestión fué contra las personas divinas;

mas no tuvo amotinamiento, como el Lutero; ni lo predicó tanto, ni llegó a sí tanta gente. Fué su amotinamiento y ponzoña contra el Papa. Decía que no hay Papa, y que todos los Obispos son iguales al Papa; no ha habido hereje que tanto hincapié pusiese sobre esto como aquél. Dijo que tenía por guerra más acepta a Dios pelear para que no hubiese Papa, que no contra turcos. Mirad qué amotinamiento tan grande, tan diabólico. Y no se contentó siendo vivo con predicar esto, mas hizo el rótulo que después de muerto le pusieron en su sepultura, y fué éste: *Sive vivens, sive moriens, ero mors tua, o Papa* (7). Lo que Dios dijo: *Ero mors tua,* dijo él: «Ora sea viviendo, ora sea muriendo, yo seré tu muerte, Papa.» No ha habido hereje igual a éste en ser contra el Papa. Y San Pablo: *Que antes que venga el juicio, habrá amotinamiento*; este hereje lo ha tenido bravísimo. Tengo esto por grandísima señal que vendrá presto el fin, y sospecho ser este el mensajero del anticristo; y fúndome en esto que he dicho de San Pablo. San Vicente predicó que venía el anticristo y que su oficio de predicar fué para avisar que venía. Juntas estas conjeturas y otras que yo sé, sospecho que ha de venir muy presto el anticristo.

Lo que sacaremos de aquí es que nos aparejemos. Por San Lucas (21, 36) dice nuestro Señor lo que acontecerá antes de que el fin venga, y avísanos diciendo: *Vigilate itaque omni tempore orantes, ut digni habeamini fugere ista omnia, quae ventura sunt, et stare ante Filium hominis.* Ezequiel dice: Que nunca la gente cree lo que Dios amenaza.» El cual nos ha dicho: *Velad en todo tiempo orando y pidiendo a Dios que seáis tales, que podáis huir todas aquellas cosas y permanecer delante de Él en su fe y servicio.* Amén.

## V. 19.

*Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis; nam si fuissent ex nobis, permasissent utique nobiscum. Sed ut manifesti sint, quia non sunt utique ex nobis.*— Declara ahora San Juan lo que dijo atrás: Que *muchos anticristos había entonces*; *y éstos*—dice—*salieron de nosotros*; *mas,* aunque estaban con nosotros,

---

(7) *Pestis eram vivus: moriens ero mors tua, Papa.*

*no eran de nosotros*; *porque si fueran de nosotros*, si tuvieran nuestro corazón y costumbre, *no se salieran de nosotros*. Mas aunque de fuera eran cristianos, no lo eran de dentro. Como un fraile que se sale de la Orden, que tenía hábito de fraile, mas no el corazón. Estos eran cristianos, que se partieron de la Iglesia, dejándola, y siguieron los errores. A éstos llama San Juan *anticristos*, y dice que hay muchos. Permitió Dios esto, para que se vea claro que no son todos los que parecen de nuestro bando; y así dice San Pablo (1 *Cor.*, 11, 19): *Nam et oportet et haereses esse, ut et qui probati sunt manifesti fiant ex vobis*. Porque allí resplandece la bondad del bueno, donde está el malo, y por eso permitió Dios la maldad del malo, para que el bueno sea en más tenido. Dice San Agustín: «No dejara la bondad suma de Dios pasar la crueldad de los hombres, si no fuera para sacar de allí bienes.» Malísima cosa era la crueldad de Nerón, mas grande el premio de los mártires que éste hizo. Quitadme la crueldad de los tiranos, y no hubiera la hermosura de los mártires que hay en la Iglesia. Permite Dios que los que están en la Iglesia se salgan para bien de los que quedan, y que sea manifiesto que *no son de nosotros*.

## V. 20.

*Sed vos unctionem habetis a sancto, et nostis omnia*.—Aunque éstos se han salido y negado la bondad, vosotros no así, porque tenéis la unción del santo acá dentro, y con esa unción sabéis todas las cosas. No os habéis turbado, ni habéis ido tras la mentira que os enseñan los herejes que se apartaron de nosotros; porque tenéis acá dentro la unción del santo, que tiene más fuerza que la maldad de todos esotros malos. ¿Quién es ese santo? Podemos entender que es Cristo: *Christus* dice en lo griego; *Messia* en lo hebraico. Dice el ángel Gabriel al Profeta Daniel (9, 24): *Et ungetur Sanctus Sanctorum*. Y podemos entender el Espíritu Santo, que es lo mismo; haced cuenta que todo es uno. Dice, pues: «Aunque haya muchos engañados, no lo sois vosotros, porque sois ungidos por el Espíritu Santo.» Esto es un *¿Qué es cosi cosa?* que no lo sabe sino el que lo recibe. Y es una cosa muy poderosa. que sabiéndola, sabréis todas las cosas que os cum-

plen para salvaros. Así lo habéis de entender, que es la ciencia más alta de las ciencias.

V. 21.

*Non scripsi vobis quasi ignorantibus veritatem, sed quasi scientibus eam; quoniam omne mendacium ex veritate non est.* No os escribí como a ignorantes de la verdad, sino como a conocedores de ella; porque la mentira no nace de la verdad. Habría sabios y no sabios.

V. 22.

*Quis est mendax, nisi is, qui negat, quoniam Jesus non est Christus?* Eso no lo aprendieron de nosotros; que no lo enseñamos eso, que es mentira. *¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús no es Cristo?* Es tan grande mentira ésta, que en su comparación no se llaman las otras mentiras. Decís acá, cuando tenéis delante un gran tañedor: «Estando aquí Fulano, no digáis que hay otros tañedores.» No se ha de llamar otro mentiroso, sino aquel que dice que Jesús no es el Cristo. Porque este tal, en una palabra lo niega todo; niégalo todo y miéntelo todo, porque negando que Jesús no es Mesías, niega todo lo que hizo y predicó. Niega que no somos obligados a creerle, y por eso es contrario a Cristo.

*Hic es antichristus qui negat Patrem et Filium.* Anticristo es quien niega al Padre y al Hijo. Aquí se podrían fundar diciendo que el anticristo no es persona particular. El que tal dice, ninguna razón lleva ni camino. Porque así como de decir que hay muchos cristos no se sigue que deje de haber uno, que es el mayor de todos, Cabeza y amparo de todos ellos, así de los cristos Jesucristo es ungido por Cabeza, y propiamente este es el nombre de nuestro Señor. Mas también llamamos a los sacerdotes ungidos: *Nolite tangere christos meos.* Y también los reyes se llaman ungidos, porque a los Emperadores y reyes de Francia los ungen. Y todos los cristianos somos ungidos, porque en el Bautismo nos ungen con el óleo santo; aquella unción que de fuera hacen, es señal de lo que interiormente haya. El Lutero dijo que todo cristiano podía actualmente ofrecer sacrificio como sacerdote;

herejía es. Cristo fué sacerdote y sacrificio; Él fué el que ofreció y lo que ofreció, fué—como dice San Pablo (*Hebr.*, 9, 14)—que así como Abel ofreció a Dios corderos de su manada y pareció bien a Dios aquel sacrificio, así Cristo se ofreció a sí, Cordero sin mancilla, y agradó a su Padre. Y así dijo Dios a San Pedro (*Jn.*, 21, 15): Pedro. *apacienta mis corderos,* por nosotros. Estos ofrece Él ante el acatamiento de su Padre, que son los buenos cristianos, como corderos mansos, y sencillos y pacientes. ¡Qué debemos a Cristo, que siendo Hijo de Dios, nos dió poder para que tuviésemos parte en este bien, de ser hijo de Dios! ¿Quién nos dió por Padre al Padre de Jesucristo? El mismo Jesucristo, el Hijo natural, nos hizo a nosotros hijos de Dios adoptivos. Él nos dió este bien, y así nos dijo (*Jn.*, 16, 27): *Ipse pater amat vos.* San Pablo (*Efes.*, 1, 5): *Qui praedestinavit vos in adoptionem filiorum per Jesum Christum in ipsum secundum propositum voluntatis suae, in laudem gloriae gratiae suae, in qua gratificavit nos in dilecto Filio suo.* Hízonos Dios agradables en su Hijo muy amado. El Hijo, agrada al Padre en sí, y nosotros agradamos al Padre en Él. Y por eso dice San Pablo (*Rom.*, 8, 17) que hemos de ser *cohaeredes Christi.*

Quiso Jesucristo dar parte a los sacerdotes para que exteriormente pudiesen ofrecer sacrificio, y a los cristianos hízolos sacerdotes en el espíritu. ¿Qué queréis decir? Que como un sacerdote ordenado por la Iglesia puede ofrecer sacrificio a Dios en este altar, así todo cristiano tiene poder para en el altar de su corazón sacrificar a Dios. En vuestro corazón ofrecéis a Dios una oración, una limosna y otra buena obra, y parécele a Dios bien. ¿Paréceos que es poquito bien éste que Cristo nuestro Redentor os hizo, que tengáis derecho para ofrecer a Dios en vuestro corazón y que le parezca a Dios bien? Ese poder os dió, para que así como los sacerdotes en la Ley vieja ofrecían a Dios animales, vos, en vuestro corazón, le ofrezcáis y matéis también animales. Matad aquel animal que es la soberbia, matad la carnalidad y todos los demás vicios, y tened por cierto, que en ello agradáis a Dios. Y por esto nos llamamos ungidos por reyes y sacerdotes. Reyes, para matar los pecados; [sacerdotes], para agradar a Dios, sacrificándolos. Mas por esto no se sigue que no haya un ungido principal sobre todos; al cual, quien más se llegare, más le cabrá de la unción, más

bueno y santo será. San Pablo dice que *entonces será revelada la venida de aquel malo.* Esto de un hombre particular se dice. Y San Juan aquí: *¿Quién es mentiroso, sino aquel que niega que Jesús es ungido? Este es anticristo.* Estotros por acá, que niegan eso, serán anticristos, mas participantes de éste, y éste es: *Qui negat Patrem et Filium.*

### V. 23.

*Omnis qui negat Filium, nec Patrem habet.* Quien niega al Hijo, por fuerza ha de negar al Padre. Bien puedo yo confesar que uno es hombre, y puedo negar que no es padre; mas el que confesare que Dios es Dios y que no tiene Hijo, niega al mismo Padre, porque no puede ser sin Hijo. Quien confiesa al Hijo, confiesa al Padre.

### V. 24-27.

*Vos quod audistis ab initio, in vobis permaneat.* Que permanezca en vosotros lo que aprendisteis desde el principio. Que aunque veáis malos ejemplos de otros, no os apartéis de lo que habéis oído de nosotros.

*Si in vobis permanserit quod audistis ab initio, et vos in Filio et Patre manebitis. Et haec est repromissio, quam ipse pollicitus est nobis, vitam deternam, Haec scripsi vobis de his qui seducunt vos. Et vos unctionem, quam habuistis ab eo, maneat in vobis. Et non necesse habetis, ut aliquis doceat vos; sed sicut unctio ejus docet vos de omnibus; et verum est, et non est mendacium.* Porque permaneciendo en vosotros lo que desde el principio oísteis, permaneceréis en el Padre y en el Hijo. Y esta es la promesa que nos hizo, la vida eterna. Tales cosas os escribí yo de los que os seducen. Y conservad la unción que hubisteis de Él; sin necesidad de que otro os enseñe; sino que la unción os enseñará toda la verdad, y no la mentira. Vosotros tenéis unción, permaneced en ella, que no seréis engañados. Gran promesa. *Et sicut docuit vos, manete in eo.* ¿Qué es esta cosa tan bienaventurada que nos promete San Juan, que se llama *unción?* Esta es la gracia del Espíritu Santo; ésta, verdad de Dios; ésta, sabiduría de Dios. Esto es lo que Dios infunde a uno. ¿Qué tiene que ver eso con *un-*

*ción?* Esto no es emplasto; como la pecadora *ungió* los pies del Señor en una *unción* como agua odorífera. David (*Ps.*. 44): *Unxit te Deus tuus oleo laetitiae.* Llámase la gracia de Dios *unción,* porque obra el efecto que hace la *unción* en el cuerpo. La unción ablanda lo que está duro. ¿Puede haber cosa más tiesa que un corazón sin gracia? Amase un hombre a sí mismo, está seco y encogido; viene la gracia, y ablándalo; como un cuero, que estaba seco, y con la unción, se ablanda Decís a un hombre sin gracia: .«Mirad que manda Dios esto.» Responde: «¿Qué se me da a mí?» Viene la gracia de Dios, y ablanda aquella dureza de corazón, y queda más sujeto a Dios que una poca de cera blanda está sujeta al sello.

Llámase también *unción* por el olor que tiene la unción; y también porque en la unción se sustenta la lumbre; que si no hay aceite, apágase el candil y quedáis a obscuras. Esa unción que tenéis en vuestra alma, Dios os la guarde, que da buen olor a vuestras obras, y os da lumbre para vuestra vida. Si ésa permanece, ésa os enseñará todas las cosas. Es una lumbre que va adelante en el camino de Dios. ¿Os acordáis de los hijos de Israel que les dió Dios una lumbre de noche que fuese delante de ellos, y de día una nube que los defendiese del calor del sol? Y dice Isaías (4, 5): *Creavit Dominus super locum montis Sion (et ubi invocatus est) nubem per diem et splendorem ignis flammantis in nocte.* No penséis que aquella lumbre que Dios dió a los hijos de Israel de noche, y la nube de día, se acabó allí. Porque *cría el Señor, sobre todo lugar del monte Sión (y donde es invocado,* dondequiera que Dios fuere llamado, criará), *una nube para el día y una lumbre de fuego que resplandezca de noche.* Dice Isaías: Aquello pasado que Dios usó con los hijos de Israel, *Dios lo renovará en el monte de Sión.* Allí vino el Espíritu Santo sobre los Apóstoles. El venir *lumbre de noche y nube de día* es apartarse de pecar y seguir a Cristo. San Pablo: *Discedant ab iniquitate omnes, qui invocat nomen Domini.* Aquel llama a Dios, que aborrece los pecados. David (*Ps.*, 120, 6): *Per diem sol non uret te, neque luna per noctem.* Defiéndenos Él, como dice el mismo Profeta: *A sagitta volante in die, a negotio perambulante in tenebris, ab incursu et daemonio meridiano.* La saeta que vuela de día, el día de la prosperidad es, el día de la carne y de las codicias del mundo; aquel es, del

cual dice Jeremías (17, 16): *Diem hominis non concupivi, Domine, tu scis.* Día de placer, día de descanso, día de rosas de acá, *día de hombre.* En este día vuela la saeta, que son los pecados.

*El sol no te quemará por el día.* ¿Qué sol es éste? Las tentaciones que andan por el día, que es este mundo. Pues no le temas, que *te pondrá Dios una nube* en medio del calor del sol, que es en medio de las tentaciones, para que no nos den pena y nos derruequen, que es la gracia; esa es la nube que pone Dios en tu ánima para el sol. ¿Tenéis tentaciones de carne, de mundo? Daos Dios la gracia del Espíritu Santo, para que su templanza refresque vuestra ánima, y que el calor de las tentaciones no la pueda quemar. Y para de noche: *Splendorem ignis flammantis in nocte.* Noche es la ignorancia; cuando no sé qué tengo de hacer para agradar a Dios. eso es noche. Prométenos el Señor, para que esta noche no nos sorprenda, una lumbre. De manera que los que quisieren salir de Egipto, del cautiverio de Faraón, no se escandalicen entre tantas dudas; que lumbre hay, para que podáis distinguir bueno de malo, y falso de verdadero. Esa es la lumbre de la cual dice el Sabio (*Sab.*, 7, 28): *Neminem diligit Deus, nisi eum, qui cum sapientia inhabitat.* Quien está en gracia, tiene esta lumbre; que faltando ésta, ni aprovecha ingenio ni sabiduría. Esta sabiduría tiene el niño bautizado. Ninguno ama a Dios, sino aquel en quien mora la sabiduría, dijo el Sabio.

—¿Por qué no decís sabio al que tiene muchas letras, aunque no tenga gracia?

—Porque en la cosa que más importa, es necio. Es menester lumbre de Dios para saber la verdad y tener fe católica y hacer lo que Dios os manda. Esta es lumbre que da Dios *de noche* a quien le invoca. Y por esto pecan muchos, por no tener cuenta con esta lumbre, que piensan que se pueden valer sin ella. Dice el otro: Yo sé lo que me cumple. Cata que os digo que si esa lumbre falta, tdo esotro no vale un caracol. Dice la Sabiduría (9, 6): *Si quis fuerit consummatus inter filios hominum, si ab illo abfuerit sapientia tua, in nihilum computabitur.* Aunque uno sea consumado entre los hijos de los hombres, si no tuviere, Señor, tu sabiduría, por nada será tenido.

¿Qué me aprovecha leer buenos libros, si no tengo el espíritu con que se hizo el libro? San Bernardo y Santo Tomás dicen que para entender un libro es

menester el espíritu con que se hizo el libro. Toda escritura ha de ser leída con la sapiencia que fué hecha. Un hombre carnal, ¿cómo entenderá a San Pablo? Acá, para un hombre entender a otro hombre, es menester entenderle el corazón. Y así en leer. Dice San Gregorio: *In vanum laborat lingua doctoris, nisi Deus scripserit in corde.* No aprovecha nada mi hablar, si Dios no escribe en vuestros corazones mis palabras. Y por esto, quien no tiene cuenta con esta lumbre de Dios, no tiene gana de entender a Dios; con la boca dice que sí, *factis autem negat,* dice San Pablo.

¿Quién no procura alcanzar esta lumbre? Los que viven, como dice el mismo Apóstol (*Efes.*, 2, 12): *Tanquam sine Deo in hoc mundo.* Hay gente que vive tan descuidada de Dios, como si no hubiese Dios. Esta sabiduría de Dios, para alcanzarse, quiere ser deseada, rogada e importunada; y quiere Dios que el que la ha de recibir, que limpie su casa, que escrito está (*Sab.*, 1, 4): *In malevolam animam non introibit sapientia.* En alma perversa no entrará la sabiduría. Si yo sé que para que venga el rey a mi casa es menester tenerla barrida y limpia, y que si la tengo sucia no vendrá, aunque con la lengua no digo que no lo quiero recibir en mi casa, con la obra claramente se la niego; y aunque diga que sí, no me lo creerán. Salomón, en la Sabiduría (7, 7), dice: *Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae et intellectus; et praeposui illam regnis et sedibus et divitiis multis; et divitias nihil esse duxi in comparatione illius.* Yo deseé y me fué dado sentido; clamé y vino a mí el espíritu de sabiduría y entendimiento, y la preferí a muchos reinos, sedas y riquezas, las cuales tuve yo por nada en comparación de aquélla.

*Yo deseé*; veis ahí el aposentador que va delante, el *deseo* de Dios. «Señor, dadme esta lumbre que me guíe, enseñadme a hacer vuestra voluntad.» El deseo es gran parte para alcanzar la gracia de Dios. porque muchas veces se inclina Dios a hacer nuestros deseos (*Ps.*, 10, 17). *Desiderium pauperum exaudivit Dominus, praeparationem cordis ejus audivit auris tua.* El deseo de los pobres escuchó el Señor como también la preparación de su corazón. ¿Quién es *el pobre?* El que no se consuela con cosa del mundo; éste da gemidos a Dios y óyelos Él, porque *el aparejo de su corazón* oye Dios. Esta es la primera

condición para alcanzar la gracia de Dios, deseo de ella.

Y *fuéme dado sentido.* Todo es uno; que para sentir conforme a lo que Dios quiere, no se hace sin instinto de la gracia de Dios

No se contentó el sabio con eso; dice más: *Invocavi. Y vino a mí el espíritu de la sabiduría.* Y después que lo tuviste, ¿qué hicistes de él? *Túvelo en más que los reinos y las sillas, y las riquezas dije que no eran nada en su comparación: ni lo comparé a la piedra preciosa, porque todo el oro en su comparación es arena menuda; y la plata delante de ella es como lodo.* Esta gracia es una lumbre que nunca se apaga; guardaos, no la apaguéis vos, que ella de sí no hay miedo que os falte. Escóndese algunas veces; mas no se pierde, que allí se está. No la perdáis ni por hacienda, ni por oro, ni plata, ni por tierra, ni por cielo; porque más vale sin comparación que todo eso, porque es imagen de la bondad de Dios, participación de Dios. Tanto está en nosotros Dios, cuanto esta sabiduría. Llámase gracia de Dios y luz suya, sabiduría y su instinto. Hemos de tener muy gran cuenta con guardarla muy bien, y para esto habemos de aborrecer los pecados. Y si esta lumbre nos enseña, no hemos menester maestro.

—¿No nos hemos menester unos a otros?

—Sí; que aunque esta lumbre nos enseñe interiormente, hemos menester quien nos avise fuera de los peligros en que podemos caer; mas ella nos enseña si el aviso es falso o verdadero. Porque en la mar hay unos lugares donde se hunden las naves, y si en estos peligros no sois avisados, hundiros habéis.

De esto que aquí dice San Juan: *No tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas de que la gracia de Dios os enseña todas las cosas,* tomaron ocasión unos devotos necios a decir: «Yo tengo la gracia de Dios no tengo necesidad de ser mostrado por hombre.» Estos hacen burla de las letras y del aprender, diciendo: «Yo tengo lumbre que me enseñe, no he menester maestro.» Tomaron de aquí achaque para decir mal de las letras y no aprenderlas. ¡Grandísimo engaño! No sé cuál es mayor engaño: el de éstos o el que estriba en las letras y en sus libros, y no hacen caso de esta lumbre y gracia de Dios. Dice el devoto necio: «No he menester a nadie que me enseñe.» Poquito a poco, vendréis a ser hereje. ¿Qué

hace a uno ser hereje? Creer una cosa con pertinacia, y no querer ser corregido en ella. Dice Agustino: «Yo bien podré errar, mas no seré hereje.» Sí, que San Agustín y San Cipriano cosas tuvieron que eran errores, mas sujetáronse a la determinación de la Iglesia y a la corrección de ella. La pertinacia en el hombre lo hace hereje. El que dice: «Yo tengo esto, y aunque me digan otra cosa contra esto, no lo creeré», mal camino lleva. El hereje se hace de presunción que entiende todas las cosas, y toma aquella autoridad de San Pablo (1 *Cor.*, 2, 15): *Spiritualis homo judicat omnia, et ipse a nemine judicatur.* Dice: «No hay otro tan espiritual como yo. ¿Quién hay que me muestre (8) a mí? He aquí Goliath (1 *Reg.*, 17) el gigante, que dice al pueblo de Dios: «¿Hay alguno que salga a hacer armas conmigo?» Decíalo con menosprecio; y mirad en lo que paró: que un pastorcito, David, le cortó la cabeza con sus propias armas. Dice San Bernardo: «Tú que piensas, en tu casa luce el sol, y en las otras hay nublados, no hagas así; antes quiero que hagas al contrario.» Aquel que dice: «Yo sé más que todos, uno por uno venga quien quisiere», tenedlo por hereje o que está cerca de ello. El Lutero decía: *Docere me quis potest?* Por ahí van allá. La gente, confiada por esta lumbre, y que tiene descuido en oír libros y oír sermones y en no querer ser enseñados, tened por cierto que va errada.

Dice San Agustín sobre esto de San Juan: «Huyamos de tales pensamientos, de creer que nosotros somos bastante para salvarnos; porque son superbísimos y periculosísimos. Y aprendamos que cuando Dios convirtió a San Pablo, le preguntó este santo Apóstol: *Domine, quid me vis facere? Señor, ¿qué quieres que yo haga?* Y no le enseñó nuestro Señor por Sí, sino díjole: *Anda, ve a la ciudad, a Ananías, que él te lo dirá.* «¿Cómo, Señor? ¿Está hablando San Pablo con Vos y pidiendo que le digáis qué ha de hacer y qué mandáis Vos que haga; y enviáislo a los hombres que lo enseñen?» «Es menester para enseñamiento de los hombres», dice San Agustín. ¿No habéis oído que honra Dios su templo? *Vos templum Dei estis* (1 *Cor.*, 3, 16). Honra Dios a un templo suyo, hablando por él a otro, y quiere que uno enseñe a otro para

(8) *Me muestre:* me enseñe.

que los hombres se humillen. Donde San Vicente (9) dice: «Si no tienes maestro, pierde cuidado, que por el mismo hecho Dios no te enseñará.» Avisó Dios a los hombres de este engaño; iba el eunuco privado de la Reina de Candaces, en su carro, leyendo a Isaías. Dijo el espíritu a Felipe: *Ve por tal camino, y sal al encuentro a aquel eunuco.* Fué Felipe y díjole (*Act.*, 8, 30): *Putasne, intelligis quod legis?* ¿Crees tú entender lo que vas leyendo? Responde el eunuco: *¿Cómo lo puedo entender, si alguno no me enseña?* Bien pudiera Dios enseñar por Sí a este eunuco; mas no quiso, sino que Felipe le fuese a enseñar. ¿Quién fué a enseñar a Cornelio? San Pedro. La Sagrada Escritura está llena de estos avisos y ejemplos.

Esta ciencia y lumbre, que Dios da, buenas cosas enseña inmediatamente a vos mismo, y otras cosas os enseña enseñándoos que vayáis a otros a pedir consejo y que lo toméis y que lo sigáis. Todo proviene del don de Dios, así lo que enseña por sí mismo, como lo que enseña por otros, enseñándonos que lo busquemos y tomemos; y por esto es verdad que todas las cosas nos enseña esta lumbre. No penséis que esta gracia hace al hombre soberbio para que no se humille a otro, sino humilde. Dice Dios por David (*Ps.*, 31, 8): *Yo te enseñaré el camino por donde has de andar, y pondré sobre ti mis ojos.* Yo te enseñaré y tendré cuidado a quien vayas a preguntar.

De esta unción de Dios lumbre de dentro, y doctrina de fuera, pero es menester tener mucha cuenta con nuestra ánima, no vivamos engañados, pensando que tenemos esta sabiduría, estando sin ella; porque en el ánima mala no entra la gracia del Espíritu Santo. Y así dice Isaías (29, 11, 12) que habrá dos males: El uno: *Lee en este libro. —No sé, que está cerrado.* El otro es: *Lee en este libro. —No sé.* ¡Abrid el libro, que si está cerrado no podéis! La verdad, por boca del otro se os ha de mostrar; mas si no tenéis lumbre de Dios, os enseñan, y luego lo olvidáis. Si tenéis el libro cerrado, tampoco lo podéis leer, aunque dentro tengáis la gracia. Si no se os predica doctrina, no leeréis en el libro, que está cerrado. Tomadme un niño; bautícenlo; no oiga la doctrina de la fe. ¿Inclinarle ha, para que crea, la lumbre que en el Bautismo recibió? No bastará, porque San Pablo dice

(9) *De vita spirituali.*

(*Rom.*, 10, 17) que *la fe entra por el oído*; que lo que hemos de creer, hémoslo de oír. Y esto es lo regular que Dios tiene ordenado. ¿Qué aprovecha que tengamos buenos ojos, si estamos a obscuras? ¿Que aprovecha oídos, si no suena nada en ellos? Es menester buenos ojos y lumbre; es menester doctrina de fuera y lumbre de dentro. La cual nos dé el Señor *per merita sua.*

## V. 28.

*Et nunc, filioli, manete in eo; ut quum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus.*—Hanos dicho que sintamos de la fe según la unción del Espíritu Santo, y no de otra manera, conviene a saber, propia de nuestra carne. Ahora dice: *Amonéstoos ahora, hijuelos, que estéis en Jesucristo, para que cuando viniere a juzgar, estemos confiados y no seamos entonces avergonzados.* Todos tememos aquel día. Pues para *no ser avergonzados*, el remedio es *estar en Jesucristo.* Gran consuelo es tener confianza en aquel día. Esto, que es *estar en Dios* o *en Jesucristo,* es término propio de San Juan, y es estar arrimado e ingerido en Dios, del cual se recibe influjo de vida de gracia, como el sarmiento que está en la vid. *Ego sum vitis vera, et vos palmites; manete in me, et ego in vobis.* Yo soy la vid, y vosotros, los sarmientos: permaneced en mí, y yo en vosotros. Que ni Él se deshaga de nosotros, ni nosotros de Él. Pues el que así estuviere unido e ingerido con Jesucristo por fe y amor y vida nueva, no será en el juicio avergonzado. Ni es posible; porque no ha de hacer Jesucristo juicio contra sí. Pues como somos miembros, y Él la cabeza, y de Él y nosotros se haga un todo, claro está esto que no aborrece Jesucristo su cuerpo y carne, como dice San Pablo (*Efes.*,. 5, 29): *Nemo carnem suam odio habuit, sed fovet et nutrit.* Que si la aflige con ayunos o castigos, no es porque la quiere mal, sino por mucho amor que le tiene, para que con aquello se goce después. Y por aquí amonestaba el mismo San Pablo el amor del marido para con su mujer, y concluye que se le debía tener, porque es su carne. En testimonio de lo cual hizo Dios a Eva de la carne y costilla de Adán; y dice San Pablo que este Misterio es gran Sacramento en Cristo y su

Iglesia, que es su Esposa y su Cuerpo y carne. Luego, pues Jesucristo no ha de dar sentencia contra Sí, claro está que tampoco la dará contra su carne y sus miembros, que todo su cuerpo entero ha de llevar al cielo (*Jn.*, 12, 26). *Pater, volo, ut ubi ego sum, illic et minister meus sit.* Y ¿quién está en Jesucristo? Él lo dijo (*Jn.*, 15, 10): *Si precepta mea servaveritis, manebitis in dilectione mea, sicut et ego praecepta Patris mei servavi, et maneo in ejus dilectione.* Si guardareis mis preceptos permaneceréis en mi amor, como yo observé los mandatos de mi Padre y permanezco en su amor. Este seguro estará que no será condenado en el juicio (10).

---

(10) El versículo 29 explícalo el autor al principio del capítulo siguiente.

## CAPITULO 3.º

(Cap. 2, v. 29.)

*Si scitis quoniam justus est, scitote quoniam omnis qui facit,* etc.

Si sabéis que (Jesucristo) es justo, sabed que quien obra conforme a justicia, nacido ha de Él.

Aquí comienza el tercer capítulo, aunque en la traslación latina está el principio de él donde dice: *Videte qualem*... Porque el sentido viene dependiente de allí: *Si scitis*... Y es como si dijera San Juan: «Hermanos, ya os he dicho cuán gran bien es tener compañía en Jesucristo, y andar en luz, y andar como Él anduvo; y cómo se han de huir los que fingen ser cristianos y son contra el mismo Cristo. Ahora os digo que, para que entendáis esta bienaventurada compañía, quiéroos decir en qué consiste y cómo se alcanza.» Y dice: *Si sabéis que Cristo es Justo, entended que todo aquel que hace la justicia es nacido de Él* ¿Qué queréis decir? «Lo primero que, como os dije que Dios es luz, y que quien quiere tener compañía con Él ha de andar en luz, así ahora os digo *que es Justo, y aun la misma Justicia.*»

¿Qué es justicia? ¡Gran vergüenza es de los cristianos que aun los propios términos de nuestra profesión no entendemos! *Espíritu, lumbre, gracia* y *justicia* es propio de nuestra profesión, y de pocos se entiende. Cuando el pueblo de Israel estaba en Babilonia, olvidó su propia habla hebrea, y parece que venimos en la misma falta. Justicia en tres maneras se toma: la primera, por la justicia conmutativa que acontece en los contratos, cuando se guarda igualdad de lo que se da a lo que se recibe; la segunda, por la distributiva, que consiste en la equidad del distribuir los bienes públicos; la tercera, por la justicia

general, que consiste en guardar cumplidamente todas las leyes, que obligan, que forman el deber; porque el que guarda en todo la ley, pónese justo e igual con la ley. Y *de esta justicia* se entiende cuando decimos que Dios es justo; porque en todas sus leyes se muestra el deber: acerca de la omnipotencia criando el mundo; del saber, en regirlo; de su misericordia, en perdonar los pecadores; de su bondad, en comunicarles su gloria; y aquella ley que Dios tiene en ser Dios, cumplidísimamente la guarda. Y así no solamente es justo según justicia conmutativa o distributiva, que son justicias particulares, mas según justicia general; porque el que así es, en todo es bueno y cumplido, y no sólo en alguna cosa. Pues *si sabéis que Dios es* de esta manera *justo, entended* que el que ha de tener compañía con Él, *ha de ser justo, cumpliendo la ley* a que está obligado.

Dice, pues, San Juan: *Sabed que, todo hombre que es justo, ha nacido de Dios.* Y en esto ha respondido a lo que se preguntaba: «¿Cómo alcanzaremos esta compañía de Jesucristo?» Porque ninguna cosa es hecha de sí misma; que la causa ha de ser primero que el efecto, o en tiempo, o en causalidad y natura; porque otra cosa es ininteligible. Y por eso hay distinción entre las Personas divinas, en las cuales una procede de otra. Y así, *el que es justo* de necesidad *es de Dios*; porque como sea cierto que ninguno es por natura justo, antes como dice San Pablo (*Efes.*, 2, 3): *Pecadores somos, e hijos de ira,* de necesidad lo ha de participar de Dios, que sólo la puede dar. Porque así como no hay ninguno bueno, sino sólo Dios (*Lc.*, 18, 19): *Nemo bonus, nisi solus Deus,* y ninguna cosa hay buena por esto sino de Él, así ninguno es justo sino Dios; y el que lo es, por participación lo es de Dios; así como de ninguna cosa se dice absolutamente tener ser, sino de Dios. *Qui est misit me*; dijo Dios a Moisés que dijese, por dónde conociesen a Dios que era el que lo enviaba. Donde San Jerónimo dice a Dios: «No os dijerais vos *el que Es,* si vuestro *ser* no fuera tal que no pudiera convenir a las criaturas.» Ni tiene bondad, ni justicia y ser la criatura, según que aquellos títulos se dicen de Dios. Porque la bondad de la criatura, comparada a la de Dios, es como si no fuese; y porque no es por naturaleza, sino participada; y porque depende de Dios en ser y conservación: y lo mismo se ha de afirmar de la justi-

cia y ser. Levantad la consideración a las mercedes que os ha hecho Dios en daros que seáis justos.

V. 1.

*Videte qualem charitatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus.* Considerad cuál amor nos tuvo el Padre, que podemos llamarnos y ser hijos de Dios. ¡Qué amor éste tan grande que el Padre nos ha dado! Allí el Padre no es nombre de persona, sino de toda la Santísima Trinidad. Dios todas las cosas ama (*Sapientia*, 11, 25). *Diligis omnia, quae fecisti, et nihil odisti...* Porque [el amar de] Dios es dar algún bien; y así, en cuanto les ha dado algo, dícese amarlos. Porque como Dios sea riquísimo y poderosísimo. nunca su amor está sin dádiva; y aquesto es el amor, dar algún bien. No como el hombre, que acontece amar y no dar, porque no tiene qué. Y así nuestro Señor todas las cosas ama, porque no hay ninguna de ellas que no le haya dado su ser; a unas más perfecto que a otras; a las plantas más que a las piedras, y a los animales brutos más que a las plantas, y a los hombres más que a los brutos. Y aunque el amor en Dios sea el mismo con que ama una cosa y otra, porque es Él mismo; mas en las mismas cosas, diversos grados de amor se muestran. Que por la medida del bien comunicado se muestra el amor en la cosa. Y según esto decimos, que más ama a los hombres que a los brutos, y más a los brutos que a las plantas. Y de esta manera es verdad que Dios a todas las cosas ama, aun a los mismos demonios, porque les dió la naturaleza que tienen y se la conserva. Y así ama en ellos la naturaleza, porque aquello les da; y su amor es dar; porque si no la amara, la aniquilara. Mas en cuanto la culpa, aborrécelos, y lo mismo a los hombres. Y no es mucho amar y aborrecer una misma cosa, según diversos efectos o consideraciones, como el juez al delincuente, o el padre al hijo malo.

*¡Mirad qué amor nos ha dado el Padre!* ¡Porque si el amor de Dios es dádiva, habiéndonos dado tan gran cosa como es ser llamados hijos de Dios y serlo, grandísimo ha sido el amor! ¡Gran cosa nos ha dado por cierto! Y en esta mayor que si nos hiciera sin ella serafines; porque mayor bien es un hombre ser hijo

de Dios y estar en su gracia (como lo está un niño recién bautizado), que tener naturaleza de serafín sin gracia, aunque esté sin pecado. Porque por alta que sea su naturaleza, por ella no puede llegar a gozar de Dios, ni a ser su hijo, si no le comunica su gracia y don graciosamente dado. Merced sobre merced es luego ser hijo de Dios. ¡Bienaventurado el que la entiende!

Somos hijos de Dios verdaderamente; no naturales, porque sólo uno tiene Hijo natural, Cristo nuestro Señor, sino adoptivos; mas con tanta verdad hijos, que toda la ley que el padre guarda con los hijos. cumplidísimamente la guarda nuestro Señor para con nosotros. Porque así nos tiene en su corazón, así nos provee y mira por nosotros como conviene a padre. Este es el linaje del cristiano, más alto que de reyes. Helo aquí el consuelo en los trabajos, en los cuales se debe ocurrir al Señor, como verdadero Padre, poderoso de lo sacar de ellos; como el Hijo natural, Jesucristo nuestro Redentor, que afligido en el huerto se socorría a su Padre: *Pater mi, si possibile est, transeat a me...*

El propio nombre y apellido de nuestro Redentor es: *¡Padre mío!*, y el de nosotros: *¡Padre nuestro!* Porque de la manera que es su Padre, no es de ningún otro; y de todos nosotros es de una misma manera. Gran confianza, seguridad y honra es tener a Dios por Padre, y osarle llamar Padre, y esperar de Él amor y oficio de Padre. De lo cual dice San Pablo (*Rom.*, 8, 15): *Envió Dios el Espíritu de su Hijo, in quo clamamus: Abba, Pater.* ¡Padre, Padre! Dos veces, para denotar el grande afecto [con] que mueve el Espíritu a llamar a nuestro Señor *Padre:* la una, por el premio que de Él esperamos; y la otra, por el amor puro y desinteresado que le tenemos. ¿Cómo osara el hombre tener confianza que Dios es su Padre, si no le diera Dios el Espíritu de su Hijo, que *da testimonio a nuestro espíritu que somos hijos de Dios?*

*Propter hoc mundus non novit nos, quoniam non novit eum.* Por [eso] el mundo nos ignoró; porque no conoció al Padre. Encareciónos antes San Juan esta gracia y merced que el Señor nos hizo en tomarnos por hijos. Podía alguno decir: Pues ¿cómo hace el mundo tan poco caso de nosotros siendo hijos de Dios? A esto dice San Juan: No os espantéis; porque *el mundo no nos conoce,* y no conociéndonos, no es mu-

cho tenernos en poco. Y ¿sabéis por qué no nos conoce? *Porque no conoce a Dios*, que es nuestro Padre. Y el *conocer* tómase por estimar y hacer bien, que es manera de hablar de la Escritura, como se dice de las vírgenes fatuas: *No os conozco*. Y porque el mundo no estima ni ama al Padre celestial, que esto es *conocerlo*, por eso no os estima ni os ama. ¿Qué mucho es que no estime ni ame al hijo del rey quien a su padre no estima? Mas el que a Dios conoce, luego se le van los ojos tras los hijos de Dios; y es movido su corazón a amarles. Y ésta es una señal de los que han de ir al cielo. ¿Queréis ver si habéis de ir al cielo? Mirad si vuestro corazón estima los siervos de Dios: querríais parecerles si los amáis; y si os parece mal el pecado y profanidad de los del mundo. Y así exclamaba David (*Ps.*, 14, 1): *Domine, quis habitabit in tabernaculo tuo? Aut quis requiescet in monte sancto tuo?* (*Et post*:) *Ad nihilum redactus est in conspectu ejus malignus; timentes autem Dominus glorificat*. Señor, ¿quién habitará tu tabernáculo? ¿Quién descansará en tu monte santo? A nada fué reducido el malo en tu presencia; porque el Señor glorifica a los que le temen. No estima el hijo de Dios, que ha de ir al cielo, el mando, la gloria y deleites que en este mundo tiene el malo y hombre mundano; antes tiene por dichosos y bienaventurados a los que temen al Señor: y de ellos querría ser, con muchos trabajos y faltas de las cosas de este mundo; y no de los otros, sin ellos y con abundancia. Si estimáis en mucho los siervos de Dios, si sus menosprecios y abatimientos no os retraen de quererles parecer y tenerlos por dichosos, señal es de ir al cielo, y el contrario de no ir allá.

Por donde probó nuestro Señor a los fariseos que no eran hijos de Dios, sino del diablo, *ut patet*, por San Juan (8, 24), donde les concluye el Redentor, que aunque sean hijos de Abraham según la carne, no lo son, ni de Dios, en lo que pertenece al Reino de los cielos; porque no vale nada la carne, sino el espíritu. Y porque ellos no tenían éste, por el cual se pareciesen e imitasen a Abraham, sino al demonio, cuyos hijos, cuanto a esto, eran verdaderamente; parecíales mal nuestro Redentor y sus obras, y queríanlo matar, como Él mismo dice. Por cuyo razonamiento les concluye ser hijos del diablo, *el cual, desde el principio, fué homicida, y no estuvo en verdad*. Otra

vez estaba nuestro Señor en Galilea, y sus parientes, quienes le buscaban para honra del mundo y los bienes de él, como ahora a los predicadores, que no los quieren sino para valer y ser aprovechados de ellos, dijéronle (*Jn.*, 7, 4): *Si haec facis, ostende te ipsum mundo.* Puesto que tales cosas haces, muéstrate al mundo. ¡Qué palabras tan de carne para quien tan espiritual era! Decíanle aquello con intención de valer en el mundo por Él. Mas cuando le pusieron en la cruz, por ventura no le quisieran por pariente, afrentándose de tener pariente que muriese en palo por malhechor. Respondióles el Redentor: *Tempus meum nondum venit; tempus autem vestrum paratum est.* Vuestro tiempo aparejado está ahora, o cuando os habéis de holgar; porque sois del mundo y estáis en él, y el mundo no puede aborrecer lo que es suyo. Mi tiempo no es venido, porque yo no busco al mundo, ni soy de él; y así a Mí, como a cosa extraña, no me ha de hacer honra ni fiesta. Mi tiempo será cuando pase de este mundo al Padre. Ved aquí cómo los hijos del mundo no estiman sino a los tales, y a los de Dios no hacen caso de ellos, antes los aborrecen. Luego señal de perdición es amar los del mundo y aborrecer los hijos de Dios; y es señal de ir al cielo estimar los hijos de Dios, menospreciados aquí del mundo, y no hacer caso aquí de los bienes y prosperidades que aquí los del mundo tienen.

Decía David: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt. In pace in idipsum dormiam et requiescam: quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.* Con la abundancia de trigo, vino y aceite, se multiplicaron (mis enemigos); pero yo dormiré y reposaré tranquilo en tu paz y bondad, Señor; porque en particular manera me confirmaste en esperanza. En lo cual relucía esta señal de los que han de ir al cielo: «Esos bienes temporales no me contentan, ni los estimo, ni llamo dichosos a sus poseedores. De lo que yo hago caso y estima: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me.* Por eso: *In pace, in idipsum dormiam et requiescam.*» El mundano es todo al revés; que si no es por bienes de acá que se vean, no dará nada. Eso estima y tiene en mucho; y de los bienes espirituales no hace caso.

Y de esta manera es forzoso que no convengan ni les parezcan las cosas de los unos a los otros, ni de los otros a los otros. Y los del mundo juzgan a los de

Dios por errados, y los de Dios a los del mundo; mas los de Dios aciertan, y los otros se engañan. ¿Esto no es verdad? ¿A quién estiman los del mundo por de mejor linaje, a un hijo de un rey o de Dios, que no toma la carne del rey? Pues al primero. ¿Por qué? Porque este secreto y esta verdad, a saber: que las cosas espirituales y el linaje espiritual de Dios es mejor y más alto que los carnales, y que el carnal es de los hombres no la puede entender. Porque, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 2, 14): *Animalis homo non percipit ea. quae Dei sunt... quia spiritualiter examinatur.* Porque el hombre animal no comprende las cosas de Dios, que espiritualmente son estimadas. Parécele necedad y poquedad, porque *spiritualiter* es examinado el negocio de Dios, para cuyo examen le falta *espíritu*. Porque toda cosa ha de ser examinada con su espíritu: la medicina, *medicine*, medicinalmente, y la retórica, *rethorice*, retóricamente; y *espiritualmente* es examinado el hombre mismo animal, o *spiritualiter examinatur homo ipse animalis*; y por eso no puede dejar de haber en él gran falta, siendo él carnal. Luego *el hombre animal*, que carece de espíritu de Dios. *no puede examinar las cosas de Dios ni percibirlas*. Santo Tomás, sobre este paso, dice: Que así como uno que está durmiendo no puede juzgar las cosas del que vela, así el hombre animal, las cosas de Dios. Porque *hombre animal* se toma allí, por hombre que lo que sabe, lo sabe por su juicio y razón, al cual no ha enseñado la unción del Espíritu Santo. Y así lo dice Teofilato: *Animalem hominem voco philosophum, qui suo nutu, suo sensu ducitur*, aunque sea en cosas de virtud y de Dios. Este es el hombre que se rige por su razón y seso; como el espiritual el que se rige por el espíritu de Dios; como dice la Glosa sobre el mismo paso, que el espiritual es el que tiene ilustrado el entendimiento y entiende de las cosas según la lumbre de Dios y la voluntad inflamada en Dios. El que esto no tiene, yerra juzgando a los que sirven a Dios; porque no los puede conocer, pues no los estima ni ama. Y ¿por qué no los ama? Responde el Redentor (*Jn.*, 15, 18): *Si el mundo os aborrece, a mí me aborreció primero*; luego si tenéis mi espíritu, no puede el mundo dejar de aborrecer a vosotros.

V. 2.

*Charissimi, nunc filii Dei sumus, et nondum apparuit, quid erimus.*—Ahora tenemos este bien, que somos hijos de Dios, estamos en la posesión de ello; pero mucho os debéis de gozar; que mucho más de lo que ahora parece se ha de manifestar. Porque así como Jesucristo, siendo Hijo natural de Dios, porque no era venido su tiempo, pasó miserias, y hubo frío, calor, cansancio, dolor y tristeza; mas cesó todo esto, y cogióse de ello el fruto de la gloria y reino suyo; el cual se manifestará a todos el día del Juicio. Porque no es venido el tiempo de los hijos de Dios adoptivos; y por eso, aunque verdaderamente sean hijos, no se ha descubierto lo que han de ser. Está encerrada su bienaventuranza en las miserias de este mundo, como las flores en las fealdades de los árboles sin hojas.

Mas sabemos dice San Juan: *Quoniam, quum apparuerit, similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* Porque cuando apareciere, semejantes seremos a Él y le veremos tal cual es. ¡Bendito sea Él, que tanto bien ha de mostrar en nosotros! ¡Qué ricos, qué hermosos, qué contentos y bienaventurados estaremos cuando seamos semejables a Dios! ¿Y de dónde nos nacerá el ver a Dios? Quiere aquí Cayetano decir, que *la lumbre de gloria* que han de tener los bienaventurados, los hará semejables a Dios; de lo cual vendrá ver a Dios: como cosas que por aquella disposición se hacen semejables a Dios, y dispuestos por eso para verlo. Pero mejor es decir que no pretendió aquí San Juan aquello, sino dar la causa de ser semejables a Dios, que es ver a Dios. Porque el que a Dios ve, transfórmase en Él. Como de mirar el sol, si se pudiese bien ver, queda el ojo lúcido y semejante a él, así quedará el entendimiento de ver a Dios; lúcido, lleno de verdad, y la voluntad llena de bondad, semejable a la de Dios; pues por su amor (al cual sobre todas las cosas ama), la ama y tiene. Porque del amor de la cosa amada, resulta hacerse el amante semejante a ella; como se dice de los discípulos de Platón, que por amar mucho a su maestro andaban acorvados como él andaba. Pues así se quedará la voluntad transformada en Dios, y toda la fuerza racional se acostará a la semejanza de

Dios; y así serán los hombres, castísimos, templadísimos, amicísimos y muy limpios, a semejanza de Dios. Porque las virtudes y propiedades de Dios ocuparán todo el hombre y lo poseerán; como un limón que se echa en conserva, que lo empapa y cala la miel de todas las partes. San Pablo dijo (1 *Cor.*, 15 28): *Et erit Deus omnia in omnibus.* Y será Dios todas las cosas en todos. Serle ha luz en su entendimiento, bondad y virtud en su voluntad.

V. 3.

*Et omnis, qui habet hanc spem in eo, santificat se.* Y todo el que tiene tal esperanza en Él, se santifica. Porque conoce que de solos los Santos ha de ser Dios gozado, sabiendo que está escrito (*Apoc.*, 21 27): *Ninguna cosa sucia entrará en la ciudad.* Y también (*Mt.*, 5. 8): *Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Pues ved aquí *el bien que esperan* los hijos de Dios, para el cual *se santifican,* y se limpian de las cosas de la tierra, quitando de ellas su afición; como Él es santo, limpísimo, que ninguna cosa ama, sino por Sí. Pues si hemos de ser semejantes al Santo, conviene que nos santifiquemos, y si al limpio, que nos limpiemos.

V. 4.

*Omnis qui facit peccatum, et iniquitatem facit.* Todo el que peca, comete iniquidad. Pero sigue San Juan la materia que trata: Que todo el que tiene compañía con Dios, es justo; porque Dios es justo: y por el contrario, todo aquel que no es justo y hace injusticias, no tiene compañía con Él. Pues de esta manera dice ahora que todo aquel que no hace pecado, tiene compañía con Él; porque Él es ajeno de pecado, como diremos más abajo. Y porque quiere San Juan [declarar] cómo sea el que es injusto y hace mal debajo de este nombre de pecado; y tiene ya concluído, que el que hace injusticia no tiene compañía con Dios, para concluir lo mismo del que hace el pecado, dice que pecado e iniquidad lo mismo es: *Quia omnis, qui facit peccatum, et iniquitatem facit; et*

*peccatum est iniquitas*. Porque: *Iniquitas est, quod est contra aequitatem et justitiam*. Porque todo el que peca, iniquidad comete: el pecado es iniquidad: la cual es contra equidad y justicia. De manera que vale tanto como injusticia, o no cumplir aquello a que está obligado. Pues lo mismo es pecado, que es defecto en aquello que debe. Luego bien probado está, que el que hace el pecado, comete iniquidad; y por el consiguiente, de la manera que se ha la *iniquidad* con Dios, se ha de haber el pecado. Es por cierto, el pecado, *desigualdad* (1). ¿Y qué mayor *desigualdad* que el pecado? *Desigualdad* es no obedecer al padre el hijo, al Señor no agradecerle lo bien hecho. Pues toda esta *desigualdad* comete un hombre que hace un pecado mortal; no obedece al Padre y Señor, ni es agradecido a su bienhechor.

## V. 5, 6.

*Et scitis quia ille apparuit, ut peccata tolleret, et peccatum, in eo non est. Omnis, qui in eo manet, non peccat.* Ya sabéis que apareció (el Señor) para quitar el pecado, que Él no tiene: quien está en Él, no peca. Pues si la iniquidad es con Dios tan contrariamente, que el que la hace no está en Dios [y] el pecado e iniquidad son una misma cosa, ¿qué resta de aquí, sino razonar como allá?: el que hace pecado mortal no está en Él y el que está en Él no comete pecado: *Quoniam non est in ipso*. Porque tan limpio y ajeno está Dios de pecado, cuanto de iniquidad. Antes *a eso vino al mundo y fué visto en él*, en carne, *para quitar los pecados* que en él había y hay.

¿Qué siente el que oye esto? *Omnis, qui in eo manet, non peccat?* (*A destructione consequentis ad destructionem antecedentis*): *ergo qui peccat, non manet in eo*. Dura os parece esta sentencia, que el que peca no está en Dios, mas es verdadera. ¿Cómo ha de estar quien hace el pecado y lo tiene en su voluntad, en el que *vino a quitar los pecados*, y a dar, por condenarlos y destruirlos, su vida? Y fué tan eficaz la destrucción que de ellos hizo, que los pecados ya hechos, y que no se podían destruir ni dejar de haber

(1) *Desigualdad:* traducción literal de *iniquitas, non aequitas*.

pasado, se den por ningunos y se reputen como si no hubiesen sido; y para los por hacer, dé fuerza, para que no se hagan ni cometan. ¡Poderoso Dios, que podéis Vos hacer, Señor, que lo que ha sido sea tanto como si no fuese!

Decía Job (7, 20): *Peccavi, quid faciam tibi?* ¡Señor, ya pequé; mi pecado no puede dejar de haber sido! *Quia ad praeteritum non est potentia.* ¿Qué remedio? —No os acongojéis; que aunque lo pasado [no] puede dejar de ser, mas puede hacer Dios que no os perjudique, como si no lo hubieseis hecho. Está una mujer muy penada porque enojó a su marido; dícele el marido que cese de su pasión, pues mayor pena le dará con ella; que él se da por no ofendido. Si el amor que al marido tiene la causaba la pena, sabiendo que mayor se la da con tenerla, cesará; y si todavía se está con ella, no es por amor del marido. Dice el Señor por Jeremías (31, 16): *Cese el clamor de tu voz y las lágrimas de tus ojos.* No más; que Yo castigaré ya en Mí tus pecados, y me doy por satisfecho de ellos, y ellos quedan para contigo, como si no hubieran sido. No os avergonzará más por ellos. *Beati, quorum remissae sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata* (*Ps.*, 31, 1). Bienaventurados son aquellos cuyas iniquidades y pecados les son perdonados. *Cobijados están* (2) los pecados de aquel que Dios se los ha perdonado; para que no sean vistos con vergüenza, tienen cubierto su mal aspecto y olor, y todas las malas propiedades.

¿No os acordáis de los gitanos, cuando salieron tras los hijos de Israel, de cuya vista ellos desmayaron, y comenzaron a decir a Moisés (*Ex.*, 14, 11): *¿A qué nos sacaste acá? ¿No había en Egipto sepulturas en que nos enterraran?* Y díjoles Moisés: *Estad en confianza, y veréis las maravillas que ha de hacer hoy Dios aquí. Estos gitanos,* tantos y tan grandes, *que aquí veis, no los habéis de ver más.* Los cuales, como entrasen por el mar, por donde habían pasado los hijos de Israel, ahogólos a todos el agua, que se volvía a su lugar, después de ellos entrados. Y Moisés y los de Israel cantaron alabanzas al Señor, cuando *vieron los gitanos ahogados* por la orilla del mar diciendo (*Ex.*, 15, 1): *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* Bien cumplió Dios su palabra

(2) *Cobijados están:* así traduce *tecta sunt.*

que dió por Moisés, de *no verlos más*; porque, aunque los veían, no era para temerlos ni poderles hacer mal, porque los veían muertos; antes les era materia de mayores alabanzas a Dios, y de mayor seguridad suya y contentamiento, viendo los enemigos muertos. Pues los pecados hechos, que son los gigantes a quien servisteis estando en las tinieblas de Egipto, no pueden dejar de ser hechos. Veislos venir tras vos en gran multitud, y os desmayan. ¿Y quién podrá escapar de ellos? ¿Qué será aquí? Esforzaos, que vuestro capitán, Jesucristo, dice: «No desmayéis, y veréis las maravillas que Dios ha de hacer; que todos esos pecadazos que así parecen venir contra vos, acusándoos con ímpetu de tornaros a cautivar y haceros que sirváis como solíais, los ahoga en el Mar Bermejo de su sangre el Señor. Se tornará a nosotros y habrá misericordia de nosotros, y arrojará nuestros pecados en lo profundo del mar. Dice la Escritura (*Apoc.*, 1, 5): *En su sangre nos lava.* Ved vos el pecado que habéis hecho; mas no le temáis, que ahogado está.

¿Qué teméis? *Deus est qui justificat, quis est qui condemnetur?* (*Rom.*, 8, 34). Dios es el que justifica ¿pues quién será condenado? Si la parte y el juez perdonan, ¿qué hace que acuse el fiscal? ¿Qué le aprovecha al demonio que pida venganza del pecado, pues Dios, que es el ofendido y el que lo juzga, está satisfecho? ¿Qué derecho tiene él allí, pues el pecado no se hizo contra él? Muertos están nuestros pecados, si hemos pasado el Mar Bermejo de la sangre de Jesucristo. Alegres podemos cantar: *Cantemus Domino, gloriose enim magnificatus est.* El caballo es el pecado, el caballero es el demonio; pues a entrambos los derribó Jesucristo en el mar y allí se ahogaron. *Equum et ascensorem projecit in mare.* Esta es la empresa que Jesucristo tomó en este mundo. Sepan, pues, los hombres pecadores que Jesucristo les mató los pecados, y les quitó la pena y vergüenza y deshonra que le causaban; y que les ganó fuerza contra los por hacer, para que si el hombre de su voluntad no se dejare vencer de ellos, los venza y sobrepuje.

Mas es gran dolor ver que de tanto bien como es la libertad de que Dios ha usado con los hombres, tomen ocasión de ofenderle y de no aprovecharse de ella. Debiendo de ser al revés, que de allí les había

de nacer un firme propósito de no cometer pecados (pues tienen fuerza contra ellos), y de llorar los pasados y salir de ellos (pues en aquellas lágrimas por la Sangre de Jesucristo están ahogados). ¿Qué remedio envió Dios al mundo en Cristo nuestro Redentor contra los pecados? *Setenta semanas hay precisas,* dice San Gabriel a Daniel (9, 24), de aquí a cuando *consummetur praevaricatio, et finem accipiat peccatum, et deleatur iniquitas, et adducatur justitia sempiterna, et adimpleatur visio et prophetia, et ungatur sanctus sanctorum.* Se acabe la prevaricación y el pecado, y se borre la iniquidad, y llegue la justicia sempiterna, y se cumpla la visión profética, y el Santo de los Santos sea ungido. Allí el día se toma por año, según la computación de la Escritura (*Lev.*, 25, 8), que dice que el año del Jubileo es *de siete en siete semanas,* tomando el *día* por un *año.* Pues tanto pasó justamente hasta que vino nuestro Redentor desde el tiempo de la profecía. Setenta semanas de días por años, que son cuatrocientos y noventa años, al cabo de los cuales vino el Santo de los Santos, y fué ungido *oleo laetitiae prae consortibus suis* (*Ps.*, 44, 8). Y tuvo fin el pecado, y se acabó la prevaricación, porque el venido hizo campo con el pecado, y muriendo Él, mató al pecado, y Él quedó vivo. Porque este vencimiento es contrario al que el mundo hace y alcanza; y así, dejándose vencer de la muerte, la venció, y quitó al pecado sus fuerzas. Pues aunque había en Cristo parte flaca, por la cual le pareció a la muerte tener entrada en Él, y por allí le acometió pensando de enseñorearse en Él; mas, como tenía otra parte más fuerte que aquella flaca, y no podía morir, que es la divina, mató a la misma muerte, enseñoreada ya en la parte humana, resucitando por virtud de la divina: la cual victoria comunica a los que se unen a Él por fe y gracia. Y viendo esto los santos Profetas, pedían a Dios la venida del Redentor, diciendo (*Is.*, 45, 8): *Rorate coeli desuper, et nubes pluant justum.* Que con el Salvador nació nuestra justicia. De manera que los que se condenan, por su culpa es; y lo mismo los que hacen pecados, y por su gran pereza; pues quien quisiere tomar la medicina, sanará, y quien quisiere jugar de las armas, vencerá. En el mundo está: venido es ya el Cordero de Dios, el que quita los pecados (*Jn.*, 1, 29): *Ecce agnus Dei... Et pecatum in eo non est.* Que si pecado algu-

no tuviera, no fuera bueno para perdonar pecados. *Nunc autem....* Mas ya lo sabéis; no lo tiene, ni lo puede tener. Por eso es muy conveniente para este oficio, del cual dice San Pablo (*Hebr.*, 7, 26): *Segregatus a peccatoribus, et excelsior coelo.* Separado fué de los pecadores, y está más alto que los cielos. Pues si Él está limpio, que no solamente no tiene pecado, mas por su mucha limpieza quita los pecados; *el que está en Él no peca.* Que no se compadecen, cierto, estar en Cristo y pecar mortalmente. Y si peca, no está en Él, ni lo conoce, ni lo vió; porque ni le ama ni le estima. Quien no está en Cristo, ¿en quién está? ¡Oh desdichado de él! Y ¿dónde estará? San Agustín, sobre aquello de San Juan (15, 1): *Ego sum vitis vera:* «El que esta en la vid está en Cristo; el que está en Cristo llámase cristiano.» Recia palabra es ésta, mas verdadera.

## V. 7.

*Filioli, nemo vos seducat; qui facit justitiam, justus est.* Hijuelos, no os engañe nadie. En tiempo de los Apóstoles estaban muchos engañados, diciendo que viviendo al mundo se habían de salvar debajo de dioses misericordiosos, y enseñábanlo así; y ahora hay harto de esto, de lo cual avisa aquí San Juan. Y San Pablo (1 *Cor.*, 6, 9): *Iniqui non possidebunt regnum Dei.* Los inicuos no poseerán el reino de Dios; donde cuenta muchas especies de pecadores, de los cuales ninguno poseerá el reino de los cielos permaneciendo en su mal vivir. Pues no os engañéis pensando que viviendo mal habéis de ir al cielo. *Nolite errare;* decía San Pablo (*Gal.*, 6, 8): *Quaecumque seminaverit homo, haec et metet. Si sembrare de la carne, de la carne recogerá corrupción,* que es su fruto. Pues *no os engañéis hijuelos*—dice San Juan—que *tan solamente es justo el que hace justicia*; y éste sólo está en Dios, como Él es justo.

## V. 8.

*Qui facit peccatum ex diabolo est.*—Mas el que hace el pecado del diablo procede y en él está. Parecióle a San Juan que les retraería más diciéndo-

les que *tenían compañía con el diablo*, que sólo por decirles que *hacían pecado*. Y así es que en una cosa mal hecha, más temen los hombres ser por ella entregados al diablo y tener derecho en ellos, que el mismo pecado, que es ofensa de Dios. Y había de ser al revés; que más habían de temer al pecado, en el cual consiste todo el mal. Antes del demonio no se había de temer, sino por el pecado, porque por él tiene entrada y derecho al hombre. ¿Y escupís del demonio, porque es el atormentador, y no se os da nada por el pecado? Dice, pues, San Juan: *El que hace el pecado, del diablo procede*, hijo suyo es. ¡Qué mal padre! ¿Qué podéis heredar de él, sino maldades? ¿Qué os enseñará y a qué os moverá? Tristezas y desabrimientos, y faltas y afrentas en que os pondrán, y después, en la otra vida, enviaros han con él, por la sentencia justa que pronunciará Jesucristo (*Mt.*, 25, 41): *Andad, malditos, al fuego eterno que está aparejado al diablo y a sus ángeles*. Andad con vuestro padre, al cual en este mundo quisisteis. *Apartaos de mí, malditos*, que me desechasteis cuando os buscaba: idos ahora con quien tuvisteis en la vida compañía. ¿No bastaba esto para nunca más pecar?

Y ¿por qué son los tales hijos del diablo? Porque le imitan en las obras: que en [el] ser espiritual, o malo o bueno, aquel a quien imitan se dice padre. *Quoniam ab initio diabolus peccat.*—Desde el principio peca; porque antes de él no hubo pecado. *Desde el principio* del pecar, *peca*, y de hacer mal; porque la misma mala voluntad y deseo tiene siempre, de la cual proceden las malas obras que hace, aunque no se le imputen a demérito ni más pena *post lapsum*, después de caído. Y esto que el pecador es hijo del diablo, entiéndese del mortal y no venial.

*In hoc apparuit filius Dei, ut solvat opera diaboli.* Ha tratado San Juan en qué se conocerá el padre que uno tiene, si a Dios o al diablo; porque si hace injusticia y pecado, al diablo tiene: el cual desde el principio peca, y al cual imita el hombre que peca, y por eso es su hijo, pues le comunica su propia naturaleza, como hace un padre carnal a su hijo. De la cual manera sólo el Hijo de Dios es natural, al cual comunica el Padre su esencia una en número, y por eso es hijo suyo propio: y los justos no lo son por esta vía, sino por la imitación, y, como diremos, por el origen que de él toman. Pues dice ahora San

Juan: «Si alguno, oyendo que tiene al diablo por padre, le pesa de ello y le quiere dejar, sepa que hay remedio.» *In hoc apparuit Filius Dei*. Veamos: ¿hay alguna otra razón (además de la imitación) por que los que hacen justicia se dicen hijos de Dios, y del diablo los que cometen pecado? Además de la imitación, sí hay. Notad que hay dos cabezas: padre de los buenos, que hacen justicia, es Cristo; de los malos, que pecan, es el demonio. Y además de ser ejemplo de imitación Jesucristo de los buenos, porque es mejor que todos, obra en ellos virtud y fuerza, que es su espíritu o gracia, con que puedan imitarle y hacer obras de justicia; y de esta manera los engendra para la vida después de la primera generación de carne, que fué la muerte. Y por eso se llama *padre del futuro siglo*, según Isaías (9, 6), porque *el primero* es tomado de la generación de Adán para la muerte, después del cual sucede la regeneración de Cristo. Abraham, *padre* se llama *de los creyentes*; mas solamente por la imitación; y por la excelencia y perfección de su fe, mereció ser puesto por ejemplo de los creyentes y tener nombre de *padre* de ellos; pero no pasó adelante la razón de padre en él, como en el Hijo de Dios, que reengendra por su virtud a los hombres, y los enseña y tiene cuidado de ellos, como propio padre. He aquí la una cabeza.

El diablo es otra, de los malos, de los cuales se dice que es *rex super omnes filios superbiae*, rey sobre los hijos todos de la soberbia, no solamente por tenerlo por ejemplo a quien imiten en su desobediencia y soberbia, mas *quia nati sunt ex illo*; porque nacieron de él, pecando, como tiene dicho San Juan. Y si nacidos de él, algo les pega y comunica para el mal, así como Jesucristo para el bien. Y esto es ceguedad y maldad, estímulo y fuerza para el pecado, aunque con todo esto no fuerza al hombre para hacerlo, que libremente peca, como libremente obra el bien al que Dios ayuda. También les llamó nuestro Señor a los malos hijos del diablo (*Jn.*, 8, 44): *Vos filii estis diaboli*. Y pues tienen el nombre, también les conviene la razón de él. A los mismos llama San Pablo «hijos del Príncipe de este mundo». *Secundum principem potestatis aeris hujus spiritus, qui nunc operatur in filios diffidentiae*. El *príncipe de este mundo* es el demonio, porque *el mundo* tómase por *los malos*, sobre los cuales tiene mando, y a los cuales llama San

Pablo *hijos suyos* e *hijos de desconfianza,* porque tienen perdida la esperanza de gozar de Dios. De ello ningún cuidado tienen; por ella ninguna cosa hacen, pues donde no hay efectos de esperanza, ¿cómo habrá esperanza? Y así como cuando uno oye de otro que es rico, del cual ninguna cosa espera, no le da placer; así el que no espera los bienes celestiales de Dios, aunque le digan que Dios tiene tantos y tales bienes, ningún agradamiento les da; mas el que es *hijo del reino,* oyendo que Dios tiene gloria, alégrase y gózase. ¿Por qué es? Porque le ha de dar de ella, sabiendo también, que ha de alcanzar de aquella sabiduría. Y este tal huye todo aquello que impide a venir a la posesión de estos bienes, y lo que no sabe, procura saberlo, porque *qui habet hanc spem, sanctificat se.* Y esta es aquella esperanza de la cual dice San Pedro (1 *Petr.*, 1, 3): *¡Bendito sea Dios, que nos engendró en una esperanza de vida!* Pues la esperanza que no mueve a obrar los medios para la posesión de lo que se espera, o no es tal, o lo es muerta, como se dice de la fe. Pues he aquí en qué consiste la razón de ser *padre* el diablo, el cual les impide y mueve tanto al mal, que les hace andar a su voluntad, aunque, como dijimos, no les fuerza. Mas un alma sin la gracia de Dios está tan ciega, tan flaca y tan miserable, que de su voluntad acude al mal a que el demonio la solicita, y se huelga de ello.

Dice ahora San Juan: «Si alguno está descontento de este mal padre, sepa que ha venido remedio del cielo para dejarlo y tornar a Dios; pues para esto apareció el Hijo de Dios, *ut dissolvat opera diaboli.* Para deshacer la obra del diablo. ¡Qué placer es ver llegada la hora de Dios, en que las tales obras del mal padre deshace! *Señor, toda la noche trabajando, no hemos tomado nada,* dijo San Pedro a nuestro Señor (*Lc.*, 5, 5); pero después súbitamente sacó multitud grande de peces, echando la red a mandamiento del Señor, el cual allí de nuevo crió para él milagro. ¡Qué de años tiene el demonio la posesión de un alma, de la cual se mantiene y ceba su mala voluntad, conforme a la sentencia contra la serpiente dada (*Gen.*, 3, 14): *Tierra comerás todos los días de tu vida.* Tierra son los pecadores, pues no saben ni quieren sino las cosas de la tierra. Mas viene nuestro Señor y deshace en un punto su obra; quítale la presa y déjalo rabioso; deshácele la tela que tenía urdi-

da, como dice Isaías (25, 7): *Praecipitabit in monte illo faciem vinculi colligati super omnes populos, et telam quam orditus est super omnes nationes.* Despeñará Dios en el monte Calvario el yugo que tenía Satanás puesto sobre todos los pueblos, y la tela que tenía urdida sobre todas las naciones. Y añade más abajo: *Et triturabitur Moab sub eo, sicut teruntur paleae in plaustro.* Y será triturado Moab, como lo es la paja en la era. Aquí fué el demonio acoceado y echado por el suelo, siéndole quitada la fuerza, y deshecha su arte. El arte fué hacer pecar al hombre, de lo cual entendió el demonio la perdición del género humano. Mas no entendió el remedio que Dios le había de dar. Y porque su deseo fué deshacer la obra de Dios e impedir su consejo, para mostrar Dios sus maravillas y la ceguedad del diablo, no solamente dió remedio al hombre que el demonio por irremediable tenía, mas por el mismo arte que él lo perdió, lo restauró Dios. Miradlo bien. Un ángel vino a hablar una doncella, que llamamos Eva; consiente y cométese el delito con la fruta del árbol. Envía Dios un ángel a otra doncella; consiente y cóbrase lo perdido en otro árbol, que es la cruz. *Ars ut artem falleret.* Arte destructora del arte.

Cuando estaba Senacherib sobre Jerusalén, muy soberbio, y confiado de cautivarla, decía (*Is.*, 36, 18): *Los dioses de tal parte y de tal otra no pudieron resistir mis manos; pues tampoco vuestro Dios podrá.* De lo cual, atemorizados lloraban; mas Dios les mandó decir por Isaías (37, 29) que se consolasen y que aquel necio Él le hará echar un freno en la boca y tornar por el camino que vino. Y así dice Dios al demonio, el cual, muy soberbio, le parecía ya tener ganado todo el género humano; mas haciéndose Dios hombre, hízole huir y volver afrentado. Porque los hombres ganaron más que perdieron; más les dió Dios, que el demonio les había quitado. Si no aprovechan de ello, no deja la obra de Dios por eso de ser de la misma grandeza que si en todos tuviera efecto. Y así, mirando el remedio que Dios ya dió a los hombres y a la victoria contra el demonio, quédase éste avergonzado y deshecha su arte y de ningún valor. Y como en común y general deshizo Dios la obra del demonio y contraminó su arte en la cruz, también en particular sacándole al mundo de entre las manos; pues le tenía por suyo, diciendo con soberbia y confianza: «¿Quién podrá sacar el cautivo de las manos del fuer-

te?» Pues decidle que David; porque cuando el león o el oso toma la oveja, lo desquijara y le quita la oveja viva de la boca (1 *Reg.*, 17, 34). Este es Jesucristo, que quita las almas de la boca del diablo, mordidas de él y hechas presa por el pecado. En Isaías (14, 4) se dice: «Días vendrán en que cantarás y dirás: *Quomodo cessavit exactor, quievit tributum, contrivit Dominus baculum impiorum?*» Cesado ha el cobrador del tributo. ¡Oh qué tributo es éste, con tanta importunidad demandado del diablo, que aun el mismo que peca se hastía de sí, y se maravilla de la frecuencia del pecar! Maravillarte has. ¡Válgame Dios! ¡Como que ya no se te da nada y de hacer este pecado; por parecerte ser imposible dejarlo de hacer. Pero más hace Dios; que de aquello que el demonio toma para más bien encadenar a uno, toma Dios ocasión, y le hace ser medio para que se le suelte. ¡Qué corrido queda el demonio! Pensaba que por hacerle cometer a uno más y más graves pecados, sería más suyo; y, de verse tan perdido, le pone Dios deseo de dejar el pecado, y así se convierte. Esto es cortarle la cabeza con la misma espada suya, como David a Goliath. Pues si a tanto se extiende el poder y saber de Dios, ¿quién desmayará? ¿Por qué desmayáis, hombre? «Porque son muchos mis pecados y graves.» Pues de ahí tomará Dios ocasión para levantarte. Que *a esto vino el Hijo de Dios al mundo, a deshacer las obras del diablo*. Medicina hay para nuestra enfermedad; mas, maldita sea nuestra pereza, que por ella morimos y no por falta de remedio.

## V. 9

*Omnis qui natus est ex Deo, peccatum non facit.*— Dijo San Juan: «El que peca es hijo del diablo; y entrometió esta palabra: *In hoc apparuit*. Para confianza de medrosos.» Y luego dice: *Y todo aquel que es nacido de Dios no peca.* ¿Veis aquí por qué llamáis escrupulosos a los predicadores y que estrechan mucho? ¿Qué más estrecho que lo que pone San Juan? ¿Queréis que no os digamos lo que dice la Escritura sagrada? ¿Qué os puede decir el predicador, si Dios dice que todo el que es nacido de Él no peca?

Y ¿por qué? *Quoniam semen illius in eo manet* Porque permanece en él su semilla. ¿Qué semilla es ésta? *Semen est verbum Dei*: de la cual nacen los

hijos de Dios y con la cual son conservados. Y ¿qué palabra es ésta? La palabra de la modestia, mansedumbre, castidad. No sólo la palabra de fuera; que por eso dice San Juan (3, 5): *Qui non renatus est ex aqua et Spiritu Sancto, non potest intrare in regnum coelorum.* Quien no renaciere del agua y Espíritu Santo, no entrará en el reino del cielo. No basta la palabra de fuera; es menester que se forme en el corazón por el Espíritu Santo, y ésta es *la semilla* que la renueva y la hace renacer, y no sola el agua.

La cual semilla os hace que no pequéis, y lo que es más, parece que ni podéis pecar. *Et non potest peccare.* Si en vuestro corazón está un fuego, ¿cómo entrará allí el frío? Estando en vos la castidad, ¿cómo se compadecerá carnalidad? Entretanto que permanece la castidad, *no puede pecar,* si guarda *la semilla.* Por más que libertad tenéis para echar de vos la gracia, y pecar; porque esta libertad nunca se pierde en este estado. Que aunque los Apóstoles y nuestra Señora fueron confirmados en gracia y no pudieron pecar mortalmente; mas esto fué por privilegio particular, y no santidad; porque ninguno, por grande que sea, tiene en esta vida tal impecabilidad, si Dios no privilegiase a la tal persona; que harto santo era David y pecó; y San Pedro, antes de la venida del Espíritu Santo, y pecó. Mas después de la venida de él, quedaron confirmados los Apóstoles. Y así puede acontecer que un gran santo pueda pecar mortalmente, y otro que no es tan grande no pueda, porque puede estar confirmado por privilegio particular. Y de esta manera bien se admite que en esta vida haya hombres que no puedan pecar mortalmente por privilegio, y no de otra.

Cerca de lo cual hubo dos errores. El primero decía que podía ser uno tan santo en esta vida, que no pudiese pecar, y esto sólo por la santidad, no haciendo mención del privilegio; como si a alguna santidad le correspondiese en esta vida la tal impecabilidad. El segundo decía que después de uno ofrecido a Dios y dejado en sus manos no podía pecar, porque cualquiera cosa que quisiese era conforme a la voluntad de Dios; y aunque fuese impureza y robo, decían que no era pecado. Y estos eran los *dejados* (3). Esto defendía Mahoma, tomando la mujer que bien le parecía, aunque fuese casada. Y siendo reprendido por Aja,

(3) Los *dejados:* los alumbrados.

su principal mujer, decía que así quería aquello, y mostraba una cédula en que decía: «Nos, Dios, tenemos por bien que vos, Mahoma, toméis tal mujer.» La cual decía que la traía el ángel San Gabriel. Y tomándole gota coral, decía que no podía sufrir el resplandor del ángel que le venía a hablar, y decíale Aja: «Mucho te quiere Dios, Mahoma.»

Notad cómo por grande que sea la santidad de alguno, aquí no *le necesita* (4) a sus operaciones; como en el cielo, que *necesita*, aunque *no fuerza*, porque de su voluntad obran. Como el Padre, que conociéndose, *necesariamente* engendra en la mente eterna al Hijo, mas no *forzadamente*, pues obra por voluntad. Y aunque no está en mano de los bienaventurados dejar de amar a Dios—que si lo estuviera, no lo fueran—, mas porque el acto es conforme a su naturaleza e inclinación, no es por fuerza. Mas acá no hay necesidad, porque puede uno ser malo. *Saltem si non est confirmatus.* Al menos, no estando confirmado. Pero la menor gracia de todas dicen los teólogos que es bastante, si uno quiere usar de ella, contra todo el infierno; y si la pierde, es por su culpa.

También se puede entender: *Non potest peccare,* cuanto es de parte de ser hijos de Dios y de la gracia, que sea *formal* la locución; porque las obras del pecado no nacen de la gracia, a las cuales no instiga, antes resiste. Y por eso el pecar no es obra de hijo, ni de hombre que tiene gracia. Y así, cuando peca, usa solamente de su nacimiento de carne, no teniendo respeto ninguno al que de Dios viene. Y celebra el día de su propio nacimiento, que es de hombre pecador, con naturaleza dispuesta e inclinada y necesitada a ello de sí propia.

## V. 10.

*In hoc manifesti sunt filii Dei et filii diaboli. Omnis qui non facit justitiam, non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum.* En esto se manifiestan los hijos de Dios y los del diablo. Porque quien no obra justicia no es de Dios; como quien no ama al prójimo. Prosigue lo que comenzó atrás del amor del prójimo, como

(4) *Le necesita:* le pone necesidad, le quita la libertad en sus operaciones.

persona enseñada del celestial Maestro, el cual dijo (*Jn.*, 15, 12): *Hoc est mandatum meum, ut diligatis invicem.* Este es mi principal mandamiento, que os améis los unos a los otros.

Esta es el Arca de Noé, que por la parte baja era muy ancha y capaz, y por la parte superior de no más de *un codo* (*Gen.*, 6, 16). Que el amor, ancho ha de ser, cuanto a la capacidad, que quepan todos en él. Y esta anchura ha de coger debajo de un amor estrecho y muy unido, que a todos se tenga, por la única razón que es Dios. Muchos codos ha de tener en lo de abajo, porque muchos han de ser los comprendidos en él; angosto en lo alto y de *un codo*; que para todos no ha de haber más de un amor, y éste ha de ser por Dios. *Omnis consummationis vidi finem*; *latum mandatum tuum nimis.* Toda cosa perfecta y que al parecer es acabada—dice David (*Ps.*, 118, 96)—tiene fin, y yo se lo he visto; mas este tu mandamiento no lo tiene; es muy ancho. Más ancho es el amor que el cielo, porque aquél a solos los buenos se extiende, y el de acá, a buenos y malos, a fieles y a infieles. Pues de este mandamiento del amor va tratando San Juan. *Aquí*—dice—*manifiestos son los hijos de Dios y del diablo.* Señales hay por donde se conozcan; porque así como no hacer justicia y cometer pecado es señal de hijos del diablo, también lo es no amar a su hermano. *Et qui non diligit fratrem suum.* De manera, que *hacer iniquidad* y *pecado* y *no amar a su hermano*, todo es uno; porque así lo uno como lo otro, constituye hijos del diablo. Recia palabra es ésta para este tiempo; recia, mas verdadera.

¿Y quién es mi hermano? Todos los cristianos se llaman hermanos, según aquello de Jesucristo (*Mt.*, 23, 9): *Patrem noli vocare super terram*: *Un padre tenéis celestial*; *y todos vosotros sois hermanos.* Y San Pablo: *Si quis fratrer inter vos nominatur.* Si alguno entre vosotros es llamado hermano, el cual anda de esta o de aquella manera. Muy frecuente era este nombre en el principio a los cristianos, y es propio nombre de ellos.

No solamente hemos de entender debajo de aquel nombre, cuanto a la fuerza y extensión del amor, los que naturalmente son cristianos, mas todos los que lo pueden ser y ponerse en estado de gracia. Y como en esta vida no haya ninguno a quien se le niegue esta potencia, tampoco ha de haber ninguno a quien se le

niegue, o no se extienda, el nombre de hermano para amarle. Aunque más propiamente, son hermanos solos los que están en gracia; porque los otros, no lo son tan propiamente ni tan legítimamente; los cuales parecen ser hijos bastardos; mas no por eso, como dijimos, se han de excluir de hermanos, cuanto al amor que les debemos tener, como probó el Redentor hablando del Samaritano que hizo bien al judío herido en el camino de Jerusalén a Jericó; el cual, no obstante que era infiel y no judío, dijo ser prójimo y hermano. Solamente los demonios y las ánimas condenadas, no son prójimos; todos los demás, sí.

*El que no ama a su hermano, no es de Dios.* Es menester tenerle amor, y [no] basta haberse indiferentemente con él: ni amarle ni aborrecerle. No *particularmente,* porque eso ni aun de las personas que conoce no sería posible poder tener particular amor, cuanto más de las que no conoce por ser la capacidad del hombre pequeña; mas basta amarles a todos *en general.* ¿Qué es amarles? Desearles bien a su alma, que sean buenos y se salven; y a su cuerpo, que sean librados de los males de él, según que los bienes se enderecen al bien del alma. Y de aquí es, que no va siempre contra el bien del prójimo desearle algún daño temporal en el cuerpo o vida; porque si aquel daño cumple a su salvación, como puede acontecer, conforme a caridad se puede holgar de él y aun pedirlo a Dios. Conforme a lo cual, Santa Bárbara pedía a Dios que llevase a su marido, si su vida había de ser para ofenderle. Y lo mismo puede hacer una madre con su hijo; si ha de ser malo, rogar a Dios que lo lleve.

De manera que amor es desear a todos bien, no excluyendo a ninguno; que si sacáis alguno, de cuyo bien vos no os holgáis, porque no querríais que le viniese, no es tal el amor que Dios os manda tener. Y más, lo habéis de tener en la obra, demás del amor del corazón, para que todas las veces que vuestro prójimo os hubiere menester, lo socorráis. Y esta determinación es menester que tengáis en vuestro ánimo, y que salga en obra las veces que se ofreciere caso para ello; porque el que esto no tiene, no es amador verdadero de los prójimos. Pues así como todos estáis aquí con voluntad de morir antes que negar la fe de Jesucristo, a lo cual la misma fe compele e inclina, así el amor que al prójimo se debe tener, no se contenta con holgarse del bien de él y pesarle del mal;

mas incluye en sí de necesidad, si es el amor que debe, esta determinación de socorrerle en aquello que os hubiere menester, aun con detrimento de vuestra vida, si cumple para la salud de su alma, como se dirá abajo. Y quien este amor no tiene, *no es de Dios.*

V. 11.

*Quoniam haec est annuntiatio, quam audistis ab initio.*—Acordaos bien, hijos, porque esta palabra y esta predicación del amor del prójimo, es la que mucho ha se os encargó al principio, cuando recibisteis la fe. Y así se hacía en tiempo de los Apóstoles, que a los recién bautizados y recibidos a la fe, instruían mucho en este mandamiento del amor.

Dirá alguno: ¿Cómo se hace tanta fuerza en este mandamiento, siendo el del amor de Dios mayor, como enseñó al escriba el Redentor (*Mt.*, 22, 38), el cual dijo que *el mandamiento mayor* era amar a Dios *de todo corazón y de toda la mente*, y *el segundo era amar al prójimo?* Aunque el del amor de Dios sea mayor, no falta causa para encargar y encomendar tanto el del prójimo, por la mayor dificultad que tiene de ser cumplido. Que en amar a Dios no parece hacerle fuerza ninguna al corazón, porque se va naturalmente a él como a su corriente, por las grandes razones que se muestran en Dios de bondad y de ser deseado. Lo cual todo convida al corazón humano y tira por él a que lo ame: tanto, que es grandísima vergüenza de los hombres ver que haya mandamiento, y debajo de pena o de galardón, para amar a Dios. En esto se muestra grandísimamente la miseria humana. Esta fuerza a ser amado no la hay en el prójimo: no es razón tan violenta la del amor al prójimo, en el cual hay tantas cosas malas y pesadas y recias de sufrir. Y así parece correr de nuestro corazón el amor al prójimo hacia arriba y muy forzado. Por lo cual fué menester encomendarlo tanto, y animar y esforzar mucho a él, como a cosa dificultosísima, y así lo es. Porque no es pequeño don de Dios el amor del prójimo. Mas Dios de Sí mismo se está amado. Que no era menester decir, sino «Dios hay», para que nunca las criaturas racionales le dejaran de amar; porque todo cuanto en Él hay es amable, y ninguna cosa hay en su divino Ser que no lo sea. *¿Qué hallaron vuestros padres en Mí por que*

*se apartaron de Mí, y se fueron tras la vanidad, y se hicieron vanos?* (*Jer.*, 2, 5). Porque cada uno tal se hace, cual es la cosa que ama, en la cual se transforma y toma sus propias condiciones. Lo cual no hace el entender; que puede uno entender mal, y no por eso ser malo, antes bueno; mas no amar mal, y dejar de ser malo.

Y esto es aquello común de los teólogos «que el entendimiento no saca al hombre de sí, pero sí el amor». ¿Queréislo ver por ejemplo palpable? Si una mujer se casase con un rey, aunque ella fuese baja, cobra valor; y si con un menor que ella, rebájase; porque a la medida del varón, es rebajada o ensalzada. Decidme: según el mundo, ¿no sería necia la mujer que dejase un rey por casarse con un oficial? Así es, que crió Dios una potencia—esta es la voluntad—, que según a lo que se llega por amor, se ensalza y perfecciona, o baja, según con quien se casa. Porque cuando una cosa sale de sí, deja su propia condición, y toma la de la cosa amada, en la cual se transforma. Y así, amando al mundo, condición y costumbres tiene del mundo; y si ama a Dios, con Dios está, y propiedad es de Dios. Si ama a hombres, hácese hombre, y si a ángel, ángel es su condición: en tanto, que de amar a Dios, diga San Agustín que se hace Dios, no por naturaleza, mas por condición y por propiedad, porque se transforma en Él y toma sus condiciones, su misericordia, su paciencia y su humildad, su castidad, su amor, y, finalmente, su bondad. Y esto es hacer[se] Dios por participación; dignidad mayor que serafín por naturaleza, sin ella; que llega hasta hacer a un hombre que se llame con verdad hijo de Dios, que es el mayor título que puede haber sobre la tierra y el cielo. Mas si se junta con otra cosa más baja que Dios, ha perdido mucho de sus quilates, aunque sea ángel, al cual ame *super omnia,* puesto que el ángel es más alto en naturaleza. Porque lo que le hinche su capacidad, y le da la honra y perfección para que fué criada, no es criatura, sino Dios, el cual sólo es su último fin, y en el cual sólo puede tener hartura. Y así como una mujer, fuera de su marido, está estragada y fuera de su perfección, así el alma y voluntad humana, con cualquiera cosa que no sea Dios, está estragada y fuera de su perfección, derribada de su dignidad y honra, y no casada con ella, sino amancebada. Por Oseas (9, 10) dice Dios: *Facti sunt abomina-*

*biles, sicut ea quae dilexerunt.* Hiciéronse abominables, como las cosas que amaron. Y esto es lo que dijo Dios por Jeremías: *¿Qué hallaron vuestros padres en Mí, que se fueron tras la vanidad y quedaron vanos?* Porque tal es el amante, cual es lo que ama.

Todo es dicho para aquel mandamiento de Dios. No tiene más dificultad, considerando la cosa que es mandada en sí; pues Dios todo es amable, todo lo que en Él hay convida al humano corazón a amarle. Tal hermosura, tal hartura, tal saber, tal honra y bondad tiene, cual el corazón humano ha menester y puede desear. Y por tanto, no había necesidad de encargar el amor de Dios por esta parte, aunque por la nuestra lo fué, por la miseria y flaqueza en que nos paró el pecado. Mas el amor del prójimo, contra el cual tantos impedimentos hay de parte de la cosa que se ha de amar, es menester encargarlo mucho; es menester grande ayuda y fuerza. Y por eso el amor del prójimo cual Dios manda, declara el amor de Dios tal cual Él manda que lo tengamos para ser sus amigos. Porque ningún otro amor que a Dios se tenga, si no es aquel que llega hasta los prójimos, le agrada a Él. Porque el amor que a Él le agrada y nos hace sus amigos, es fuerte y grande. Pues no lo es el que no se extiende a amar lo difícil, cual es el prójimo. Porque flaco y pequeño es el fuego que no arde, sino en leña seca; mas el que es fuerte, en la verde arde también. Tal es el amor que llega hasta el prójimo. Porque, cierto, amarle, es la cosa más dificultosa de cuantas hay; mas ¿quién resistirá todas las demás tentaciones? Porque amar un hombre malo, que me hace mal, procurándole yo bien, y por tantas vías y maldades lo procura, es dificultosísima cosa de parte de la persona que se ha de amar. En la cual no hay nada, o poco, que mueva la voluntad a ello, y mucho que la retraiga. No sin causa dijo Jesucristo a San Pedro (*Jn.*, 21, 17): *Pedro, ¿ámasme? —Sí, Señor. —Pues apacienta mis ovejas.* En esto experimentaré si me quieres bien, que aunque estén roñosas, y se hagan zorras, y víboras que te hayan de morder, mira por ellas, y cuida de ellas, desvelándote en ellas. Esta es la prueba del amor de Dios. que es tal, cual Dios quiere que le tengamos, y a Él se debe, si está con el amor de nuestros prójimos donde tanta dificultad hay. Porque amar así a Dios en Sí y quererlo bien, ¿qué dificultad es? ¿Qué tanto amor es menester para esto? Por cierto, poco; y tan

poco, que casi no habrá persona, por mala que sea, que no se lo tenga. ¿Queréislo ver? ¿Qué mala mujer o qué mal hombre habrá que si le dijesen: «Jesucristo está en vuestra puerta», no dejaría de comer y se lo daría todo? Sí, por cierto; porque el mismo Dios convida a que en sí mismo huelguen de hacer y de quererle bien. Mas muchos hay que, aunque vean al pobre padecer grandes necesidades, no se mueven a socorrerle. Muchos que hacen capillas, y dan ornamentos a la Iglesia, no les arredra dejar morir los pobres de hambre. Porque la dificultad está en el amor del prójimo, sabed que cuando éste tuvieseis, llegado habéis al amor de Dios, por el cual le agradáis y sois su amigo; y faltando éste, no lo tenéis. Si decís que hacéis y aconteceréis por Dios, mirad que unos hijos pobres tiene Dios, donde se pruebe si es verdadero amor aquel que os mueve hacer esos ofrecimientos a Dios. No digáis al pobre: «Remédiele otro»; pues sería señal que el amor que os parece teníais de Dios, no es tal cual Él quiere; porque ha de ser *fuerte como la muerte.*

V. 12.

*Non sicut Cain, qui ex maligno erat et occidit fratrem suum.* No como Caín, de espíritu perverso, que mató a su hermano.—Pues ved aquí la *anunciación y predicación* que al principio os encomendamos y declaramos, ha dicho San Juan, que nos amemos unos a otros. *Non sicut Cain.* No como Caín; el cual representaba al pueblo de los malos e infieles, que era nacido del maligno, que es el diablo, que mató a su hermano. *Et propter quod occidit eum?* Y ¿por qué le mató? *Quoniam opera ejus maligna erant, fratris autem ejus justa.* Porque sus obras eran malas, y las de su hermano buenas. Pecado de envidia, ¡Dios nos guarde! Por el pecado de envidia, entró el pecado de homicidio en el mundo. Ofreció Caín de sus espigas, que era labrador, y debió ser poco y ruin, como desconfiado de Dios, que le había de faltar; Abel, de sus ganados, que era pastor, de lo mejor y *primogénito* y en mucha abundancia, según dice San Pablo (*Hebr.*, 11, 4): *Plurimam hostiam obtulit Abel.* Dió testimonio Caín que amaba poco a Dios, y por eso no aceptó Dios su sacrificio. *No miró a él ni a su ofrenda*: no vino fuego sobre el suyo, como vino sobre el de Abel.

en señal que Dios le aceptaba; *al cual y a sus dones miró el Señor* (*Gen.*, 4, 4). De aquello tomó el malo envidia y aborrecimiento con su hermano, donde se había de arrepentir y enmendar. Que el bueno con todo gana; con el bueno, despertándose a lo seguir y a conocerse por falto; y con el malo, retrayéndose de allí, conociendo su propia flaqueza, pues puede hacer otro tanto. Y el malo es al revés. Mas entró envidia en Caín, y determinó de matar a su hermano. No puede la maldad de la envidia sufrir la bondad ajena, entre los cuales hay enemistad formada. Díjole algunas palabras de lo que tenía pensado, y sácalo al campo y allí mátalo; y quieren decir que con un palo, porque entonces no habría armas; y como en Abel, inocente, fué figurado Jesucristo, aparece conveniente que fuese muerto en palo. Pues dice San Juan: *No como Caín, que mató a su hermano.*

## V. 13.

*Nolite mirari, fratres, si odit vos mundus.*—¿Por qué os habéis de maravillar, si el mundo os quiere mal, cosa tan acostumbrada de él? Cuando Caín, por ser *del mundo*, mató al que tan allegado le era en la sangre, ¿por qué os maravilláis, si los del mundo, que no os tienen parentesco, os quieren mal? Queramos bien o mal al mundo, ha de querernos él mal; porque no es Abel, a quien no persigue el mundo, como alega San Gregorio.

## V. 14.

*Nos scimus, quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres.* Sabemos ser trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros prójimos. Ponen los sermonarios muchas señales de gracia y de estar en caridad. Dios, por San Juan, puso ésta diciendo: *Nosotros sabemos que somos trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos.* Porque entonces tiene la ánima la condición de Dios, del cual dice el mismo San Juan: *Deus charitas est.* Cuando Dios se puso en la cruz, a todos amó, malos y buenos, porque por todos murió.

—¿Y pagó por los pecados de los que se condenan?

—Paga hay bastante, y de todos en particular se

acordó; y tal agradecimiento le habéis de dar, como si por vos sólo muriera; y tan distintamente se acordó de vos en la cruz, como si vos sólo fuerais aquel por quien moría sin interés alguno, sino para vuestro provecho. Pues el ánima que así tuviere el amor desnudo de parentesco y otro respecto de la tierra, Jesucristo está en ella.

*Sabemos,* dice San Juan. Esta *sabiduría* no es por experiencia de sentidos, ni demostración, ni fe; determinado está en el Concilio Tridentino (5), que el conocimiento que se tiene de hallarse uno en gracia, no es tan firme como de fe, *cui non potest subesse falsum,* y a esto otro sí; mas es un conocimiento que basta a asegurar y quietar el ánima, y ponerla en paz, y quitarle toda sospecha, a lo menos que no le dé pena. Y a esto llama *sabemos.*

*Qui non diligit fratrem manet in morte.* Quien no ama a su hermano, al prójimo, está muerto.—He aquí la prueba de lo dicho: *Porque el que no ama, en muerte está.* De donde sacaremos que la vida del alma es la caridad.

## V. 15.

*Omnis qui odit fratrem suum homicida est. Omnis qui irascitur,* como Caín. Decís: «No eché mano a la espada, ni le saqué sangre, ¿cómo, por querer mal a mi prójimo, soy *homicida?*

Eso es para con el Alcalde, mas para con Dios, homicida es. *Omnis qui irascitur fratri suo, dignus erit judicio* (*Mt.*, 5, 22). Digno es de la pena y juicio de homicida, el que se enojare *con odio* de su hermano; porque si no es más de una ira que no pasa en quererlo mal, ni desearle mal, no sería pecado mortal, sino venial. Y el que allende de enojarse queriéndolo mal, lo muestra por obra, que es con alguna señal o movimiento—que es decir *racca*—, más peca. Y el que la deshonra de palabra, añade al pecado de matarlo, y esto es decirles *fatue.* Y por eso se engañaban los fariseos, a los cuales nuestro Señor esto hablaba, pensando que solamente los que sacaban sangre eran matadores.

---

(5) Sess., 6, cap. 9.

V. 16.

*In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit.* En esto conocimos la caridad de Dios; en haber entregado la vida por nosotros.—Prosigue la materia de la caridad de los prójimos, la cual mucho nos ha encomendado, diciendo: «El que tiene amor de los prójimos, es de Dios; mas el que no ama a sus hermanos, no es de Dios.» Bastara esto; mas, porque no se excuse ninguno, dice ahora otro motivo para alentarnos al amor de los prójimos, y es: *En esto conocemos el amor que Dios nos tuvo, en que puso su vida por nosotros.* Y siendo esto así, ¿quién duda, sino que *et nos debemus animas ponere pro fratribus?* Nosotros también, a semejanza de Él, *debemos poner nuestras vidas por nuestros hermanos.* Mucho pide y mucho dice; porque ninguna cosa, fuera de la gloria del cielo, nos deja retener, que no ofrezcamos por nuestros prójimos, como Él hizo. *Anima,* en la Escritura, las más veces se toma por vida. (*Jn.*, 15, 13): *Majorem dilectionem nemo habet quam ut animam suam ponat pro amicis suis. Animam, id est, vitam.* (*Mt.*, 22, 37): *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et mente, et anima,* i. e. *vida.* Nadie muestra mayor amor a los prójimos, que quien da por ellos la vida; *el alma,* esto es, *la vida.*—Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, tu entendimiento y toda tu *alma* o *vida.* Luego si Dios puso su vida por mí, ¿qué mucho es que la ponga yo por mis prójimos, por los cuales Él también la puso? Mas porque no miramos lo que Él hizo, sino lo que nos manda, hácesenos recio; que si cuando nos dicen que amemos a nuestros prójimos hasta poner nuestra vida por ellos, mirásemos cómo el mismo que eso nos manda, lo hizo primero por nosotros no aparecería tan áspero.

Amónos Dios hasta morir por nosotros; porque muriendo Él, murieron nuestros pecados, que nos acusaban y condenaban. En figura de lo cual, Sansón consintió en su muerte por matar a sus enemigos; *y más mató muriendo, que viviendo* (*Judic,* 16, 30). Pues habiendo Dios muerto por nosotros, que es la mayor prueba que se puede dar del amor, ¿quién dudará de que Dios le querrá, si él quiere a Dios? No se os ponga tal locura en la cabeza, por amor de Dios, que digáis:

«Son muchos mis pecados. ¿Si me querrá a mí Dios?» Si vos le queréis a Él, ¿no os ha de querer? Si cuando no os acordabais de Él, os andaba Él buscando; ahora que lo buscáis, ¿cómo ha de huir de vos? ¿Qué dudáis de quien murió por vos? ¿Qué teméis de quien os anda convidando con la paz? Confesad vuestro pecado, salid de él, y arrepentíos porque ofendisteis a quien amáis; y estad seguros que os recibirá Dios, y se olvidará de vuestras culpas, y se holgará con vos. ¿Qué otra cosa esperáis, pues ha muerto por vos? No le pidáis otra; que bastantísima es aquélla. Puso Dios su *ánima* o *vida* por nosotros.

—¿Y Dios tiene ánima?

—Allá dice: *Juravit Dominus per animam suam. (Metafora est.)* Juró el Señor por *su vida,* aunque esto metáfora es. Mas hecho hombre, habiendo tomado carne humana, *vida* tiene *de hombre*; y así, no es de esencia de la divinidad la tal *vida* [humana], sino comunicada, por estar la Persona divina supositada (personalmente unida) en la humanidad, por la cual se le comunica, para que con verdad se diga de Dios todo lo que de la naturaleza humana. Y esta *vida* que de la unión con la humanidad se le comunica a Dios, *puso por nosotros* de tal manera, que, aunque en Sí la divinidad no recibió lesión ninguna (ni es posible), mas verdaderamente se dice de Dios que murió. De aquí se saca, cuán gran precio se dió por nuestras almas; que fué el valer el mismo merecimiento de Dios. ¡Mirad qué precio y valor tendrá un ayuno de Dios, un cansancio de Dios, un dolor de Dios, una afrenta de Dios y una muerte de Dios! Pues ese mismo se dió para nuestras almas; que Dios es el que hizo todo aquello por ellas. Luego de parte nuestra tenemos valor y merecimientos infinitos; porque Dios los ha hecho nuestros. Hombre, ¿por qué no te esfuerzas? ¿Por qué estás desmayado? Si tienes pecados y deudas, mira que Dios te da merecimientos infinitos con que las pagues; que valen más, que pueden pesar tus pecados; porque, por muchos que sean, se pueden contar; mas el valor que Dios te da de su sangre, no tiene cuento. Afrenta hace a la Pasión del Señor el desconfiado de ella, como Santo Tomás dice.

Si miramos a la ánima de Cristo, de donde se producían, como de principio inmediato, las obras de la Pasión, no le viene de aquí el valor, sino de la Persona divina; a la cual, por la unión con el áni-

ma se le atribuyen las operaciones, como a todo el hombre la operación del miembro; que con la mano se da la limosna, y decís que el hombre la da: *Nam actiones sunt suppositorum, ut ait Aristoteles.* Porque las acciones son de los supuestos, de las personas, como dice Aristóteles. Si el ánima de Cristo obrara aquellas obras no estando unida al Verbo, no fueran de infinito merecimiento, como lo son. De manera que valor infinito no le proviene, sino de parte de la Persona divina, a la cual verdaderamente se atribuyen las operaciones por razón de la unión. Pues si estos infinitos merecimientos da Dios al ánima que a Él se convierte, ¿qué derecho le queda al demonio contra ella? —¿Qué debía ese hombre? —Una pequeña (6) deuda que el mismo hombre podía pagar en el infierno, con la cual la justicia de Dios quedaba satisfecha, mas él miserable. Pero dice Dios: «No sea así; páguese mi Justicia de otra cosa, y no de su miseria; porque quede él con gloria, y sean valor y merecimientos suyos [de Cristo].» ¿No os parece que bastarán a satisfacer a su Justicia? Si pequeña satisfacción del hombre bastaba de la manera que dijimos, ¿no bastará y sobrará satisfacción hecha por Dios? Mayores castigos de pecados son, por cierto, ser Dios por ellos muerto, que ser quemados todos los hombres por ellos en el infierno. Y por eso fué más recio juicio el Viernes santo en la cruz contra los pecados, que será el día del juicio. Más celador de su honra se mostró Dios en la muerte de su Hijo que en la pena del infierno.

Diréis: «Si la satisfacción de los pecados está ya hecha en Jesucristo bastantísimamente, y tanto, que dijo Dios al ángel que mataba la gente en Jerusalén por el pecado de David: [*¡Basta! Retira ya tu mano* (2 *Reg.*, 24, 16)], ¿para qué es la pena del purgatorio?

Respondo que decir que regularmente, cuando un hombre es absuelto de sus pecados, con la culpa se le perdona [toda] la pena, es error condenado ahora en el Concilio Tridentino (7). Demás, que ya antes lo estaba también. Sino hase de entender, que cuanto a la condenación y muerte del alma, a que por el pe-

---

(6) *Pequeña,* comparada con los méritos infinitos de Cristo.

(7) Sess. 14, Can. 12 de Poenit.

cado estaba condenada, es hecha la satisfacción, convertida a Dios: y esto más que con la pena de purgatorio; la cual muchas veces no se perdona, cuando la culpa. Aunque también puede acaecer que si. como en la Magdalena; porque fué grande el amor y arrepentimiento; y quedó perdonada la culpa y la pena temporal, en la cual se conmutó la eterna, para ser purgada por la penitencia *inyunta* (8) o voluntaria, o en el purgatorio. Y porque más se satisface por la obra de la penitencia *inyunta* en el Sacramento, que si es voluntariamente tomada, deberían de procurar los penitentes que les diesen buenas penitencias.

Diréis todavía: Si me queda que pagar, ¿qué *perdón* es el de la culpa?

Pues ¿no es grande, y de tener en mucho, que Absalón haya muerto a su hermano Amón, y diga el Rey (2 *Reg.*, 14, 24): Yo lo *perdono,* con que *no vea mi cara* hasta que yo quiera? Mirad cuán gran merced es quitarle *la pena del infierno,* que es pena de enemigos de Dios; y conmutársela en *temporal,* que es de amigos de Dios. Luego, como tan gran distancia haya de la pena del infierno a la pena temporal. con mucha razón se llama *perdón* el de la pena del infierno, aunque reste la pena temporal. Antes sólo el de aquélla se debía llamar *perdón,* pues hace al hombre amigo con Él; y el de la temporal, no, pues no es sino un impedimento que le quedó para ir a la gloria, el cual quitado, no es menester ganar otra licencia de Dios.

Y así, aun diríais: ¿Cómo la Pasión de Jesucristo, tan suficiente, no me quita también la pena temporal como la eterna?

Disponeos vos, que sí quitará; que bastante es para ello. Declaro esto: cierto es que si os ha de aprovechar para la *pena eterna,* es menester, de vuestra parte, cierta disposición, conviene a saber, fe, y movimiento de la fe en Dios, y amor del mismo Dios, y arrepentimiento de los pecados, y confesión de ellos o propósito de ella: entonces obrará en vos su valor la Pasión. Así también, para la *pena temporal* es menester cierta disposición; la cual es, tan grande dolor de vuestros pecados, que juntamente con la culpa se perdone la pena toda; y en diciendo: *Ego te*

---

(8) *Inyunta:* impuesta *(latín).*

*absolvo,* quedáis absueltos de la una pena y de la otra. Como aconteció a la Magdalena, *porque amó mucho*; y, porque del amor nace el dolor, cuanto fué el amor, tanto fué el dolor. Qué tanto sea este dolor para que se os perdone pena *eterna* y *temporal,* sólo Dios lo sabe, que le tiene puesta medida y tasa; al cual el que llegare gozará de la liberalidad de la Magdalena y quedará en estado de inocencia, como el que sale de la fuente bautismal, y volará al cielo. Mas si no tenéis tan grande dolor, para eso os da Dios vida, en la cual podáis hacer penitencia y pagar por la pena debida. Y aunque por flaqueza corporal no podáis hacer penitencia; si tenéis amor, y con él os ofrecéis a Dios para mortificaros si pudiereis, os lo recibirá Dios en cuenta; porque el tal amor incluyó en sí la penitencia. Y también recibe por ella las penas que en la vida se ofrecen, sufridas con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, que quiere que las padezcáis. Y aunque regularmente se pague con obra penal, mas también por el amor que incluye pena.

Y *pues Él puso su vida por nosotros, debémosla nosotros poner por nuestros hermanos.* De aquí, sus palabras, *pendent leges et prophetae.* De ella penden la Ley y los Profetas. En esto tiene eficacia nuestra Redención, en que *la vida* que puso y dió por nosotros, es *vida de Dios.* ¡Qué alegría ésta, de la cual San Pablo dice (*Rom.*, 8, 32): *Quomodo cum illo non omnia nobis donabit?* Si el Padre nos dió su mismo Hijo, ¿cómo nos negará todo lo demás? Si es mío el rey, será mío el reino; y si es mío el esclavo, más mío lo que ganare. Si Jesucristo, Hijo de Dios, es mío, ¿no lo será también su reino? Pues si os parece tan bien *la manda,* de haberos dado Dios a su Hijo, y con Él su reino, no os parezca mal *la carga* con que os lo da. Porque si Él *puso su vida por nosotros, también nosotros la debemos poner por nuestros prójimos,* y amarnos como Él mismo nos amó. Si os parece bien que murió Dios por vos, parézcaos asimismo bien que muráis vos por vuestros prójimos.

—¡Oh señor! ¡Qué son esos *consejos* para perfectos!

—Gracias a Dios que lo aclaró bien y nos desengañó. ¿No veis que dice: *Nosotros debemos?* Mandamiento es, que no consejo. Pues no creer la escritura de San Juan aquí, tan gran herejía es, como negar-

lo en el Evangelio; que de un mismo Espíritu procedió la una y la otra verdad; y no lo es la una más cierta que la otra. Los desamorados y flojos anduvieron inventando *consejos* en los *preceptos* de la caridad. Pero ella es la que sola agrada a Dios, y fuera de ella no hay quien le agrade. ¡Oh ceguedad! ¡Que tienen por mayor pecado los hombres dejar de rezar sus devociones o de ayunar un día que tenían en costumbre, que no estar mal con su prójimo o dejarlo padecer mil trabajos, pudiéndolo remediar de ellos! ¡Aquí os tengo ahora, hombres mundanos; no os podéis salir fuera! Aquellos que no dais de comer a un [pobre], ¿cómo cumplís lo que Dios os manda, esto es: que *debéis de morir por vuestro hermano?* Aquí, sí lo sentís; ni podéis dejar de conocer vuestra flaqueza; porque *rico* ha de ser *de amor* el cristiano. Pues si sois desamorados (y teniendo riquezas), ¿cómo cumplís esto? San Gregorio sobre aquello, *ego sum pastor bonus,* dice: «El que no tiene amor para dar la hacienda a su prójimo, ¿cómo dará la vida?» ¡Qué fatigados, qué asombrados estaréis con esto! *Contriti sunt in Sion, et timor possidet hypocritas* (*Is.*, 33, 14). Contritos andan los de Sión y a los hipócritas preocupa el temor. *Hipócrita* es el fingido, que muestra amor, y no le tiene. Alguna vez, con la limosna que hace, muestra amor; mas no le tiene, porque aunque parece viva, mas es limosna muerta, pues no procede de amor. Y porque la limosna de sí es muestra de amor, el cual no está en vos, aunque no pretendéis de ganar, ni hacéis la tal limosna por ostentación de santidad, no dejáis por eso de quedar hecho *hipócrita,* fingido.

Veamos cómo se entiende este *mandamiento,* que *debemos morir por nuestros hermanos.* Entiéndese por las ánimas de ellos y por su salvación; que por remediarle su vida corporal, no estoy obligado a perder la mía. Mas si por remediarle su ánima conviniese perder yo mi vida, téngola yo de perder. Mas hay diferencia entre las personas que tienen otras a cargo, como el Obispo, cura, señor temporal, y las personas privadas; que los primeros no cumplen con hacerlo *cuando se ofreciere el caso,* mas son obligados de vivir con cuidado, de *inquirir* si hay semejantes males de remediar, donde sea menester perder su vida. Mas las personas privadas satisfacen cuando, *ofreciéndose el caso,* lo cumplen, sin que ellos lo an-

den inquiriendo; porque no les compete de oficio. Ejemplo podemos poner de semejantes casos, cuando es obligado el hombre a perder su vida por el alma del prójimo. Si una mujer quiere vivir en honestidad, y para su defensa recurre a vos que le podéis dar favor, y de negárselo, se presume que pecará, sois obligado a favorecerla, aunque sea con pérdida de vuestra vida. Y si sois persona que tenéis oficio público, además de hacerlo cuando se ofreciere, habéis de traer cuidado de inquirirlo. Y esto, si no hay otra persona que lo remedie; que si la hay, no sois obligado a perder vuestra vida, aunque sería consejo, que bien empleada va.

Diréis: ¿Y qué le debo yo a aquél para morir por él? Nunca hizo nada por mí.

Aunque derechamente no lo debéis a él, debéislo a Dios que murió por vos, y el retorno de ello quiere que sea en vuestro hermano. ¿Y qué más bien queréis vos que morir cuando Dios os pide vuestra vida? ¡Dichosa tal muerte! Mártir sería el que la padeciese, porque todo aquel que muere por la verdad de Dios, o por el cumplimiento de algún precepto. mártir es. Si os matasen porque no quisisteis decir una mentira, mártir seréis. Santo Tomás, Arzobispo cantuariense, mártir fué, y no murió por la fe. sino por defender su Iglesia.

¿Qué os parece esto cotejado a nuestra vida? ¿Duéleos tanto el pecar ajeno o irse al infierno, como perder vuestra vida? Esto nos hace a los predicadores que nos enojemos y nos tengamos por escrupulosos, como no sea sino deciros la verdad. Dios lo remedie, que caridad, ni la entienden ni saben si la hay. ¿Os ha pasado por el pensamiento poner la vida por la salvación del alma de vuestro prójimo? Pues dígoos que el que no tiene esta determinación y propósito, que no está en estado de gracia. Y así lo dice aquí Cayetano. Porque el que tiene caridad, ella misma le pone en este propósito. No tiene caridad.

No es menester que os andéis tanteando y echando juicios: «Si me viniese esto, haría esto otro.» Porque si sois flaco, es cosa peligrosa pararos a pensar de industria qué haríais si os diesen una bofetada en la plaza; y no lo debéis de hacer, sino echadlo de vos; y si alguna vez se os representare, respondedle con decir: «Haría lo que nuestro Señor fuese servido, al cual antes querría morir que ofender.»

Mas basta un propósito así general; que si vuestro prójimo os hubiese menester en cosa que le fuese a él su salvación, lo haríais, aunque fuese perdiendo vuestra vida. Pero a las personas recias en el espíritu, no les corre peligro en semejantes consideraciones; porque cuando piensan en qué harían si les diesen una bofetada, fácilmente se persuaden que rogarán a Dios por la tal persona. Ejemplo para lo dicho, es en la madre, que no se para a pensar: «Si me diesen por mi hijo mil ducados, sí lo daría»; sino tiene ya una determinación, que por ningún precio lo cedería. Y así se ha de haber, a lo menos, el flaco, y bástale.

Entendereis de esto dicho, cuán preciosa cosa es un ánima por la cual Dios dió su vida, y manda al hombre que dé la suya. ¡Dichosa la vida de aquel que la diere por la salvación de una alma! Y ¿cuán do mereció el servir a la dama que sirvió Jesucristo.

Algunos tomaron achaque de aquí, a decir que no debían defenderse, porque no muera el otro que está en pecado mortal; pero no tienen razón; porque yo no sé si él morirá luego, sin que se arrepienta, o si morirá de la herida que él recibe defendiéndome yo. Lo segundo: «¿Qué sé yo si estoy en mejor estado que el otro?» Lo tercero: «Yo usé de mi derecho; porque toda ley me concede mi defensa contra el que injustamente me quiere matar, y yo aquí no hago más que defenderme»; porque, si otra cosa pretendiera, no es lícito matar al invasor, aunque su fin sea defenderse, si toma por medio matar al otro porque no tiene ninguno, mas peca en ello, porque tiene intención de matarlo.

—¿Nunca es lícito tener intención de defenderse, aunque vea que de la defensa se le sigue al otro la muerte?

—*Hoc licet*; esto es lícito; aunque consejo de perfección sería no defenderse y dejarse matar, porque el otro no muera. Donde parece que quien se defiende, no ha de hacer contra el otro más, de aquello que es defensa, sin ánimo de matar al otro.

*Dios puso la vida por nosotros, luego nosotros debemos poner la nuestra por nuestros hermanos.* ¿De dónde sale esa consecuencia? De aquello que atrás dijo San Juan: *El que está en Cristo, debe andar como Él anduvo.* Y más aún, del otro lugar del Evangelio (*Mt.*, 18, 32): *¡Siervo malo! ¿Yo no te perdoné a ti*

*toda la deuda? Nonne oportuit misereri conservi tui, sicut ego sum tui misertus?* ¿No debías compadecerte de tu prójimo, como yo me compadecí de ti? Pues que tan mal lo hace, échenlo en la cárcel. Dios no ha menester retorno, mas hanlo menester sus hijos. Tenéis vos un hijo en Salamanca, y vino de allá algún noble ciudadano, que puede aprovechar a vuestro hijo. Hacéisle acá mucho bien, no para que él lo pague a vos, que no habéis menester su paga, sino para que lo gratifiquen a vuestro hijo. Pues entended que las mercedes que Dios os hace, son para que se las gratifiquéis en vuestros prójimos, midiéndolos con la misma medida que vos fuisteis medido de Dios. Y si así no lo hiciereis, mediros ha Dios con la misma medida que vos midiereis a vuestros hermanos. ¡Justa justicia de Dios, de la cual dice David (*Ps.*, 96, 6): *Los cielos cantaron tu Justicia!* Porque será tan justa y tan divina, que ellos y todas las cosas la aprobarán, y se tornarán lenguas para cantarla. Si vos no queréis perdonar a vuestro prójimo, ¿cómo esperáis que os perdone Dios? Si sois desabrido con él, ¿cómo esperáis que os consuele Dios?

—¡Que nunca siento consolación!

—Mirad que no sea la causa no darla vos a vuestro prójimo. Si padecéis mucha necesidad, mirad no sea la causa el apretamiento que tenéis en vuestro corazón para con vuestros prójimos. Porque, como os hubiereis con vuestros prójimos, se ha de haber Dios con vos (*Mt.*, 7, 2). *Qua mensura mensi fueritis, metiemini.* Con la medida que midiereis, os medirán. ¡Oh quién pregonase a grandes voces esta sentencia! ¡Oh válgame Dios! Y ¡qué de quejas tienen los hombres! El uno, «que no hay quien le haga bien»; el otro, «que no tiene qué comer». ¿No veis cuántos queréis mal? ¿No veis cuán avariento corazón tenéis? Pues ¿por qué os maravilláis que os midan con la medida que medís? Por no caer en sentencia tan rigurosa, sed caritativos con vuestros prójimos. Dad de la medida que os dió Dios, para que en él halléis lo que dais a vuestros prójimos, no para vuestro daño, sino para vuestro provecho.

V. 17.

*Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere...* Quien tuviere las riquezas del mundo, y viere en necesidad a su prójimo...—Tiene dicho, cómo a imitación de Jesucristo, tenemos de poner lo más, que es la vida; lo menos, que es la hacienda, ¿quién duda sino que tam bién lo habemos de poner? De donde concluye San Juan ahora, ¡cuán lejos está de cumplir este precepto y de morar en Dios y traer compañía con Él, *el que tiene bienes de esta vida, y ve que su hermano padece necesidad* y no le socorre! De este tal dice que *¿cómo vivirá en* [*él*] *la caridad de Dios?* Como si dijera: *¡No es posible!* Si queréis que la caridad de Dios esté en vos, vestíos de esta ropa de misericordia que es dada a los escogidos de Dios y por tales los señalan. Porque el que la tiene, reforma en sí la imagen, y redúcese a la semejanza del mismo Dios. ¿Queréislo ver? Él es misericordiosísimo, y tanto que reluce en él esta virtud mucho. De lo cual nota Zacarías diciendo (*Lc.*, 1, 78): *Per viscera misericordiae Dei nostri, in quibus visitavit nos Oriens ex alto.* ¿Si queréis saber quién trajo del cielo a Dios? Las entrañas de misericordia. Escuchad: viónos ir perdidos; hubo compasión de nosotros, y por esto descendió el *Oriente*; que allí no se toma por cosa que se nace, sino por *el Oriente,* sustantivo. Y llamóse nuestro Señor Jesucristo, *el Oriente,* por el cual difunde la luz por todo el mundo; y así dijo Jesucristo: *De quo populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam* (*Is.*, 9, 2). De quien vió luz grande el pueblo que andaba en tinieblas. Y así como el Oriente alegra y se muestra muy hermoso; así el Hijo de Dios, el cual *fué ungido para evangelizar a los pobres, sanar a los quebrantados, y soltar a los cautivos* (*Lc.*, 4, 18). Cuando quisiereis alcanzar alguna cosa de Dios, para que no os la pueda negar, conjuradle: *Por aquellas entrañas de misericordia,* Señor, que te trajeron al mundo, me otorga esto. Pues en estas *entrañas de misericordia* quiere Dios que le parezcamos, y así nos lo manda (*Mt.*, 5, 44): *Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus et calumniantibus vos: ut sitis filii Patris vestri, qui solem suum...* Mas yo os digo:

amad a vuestros enemigos: haced bien a quienes os aborrezcan; y orad por vuestros perseguidores y calumniadores, para que seáis hijos de vuestro Padre, que hace alumbrar su sol sobre buenos y malos. *Para que seáis sus hijos,* y le parezcáis a vuestro Padre celestial; que eso es *ser sus hijos,* parecerle. Y San [Lucas] (6, 36): *Estote ergo misericordes, sicut Pater vester misericors est.* Habéis de ser misericordiosos como vuestro Padre celestial lo es. *Llueve* el Señor nuestro *sobre buenos y malos*; a todos hace bien, a los buenos como justo, a los malos como misericordioso, para convertirlos con los beneficios. Pues ¿cómo seréis vos duro, desabrido, escaso y cruel con vuestro prójimo, teniendo tales entrañas de misericordia por ejemplo, a las cuales habéis de imitar? Luego bien dijo San Pablo (*Col.*, 3, 12), que *los amados y escogidos de Dios,* han de tener *entrañas de misericordia.* ¡Dios me libre del que éstas no tiene! ¡Qué fiera cosa! San Ambrosio dijo: *Omnis summa christianae disciplinae in misericordia consistit.* Toda la suma y cifra del cristianismo consiste en ser misericordioso. Que ésta es señal y obra de cristiano. Y por eso San Pablo, dirigiéndose a Timoteo (1 *Tim.*, 4, 7), su discípulo, el cual era muy penitente, y tanto, que era menester mandarle que [no] bebiese agua: *Ya,* le dice, *ejercítate en la piedad; que el ejercicio del cuerpo para pocas cosas es provechoso.* ¿Qué queréis decir? Que no usase ya de los rigores que solía contra su cuerpo, estando enfermo, como estaba; sino que se ejercitase en la piedad; porque *el ejercicio corporal* de la penitencia *para poco aprovecha.* No que no sea provechoso, que es error; mas en comparación de mejores cosas, cuales son las de la piedad, virtud por la cual se da el tributo al superior, la honra y reverencia debida, y la benignidad y hermandad con el deseo y obras, a los iguales e inferiores. Dice pues: *Ejercítate en la piedad*; conviene a saber, en hacer reverencia a Dios con la fe y el amor y esperanza, y a tus hermanos que han de ser ciudadanos juntamente contigo en el cielo, y acá lo son ahora, misericordia y buen amor; y serte ha bien en esta vida y en la otra. Porque dicho está (*Lev.*, 20, 12): *Honora patrem tuum,* y vivirás y hacerte ha Dios bien en esta misma vida (que esto es *vivirás*), y en la otra también.

San Ambrosio dice que la palabra de la *piedad*

hace tanto en quien la guarda, que aunque tenga flaquezas de la carne, *vapulabit plagis*, azotado será con trabajos, mas no lo dejará Dios perder la pureza (*Mt.*, 5, 7). *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.* He aquí por qué no le dejará Dios caer; y, si cayese le ayudará a levantar. Justa cosa es *hacer misericordia* con aquellos que *la hacen* con sus prójimos. No que el que hiciere misericordia, si por otra parte tiene un vicio, no se dejará de condenar por la misericordia, si no dejó el vicio; sino que se ha de tener esperanza que Dios le traerá a buen estado y conocimiento, porque no se pierda. Sácase, luego, de aquí que tener entrañas de misericordia, tener compasión y deseo de remediar males de prójimos, es grande señal de hijos de Dios.

Hay algunos muy acongojados porque no tienen qué dar. No desasoseguéis por eso. Bástaos vuestro buen deseo. Quizá es mejor así que no lo tengáis. Sabe Dios bien que si algunos tuviesen bienes, que les habían de tener amor, y que se los había de hacer de mal repartirlos. Quiere que no los tengan, porque entonces hay menor amor de ellos, y por eso más deseo de repartirlos, y aquel deseo recíbelo Dios como si hiciesen lo que desean. Lo cual, por ventura, perderían si tuvieran los bienes que desean. Dejad obrar a Dios, que sabe mejor lo que os cumple, que no vos. Paréceos que si tuvierais salud, que serviríais a Dios, e hicierais y acontecierais; y por esto estais fatigado, porque no la tenéis. Mirad que conocía Dios vuestra flojedad, y que con la salud no le habíais de servir como os parece, y quitóosla para que le sirváis con el deseo, y con eso se contenta Él. ¿No habéis visto muchos en peligro de muerte, prometiendo grande enmienda para la salud, la cual después no cumplen? Andad, que bien estáis así, con esa poca fuerza y buen deseo, sin obra, por no poder, y no con mucha y sin deseo ni obra, pudiendo.

Dice, pues, San Juan: *Qui viderit proximum necessitatem habere et clauserit viscera...* El que no le socorriese (que esto es *cerrar las entrañas* de misericordia, la cual abre para el necesitado el corazón y la mano), *¿cómo está la caridad de Dios en él?* En corazón cerrado, ¿cómo puede haber caridad de Dios? Corazón duro delante la necesidad del prójimo, no mora Dios allí; porque no se compadece haber compasión y misericordia del prójimo y no socorrer-

le. Y hemos de entender por la *substancia del mundo,* no sólo la hacienda, mas todo aquello con que vos le podáis aprovechar; de lo cual el prójimo tiene necesidad, como de un consejo, aviso, reprensión, administración de Sacramentos, consolación; que algunas veces hay necesidad de esto, y aun de las reprensiones. Porque una flojedad de no reñir lo mal hecho a las personas que tenéis a cargo, no es caridad; antes lo es cuando vos, por el amor que le tenéis, para su enmienda le reñís y castigáis. Mas si lo hacéis por satisfacer a vuestro enojo e ira, es pecado, aunque haya causa de reñir. Y que seamos obligados a estos socorros espirituales, claro está: pues es mayor el daño que se quita y mayor el bien que se gana. Pues si dicen los Santos acerca de la sustentación corporal: «Apacienta al que se muere de hambre; si no lo apacentaste, matásmelo»; también si no le diste el consejo, el consuelo o la reprensión, habiéndolos menester, matástele el alma. ¡Cómo os duele una llaga que tiene vuestro criado o hijo en el cuerpo y le buscáis remedio! Más os había de doler el pecado en que está, o el que está para hacer, y con mayor diligencia le habíais de buscar remedio.

Menester es que declare esto. No piensan que es obra de misericordia sino socorrer al cuerpo, porque no hay ojos para socorrer los daños del alma. Y como no los tienen en nada, no estiman en nada el remedio de ellos; que si los viesen, más se moverían los hombres a esto que no a lo otro; más misericordia tendrían para los males del alma que del cuerpo. Pues los ojos del alma son la fe, y ésta nos enseña cuán gran mal es el pecado, no se había de tener por cristiano el que no sintiese más ver a otro en pecado que si lo viese muerto de hambre y de sed, desnudo y enfermo; que las verdaderas miserias el pecado es, y esas otras, sin él, no lo son. Cuanto va de ánima a cuerpo, tanto de miseria a miseria, y tanto lleva de mejoría la misericordia de lo uno a lo otro. Porque más vale una ánima que mil millones de cuerpos. ¡Ay de aquellos que tanta cuenta hacen de los cuerpos, que los estiman más que las almas! Antes no hay cosa ya en menos tenida que aquéllas. Más estiman las gallinas y más cuidado hay de ellas. ¿De dónde ha venido a introducirse tan gran mal en el mundo, que ya que alguno tenga algunas entrañas de misericordia, todas las emplea en el cuerpo? No

ven las necesidades del alma; que si viesen su hambre, su desnudez y su enfermedad, más le dolerían estas miserias en ella, que no en el cuerpo. Mas como el hombre no ve la propia hambre de su alma, ni su enfermedad, por estar ciega, no estima la ajena. Decid: si vos vierais ir un ciego cerca de un barranco, ¿no os daríais prisa por estorbárselo, aunque fuese con pérdida vuestra? Pues si un alma que está en pecado, o lo quiere cometer, va a caer en un fuego para siempre jamás, ¿cómo os pasáis por ello, sin pensar de remediarlo, ni tener pena por ello? Si es que no lo veis, estáis ciego; y por eso no hay en vos entrañas de misericordia. Esto nos hace a los predicadores dar gritos y voces y que nos tengáis por escrupulosos y estrechos, que vemos el engaño y perdición del mundo, y cómo es perdida en muchos la luz verdadera, que no estimáis lo precioso y tenéis en mucho lo que vale muy poco. Pues que tan grande es el mal que se remedia en el alma, grande es el bien que se gana, y grande será el agradecimiento que un alma tenga en el cielo a aquel que fué causa que se salvase.

Dar de comer al cuerpo, bueno es; mas al fin, de morirse tiene, y se ha de acabar el bien que en él hacéis; mas el ánima, que ha de durar para siempre, y para siempre ha de durar el bien que en ella hacéis, ¡qué fría cosa parece al mundo! Si hay un mencebico, pobre y hábil para estudiar, «da, daca para que estudie aquél». «¡Quita allá, que es ésa cosa muy larga!» Si fuera para algún hambriento y desnudo, bien. No condeno esto, sino lo alabo; pero condeno vuestra ceguedad, que no sabéis estimar las cosas en lo que son. Que si vos ayudáis para el estudio de aquel, por cuya palabra vendrá el Espíritu Santo en las almas de los que lo oyeren, vestisteis al desnudo y disteis de comer al hambriento, y cumplisteis todas las obras de misericordia, porque de todas esas miserias sale el alma que deja el pecado y mora el Espíritu Santo en ella. *Quién tuviere de la substancia de este mundo.* Ya habéis visto cómo no solamente se entiende por la hacienda, mas por cualquiera bien espiritual con que podáis aprovechar a vuestro prójimo. Pues el que esto tuviere, y no le remediare, no está en él la caridad de Dios; en pecado mortal está.

—Y ¿cuándo soy obligado de socorrer a mi hermano en su necesidad?

—Cuando sabéis que la tiene. Con todos habla; que a esto todo género de personas son obligadas, pudiendo. Mas hay diferencia entre los que tienen oficios públicos, como las Justicias seglares y eclesiásticas, y las personas privadas, cuanto a esto; que la persona privada no es obligada a inquirir las necesidades, sino remediar aquellas que supiere que hay, pudiendo; mas las personas que tienen oficio son obligadas a procurarlo y tenéis este cuidado, así en las necesidades corporales como espirituales.

—Y ¿en qué necesidad ha de estar para obligarme?

—¡Qué de cosas hay escritas sobre esto! Dicen algunos que *necesidad extrema*. ¡Dios nos dé quien nos sepa declarar su voluntad! Echemos esto aparte; y también que *extrema necesidad* no es cuando está a punto de morir. Porque entonces, proveído, ya no tendría remedio. Y por eso la *extrema necesidad* no es cuando ya veo que está a punto de morir. Por cuya razón, la extrema necesidad, en que ha de ser socorrido el prójimo, no es aquélla, sino cuando él está en tal necesidad, que socorrido, tiene remedio, y no socorrido, no lo tendrá.

También lo echemos aparte, que no solamente por la necesidad, a la cual estamos obligados, se entiende la extrema necesidad, mas aquella que haría venir a un hombre en un gran daño, aunque no sea de muerte; como que le corten un brazo o caiga en locura. Y a remediar ésta soy obligado, so pena de pecado mortal. En negocio de caridad no creáis a todos, aunque sean predicadores, porque hay poca, por nuestros pecados. Pues así como la enemistad ciega, así también el desamor, y lo hace errar con sus prójimos.

Probemos esto: lo primero, por razón; lo segundo, por autoridad. Decidme; la señal del pecado mortal, que se suele dar para conocerlo, ¿no es ésta, que aquello que entre amigos basta a deshacer la amistad entre los hombres de razón, es suficiente para constituir pecado grave? De donde se saca que aunque haya algunas faltas acerca de vuestro prójimo, por las cuales os dé pena o enojo, no siempre es pecado mortal. Porque si la cosa no es tan grave, que baste a quebrar la amistad y hacerle entender que no soy su amigo, no es mortal, sino venial. La

cual regla pone Santo Tomás y los Doctores. Pues si vos tuvieseis un grande amigo, que si no le socorrieseis en lo que quería, o caería en una grande enfermedad o estaría muriendo de hambre en la cárcel, ¿no os parece que el no socorrerle entonces, que haría quebrar la amistad? Pues eso mismo será pecado mortal. Y de aquí se concluye que el médico está obligado a curar al pobre, si no tiene de qué pagar, si la enfermedad es tal que se pone en peligro de algún notable daño; o mejor, de perder la vida: y el jurista ha de defender al que es acusado injustamente, si no hay otro que lo quiera y pueda hacer. Si decís que es pobre, y que por eso no lo queréis curar, porque no os lo ha de pagar, vos sois obligado a curarlo, aunque después que venga *ad pinguiorem fortunam,* podéis recibir vuestro precio, y sería obligado a dároslo. Regla general, que cuando quiera que incurriere en notable daño al prójimo, si no le socorrieseis, no socorrerle pudiendo buenamente, aunque sea con un poquito de trabajo vuestro, es pecado mortal.

Por autoridad también se prueba lo mismo, tomándolo del divino maestro Jesucristo, luz del mundo, el cual enseña que dirá a los malos en el Juicio «*Mt.*, 25, 42): *Vísteisme haber hambre, y no me disteis de comer; haber sed, y no me disteis de beber; estar desnudo, y no me vestisteis: andad, pues, al fuego eterno.* He aquí la sentencia y el proceso. ¿Habrá alguno tan desatinado que diga que sólo se entiende de aquellos que lo dejaron de hacer en la *necesidad extrema?* Porque allí dice: *Vísteisme andar peregrino, y no me disteis posada.* Pues por no dar a uno posada, no se muere, ni ordinariamente por andar desnudo.

—Y si yo tengo tasadamente para lo que yo he menester, ¿tengo de hacer limosna?

—Dígoos, por conclusión verdadera, que cuando estuviere el prójimo en extrema necesidad, sois obligado a socorrerle en ella, aunque sea de lo que habéis menester para la decencia de vuestro estado. Y en esto no hay que parar; porque las extremas necesidades no empobrecen a los que las cumplen, que son pocas y con poco se cumplen. Y más tengo de amar la vida de mi prójimo que la decencia de mi estado. Para eso soy obligado en tal caso al prójimo.

aunque sea habiéndome de vestir de frisa (9). Y, por tanto, en los tiempos de necesidades y hambre no ha de haber manillas, ni joyeles, ni trepas (10). Cuando no es extrema la necesidad, es obligado a proveerle de lo que le sobra de la decencia de su estado, y no de lo que ha menester para él, si no fuese tan notable el daño que de ello se sigue, y se pudiese socorrer sin mucho daño de la decencia del estado. Lo cual cómo se haya de hacer, la caridad lo enseña. Concluyamos con Santo Tomás, que la limosna está como precepto en dos casos: el primero, en la extrema necesidad; el segundo, sobrándole los bienes, habiendo necesidades de prójimos, aunque no sean extremas. Y según fuere la necesidad, así será el pecado; que, si fuere grande, será pecado mortal, y si pequeña, venial.

No faltan excusas por donde os salgáis fuera de este mandamiento, por más que aquí San Juan lo haya declarado. Decís, pues: «He menester para mi estado.» ¿Cuál es el estado? Las manillas y las cortaduras; ¿son bien cortaduras? ¡Burladores de vosotros, que no de Dios, que no lo engañáis!, ¿esto es *estado?* ¡Llamadle así, porque hace *estar de pie* dos mil cuentos de males! De ahí viene no tener con qué se case la otra y se haga mala mujer, y se muera el otro pobre.

Decís: «Son haraganes, que trabajen.» No dudo, sino que hay muchos. Mas oíd al Apóstol San Pablo, que dice acerca de las necesidades de los tales: «No les habléis, porque hayan vergüenza y trabajen; mas, si estuvieren en necesidad, no los dejéis de socorrer.»

Pues ¿cuál es el estado? ¿El traje que inventó vuestra locura y la una ropa de esta hechura y la otra de la otra? Os han de tomar cuenta de lo que coméis, y vestís, y guardáis. ¿Pensáis que no hay más sino decid: «Nuestro es»? Mirad que tenéis hermanos necesitados, y quien no los tiene por hermanos, no tenga a Dios por Padre del cual se dice *Padre nuestro*. Pues no es ley de hermanos que vistáis y comáis como habéis gana y que los otros ni tengan qué vestir ni qué comer. No solamente vuestras demasías son locuras, mas son robos, que hurtáis a los pobres, para

(9) *Frisa:* tela ordinaria de lana.

(10) *Trepa:* guarnición que se echa al borde de los vestidos.

los cuales os lo dió Dios, y no para locuras; que así lo dicen los Santos. No es, por cierto, cosa de hermanos en unos tanta abundancia y a otros que tanto les falte. De manera que lo que os sobra habéis de socorrer a las necesidades, aun no extremas. Mas no es menester que lo entreguéis como dado; mas basta prestado, para cuando os lo puedan pagar.

—No me sobra.

—¡Mirad que os engañáis! Eso es porque llamáis *estado* a la locura; que ahora cincuenta años por locura tuvieran lo que usáis y no por estado.

## V. 18.

*Filioli, non diligamus verbo nec lingua, sed opere et veritate.* Hijitos míos: no [amemos] con la lengua y de palabra, sino de verdad y con la obra.—Aquí encomienda más el mandamiento del amor del prójimo, en el cual se nos manda socorrer a nuestros hermanos necesitados, lo cual algunos cumplen con buenas palabras: «Haré y haré; ¡tengo tanta pena de vuestra necesidad!» Y nunca pasan a la obra. «Pues no basta eso—dice San Juan—, es menester que *no sólo améis* a vuestro prójimo *con la lengua, y palabras, mas con la obra y verdad.* A la *palabra* responde la *obra,* y a la *lengua* la *verdad.* Díceles: *Hijuelos,* porque era ya viejo, y a los viejos estáles bien; y también porque los había engendrado en el Evangelio. No hay cosa más contraria a la Doctrina cristiana, que la mentira y palabras buenas, mas obras vanas. Porque es tan amiga de *verdad* nuestra doctrina y de *obras,* que las mismas palabras son obras. Veréis: esta palabra: *No jurarás, santificarás las fiestas, honrarás los padres, no matarás,* según que son palabras de la Religión cristiana, no son puramente palabras. sino palabras-obras, porque no están sin las obras. Porque es Dios tan amigo de *obras,* y aborrece tanto las *palabras* sin ellas, que ordenó que por la venida de su Hijo la ley fuese más obra que palabra: *unde* (*Jn.,* 1, 17) *Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Jesum Christum facta est.* El *hablador* de la Ley, Moisés fué; mas la *verdad* de ella, su cumplimiento, y la gracia de él, por Jesucristo nuestro Redentor. Y esto es lo que dice San Juan: *Con obra y con verdad*; esto es, con aquel cumplimiento del amor, que

nuestro Señor hizo que fuese *con obra y verdad,* como declararemos más.

*Verdad* algunas veces se toma, según que se opone a *mentira,* que es acepción común; otras, según que se opone a *vanidad* y a cosa de poco tomo, como solemos decir: «Esto es verdad», porque es cosa sólida y de importancia; otras, a *figura,* porque en el Testamento Viejo había tantas figuras cuya *verdad* era nuestro Señor Jesucristo, como del cordero y pan cenceño. No solamente *fué hecha la verdad* por nuestro Señor, según las dos primeras maneras; mas también según la tercera. ¿Hay otra manera de verdad que haya sido hecha por nuestro Señor? Sí; Él dice (*Mt.*, 5, 17): *Non veni solvere Legem, sed adimplere Et Paulus* (*Rom.*, 3, 31): *Destruimus Legem per fidem? Absit, sed Legem stabilimus.* No vine a destruir la Ley, sino a cumplirla Y San Pablo: ¿Destruímos la Ley por la fe? De ningún modo, sino que la establecemos. Y esto es, que nuestro Señor no destruyó la Ley, sino cumplióla y afirmóla, no solamente porque Él se sujetó a ella y la cumplió en Sí, que se circuncidó, se presentó en el Templo y lo demás; mas porque *le dió cumplimiento* de parte de los hombres, a quien la Ley era dada, el cual sin Jesucristo no podía tener. Porque como los hombres no pudiesen cumplir la Ley sin la gracia, justificándose, y ésta no la pudieran tener sino de Jesucristo, claro está que a Él sólo se atribuye el cumplimiento de la *verdad* y *obra* de la Ley, por el cual la Ley es hecha *obra,* y sin Él no es más que *palabra.* Y porque en la Ley había cosas *ceremoniales,* que en lo que demostraban de fuera no eran de provecho, sino por el espíritu de ellas y lo que representaban, como del cordero y sacrificios antes de la venida del Señor y estuvieron en pie y obligaban, porque la podían cumplir sin la gracia, lo cual no podían el espíritu de ellas y lo que significaban; mas venido nuestro Señor, que era el verdadero cumplimiento de meollo y espíritu de la Ley, porque trajo la gracia, con que se cumplió, cesó todo lo ceremonial, que era como corteza. Y porque quedó lo sólido y meollo, bien se dice que *no vino a quebrantar la Ley, sino* que vino *a cumplirla.* El que vino a cumplirla, ¿cómo viene a destruirla? Esto fué lo que prometió Dios por Jeremías (31, 33), diciendo: *Presto vendrán unos días, en los cuales yo haré un concierto, no como con los pasados, que no permanecie-*

*ron en él; sino yo daré una Ley escrita en los corazones y entrañas de los hombres con mi dedo*, que es el Espíritu Santo; que, así como del hombre procede el brazo, y el dedo del brazo y del hombre, así el Espíritu Santo, procede del Padre y de Mí. Pues esta Ley, que es el Evangelio y gracia, no está solamente escrita en el entendimiento (que bien puede uno tenerla allí y quedarse malo), sino *en el corazón*; porque no es posible ser malo el que esta Ley recibe y tiene. Porque como esta Ley evangélica, que Jesucristo dió en los corazones, sea la gracia justificante, por la cual el corazón del hombre quiere a Dios sobre todas las cosas, sabe su voluntad y la cumple, no puede estar en ninguno que no sea bueno, ni se puede hallar fuera del corazón. En escritura y entendimiento, sólo será escritura del Evangelio o conocimiento del Evangelio; pero la ley nueva evangélica, así, sólo se puede hallar en el corazón. Porque así como fué propio a la Ley vieja ser *escrita*, y a la Ley natural ser *dictamen* prudencial, así a la evangélica es propio ser *amor* y fuerza y lumbre *del corazón*, que lleve al hombre a Dios, y no esté ocioso. *Quid est lex nova, nisi ipsa praesentia Spiritus Sancti?* ¿Qué otra cosa es la Ley Nueva, sino la presencia misma del Espíritu Santo?

Contra esto se puede hacer este argumento: Ley no es otra cosa sino dictamen prudencial de *la razón*; la gracia pertenece a *la parte apetitiva*; luego la gracia no es Ley evangélica. A lo cual se responde que aquello de ser la Ley dictamen de *la razón* y pertenecer a ella, se entiende dentro de los límites naturales, y no en los de gracia sobrenaturales, en los cuales hay su propio modo de hablar.

De manera que esta Ley nueva es esa misma obra que Dios nos pide, que es el amor. Que, así como el Verbo divino, por el cual fué dada esta Ley, no es estéril, porque de Él procede el Espíritu Santo; tampoco [lo] es la misma Ley; porque de ella procede la *obra* que nos manda, y sin la tal obra no se halla. De manera que la Ley de Jesucristo, que es la Ley evangélica, no es otra cosa sino la misma gracia, de la cual dice San Pablo (*Rom.*, 8, 2): *Lex spiritus vitae liberabit me a lege peccati et mortis meae.* La Ley de espíritu y vida me librará de la ley del pecado y de mi muerte, [no es] otra de aquella que el mismo Apóstol dice «Ley de letra». Luego si esta

Ley trae consigo la justicia, y no se compadece con injusticia, claramente se concluye que la Ley de nuestro Señor Jesucristo Ley de *obra* es, como al principio dijimos. De lo cual entendemos cuánto ama Dios las obras y la verdad; pues la misma le hizo que fuese obra y verdad, según que la Ley vieja tuvo cumplimiento por la nueva. *Ideo, filioli, non diligamus verbo nec lingua, sed opere et veritate.* Que por eso escribieron tan poco los Evangelistas, de tanto como hizo nuestro Señor, segun dice Eusebio. Muchas cosas tiene la Iglesia por instituídas de nuestro Señor, aunque en la Escritura no se halle la institución de ellas, como parece de algunos Sacramentos. Y no fué menester que se escribiesen; porque queda su Espíritu Santo en los corazones, que es su Ley, el cual lo había de enseñar a los hombres, y al cual Él lo remitió.

Y de aquí es que no quiere nuestro Señor cristianos palabreros, pues son ajenos de su condición. Quejábase David a Dios diciendo (*Ps.*, 11, 2): *Salvum me fac, Deus, quoniam defecit sanctus!* ¡Sálvame, oh Dios, porque faltan varones santos! —¡Oh qué mal tan grande! No hay quien de verdad haga bien a su prójimo: todos son palabras y promesas vanas; no hay hombre sencillo, que esto es *defecit sanctus. Diminutae sunt veritates a filiis hominum; labia dolosa in corde et corde.* Disminuído han *las verdades* entre los hijos de los hombres; sólo quedan labios mentirosos y corazones dobles. ¿Quién nunca vió *dos corazones?* ¿Qué es aquesto? Decir la lengua esto y [hacer] lo contrario, y no haber dentro intención de cumplirlo, ni amor, como de fuera se muestra. Fingís un corazón y otro tenéis; y veis aquí los dos corazones. Y donde hay dos corazones, hallaréis que no hay uno entero, porque está partido, mostrando uno y teniendo otro. Pues *sálvame, Dios, que ha faltado el Santo.* ¡Oh Jesús! ¡Qué trabajo es tratar con personas que no están certificadas si es verdad lo que dicen; lejísimos andan de ser cristianos! Dice David: «Bien os conozco yo a Vos, Señor.» ¡Qué gran bien saber la condición de Dios! En general muchos la saben; que quiere que guarden los diez mandamientos; mas en particular cómo han de usar de cada cosa y en qué la han de estimar, pocos. Esto es lo dificultoso. Y ¿en qué lo conocéis, David? «En que amas la simplicidad.» Cosa es aborrecible la dobles: *duplici corde.* Lisonja, cumplimientos y ofrecimientos vanos,

desterrados habían de estar del cristiano. Pues, *hijuelos, amad opere et veritate.* También hemos de amar con la lengua; mas nuestras palabras, como dice San Pablo (*Col.*, 4, 6): *Sermo vester sit sale (in gratia) conditus*; que sea aprovechamiento de los que le oyeren, no donaires, ni para hacer reír (*Efes.*, 5, 3): *Nec fornicatio, aut inmunditia, aut vaniloquium, quod ad rem non pertinet; nec nominetur inter vos.* Que la fornicación, la inmundicia y la estulticia no se nombren siquiera entre vosotros, sino ir derechos a la cosa de nuestro negocio de la fe. Estoy esperando una grave sentencia de muerte o de vida, ¿y párome a decir donaires? *Ad rem non pertinet!* Es menester gran cuidado para tener en pie la Ley de Dios, defendernos del demonio y del mundo. Siempre nuestra habla *sale condita,* sea condimentada con sal; sea de consuelo de ánimas, y esforzar y enseñar a nuestros prójimos. Esto es ser adobada con sal. Por eso quiere San Juan que amemos, no sólo con palabras, sino con palabras que sean obras.

V. 19.

*In hoc scimus, quoniam ex veritate sumus.* Con esto sabemos ser hijos de la verdad.—Habéis oído cómo nos manda amar con obras, y no con solas palabras. Gran cosa es; porque quien esto tiene, testimonio tiene que es *de la verdad,* conviene a saber, de Dios. ¡Qué alegría es conocer uno que es de Dios! Lo cual conocerá, si ama con *obra* y *verdad*, como dice el Señor, hablando con Pilato (*Jn.*, 18, 37): *Todo el que es de la verdad, oye mi voz.* Conviene a saber, imprímela en sí, parécele bien y tiénela por verdadera, como lo es; dale posada en su corazón; porque la voz verdadera, ¿dónde ha de reposar, sino en el que es de la verdad? Con ella se huelga, como la tierra seca con el agua.

*Et in conspectu ejus suadebimus corda nostra.* Y en su presencia tendremos rectos los corazones.—Tiene más, quien este amor tiene; que osará tener su corazón en pie delante del acatamiento de Dios. Porque el falso, el fingido, por mucho que se esfuerce, no se puede perfectamente persuadir que ha de ir al cielo; ni el tal conocimiento le da el contentamiento que suelen tener los que verdaderamente tienen el amor. Porque, aunque a los presuntuosos y soberbios por su vana confianza alguna vez no les reprenda su corazón, mas

aquella tal confianza, si quieren bien mirar, no les da la seguridad y contentamiento y aquella paz que suele dar la confianza salida de verdadero amor y caridad. Que aquella diferencia que hay de lo pintado a lo verdadero, de lo vivo a lo muerto, hay de la una seguridad y confianza a otra. *Non veniet ante eum omnis hypocrita.* No estará tranquilo el hipócrita delante de Dios, dice Job (13, 16). Quien se acuerda que lo ha de juzgar el que sabe lo que está escondido en las tinieblas, si es hipócrita, que él mismo se finge a sí y se persuade que es bueno, no siéndolo, ¿con qué confianza parecerá delante de Dios? Flaca es la confianza de éste y miserable. No dirá él, como decía Elías (3 *Reg.*, 17, 1): *Vivit Deus, ante quem sto.* Vive Dios, en cuya presencia estoy. Mas el que tiene verdadero *amor de obra y verdad,* que ama a buenos y malos, como dice San Juan, éste tiene confianza segura que, aunque parezca cosa desechada a sus ojos, y a los de los otros, Dios lo ama y quiere bien. No cese de correr el riachuelo, que no dejará de correr al mar. ¿Pensáis que os hace Dios agravio en mandaros amar a vuestros prójimos *con obra y con verdad?* No por cierto; porque os ha de medir con la medida que vos midiereis; y por dárosla buena, quiere que se la deis a vuestro prójimo buena Y este amor de que aquí hablamos, no se compadece con pecado mortal, porque ha de ser por amor de Dios, cuyo amor echa afuera todo pecado mortal.

## V. 20.

*Quoniam si reprehenderit nobis cor nostrum, major est Deus corde nostro.*—Si nos reprende nuestro corazón por gente que no hace lo que debe, ¿qué esperamos de Dios, que es más justo, y no se le esconde nada? Si el alcalde de la aldea tiene sentenciado contra vos y tiene derecho contra vos, ¿cuánto más el rey? Si hay en el hombre que reprender cuando él no lo ve ni lo siente, ¿qué hará cuando el mismo corazón lo reprende? Esto, si no fuese escrupuloso. De lo cual no obstante haced mucho caso, porque vuestra alma no os condene. ¿Qué no temáis, si ella *os condena?*

V. 21.

Mas *si no os condena,* si no os roe el gusano, ni ladra el perrillo, en medio de los males y gritos, sosegado estaréis en paz *Charissimi, si cor nostrum non reprehenderit nos, fiduciam habeamus ad Deum.* Si no os reprende vuestro corazón, gran confianza con Dios; que de la sosegada conciencia sin reprensión, se sigue la segura confianza acerca de Dios; como de la desasosegada, desmayos y tristezas, que lo queráis, o no. Que el pecado es ponzoña que tira al corazón. ¡Qué acobardado está un pecador para con Dios! Huyó Adán de Dios, porque lo desmayó el pecado.

V. 22.

*Et quidquid petierimus, accipiemus a Deo, quia mandata ejus custodimus.*—Tenemos confianza que alcanzaremos de Dios lo que pidiéremos. Necedad es dar de bofetadas al rey, y esperar mercedes de él. *El que cierra sus orejas al amor del pobre, dará voces, y no será oído* (*Prov.*, 21, 13). ¿Queréis ser oído el día de vuestra necesidad? Haced porque no os reprenda vuestro corazón; que si esto es así, guardaréis los mandamientos de Dios, y guardándolos, no podéis dejar de ser oído. Como lo dijo el Salvador el jueves de la Cena (*Jn.*, 15, 7): *Si estuviereis en mí, y mis palabras quedaren en vosotros, todo lo que quisiereis me pidiereis, y yo os lo daré.* ¿Queréis que os oiga Dios? Cumplid sus mandamientos. No los cumplís y ¿os quejáis que no os oye Dios? Abrid vos las orejas a la voz de Dios, que Él abrirá las suyas a la vuestra.

—¿Qué haré, si peco, si quebranto algún mandamiento de Dios? ¿No tendré confianza, que me ha Dios de oír, y que me dará lo que le pido?

—Por el pecado venial no se quita la amistad con Dios; y si pecasteis mortalmente, remedio hay. ¿Quebrantasteis su palabra de la castidad, la de no jurar? Palabra hay con que se suelde y remedie. ¿Que palabra? Arrepentíos y confesaos, y con esta palabra se remediará el mal de la otra, conviene a saber (*Jn.*, 20, 23): *Quorum remiseritis peccata...* Que si por pecar habéis de perder la esperanza, San Pedro pecó y también David. Levantaos, que Dios os da la mano.

V. 23.

*Et hoc est mandatum ejus, ut credamus in nomine Filii ejus Iesu Christi*...—¡Bendito sea Dios que tales mandamientos da! Mandónos Dios que creamos en Jesucristo. Mirad qué dificultosa cosa, creer aquello para cuyo testimonio tan bastantísimos y eficacísimos argumentos hay, y confiarnos en que nos amó hasta morir por nosotros. Quiere, pues, que tengamos la fe catlica y que amemos: ley de creer y de amar. Linda cosa. He aquí toda la Ley y los Profetas. Este es su Mandamiento, y el que guarda su Mandamiento está en Él.

V. 24.

*Et qui servat mandata ejus in illo manet, et ipse in eo*. Aquí comienza y aquí acaba. Si algunos flojos se quejaren de los mandamientos que mandó la Iglesia, no tienen razón, que pocos son, no más de cinco, y que disponen y ayudan para la guarda de los mandamientos de Dios; y para el que a Dios ama, liviana cosa es todo; que Dios, en quien está, le da grandes fuerzas para ello. ¡Cuán bien aposentado está el hombre en Dios! Porque en Él está como sarmiento en vid, como miembro en su cuerpo, y como esposa con el esposo.

*Et in hoc scimus quoniam manet in nobis ex Spiritu quem dedit nobis*.—Resuelve en una palabra lo que ha dicho que es tener compañía en Él. ¿Qué es esto? Tener un mismo corazón, una misma condición y un solo querer. Esto es (1 *Cor*., 6, 17) *qui adhaeret Deo unus spiritus fit cum eo*. El que se adhiere a Dios, se hace con Él un mismo espíritu; no una esencia, que eso es herejía. Cuando Dios da la gracia, hermosea la esencia y ser natural; vístela como a hijo de Dios; conviene a saber, de caridad, fe, y esperanza, y las otras virtudes. y pone en ella una lumbre, por la cual juzga de las cosas, y quiere de ellas, según el mismo Dios, no cuanto al grado, sino cuanto a la especie; y por eso se hace *semejante* a Dios, pero *no igual*; ni en igual grado es comunicado a todas las ánimas que están en gracia. Y aunque el ánima que así está en gracia, no sienta todas las veces de las cosas según Dios por sí pro-

pia; mas siéntelo, porque por la gracia que tiene es instigada a que lo pregunte a quien lo sabe, y que se sujete a lo que le dijeren. Porque no solamente tiene por voluntad de Dios la general que se muestra en su Ley, y particular que le inspira su corazón; mas también lo que otro le dice, al cual pide consejo. De todas las cuales maneras de voluntad se ha de entender la de David (*Ps.*, 1, 2): *Et in Lege ejus—id est, Dei—voluntad ejus.* En su ley; esto es, de Dios, [está su voluntad].

*Fin del capítulo 3.º*

Volvamos ahora sobre aquella palabra (v. 21): *Si nuestro corazón no nos reprende, tengamos confianza en Dios, y cualquiera cosa que pidiéremos, nos concederá.* ¿Hay alguno que pueda vivir sin que le reprenda el corazón? No. Luego no hay ninguno que pueda pedir a Dios con plena confianza que le dará lo que pide. Allá el santo varón Job (27, 6) afirma que *no le reprendió su corazón.* Pues ¿cómo es esto? ¿no habéis pecado? Pues afirmáis que sí. *Numquid consumere me vis peccatis adolescentiae meae?* ¿Por ventura me quieres consumir y acabar por causa de los pecados de mi juventud? Pues no sentirlo es irremediable y no digno de tan santo varón.

Tan ruin cosa es nunca reprendernos el corazón como reprendernos de todo. Algunos, vanamente confiados de bondad engañada, tienen que no pecan; contra los cuales escribió San Jerónimo, y muy bien San Juan: *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus,* etc. Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. De ley, ninguno se puede excusar ni ha sido excusado ni exento, excepto nuestro Señor y su gloriosa Madre.

—Decís, pues: «¿Cómo yo no veo los pecados, ni hallo qué confesar?»

—Tenéis poca lumbre; mas cuando creciere en vos la lumbre disminuirá vuestra estimación, porque *a él conviene crecer y a mí disminuir,* como decía el Bautista (*Jn.*, 3, 40). ¿Queréislo ver? Probad a confesaros

de año a año, y hallaréis diez pecados que confesar; si os confesáis de mes a mes, hallaréis veinte, y si de quince a quince días, más; y cuanto más cuidados tuviereis de limpiar vuestra ánima, veréis más faltas. ¿Qué es esto? ¿Sois peor? No por cierto, que menos males haréis; sino que os ha dado Dios más lumbre con que los veáis, la cual no teníais. El verdadero siervo de Dios halla muchas faltas, así de comisión como de omisión, y en todo halla harto que llorar. Augustino: *Et omnes sancti habent quid plangant.* Todos los santos tienen algo que expiar; porque ven lo mucho que debe ser Dios servido, y lo poco que le sirven. Pues ¿por qué no andan muy tristes? Dijo bien Santo Tomás: «El verdadero siervo de Dios anda alegre, porque no osa mirar su maldad, sus faltas y miserias, sin mirar la bondad de Dios, su poder para remediárselas, su misericordia y bondad para quererlo, de lo cual recibe más consolación y esfuerzo, que desmayo y amargura le ponen sus defectos.» Solamente le sirve el conocimiento de ellos para tenerse en poco, desconfiar de sí, y poner toda su confianza en el Omnipotente, y penarle porque a tal Señor no sirve muy bien; mas no para que la tal pena le desconsuele, ni desasosiegue; mas antes le alegra ella misma, viendo que es justamente tomada.

De manera que *si nuestro corazón no nos reprende,* no por vana confianza nuestra, sino por hacer de nuestra parte lo que en nosotros es, y tener confianza en la misericordia de Dios que nos perdonará lo demás que por flaqueza cometemos o dejamos de hacer, *tengamos confianza,* cualquiera cosa leve que sea. Ni tampoco es bien que por esas faltas livianas y que provienen de flaqueza nos reprenda el corazón para que nos desasosiegue; que andar siempre con aquella amargura, es malo, y es falta de conocimiento de la bondad de Dios; que más se desirve Dios algunas veces de la demasiada tristeza, que de la misma falta.

A lo de Job decimos que el no reprenderle su corazón no era porque no hiciese falta, sino porque hay algunas ánimas que, aunque caigan en algunas flaquezas, no se alborotan ni pierden su paz; y de éstas era la del Santo Job. De las cuales es la que aquí San Juan dice: *Si nuestro corazón no nos reprende...*; porque del desasosiego de la conciencia nace gran mal, hasta juzgar las obras de Dios. Pues no os turbéis, *quia dictum est* (*Hab.*, 3, 2): *quum iratus fueris, mi-*

*sericordiae recordaberis.* ¿Pecasteis? Pedidle que os castigue y no se aparte de vos.

*Finis hujus operis Joannis Avilae super 1.m, 2.m et 3.m, cap. 1.ae Canonicae diui Joannis Evangelistae.* Fin de esta obra de Juan de Avila sobre el 1.º, 2.º y 3.º capítulo de la Epístola canónica, primera de San Juan Evangelista.

---

*Pax fratribus et charitas cum fide a Deo Patre et Domino Jesu Christo. Gratia cum omnibus qui diligunt dominum nostrum Jesu Christum in incorruptione. Amen* (*Efes.*, 6, 23). Paz a los hermanos, y caridad con fe de Dios Padre, y de Jesucristo. Gracia con cuantos aman al mismo Señor nuestro Jesucristo en pureza. Amén.

# ÍNDICE

Págs.

LIBRO DEL ESPIRITU SANTO

TRATADO 1.º

*Apercibimiento para la venida del Espíritu Santo* ........................................ 7

1. Preparémonos a recibir al Espíritu Santo. 2. Disposiciones para recibirle.—3. Dificultades del matrimonio.—4. Deseo del Espíritu Santo.—5. Preparadle posada.—6. Preparadle comida.—7. Eficacia de su venida.—8. El Consolador.—9. Vendrá por los méritos de Cristo.

TRATADO 2.º

*El Espíritu Santo de Cristo*.......................... 22

1. Salutación.—2. El Espíritu Santo predicado por Cristo.—3 Quien no tiene el Espíritu Santo no es de Cristo.—4. Necesario es tener el Espíritu de Cristo.—5. Los que rechazan la palabra de Dios.—6. Señales de tener el Espíritu de Cristo.—7. Cristo os quiere dar su Espíritu.—8. Preparación.

TRATADO 3.º

*La venida del Espíritu Santo*.......................... 40

1. La sunamita y nuestra Señora.—2. El soplo de vida y el Espíritu Santo.—3. Todos los que antes vinieron eran ladrones.—4. La empresa de Cristo.—5. Pentecostés. Las dos Leyes.—6. El Paráclito.—7. En el silbito suave.—8. Transformación interior.—9. Visión de Ezequiel.—10. La Iglesia naciente.

Págs.

TRATADO 4.º

*El Espíritu Santo en las almas*.......................... 67

1. Introducción.—2. «Vendremos a él».—3. El Consolador de la ausencia de Cristo.—4. Su presencia en el alma.—5. Encarnación y espirituación.—6. Visión de Ezequiel.—7. La escuela del Espíritu Santo.—8. ¿Quién lo quiere recibir?—9. Los que lo saben esperar y guardar.—10. Se nos da por los méritos de Cristo.

TRATADO 5.º

*El Espíritu Santo santificador*.......................... 87

1. Introducción.—2. «A él vendremos y en él moraremos.»—3. Amor redentor.—4. Sólo por Cristo se llega al Espíritu Santo.—5. Acción del Espíritu Santo en las almas.—6. El Espíritu Santo inspira el estado religioso.—7. Exhortación a las esposas de Cristo.

## LIBRO DE LA VIRGEN SANTA MARIA

TRATADO 1.º Págs.

*De la Encarnación del Hijo de Dios*.............. 107

1. Salutación.—2. El mensaje del Angel.—3. La zarza de Moisés.—4. Desposorio del Verbo.—5. Sentid como Cristo Jesús.—6. Rebeca y María.—7. Conclusión.

TRATADO 2.º

*Matrimonio de la Virgen y San José*.............. 122

1. Introducción.—2. Asunto del sermón.—3. Congojas de San José.—4. Castigo legal del adulterio.—5. Contra los celos en el matrimonio.—6. Resolución de San José.—7. Tribulación de la Virgen María.—8. Silencio de María.—9. Mi secreto, para mí.—10. Revelación a San José.—11. Gozo de la Virgen y San José.—12. Causas de este matrimonio de parte de la Virgen: A) Por lo que importaba su buen nombre. B) Para que en San José tuviese guarda. C) Para que viviese en obediencia. D) Para que fuese Esposa de un carpintero.—13. Causas de este matrimonio de parte de Jesús: A) Por el buen nombre de Cristo. B) Para alivio de su pobreza. C) Para ejemplo de humildad y obediencia.

TRATADO 3.º

*Natividad de la Santísima Virgen María (I). (Linaje espiritual de Cristo.)*.................... 157

1. Introducción.—2. Genealogía de Cristo.—3. Sentido espiritual de la genealogía.—4. Abraham: Desconfianza de sí y confianza en Dios.—5. Pruebas de nuestra fe.—6. No perdáis el parentesco con Cristo.

TRATADO 4.º

Págs

*Presentación de la Santísima Virgen María....* 173

1. Introducción.—2. Causas de la Presentación. 3. La Presentación.—4. Altura, profundidad, anchura y longitud de la Virgen.—5. Armas de la Virgen para luchar con Dios.—6. La Virgen lucha con Dios en la oración.—7. Humildad de la Virgen.—8. Devoción a nuestra Señora.—9. La Virgen, medianera.

TRATADO 5.º

*Visitación de la Santísima Virgen María.........* 189

1. Salutación.—2. María, la más parecida a Cristo.—3. Humildad de María.—4. Visita a Santa Isabel. — 5. Para que visite nuestra casa.

TRATADO 6.º

*Natividad de la Santísima Virgen María (II)...* 199

1. ¿Quién es ésta?—2. Nace como el alba.— 3. Hermosa como la luna.—4. Escogida como el sol.—5. Terrible a los demonios.—6. ¿Hay aquí alguno en pecado mortal?—7. ¡Acude a la Medianera!—8. ¡Ya es hora de caminar! 9. No lo dejes para adelante.—10. La gracia preveniente, favor de María.—11. Contra la desconfianza.—12. Haz progresos en la virtud.—13. Plegaria a la Virgen.

TRATADO 7.º

*Purificación de la Santísima Virgen María......* 219

1. Salutación.—2. Fiesta de la Presentación. 3. Fiesta de la Purificación.—4. Fiesta de la Candelaria.—5. «Mías son todas las cosas». 6. El primogénito de las bestias.—7. María ofrece su Primogénito.

TRATADO 8.º Págs.

*Soledad de la Santísima Virgen María*........... 230

1. El Sábado Santo, la Soledad de María.—2. Por qué son afligidos Jesús y María.—3. Jesús paga la deuda de nuestras culpas.—4. María, la más santa y la más afligida.—5. Dolor incomparable de María.—6. Por qué aflige Dios a María.—7. La Pasión de Cristo en el Corazón de María.—8. En la muerte de Cristo.—9. La lanzada.—10. Descendimiento.—11. Llanto de María.—12. Entierro de Cristo.—13. La vuelta al Cenáculo.—14. La Virgen recoge a los Apóstoles.

TRATADO 9.º

*Festividad de la Santísima Virgen de las Nieves.* 252

1. Una mujercita ensalza a la Madre de Jesús.—2. María, proclamada Madre de Dios. 3. María, digna Madre de Dios.—4. La Virgen nos da a Dios amansado.—5. ¿Quiénes gozan del fruto de María?—6. El prodigio de la nevada, esperanza de lluvia.—7. La tecuites y María.—8. La Virgen no alcanza lluvia porque ora sola.—9. Por culpa del pecador somos castigados

TRATADO 10.

*Asunción de la Santísima Virgen María (I)*...... 267

1. Introducción: A) Jeroboán, elevado al reino de Israel. B) Peligros del señorío terreno. C) Ventajas de los deseos celestiales.—2. María, elegida para el reino celestial.—3. Visión de Ezequiel: Acciones: hábitos: corazón.—4. La Virgen deseaba a sólo Dios.—5. Sólo deseaba amar a Dios.—6. Deseaba la suprema gloria de Dios.—7. Deseaba ver a Dios cara a cara.—8. Hoy lo goza en el cielo.—9. Deseaba y obtuvo la gloria de su cuerpo

Págs.

10. Desea y pide nuestra salvación.—11. Padre y Madre tenemos en el cielo.—12. Exhortación final.

TRATADO 11.

*Asunción de la Santísima Virgen María (II)*...... 290

1. Para la Virgen, hoy se acabó el padecer.—2. Martirio de la Virgen desterrada.—3. El amor fué su verdugo.—4. Saetas de amor entre Dios y la Virgen.—5. Dulcísima guerra. Dureza de nuestro corazón ante el amor divino.—6. Amor inconsolable de María.—7. Ímpetu de su corazón.—8. Por qué dejó Dios a la Virgen en la tierra: A) Para acrecentar sus méritos. B) Para prepararla a la fiesta de hoy. C) Para consuelo de la Iglesia naciente. D) Sus ocupaciones: consolar, meditar la Pasión. comulgar. E) Para que a su ejemplo pasemos trabajos. F) Y nos preparemos a una santa muerte. G) Y la imitemos en amar lo celestial.—9. Enferma de amor.—10. Los bienaventurados la reclaman. 11. Mensaje del cielo.—12. Alarma en la tierra. Despedida.—13. Desciende Cristo en busca de su Madre.—14. Dulcísima muerte.—15. Sube al cielo.—16. ¡Madre mía, Madre mía!

TRATADO 12.

*Natividad de la Santísima Virgen María (III)*. 327

1. ¿Quién es ésta?—2. Propiedades del alba. 3. Es mensajera del sol.—4. Es madre del rocío.—5. Es enemiga de las tinieblas.—6. Exhortación y plegaria.

TRATADO 13.

*Anunciación de la Santísima Virgen María (II)*. 335

1. Excelencias de la Virgen Madre.—2. Ocasión de la parábola del samaritano.—3.

Págs.

¿Quién es nuestro prójimo?—4. Desciende Adán de Jerusalén a Jericó.—5. Róbanle y déjanle medio muerto.—6. La Ley vieja no le puede curar.—7. Jesús, el piadoso samaritano.—8. «Cuando yo vuelva»: Deseos de que vuelva Jesús.—9. Ten cuidado de ti.—10. Modera los cuidados terrenos.—11. Cura tu cuerpo refrenándolo.—12. ¡Cura tu alma!—13. No olvides a tu prójimo.

TRATADO 14.

*Festividad de todos los Santos*........................ 352

1. La Predestinación es inmutable.—2. Por qué permite Dios que pequen los predestinados. 3. Llamamiento de los predestinados.—4. Trato que Dios les da en el cielo.—5. La predestinación es gratuita.—6. Prendas de nuestra predestinación.

Págs.

LECCIONES SOBRE LA PRIMERA CANONICA DE SAN JUAN

Capítulo 1.º .......... 365
Capítulo 2.º .......... 388
Capítulo 3.º .......... 454

A. M. D. G.